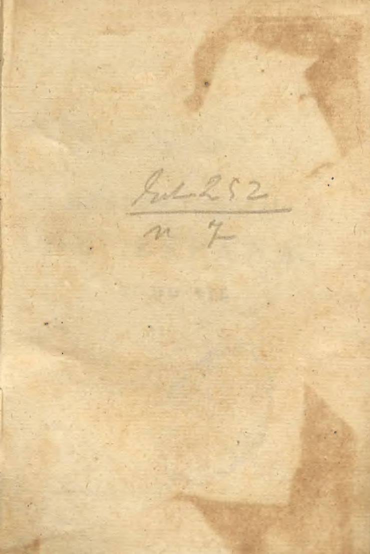



252
n 7

CONTINUACION
DE LA
HISTORIA GENERAL
DE ESPAÑA.
TOMO VII.



CONTINUACION

DE LA

HISTORIA GENERAL

de España,

COMPUESTA, EMENDADA Y AÑADIDA

por el P. Juan de Mariana

de la Compañía de Jesus,

ESCRITA EN LATIN

Por el P. Fr. José Manuel Miñana, del orden de la Santísima Trinidad;

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO

Por D. Vicente Romero, oficial de la secretaría de Estado, y del despacho de Hacienda de Indias.

NUEVA EDICION.

TOMO SÉPTIMO.

MADRID: 1828.

IMPRENTA DE LOS HIJOS DE DOÑA CATALINA PIÑUELA,

calle del Amor de Dios, núm. 14.

NOTICIA
DEL P. MIÑANA.

Este célebre Trinitario nació en Valencia el año de 1671, y despues de haber hecho sus primeros estudios en el colegio de los Jesuitas de Segorve, abrazó el estado religioso, donde en breve tiempo manifestó su gran talento, y se hizo admirar de sus colegas. Siendo jóven todavía, fue enviado por sus superiores á Nápoles, y alli permaneció siete años, donde se perfeccionó en el conocimiento y uso de la lengua latina, y aun aprendió el arte de la Pintura con grande aprovechamiento, como lo manifiestan los dos quadros de su mano

que existen en el altar mayor del convento de Trinitarios de Murviedro.

Habiendo regresado á España enseñó la Latinidad en Liria y Segorve, y la Retórica en la universidad de Valencia, cuya cátedra obtuvo, y renunció á pesar de la resistencia de la ciudad para dedicarse á otras tareas. Despues de haber escrito la relacion de la guerra civil de Valencia, ó historia de la entrada de los austriacos en aquel reyno á principios del siglo pasado, se entregó enteramente á la continuacion de la historia del P. Mariana, en la qual se ocupó doce años, y la concluyó pocos dias antes de su muerte acaecida en fin de julio de 1730 en el convento de nuestra Señora del Remedio de aquella ciudad con grave sentimiento de los hombres doctos, que en él admiraban no solo su ingenio y erudicion, sino

tambien su piedad y modestia. Ademas escribió MIÑANA un eruditísimo diálogo sobre el teatro Saguntino, y muchas cartas que no se han publicado, aunque se ofreció en aquel tiempo. Finalmente, su mérito como historiador es tan apreciado de todos los inteligentes, que le califican de igual al P. MARIANA, y muy digno de continuar su inmortal historia.

TABLA

DE LOS CAPÍTULOS DE ESTE TOMO SÉPTIMO.

LIBRO PRIMERO.

LIBRO II.

LIBRO III.

LIBRO IV.

LIBRO V.

CONTINUACION

DE LA

HISTORIA GENERAL

DE ESPAÑA.

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO PRIMERO.

De la proclamacion de Carlos Primero, Rey de España.

Habiéndose celebrado con grande magnificencia las exêquias del Rey don Fernando, y enxugadas las lágrimas que se derramaron por su muerte, se trató en el consejo de enviar á don Carlos el testamento en que era declarado sucesor, suplicándole viniese quanto antes á tomar posesion de sus reynos heredados. Para este efecto se le despacharon cartas con fecha de veinte y dos de mayo de mil quinientos y diez y seis; 1516.
y entretanto se encargó el cuidado del gobierno al cardenal de España don fray Francisco Ximenez de

Cisneros, y al dean de Lovayna Adriano Florencio, natural de Utrech, el que desde luego comenzaron á exercer con poca conformidad en sus dictámenes, ya por la diferencia de costumbres, ó ya porque ni uno ni otro podia sufrir compañero en el mando. De la Reyna doña Juana, á causa de su demencia, no se hizo por entonces mencion alguna. Su hijo don Fernando no podia intrometerse en las cosas del estado, segun lo habia dexado dispuesto su abuelo en su testamento, para que al deseo de reynar no se juntase el poder, y fuese ocasion de civiles discordias y turbulencias. Por disposicion del cardenal, y con mucho aplauso de los del consejo, se trasladó la corte á Madrid; y rezeloso de que don Fernando tenia muchos partidarios, le llevó consigo, y á doña Ursula Germana, viuda de don Fernando el Católico.

Mientras que se trataba de arreglar los negocios públicos, que en los principios de un reynado estan mas expuestos á novedades, indignados los grandes de que todo lo gobernase el cardenal, á quien tenian grande odio, no omitieron medio alguno de derribarle, y reducirle al estado de persona privada. Para conseguirlo escribieron al Rey cartas en que, entre otras cosas, le acusaban «de ser un hombre agreste »y demasiado severo para el gobierno: que su natural »violento y sanguinario solo respiraba la guerra; y »que si no ponia remedio oportuno era temible la próxima ruina del reyno." Por el contrario, el cardenal y el consejo le advirtieron «del peligro que amenazaban las ocultas maquinaciones y juntas de los »grandes que despreciaban su gobierno: que eran muy »pocos los que obedecian los mandatos del consejo, »y ninguno contra su voluntad propia: que carecia de »la suficiente autoridad y fuerzas para sujetarlos; y »que su contumacia habia llegado á tal extremo, que

»ya no podia finalmente contenerse y quebrantarse, »sino usando de la fuerza y de las armas: inconvenien»tes todos dignos de una madura atencion."

Entre tanto don Carlos recibió la triste nueva de la muerte de su abuelo, y despues de haber dado sinceras señales de dolor, y elogiado como debia la memoria de un príncipe tan grande, mandó celebrar exêquias con pomposo aparato en la iglesia mayor de Gante; y para que no faltase circunstancia á la solemnidad de este acto, asistió él mismo vestido de luto. Hecho esto, y convertida la tristeza en alegría, despues que fue saludado Rey de España, dirigió sus cuidados á las cosas del reyno. Lo primero que hizo fue responder al consejo: «que deseaba venir á »España, y satisfacer sus deseos; y que en el ínterin »era su voluntad gobernase el cardenal, cuya fideli»dad y zelo apreciaba mucho: y que ademas queria »que el título de Rey que habia aceptado por conse»jo del Emperador su abuelo, y del sumo Pontífice, »fuese confirmado por todos los estados del reyno, »atendiendo en esta parte á los derechos de la nacion." Al mismo tiempo escribió al cardenal recomendándole que pusiese en esto todos sus conatos; porque le parecia conveniente al bien público en unos tiempos tan calamitosos. No era muy facil conseguirlo viviendo la Reyna Madre, y estando los ánimos tan discordes: pero al fin venció la constancia de Ximenez, que con un grave discurso que hizo en el consejo allanó todas las dificultades, y triunfó de la resistencia de los grandes, que andaban maquinando dilaciones. Despues mandó alzar los estandartes por don Carlos de Austria, como se acostumbra en las aclamaciones de los Reyes, primero en Madrid á treinta de mayo, y despues en todo el reyno. Algunos comenzaban á declararse por el infante don Fernando, que por haber

nacido y criádose en España, y habituado á sus usos y costumbres parecia ser amado de la nacion. Pero este designio, que solo se susurró entre pocas personas, causó gran perjuicio á aquel excelso jóven, pues habiéndose manifestado mas abiertamente sus partidarios en el año siguiente, fue acusado de que aspiraba al reyno, y le quitaron todos sus criados, poniéndole otros desconocidos que le custodiasen y observasen su conducta.

Los grandes acostumbrados á conseguirlo todo por fuerza, con la muerte del Rey don Fernando, que con su severidad los contenia en respeto, volvieron á seguir sus antiguas inclinaciones. Don Pedro Giron, hombre inquieto y revoltoso, habia hecho una entrada con gente armada por las tierras del duque de Medina Sidonia con pretexto del derecho de su muger doña Mencía, cuyo pleyto se habia ventilado en tiempo del Rey don Fernando. Era temible que las partes litigantes viniesen á parar en una guerra abierta, teniendo cada una parciales poderosos. El cardenal habiéndose valido en vano de todos los medios suaves, para que la audacia no creciese con la impunidad, envió á don Antonio de Fonseca con un buen golpe de gente armada contra don Pedro Giron, el qual se sometió, y sin ser necesario venir á las manos, dexó las armas con que habia inquietado toda la Andalucía. Al mismo tiempo se levantó en Málaga otra tempestad, sublevándose sus vecinos contra el almirante, y tomaron las armas por la libertad en que pretendian mantenerse. Amonestados por el cardenal para que volviesen á su deber, persistieron contumaces, sin atencion á la dignidad de la persona que les mandaba una cosa tan justa, y viendo que era preciso sujetarlos con la fuerza, envió con tropas á don Antonio de la Cueva. Pero los rebeldes, siguiendo me

jor consejo, le salieron al encuentro en Antequera, prometiendo que serian obedientes, y que se sujetarian á los magistrados. Aunque don Antonio los escuchó benignamente, no quiso deliberar cosa alguna sin dar parte al cardenal, que movido del arrepentimiento de los malagueños, mandó perdonarlos, y que solo se impusiese la pena de muerte á los autores del tumulto. Para asegurar la autoridad con las armas, como era amigo de dominar, mandó hacer levas por todo el reyno, y en breve formó un buen exército, para tenerle prevenido en qualquier acontecimiento. Era el pretexto contener á los moros, enemigos quotidianos, que en todas partes nos molestaban; pero su verdadero designio no era otro que el de reprimir la autoridad de los grandes, y la contumacia de los pueblos. No faltaron ciudades que resistieron las órdenes del cardenal, prohibiendo los alistamientos á instancia de los magistrados, y persistiendo aquel con mayor teson en sus mandatos, hicieron manifiesta resistencia estas ciudades, y especialmente la de Valladolid, que llegó al extremo de juntar un exército para oponerse con la fuerza en caso necesario. Los grandes noticiosos de los intentos de Cisneros, se pusieron de parte de las ciudades rebeldes, y con secretas inteligencias irritaban los ánimos, y echaban leña al fuego. El cardenal dió cuenta al Rey, y en vista de su respuesta dexaron las armas, y obedecieron los de Valladolid; con lo qual se disipó la sedicion.

Tampoco faltaron por este tiempo temores externos, pues por la parte de Francia habia hecho una entrada en la Navarra, don Pedro de Navarra, apasionadísimo sequaz de la casa de Labrit, para que los del pais, visto el socorro que les presentaba, se apartasen de la obediencia de Castilla, á cuyo dominio habian sido poco antes sujetados por don Fernando el Católico. Pero ha-

biéndole salido al encuentro con un poderoso exército don Fernando de Villalva, capitan de mucha experiencia le presentó batalla en lo mas estrecho de los montes. La victoria al fin se declaró por Villalva, y Navarra con grande parte de la nobleza que le seguia quedaron prisioneros. Sin embargo el éxito fue desgraciado para uno y otro general. Navarra encerrado en el castillo de Simancas, desesperando conseguir su libertad se dice que se mató á si mismo, y que de este modo pereció ignominiosamente. No duró mucho á Villalva la alegria de la victoria, porque acometido de una repentina enfermedad murió en Estella en los brazos de su muger, no sin sospechas de que le habian dado veneno. Este mismo año, Labrit expulso del reyno, murió de pesadumbre; y de alli á pocos dias falleció tambien la Reyna Catalina, dexando heredero á Enrique su hijo. Don Fadrique de Acuña tuvo por sucesor en el gobierno á don Antonio Manrique duque de Náxera, varon de gran fidelidad, y de muy excelsos progenitores. Al mismo tiempo siguiendo el cardenal el consejo de Villalva, mandó demoler todas las ciudadelas y lugares fuertes de Navarra, á fin de quitar á los navarros las fuerzas y el deseo de rebelarse, y solo fue conservado el castillo de Marcilla, que era inexpugnable por la naturaleza y el arte, lo qual se debió al valor de doña Ana de Velasco, muger del conde de Falces, y en fin procuró guarnecer y fortificar á Pamplona, para cerrar por aquella parte la entrada á los franceses.

Gobernaba entonces á Aragon don Alonso hijo de don Fernando el Católico, nacido de Aldonza su concubina, baxo de cuya tutela se hallaba el reyno libre de toda suerte de alteracion. Llegaron al Rey muchas súplicas y ruegos de sus vasallos, por medio de una solemne embaxada que le enviaron, en que le

manifestaban que esperaban con grande impaciencia su venida. Este afectuoso cuidado, que era indicio de su amor y lealtad, le fue sumamente agradable. Aumentada por Ximenez la armada naval con veinte galeras para guardar y conservar las costas de España, parte de ella peleó prósperamente con los piratas, y habiendo apresado cinco galeras de los mahometanos, y muerto á seiscientos de ellos, fueron conducidas á remo al puerto de Alicante. El Papa Leon X. luego que tuvo noticia de esta victoria escribió al cardenal dándole el parabien, y animándole á perseguir los enemigos del nombre christiano. Otras quatro galeras fueron apresadas por Berenguer Olms. Volvieron los moros á dexarse ver en las costas de Andalucía, pero en lugar de la presa que esperaban, fueron derrotados y muertos muchos de ellos; y de este modo quedó limpio el mar y la tierra de piratas, á costa de la sangre de pocos christianos. Entretanto acaeció una contienda entre españoles y genoveses, irritados estos por la insolencia de Juan Rius, corsario catalan, que contra todo derecho y justicia les habia robado algunas naves. Lo que mas les incitó á la venganza fue la soberbia respuesta que les dió el catalan en el puerto de Cartagena adonde habian entrado, y no sufriendo los genoveses la contumelia sobre la injuria recibida, comenzaron á disparar la artillería de sus buques, y les correspondiéron con denuedo los españoles trabándose una reñida pelea. En lo mas fuerte de ella, cogiendo Olms un esquife saltó á tierra, y puso en arma á la multitud que ya estaba prevenida para resistir á los genoveses, pero la noche puso fin al combate con no pequeña pérdida de unos y otros. Indignado gravemente el cardenal de esta ofensa, y como tan acérrimo defensor de la autoridad real, ordenó por un edicto que inmediatamente saliesen de Espa-

ña todos los genoveses, y se seqüestraron sus bienes y efectos, pero despues le revocó la benignidad del Rey habiendo implorado aquellos su clemencia. El corsario Rius, ademas del estrago que padeció su galera, no hubiera evitado el castigo, si el favor de la corte no hubiese desarmado la ira del cardenal. Ramon de Carrós valenciano, hombre muy valeroso, desbarató los intentos que Homich Barbarroxa tenia de tomar á Bugía, cuya ciudad combatió en vano el Turco con terrible batería de máquinas de guerra, perdiendo alli á Isaac su hermano, y la mano izquierda, bien que reparó esta falta acomodándose en el codo otra de hierro. Mas no hay necesidad de referir aqui lo que ya queda dicho por el padre Mariana.

En este tiempo las cosas de Nápoles se hallaban tranquilas por la vigilancia y talento de su virrey don Ramon de Cardona. Francia que preparaba las armas no dexaba de causar temor; pero éste no pasó adelante; pues habiéndose unido el Papa y el Emperador, fueron arrojados los franceses de casi todo el ducado de Milán. El César mudado repentinamente de dictámen se retiró con sus tropas á Alemania sin miramiento alguno á su dignidad ni á la gloria de sus armas; con cuya ligereza de ánimo proporcionó á los franceses la ocasion de recobrar lo perdido. Entretanto comenzaron á tumultuarse tan obstinadamente los de Palermo, que el gobernador don Hugo de Moncada, caballero de San Juan, se escapó de su tribunal y huyó á Mecina, habiendo el pueblo tomado contra él las armas. El pretexto que alegaban para perseguirle era que habia continuado en aquel gobierno despues de la muerte de don Fernando que le nombró, y que no babia pedido la confirmacion al Rey su sucesor. Si hemos de dar crédito á Paulo Jovio, las verdaderas causas del odio de los sicilianos

contra Moncada eran sus rapiñas y tiranías en que imitó á Verres. Las cabezas de la sedicion fueron Federico Abatelo, y Pedro de Cardona, los condes de Camerino y Colisano, y otros de la primera nobleza. Llamó el Rey á las partes para exâminar la causa de aquella sedicion, y nombró en el ínterin por gobernador de la isla á Hector Piñateli conde de Monteleon.

Arregladas las cosas de Flandes, se puso don Carlos en marcha para España, y de camino visitó las ciudades de aquella provincia. En Bruselas dió el toyson de oro, blason insigne de la casa de los duques de Borgoña, á algunos de los nobles entre los quales don Juan Manuel fue el primero de los españoles á quien hizo este honor. A Pedro de Mota, á Alonso Manrique y Adriano Florencio confirió los obispados de Badajoz, Córdova y Tortosa con aprobacion y confirmacion del sumo Pontífice. Pero no apresurándose en el viage á estos reynos tanto como deseaban los españoles, á principios de este año de mil quinientos y diez y siete envió á España 1517.
á Carlos Laxao varon de gran nobleza entre los flamencos para que se asociase á Ximenez y Adriano en el gobierno del reyno. Esta eleccion la solicitaron los grandes para mortificar al cardenal Ximenez, segun entonces se dixo. Pero éste que no hacia grande aprecio de Adriano, despreció mucho mas á Laxao como poco experimentado en los usos y costumbres de España. Sucedió una vez que los gobernadores flamencos mandaron que les traxesen á firmar los despachos reales expedidos para los negocios públicos; y poniendo sus firmas en el lugar mas preeminente, dexaron en blanco el mas ínfimo para el cardenal, dando en esto á entender que ellos tenian el primer lugar en el mando. Ximenez, que á nadie cedia el puesto, menospreciando la arrogancia de estos hombres, rompió aquellos despachos, y mandando escribir otros

los firmó él solo, y de este modo los hizo dirigir á sus destinos. Esto mismo practicó de alli adelante sin que los flamencos se atreviesen á contradecirle en nada, aunque despues les fue asociado Armastorpho camarero mayor del Rey. Descargó Ximenez gravemente su ira en don Juan de Velasco, porque habiéndole mandado que entregase Arévalo y otros pueblos á doña Germana, y rehusando él obedecerle, le estrechó fuertemente no admitiéndole ninguna excusa. Despues de muchos debates inútiles, venció con terribles amenazas la pertinacia de Velasco, que habia creido propio de su honor el defenderse con las armas, y al fin tuvo que dexarlas, y los pueblos que pretendia retener. De una causa nació otra, porque los del pais pusieron demanda para que no se les separase del real dominio, cuyo pleyto duró hasta la venida del Rey, quien mandó que los pueblos se entregasen á Germana.

CAPITULO II.

Algunas sediciones apaciguadas, y tratado de paz con Francia.

No perdonaba el cardenal fatiga alguna por el bien del estado, y decoro de la magestad real de que era gran defensor; y asi no cesaba de reprehender á los ministros flamencos que con su avaricia y ambicion lo corrompian todo. Acudian á ellos en tropas los pretendientes, que no podian conseguir favor alguno con el cardenal, hombre de carácter mas severo. A todas horas se hacian ventas de los empleos, y se daban los oficios y cargos al que mas ofrecia, sin omitir ningun género de lucro grande ó pequeño. No pudiendo el cardenal ni el consejo sufrir estos desórdenes dirigieron al Rey cartas muy

sentidas quejándose de la escandalosa codicia de los palaciegos flamencos, y amonestándole sériamente del peligro que corria. Pero el príncipe estaba enteramente dominado de los flamencos, que abusaban de tal modo de su crédito y confianza, que todos los avisos y saludables consejos fueron inútiles. Habia en este tiempo muchas causas de iras y discordias con los Mendozas; pero habiéndose reconciliado por intervencion de sus amigos, se desvaneció el peligro que amenazaba este descontento. Encendióse nueva ira contra Giron, porque litigando con él don Gutierre de Quixada por la posesion de Villardefrades cerca de Valladolid, Gutierre procedia por los términos del derecho y justicia, y Giron con la fuerza de las armas. En esta ocasion algunos jóvenes de la nobleza amigos de Giron fueron á buscarle al pueblo en que habitaba para ayudarle en esta demanda, y no hubo cosa que no hiciesen ni dixesen contra el cardenal con insolencia increible. No tardó éste mucho tiempo en tomar venganza de tan indigna maldad, pues habiendo enviado á Sarmiento con algunas tropas, se escaparon los amotinados y le dexaron libre el pueblo con tan prudente como noble consejo. La culpa recayó en sus moradores, y el castigo fue poner fuego al lugar. Inmediatamente volaron al Rey mil calumnias de los que reprobaban la severidad del cardenal en este hecho; pero el príncipe en su respuesta aprobó todo lo executado, y se aplacó la tempestad. Giron que temia el duro carácter del cardenal, se puso luego en marcha y vino á pedirle perdon de todo lo pasado; y persuadido Ximenez de que era suficiente castigo para un hombre tan poderoso aquel acto de humillacion, como era de genio magnánimo le admitió en su gracia, y procuró que el príncipe le recibiese en la suya.

Otro escollo de la pública tranquilidad fue el duque de Alba con motivo de la disputa suscitada sobre el priorato de los caballeros de San Juan. Pedíanle á un mismo tiempo don Diego hijo del mismo duque de Alba, y don Antonio de Zúñiga hermano del duque de Bejar; y como no se encontrase ningun medio de apaciguar esta discordia, se disponian ya á recurrir á las armas. Don Diego se retiró á Consuegra con gente armada, á fin de obtener con la fuerza lo que no pudiese por la bondad de la causa. Deseoso Alba de ayudar á su hijo, le envió prontamente mil infantes con alguna caballería; cuyas tropas fueron desbaratadas en su marcha por don Fernando de Andrade á quien el cardenal confió esta empresa, y con esto perdieron los de Alba la esperanza de mantener el pueblo. Finalmente despues de haber experimentado ser vanos sus esfuerzos, por consejo de hombres prudentes fue puesto el priorato en seqüestro, y con esto cesó la guerra. Con la venida del príncipe se transigió tan molesto pleyto con beneficio de las partes. Increibles son las cosas que hizo y resolvió la invencible constancia del cardenal, y si no hubiera sido tan grande en unos tiempos tan difíciles, hubiera sucedido tal vez una infinidad de gravísimos males. A la verdad este hombre solo gobernó tan diestra y prudentemente la república en paz y en guerra, que la entregó al príncipe libre y bien ordenada. No faltó á su admirable talento el arte de vencer á los enemigos, ni el de hacer que los ciudadanos se contuviesen en sus deberes. Lo mas digno de admiracion, y lo que en todos los siglos debe hacerle memorable es, que en medio de tanta multitud de cuidados dispuso la famosa edicion de la Biblia Complutense, como si no tuviese otra cosa á que atender.

En este tiempo estaba de luto el reyno de Portugal por la muerte del cardenal Alfonso hijo del Rey don Manuel; y la tristeza llegó á su colmo con la desgracia de la Reyna doña María que murió de sobreparto juntamente con el niño recien nacido. Asi perecen las cosas caducas, porque es ley inmutable de la naturaleza que se quiebren los vasos frágiles. Sirvió de algun consuelo la doble victoria ganada por Nuño Fernandez contra los xerifes que se habian sublevado, y la extension del imperio Lusitano en Africa. No era tan feliz la suerte de los castellanos en aquella parte, porque Homich, que con fraude se habia apoderado de Argel, pasando de pirata á ser Rey, despues de haber muerto á Tumin su Monarca legítimo, preparaba sus armas contra los presidios de España. Conmovidos con la noticia los presidiarios, avisaron del peligro al cardenal, y le pidieron auxilio, si no queria perder lo ganado. Para divertir al enemigo acometiéndole por mar, mandó Ximenez juntar á la ligera ocho mil hombres de gente baxa y turbulenta, los que se embarcaron baxo las órdenes del capitan don Diego de Vera, el qual habiendo desembarcado en Argel, no pudo poner en práctica sus designios por la falta de obediencia de los soldados: pues habiéndose dispersado para robar, con desprecio de las órdenes de su caudillo, fueron sorprehendidos de improviso por Homich, y destrozados, como en venganza de haber quebrantado la disciplina militar. Perecieron en esta pelea tres mil: otros quatrocientos fueron hechos esclavos; y los demas se salvaron retirándose á sus naves, y volvieron á España con ignominia y pérdida considerable.

El César Maxîmiliano vino á Bruselas con los grandes de Alemania, y de este viage resultó hacer

las paces con Francisco Rey de Francia, para que por la ausencia de Carlos no estuviese expuesta la Flandes á ninguna invasion. En la ciudad de Noyon en el Franco Condado se juntaron los embaxadores, y despues de muchos debates se ajustaron las condiciones en los términos siguientes. «Que Carlos y »Enrique prosigan en justicia su demanda sobre el »derecho al reyno de Navarra. Que Francisco dé á »Carlos por esposa á su hija Luisa de edad de un »año, y ceda á título de dote sus derechos al reyno »de Nápoles. Que pague Carlos cien mil ducados de »pension cada año para alimentos de la esposa, exî»gidos de las rentas de Nápoles, y si ella fallecie»se antes de las nupcias, que haya de desposarse con »la hermana inmediata; y á falta de ellas con Rena»ta inglesa cuñada de Francisco. Que Maxîmiliano »restituirá á los venecianos la ciudad de Verona; y »los venecianos entregarán de contado á Maxîmilia»no doscientos mil ducados." Aunque estas condiciones eran tan poco favorables á don Carlos, se vió precisado á admitirlas por la necesidad que tenia de venir á España; pero mas adelante fueron causa de grandes disensiones.

Defendida Verona largo tiempo por los españoles y alemanes, fue entregada á Lautrec gobernador de Lombardía para que la restituyese á los venecianos, y de este modo fue dada la paz á Italia. Pero de alli á poco tiempo la turbó Francisco de la Rovere, conduciendo algunas tropas que antes se habian sacado de Verona, y hizo con ellas una entrada en el principado de Urbino, de que habia sido despojado por el Pontífice. Este incidente ponia las cosas en gran peligro, asi por las fuerzas de Francisco de la Rovere, como por el descuido de Lorenzo de Médicis; pero habiendo sobrevenido Moncada enviado por

don Carlos restableció de nuevo la paz. El de la Rovere se retiró á Mántua llevándose los tesoros, la biblioteca que era muy exquisita, la artillería y otras máquinas de guerra. El de Médicis fue restituido en el principado con la dura condicion de pagar el sueldo de las tropas. Desde allí Moncada, que tenia en Italia el gobierno marítimo, llevó á Nápoles los tercios viejos de la nacion española.

El concilio Lateranense comenzado por el Papa Julio II contra los cardenales cismáticos que se juntaron en Pisa y sus sequaces, fue concluido por Leon X, habiendo perdonado el Rey á Bernardino de Carvajal, y Federico Sanseverino autores del cisma. En este tiempo se celebró solemnemente la canonizacion de la Reyna Isabel de Portugal, muger de vida y costumbres santísimas, y se consagró su memoria para siempre celebrándose anualmente su fiesta en la iglesia; y al Rey don Manuel se le concedió el patronato de las órdenes militares. Adriano, á quien poco antes se habia conferido el obispado de Tortosa, fue condecorado con la púrpura de cardenal. Con tan altas dignidades fueron premiadas la enseñanza que dió á Carlos en su juventud, y su fidelidad y virtudes. En este tiempo murió doña Juana de Aragon, hermana de don Fernando el Católico, que habia estado casada con don Fernando Rey de Nápoles, hijo de Alfonso el Grande; y fue sepultada junto al altar mayor de Santa María la Nueva, donde se ve su estátua de mármol. En Roma pasó de esta vida á la inmortal don Diego de Serra, obispo de Calahorra y carderual, natural de Valencia, y su cuerpo fue sepultado en Santiago de los Españoles.

Mientras tanto se hallaba tranquila la Sicilia, habiendo sido sacados de allí los fomentadores de las

sediciones; y parecia hallarse ya amortiguado el ardor de los ánimos, quando de repente se esparció el rumor (sin saberse su orígen) de que en Flandes y en Nápoles donde se hallaban presos los nobles sicilianos habian sido muertos por mandado del príncipe: con lo qual volvió á sublevarse el pueblo instigado por Lucas Squarcialupo. Tomaron las armas y acometieron con ímpetu á los consejeros del Rey, á quienes atribuian la muerte de sus nobles: algunos de ellos pudieron escaparse, pero los mas fueron asesinados. Pusieron en prision al gobernador; y habiendo conseguido salir de ella disfrazado, al dia séptimo se huyó en una pequeña nave á Mecina, donde se hallaban tranquilos los ciudadanos, encargando el cuidado de apaciguar la sedicion á su teniente Guillelmo de Vintimilla. Este pues comenzó á tratar el negocio con destreza y maña. Luego que vió que las cabezas de los rebeldes, despues de sus robos, incendios y rapiñas, estaban descuidados y vivian sin temor alguno, aprovechándose de esta ocasion fue á la iglesia acompañado de una gran multitud de nobles, dando á entender que concurria á la celebracion de los divinos oficios. Allí desenvaynando de improviso la espada mató á Lucas por su propia mano: los nobles que le seguian mataron á dos compañeros suyos, y á otros que fueron presos los hizo llevar á la horca, accion laudable si en ella no hubiera sido violada la santidad de la casa de Dios.

De este modo reprimió algun tanto el desenfreno de la plebe. Mas como no pudiesen los magistrados apaciguar enteramente la sedicion, representó Piñateli al príncipe que era preciso recurrir al auxilio de las armas, y noticioso de que el contagio se iba extendiendo por Sicilia, mandó á don Juan de Guevara, conde de Potencia, y á don Hernando de

Alarcon, que desde Nápoles pasasen á aquella isla para reprimir á fuego y sangre á los sediciosos. Habiendo desembarcado en Sicilia este socorro, comenzaron á hacer pesquisas para descubrir á los que se hallaban escondidos. Toda la isla fue purificada con la sangre de los culpados: sus bienes fueron confiscados; y con ellos de mandato del príncipe se resarcieron los daños que habian padecido los nobles, como de los Moncadas lo escribe Languegla, y sus casas fueron arrasadas en venganza y memoria de la maldad cometida. Pero fueron mas crueles las justicias que se executaron en Palermo, pues parte de ellos pagaron la pena de su rebeldía en la horca; quatro fueron precipitados desde una torre muy alta, y otros perecieron ahogados en la carcel. Tal fue el fin sangriento y miserable de este furor y locura. Los demas que se hallaban presos en varias partes, habiéndose averiguado que no habian intentado cosa alguna contra el príncipe fueron puestos en libertad. Hemos juntado en un lugar todos estos hechos que sucedieron en tres años despues del siguiente, para no interrumpir su narracion refiriéndolos en sus lugares oportunos. Volvamos ahora á seguir el hilo de lo que dexamos pendiente.

CAPITULO III.

De la llegada del Rey á España; y muerte del cardenal Ximenez.

Habiéndose ajustado la paz con el Frances se volvió Maximiliano á Alemania. Su hija Margarita quedó gobernadora de Flandes, y don Carlos con doña Leonor su hermana pasó á Middelburgo, llamado por los antiguos *Castrum Metelli*, para embarcarse,

siguiéndole Gesvres primer ministro del reyno y otros muchos cortesanos. Los navíos de esta armada eran cerca de ochenta, los mas de ellos españoles y enviados por Ximenez. Pero no pudo marchar tan presto como lo exîgia la necesidad, á causa de las tormentas que se levantaron en el mar, y por las cosas de los holandeses, y otras que sobrevinieron con motivo del mismo viage, que al fin se verificó en el mes de septiembre. Durante su navegacion se incendió casualmente un navío, y pereció con todos sus pasageros. Pero trece de ellos arribaron con feliz navegacion, y obligados de los vientos, á Tazones rada de la costa de Asturias cercada de horribles peñascos. Trasladóse á Villaviciosa, para descansar de las molestias del mar, y desde allí se puso en marcha á Tordesillas, donde se hallaba la Reyna Madre y doña Catalina su hija, con deseo de ver á Leonor, y fue cosa admirable la alegría que manifestó la Reyna aunque demente al abrazar á sus hijos.

Habiendo resuelto el Rey pasar á Valladolid (aunque corria la voz de que se hallaba aquella ciudad molestada de la peste, que entonces habia acometido á casi toda España), escribió al cardenal una carta en que le indicaba «que saliese á recibirle á Mo»jados, donde despues de tratar de los negocios pú»blicos, y de arreglar los particulares, y la familia »que habia de tener, se retirase á su casa á descan»sar." Esta disposicion inspirada por los cortesanos sus émulos, fue el premio que recibió de tan extraordinarios servicios; porque muchas veces sucede que los grandes méritos son recompensados con una grave injuria. Deseaban pues los flamencos alejar á este hombre que les era tan importuno, y les servia de estorbo á sus designios, á fin de apoderarse enteramente de la voluntad del príncipe. Don Pedro de

Mota, obispo de Badajoz, que era demasiado adicto á los flamencos, y incitado ademas por sus particulares intereses, añadió en la carta el retiro del cardenal. Recibióla éste en Roa donde se hallaba enfermo, y adonde habia ido para cumplimentar al Rey. Algunos creyeron que la agitacion del camino le habia causado la enfermedad, y otros que le habian dado en una trucha un veneno que le acabase lentamente, añadiendo que el autor de esta maldad habia sido alguno de los flamencos. Tal vez todo esto fue fingido por el odio, y creido fácilmente por el vulgo, siempre inclinado á dar crédito á lo peor. Pero la constante opinion de todos fue, que hallándose convaleciendo de una enfermedad, se le agravó ésta con la carta del Rey, y acabó con este varon inmortal por la fama de sus hechos, á los ochenta años de su edad. Tanta es la repugnancia que por un vicio de nuestra naturaleza tienen á dexar el mando los que estan acostumbrados á dominar. Gobernó santísimamente la iglesia de Toledo por espacio de veinte y dos años, empleando sus quantiosas rentas en utilidad pública. Edificó en Alcalá un colegio magnífico, que no cedia en nada á los mas grandes, con la advocacion de San Ildefonso, en cuyo templo fue sepultado en un honorífico túmulo.

Don Fernando y los grandes que iban en compañía del cardenal se fueron á Valladolid á esperar al Rey; el qual el dia diez y ocho de noviembre entró á caballo en la ciudad baxo de un pálio, con cuya pompa es costumbre recibir á los príncipes, siendo innumerable la multitud del pueblo que con mucha alegría salió fuera de las puertas á congratularse de su venida. Los dias siguientes fue festejado con juegos y regocijos. Acudió á cumplimentarle don Alfonso de Aragon no sin esperanza de obtener el ar-

zobispado de Toledo; pero viendo frustrados sus deseos, se volvió á Zaragoza altamente dolorido de la repulsa, como sucede á todos los ambiciosos que no se contentan con su suerte: y quedando burlados todos los pretendientes, fue conferido este arzobispado por influxo de Gesvres cortesano poderoso, á Guillelmo de Croy, obispo de Cambray. Irritáronse los españoles contra el autor de esta eleccion que todo lo convertia en su propio lucro, y vociferaban públicamente «que despues de haber vendido todas »las magistraturas y gobiernos, no estaban tampoco »seguros los puestos sagrados: que Croy habia con»seguido el arzobispado de Toledo por el favor de »Gesvres su tio, y antes de él Bartolomé Marliano »el obispado de Tuy en premio de la invencion del »frívolo símbolo de las columnas de Hércules; eli»giendo á los extrangeros en grave injuria de la na»cion, como si hubiese falta de naturales benemé»ritos. Que todos los empleos políticos y militares »eran venales por el abuso que hacia el codicioso »viejo de la poca edad del príncipe. Que los espa»ñoles se veian sumamente despreciados, y que para »nada se les atendia, y que no se daba el debido »premio á la virtud y al mérito, habiéndose apode»rado la ambicion de todo, y triunfando de la equi»dad con la fuerza ó con el favor." Animados vivamente contra los flamencos comenzaron á despreciar su ministerio, á enagenar los ánimos del amor al Rey, y á dar rienda suelta á las lenguas, á exemplo del vulgo, que una vez irritado no se detiene en hacer y decir las cosas mas atroces. De la insolencia se precipitaron fácilmente en la audacia, que es la señal cierta de los males que amenazan á la república. La causa de todo era Guillelmo Croy de nobilísima familia, llamado Gesvres por un señorío

de este nombre que poseia en Flandes, pero tan avaro que su codicia llegó á ser proverbio entre los españoles. El chancelario Juan Selvagio, hombre perverso y de una capacidad extrema, ocupaba el lugar inmediato en autoridad. No por eso dexaba el Rey de ser presa de los demas cortesanos. Estos hombres venales ponian en almoneda todos los honores y empleos, y no habia cosa alguna que negasen al dinero, fuese justa ó injusta. Estos detestables excesos vinieron á producir una sedicion declarada y furiosa, que puso al estado muy próximo á su ruina.

En el principio de este año de mil quinientos y 1518.
diez y ocho acudieron muchos procuradores de las ciudades á las cortes que el Rey celebraba entonces, y en la sala capitular del convento de San Pablo del orden de Predicadores de la ciudad de Valladolid comenzaron á tratar de las cosas del reyno. Entraron los flamencos en la sala para asistir á las consultas contra todo derecho y justicia. Pero no sufrieron los españoles esta injuria; y principalmente se opuso á ello con mucho ánimo Zumel procurador de Burgos, clamando que se vulneraba la libertad de la nacion. En vano algunos nobles aduladores de Gesvres, y deseosos de ganar su favor, quisieron con ofertas, amenazas y terrores abatir la constancia invencible de aquel defensor de los derechos de la nacion. Asi pues, arrojados de allí los extrangeros, se comenzó á deliberar sobre el juramento de fidelidad que los pueblos debian prestar al príncipe, y al mismo tiempo sobre que éste jurase la observancia de las leyes y estatutos. El único obstáculo que los detenia era la Reyna Madre, porque el no contar con ella quando estaba en posesion legítima del reyno, les parecia una cosa muy injusta. Por tanto para prepararle el camino al trono se determinó finalmente, que contentándose

don Carlos con el nombre de príncipe, se abstuviese del de Rey, para que no se creyese que hacia agravio á su muy amada madre; y que los decretos y despachos fuesen firmados con los nombres de la Reyna y del príncipe. Despues de esto pidieron los procuradores que en adelante no se confiriesen los empleos á los extrangeros, y que asi se ofreciese con juramento; en lo qual insistió mucho Zumel, apoyado en el testamento de la Reyna doña Isabel, no sin disgusto del príncipe, que conmovido algun tanto, y habiendo proferido en el juramento una palabra ambigua, pareció que dexaba la cosa en duda, dando con esto mucha materia á quejas y murmuraciones. Pero quién ignora que el poder soberano tiene por mas justo lo que es mas fuerte? Hecha pues la ceremonia del juramento, ofrecieron las ciudades por via de donativo gratuito seiscientos mil escudos pagados en tres años; y de este modo se concluyeron las cortes.

Desde Valladolid se puso don Carlos en marcha para Aragon, dexando encargado con mucho encarecimiento el cuidado de la Reyna su madre, que como ya diximos se hallaba demente, á don Bernardo de Sandoval, marques de Denia, cuyo amor al Rey don Fernando su abuelo le era muy conocido. Llevóse consigo á la Reyna viuda doña Germana, y á su hermana doña Leonor, y se detuvo en Aranda, donde residia su hermano don Fernando, para disponerle su viage á Flandes, no olvidándose del consejo del cardenal Ximenez, de que era muy conveniente quitar el apoyo de los partidos en únos ánimos tan discordes, para que no recibiese detrimento alguno la república, tan expuesta á movimientos y sediciones en los principios de un nuevo reynado. Y así para libertarse de este aguijon, porque no hay cosa alguna que no sea sospechosa á los que reynan, ni que sea segura y de

confianza, encargó á Vera su mayordomo mayor, y hombre de conocida fidelidad y lealtad, que conduxese á su hermano á Flandes; resolucion que llevaron muy mal los españoles, que le tenian grande afecto. Libre ya don Carlos de este cuidado salió de Aranda, y prosiguió su viage para Aragon, acompañado de mucha nobleza. Entró en Zaragoza el dia diez y ocho de mayo, y fue recibido por el arzobispo don Alonso y los ciudadanos con extraordinarios obsequios, acudiendo gran multitud de gente de todas partes con singular gozo y alegria para ver al Rey. En esta ciudad se detuvo mucho mas tiempo del que habia pensado: y allí falleció Selvagio, sin que los españoles mostrasen sentimiento alguno de su muerte. En su lugar fue puesto Mercurino Gatinara, saboyano de nacion, que de allí á pocos meses obtuvo el capelo de cardenal. Don Carlos dió en la misma ciudad audiencia á los embaxadores, y para favorecer los justos deseos del sumo Pontífice, mandó preparar una fuerte y numerosa armada, que asegurase las costas de Italia contra los insultos de los turcos.

Temia el Pontífice que orgulloso Selym con la victoria que habia ganado en Memphis á la nacion de los mamelucos, haciendo prisionero á Tomumbey último de sus Reyes, volviese sus armas contra el occidente, como parece que lo pensaba. Por esta causa solicitaba por medio de sus embaxadores juntar las fuerzas y los ánimos de los príncipes, y llevar la guerra á los enemigos del nombre christiano, sin aguardar á que ellos se la hiciesen. Pero ni pudo conseguir cosa alguna de los príncipes de Alemania, ni produxeron efecto alguno las conferencias tenidas en la dieta de Ausburg. El Rey don Carlos, que no debia despreciar aquel negocio, y á fin de instruirse con certeza de él, envió á Turquía á Garcí Jofre de

Loaysa, caballero del orden de San Juan, con pretexto de congratular á Selym por la victoria ganada en Egipto y la extension de su imperio; pero en realidad para que averiguase el estado en que se hallaba el negocio de la guerra, y descubriese con astucia los designios del bárbaro. Entretanto para cumplir su palabra dió orden de pagar adelantado al Rey de Francia ciento y cincuenta mil escudos á que se habia obligado en la paz de Noyon. Tambien trató del casamiento de su hermana Leonor, á la qual solicitaba por esposa el Rey de Portugal por medio de Alvaro de Costa su embaxador secreto, cuyas nupcias aprobó el consejo, y se decretaron los acostumbrados regocijos. Acompañó en su viage á la régia doncella el duque de Alba, y los obispos de Córdova y Plasencia con una numerosa y lucida comitiva, y se celebró en Ocrato el matrimonio por don Martin de Castro, arzobispo de Lisboa; enviando el Rey don Carlos al Rey de Portugal el collar del toyson de oro con que quiso condecorarle.

Congregadas finalmente las cortes de Aragon, pedia el príncipe que le hiciesen el juramento de fidelidad segun la antigua costumbre, á causa de que la Reyna su madre no se hallaba con fuerzas ni salud para sostener los cuidados del gobierno. Irritóse el príncipe con la respuesta poco cortés y aun altanera que le dió aquella terca y poco complaciente nacion, con lo qual se suscitó un tumulto y corrieron á las armas: Sandoval dice que hubo muchos heridos, lo que niega Argensola continuador de los anales de Zurita; pero como el uno es castellano y el otro aragones, y ninguno de los dos fue testigo ocular, dexaré la cosa en duda; pues por lo que á mí toca confieso que no he podido averiguar lo que realmente hubo en este lance. Pero lo cierto es, que á los aragoneses les pa-

reció una cosa inaudita jurar al príncipe viviendo aun la Reyna; mas al fin hicieron el juramento, y el príncipe juró al mismo tiempo que se les conservarian sus privilegios é inmunidades. Ofrecieron en estas cortes doscientos mil ducados de donativo gratuito; y doña Germana renunció en el príncipe los derechos que tenia á la Navarra. Tratóse de erigir nuevos obispados en Madrid y Talavera, desmembrándolos del dilatadísimo y opulento arzobispado de Toledo; y obtenida en este año la bula pontificia para el efecto, se encargó el exâmen de este negocio á Adriano nuncio apostólico, obispo de Consenza, y á don Alfonso Manrique obispo de Ciudad-Rodrigo. Pero habiéndose encontrado muchas dificultades y estorbos, fue preciso desistir por entonces de este útil y saludable proyecto.

CAPITULO IV.

De la guerra contra Homich; y eleccion de don Carlos al imperio.

Homich que habia usurpado el mando de Argel, se apoderó tambien de la ciudad de Tunez, habiendo arrojado de ella á su Rey. Despues fue llamado por los de Tremecen que se hallaban tumultuados; dió con felicidad una batalla, y puso en fuga al Rey Benchen, entrando victorioso en la ciudad que estaba dividida en varias facciones. Pero el bárbaro que habia sido echado de su reyno, vino á España á implorar el auxîlio del Rey don Carlos, y se volvió al Africa con la esperanza que le dió este príncipe de que le enviaria socorros. Inmediatamente dió orden al marques de Comares don Diego Fernandez, que se hallaba entonces gobernador de Oran, para que con buenas

tropas fuese á socorrer á aquel Rey tributario. Mandó éste que se pusiese en marcha con toda diligencia un esquadron que sostuviese el partido del Rey de Tremecen, que se veia muy próximo á su ruina: la batalla fue desgraciada por la demasiada confianza de los españoles, de los quales perecieron quatrocientos. Volvieron segunda vez á la pelea contra Mahomet, que vino al socorro de su hermano Homich con algunas tropas que habia juntado apresuradamente en Argel, siendo mandados los españoles por don Manuel de Argote teniente del gobernador de Oran. Quedó la victoria por estos con una completa derrota de los enemigos. Alegres con el feliz suceso los vencedores, se aceleraron á entrar en la ciudad, con cuya presencia aterrado Homich, y perdida la esperanza de tener socorros, procuró con la fuga libertarse quanto antes del peligro; y á la verdad este era el único camino que le quedaba para ponerse en salvo: porque hallándose rodeado de dos males, tenia por una parte á los ciudadanos del contrario partido, y por la otra las fuerzas que fuera de la ciudad le amenazaban, sin que tuviese medio alguno para hacerlas resistencia. Asi pues habiendo recogido todos sus tesoros, y acompañado de los soldados y gente que le habia quedado, salió por una puerta falsa y se escapó en alta noche. Sabido esto por los españoles el dia siguiente, se irritaron atrozmente por el dolor de la presa que se les iba de las manos. Siguiéronle por el rastro cerca de cien millas con mucha fatiga de los hombres y caballerías por unos campos arenosos que hacian dudoso el camino que llevaba, y al fin le alcanzaron derramando oro por donde iba, para hacer que con esto se detuvieran sus perseguidores. Llegaban ya los españoles á picar la retaguardia de Homich, y le impedian la marcha, quando el bárbaro se metió entre

unas cercas donde se encerraban ganados, con intento de pelear desde aquel parage. Pero en breve le derribó al suelo de una pedrada el alferez García Tineo. Echado en tierra y manejando todavía su espada hirió en la mano derecha al vencedor, el qual cortó la cabeza á Homich, que hasta el último aliento se defendia con mucho ánimo. La grande y opulenta presa fue repartida á los soldados en premio de sus fatigas, y habiendo recogido Tineo la cabeza de Homich y sus mas preciosos despojos, entró en Oran con una especie de triunfo.

Entretanto los piratas moros hicieron en las costas de España muchas correrías y daños á que estaban muy acostumbrados. Amposta, pueblo situado cerca de la desembocadura del Ebro, fue saqueado y destrozado cruelísimamente. En el reyno de Valencia hicieron algunos desembarcos, acometieron á los pueblos, robaron los ganados, y apresaron las naves mercantes que encontraron, con las mercaderías y pasageros que iban en ellas. Con esta alternativa de cosas prósperas y adversas se recompensaban mútuamente los daños que unos á otros se hacian.

A principios de este año de mil quinientos y diez 1519 y nueve se puso el Rey en marcha para Barcelona, donde tambien habia mandado celebrar cortes, y allí recibió el aviso de que Maxîmiliano su abuelo paterno habia fallecido en Belsis, pueblo de la Austria, con cuya nueva se abandonó al dolor por largo tiempo. Maxîmiliano habia pensado mucho en la eleccion de su sucesor. Al principio se inclinaba por don Fernando, para que ninguno de los de su casa quedase sin un imperio; pues le parecia que don Carlos se hallaba suficientemente poderoso, y colmado de gloria con la herencia de tantos reynos. Por esta razon quería que su hermano fuese elevado al imperio romano,

á fin de que la casa de Austria tuviese doble apoyo, cuya resolucion no fue aprobada por sus amigos, y especialmente por Mateo, cardenal de Sion, natural de Suiza, que era afectísimo á la casa de Austria. «Qué cosa, decian, debe ser mas apetecible para la »casa de Austria que el que recayga en un príncipe »tan poderoso la magestad imperial? Y qué cosa mas »conveniente para la Alemania que el que su imperio »sea gobernado por un Rey poderosísimo, que con»tribuya con sus riquezas á defenderle y extenderle? »Verdaderamente no se puede desear una cosa mas »útil al bien público y particular. Asi pues, que no »debia malograrse esta bella y deseada ocasion, que »ahora se presentaba de levantar hasta el cielo la casa »de Austria, y que era necesario elevar al imperio al »Rey don Carlos, como lo habia aconsejado muchas »veces el Rey cathólico don Fernando, varon de su»ma autoridad y prudencia, incitado del deseo de es»tablecer en Europa una potencia formidable." Persuadido con estas razones Maximiliano, que era de carácter facil y variable, habia comenzado ya á tratar éste negocio en la junta de los príncipes electores, con esperanza cierta de que no serian vanos sus deseos. Pero la brevedad de la vida, que muchas veces se muestra adversa á las grandes empresas, le privó de llevar hasta el fin sus designios.

El príncipe don Carlos, despues de haber hecho celebrar magníficas exéquias á su abuelo, se declaró pretendiente del imperio, y enviando una embaxada al Rey de Francia Francisco, procuró halagarle y atraerle á su partido para que no fuese su concurrente. El Frances llevó á mal los intentos de Carlos; pero como era de ánimo generoso y franco respondió ingénuamente, que cada uno debia pelear por el imperio, no con las armas, sino con sus méritos, y con

el mismo ánimo con que dos rivales desean y pretenden una doncella, que el que de ellos es elegido para esposo goza de su felicidad sin hacer injuria al otro. A la verdad los hechos no correspondieron á tan bellas palabras; porque dexándose arrebatar de la ambicion estos príncipes tan poderosos, comenzó cada uno á poner en obra sus artificios y maquinaciones, sin omitir cosa alguna que fuese conducente á la consecucion del imperio. Eran los siete electores, Alberto arzobispo de Colonia, Hertmanno arzobispo de Maguncia, Ricardo arzobispo de Tréveris, Federico duque de Saxonia, Joaquin marques de Brandemburgo, Luis conde Palatino, y en caso necesario Luis Rey de Bohemia y de Hungría. La causa de Francisco estaba apoyada por el marques de Brandemburgo, á quien habia ganado con dones y promesas: y á fin de conciliarse el ánimo del sumo Pontífice con una accion loable y piadosa, publicó que habia enviado á Pedro Navarro con una armada contra los turcos que molestaban la Italia; mas la verdad fue que esto lo hizo para asegurar con el socorro de las armas al Pontífice, que temia tener tan cerca á los españoles. De este modo lo hallo escrito en los historiadores, aunque no me atrevo á salir por fiador de su certeza.

Cuidadoso don Carlos en continuar eficazmente por medio de sus amigos lo que habia comenzado su abuelo Maxîmiliano, y para aterrar á los que se oponian á su peticion, hizo entrar un exército flamenco en el territorio de Francfort, con pretexto de defender la libertad de los siete electores.

Al mismo tiempo no cesaban los ministros de los pretendientes, procurando por todo género de medios conquistar los votos de grandes y pequeños, prometiendo á todos grandes premios y mayores esperanzas. Tanta era la ambicion de los contendientes,

que por qualquier medio, y sin reparar en lo justo ó injusto de ninguno de ellos, aspiraban á la victoria. Por una y otra parte se alegaban razones de gran peso, que podian abrirles el camino para llegar á la elevacion que solicitaban. «El Rey de Francia Francisco pedia el imperio establecido por Carlo Magno »con tantas victorias, como una cosa que alguna vez »debia ser restituida á quien le habia fundado y po»seido por espacio de muchos siglos: ofrecia emplear »las inagotables riquezas de Francia en renovar el »esplendor del imperio, y arrojar fuera de los lími»tes de Europa al Otomano, molestísimo enemigo »del nombre christiano; y añadia que no ignoraba la »antiquísima nacion germánica que de ella habian sa»lido en otro tiempo los francos fundadores en la Ga»lia de un nobilísimo imperio. Però los que estaban »por don Carlos recordaban en su recomendacion la »memoria de sus abuelos. Que no se debia dexar á »un lado sin hacerle agravio é injuria á aquel que »era de estirpe alemana, y nacido de aquella fa»milia de la qual solo se excluian del imperio los que »eran incapaces para él. Que el poder español que »estaba tan apartado y tan distante de Alemania, no »debia serles tan formidable como el Frances que »tenian tan inmediato y que por tantos siglos habia »sido su émulo." Juntábase á los amigos de don Carlos el dictámen de las ciudades que miraban con indignacion á un príncipe extrangero; y querian se eligiese un César natural del pais, que usase de su mismo idioma y costumbres. Del mismo parecer fueron los suizos, los quales enviaron un ministro al Pontífice que se hallaba inclinado por el Frances, suplicándole se dignase interponer sus buenos oficios por aquel príncipe, que siendo nacido y criado en Alemania gobernaria con mas amor á sus compatrio-

tas. Entretanto el arzobispo de Maguncia que estaba por don Carlos, y el de Tréveris que era del partido del Rey Francisco, defendian cada uno su causa con acérrimos y fuertes discursos. Hallábanse perplexos y indecisos los electores hasta que al fin manifestaron inclinarse al de Saxonia. Pero este rehusó constantemente esta dignidad, y declaró que su voto era por don Carlos, asi por su grande poder, tan oportuno para defender el imperio, como por las esperanzas que daba su buena índole, por lo qual le parecia digno de ser preferido á todos. Al cabo de muchos debates convinieron los demas con grande unanimidad en el dictámen del de Saxonia: y despues de cinco meses de interregno, el dia veinte y ocho de junio fue proclamado en Francfort solemnemente por el arzobispo de Maguncia don Carlos, por el quinto de los Césares de este nombre, con grande alegria de los pueblos de Alemania, que se congratulaban de su feliz suerte.

Penetró gravemente el ánimo del Rey de Francia la nueva de esta eleccion, y irritado de la repulsa dió rienda suelta á su ira sin consideracion á las condiciones del tratado que antes habia hecho con el Rey don Carlos. Tampoco este parecia muy inclinado á observarle, á causa de la temprana muerte de la princesa de Francia Luisa, y que por este accidente debia tener por esposa segun lo convenido á la princesa María su hermana que estaba recien nacida: nupcias tan tardías y obtenidas casi á fuerza por el Frances, habian alejado el ánimo de Carlos de cumplir lo tratado; y no faltaba quien creia que mas se dirigia esto á armarle asechanzas que á conseguir su afinidad. Atormentado cada uno con el estímulo de su propio dolor, se vieron como obligados á declararse la guerra, y á destruirse recíprocamente, sin

cuidarse del juicio que la fama pudiera hacer de ellos. El Rey de Francia para aumentar su poder con los socorros extrangeros, y suscitar un émulo á Carlos, procuró aliarse con Enrique Rey de Inglaterra. Juntáronse los dos para conferenciar en los confines de Picardía y Flandes por espacio de quince dias con mayor gasto que utilidad. Compitieron entre sí en el fausto, en la vana ostentacion de las riquezas, en los vestidos, en los banquetes, en juegos y espectáculos, como si hubieran concurrido no para tratar de la guerra, sino para conciliarse el amor de las mugeres. En una sola cosa convinieron con aquella alianza, y fue: que si el Rey don Carlos intentase alguna empresa contra Italia, le rechazarian con los mayores esfuerzos. Temia el Frances, que el nuevo Emperador tuviese sus miras sobre el estado de Milán; y considerando que es mejor la condicion del que declara la guerra, que la del que la defiende, hizo alianza secreta con el Pontífice, para invadir el reyno de Nápoles. Lo que no tuvo efecto alguno por haber mudado de parecer el Pontífice que todo lo dirigia á su provecho y comodidad, como es costumbre de los príncipes. De este modo comenzó á suscitarse la cruel y atroz guerra que por tanto tiempo se sostuvo con mucho teson, y á costa de grandes riquezas, con gravísimo perjuicio y ignominia del nombre christiano.

CAPITULO V.

De la pérdida de una armada española en las costas de Argel, y sublevaciones en Castilla.

Habiendo sido muerto Homich en el año precedente, le sucedió Aradipo su hermano, pirata

famosísimo, en quien con las riquezas habia crecido la pasion de robar. Encargóse á Moncada la venganza de los daños que este moro habia hecho en nuestras costas, y juntando brevemente una armada, navegó con ella á Argel para arrojar del reyno al pirata. Hecho el desembarco de la gente, comenzaron á suceder las cosas mucho mejor de lo que se esperaba; porque á la primera embestida se apoderó del monte que domina la ciudad, habiendo arrojado de allí á los moros. Entretanto que se preparaba á escalar los muros con grande alegría de los soldados, que le pedian los llevase á pelear con el enemigo, acudió Gonzalo de Ribera, que era compañero de Moncada en el mando, y poniéndose en medio de las tropas mandó que se detuviesen, declamando que aquella empresa era precipitada é inmatura, y que debia esperarse al Rey de Tremecen, que llegaria en breve con la caballería segun estaba convenido. Pero mientras le esperaron quietos por espacio de siete dias se levantó una horrible tempestad con viento Norte, que estrelló en la costa mas de treinta navíos: muchos perecieron ahogados, y otros fueron muertos ó hechos cautivos por los bárbaros que corrieron á la presa. Hay quien dice que los muertos llegaron á quatro mil. Afligido Moncada con tan lamentable suceso se dirigió á la isla de Ibiza con los restos de la armada para invernar allí. Orgulloso el bárbaro con la victoria que habia ganado por la conjuracion de los elementos, llenó de terror y confusion las costas de España, y haciendo en ellas mucha presa se retiró con diligencia al Africa.

A este tiempo recibió el Rey don Carlos con extraordinaria alegria á Federico Palatino, hermàno del duque de Baviera, enviado por los siete electores para darle la nueva de su eleccion al imperio; y le despi-

dió colmado de dones, ofreciéndole que quanto antes partiria para Alemania. Tambien escribió entonces á los electores una carta muy afectuosa, significándoles se acordaria eternamente del beneficio recibido. Entre los españoles eran muy varios los pareceres sobre la eleccion de don Carlos al imperio, y cada uno miraba la cosa con bueno ó mal semblante, conforme á la pasion que le dominaba. Fastidiada la Reyna doña Germana de su estado de viudez y soledad, luego que vino á Barcelona se casó con un príncipe de la casa de Brandemburgo, de consentimiento del Rey don Carlos, el qual asistió á las nupcias, y con este motivo mandó hacer fiestas no sin nota de ligereza de ánimo. Habiéndose juntado los catalanes en cortes, convinieron de comun acuerdo en resistir á la voluntad del príncipe; y no podian resolverse á hacer el juramento de fidelidad, por no haber sido costumbre entre ellos. Pero exâminado el punto, y siguiendo el exemplo de Castilla y Aragon, lo prestaron por fin, y se concluyeron las cortes, quedando todas las cosas arregladas pacíficamente. Los sardos estuvieron muy prontos en manifestar su obediencia, y habiendo sido enviado Angelo de Villanueva con potestad de legado, congregó la junta de los isleños, y procuró que sus peticiones fuesen aprobadas y confirmadas por el Rey. No lo hicieron asi los valencianos que se obstinaron en rehusar el juramento mientras el Rey no pasase en persona á la ciudad, y celebrase cortes del reyno. El cardenal Adriano, que partió á Valencia á fin de suavizar los ánimos de los grandes, no pudo adelantar cosa alguna. Irritado con los nobles, confirmó al pueblo en el permiso dado por el Rey de llevar armas, y de juntarse para hacer frente á los moros, enemigos incansables; lo que fue principio y origen de grandes calamidades.

El Rey don Carlos que estaba previniéndose para pasar á Alemania, se vió precisado á detenerse por la controversia que se estaba ventilando en Mompeller sobre la posesion de Navarra, de la qual ya se habia tratado dos años antes en el congreso de Noyon. Pero despues de perder mucho tiempo se disolvió la junta sin haberse concluido cosa alguna, impidiéndolo la repentina muerte de Boisi primer ministro de Francia. Originóse otra detencion á causa de las ciudades de Castilla. Trataban secretamente los ministros reales con los arrendadores de aumentar los tributos, para suplir la escasez en que se hallaba el erario. Y esta proposicion no fue ingrata á los oidos del Rey naturalmente propenso á abrazar estos medios. Pero se descubrió por los de Segovia, desde donde se comunicó á Toledo, desde allí á Avila, y finalmente á todas las demas ciudades que conmovidas con tal noticia enviaron diputados para pedir la remision de tan graves cargas. Don Carlos luego que advirtió el movimiento de las ciudades, prohibió que ninguno viniese á hablarle por aquella causa. Pero los toledanos sin intimidarse con esta prohibicion se pusieron en camino, y entraron en Cataluña; y habiéndolos admitido con mucha seriedad á besar la mano, los envió á Mercurino Gatinara para que despachase su peticion. Pedian los diputados de aquella ciudad que el Rey no partiese de España hasta que los negocios del estado quedasen arreglados, ni diese lugar á que los que estaban oprimidos de tributos sufriesen otros nuevos; y que hiciese cumplir los capítulos de las cortes de Valladolid segun lo habia prometido en ellas. Respondióles Mercurino que no habia tiempo para deliberar sobre estas cosas, y que lo que se determinase se comunicaria á los magistrados. Habiéndolos despachado con tan dura respuesta,

se volvieron á su casa sin fruto alguno de su comision, pero llenos de ira y dispuestos á emprender qualquiera atentado.

Mientras que los españoles fomentaban su descontento, en el Austria ardian las ciudades en sediciones populares despues de la muerte de Maximiliano. Habian invadido el gobierno hombres de genio inquieto y turbulento, y arrojando á los magistrados obraban en todo á su antojo sin tener ningun respeto al príncipe ausente. Tambien comenzó á manifestarse en público el famoso Martin Lutero, quien en treinta y uno de octubre del año anterior habia defendido en unas conclusiones una doctrina errónea contra las indulgencias pontificias, instigado de la ambicion y de la envidia y fomentado por Juan Staupicio vicario general de los Augustinos, hombre perverso. Ya en este tiempo procedia Lutero impunemente, y sin freno alguno, apoyado en la proteccion del duque de Saxonia, y con total desprecio y vilipendio de la autoridad pontificia. Zuinglo otro mónstruo semejante comenzó en este año á corromper con detestables errores á los suizos; y se dice que no hay maldad ni vicio tan perverso que no se hallase en este heresiarca. ¡Digna religion nacida de tales hombres! Pedimos al lector que no tenga estas cosas por estrañas á la historia que escribimos, pues la série de los sucesos nos obliga á no omitirlas; pero volvamos á nuestra España.

Habia el Pontífice concedido á don Carlos la décima de las iglesias para los gastos de la guerra sagrada; pero se encontraron grandes dificultades en la execucion de esta gracia. Don Alonso arzobispo de Zaragoza habiendo juntado su clero se opuso á los intentos del Rey. Lo mismo hicieron las iglesias de Castilla con aprobacion de Ximenez varon de insigne

providad. Porque habia parecido una cosa injusta exîgir contribuciones del estado eclesiástico sin consentimiento de los obispos y clero á quienes interesa, no debiendo éste ser de peor condicion que el pueblo, á quien solo se le imponen tributos, quando voluntariamente los consiente. Pero no pudiendo sacar cosa alguna de las iglesias, fue puesto entredicho en ellas, y se cerraron los templos, permaneciendo en un triste silencio por espacio de quatro meses. Finalmente se compuso este negocio, y redimiendo el estado eclesiástico con poco gravámen su antigua inmunidad, se restituyó el culto á los altares, y la alegre paz á los pueblos.

En este tiempo fue enviado don Alonso para hacer guerra á los piratas de Granada; y con su valor y diligencia desterró aquella peste de las costas de España, habiendo quemado al enemigo una grande nave. Don Hugo de Moncada partió del puerto de Ibiza para Italia, y navegando con ocho galeras cerca de los peñascos de San Pedro que se extienden por la costa de Cerdeña, fue acometido una noche por trece baxeles turcos, haciendo la obscuridad terrible la pelea. Los autores no convienen entre sí sobre el éxito de esta batalla; pero concuerdan todos en que se hizo pedazos una galera. Yo creo que se tuvo por una victoria el haberse escapado el enemigo aunque tenia mayores fuerzas. El Rey don Carlos salió de Barcelona á principios del año de mil quinientos y veinte: vino á Burgos, y despues á Valladolid á fin 1520.
de componer y apaciguar con su presencia los movimientos y alborotos de Castilla, exâsperada con verdaderos y con falsos rumores. Por este tiempo murió don Alonso de Aragon, que tuvo muchos hijos en una concubina, de los quales don Juan fue nombrado su sucesor en la silla arzobispal de Zaragoza con

grave escándalo de la religion. ¡Tales eran entonces las costumbres del siglo! Recibió el hijo la investidura de esta dignidad en dos de junio del mismo año. El dia último de febrero los canónigos de Valencia eligieron arzobispo de aquella iglesia al arcediano don Gotofredo de Borja, al qual no quiso confirmar el Pontífice por no haber sido su eleccion legítima, y nombró en su lugar á Everardo Markano obispo de Lieja y cardenal. Don Martin García sucedió en la silla de Barcelona, que habia tambien quedado vacante por la muerte de don Alonso. Tantos eran los obispados que disfrutaba este arzobispo por la excesiva indulgencia de los Pontífices.

El dictado de Alteza que hasta ahora se habia dado al Rey como el mas honorífico, se mudó en el de Magestad. En este mismo tiempo comenzaron los grandes de España á cubrirse delante del Rey, y á ser llamados por él primos, así como parientes los títulos de Castilla, revocándose en cierto modo la antigua costumbre de que el Rey los llamase amigos. Inmediatamente que llegó aquel á Valladolid aconsejaron á Gesvres sus amigos que no tuviese por vano el rumor que se habia esparcido, de que seria acometido por la plebe enfurecida, y que era preciso que se precaviese trasladando al puerto de la Coruña las cortes que debian congregarse en Santiago, á fin de que tuviese á mano el auxilio de la armada. A la verdad el peligro, que cada dia era mayor, le tenia atemorizado. Porque los vecinos de Valladolid persuadidos firmemente de que no volverian á ver al Rey si llegaba á salir de España, se sublevaron á fin de no dexarle marchar de la ciudad: juntáronse al son de una campana, y apoderándose de la puerta, intentaron con sus mismos cuerpos impedir la salida con una audacia estúpida. Salió no obstante de la ciudad

con Gesvres en un dia lluvioso y crudo, apartando sus guardias con dificultad á los que se oponian. Vino á Tordesillas á visitar á la Reyna su madre, y noticioso allí de que los magistrados exercian su severidad con los autores del tumulto, mandó que inmediatamente pusiesen en libertad á los que estaban presos, pues se habian dexado cegar mas por amor que por ninguna otra causa. Partiendo despues para Galicia, llegó á Santiago, donde se detuvo, y allí arrojó de su presencia con mucho desagrado á Giron que solicitaba con insolencia la posesion del ducado de Medina Sidonia. Los procuradores de las ciudades fueron oidos en las cortes poco favorablemente por los ministros. Los toledanos, entre quienes sobresalia don Pedro Laso, eran los mas inmoderados é indóciles de todos, por lo qual fueron reprehendidos con alguna acrimonia, excluidos de las cortes, y inmediatamente desterrados. No es posible explicar la ira que concibieron los españoles al verse tratados tan orgullosamente por los flamencos. Temeroso Gesvres del peligro que amenazaba la conmocion de los ánimos, hizo al príncipe trasladarse aceleradamente al puerto de la Coruña: y habiéndole seguido los procuradores, no alcanzaron nada de lo que pedian. Allí fue decretado por los ministros que contribuyesen las ciudades una suma considerable por via de donativo gratuito. Algunos de ellos condescendieron para su daño con la codicia flamenca, pero los demas lo resistieron con ánimo fuerte y determinado. Clamaban pues «que los pueblos eran tratados inicuamente con tan contínuos impuestos y vexaciones »que no se cansaban de inventar medios para que los »españoles contribuyesen lo que á porfia arrebataban »los flamencos: que unos hombres tan valientes, con»quistadores de tantos paises y naciones, no tole-

»rarian que la sangre española fuese agotada por las »sanguijuelas de la corte; y que tomarian venganza »con las armas de las injurias que les hacian los fla»mencos, que por la calamidad del estado se habian »hecho dueños y señores del poder, y de las rique»zas." Tales eran las voces y gritos públicos; y cada uno en particular sentia el dolor segun el afecto que le dominaba. Por lo qual los mas prudentes consejeros fueron de dictámen que se prohibiese imponer ni exigir ninguna contribucion fuera de las ya establecidas, para evitar que, irritados mas y mas los pueblos por este motivo, se turbase la quietud y tranquilidad pública. En este mismo tiempo, habiendo excitado un tumulto los toledanos impidieron á sus diputados el cumplir el destierro, y de allí adelante sacudieron del todo la obediencia á los magistrados y jueces. Aragon no quiso recibir á don Juan de Lanuza por sucesor de don Alfonso en el gobierno del reyno, porque ninguno habia obtenido antes este empleo que no fuese de sangre real. Fue preciso condescender con los aragoneses para aplacar las quejas de unos hombres tan excesivamente zelosos por la conservacion de sus inmunidades y fueros; y se mandó que gobernase el mismo Lanuza con el título de teniente de justicia mayor.

Las gracias reales que por este tiempo recibieron los grandes no eran bastantes para aplacar el dolor que les causaba el verse excluídos del gobierno del estado con la eleccion del cardenal Adriano por gobernador supremo de España; resolucion que no pudieron conseguir revocase el príncipe, aunque lo pretendieron con grande esfuerzo. Tampoco fueron oidos los procuradores que antes de retirarse representaron en un memorial algunas cosas útiles al bien público: y habiendo sido despreciadas sus súplicas, se aceleró la

sedicion que las ciudades irritadas estaban fomentando mucho tiempo antes, suscitándose tumultos en muchas partes mientras el príncipe se ponia en camino para Alemania. Entretanto don Hugo de Moncada fue enviado á sujetar la isla de los Gelves; lo que antes habia intentado con adversa fortuna don García de Toledo. Llegó allí con una poderosa armada para sacar de sus guaridas á los piratas que tenian impedida la comunicacion de aquellos mares, y habiendo desembarcado sus tropas se puso en marcha ácia el enemigo, dexando á Diego de Vera capitan veterano el cuidado de un cuerpo de reserva para que acudiese donde fuera necesario. Trabóse la batalla y los bárbaros no pudiendo resistir el ímpetu de Moncada, comenzaron á flaquear y á retirarse, y al fin se pusieron en fuga. Muy diversa fue la suerte de Diego de Vera, pues los suyos se vieron repentinamente acometidos de una tropa de moros que estaban en emboscada, llenándolos de pavor y consternacion. En vano intentó Vera recoger su gente fugitiva, y volver á la batalla, y hallándose en este conflicto acudió Moncada á socorrerle con su tropa victoriosa, con increible fatiga, porque la mucha arena les impedia caminar. Refugióse Vera en las naves, habiendo perdido algunos de sus soldados. Desde allí rechazaba con la artillería á los bárbaros, y con la llegada de Moncada volvió á encenderse la pelea, que fue sangrienta y desordenada; y queriendo una y otra parte completar la victoria, combatieron con furor desesperado. Finalmente los bárbaros fueron puestos en fuga por los christianos, sin atreverse á entrar en nuevo combate. Moncada salió herido en un hombro. El Xeque ó Régulo de la isla envió legados á Moncada pidiéndole la paz, y se la concedió mas en apariencia que en realidad baxo las condiciones siguientes: «Que el

»Xeque quedase en adelante tributario de España, y »pagase cada año doce mil escudos: que en sus puer»tos no daria entrada á ningun corsario ó pirata; y que »enviaria embaxadores hasta Alemania para obtener »la confirmacion del príncipe." De esta suerte dexaron unos y otros las armas, y el victorioso Moncada se restituyó con su armada que no padeció ningun daño.

CAPITULO VI.

Principio de las sangrientas sediciones y tumultos de los comuneros.

Apenas habia salido el príncipe del puerto, quando se vió Castilla nuevamente abrasada en tumultos y sediciones, extendiéndose el contagio entre las personas mas ilustres. Los de Segovia fueron los primeros que se precipitaron, dando muerte á Antonio de Tordesillas. Este pues al volver de las cortes de la Coruña, donde habia ofrecido dinero por donativo gracioso, para lo qual no le habia dado el pueblo poder ni autoridad, fue ahorcado despues de haberle arrastrado por las calles en medio de dos alguaciles. Noticioso de este peligro Juan Velazquez su socio en la comision, se huyó de la ciudad. El cardenal Adriano, consternado con esta triste nueva, juntó el consejo real, y su presidente don Antonio de Roxas, arzobispo de Granada, varon de carácter duro é inflexible, pronunció este atroz dictámen. «Que el ar»dor popular debia ser apagado con sangre, y con »ella reprimido el desenfreno de unos hombres, que »si quedasen sin castigo se abandonarian á mayores »excesos: que se debia usar del hierro con los culpa»dos, y acudir á la enfermedad en los principios con »ásperos remedios, porque si se usase de blandos se

»aumentaría mas la llaga, y corromperia los demas »miembros: que atentado tan enorme debia expiarse »con un condigno castigo, para tomar venganza de »los malos, y para que sirviese de escarmiento de »todos los demas." Pero don Alfonso Giron, hombre de una prudencia circunspecta, y de mas suave índole, dixo: «Que tenia por mas conveniente los remedios suaves; y que en los principios de las turbulencias era mas facil aplacar los ánimos que domarlos con el terror: que en las alteraciones y »tumultos solia muchas veces el miedo endurecer »á los hombres, y que los medios benignos los apaciguan y ablandan: que las fieras se doman con »halagos, y ostigadas con la fuerza se hacen mucho mas crueles y soberbias: que no queria que »se quedase sin castigo el atentado, sino que se suspendiesen los suplicios hasta tanto que se entibiase »el ardor de los ánimos; que la autoridad del senado, que en aquel tiempo era tan débil y falta de »fuerzas para hacerse obedecer, no debia exponerse »al desprecio; y que convenia hacerse insensible el »consejo mientras ellos deliraban. Por lo qual juzgaba que debia disimularse por entonces el delito, especialmente quando habia cundido tanto, y que le »parecia mucho mas útil al bien público mitigar aquellos furores con la clemencia, que encenderlos con »la severidad." Estas y otras muchas cosas se dixeron en el consejo con grande fervor y energía; mas no era facil encontrar el modo de ocurrir á aquellos males sin perjuicio del estado, y sin aventurar el decoro del consejo. Pero el cardenal vencido de la ira determinó que las turbulencias fuesen reprimidas con la fuerza y con las armas. Ponderaba la injuria que se habia hecho al príncipe; y que si no se vengaba severamente se arruinaria y caeria del todo

la autoridad del consejo: que no era tiempo aquel de desear la gloria de la clemencia, pues no debia usarse alguna con los que no la merecian, antes bien contenerlos en su deber con el terror y con las penas. «Porque yo tengo por cierto, dixo, que los que »se dexan arrebatar del furor á unos atentados tan »horribles, sin miramiento alguno á la humanidad, »ni aun á su propia salvacion, deben pagar con la »muerte un delito, que solo pudieron cometer unos »hombres perdidos y dignos de perecer." Abrazó el consejo el dictámen y sentencia del cardenal, que fue lo mismo que añadir leña al fuego ya encendido. En el dia que los vecinos de Segovia habian dado la muerte á su procurador, y perseguido á su compañero, se sublevaron los de Zamora, y habiendo escapado de la ciudad los procuradores executaron en sus estátuas el castigo que tenian resuelto para sus personas. En Burgos fue arrasada la casa del procurador, y habiendo sacado sus muebles los quemaron en la plaza. La misma llama y furor se apoderó de los de Siguenza, Salamanca y Avila, y se extendió por casi toda Castilla; pero los toledanos excedieron en mucho á todos los demas sublevados.

Envió el cardenal á Rodrigo Ronquillo para que castigase á los de Segovia; mas llegando éste á la ciudad con algunas tropas, le cerraron las puertas, y se dexaron ver los vecinos armados en los muros. No se atrevió acometer á una ciudad tan fuerte por su situacion y sus murallas, y la cercó con la caballería que llevaba, cogiendo todos los caminos. Asegurados en su asilo los de Segovia, pidieron perdon, y no fueron oidos por el cardenal que se hallaba inclinado á la venganza. Los toledanos determinan públicamente que no debian tratar este negocio con ruegos y súplicas sino con las armas en la mano. Y asi don Juan

de Padilla, jóven valeroso, y por su propio carácter muy dispuesto á qualquiera empresa atrevida, partió con mucha gente armada á socorrer á los de Segovia, los quales con este auxîlio pusieron en fuga á Ronquillo, despues de haber peleado con mas desorden que valentía. Declarada de este modo la guerra, fueron de allí adelante las cosas de mal en peor; porque habiéndose enviado á Fonseca con mayores tropas para sujetar á los de Segovia, fue causa por su imprudencia de un grande estrago y mortandad en Medina del Campo. En este pueblo se custodiaban los cañones de artillería, y los habitantes, á peticion de los segovianos, rehusaron entregarlos á Fonseca que se los pedia. Irritado éste de que no le obedeciesen los amenaza con un gran castigo á fin de intimidarlos. Pero la multitud alborotada y furiosa despreciaba su mandato y amenazaba con las armas. Disputan coléricos con Fonseca y los suyos, y encendiéndose mas y mas los ánimos con la ira, vienen al fin á las manos. Los vecinos se apoderaron por fuerza de los cañones y demas máquinas de guerra, y las colocaron en la entrada. Mandó Fonseca que entrasen en la villa sus tropas: saliéronle al encuentro los medinenses, y le insultaron con sus tiros. Encrudeciéndose mas y mas el combate, hizo arrojar Fonseca algunas granadas encendidas contra las casas, persuadido de que amedrentados con esto los vecinos dexarian la pelea, y que con esta hostilidad, mas aparente que verdadera, los reduciria á su deber sin derramar sangre. Pero sucedió muy al contrario de lo que habia pensado y deseaba; porque levantándose las llamas, y extendiéndose con gran velocidad por todas partes, no se minoraba el ardor de la pelea; ni el fuego ni las heridas aterraban á los vecinos que se habian obstinado en no ser vencidos sino con la muerte sola. Final-

mente no dexaron las armas hasta que rechazaron á Fonseca. Quedó reducida á ceniza gran parte de la famosa plaza del comercio llena de mercaderías de gran valor, junto con el convento de San Francisco. Con este suceso de Medina irritadas las ciudades que hasta entonces habian estado quietas, comenzaron á trastornarlo todo con tumultos y sediciones. Grande era la confusion y perturbacion de las cosas, habiéndose perdido absolutamente el respeto á los magistrados, y solo se veian á cada paso muertes, incendios y robos. Excitados los de Valladolid á son de campana acudieron á las armas, y entraron con furioso ímpetu en las casas de los nobles, sin tener respeto alguno ni reverencia al cardenal ni al consejo real. Ronquillo y Fonseca que en ninguna parte se hallaban seguros, se hicieron á la vela para Flandes á fin de informar al Rey don Carlos. Doña Ines Manrique reprimió la sedicion de los de Cuenca, y al mismo tiempo vengó la afrenta hecha á su marido; pues hallándose borrachos y dormidos los fomentadores del tumulto, los hizo matar por sus criados, y al dia siguiente amanecieron colgados los cadáveres en las ventanas, cuyo espectáculo sirvió de terror y de escarmiento. Los de Murcia tomaron tambien las armas, y habiendo muerto al gobernador de la ciudad y á sus alguaciles, era temible que cometiesen otras mayores atrocidades. Pero el capitan Vera que por gran fortuna vino á Murcia á su regreso de la expedicion de Gelves, pudo conseguir que desistiesen de sus intentos. Sevilla, ciudad no menos populosa que opulenta, se mantuvo en su deber y lealtad, aunque intentó turbar su tranquilidad don Juan de Figueroa. Este peligro le desvaneció con su valor doña Leonor de Zúñiga, madre del duque de Medina Sidonia, la qual envió una tropa de gente armada contra Figue-

roa, y habiendo sido preso y puesto en buena custodia, fue disipada la sedicion que comenzó y acabó en un mismo dia. Es muy digno de alabanza lo restante de la Andalucía, por haber permanecido inmóvil en medio de tantas turbaciones, aunque al parecer eran inevitables las guerras y calamidades, hallándose todas las ciudades afligidas con odios domésticos, y enemistades intestinas.

Era muy difícil curar la república de tantos males como la rodeaban, porque en vano se aplicaban á unas ciudades tan enfermas los remedios acostumbrados. El furor de los pueblos sublevados causaba un general trastorno, y todos se armaban unos contra otros; sin que el Rey don Carlos adelantase cosa alguna con las exhortaciones y amonestaciones que les hacia en sus cartas. Visto lo qual por el cardenal Adriano, á fin de ocurrir á los males que por todas partes brotaban, y que por sí solo no podia reprimir, con dictámen del consejo le dió noticia de todo, haciéndole patente la horrible catástrofe de la escena española. Habiendo conferenciado don Carlos sobre este negocio con sus cortesanos, nombró por gobernadores del reyno á don Fadrique Enriquez almirante de Castilla, y al condestable don Iñigo de Velasco, hombres muy valerosos, dándoles facultades amplísimas para hacer lo que les pareciese mas conveniente al bien y tranquilidad del estado. Para aplacar con alguna blandura los ánimos de los pueblos inquietos, mandó que no se exigiese el dinero que en las cortes de la Coruña habia mandado pedirles. Aprobó solo las contribuciones que de tiempo inmemorial acostumbraban pagar. Prometió con juramento que los oficios y dignidades de ningun modo se conferirian de allí adelante á extrangeros; y finalmente exhortó á la nobleza á velar por el bien público, ofreciéndola que

tanto mas tendria en memoria sus buenos servicios, quanta fuese la fidelidad y zelo que manifestasen en una cosa tan importante, y que no permitiria que su benignidad quedase vencida de la grandeza de los méritos. Pero á la verdad no produxeron ningun efecto tan acomodados medios, porque los ánimos del vulgo se hallaban poseidos del engaño de las opiniones depravadas y perversas. Porque quando la razon llega una vez á obscurecerse se obstina en despreciar los mas saludables consejos. En Avila, ciudad muy ilustre, situada en medio de Castilla, concurrieron muchos procuradores de las otras ciudades para asistir á las consultas en que la Santa Junta (asi llamaban á la conjuracion) se habian de tener sobre los negocios de la causa comun. Habiendo concurrido á la sacristía de la catedral á fines del mes de julio, se obligaron con juramento á exponer sus vidas y haciendas por la dignidad real y por la causa pública, y mientras que deliberaban en Avila los conjurados, llegó Padilla á Tordesillas con tropas, y dos cañones sacados de Medina del Campo. Habló con la Reyna un breve rato, y divulgó muchas cosas vanas y falsas á fin de apoyar su partido. Pero qué consejo sano, ni qué mandato podia salir de una muger demente? No obstante para dar autoridad á lo que tenian proyectado, se publicó un decreto á nombre de la Reyna, en que se mandaba á los procuradores que viniesen á Tordesillas, porque queria ella intervenir en todo, y autorizar los decretos con su sello y firma. Con tan especioso velo queria la junta ocultar sus designios, y deslumbrar á los incautos. Trasladado pues el campo de Avila á Tordesillas, dirigió la junta una carta á los de Valladolid, en que les mandaba que le llevasen preso al consejo con el sello real; pero ellos, detestando tan atroz maldad, respondieron: «que enviasen

»ellos personas que se implicasen en tan horrible cri»men, para que no rehusasen obedecer en una cosa »tan peligrosa; pues de lo contrario recaeria toda la »culpa sobre los ciudadanos de Valladolid." Noticioso el consejo de este atentado, y atemorizados los consejeros no pensaron mas que en ponerse en salvo, y cada uno se ocultó por donde pudo. Pero fueron presos por Padilla quatro de los mas descuidados, y conducidos con el sello real á Tordesillas. Llegaron finalmente á tal insolencia estos hombres audaces, que quisieron poner límites á la potestad real, dictando leyes á don Carlos hasta en Alemania; y pasando aun mas adelante, intentaron por medio de sus cartas precipitar las provincias de Flandes en la misma locura y desenfreno, como se ve en una real cédula expedida en Vormes á diez y seis de diciembre contra los rebeldes.

CAPITULO VII.

Continuacion de las sublevaciones, y guerras civiles de los comuneros.

En este estado se hallaban las cosas quando Velasco entró en el gobierno de estos reynos. Comenzó á tratar con maña y prudencia á los ciudadanos de Burgos, ayudado del eficaz influxo de los nobles, los quales recorriendo la plebe, saludándola con benignidad, y amonestando á cada uno de su deber, adelantaron tanto con su afabilidad oficiosa, que ablandados los ánimos del vulgo, se siguió una repentina y extraordinaria mudanza. Confiaron á Velasco el castillo, y habiéndole fortificado y guarnecido, llamó luego á sus parientes, amigos y vasallos; juntó exército, y exhortó á los grandes á que socorriesen

á la república con todas sus fuerzas: mandó que viniesen á él los consejeros fugitivos, y como no tenia suficiente dinero para las pagas, pidió prestados al Rey de Portugal cincuenta mil escudos. Añade Faria que tambien le envió tropa de infantería y máquinas de guerra, y que habiéndole ofrecido los sediciosos por medio del dean de Avila el reyno de Castilla lo resistió, exhortándoles á que volviesen á su deber. Habia enviado el gobernador de Navarra quinientos infantes armados, á los quales juntó Velasco los veteranos que habian vuelto de la expedicion de los Gelves. La mayor parte de ellos se pasó á los conjurados con la esperanza de mas lucrosa milicia, como sucede siempre con esta gente venal, acostumbrada á preferir el mayor estipendio. Entretanto suscitado un nuevo tumulto en Valladolid, impidieron los vecinos al cardenal que saliese de la ciudad, y se mantuvo encerrado en su palacio, á fin de no exponer al insulto y á la burla su autoridad desnuda de fuerzas. No obstante, de alli á poco tiempo pudo escapar disfrazado, y llegó á pie á Medina de Rioseco.

Acudió pronto Velasco con las tropas del marques de Astorga, del conde de Benavente, del de Lemos y otros. El duque de Feria noticioso de la sedicion de Badajoz se detuvo en aquella parte con la gente, que habia juntado para reprimir los movimientos de los tumultuados. Habiéndose resuelto el llevar las cosas por la via de las armas, mandó á don Pedro su hijo conde de Haro, á quien el Rey don Carlos habia nombrado por general, que marchase quanto antes al campo con la artillería y municiones, y con la gente que ya tenia junta. Tambien acudieron otros grandes, el conde de Oñate, el de Osorno, el marques de Denia, que hallán-

dose con su hijo don Luis en Tordesillas en servicio de la Reyna, fue arrojado de allí por los conjurados, el conde de Miranda, el de Luna, y dos hijos de Alburquerque. La junta congregaba tropas en Tordesillas, las que juntamente con dinero habia exigido de las ciudades, y dió el mando de ellas á Giron sin atender á Padilla, quien irritado de la repulsa se retiró del campo. Al mismo tiempo don Antonio de Acuña obispo de Zamora, arrojando las sagradas vestiduras, y transformado en soldado, se pasó á los reales de los conjurados arrastrado de la ambicion de saltear un obispado mas pingüe. En el esquadron que él mandaba se contaban quatrocientos sacerdotes, que con el perverso exemplo de su prelado habian desertado del altar, y tomado las armas.

En esta coyuntura llegó á Rioseco don Fadrique Enriquez, compañero de Velasco en el gobierno de estos reynos; que venia desde Cataluña. Era muy enemigo de llevar las cosas por el rigor, y aborrecia mucho el derramar sangre; y deseando poner en práctica todos los medios suaves que fueran posibles antes de llegar á las armas, escribió muchas cartas á Giron, y le envió varias personas amonestándole que se aviniese á la paz, estando persuadido de que entre otras cosas, el parentesco que habia entre ambos contribuiria mucho á este efecto: pero todos estos medios fueron inútiles. Puso Giron en marcha sus tropas, que se acercaban á veinte mil hombres, y tuvo un ligero choque con la vanguardia del exército real para excitarlos á la pelea. Ordenó despues su gente en batalla, y envió delante algunos exploradores que aclamasen en alta voz: «que aque»llas eran las tropas de la Reyna, que habian de de»cidir del poder supremo, y que si sus contrarios »eran hombres saliesen á pelear en campo abierto.»

Las tropas del Rey se mantenian dentro de los muros de Rioseco por hallarse muy inferiores en número, y como si esto fuese reconocer la victoria de Giron, que hacia vano alarde de sus fuerzas, se retiró éste con su exército al ponerse el sol. Despues de esto se tuvo una conferencia á solicitud de la condesa de Módica, muger del gobernador don Fadrique Enriquez, matrona de exemplar vida, hallándose ella presente para ver si de algun modo podia aplacar aquellas iras. En este coloquio se convinieron en que se volviesen de allí las tropas sin hacer daño alguno de una ni de otra parte. Hecho esto, y entretanto que los contrarios se detuvieron en Villalpando, el conde de Haro puso precipitadamente su exército en marcha, y fingiendo dirigirse ácia Valladolid, partió para Tordesillas, donde despues de haberse apoderado y saqueado en el camino á Peñaflor, infundió grande espanto y consternacion. En vano los de la junta de Tordesillas pidieron socorro á los de Valladolid, pues se lo rehusaron por faltarles la mayor parte de la juventud y tener tan cerca al enemigo. Sin embargo no se desanimaron los que defendian la villa, cuya guarnicion se componia en gran parte de sacerdotes zamoranos. Luego que llegaron las tropas reales, acometieron con escalas al tiempo de ponerse el sol, pero los mas esforzados que se adelantaron y llegaron ya á tocar lo mas alto de los muros, cayeron á tierra, y intimidaron á sus camaradas para que no intentasen la subida. No ignorando Haro que en aprovecharse de un momento consiste la fortuna de tales sucesos, embistió por otro lado aunque tuvo igual suerte. Mientras que se hallaban todos con los ojos fixos en el enemigo, Dionisio Deza, noble vizcayno, daba vuelta á los muros para observar si habia alguna entrada facil. Dió aviso al conde de Haro

que habia descubierto una parte flaca del muro, que con facilidad podia ser derribada; y habiendo dirigido á aquel puesto la artillería que tenia Deza á su mando, abrió con ella una brecha en lugar retirado y apartado del tumulto. Inmediatamente se vieron enarboladas las banderas reales en lo mas alto del muro, con cuya vista amedrentados los contrarios, cada qual se puso en precipitada fuga. Habiéndose con esto dispersado la junta, fueron presos nueve de ellos, y los demas se escaparon unos á Medina, y otros á Valladolid. La villa fue saqueada sin distincion alguna entre lo sagrado y lo profano. Enriquez y la grandeza besaron la mano á la Reyna, procurando divertirla con varias conversaciones. De las tropas reales perecieron doscientos y cincuenta soldados, muchos mas fueron los heridos, entre los quales se contaban los hijos del marques de Astorga y del duque de Alburquerque. El conde de Benavente fue herido en un brazo, y al de Alba de Liste le mataron el caballo en que iba montado. La bandera real que llevaba el conde de Cifuentes fue atravesada con dos balas. El conde de Castro llegó á Rioseco mas tarde de lo que se deseaba, y de allí pasó á Tordesillas con el cardenal Adriano á dar el parabien á los victoriosos. Al momento pusieron por obra el reparar los muros y limpiar los fosos, y se colocó guarnicion para la custodia de la Reyna, porque sabia muy bien el conde de Haro que los comuneros harian los mayores esfuerzos para apoderarse de ella, á fin de dar crédito á su partido. Las demas tropas fueron enviadas á invernar en el territorio de Valladolid. Entre tanto no perdonaban trabajo ni fatiga para hacer las prevenciones que exige la guerra.

En el año anterior se esparcieron entre los valencianos las semillas de una maligna sedicion, que en 1521.

éste produxeron una espantosa multitud de males. Habia manifestado la plebe su antiguo odio contra los nobles, mas bien que su contumacia contra las órdenes del Rey, y llegó á tal extremo que no se hallaba medio alguno de mitigar esta discordia. Don Luis de Cavanillas gobernador de aquella ciudad, habia largo tiempo que estaba ausente por temer de la peste, que entonces hacia sus estragos, y todas las cosas se hallaban en el mayor desorden por el desenfreno de los plebeyos, quando llegó á Valencia don Diego de Mendoza, á quien don Carlos habia nombrado virrey. Ocho mil artesanos se hallaban entonces armados en virtud del permiso que les dió el Rey para estar prevenidos contra los moros, como ya diximos: permiso á la verdad muy perjudicial y sumamente pernicioso á la quietud pública. Habian creado trece síndicos, uno de cada gremio; entre los quales, despues de la repentina muerte de Juan Lorenzo autor de la sedicion, se distinguia Guillelmo Sorolla, que aunque nacido de lo mas ínfimo del vulgo, ninguno era mas audaz y pronto en la lengua y en las manos. Establecieron una asociacion, que llamaban Germania ó Hermandad, formando para ella sus ordenanzas, y se obligaron á guardarlas con juramento. Todo era permitido á la temeridad de los agermanados. Asaltaban las casas y haciendas de los nobles sin respeto ni miramiento alguno á los magistrados; cometian muertes, violencias y rapiñas; y era tal el furor de estos malvados, que las cosas sagradas y las profanas eran violadas por ellos sin distincion alguna. Los buenos ciudadanos se veian arrojados de sus casas con sus mugeres, hijos y familias sin hallar donde recogerse; porque habian ordenado que no se diese el menor socorro humano á los que rehusasen jurar la hermandad, y tomar juntamente con

ellos las armas. El duque de Gandía don Juan obligado de la necesidad envió su familia á Zaragoza, donde era arzobispo don Juan su hermano, á fin de libertarla del peligro que corria en Valencia, y otros nobles enviaron las suyas á otras partes donde pudiesen estar seguras. No tardó mucho tiempo en hacerse el virrey odioso á aquellos hombres plebeyos, por haberse resistido á nombrar dos jurados de su clase, lo que al fin les concedió contra su voluntad; pero extendiéndose mas y mas la sedicion, faltó poco para que la multitud se apoderase con armas de la casa en que él habitaba. Habiéndose apaciguado algun tanto el ardor de los ánimos, y viendo ultrajada y violada por el furor de la plebe la autoridad del gobierno, aprovechándose de las tinieblas de la noche, se salió de la ciudad sin ser conocido. Detúvose en Xátiva, donde fue recibido por los vecinos con mucho obsequio; mas en breve se dexaron estos arrebatar de la misma locura, por lo qual se escapó de oculto á la fortaleza, de donde el hambre le obligó á salir, y partió á Denia, pueblo marítimo, con designio de embarcarse para Andalucía. Acudieron con presteza los nobles á ofrecerle sus servicios y auxîlios: tuvo consejo con ellos, y fueron de dictámen que solo podria alcanzar por medio de las armas y la fuerza, lo que con medios suaves y pacíficos habia intentado en vano; porque muchas veces aquellos hombres turbulentos y obstinados contra los males que les amenazaban, se habian hecho sordos á los que les daban saludables consejos, y les exhortaban á volver en sí. Y á la verdad la experiencia nos enseña que si la multitud llega á enfurecerse, de ningun modo vuelve á su antigua quietud, si antes no se apaga el ardor y fuego de los ánimos; lo qual solo se consigue quando castigada con los males, aprende á

costa suya lo que la conviene. Asi pues, determinado que fue y adoptado el medio de la guerra, se hicieron inmediatamente los preparativos, y porque les faltaba dinero aprontó cada uno lo que tenia: recogieron soldados y armas, y las repartieron aun á los moros de paz, aunque no á todos, sin distincion. Una parte de los nobles se habian huido á Segorve y Morella, pueblos de conocida fidelidad, que se mantuvieron limpios de los horribles delitos de la plebe valenciana. Toda la nobleza habia desaparecido enteramente de la ciudad de tal suerte, que una mugercilla, para que un muchacho se acordase de haber visto un noble, le mostró uno con el dedo, diciéndole, que de alli adelante no veria otro alguno. Tanto era el furor y rabioso deseo que tenian de acabar con esta clase de ciudadanos. Solamente habia quedado entre aquella confusion el marques de Cañete don Rodrigo, hermano del virrey, que con admirable arte y prudencia supo hacerse amar del vulgo. Gran parte del reyno siguió el perverso exemplo de la ciudad, animada con los freqüentes mensageros y cartas que enviaba Sorolla. En todas partes dominaban los hombres mas perversos con tal que no les faltase audacia: el furor civil resonaba en todos los lugares: los odios particulares, la esperanza de mejor fortuna, fundada en la calamidad pública, y otros muchos afectos y pasiones, tenian arrebatados todos los ánimos. Todas las cosas estaban en el mayor trastorno, y olvidadas enteramente las reglas de lo justo y de lo honesto: la crueldad, la discordia y la liviandad cundian y reynaban impunemente, y presentaban un aspecto el mas horroroso y lamentable. Todo se dirigia ya á una guerra abierta, pues por una y otra parte se juntaban tropas, y con efecto tuvo principio en la villa de San Matheo. Sublevados sus vecinos, die-

ron muerte á su gobernador. Despues determinaron matar á una parte del pueblo, que rehusaba admitir la Germania. Acudió al socorro don Francisco Despuch, caballero del orden de Montesa, á cuya jurisdiccion pertenecia aquel territorio; y aunque su gente era poca, en breve le siguió don Berenguer Ciurana, que conducia algunas tropas de Morella. Apoderáronse de la villa á fuerza de armas; y hecha pesquisa, mandaron ahorcar á los mas culpados concediendo perdon á todos los demas. En este mismo tiempo Miguel Estelles, uno de los trece capitanes ó síndicos de la Germania, acudió apresuradamente con tropas á socorrer á los sitiados. Pero fue derrotado y preso por don Alfonso de Aragon duque de Segorve, que de camino se habia hecho dueño de Villareal y Castellon, irritado de la obstinacion de sus habitantes; y Estelles con su alferez y otros de su bando fueron condenados á muerte de horca.

CAPITULO VIII.

Descubrimiento de algunas provincias de las Indias; y viage de Hernan Cortés.

Apenas tocó de pasó Mariana los sucesos de la América: y dexando sepultados en el silencio á muchos hombres valerosos, consagró únicamente á la posteridad la memoria de Colon, Americo, Balboa, Magallanes, y la nave Vitoria competidora del sol. De Cortés y los Pizarros habló tan de corrida, que no hizo mas que delinearlos ligeramente en su historia. Yo pues, para ilustrar con alguna luz á estos grandes hombres, recorreré brevemente sus primeros tiempos. Habiendo arribado los hermanos Pinzones compañeros de Colon á Paria, region del continente de la América me-

ridional, cuyos bárbaros habitantes eran muy veloces y guerreros, no sacaron otra cosa de su primer viage que heridas y trabajos; pero en el segundo traxeron de alli oro y otras muchas mercaderías. Alfonso de Ojeda, y Diego de Nicuessa abordaron desgraciadamente á las provincias de Urabá y Veragüa; y despues de haber padecido naufragios, guerras infaustas con los bárbaros, y una cruel hambre, se introduxo tambien entre ellos la discordia civil, por la qual perecieron mas de mil españoles con sus capitanes, pérdida considerable en tan remotas partes. A pesar de esto fundaron en el Darien el pueblo de Santa María, y en la entrada del Istmo de Panamá el de Nombre de Dios, que ya merecen mas bien el nombre de cabañas, pero que en otro tiempo florecieron en riquezas y multitud de habitantes.

Pedro Dávila emprendió la navegacion del Océano Austral con quatro navíos fabricados por el infeliz Balboa; y despues de luchar largo tiempo con las tormentas, fue arrojado á la entrada opuesta del Istmo, donde edificó á Panamá, célebre plaza de comercio; y en el año diez y seis de este siglo llevó colonos que la habitasen: fundando mas adelante otros pueblos en la misma provincia. En el año anterior de mil quinientos quince Juan de Solís corrió con tres navíos desde el cabo de San Agustin ácia las costas Australes, pobladas de gente cruel y feroz. Habiendo llegado á los treinta grados mas allá de la equinoccial, desembarcó á sus compañeros convidados con engaño por los bárbaros que alli habitaban, los quales luego que los nuestros saltaron en tierra los mataron con sus saetas, y los asaron, y se los comieron con inhumanidad detestable. Volvió á España este testigo de aquella ferocidad bárbara sin haber tomado venganza; pero otros dicen que tambien pe-

reció, lo que juzgo por mas verdadero. Juan Ponce de Leon sujetó la isla de San Juan de Puerto Rico, distante cien millas de la Española ó Santo Domingo. Su primer obispo, entre los que dió á las islas el Papa Julio II, fue don Alonso Manso; y al mismo tiempo fueron electos para otras provincias don García de Padilla y don Pedro Deza. Despues se hizo Ponce á la vela ácia el septentrion, y fue el primero que avistó la Florida, llamada así por el dia en que fue descubierta. Peleó desgraciadamente con los bárbaros, que eran muy valerosos, y perdió muchos compañeros; y saliendo él herido, regresó á Cuba, donde murió de sus heridas.

Don Diego Colon, despues de la muerte de su ilustre padre, fue nombrado almirante del Océano y gobernador de las islas, y fixó su residencia en la Española, desde donde envió á Cuba á Diego Velazquez para que sujetase á los bárbaros rebeldes, y estableciese colonias de españoles. La Habana se hizo célebre por la seguridad y comodidad de su puerto. Fue su obispo don fray Bernardo de Mesa, del orden de Santo Domingo; cuyos individuos trabajaron gloriosamente en ganar á aquellos bárbaros para Jesu-Christo, como lo testifican los historiadores de su tiempo. Navegaron entónces á la misma isla catorce religiosos del orden de San Francisco desde lo mas interior de Francia para dedicarse á la misma santa obra, siendo su prelado fray Remigio. Fray Francisco de Córdova, de nobilísima familia, pasó al continente con su compañero fray Juan Garcés: predicó el Evangelio á los bárbaros esparcidos por la costa de Cumaná, y fue muerto por ellos con su socio en el año mil quinientos y quince. El siguiente en la isla de la Trinidad, y en la Tierra-Firme fueron tambien muertos y devorados por los bárbaros otros religiosos

del mismo orden, que se hallaban ocupados con mucho zelo en la predicacion de la palabra divina. Por estos tiempos sucedieron varias desgracias y calamidades á negociantes, que con la fama de las riquezas acudieron á aquellas partes. Muchos padecieron naufragios, y otros pagaron la pena de su temeridad á manos de los bárbaros. Alonso Niño, fue arrojado á las costas de Paria, y recogió mas de cien libras de perlas, de cuya riqueza fue despojado en España, y puesto en prision por haber navegado á la América sin permiso de los gobernadores.

Enviaron estos tres religiosos Gerónimos, célebres por su sabiduría y experiencia, con Alonso Suazo letrado de gran providad para que visitasen las islas. Los indios esclavizados por los españoles contra toda justicia y derecho, eran destinados á trabajar en las minas y en los ingenios de azúcar, para fomentar con su producto el luxo y vanidad de los cortesanos, con gran dolor de los colonos que á costa de su sangre y fatigas habian adquirido aquellas tierras. Estas vexaciones parecieron intolerables á los hombres justos y virtuosos, pues el Rey don Fernando el Cathólico habia mandado que los indios fuesen libres, y que gozasen los mismos derechos que los españoles. Por lo qual se mandó á los colonos que los tratasen con mas suavidad, y cuidasen de instruirlos en la doctrina christiana: Habia ya perecido un excesivo número de indios, pues como antes eran estos hombres en extremo perezosos, y entregados al ocio, á la embriaguez y á la luxuria, les era intolerable el pasar de los deleytes al trabajo, y desfallecian con la fatiga. La crueldad de sus amos les ocasionó enfermedades que ellos no conocian, y el hambre y la desesperacion de verse en tan dura servidumbre y miseria, obligó á muchos á quitarse la

vida. A tanta costa adquirieron los infelices americanos el conocimiento de la verdadera religion. Por lo qual Lipsio, en su libro de constancia, exclama. «¿Dónde estás tú Cuba la mas grande de todas las »islas? ¿A dónde tú Haiti? ¿Dónde estais vosotras »islas Lucayas? las que en otro tiempo encerrábais »cada una seiscientos mil ó un millon de hombres, »apenas conservais quince de ellos para propagarse." Pero estas cosas son tan notorias que no hay necesidad de referirlas aqui. Por lo demas las colonias se aumentaron mucho por estos tiempos en edificiós y en la cultura de los campos, y en todas las demas cosas necesarias para su buena subsistencia. Habiendo regresado á España los religiosos Gerónimos les dió gracias el Rey don Carlos de lo que habían hecho en su comision, y á fray Luis de Figueroa uno de ellos le confirió el obispado de Santo Domingo: Suazo pasó á Cuba á administrar justicia: Francisco Fernandez de Córdova fue á reconocer á Yucatan, península de aquel continente, y regresando á la Habana, murió de las heridas que habia recibido en esta empresa. Vengó su muerte Juan de Grijalva que arribó con quatro navios de Velazquez, y destrozó un gran número de bárbaros. De los españoles solo murieron tres, y al capitan le clavaron tres saetas, y de una pedrada en la boca le hicieron saltar tres dientes; todo lo qual acaeció en el puerto de Potoncamo. En Tabasco y en otras partes fue recibido benignamente, y rescató mucho oro en cambio de abalorios, navajas, campanillas y otras bagatelas, á que en gran manera son apasionados los indios. Todo esto sucedió en el año mil quinientos diez y ocho; y fue como preludio de las extraordinarias hazañas que obró Hernan Cortés, hijo de Martin, varon de inmortal fama y digno de ser elogiado en todos los siglos.

Este pues habiéndose embarcado en una armada de once navíos fabricada á costa suya y de Velazquez, en la que iban quinientos y ocho hombres armados, diez y seis caballos, y ciento y nueve marineros, comenzó á navegar ácia tierra firme á trece de febrero del año siguiente. Halló en la isla de Cozumel á Gerónimo de Aguilar que habia estado prisionero por espacio de ocho años en Yucatan, y llegando despues á Tabasco recibió en su compañía á Marina doncella mexicana, los quales como instruidos en las lenguas del pais le sirvieron de grande auxilio, favoreciendo sus conatos la divina providencia. Con estas tropas emprendió subyugar un nuevo mundo, con ánimo mas fuerte y excelso que todos los mortales. Luego que arribó á Tabasco peleó prósperamente el dia veinte y cinco de marzo. Trató con benignidad á los prisioneros, y habiéndolos enviado libres con algunos pequeños regalos, inclinaron á los demas á desear la paz. Concediósela Cortés por medio de sus intérpretes, y partió de Tabasco, habiendo recibido de los naturales oro y provisiones para continuar el viage. Edificó la villa de la Vera-Cruz en un puerto seguro; y meditando otras cosas mayores se le opusieron algunos de sus compañeros, desconfiados de la poca gente que llevaban. Reprendióles con mas aspereza de la que convenia, y animando á los demas con militar eloqüencia les dixo que los llevaba á una victoria cierta; que el fruto que de ella debian recoger era la propagacion de la verdadera religion, que es el mas principal y el mas grande para los hombres piadosos; que adquiririan grandes riquezas y gloria, y unos premios muy superiores á los peligros, con lo qual llegarian á ser felices en lo venidero, y muy celebrados de toda la posteridad, con tal que ahora se acordasen que eran españoles. Prometióles que Dios

les seria propicio y favorable, y contrario á los bárbaros; y les dió razones de uno y otro. Luego que acabó su discurso, animado de la prontitud y alegria con que los soldados le pidieron los guiase adonde quisiese, pues confiaban que tenia á Dios de su parte, hizo barrenar y echar á fondo las naves, á fin de quitarles enteramente el recurso de la fuga, y que solo pusiesen toda su esperanza en la victoria. Al mismo tiempo envió á Alfonso Portocarrero, y Francisco Montejo al Rey Carlos con el oro que habia podido recoger de la liberalidad de los soldados, y llegaron á Sevilla en el mes de octubre habiendo salido de Vera-Cruz el dia veinte y seis de julio. Las primicias del Evangelio en esta Nueva España fueron veinte doncellas, entre las quales se cuenta Marina, y todas fueron bautizadas por el padre fray Bartolomé de Olmedo del orden de nuestra Señora de la Merced. Entretanto recibió Cortés en su amistad y alianza al cacique de Zempoala, y despues á Tlascala, república muy opulenta y de gran fidelidad, habiendo peleado primero felizmente con sus habitantes. Estas alianzas irritaron en gran manera á Motezuma poderoso Emperador de México, á causa de las antiguas discordias que habia tenido con aquellos pueblos, por lo qual envió correos á Cortés mandándole saliese de aquel pais. Pero como no pudiese disuadirle de su propósito, se valió de súplicas y ruegos.

Estaba Motezuma atemorizado con los oráculos de sus falsos dioses, que habian anunciado en otro tiempo que vendria del Oriente una gente barbada que se haria dueña del imperio y riquezas de México, y deseaba alejar de qualquier modo á aquellos extrangeros, para que no se cumpliese la oculta ley de los hados. Viendo pues que no podia conseguirlo por estos medios, le acometió aunque en vano con rega-

los, enviándole mucho oro, piedras preciosas y vestidos de plumas texidos con admirable artificio. Cortés le correspondió con algunas bagatelas, que quanto eran mas desconocidas de los bárbaros, tanto mas las apreciaban. Finalmente no pudiendo disuadir á Cortés de su designio con dones, amenazas ni terrores, resolvió éste visitar á Motezuma, cuyos legados le siguieron en el viage. En el camino se apoderó de Cholula, ciudad fuerte, donde le habian armado asechanzas, que recayeron sobre sus autores. Los mensajeros de Motezuma le protestaron que en esto no habia tenido parte alguna su señor, cuya excusa admitió Cortés, disimulando por entonces su ira; pero iba muy prevenido para evitar otro lance. No cesó Motezuma de enviar á Cortés en todo el camino nuevos mensajeros pidiéndole que excusase la molestia de venir á verle. Pero él prosiguió adelante alegando varios pretextos y juntando por medios suaves mucho oro y las provisiones que necesitaba. Seguian á los españoles seis mil tlascaltecas armados, muy adictos á los nuevos huéspedes, y enemigos irreconciliables de los mexicanos. Para recibir al Español salió Motezuma con magnífico acompañamiento de la ciudad imperial, que se hallaba situada en una laguna, llevado en unas andas, que conducian sobre sus hombros quatro caciques. Saludáronse de una parte y otra, hiciéronse recíprocamente regalos en señal de amistad, y con la misma pompa que parecia de triunfo entraron juntos en la ciudad.

Pasáronse algunos dias en obsequiar y divertir al Rey con el nuevo espectáculo de sus huéspedes. Pero habiendo recibido Cortés la noticia de que dos españoles que venian de la colonia de Vera-Cruz habian sido en el camino asesinados á traicion por un cacique, pensó en sacar gran partido de esta desgracia,

y atribuyendo la culpa á Motezuma, despues de reprehenderle gravemente con semblante airado, le puso en prision en su mismo palacio: hazaña ciertamente que parece increible. No cesaba aquel príncipe de llorar, y á veces prorrumpia en suspiros y lamentos; pero mas adelante mandó Cortés quitarle las cadenas, y le tuvo asegurado en su compañía. Llevaban esto á mal los mexicanos indignados de la paciencia de Motezuma; mas todavia no se atrevian á emprender cosa alguna, aunque Cortés habia hecho quemar vivo en la plaza al cacique, llamado por orden del mismo Motezuma. Fatigado éste mas bien de los ruegos y súplicas de sus nobles, que de su propia voluntad, pues le parecia que no habitaba forzado entre los extrangeros, (tanta era la astucia y maña con que le trataba Cortés, á quien habia descubierto lo que anunciaban los oráculos) le pidió que saliese de sus dominios. Mas excusándose éste de hacerlo con pretexto de la falta de navíos, le dió noticia Motezuma de haber arribado diez y nueve; lo que supo por algunos indios que con velocidad increible habian corrido en brevísimo tiempo casi trescientas millas. En aquella armada venia contra Cortés Pámphilo de Narvaez, enviado por Diego Velazquez que estaba muy quejoso de que Cortés se hubiese eximido de su autoridad, quebrantando los convenios que tenian hechos.

Este incidente podia suscitar una guerra civil; y Pámphilo habia atraido á su partido al cacique de Zempoala. Solicitaba con cartas y emisarios ganar á la gente de Cortés, y no omitia medio alguno para perder á su émulo. Noticioso Cortés de todo lo que pasaba, y persuadido de que no debia descuidarse en tan fuerte tempestad, encomendó la custodia de Motezuma á Pedro de Alvarado, capitan valeroso, de-

xándole ciento y quarenta soldados entre españoles y indios amigos; y con el resto de su tropa se puso en marcha contra el enemigo, estando cierto de que en este lance aventuraba toda su fortuna. Asi pues, á la hora de media noche acometió de repente á Zempoala con grande estrépito, cogió vivo á Pámphilo, y le puso en prision: los soldados de éste con la fama que tenian de Cortés, y con la esperanza de mas lucrosa milicia, se pasaron á sus banderas. Encomendó la armada, la artillería y los bagages á Gonzalo de Sandoval gobernador de la nueva colonia, cuyo valor y diligencia le habia sido de mucho auxilio en esta expedicion. Aumentado su exército con las nuevas tropas de Narvaez, que eran mil infantes y cien caballos, regresó á México, y entró en la ciudad el dia de la Natividad de San Juan Bautista. Halló todas las cosas en gran confusion por la temeridad de Alvarado: los españoles se veian acometidos por los bárbaros irritados con el dolor de las injurias que padecian. Hubo batallas, muertes é incendios por espacio de algunos dias, sin haberse derramado sangre alguna de los españoles; y es muy digno de admiracion lo que hicieron estos hombres fortísimos contra tan innumerable multitud. Luego que llegó Cortés animó á los suyos con su exemplo. Motezuma, que desde una ventana de su palacio veia á sus vasallos obstinados en acometer á Cortés con todo género de armas, les mandó que desistiesen de su intento, y fue herido casualmente de una pedrada que recibió en la cabeza, de cuyas resultas murió á los tres dias. Su cuerpo fue entregado por los españoles á los mexicanos, que le hicieron las exêquias acostumbradas entre ellos.

Despues de este suceso continuó la guerra con mas furor baxo el mando de cierto capitan que dirigia á los indios. Fue elevado al trono Cueltavaca her-

mano de Motezuma, y se empeñó con tanta porfía en echar á los españoles de la ciudad, que no desistió hasta conseguirlo; pero murió en breve de una peste de viruelas que affigia entonces á aquellas regiones, donde no se conocia esta enfermedad hasta que la llevaron los españoles. Sucedióle un hijo suyo, segun yo juzgo, ó á lo menos de su hermano, porque no lo declaran las historias por descuido de los escritores; llamábase Guatimocin, y era hombre intrépido y de invencible constancia. Despues de haber dado muchas pruebas de su valor, y no siendo suficientes los españoles para resistir á una multitud innumerable que despreciaba la muerte, resolvieron al fin ponerse en fuga, la qual emprendieron ocultamente el dia diez de julio. Fue entregada al saqueo la inmensa cantidad de oro que habian juntado los españoles en las casas donde se hallaban hospedados, y muchos perecieron por haberse cargado excesivamente de este metal. Hallábase la ciudad situada en una laguna por cuyas calles corrian acequias, y de trecho en trecho tenian puentes de madera. Los españoles enviaron delante algunos soldados para que echasen otro que llevaban con ruedas, porque los antiguos habian sido destruidos por los indios, á fin de que los nuestros no tuviesen medio alguno de escaparse, y fuesen sacrificados á su venganza. Pusiéronse pues en camino los españoles en lo mas profundo de la noche con gran silencio, guiándolos Cortés por medio de las centinelas enemigas. Los que iban á la ligera escaparon fácilmente del peligro; pero los demas, que iban cargados con las riquezas que no quisieron abandonar, se vieron acometidos por los bárbaros, excitados por el ruido y los clamores de sus centinelas. Habiendo ganado los enemigos el puente de ruedas, é impedida por este medio la fuga de los españoles, se suscitó una

cruel y sangrienta pelea, que mas bien puede llamarse carnicería, en un puesto tan estrecho como aquel, y enfurecidos los enemigos por una y otra parte de la Laguna. Hombres, armas y caballos todo estaba mezclado y confundido. Acudió Cortés á socorrer á los que peligraban; puso en orden á los que estaban desordenados y revueltos; y pasó el foso con increible trabajo. Sirvióle de mucho auxilio el heróyco ánimo y valor de Alvarado. El oro, los cautivos, y todas las demas cosas, que les impedian hacer su marcha con velocidad las abandonaron al enemigo, posponiendo á su vida todas las riquezas. En este combate perecieron ciento y cincuenta españoles, como refiere el mismo Cortés, seis caballos y dos mil y quarenta indios amigos; y tambien murieron algunos hijos de Motezuma. Por todo el camino pelearon los españoles casi todas las horas, y la victoria se debió á la caballería, especialmente la que consiguieron cerca de Octumba el dia catorce de julio. Y á la verdad no puede negarse que en esta ocasion y en tan peligrosos lances les favoreció el auxilio divino. Inmediatamente que llegaron á los confines de Tlascala salió á recibirlos Magiscazin cabeza del senado con grande acompañamiento de nobles. Despues de haber consolado á Cortés con palabras muy humanas, le conduxo á la ciudad con gran fidelidad, sin que en él causase ninguna mutacion la adversa fortuna de Cortés: antes por el contrario le exhortó que tuviese buen ánimo, asegurado de que para todo quanto dispusiese hallaria siempre prontos á los tlascaltecas; con cuyas palabras se aquietó el fluctuante ánimo de Cortés que sospechaba no seria muy sincera la fidelidad de sus aliados en aquellos contratiempos y desgracias. Ninguno habia escapado sin heridas de tantos combates, y ademas el hambre, la sed y el cansacio los te-

nia reducidos al último extremo. Muchos murieron en la cura de sus heridas, y el mismo Cortés escapó con dificultad, y otros debilitados y sin fuerzas apenas podian moverse. No obstante para confirmar en su amistad á los aliados, y aterrar á los enemigos, les movió de nuevo la guerra ayudado de los tlascaltecas, que se hallaban siempre dispuestos y prontos á vengar sus anteriores pérdidas, y en esta ocasion procedieron con tanta lealtad y esfuerzo, que no puede alabarse dignamente. Sujetó Cortés á los de Tepeaca; arrojó de las ciudades vecinas las guarniciones mexicanas; quemó algunas de ellas, y vendió á sus habitantes como esclavos: venció muchas veces en batalla á los enemigos, se apoderó de sus reales, y los molestó con todo género de pérdidas. Con estas victorias parecia estar vengada la afrenta recibida, y alternando los sucesos prósperos con los adversos, comenzó Cortés á ser mas respetado y temido que antes por los indios.

CAPITULO IX.

Sucesos de los portugueses en Africa y en las Indias orientales.

Comenzarémos á referir en una narracion seguida los hechos de los portugueses, desde la derrota que padecieron en la Mamora hasta los tiempos de que hablamos, y lo mismo haremos en adelante, reuniendo por intervalos baxo de un aspecto todos los sucesos de este reyno. Hallábase Arzila en peligro por el sitio que la habia puesto el Rey de Fez; pero con la llegada de la armada que Sequeira conducia á la India fue libertada del cerco. Despues pelearon desgraciadamente los portugueses: algunos de ellos fueron muertos y otros quedaron cautivos, entre los quales pereció de peste en Fez don Antonio

Mascareñas; mas habiendo recobrado el ánimo que mostraban decaido, lavaron su ignominia con la sangre del enemigo. Noroña, Coutiño, y otro Mascareñas todos hombres valerosos destruyeron los aduares de los moros, saquearon sus pueblos, talaron sus campos, y finalmente hicieron muchos cautivos con muy poca pérdida de los portugueses. Fatigados los moros con tantas derrotas pidieron la paz, prometiendo hacer quanto les mandasen y que darian rehenes y pagarian un tributo anual.

No eran tan prósperos los sucesos en la India despues de la muerte del grande Alburquerque. Su sucesor Lope Suarez salió con una armada dirigiéndose al mar Roxo para incomodar la del enemigo; pero salieron vanos sus deseos, porque cerca del estrecho de Ceyla adonde estaba la ciudad llamada por los antiguos *Emporium Avalites* trocándosele la fortuna se le abrasaron sus navíos; y despues en una horrible tempestad perdió otro baxel con la gente que en él iba. Fernando de Andrade navegó á la China con ocho navíos á fin de establecer comercio con aquella gente. Envió á Canton con el título de embaxador del Rey don Manuel á Tomás Perez que llevaba cartas y regalos para el Emperador de los chinos; y se conduxo tan bien que dexó entre aquella nacion tan astuta grande fama de la providad y buena fé portuguesa; pero despues la destruyó su hermano Simon, hombre de costumbres muy contrarias, pues con su luxo, rapiñas y crueldad echó á perder todo lo que se habia ganado. Habiendo desembarcado en la isla de Tamos edificó un castillo sin pedir permiso á los magistrados y le fortificó con guarnicion y máquinas de guerra. Finalmente se entregó á todo género de maldades y infamias cometiendo como un tirano las mas atroces violencias contra los naturales y negociantes. Por estos mé-

ritos le declararon los chinos por su enemigo, y cercándole con una armada, faltó poco para que él y sus compañeros fuesen presos y pagasen la pena de sus maldades. Pero una tempestad dispersó los navíos chinos, y Simon huyó á Malaca ciudad situada en la Península que llamaron los antiguos *Chersonesum aureum*, dexando á los chinos tan poco satisfechos de su trato, que no habia para ellos en el mundo cosa mas aborrecible que el nombre portugues. El embaxador Tomás no habiendo conseguido permiso para ver al Emperador, fue enviado á Canton, y murió miserablemente en la carcel.

Goa y Malaca se hallaban amenazadas de los bárbaros, que no dexaban respirar á los portugueses; pero acudieron á su socorro Juan de Silveira, y Alexo de Meneses, cada uno con su armada, y desvanecieron el peligro. Habiendo sido Malaca cercada de nuevo, fue librada por el valor de su guarnicion, y arrojados de sus reales los bárbaros, y puestos en vergonzosa fuga, pagaron la pena de su obstinado atrevimiento. En varios parages inmediatos tuvieron otros muchos combates; y estos y otros peligros padecieron los portugueses por las discordias civiles con que tenian casi arruinado su imperio en aquellas regiones. En este tiempo fue renovada la alianza con el Rey de Siam. Navegó Suarez con una armada á Zeilam isla fertilísima y rica por su canela, y conocida con el nombre de Tapobana por los antiguos, que la ilustraron con muchas fábulas. A fin de que no careciese el dominio portugues del comercio de tan afortunada isla, vencidos que fueron los sarracenos y los naturales en una batalla, fabricó Suarez una fortaleza en un parage oportuno, y hizo tributario del Rey don Manuel al Régulo de Columbo capital de la isla, obligándole á pagar todos los años ciento y vein-

te mil libras de canela, cierta suma de diamantes, que alli se crian, y algunos elefantes. Por sucesor de Suarez fue enviado Diego de Sequeira, que habiendo llegado á la India sujetó al Régulo de Baticala que se habia sustraido de la obediencia de los portugueses. Por medio de Antonio Correa hizo alianza con el Rey de Pegú. Destruyó á Alodino Rey de Bintan que molestaba continuamente á Malaca, saqueó sus reales, y se apoderó de su armada, y fue tan feliz que no pereció un solo portugues. Creyóse por cierto que el enemigo habia sido vencido mas por el auxilio divino, que por el valor y consejo de los hombres. Tambien se atribuyó á prodigio lo que hicieron cinco portugueses solos. Habia llegado Manuel Pacheco con un navío bien equipado á la isla de Sumatra, situada baxo del equador á pedir satisfaccion de ciertos agravios; echó su lancha al mar con cinco portugueses, y estando haciendo aguada en la embocadura del rio Icaparino, fue embestida la lancha por tres barcas en que venian ciento y cincuenta bárbaros armados. Los portugueses dexando la aguada, acometieron con grande ímpetu á la barca mas cercana, saltaron en ella y mataron á los que encontraron. Aterrados los bárbaros, se arrojaron precipitadamente al rio á fin de evitar la muerte; y las otras dos barcas temerosas de la pelea se pusieron en fuga. La barca desamparada fue llevada á Malaca, como lo escribe Faria, y se colocó en un lugar público en memoria de tan estupendo prodigio. Sin embargo fue concedida la paz á los sumatranos, y restituido á los portugueses lo que les habian robado.

No quedó impune la tiranía que Juan Gomez exercia en las islas Maldivias, pues fue asesinado con sus compañeros por una repentina conspiracion de los mahometanos sus habitantes, y arrasada la forta-

leza. Emprendió Sequeira otra expedicion al mar Roxo con una lucida flota, pero no tuvo mejor fortuna que su antecesor, y perdió el navío Almirante que se estrelló contra unas rocas. Aseguró la paz con el Rey de Abisynia, baxo la condicion de que éste, cuyo nombre era Mateo de David y su muger Elena, enviasen antes de diez años un embaxador con regalos al Rey don Manuel; y que Rodrigo de Lima con acompañamiento de portugueses pasaria á la corte de David, revestido del mismo carácter de embaxador. Por este tiempo las cosas de lo interior de la India estaban en deplorable situacion asi en el mar, como en la tierra. Jorge de Brito fue muerto con algunos de sus compañeros en Achem puerto de Sumatra, habiendo padecido esta desgracia por la codicia de hacer presas; pero tuvieron mas felices sucesos en otra parte de la isla. Gueinal, cruel bárbaro, habia invadido el reyno de Pacem, despues de haber cortado la cabeza con engaño á su Rey; y implorando su hijo huérfano y menor el auxîlio de los portugueses, movió á compasion á Sequeira. Llegó entonces de Portugal Jorge de Alburquerque con una armada, habiendo perdido en el viage tres navíos; y le mandó Sequeira que pasase á hacer guerra á Gueinal, llevando seis navíos. Llegado que hubo Alburquerque, intentó reducirle con amenazas, pero no adelantando nada fue necesario recurrir á las armas. Trescientos portugueses se apoderaron de los reales del bárbaro y le mataron al tiempo que con mucho valor animaba á los suyos á la pelea. Desordenados y puestos en fuga los enemigos restableció Alburquerque al pupilo en su reyno, y le entregó á sus parientes, obligándole á jurar fidelidad al Rey don Manuel, y pagarle un tributo todos los años. Lope Brito venció en batalla á los bárbaros de Zeilan

que estaban inquietos; y habiéndose apoderado de Columbo, concedió la paz al Régulo de aquella isla, que se la pedia, con gran ventaja de los portugueses. Tales fueron los principales sucesos acaecidos por este tiempo en Oriente. Volvamos ahora á nuestro hemisferio.

CAPITULO X.

Prosiguen las guerras de las comunidades de Castilla y Valencia.

En Valladolid adonde se habian juntado los co-
1521. muneros á principios de este año de mil quinientos veinte y uno se hallaban todas las cosas en la mayor confusion y desorden. El pueblo enfurecido invadía las casas y los bienes de los mas ricos, sin temor alguno de las leyes, ni respeto á los magistrados. Los incendios de las casas, el saqueo de los bienes, las cárceles y destierros eran la pena de los que se atrevian á decir ó hacer la menor cosa contra la junta. Lo mismo sucedia en otras ciudades, porque la ferocidad como un pestilencial contagio se habia apoderado de todos. Por el invierno hubo correrías y combates que aunque muy contínuos no hubo en ellos cosa digna de memoria. Padilla y el obispo de Zamora juntando sus tropas comenzaron á molestar con tales vexaciones á los que desaprobaban la conjuracion, que violentados algunos pueblos con el terror hicieron juramento á la junta; y era tal la insolencia del obispo de Zamora que por todas las partes donde iba dexaba horribles vestigios de su crueldad. Los del partido del Rey no tenian menos deseos de hacer mal; mas la causa era muy diversa. Don Pedro de Ayala conde de Salvatierra intentaba con la fuerza de las armas, que los pueblos de Vizcaya se apartasen de su deber; pero se mantuvo firme la ciudad de San Se-

bastian, aunque vió sus campos talados. En vano fue tentada por Ayala la ciudad de Vitoria en la provincia de Alava, porque el valor de sus nobles la defendió de las fuerzas que la amenazaban por defuera, y de la discordia que reynaba dentro. Acudió muy á tiempo desde Navarra el hijo mayor del duque de Náxera con la gente que tenia consigo, y se apoderó de la ciudad y del alcázar, y despues marchó contra Ayala, y le venció en una feliz pelea; y habiendo hecho prisionero á Gonzalo de Baraona, que por todos medios procuraba renovar el combate, le hizo llevar á Vitoria donde le cortaron la cabeza. Los de Valladolid habian conferido el mando de sus tropas á Padilla, el qual para hacerse grato á los de su partido, determinó atacar la villa de Torre-Lobaton, y al fin se vió obligada á sujetársele baxo de ciertas condiciones. Tratóse por entonces entre los principales de los dos partidos de componer las discordias, pero no fue posible concluir cosa alguna; porque los comuneros arrastrados de sus pasiones, querian mas bien exponerse á todos los peligros, que admitir la paz. Muchos la rehusaban por el temor de que sus adversarios no se olvidarian de las injurias que habian recibido, y que procurarian tomar venganza. Giron trabajó mucho en este negocio ostigado del desenfreno de la plebe; pero no pudiendo reducirlos á ningun partido justo, renunció á tan mala causa, y se pasó á Tordesillas donde estaban los grandes del reyno. Habíase ya entibiado mucho la ira que concibió contra el Rey don Carlos, cuyo impulso á mi entender le hizo abrazar el partido de los comuneros. Siguió su exemplo don Pedro Laso despues de haber conocido que no podia conseguir sus deseos del bien público, por cuya causa habia seguido el mismo partido. Finalmente despues de muchas cartas y mensageros de una

á otra parte, y no pudiendo componerse la paz por estos medios, acudieron otra vez á las armas, y salió Padilla á hacer algunas hostilidades.

El obispo de Zamora voló á Toledo en solicitud de las rentas del arzobispado, por haber muerto algun tiempo antes desgraciadamente el cardenal Croy. Pero como hiciese correrías en aquel territorio don Antonio de Zúñiga auxiliado de las tropas de su hermana doña Leonor, que habia reprimido la sedicion de Sevilla, salió el obispo con su exército para rechazarle. Cerca de Ocaña se trabó una tumultuaria pelea originada de la temeridad de unos pocos soldados, y habiéndoles venido socorro á unos y otros de su respectivo campo, se formaron poco á poco todas las tropas en orden de batalla. Pelearon hasta la noche con ánimos ferocísimos, como sucede en las guerras civiles, y se acabó el combate sin quedar decidida la victoria. No obstante pareció vencedor el partido de Zúñiga, pues recogidos los despojos se apoderó de Ocaña, y puso guarnicion en los parages oportunos. El enemigo se volvió con su exército á Toledo en el silencio de la noche. Mora pueblo muy grande de sus cercanías, padeció un horrible estrago, porque irritados los realistas con los daños que habian sufrido, acudieron á castigar á los de Mora que no podian estar quietos. Resistieron ellos valerosamente, considerando lo que les esperaba si quedasen vencidos; pero fueron rechazados hasta la iglesia donde se habian refugiado los viejos, niños y mugeres: pegaron fuego á sus puertas con pólvora, y inmediatamente las consumieron las llamas con todo lo demas combustible que allí habia; y no pudiendo escapar por parte alguna los que estaban dentro, se dice que perecieron miserablemente tres mil personas, á no ser que la fama exâgerase su número.

Ciertamente se extendió la venganza mucho mas de lo que habian pensado sus mismos autores. Para poner fin á las calamidades de Castilla, que eran tantas que no habia pueblo alguno donde no se viesen vestigios del furor civil, resolvieron los gobernadores hacer el último esfuerzo contra los comuneros en una sola batalla. Para esto pidieron soldados á las ciudades que habian permanecido fieles: fueron convocados con diligencia los caballeros, y prevenidos los víveres, armas y todo lo demas necesario para la guerra. Y como no habia de donde sacar el dinero para pagar á las tropas, fundieron los grandes toda la plata labrada que tenian, posponiendo sus riquezas á su fidelidad. Velasco sin perdonar trabajo ni fatiga alguna habia juntado hasta cinco mil hombres de armas; con los quales, y quatro cañones de artillería, salió de Burgos para ir á juntarse en Tordesillas con sus socios. En esta villa se congregaron todas las tropas, y resolvieron que el cardenal Adriano y el marques de Denia permaneciesen allí con una buena guarnicion para custodia de la Reyna, á fin de precaver que en un lance adverso volviese á poder de los conjurados. El conde de Haro estableció sus reales en Peñaflor, y pasó revista á su exército, que se componia de mas de siete mil infantes, y de casi tres mil caballos bien armados. Padilla acampaba en Torre-Lobaton rodeado de mayores tropas, pero aunque excedian á las otras en la multitud, no igualaban en valor. Asi pues, conmovido con la fama de que el enemigo se encaminaba contra él, se puso en marcha aceleradamente ácia Toro con designio de rechazarle desde los muros de aquella ciudad. Pero el conde de Haro ordenó á los suyos que siguiesen los pasos de Padilla, y envió delante á la caballería para que le impidiese su retirada, y habiéndole alcanza-

do, le cercaron en pelotones. Unos le acometian por la izquierda, otros por la derecha, y otros le rodearon por el frente, y de todos modos le molestaban y detenian. Otro mal no menor era el de los caminos, que con las contínuas lluvias estaban destruidos, y era tanto el lodo que se hundian los pies de tal suerte que ni podian pelear, ni tampoco acelerar sus marchas. Mientras la caballería real detenia al exército de Padilla, llegó con los cañones la infantería que apenas podia dar un paso. Al primer encuentro comenzaron á desordenarse los enemigos, y haciendo en ellos grande estrago la artillería, cedieron al impulso de los realistas, que con grande estrépito los seguian. Ni las amenazas, ni los ruegos de los capitanes fueron bastantes para detener á aquel exército desordenado y puesto en fuga. Villalar, que era el pueblo mas cercano, al paso que podia servirles de refugio, no era proporcionado para hacer alguna resistencia; y así consternados con el temor, procuraron escaparse con la mayor ligereza. Padilla hizo oficios de intrépido soldado y de buen capitan, y no desamparó á los suyos en parte alguna. Finalmente entrándose por medio de los enemigos con la esperanza de romper por ellos, fue hecho prisionero junto con Juan Bravo y Francisco Maldonado, capitanes que eran el primero de Segovia, y el otro de Salamanca, despues de haber dado grandes pruebas de valor. Muchos mas perecieron en la fuga que en la batalla, porque la caballería siguió obstinadamente á los fugitivos. Al dia siguiente habiendo desaparecido por diversas partes los enemigos, Padilla y sus compañeros fueron degollados en la plaza de Villalar por mandado del conde de Haro como reos de lesa magestad. Y como si el delito no quedára purgado suficientemente con su sangre, hizo arrasar

en Toledo la casa de Padilla, y levantar en el mismo sitio un poste con una inscripcion que transmitiese á los siglos venideros el delito y el castigo.

En Valencia se hallaban las cosas en igual confusion y turbulencia. Despues de la desgraciada batalla de Castellon, y del suplicio de Estelles, mandaron los conjurados á Urgelles Sison, otro de los trece síndicos de la Germania, que fuese contra el duque de Segorve con ocho mil hombres á fin de borrar la anterior ignominia. Este pues salió al encuentro de los agermanados en Nules cerca de Morviedro donde tenia algunas tropas. Los moros que habia colocado en la retaguardia, por la poca confianza que de ellos hacia, apenas sintieron al enemigo, desampararon su puesto, y se huyeron á los montes cercanos; pero su cobardía les costó muy cara, porque cayeron en una emboscada que tenia el enemigo para acometer por la espalda al duque de Segorve, por lo qual fueron muy pocos los que se escaparon á beneficio de la fuga, y arrojando las armas. Mientras tanto habia avanzado el de Segorve contra el enemigo. Pero éste se mantuvo inmóvil á pesar de los esfuerzos de la caballería, y por ninguna parte pudo ser desbaratado ni derrotado; mas habiéndole rodeado y estrechado con mayor ímpetu, comenzó á titubear y á mirar por dónde podrian escaparse. El pavor de los enemigos infundió nuevo ánimo á la caballería, y renovando el combate con grandes gritos, le obligó al fin á ponerse en fuga. Desamparada por los moros la infantería que habia quedado y acometida de improviso por el enemigo que se mantenia en asechanzas á su espalda, los llenó de terror, y se puso desordenada en fuga. No obstante hubo algunos que hicieron resistencia, por evitar la ignominia de cobardes quando el mayor nú-

mero se dexaba arrastrar del miedo. Acudió el de Segorve oportunamente á socorrer á los que resistian, dexando por esto de perseguir á los fugitivos; y libres aquellos del peligro, disipó enteramente las reliquias del exército desbaratado. En la batalla y en la fuga se dice que perecieron dos mil de los enemigos. Del exército real apenas murieron doscientos (excepto los moros que no se hace ninguna cuenta de ellos), y catorce nobles. Los vencedores llenos de gloria y de despojos se volvieron á sus tierras, y los vencidos dispersos por muchos caminos vinieron á juntarse en Morviedro, llenos de confusion y de miseria. En esta villa hicieron pesquisas los agermanados sobre la conducta de Sison, y juzgándole por traidor, le condenaron á muerte, y se executó la sentencia segun las leyes militares. Otro exército que en los mismos dias habian enviado á la otra parte del Xucar contra Corvera y Mogente no sacó de su expedicion otra cosa que heridas. Fue depuesto Juan Caro que habia mandado esta tropa, y substituido en su lugar Vicente Peris, que de texedor de sedas pasó á ser general de exército. Este pues, habiéndose apoderado por descuido de su alcayde del castillo de Xátiva, en el qual estaba preso don Fernando duque de Calabria, marchó á Gandía para dar batalla, en caso que el virrey le saliese al encuentro. Vencido éste de los ruegos y instancias de los nobles los sacó finalmente á pelear, aunque con prudente consejo lo rehusaba, conociendo la perfidia de los soldados. Trabóse una pelea que mas parecia fuga que otra cosa, y de los nobles que se contaban doscientos, con algunos pocos soldados rasos, solos cinco fueron muertos. Previniéndose el virrey para embarcarse á la Andalucía, le rogaron y suplicaron los nobles que no desamparase el gobierno, sino que

antes bien se retirase á Peñíscola, que era un refugio seguro para todos, que desde allí habia vuelto la fortuna á ser favorable al duque de Segorve, y que él podia esperar mejor suerte; que para emprender de nuevo la guerra no le faltarian socorros, con los quales, si no pudiese reprimir el furor de los bandidos, á lo menos se les podria contener; y que las cosas que por su naturaleza son dificiles, con el tiempo vienen á conseguirse. Vencido el virrey de estas razones se embarcó en un navío construido en el puerto de Denia, arribó á Peñíscola, y desde allí se transfirió á Morella, asilo de los leales. Peris desde la victoria que acabamos de referir, la qual no le costó ninguna sangre, fue saqueando y talando todos aquellos pueblos: obligó á los moros por fuerza de armas á que se bautizasen: mató á muchos, y esto mismo se executó en otras partes con increible maldad, de lo que se originaron despues nuevos tumultos.

El duque de Gandía pasó á Castilla á implorar el socorro y ayuda de los gobernadores, y habiéndolo conseguido se volvió á Morella, de donde todos salieron muy alegres para unirse con el duque de Segorve. Despues de algunos encuentros, y con auxîlio de algunos de Morviedro que permanecieron fieles, se apoderó el virrey del castillo que dominaba la villa, tan célebre en la historia romana con el nombre de Sagunto. Pasados dos dias se dexó ver con sus tropas, dando señales de que podian esperar el perdon; y con efecto fue recibido por los de Morviedro con todas las señales de gente arrepentida, y que pedia gracia. Hallábanse muy consternados conociendo el castigo que merecian, pues en el principio de su sublevacion asesinaron á todos los nobles sin dexar uno solo. Al mismo tiempo entró por la parte opuesta del reyno don Pedro Faxardo, marques

de los Velez, enviado por los gobernadores para hacer guerra á los rebeldes, con las tropas que habia recogido, y en breve se apoderó de Elche, villa opulenta, y de Alicante plaza famosa de comercio. Marcharon despues ácia Orihuela don Alfonso de Cardona almirante de Aragon, con su hijo don Sancho, don Pedro de Maza, don Ramon de Rocafull, don Diego Ladron, y otras personas ilustres en valor y nacimiento, que despues del desgraciado suceso de Gandia, por caminos extraviados se retiraban á Castilla. Luego que llegó cerca de la ciudad tuvo un combate próspero con la multitud sediciosa, y los vencedores y vencidos llegaron juntos á las puertas. Dícese que en la batalla y en la fuga perecieron tres mil. Palomares, que mandaba en la batalla, y otros trece sediciosos fueron hechos prisioneros, y pagaron en la horca sus delitos, y á los demas se les puso en libertad. El pueblo fue entregado á los soldados, que le saquearon cruelmente. Desde allí se apresuró Faxardo á venir á Valencia, y puso sus reales al Occidente en las riberas del rio Turia. Rodeada y cerrada la ciudad con dos exércitos, padecia la mayor escasez de todas las cosas; porque los gobernadores habian prohibido llevar trigo á Valencia por mar ni por tierra, imponiendo pena de muerte á los que contraviniesen. La caballería real hacia excursiones por los campos y caminos para apoderarse de todo: mas no por esto los sediciosos estaban quietos dentro de los muros, pues todos los dias habia peleas y muertes. El marques de Cenete, y don Manuel Ejarque tenientes del gobernador Cabanillas, reuniendo las fuerzas de los leales, reprimian los insultos de la multitud sediciosa. Finalmente, habiendo sido Peris arrojado de la ciudad, se apaciguaron los tumultos en que ardia toda, y se comenzó á tratar de reconciliacion.

Enviaron diputados al virrey que permanecia en Morviedro, y concedió á todos perdon, con tal que dexando las armas se reduxesen á la obediencia de los magistrados. Compuestas de este modo las cosas, entraron en Valencia el virrey y el marques de los Velez con un esplendido acompañamiento de la nobleza. Inmediatamente mandaron que todos los del reyno dexasen las armas. Muchos obedecieron con prontitud; pero despreciaron el mandato los habitantes de las riberas del Xucar, donde se hallaba Peris, que lo enredaba todo. El marques de los Velez, habiendo recibido el estipendio de su tropa, se volvió á Murcia, y para reprimir y castigar á los contumaces marchó contra ellos el virrey con tropas. En vano atacó á Alcira, pueblo situado en una isla que forma el rio Xucar, rodeado de sus aguas, y bien guarnecido de murallas; y habiendo perdido la esperanza de tomarlo, y de que se rindiese ni entregase, levantó el sitio, y dirigió sus armas contra Xátiva. Pero fue rechazado muchas veces desde los muros con mucho daño suyo; por lo qual mudó de dictámen y puso cerco á la ciudad, estrechándola con varias obras. Trabajaban en ellas con mucho esfuerzo los soldados, quando de improviso salio al anochecer una gran multitud de gente armada, con antorchas y teas encendidas, y arrojándolas sobre las trincheras, lo incendiaron todo, y se reduxo á cenizas en un momento el trabajo de muchos dias. Habiéndoles salido tan felizmente esta empresa, hicieron otra salida los de la ciudad, y arrojaron de alli á los sitiadores. Desconfiado pues el virrey de poder tomar el pueblo, convirtió su ira contra los campos, y taló todo aquel contorno.

En la isla de Mallorca á mediados de marzo comenzó á manifestarse la sedicion que algun tiempo

antes amenazaba; siendo el autor un hombre de obscuro nacimiento, llamado Juan Crispin. Creáronse en la ciudad de Palma trece síndicos, á exemplo de los valencianos, para que lo gobernasen todo. Despojaron del mando y arrojaron de la isla al virrey don Miguel de Gurrea; pero todavia se abstenian de llegar á las manos, recompensando despues la tardanza con la crueldad. Finalmente, llegó á tanto el desenfreno de la plebe, que aterrados algunos nobles, se refugiaron á la fortaleza; lo que se atribuyó á mal designio, segun la costumbre del vulgo, siempre dispuesto á pensar mal, y fue causa de acelerar su muerte; pues habiéndoles obligado á entregarse, fueron todos asesinados con Pedro Pax gobernador de la ciudad. Pasó adelante el furor, y del mismo modo quitaron la vida á otros treinta nobles. Hallábase á la verdad la isla en un estado muy triste y lamentable. Algunos para ponerse en salvo se pasaron á la isla de Menorca, y otros á Alcudia, villa situada en la parte oriental de Mallorca; pero los rebeldes, ansiosos de destruirlos, acometieron con sus tropas á Alcudia, y dispararon muchos cañonazos contra sus muros. Los habitantes hicieron una salida, y los pusieron en derrota; mas volvieron luego con mayor número de gente á renovar el asedio. Los vecinos, unidos con los nobles que alli estaban, hicieron otra nueva salida en el silencio de la noche; y habiéndolos cogido muy descuidados, los destrozaron y ahuyentaron con grande estrago. Divulgada la noticia de esta victoria, comenzaron á respirar los hombres leales, y saliendo de los bosques y lugares donde estaban escondidos, se encaminaron por varias sendas á Alcudia, que se habia mantenido tan fiel á su Rey.

Florecia entonces el reyno de Portugal, asi por

sus riquezas y victorias contra los enemigos del nombre christiano, como por la numerosa familia real. Doña Leonor habia parido una hija de singular hermosura, á la que se puso el nombre de María, y antes habia dado á luz á Cárlos, que apenas vivió medio año. Habíase tratado por medio de embaxadores el casamiento de doña Beatriz hija del Rey don Manuel con Cárlos III duque de Saboya, llamado vulgarmente el Bueno por la candidez de su ánimo. Fue conducida la esposa en una lucida flota de veinte y tres navíos, acompañándola don Martin de Costa arzobispo de Lisboa, y los mas distinguidos caballeros, y á fines de setiembre fue recibida en Niza por su esposo con magnífica pompa. De allí á poco tiempo, á saber el dia trece de diciembre, pasó de esta vida á la eterna el Rey don Manuel, dexando envuelto en tristeza y llanto á todo Portugal. Nombró por sus testamentarios á don Diego de Sousa arzobispo de Braga, y á don Martin Castelblanco conde de Villanueva. Murió á los cincuenta y un años de edad, y reynó veinte y seis; digno ciertamente de ser contado entre los príncipes mas felices. Aumentó su imperio con muchos reynos del Oriente, y en el Occidente fue descubierta por Cabral durante su reynado la dilatadísima region del Brasil. Subyugó una parte del Africa, y se hizo formidable en ella; y siempre vivió en paz con los demas príncipes christianos; siendo tanta la opulencia y felicidad de Portugal en su tiempo, que los portugueses le llamaron el siglo de oro. Fue sepultado en el monasterio de Belen, que habia edificado á los Gerónimos á quatro millas de Lisboa; y habiéndole hecho las exêquias reales que se acostumbran, fue proclamado Rey de Portugal su hijo don Juan III de este nombre, el sexto dia despues de los funerales de su padre. De allí á poco

tiempo la Reyna viuda doña Leonor, dexando encomendada al Rey muy encarecidamente su hija doña María, se restituyó á Castilla.

CAPITULO XI.

Alianza del Rey don Carlos con Enrique VIII de Inglaterra; y principios de la guerra entre España y Francia.

La narracion de las cosas interiores de España ha hecho dilatarme mucho mas de lo que pensaba, y ahora volverémos á seguir el orden de los demas sucesos. Habiendo el Rey don Carlos navegado por el Océano, llegó en pocos dias á la Gran Bretaña, que los modernos llaman Inglaterra. El Rey Enrique le recibió con muchas muestras de amor y de amistad; y aunque el fin de este viage era al parecer visitar don Carlos á la Reyna doña Catalina su tia, ocultaba en su corazon una grande empresa. No solo tenia en el ánimo, sino tambien quasi á la vista, las sangrientas guerras que en breve habia de tener con Francisco Rey de Francia; por lo qual hizo alianza con el Rey Enrique, para que si se suscitase alguna controversia con el Frances, la decidiese el mismo Enrique, el qual se declararia contra qualquiera de las dos partes que rehusase obedecerle. Con esto Enrique, que era de carácter vano, concibió grande orgullo, y movido tambien por su muger doña Catalina, que estaba muy inclinada á su sobrino, fortificó en grande manera el partido del Rey don Carlos. Este pues, concluida la alianza, volvió á embarcarse, y arribó en breve á Flesinga ciudad de Holanda. Desde alli marchó á Gante, y fue recibido con magnífica pompa por don Fernando y doña Margarita.

Luego que estuviéron prevenidas con la mayor ostentacion todas las cosas necesarias para recibir la diadema del imperio; partió para Aquisgran, ciudad libre de Alemania en el ducado de Juliers, donde tenia convocada la dieta, y entró en la ciudad, que se hallaba ricamente adornada con aparato triunfal. Alli pues se hicieron segun la antigua costumbre las ceremonias de la inauguracion por el elector arzobispo de Colonia, acompañado de los de Maguncia y de Tréveris, y hecho el juramento prescripto, fue saludado César y Emperador á veinte y uno de octubre del año anterior con grande alegria y aplauso de todos: en el mismo dia fue elevado en Constantinopla Soliman Rey de los turcos al trono de su padre. Habiendo tomado posesion del imperio, y publicado algunos decretos concernientes al buen gobierno, pasó á Vormes, antigua capital de los vangiones, revolviendo en su ánimo muchas cosas que habian comenzado á tratarse en la dieta con grande ardor. Las novedades religiosas causaban una conmocion extraordinaria, pues los falsos dogmas de Lutero lo habian trastornado todo en Alemania, y este contagio se iba extendiendo rápidamente. Imbuidos los pueblos de sus perversas opiniones, y alucinados con los engaños de aquel frayle apóstata, se precipitaban en todo género de maldades, que destruian el imperio con la impía mudanza de religion. Procuró el César, aunque tarde, poner remedio á este mal; y habiendo dado á Lutero salvo conducto, le hizo llamar á la dieta para que explicase su doctrina, con esperanza de reducirle á mejor camino. Presentóse en efecto Lutero á mediados de la primavera de este año, y habló en la dieta con suma arrogancia, profiriendo muchos errores impíos para combátir la autoridad del sumo Pontífice, de la qual juzgaba que tenia derecho para

substraerse: que las indulgencias pontificias no eran mas que una invencion de la curia romana, cuya condescendencia, y la necia credulidad del pueblo, habian causado muchos desórdenes que debian reformarse con remedios fuertes. Seria obra larga referir aquí por menor todas las blasfemias que vomitó de su impura boca. En vano empleó el César todos sus conatos para reducirle de su extravío, y no pudo vencer la obstinacion de este perverso hombre con ruegos, con súplicas ni con terrores. Así pues, para apartar de la christiana república el contagio de tan grave mal, mandó por un saludable edicto que fuesen quemados los libros de esta secta condenada por el sumo Pontífice, y que en adelante no volviesen á imprimirse: finalmente mandó que saliese desterrado de su presencia el autor de ellos, herido ya con el rayo del Vaticano, dándole quince dias de término para salir con seguridad de toda la Alemania, prohibiéndole predicar, y amenazándole con mayor castigo si no obedecia, y tambien á los que le diesen favor, auxilio ó consejo en qualquier manera. Esta conducta del César fue aprobada por unos y censurada por otros, segun los diversos afectos é inclinaciones de cada uno, y dió motivo á interpretaciones contrarias á sus rectos fines. Menos mal discurrian los que acusaban la facilidad del César en guardar su palabra á un hombre que si no perecia, destruiria la religion. Pero al César le pareció una cosa iniqua el sanar las heridas de la religion con la transgresion de la ley natural, que obliga á cumplir lo prometido, como lo declaró á la hora de su muerte.

Por este tiempo renunció en su hermano don Fernando el principado de Austria con el título de Archiduque, y le mandó pasar á Linz, donde se celebraron los casamientos ajustados algunos años antes

entre el mismo don Fernando y doña María, y entre su hermana doña Ana y Luis hijo de Uladislao Rey de Hungría. Pasados los regocijos de las bodas, y hecha pesquisa de las cabezas del tumulto suscitado en los años antecedentes, mandó don Fernando que se procediese al castigo, y con la muerte de algunos nobles recobró el estado su antigua tranquilidad. Entretanto acaeció la muerte de Gesvres, y parece que con él fue sepultada la paz, pues como era tan diestro en mitigar y componer las discordias y enemistades de los príncipes, no hubiera sobrevenido ninguna guerra exterior si hubiese vivido mas tiempo. Pero de improviso comenzó esta calamidad en los confines de Flandes, sin que hubiese precedido declaracion alguna. El castillo de Hierga en el ducado de Luxemburgo fue el pomo de la discordia, sobre el qual litigaban el príncipe Aimerico de Chimai, y el marques de Bullon uno de los principales señores de Flandes. Examinado el negocio en el consejo de Gante, fue pronunciada sentencia á favor de Aimerico, el qual ayudado de sus amigos se dió prisa á apoderarse del castillo. Llevólo muy á mal el marques, que habia perdido el pleyto; y habiéndose despedido del César en Vormes, se retiró á París impelido de su ira. Inmediatamente juntó mas tropas de las que podia mantener, y invadió la Flandes para vengar la injuria. Conoció el César la fraude francesa, y los rodeos de que se valia el Rey Francisco para faltar á lo convenido, y sin dilacion le envió embaxadores que se quejasen del rompimiento del tratado de Noyon, y de haber dado socorro al marques, que le habia declarado guerra. Pero el Rey de Francia se disculpó diciendo, que todo se habia hecho sin su noticia. No se dexó persuadir de esta excusa el César, que por otra parte tenia deseo de hacerle la guerra, á causa

de que el Frances habia hecho una entrada en Navarra con el pretexto de ayudar á Enrique de Labrit. Nombró el César por su general á Enrique de Nassau; y despojado el marques de Bullon de una parte de sus dominios, y no pudiendo resistir á tan grande tormenta, ajustó treguas por quarenta dias. Entretanto para pagar al Frances el César en la misma moneda, dirigió sus armas contra su territorio; y habiendo tomado á Mauzon, cercó á Meziers sobre el rio Mosa. La guarnicion se hallaba muy próxima á entregarse por la escasez de víveres, quando Pedro Bayárd, varon entre los franceses de mucha intrepidez y pericia militar, se burló de las fuerzas de los flamencos, y los hizo abandonar el sitio con una carta fingida. Irritóse gravemente Nassau contra Francisco Sickingio que mandaba aquellas tropas, porque habiendo dado crédito á una carta falsa, y desamparando el cerco por un vano terror, habia dexado perder la ocasion de apoderarse de la ciudad. Mudó Nassau sus reales, y despues tomó y arruinó á Aubenton, y cargado de ricos despojos se retiró con su exército á la provincia de Artois.

Entretanto juntó Francisco un exército de cincuenta mil hombres, que causó terror á toda la Flandes, y con él recobró á Mauzon, y saqueó los pueblos del Hainault y de Arras. Por otra parte Carlos de Borbon tomó á Hesdin, y recobró á Renti. El marques luego que finalizó el tiempo de las treguas salió de Lieja á hacer correrías por los campos de Brabante y Namur, ayudado ocultamente por el duque de Gueldres que estaba quejoso del César. Atravesaron los franceses el rio Escalda adonde se habia adelantado temerariamente el César, que en aquellos dias vino á su campo, deseoso de que se presentase ocasion de pelear, porque ignoraba la multitud de los

enemigos. No faltó mucho para que hubiese una batalla campal, y acercándose el César por consejo de sus generales á la retaguardia del exército, se empeñó un combate en que tuvo alguna pérdida. A este mismo tiempo el señor de Fienes gobernador de Flandes sitiaba á Tornay ciudad fuerte y opulenta, con el qual restituido que fue el César á Gante, juntó Nassau sus tropas. Moncada fue llamado de Italia para que con parte del exército se apostase en las orillas de los rios á fin de impedir el paso al enemigo; pero el Rey no envió socorros algunos á los de Tornay que se hallaban cercados con dos exércitos; lo que se atribuyó á varias causas: algunos escriben que lo impidieron los malos tiempos, y la vigilancia de Moncada, como consta de las cartas honoríficas que le dirigió el César, y lo asegura Lenguella en la historia de esta familia. Entre los generales franceses produxo la emulacion muchas discordias, por lo qual no hicieron cosa alguna que correspondiese á tan poderosas fuerzas. Desconfiando Champeriac gobernador de Tornay de recibir ningun auxilio, la entregó con las mejores condiciones que pudo el dia treinta de noviembre. Desde entonces quedó esta ciudad agregada al dominio flamenco; y de esta suerte no fue tan grande el daño que hizo el Frances como el que recibió.

CAPITULO XII.

Ríndese Valladolid al Cesar. Turbulencias de Toledo. Victoria de los españoles contra los franceses en Navarra.

Despues de la batalla de Villalar acaecida en el mes de abril, las ciudades comuneras de Castilla que-

daron muy consternadas, y no sin motivo. Mas no por esto desistian de continuar la guerra, porque el miedo del castigo las endurecia en su obstinacion. Parecia que todas seguirian el exemplo de Valladolid, que era el apoyo mas fuerte del partido: pero ésta tardó poco en volver en sí, luego que se vió rodeada y estrechada con tropas, y desamparada de los procuradores de la junta que allí habian quedado, los quales solo cuidaron de ponerse á salvo. Como la fuga de estos los dexase sin esperanza de socorro alguno, los habitantes de Valladolid que tuvieron mas ardor para rebelarse que para pelear, suplicaron humildemente á los gobernadores por medio de diputados, que con su acostumbrada clemencia les perdonasen su comun delito, prometiéndolos que en adelante vivirian con fidelidad y obediencia sujetos al imperio de los magistrados. Movidos á conmiseracion aquellos hombres clementísimos, concedieron indulto y perdon para todos, exceptuando solo á dos cabezas, para que con su muerte sirviesen de escarmiento y satisfaccion á la vindicta pública. Animadas con este exemplo las demas ciudades enviaron á porfia diputados á los gobernadores, pidiéndoles la misma venia, y atribuyendo la culpa de todo á la ambicion de algunos pocos. Viendo pues esto los autores de la sedicion, se apresuraron á salir de España; pero el obispo de Zamora que se huia disfrazado fue conocido en Villamediana por el alferez Peroto, y habiéndole preso, le encerraron en la fortaleza de Simancas.

Al mismo tiempo y quando ya la sedicion estaba quasi apagada en lo restante de Castilla, ardia todavia con furor en Toledo, atizada por doña María Pacheco, hija del conde de Tendilla, y viuda del difunto Padilla. La insolencia de aquellos hombres

soberbios llegó á tal extremo, que pretendian que los gobernadores recibiesen y ratificasen las condiciones que ellos les prescribian, jactándose de que de otro modo no dexarian las armas. Hallábase la ciudad muy provista de víveres conducidos de antemano, y los sediciosos tenian dinero en abundancia, por haber robado la plata de la iglesia catedral. Una sola cosa les faltaba á los toledanos, que era juicio, pues una ciudad tan célebre se dexaba arrastrar de la furiosa locura de una muger viuda. Todos tenian en ella puestos los ojos; á ella solo respetaban, y finalmente ella sola sostenia la guerra. El márques de Villena, y el duque de Maqueda intentaron sucesivamente apaciguar á estos furiosos, compadecidos de la triste suerte de la ciudad; pero la multitud apenas les dexó hablar, y se volvieron sin haberla podido reducir á ningun partido razonable. Entretanto no descansaban las armas, y en una de las frequentes peleas que tenian con las tropas de Zúñiga, y de don Juan de Rivera que cercaban la ciudad, fue herido y hecho prisionero por los sediciosos don Pedro de Guzman, á quien hizo curar y asistir la Pacheco con el mayor cuidado, mas no pudo con sus halagos atraer á su partido á este jóven valeroso. Todo este año permaneció la ciudad en la misma obstinacion; pero á principios del siguiente, por la 1522.
solicitud y buenos oficios de Estevan Morino, que despues fue cardenal, ayudado del cabildo de canónigos, se reconcilió y admitió la paz. Y como la Pacheco, que se habia hecho dueña de la plebe, no desistia de fomentar inquietudes, tomaron las armas los nobles y los buenos ciudadanos, y la arrojaron de la ciudad, quedando esta muger tan amedrentada, y llena de terror, que disfrazándose en trage de labradora para no ser conocida, se huyó á Portugal.

Interin que los gobernadores ponian todos sus cuidados en restablecer la paz en Castilla, se levantó una horrible tempestad por la parte de Francia. El Rey Francisco no cesaba de discurrir de qué medios se valdria para inquietar á su ribal, y le pareció muy oportuno aprovecharse de las discordias que entre sí tenian los españoles, y convertirlas en utilidad propia. Asi pues envió un poderoso exército á nombre de Enrique hijo de Labrit, baxo el mando de Andres de Fox señor de Esparrós, que pasó los Pirineos para recuperar la Navarra, á fin de que las armas decidiesen lo que debia sentenciar en justicia. De este modo, aparentando auxiliar á un príncipe amigo, aunque en realidad con el fin de hacer alguna presa, introduxo sus armas en las fronteras de España, valiéndose del tiempo, y de una causa plausible para hacer odioso al César, y para que no pudiera decirse abiertamente que habia roto la alianza. Habiéndose apoderado de San Juan del Pie del Puerto, marchó en derechura á Pamplona. No encontró en el camino ningun obstáculo, á excepcion de Maya castillo muy fuerte, cuya rendicion no se atrevió á intentar. Luego que llegó á la ciudad fueron abiertas todas las puertas á su exército, y solo la fortaleza le detuvo algun tiempo; pues aunque sus fortificaciones no estaban perfectamente concluidas, resistió por algunos dias el ímpetu de los franceses. En lo mas fuerte del bombardeo fue herido gravemente en una pierna Ignacio de Loyola, noble vizcayno; el qual habiendo sanado de la herida, instituyó un nuevo género de vida; y renunciando á la milicia, se dedicó todo á Dios. Finalmente se hizo ilustre con la austeridad de su vida, y mucho mas con sus heróycas virtudes y trabajos, y de alli á poco tiempo fue autor y fundador de la Compañía de Jesus; con la

qual declaró una guerra perpétua á la heregía, y á la idolatría. El castillo se entregó baxo de condiciones honrosas por Francisco de Herrera, despues de haber perdido la esperanza de recibir socorro. El virrey pues, que habia dexado indefensa la parte del reyno que confinaba con Francia, para enviar tropas á los gobernadores de Castilla que necesitaban de este auxilio contra los comuneros; partió con la mayor presteza á informar á los gobernadores del estado en que quedaba Navarra, y á implorar su socorro. El Frances reduxo en breve á su dominio todo el reyno que se hallaba tan desguarnecido; y despues se encaminó ácia Logroño con el designio de atraer á sí las tropas de los sediciosos. Pero el temor de los males que amenazan de afuera, que suele ser una gran disposicion para la concordia, reunia los ánimos inquietos y discordes, conteniéndolos por otra parte el pudor para no hacer cosa alguna que fuese indigna del carácter español. Está Logroño situada á la orilla del Ebro, y en estos tiempos calamitosos se mantuvo fiel al César, como consta de las cartas que conserva en su archivo. Don Pedro de Guevara habia introducido en la ciudad una fuerte guarnicion, estando resuelto y obstinado á sufrir las últimas extremidades antes que abandonarla.

Mientras que el Frances se ocupaba en el sitio de Logroño pasaron los gobernadores á Burgos, á fin de reunir las tropas, que de todas partes acudian. En breve tiempo juntaron doce mil infantes, y dos mil caballos armados: pusiéronse en marcha á largas jornadas contra el enemigo, no ignorando que muchas veces consiste en un momento la suerte de las mas grandes empresas. Los soldados obedecieron alegremente, y como si caminasen á una victoria cierta, se exhortaban unos á otros, y aceleraban sus pasos.

Hallábase ya la ciudad en peligro, quando de improviso levantó el sitio el Frances, para no ser oprimido por el exército español que venia á su defensa, y se apresuró á volverse á Navarra. Hicieron una salida los sitiados, á quienes el miedo ageno habia inspirado audacia, alcanzaron al último esquadron, y le acometieron con ardor por todas partes. Al dia siguiente fue recibido el exército con extraordinario gozo de los ciudadanos, y continuaron estos su marcha para perseguir al enemigo. En el camino se les juntaron algunas compañías escogidas de Vizcaya, y por otra parte acudió el duque de Bejar con un fuerte trozo de gente, y provision de ganados para mantenerla. Acaecieron en el camino muchos ligeros combates con próspero suceso de los nuestros, que de aqui pronosticaban á su favor una victoria completa. Finalmente habiendo pasado los montes por un gran rodeo, salieron al encuentro por la frente al enemigo, despues de haberse apoderado del camino para que no pudiera escaparse, y ordenadas las tropas por una y otra parte, comenzó la batalla por la artillería, estando los franceses en buena situacion. Los españoles molestados por tanta lluvia de balas, faltó poco para que al primer impulso del miedo no volviesen las espaldas; y si no hubiera llegado á este tiempo el almirante don Fadrique Enriquez, quedára aquel dia destruido el exército. Reprehendió éste y animó á los soldados, y fueron tan eficaces sus palabras, que sin pensar en la fuga, arrojaron de sí el temor; y á la verdad la presencia de este ilustre varon hizo que se mudase la suerte de la batalla. Entretanto peleó tan ferozmente la caballería que mandaba Velasco, que de la francesa se escaparon muy pocos sin ser muertos ó prisioneros. Peleaban ya los enemigos con poca fuerza en el centro del exército,

y mas bien se defendian que acometian: su artillería se hallaba ya en poder de los españoles, habiendo sido muertos los que la manejaban, quando Miguel Perea noble malagueño se arrojó en medio de los enemigos, y derribando al alferez que tenia la bandera real, se la quitó y la traxo á nuestro campo. Al momento comenzaron los franceses á dispersarse, y huir por donde cada uno podia, como sucede á los que se ven perdidos. Siguiéronles el alcance los españoles con mucha obstinacion, y hicieron en ellos un grande estrago. El general Fox con los muchos golpes que recibió en la cabeza perdió los ojos, y fue hecho prisionero con muchos nobles. Cuéntase que de los enemigos perecieron seis mil, y de los españoles solos trescientos, y de estos la mayor parte fueron muertos por la artillería. El duque de Náxera desempeñó valerosamente en esta ocasion los oficios de general y de soldado, y lo que perdió al principio por su demasiada confianza, lo recompensó despues con heróycas hazañas. Los navarros noticiosos del éxito de la batalla, acometieron por todas partes con tanto ímpetu á los que huian, y saciaron de tal modo su odio, que apenas quedó uno solo que pudiese llevar á Francia la nueva de tan gran derrota. Giron se halló tambien en esta batalla con la principal nobleza, deseoso de borrar el antiguo delito. Dióse esta batalla el dia último de junio cerca de Pamplona en el campo de Noayo. La guarnicion que habia en la fortaleza envió inmediatamente diputados al exército victorioso, noticiándole que estaba pronta á entregarse con tal que se la permitiese salir libremente con sus equipages. Concedioseles como lo pedian, y volvió á poder de los españoles juntamente con la ciudad. Despues de lo qual fue acometido y expugnado San Juan del Pie del Puerto por Vela-

co y Vera; y habiendo sido hecho prisionero Juan Othon, navarro de nacion que le ocupaba, y habia desertado de las tropas del César, mandó Velasco que fuese ahorcado como transfuga. Poco despues fue puesto en libertad el general Andres de Fox por Francisco Beaumont noble navarro que le habia hecho prisionero en la batalla, y le envió á Francia honoríficamente, pero esta resolucion fue desagradable al César, que segun entonces se dixo, no lo llevó á bien.

CAPITULO XIII.

Muerte de algunas personas ilustres: sucesos de la guerra con los franceses.

Concluida de este modo la guerra de Navarra se confirió el gobierno de aquel reyno á don Francisco de Zúñiga conde de Miranda, dándole tropas para guardar sus fronteras, y velar sobre los movimientos de los franceses. Amancio Labret, hermano de Juan obispo de Pamplona, y cardenal de la santa romana iglesia, murió de alli á poco tiempo en Francia. Succedióle en la silla episcopal Alexandro Cesarino, tambien cardenal, natural de Roma. En Flandes murió de la caida de un caballo el dia once de febrero de este año Guillelmo Croy arzobispo de Toledo; y esta iglesia se halló destituida de pastor por espacio de tres meses y medio; porque don fray Diego Deza arzobispo de Sevilla á quien se confirió, no llegó á tomar posesion. Nombró despues el César á fray Juan Hurtado con su confesor, prior y fundador del real convento de nuestra Señora de Atocha, pero rehusó con invencible constancia esta dignidad. Uno y otro eran religiosos del orden de Santo Domingo. Aceptóla don Alonso Fonseca varon de grande espíritu, que fue trasladado de la silla arzobispal de Santiago

el dia veinte y seis de abril del año de mil quinientos veinte y quatro, y le sucedió en la que dexaba vacante don Juan de Tavera obispo de Osma, hijo de la hermana de Deza. El dia trece de noviembre del año de mil quinientos y veinte falleció don Alonso Suarez obispo de Jaen, habiendo edificado á su costa un puente magnífico sobre el Guadalquivir, y una gran parte de la iglesia catedral en que fue sepultado: fue á la verdad este obispo piadoso y digno de toda alabanza, pues empleó todas sus rentas en el bien público, y no en un vano fausto, ni en solicitar otro obispado mas opulento como hacen otros prelados. Dos años despues fue electo el padre fray Diego Gayangos del orden de la Santísima Trinidad, varon insigne en virtud y sabiduría, que murió en breve con gran sentimiento de todos sus diocesanos. Sucedióle don Gabriel Merino arzobispo de Bari en la Pulla y nuncio apostólico en España, que antes habia sido obispo de Leon, y retuvo el arzobispado por la relaxacion de aquellos tiempos, y reprehensible condescendencia de los Papas. Fue muy adicto al César, y todo el tiempo de su vida se empleó en las cosas de su servicio. Comenzó Merino á darse á conocer, quando habiéndole enviado á Toledo el cardenal Adriano, arrojó de la ciudad á doña María Pacheco, y restableció en Málaga la tranquilidad pública que se hallaba muy alterada.

En este tiempo se levantó una nueva guerra contra España, acometiendo las armas francesas por los confines de Vizcaya, baxo el mando del general Bonivet, hermano del difunto Boysi, que tenia mucha mano y poder con el Rey. Habiendo tomado los franceses la fortaleza de Vidasoa, edificada siete años antes en la entrada de la provincia sobre el rio del mismo nombre, dirigieron todos sus conatos contra

Fuenterrabía. Intentaron entrar en la ciudad por la brecha que habia abierto la artillería, pero fue en vano, por lo qual la mudaron á otra parte, y desde un parage elevado que dominaba y daba vista á la plaza hicieron horrible estrago en las gentes y en los edificios. Vera capitan veterano que estaba encargado de la defensa, obligado por la escasez que padecia de las cosas mas necesarias, se apresuró á entregarla contra la voluntad de los soldados, que se opusieron altamente, como lo escriben algunos. Otros por el contrario dicen que se vió forzado á capitular por la repugnancia de sus tropas. Muchas veces sucede que á un general le es mas dificil vencer á sus propios soldados que á sus enemigos. Las condiciones de la entrega fueron honrosas, pues á todos se les permitió salir con seguridad, y llevar consigo sus bienes. Apoderado Bonivet de la ciudad escribió al Rey Francisco exâgerando el golpe que habia recibido España con la pérdida de tan importante plaza, con la qual se resarcia la derrota de Navarra, y causaba al enemigo un dolor no menos grave. Los embaxadores ingleses que hacian todos sus esfuerzos con el Rey Francisco para que se ajustase la paz, estuvieron muy próximos á conseguir que la ciudad quedase como en depósito en poder del Rey Enrique, entretanto que los dos príncipes ajustasen sus diferencias. Pero apenas llegó esto á oidos de Bonivet, se puso al instante en marcha para hablar al Rey, y aunque se hallaba inclinado á la paz, le hizo mudar de parecer, pidiéndole con grande esfuerzo que no dexase escapar de las manos una ciudad tan importante, no solo para recobrar la Navarra, sino para introducir la guerra en lo interior de España. Persuadido el Rey con estas razones, desistió imprudentemente del deseo de componer la paz con grande daño

suyo; porque con la retencion de Fuenterrabía enagenó de sí al Ingles, faltando á su palabra, y se precipitó á sí y á su reyno en grandes calamidades por haber dado crédito á Bonivet. Raras veces se da á los príncipes algun consejo, que aunque parezca fiel y prudente, no lleve oculto algun fin torcido, como fue el de Bonivet en esta ocasion; pues por no perder la gloria de haber conquistado á Fuenterrabía, precipitó á su buen Rey en su ruina, y le perdió completamente.

CAPITULO XIV.

Guerra de Italia entre el César y el Rey de Francia. Victorias de las armas Cesáreas y Pontificias.

Las cosas de Italia daban al César mucho cuidado, á causa de que el Rey de Francia Francisco habia contraido nueva alianza con las ciudades suizas, y porque tambien atraxo á su partido á los venecianos. Juntábasele Génova, y el poder de Octaviano Fregoso, que habiendo vencido á la faccion de los Adornos, se veia mas firmemente establecido. Alfonso duque de Ferrara permanecia neutral, aunque no se ocultaba su inclinacion al Frances. Sin embargo permanecian las cosas tranquilas; pero hallándose ocupados los dos extremos de la Italia por el Frances y el Español, se creia que unos ánimos irritados y contrarios no estarian mucho tiempo ociosos. El uno armaba asechanzas contra el reyno de Nápoles, cuya posesion codiciaba en extremo; y el otro tenia puestos los ojos en la Lombardía, como tan importante al imperio germánico. Por una y otra parte se alegaban derechos antiguos, que muchas veces son fecunda semilla de grandes agravios. Por otro lado el Pontífice Leon X incitaba al César que ya se hallaba

bastantemente irritado, y juntó con él sus armas, para que á un mismo tiempo fuesen arrojados los franceses de Italia, y se restituyese la Lombardía á Francisco Esforcia. Este era el objeto de ambos, pero les movian diversas causas. Deseaba el Papa recobrar á Parma y Plasencia, sacudiendo de ellas las guarniciones de los franceses, y ademas estaba muy irritado contra Lautrec y Lescun su hermano, que conservaba el dominio de la Lombardía, con oprobio de la Magestad Pontificia. Tenia tambien algunos motivos de enojo contra el duque de Ferrara feudatario de la iglesia, de quien como inobediente, ó mas bien como refractario, deseaba vengarse, y despojarle del principado moviéndole guerra. Por otra parte veia el César que no podia defender sus dominios de Italia contra las asechanzas de los franceses, si no los arrojaba de aquella provincia, y que no tendria sosiego alguno con la vecindad tan cercana de una gente tan inquieta y belicosa. ...

Asi pues, el César y el Pontífice, aunque cada uno de ellos tenia diversas miras, convinieron admirablemente en el intento de destruir á los franceses. Dispuestas entre sí las cosas, y olvidando los convenios del tratado de Noyon, comenzaron con gran diligencia á juntar tropas, armas y municiones. No se descuidó Esforcia en esta ocasion con la lisongera esperanza de recobrar el principado de Milán, valiéndose para todo de Gerónimo Moron, cuya lealtad y experiencia en los negocios tenia bien conocida. Los milaneses le ayudaban en quanto podian sin exponerse á peligro, así por el odio que tenian á los franceses, como por el deseo de volver al dominio de su legítimo príncipe. Mientras que se juntaban las tropas en Bolonia, Gerónimo Adorno, desterrado de Génova, sacó de Nápoles tres mil españoles, y se dirigió á las

costas de Liguria, á fin de apoderarse con astucia de la ciudad, de donde habia sido expulso. Pero habiéndole salido vano su intento, volvió sus tropas á los reales, que habia dexado. Las del Pontífice eran mandadas por Federico duque de Mántua, y las Cesáreas por Próspero Colona, en quien residia todo el poder. Parma fue destinada para dar principio á la guerra. En este tiempo cayó un rayo sobre la fortaleza de Milán que causó un grande estrago, con muerte de muchos hombres; y como el cielo estaba sereno, lo atribuyeron á prodigio los franceses, y como pronóstico de una infausta guerra. Luego que estuvieron cerca de venir á las armas, se declaró el de Ferrara por los franceses, y habiendo salido con sus pocas tropas, tomó á San Feliz. Lautrec que acababa de volver de Francia, juntó su antiguo exército con el de los suizos y venecianos, y se puso en marcha desde Cremona, á fin de llevar socorro á Lescun que se hallaba encerrado en Parma. Arrojados los franceses de una parte de la ciudad, se disponian los imperiales á embestir la otra que se hallaba separada por el rio. Pero se opuso á este consejo el marques de Pescara don Fernando Dávalos diciendo: «que de ningun modo convenia arruinar »las tropas con las molestias y trabajos de un sitio »intempestivo: que era mejor fixar los reales en un »lugar oportuno, esperar la venida de los suizos, y »acometer al enemigo que era inferior en fuerzas; »y que luego todas las demas empresas serian fá»ciles á los victoriosos." Levantado pues el sitio, vino á los reales el cardenal Julio de Médicis con dinero para la paga, asegurando que en breve llegarian las tropas de los suizos que habia tomado á su sueldo el Pontífice, y aumentádose el exército del César con estas fuerzas, marcharon contra el enemigo. En

este mismo tiempo fueron llamados por un edicto de sus magistrados todos los suizos, siendo la principal causa el evitar que peleasen unos contra otros como les estaba prohibido, y abandonaron en consequencia todos ellos el campo de los franceses; pero no sucedió así con los que militaban baxo las banderas del Pontífice, que permanecieron quietos por no haber llegado á su noticia la orden, habiendo los imperiales interceptado las cartas, y los correos que las llevaban.

Lautrec para aumentar de alguna manera sus tropas, mandó á Lescun que fuese desde Parma con todas sus fuerzas. Este pues, habiendo dexado á Federico Bozoli con una ligera guarnicion para que custodiase la ciudad, se apresuró á unirse con su hermano, y atravesando el Pó, se apostó no lejos de Cremona en las riberas del Addá, á fin de impedir el paso á los imperiales, los quales habiendo aquel dia atravesado el rio por Casal el mayor, aceleraban su marcha á Milán. Era muy peligroso intentar en aquellas circunstancias vadear este rio; ¿pero qué es lo que no alcanza un espíritu magnánimo? Juan Urbina capitan español veterano, habiendo cogido algunas barcas de pescadores, pasó los soldados á la otra parte del rio, en medio de los tiros de los enemigos. Siguióle luego Juan de Médicis no sin gran peligro con un trozo de caballería; y finalmente habiendo atravesado todo el exército, rechazaron á los franceses que se hallaban apostados en la ribera opuesta. Detenia no obstante á los imperiales el general Lescun, que peleaba con grande esfuerzo; mas al fin fue puesto en fuga, y continuaron su marcha á Milán. Habíanse encerrado en la ciudad los enemigos sin atreverse á emprender cosa alguna en campo raso, noticiosos de que eran escasas sus fuerzas con la re-

tirada de los suizos. Los imperiales acamparon en un monasterio Cisterciense que dista quatro millas de Milán, sin saber todavia por qué parte la acometerian, quando un hombre desconocido exhortó á los soldados en alta voz, que no perdiesen la victoria con una importuna tardanza. Creyeron que este era algun espíritu que los animaba; pues habiéndole buscado inmediatamente, no volvió á parecer. Animados los soldados con aquel presagio, quisieron probar fortuna, y se encaminaron al arrabal, yendo Pescara á la frente con los españoles. Este pues, habiendo llegado á la fortaleza Vicentina al caer la noche, inspiró audacia en el ánimo de los soldados. Inmediatamente que se dió la señal para el asalto, los españoles sin instrumentos, sin máquinas, ni otros auxilios, subieron cada uno valerosamente al muro por donde mas cerca estaba. Los venecianos que guardaban por aquella parte la fortaleza, poseidos del terror, se precipitaron los unos sobre los otros, llevando tras sí á sus compañeros. Acudió al ruido Teodoro Tribulcio, que mandaba á los Venecianos, juntamente con Andres Grito, y reprehendió á los soldados consternados. Mientras procuraba en vano detener á los que huian, se puso en salvo Grito, y él fue herido levemente y hecho prisionero; y no recobró su libertad hasta que entregó á Pescara veinte mil escudos. Entretanto este fue introducido con su exército dentro de la Puerta Romana con auxîlio de los ciudadanos á quienes la ira habia armado contra los franceses. Por la Puerta de Pavía entraron el de Mántua, Colona, el cardenal, y otros capitanes con una parte de las tropas, y estaban todos tan turbados, que aun los mismos vencedores ignoraban quién habia vencido. Consiguieron los generales con mucho trabajo que el soldado se abstuviese del saqueo, para que no padeciesen ningun daño los habi-

tantes de Milán, despues de haber contribuido tanto al buen éxito de la empresa. Atónito Lautrec de un suceso tan repentino, y perdidas las esperanzas de conservar la ciudad, reforzó con mayor número de tropas la fortaleza, y dexó en ella á Mascaron para que la defendiese. Quando ya estaba muy entrada la noche recogió sus equipages, y por una puerta secreta se puso en camino para Como, donde dexó á Vandanesi, hermano de monsieur de la Paliza, con guarnicion de soldados, y desde allí se retiró á Bergamo, ciudad del territorio de Venecia.

Los imperiales fueron recibidos en Pavía y Lodi con extraordinario regocijo de sus habitantes; y las tropas Pontificias entraron en Plasencia con su general Julio Vitelio. Alexandría fue tomada de improviso por Juan Saxoro; el qual habiendo trabado combate con las tropas de la ciudad que hicieron una salida, las persiguió tan tenazmente en su retirada, que entró junto con ellas por la puerta, y de esta suerte se hizo dueño de la plaza. Lautrec acudió á Cremona con las reliquias del derrotado exército, á fin de retenerla en su partido, en el qual se hallaba vacilante, y llamó de Parma á Bozoli. Luego que salió éste recibieron los parmesanos á Vitelio con su gente armada. Los de Cremona aplacaron á Lautrec con los obsequios que le hicieron; y disimulando su ira, los recibió con amor, á fin de que no peligrase la fortaleza. Todo sucedia á medida del deseo de los imperiales; los franceses que guarnecian á Como sin esperanza de recibir socorro se entregaron á Pescara, que los tenia estrechamente sitiados, capitulando la seguridad de sus bienes y personas. Pero mientras disponian su marcha, entraron los españoles en la plaza contra la palabra que les tenian dada, y saqueando á todos indistintamente, despidieron á los franceses que iban en

extremo irritados: maldad atroz y vergonzosa para la nacion española!

Para que la alegria no fuese del todo completa, el Papa Leon X se hallaba en cama con una leve calentura quando le dieron la nueva de la toma de Plasencia; y agravándosele la enfermedad, pasó de esta vida á la inmortal en el mismo dia en que sus soldados se hicieron dueños de Parma. Acaeció su muerte el dia primero de diciembre, á la edad de quarenta y siete años. Era hijo de Lorenzo de Médicis, nieto de Pedro, y biznieto del gran Cosme, y fue otro Mecenas para los hombres doctos. Entre otros muchos beneficios que hizo al César, fue uno el de dispensarle de la ley establecida por Urbano IV en la qual prohibia que el Emperador pudiese ser Rey de Nápoles. Aumentó con nuevas obras el Vaticano, y le adornó magníficamente; pero fue reprehendido por su luxo, y por la inmoderada pasion de engrandecer y ensalzar la familia de los Médicis. Los imperiales fueron penetrados vivamente de dolor con la triste nueva de la muerte del Papa, pues faltándoles el oro pontificio, se retardaria la conclusion de la guerra, y despidieron las tropas suizas y alemanas, dexando solo algunas pocas compañías para las guarniciones de los castillos. Lautrec recobrando el ánimo con la desgracia de los imperiales, mandó á Lescun que con la mayor diligencia pasase á Francia para disculparle con el Rey, y pedirle socorro de tropas. Mientras tanto acometió él mismo á Parma, pero fue rechazado con ignominia por Francisco Guiciardino historiador célebre: y valiéndose de esta ocasion los duques de Ferrara y de Urbino, recobraron ahora todo lo perdido: aquel lo que le habia tomado Vitelio; y éste el principado de que se habian apoderado los Médicis.

LIBRO SEGUNDO.

CAPITULO PRIMERO.

El cardenal gobernador de España es electo sumo Pontífice. Continúa la guerra de Italia.

1522. A principios de este año de mil quinientos veinte y dos, el dia nueve de enero, despues de muchos debates entre los cardenales, y por unánime voto de todos fue declarado sumo Pontífice el cardenal Adriano Florencio gobernador de España, que tenia entonces sesenta y un años, y sin sospecha alguna de ambicion, ni de que lo hubiese solicitado, sino solo por su esclarecida virtud. Residia el cardenal en la ciudad de Vitoria, quando recibió la nueva de habérsele conferido la suprema dignidad entre los hombres, causándole poca alegria, lo que era muy conforme á su providad y modestia. Inmediatamente acudieron los obispos, y los grandes en gran número á tributarle sus respetos. Desde alli pasó á Burgos y á Valladolid, y en el mes de marzo se trasladó á Zaragoza, donde fue recibido con la mayor ostentacion y regocijo, y se detuvo algun tiempo: el magistrado de la ciudad le regaló parte de las reliquias de San Lamberto, de quien era muy devoto, y para manifestar su agradecimiento á este don, mandó que en el mismo lugar en que este glorioso mártir habia sido degollado por la fé de Jesu-Christo, se edificase un convento de religiosos de la Santísima Trinidad, obra magnífica y verdaderamente régia. Su primer ministro fue el reverendo padre fray Juan Ferrer valenciano, varon ilustre en santidad y en letras. Disponian á un

mismo tiempo su partida el Pontífice y el César, aquel para llegar quanto antes á Italia á fin de arreglar sus cosas, y el César despues de dar orden en las de Alemania, para regresar á España.

Era entonces la Lombardía el teatro de la guerra, y solo resonaba en ella el estruendo de las armas. El Frances con la esperanza de recobrar á Milán, habia mandado á Renato duque de Saboya, que se pusiese luego en marcha con nuevas tropas que se componian de diez mil suizos, y las compañías francesas. Esforcia añadió á las del César seis mil infantes que habia reclutado en los confines de Alemania, adonde se refugió despues que fue arrojado de la Lombardía, y don Fernando de Austria otros mil, mandados por Adorno. Colona aunque inferior en fuerzas, confiado en la buena voluntad de los milaneses, se encargó con grande ánimo de la defensa de la ciudad, que era el blanco de todos. Cerró con máquinas y fosos la fortaleza guarneciéndola con quatro mil hombres permanentes, y encargó á Phelipe Fornelo, y á Antonio de Leyva, dos de los principales capitanes, las plazas de Novara y Pavía para que las defendiesen. Habia venido Esforcia á Pavía, cuidadoso de su propio interés para acudir desde cerca á los que peleaban á favor suyo. Desde allí fue llamado á Milán por Colona, para animar á los ciudadanos, al mismo tiempo que los franceses se apoderaron y saquearon á Novara. Tenian estos tomados los caminos; pero Esforcia por sendas ocultas consiguió llegar salvo á la ciudad con tanta alegria y aplauso de sus habitantes, como si con su príncipe hubiesen recibido toda la felicidad. Al momento cargaron sobre Milán todas las tropas francesas para arruinar juntamente á toda la provincia; mas no obstante fue acometida en vano la ciudad á pesar de los esfuerzos de Pedro

Navarro, que dirigia las minas y obras subterráneas. Fue causa de un nuevo dolor la muerte de Antonio Colona, que militando baxo las banderas del Frances, fue despedazado por una bala de artillería. Como las cosas no sucedian á los franceses segun sus deseos, dirigieron su furor contra Pavía con mayor conato, pero no con suceso mas favorable. Habia entrado en aquella ciudad por medio de los reales enemigos, que aun no estaban bien fortificados, una compañía de españoles valientes que iban á socorrerla; con cuyo auxîlio animados los sitiados rechazaban fácilmente el ímpetu de los franceses. Colona y Pescara se pusieron en marcha con la mayor fuerza de las tropas á fin de obligar á los franceses a levantar el sitio, y derrotadas sus centinelas y cuerpos de guardia, se acercaron á Pavía. Lautrec que no perdia de vista la empresa de hacerse dueño de Milán levantó de improviso el sitio de Pavía, y se encaminó aceleradamente ácia aquella capital, la qual defendia Esforcia con poca guarnicion. Pero se le adelantó Colona, que estaba muy persuadido de que el enemigo se aprovecharia de aquella ocasion para volver á Milán; por lo qual introduxo en ella su exército, la conservó y se burló del Frances.

Viendo éste perdida su esperanza, determinó dar una batalla, mas era necesario grande arte, porque no ignoraba quán experto y prudente era el general enemigo. Asi pues para incitarle á una batalla en campo raso, miraba y observaba todas las cosas, movia sus reales de una parte á otra, y le presentaba ocasiones de pelear para atraerle á una accion decisiva. Unas veces se estaba quieto en un lugar, y otras se desaparecia con presteza. Finalmente no omitió cosa alguna de las que podian contribuir á engañar á un enemigo tan astuto. Pero causado de mudar los rea-

les, y fatigado de los insultos de los suizos, que le pedian los conduxese al enemigo, ó que les pagase, y que si no les concedia uno ú otro, les diera licencia para retirarse, se aventuró aunque con peligro á dar una batalla, antes que le abandonasen con sus tropas. No ignorando Colona lo que pasaba en el campo del enemigo, se habia acampado en un sitio muy seguro cerca de Bicoca, pueblo inmediato á Milán. La frente del exército se hallaba fortificada con un foso, y con mucha artillería. Esforcia con los milaneses defendia el puente por donde habia paso abierto á los reales, y la parte opuesta la guarnecian Leyva y don Juan de Cardona conde de Colisano, con tropas escogidas. El dia veinte y dos de abril al amanecer ordenó el Frances sus tropas con mucho estrépito. Iban delante los suizos, porque deseosos de combatir habian pedido que se les concediese este honor, y era tal su impaciencia que apenas llegaron á tiro, y sin esperar la señal para la batalla comenzaron á embestir. Fue grande el estrago que en ellos hizo la artillería; pero sin aterrarse en manera alguna, habiendo saltado el foso intentaron con furor forzar las trincheras, y cayó sobre ellos una lluvia innumerable de balas, peleándose en este parage con mas ardor que constancia. Esforcia, que salió al encuentro de los franceses, sostuvo valerosamente la batalla, y defendió su puesto. Los venecianos mandados por el duque de Urbino, para engañar á los imperiales se habian puesto en los vestidos cruces rojas, de cuya insignia usaban los otros por divisa. Conoció Colona el ardid, y al punto mandó á los suyos que se pusiesen ramos verdes en las gorras, para que por ellos fuesen conocidos. Descubierto que fue el engaño, se retiraron los venecianos apenas entraron en el combate, atemorizados del horrendo estrago de los suizos; los

quales habiéndolos exhortado en vano Lautrec á que volviesen á la pelea, desampararon la accion, y los siguieron otros muchos, que detestaban el precipitado consejo del general. Era grande el ardor de los imperiales en seguir al enemigo fugitivo: mas Colona sin envanecerse con la victoria prohibió á los suyos que le siguiesen, contentándose con lo ganado, porque no ignoraba que la dasesperacion suele inspirar nuevos ánimos. En esta batalla perecieron tres mil suizos con su comandante Alberto Petra, y diez y siete capitanes de gran nombre. Las demas naciones no perdieron tantos: de los imperiales murieron muy pocos, y entre ellos el conde de Colisano, y salieron heridos don Alfonso Dávalos marques del Basto y otros hombres ilustres. Despues de esta desgraciada batalla se pusieron los suizos en camino para su patria, no dando oidos á ruegos algunos, ni promesas de los franceses. Los venecianos se retiraron á los presidios de las fronteras, y Lautrec á Francia con parte de las tropas, á quien seguia Lescun; habiendo perdido lo que quedaba en la Lombardía ademas de las fortalezas de Milán, Cremona y Novara.

A fines del mes de mayo se trasladó á Génova todo el peso de la guerra á persuasion de Adorno, para que se cumpliese el ardiente deseo que tenia el César de arrojar de toda la Italia á los franceses, persuadido de que de otro modo no se restableceria la quietud pública. Incitaba tambien á Adorno la esperanza de su interés particular, esto es, de restituirse á su patria, y de apoderarse del mando de ella. A este fin pues se dirigieron cartas al senado á los amigos de los Adornos, en que se les decia: «que no »quisiesen padecer las hostilidades que sufren los ven»cidos en la guerra: que volviesen en sí, y no se »opusieran á que la patria recobrase su amada libertad,

»y se exterminase la tiranía de los Fregosos, y que »esto sería útil y honroso, especialmente á aque»llos que tenian á su cargo el gobierno y direccion »de la república." Pero estas razones hicieron poco efecto en una ciudad dividida en facciones y partidos. Colona y Pescara, despues que conocieron que era preciso usar de la fuerza, derribaron con su artillería una parte del muro, y sin dilacion entraron por la brecha los soldados en la ciudad. Añadióles nuevo esfuerzo la promesa que los capitanes les habian hecho de entregársela á saqueo; y habiéndose puesto en fuga los que la guarnecian, esta grande y opulenta ciudad fue tomada casi sin derramar sangre alguna, y abandonada á los soldados. No hubo injuria alguna que dexase de cometer el militar desenfreno por espacio de dos dias. Y para sacar de allí á los soldados y poner fin al estrago, divulgaron los capitanes que el Frances habia pasado los montes, y se acercaba con un poderoso exército. Conmovidos con esta noticia se volvieron á su campo cargados de ricos despojos. Fregoso que se hallaba en cama enfermo de la gota se entregó á Pescara, y murió de allí á breve tiempo. Tambien fue hecho prisionero Pedro Navarro, á quien habia enviado el Rey de Francia con dos galeras para que socorriese á los genoveses: auxîlio tardío, y que solo sirvió para agravar la calamidad. Luego que Adorno fue declarado Dux en lugar de Fregoso, reduxo en poco tiempo á su dominio el castillo, y los puestos fortificados. Arregladas que fueron las cosas civiles, y establecida la república conforme á los deseos del César, se volvieron los vencedores á la Lombardía para velar sobre los movimientos de los franceses. En este tiempo falleció don Ramon de Cardona virrey de Nápoles, con grave dolor y sentimiento de sus habitantes, de quienes era muy amado; fue hombre de

mucho valor y prudencia, y gobernó aquel reyno trece años con grande alabanza. Ordenó en su testamento que su cuerpo fuese trasladado á la iglesia de nuestra Señora de Monserrate. Sucedióle Carlos Lanoy, noble flamenco, en premio de que su muger Isabel habia dado la primera leche al César.

CAPITULO II.

Vuelve el César á España. Apacigua las sediciones de los comuneros, y castigo de los principales autores de ellas.

Los pueblos de los confines de Flandes se hallaban por este tiempo afligidos con disensiones, y los estragos que reciprocamente se causaban eran el fruto de sus discordias, siendo mas vivas entre los geldrios y los vesfrisios, ostigados unos por el César, y otros por el Rey de Francia. Las cosas llegaron á tales términos, que por mar y por tierra se hacian mútuamente presas y robos; los campos eran talados, y finalmente por todas partes solo se veian turbulencias y desórdenes: preludios ciertos de la cruelísima guerra que estaba próxima á declararse. El César para navegar á España juntó en Middelburgo una armada de ciento y cincuenta navíos, y habiendo embarcado en ella seis mil soldados entre alemanes y flamencos, les mandó que navegasen ácia Inglaterra, y le esperasen en Hampton. Doña Margarita su hermana continuó en el gobierno de Flandes; y dexó á don Fernando por su vicario en el imperio germánico. Dispuestas estas y otras cosas salió de Brujas el dia veinte y quatro de mayo, y pasando por Nieuport y dunkerque arribó á Calais donde fue recibido, y obsequiado magníficamente por los ingleses.

Al dia siguiente volvió á embarcarse, y en quatro horas llegó á Dowres. Desde alli se puso en camino para Londres, donde entró con una pompa semejante á la de un triunfo. Habiendo ratificado la anterior alianza, que tenia hecha con el Rey de Inglaterra, se añadieron nuevas condiciones acerca de la guerra contra el Frances, á quien declaró Enrique por violador de su palabra en haber movido sus armas contra la Flandes. Ademas se estipuló que contribuiria el César con los ciento y treinta mil escudos que en tiempo de paz pagaba Francisco al Rey Enrique, hasta que sujetados por la guerra los pueblos de Francia, contribuyesen igual suma. Arreglados estos artículos, se embarcó el César en Hampton el dia quatro de julio: y habiendo levado anclas á la mañana siguiente, á los diez dias de navegacion arribó al puerto de Santander, perdiendo en este viage un navío que se incendió casualmente.

Luego que llegó el César á Palencia, recibió cartas del nuevo Pontífice Adriano VI en que se disculpaba de no pasar á visitarle, significándole que le era preciso transferirse quanto antes á Italia, para componer con su presencia las discordias que alli habia. Tal vez lo hizo para que no se creyese que el padre comun de los fieles era mas adicto al César de lo que convenia, por lo qual sin aguardarle se embarcó para Génova en una armada española, y desde alli se transfirió á Roma. Fue recibido con mucha alegria del pueblo, y mucho gozo de los cardenales á fines del mes de agosto; en cuyo tiempo se hallaba la ciudad afligida de una gran peste que hacia mucho estrago, la qual cesó á pocos dias, aplacado el cielo con piadosas rogativas y oraciones, y no con el mágico sacrificio de un toro como escribieron los que mezclan fábulas pueriles en la historia. Vino el César

á Valladolid adonde habian acudido los grandes á congratularle; y se dispusieron tantos festejos en señal de la alegria pública, que podia creerse que habian ido á divertirse. Al dia siguiente pasó á visitar á su madre, y mandó que se hiciese un aniversario por su padre don Felipe, y que se repartiesen limosnas á los pobres. Por este tiempo acaeció un terremoto en las costas de Andalucía, que arruinó el castillo y la ciudad de Almería, y pereció entre las ruinas la mayor parte de sus habitantes. El maestro Mota regresó de Flandes, y habiendo sido trasladado á la silla episcopal de Palencia, murió el mes de septiembre. Volvió el César á Valladolid, y exâminadas las causas de los sediciosos, condenó á pena capital á unos pocos de los principales autores. Don Pedro Pimentel que habia sido hecho prisionero en la batalla de Villalar fue degollado en Palencia. Los procuradores de Segovia y Guadalaxara en la junta de los comuneros con otros cinco sufrieron la misma pena en Medina del Campo. Mas adelante fueron tambien castigados el conde de Salvatierra, y el obispo de Zamora, aquel habiéndole abierto las venas en la carcel, y este que era reo de atroces maldades fue ahorcado, sucediéndole en el obispado don Francisco de Mendoza. Los parientes de Giron y de otros nobles, acudieron á implorar la clemencia del César; el qual les condonó la pena de muerte en que habian incurrido, conmutándosela en otra ligera. Despues mandó publicar un perdon general, con que todos los demas quedaron libres.

El duque de Alburquerque estrechaba á Fuenterrabía, y habiendo tomado algunos pueblos corrió talando los campos hasta Bayona, y se le juntó Philiberto de Chalons príncipe de Orange con tropa estrangera. En vano intentaron los franceses introdu-

cir víveres y provisiones en la plaza, porque fueron rechazados muchas veces, asi por tierra como por mar con mucha pérdida suya. La guarnicion habia ya llegado al último extremo, quando aumentado el exército frances que mandaba Paliza con diez mil infantes, y seiscientos caballos, hizo levantar el sitio retirándose el Español, cuyas fuerzas eran inferiores; introduxo en la ciudad un completo socorro de víveres y gente: y habiendo puesto á Franquet en lugar de monsieur de Luda para defender la plaza, marchó desde allí á la Guyena.

En Valencia resonaba todavía el ruido de las armas, porque los de Xátiva se mantenian en su obstinacion. Dentro de la ciudad se veian cada dia mas apurados y faltos de todo, y al fin con la llegada del marques de Cenete, ofrecieron sujetarse en todo al virrey. Pero faltando á su palabra movidos de una vana sospecha, encerraron al de Cenete como en rehenes en la fortaleza, aunque en breve le pusieron en libertad por temor á los valencianos que lo reclamaron con grandes amenazas. Como no pudiese el virrey atraer á ningun partido justo y equitativo á los de Xátiva, que se hallaban tan alucinados, se dedicó á sujetar por medio de las armas á los comarcanos. Peleó prósperamente con los de Xátiva que habian acudido á socorrer á sus socios, haciendo prisioneros en este combate á quinientos de ellos, y mandó ahorcar unos quarenta y seis, y no atreviéndose Peris á emprender cosa alguna en campo raso, volvió á Valencia ocultamente, á fin de dar nuevo fomento á la sedicion. Salieron contra él con armas el gobernador Cabanillas, el marques de Cenete, y don Manuel Exarque, seguidos de todo el pueblo fiel. Dióse el combate en una calle angosta, aunque con mucha desigualdad, porque desde los texados peleaban las

mugeres y muchachos, tirando lo que podian haber á las manos. Cenete fue herido por una muger en la cabeza, y en un hombro con alguna texa, y cayó en tierra sin sentido; pero habiendo vuelto en sí y levantándose del suelo se renovó la pelea con mas ardor, sin que los sediciosos omitiesen ningun medio para causar estrago. Peris y sus compañeros no podian ya resistir el ímpetu de los que los acometian, y abandonando la pelea se refugiaron en una casa, poniendo toda su esperanza en las paredes. Al punto la pegan fuego, y viendo ya levantarse la llama resolvieron entregarse aterrados del peligro que corrian. Baxaron por una ventana, y el pueblo enfurecido acabó con ellos á cuchilladas, y sus miembros despedazados fueron puestos en la horca. La casa fue arrasada hasta los cimientos para que su suelo sirviese de memoria del castigo. No se apaciguaron con esto las turbulencias, pues corria por el reyno un hombre perverso, que era creido por el vulgo nieto de don Fernando el Católico, y hijo de don Juan. Es increible quánto abusó este impostor de la necia credulidad popular, y quán persuadidos tenia á todos de que era un príncipe encubierto; pero mientras disponia las cosas para apoderarse de la ciudad, fue degollado en un lugar inmediato llamado Burjasot, y de este modo puso fin á la escena. Peleó otra vez el virrey con los de Xátiva, les mató mil de su exército, y les tomó siete banderas, y al tiempo que se disponia de nuevo á acometer á la ciudad, oyeron los de dentro que el César habia vuelto á España, y movidos por el respeto de su nombre, ó por el temor dexaron las armas y se entregaron, y Alcira siguió su exemplo. Fue preso Sorolla, que era el incitador de la guerra, y otros amotinados, los quales todos fueron ajusticiados en diversos tiempos, y refrenados tambien los

desórdenes que produxo la guerra, cesaron por fin las muertes y estragos.

Don Fernando duque de Calabria fue sacado del castillo de Xátiva donde estaba preso, y por mandado del César le conduxo el virrey honoríficamente á Castilla. Entretanto murió de enfermedad don Rodrigo su hermano marques de Cenete. Los valencianos enviaron una diputacion al César, que no consiguió audiencia porque no iba autorizada solemnemente por el reyno, y fue preciso que enviasen otra. Condescendió el César á lo que le pedian; removió de allí al virrey Mendoza, á quien tenia el pueblo un odio implacable; y nombró en su lugar á doña Germana de Fox, la qual entró en la ciudad á mediados de diciembre del año siguiente, y fue recibida con extraordinario regocijo y alegría de los ciudadanos. Pasado año y medio el dia ocho de julio de mil quinientos veinte y cinco murió el príncipe de Brandemburgo su marido, como lo escribe Agnesio poeta valenciano, que vivia en aquel tiempo. Despues de esto se casó en terceras nupcias con don Fernando duque de Calabria, con beneplácito del César, por la grande fidelidad que habia conservado en todo el tiempo de las turbulencias, pues á pesar de los ruegos, y promesas que le hacian los sediciosos, nunca pudieron moverle á executar cosa alguna que fuese indigna de su carácter. Miéntras vivió obtuvo el gobierno de Valencia: creyóse que le casaron con aquella señora, para que de este matrimonio no saliese alguno que reclamase el reyno de Nápoles, cuya opinion se ha conservado en Valencia sin que se apoye en ningun autor. Pero volvamos á seguir el hilo de nuestra historia.

Para reprimir los furores de Mallorca envió el César una armada, la que habiendo llegado á Ibiza,

recibió al virrey arrojado por los tomultuados de la isla, y le conduxo á Alcudia. Hecho el desembarco hubo un sangriento combate, en el que perecieron muchos sediciosos, y los que cayeron prisioneros fueron desquartizados y colgados de los árboles. ¡Horrendo espectáculo á la verdad! pero absolutamente necesario para quebrantar la obstinacion de aquellos hombres. Aunque la isla se hallaba reducida á la obediencia, no estaban sugetos los ánimos de los habitantes de Palma su capital. Dirigió el virrey sus tropas ácia ella, para ver si los podia reducir, amenazándoles con hostilidades, pero se abstuvo de acometer á una ciudad tan fortificada con murallas, armas y gente. Despues de tres meses de sitio, y por intercesion del obispo fray Pedro de Pont, del orden de la Santísima Trinidad, que se dedicó con gran zelo á apaciguar los tumultos, se sujetaron los palmenses, y volvieron á su deber. Fue recibido el virrey dentro de los muros el dia siete de marzo del año siguiente, y los fomentadores del tumulto fueron castigados con gravísimos suplicios, y aplicados sus bienes al fisco real que ellos habian robado. Concedióse á la villa de Alcudia algunas inmunidades en recompensa de su constante fidelidad, y distribuidas de este modo las penas y los premios, se disipó enteramente la sedicion, y se restableció la autoridad y respeto á los magistrados.

En este verano habia pasado á Francia el Rey de Inglaterra Enrique, con el qual se juntaron dos mil españoles, y nueve mil flamencos y alemanes. Para obligar á los franceses á una batalla taló sus campos, y los molestó con todas las demas vexaciones propias de la guerra. No habiendo podido conseguir su designio, puso sitio á Hesdin; pero su exército fue acometido de la peste de que murieron muchos sol-

dados, y se volvió á Inglaterra despues de haber gastado inútilmente dos meses en el sitio de aquella ciudad. En este año falleció de una apoplegía Antonio de Nebrixa andaluz, que despues de una larga peregrinacion en que recorrió casi todas las universidades de Italia, volvió á España, y restauró en ella el estudio de las letras humanas, que se hallaban sepultadas en las tinieblas de la ignorancia. Sus escritos sagrados y profanos son muy alabados de los hombres doctos, aunque su historia de los hechos de don Fernando es menos apreciada por la floxedad y baxeza de estilo. Acaeció su muerte en Alcalá de Henares, á principios del mes de julio, á los setenta y siete años de edad. Al fin de este año murió tambien en Roma el eminentísimo Bernardino de Carvajal, obispo de Ostia, y cardenal, y fue sepultado en la iglesia de Santa Cruz de Jerusalem. El obispado de Plasencia que él habia obtenido, se confirió á su instancia á don Gutierre de Carvajal su sobrino, hijo de su hermana, porque se habia arraygado la costumbre de renunciar las iglesias en los parientes, y de poseer por herencia el Santuario de Dios.

CAPITULO III.

Liga entre el César, el Pontífice y otros estados contra los francesès: derrotas de estos en Italia: muerte de Adriano VI, y eleccion de Clemente VII.

A principios de este año de mil quinientos veinte y tres tuvo el César cortes en Palencia, y en ellas se 1523.
trató de la escasez del erario público para sostener la guerra de Francia. Por esta causa contribuyeron las

ciudades por donativo extraordinario con quatrocientos mil escudos, y comenzó á disponerse lo necesario para arrojar á los franceses de los límites de Vizcaya. En Italia no podian sosegar las cosas, habiéndose suscitado una guerra interminable entre los príncipes por la posesion de la Lombardía. Los venecianos renunciaron la alianza francesa, y establecieron otra nueva con el César, disgustados del Rey Francisco que solo pensaba en sus deleytes, y cuya desidia, segun decian, los habia puesto en los mayores peligros. Entraron tambien en la misma alianza el Papa Adriano, las ciudades libres, los príncipes, y finalmente toda la Italia, haciendo sociedad de armas excepto el duque de Ferrara, que estaba inclinado al Frances. El fin era para que unidas las fuerzas segun las facultades, y poder de cada uno, fuese expelido de toda la Italia el nombre frances, y que con el recíproco auxîlio se le impidiese molestar los dominios de cada uno de los aliados. Colona fue declarado por generalísimo, á pesar de otros muchos que solicitaban este cargo.

Por el contrario el Rey de Francia Francisco habia determinado hacerles la guerra en persona con todas las fuerzas del reyno, para borrar con alguna grande hazaña la ignominia de la vergonzosa pérdida de la Lombardía. Pero le disuadió de este intento el condestable Carlos de Borbon con un pernicioso consejo. Este pues habia rehusado con desprecio la boda de madama Luisa madre del Rey, lo que ocasionó un cruel dolor, y grave indignacion á la que deseaba con ansia este casamiento, y despues de haberle hecho muchas y pesadas injurias, le movió pleyto para despojarle de sus bienes. Acudió Borbon al Rey para repeler esta vexacion, y no halló en él proteccion alguna, por lo qual deseoso de la venganza, escribió

cartas al César y al Rey de Inglaterra sugiriéndoles ideas perjudiciales contra su Rey y contra su patria, despreciando la infamia que de aquí le resultaria, con tal que consiguiese lo que revolvia en su ánimo. Estas maquinaciones no podian permanecer ocultas, aunque se trataban con mucho secreto. Luego que el Rey llegó á penetrarlas, pasó á Moulins donde se hallaba Borbon en cama con una fingida enfermedad. Descubrióle su llaga con muy suaves palabras, y le exhortó á que avergonzándose de su criminal designio, se abstuviese de desertar, prometiéndole que si perdia el pleyto le recompensaria los daños con liberalidad régia. Negó Borbon el hecho con gran firmeza de ánimo, ofreciéndole que al momento que convaleciese marcharia al exército: como el Rey era de un carácter sencillo, le dió entero crédito, y prosiguió su camino á Leon con designio de llevar sus armas á la Italia. Pero noticioso Borbon de que el pleyto se habia decidido á favor de madama Luisa, y viéndose por consiguiente despojado de sus bienes, determinó obstinadamente perder á su Rey, ó perecer en la demanda, y acompañado solo de Pomperant, á quien se habia descubierto, se huyó disfrazado á Saboya, y despues á Génova á fin de embarcarse para España.

Habíase ya pasado la ocasion oportuna de hacer una entrada en Francia, como estaba convenido, acercando á sus fronteras tres legiones de alemanes baxo de la conducta de Fustemberg, porque Borbon no habia cumplido á tiempo su palabra, y asi dispersándose las tropas porque les faltaba la paga, se desvaneció aquella tormenta. De las mismas astucias y ardides se valia el Frances contra el César; pero con igual fortuna, pues se descubrió antes de lo que convenia la proyectada empresa de sublevar la Sicilia.

Porque habiendo sido cogido cerca de Roma Francisco Imperatori Siciliano, con cartas escritas por el cardenal Volaterrano al Rey de Francia, fue enviado con segura custodia á Sicilia, y dándole tormento reveló toda la trama. Indignado el Pontífice contra el cardenal, le hizo encarcelar en el castillo de San Angelo, confiscándole sus bienes. En Sicilia fueron degollados y desquartizados el conde de Camerino, el tesorero Nicolas Vincencio, y Portulano, los quales con Imperatori fueron convencidos de haber entrado en la conjuracion. Causó tan gran dolor al hijo de Camerino, no tanto el castigo, quanto el delito de su padre, que cayendo enfermo repentinamente murió en breve tiempo. Pero volvamos á seguir el hilo comenzado.

Temeroso el Rey de Francia por la fuga de Borbon de sus ocultas maquinaciones, y para oponerse á ellas desde su reyno, se abstuvo con prudente consejo de ir en persona á la expedicion de Italia, y en su lugar envió á Bonivet almirante de Francia, para acometer á la Lombardia con treinta mil infantes, y cinco mil caballos. En el primer ímpetu, en que se dice son muy fuertes los franceses, se apoderaron de algunos pueblos, y aun llegaron á acometer los muros de Milán. Pero entibiándose el ardor de esta gente, comenzaron luego á decaer, y retroceder en sus empresas. Juntaron sus fuerzas Bavardo y Rencio Cheri de la familia Ursina, y acometieron de improviso á Cremona, cuidadosos de conservar la fortaleza que tenia Bonnovio con guarnicion francesa. Mas habiendo sido rechazados, levantaron el sitio, y se volvieron á los reales de Bonivet, que no estaban lejos de Milán, y la fortaleza desesperada de recibir socorro de los suyos, se entregó á los españoles, que eran dueños de la ciudad. Poco antes habia entrado Colo-

na en la fortaleza de Milán por entrega de Mascaron. A la verdad no podian hallarse en peor estado las cosas de los franceses, pues intentando con muchas tropas y auxilios librar estas fortalezas del sitio que padecian, perdieron lo uno y lo otro, y parece que la providencia se oponia á todos sus esfuerzos.

En medio de la confusion de esta guerra murió el sumo Pontífice Adriano VI, consumido mas de las molestias que le causaba la situacion de las cosas, que de la fuerza de la enfermedad: fue varon insigne en piedad y doctrina. Los romanos le tuvieron por poco capaz para el gobierno, y á la verdad ninguna cosa fue para él mas infeliz que mandar, como se lee en el epitafio de su sepulcro. Dió muestras de grande amor al César su alumno en dos bulas que expidió á favor suyo. Por la una le concedió perpétuamente á él y á sus sucesores el maestrazgo de las órdenes militares, que antes solia conferirse á los Reyes de España por tiempo limitado; y por la otra el derecho tambien perpétuo de presentar los obispos de España, que aunque en los tiempos anteriores eran instituidos por los Papas, á presentacion de los Reyes, gozaban precariamente de esta prerogativa. Creó un solo cardenal que fue Guillelmo Enchavord, su compatriota, que obtuvo su mismo capelo, y le confirió el obispado de Tortosa. Este pues en memoria de los beneficios que habia recibido de Adriano, trasladó sus huesos desde el Vaticano á la iglesia de Santa María de los Alemanes, y le edificó un sepulcro de mármol adornado con excelentes estátuas. Despues de un prolixo cónclave, en que tuvo grande influxo el cardenal Pompeyo Colona, fue creado sumo Pontífice el cardenal Julio de Médicis, que en su solemne coronacion tomó el nombre de Clemente VII.

Por este tiempo habian acometido segunda vez á

la Francia los ingleses y flamencos mandados por Nortfolk y Bure: y no atreviéndose Tremoille á hacerles frente, aseguró los lugares fuertes con mayores guarniciones, y se acampó en San Quintin entre unas lagunas intransitables, para no verse obligado á pelear contra su voluntad. El exército de los confederados pasó los rios sin contradiccion alguna, y taló los campos por espacio de muchas leguas. Algunos escriben que llegó hasta doce millas de Paris, y no es necesario decir el terror y daño que causó en todas partes; pero se retiró sin haber hecho cosa alguna memorable, á excepcion de algunos ligeros encuentros entre la caballería. Entretanto desconfiado Bonivet de tomar á Milán, conduxo secretamente su exército á Biagras á fin de precaver que Lanoy le sorprehendiese con las tropas que traia. A la llegada de Lanoy falleció Colona á fines de este año despues de una larga enfermedad, dexando mucha fama de su nombre.

Deseoso Pescara de tentar fortuna, acometió una noche con los españoles al campo de los franceses, causando en ellos gran confusion con muerte y fuga de muchos, y á fin de seguir su suerte los vencedores, se juntaron con el de Urbino, y las tropas venecianas. En este mismo tiempo salió Borbon de Génova, y dexada la navegacion de España, vino á los reales nombrado por el César generalísimo con las mas amplias facultades. Desechado el noble consejo de pelear, persigue al enemigo que se retiraba. Médicis con una parte de las tropas rechazó á un esquadron de grisones, que venia á socorrer á los franceses, y los hizo retirar á sus montes. Otra esperanza para ellos eran los suizos que habian llegado al rio Sesi, el qual atravesó Bonivet para juntarse con ellos. Pero habiendo llegado los imperiales que les seguian

los pasos, pelearon tumultuariamente. Salió Bonivet como pudo, y le siguieron los suizos, pero los imperiales los apretaban por las espaldas, los incomodaban, y hacian detener la retaguardia. El Frances para rechazarlos, inspirándole el peligro nuevo valor, mandó á los suyos que hiciesen frente, y acometiesen al enemigo. En esta nueva pelea fue herido Bonivet con una bala en un brazo, y metido en una silla de manos le llevaron al primer esquadron, habiendo dexado el mando á Bayardo. Este pues, viendo las cosas tan desesperadas, recogió la caballería, y juntándose con Vandanesi, intentó retirarse á toda prisa, sufriendo la descarga de los españoles que todo lo arrollaban. Pero uno y otro fueron heridos: Vandanesi murió inmediatamente: Bayardo atravesado por los riñones fue conducido á la tienda de Lanoy, y espiró en la primera cura que le hicieron. Fue varon de extraordinario valor entre los franceses, y muy experimentado en el arte militar. Habiendo recibido el Frances tan grave detrimento, y perdido veinte y dos cañones, regresó á su patria por Turin, y los suizos por el valle de Aosta. Los vencedores gozosos con tan felices sucesos, y habiendo hecho desaparecer de la Lombardía el nombre frances, se retiraron cargados de despojos á sus quarteles de invierno á la entrada del año veinte y quatro de este siglo. 1524.

No era por este tiempo mas próspera la fortuna de los franceses en los confines de Vizcaya. Desamparada por la guarnicion la fortaleza de Vidasoa, vulgarmente llamada Beobia, se apoderó de ella Albúrquerque, que mandaba en aquellas costas; y despues castigó rigurosamente á los enemigos, que en número de quatro mil y quinientos, la mayor parte alemanes, habian pasado el rio para saquear los pueblos cercanos. Casi todos perecieron en diversas ocasiones, y

se les tomaron las banderas y la artillería. Entre los confinantes hubo muy frequentes peleas siempre favorables á los vizcaynos, las quales no hay necesidad de referir por menor. Por este tiempo el condestable Velasco, á quien se encargó el mando de la guerra, penetró en la Guyena con veinte y quatro mil hombres. Lautrec que defendia aquella provincia, fortificó con una poderosa guarnicion á Bayona que estaba mas próxima al peligro. Tomó el Español algunos pueblos, incendió una fortaleza que fue reducida á cenizas junto con trescientos soldados que la defendian: taló los campos con muchas correrías, y infundió el terror por todas partes. Restituido Velasco de esta expedicion, reparó sus tropas, que con la crueldad del invierno habian padecido mucho, y aumentándolas con tres mil alemanes mandados por Guillelmo Roèandulfo, puso sitio á Fuenterrabía, que era el principal objeto de la guerra. El príncipe de Orange dirigió con gran cuidado las obras del ataque, como tan sábio en el arte militar, y tan severo en la observancia de la disciplina. Tambien vino á los reales don Fernando Alvarez de Toledo, hijo de don García, que fue muerto por los moros en la isla de Gelves, y tenia entonces diez y seis años, á fin de aprender en esta campaña los primeros rudimentos de la milicia, como lo escribió en su vida don Antonio Osorio.

Desde Pamplona, adonde habia ido, vino el César á Vitoria en lo mas rigoroso del invierno, para prevenir desde cerca las cosas necesarias á la guerra. Estrechaba Velasco el sitio con minas subterráneas y todo género de máquinas, á fin de precaver que se derramase la sangre de los soldados. Continuamente batian las murallas un gran número de cañones, de los quales habia traido el César de su vuelta de Alemania setenta y quatro de diversos tamaños y muy

perfectos; y á esto se agregaba el terror del fuego, que de tiempo en tiempo arrojaban los nuestros en gran copia. Consternado Franquet, que era el comandante de la guarnicion, y desesperando del socorro, pues los españoles habian quemado siete naves que le enviaban de Francia con toda la gente y provisiones que conducian, entregó la ciudad el dia veinte y cinco de marzo. Hallábase en la guarnicion Pedro de Navarra, hijo de aquel que murió en el castillo de Simancas, y por su influxo se aceleró la rendicion. Entregó Velasco la ciudad bien provista de todo á Sancho de Leyva, hermano de Antonio, que adquirió tanta celebridad en la guerra de Italia, para que la custodiase. Salió Franquet de Fuenterrabía con honrosas condiciones; pero el Rey Francisco castigó su cobardía, y le despojó en Leon de las insignias militares de que estaba condecorado, como lo escribe un autor frances.

CAPITULO IV.

Conquista de la ciudad de México por Hernan Cortés.

Ya es tiempo de que volvamos á continuar la narracion de los heróycos hechos de los españoles en América, y la fama del imperio mexicano destruido por Hernan Cortés. Este pues, habiendo sujetado á los bárbaros confinantes, como queda dicho, y destruido los presidios de los mexicanos á fin de estar seguro por las espaldas, fortificó un pueblo en lugar oportuno, dándole el nombre de Segura con alusion á la seguridad en que quedaba aquel territorio. Entretanto envió á Alonso de Mendoza con cartas para el César, en que le referia todas las cosas que habia hecho hasta entonces. Ademas le suplicaba le enviase

varones doctos y religiosos, que instruyesen á aquellas gentes en la doctrina christiana, y les administrasen el bautismo. Tambien le pedia todo género de ganados, de que carecia la América, armas, caballos, y todo lo demas que se requiere para la guerra. Finalmente pedia al César que le confirmase en el puesto de general que sus compañeros le habian conferido, para que revestido de un poder legítimo, obrase con autoridad y vigor. Envió quatro navíos de la armada de Narvaez con oro, para comprar en la isla caballos, armas y otras provisiones. Suplió sus tropas con las que habian escapado del naufragio de Diego Camargo en el rio de Panuco, al qual habia sido enviado con tres navíos por Francisco Garay para establecer allí una colonia, y con algunos aventureros, que de las islas Canarias y de lo mas remoto de España habian navegado á la América llevados de la fama de sus riquezas. Mandó construir trece bergantines para sitiar á México desde la Laguna, y impedir que recibiese socorros. A principios del año de mil quinientos y veinte y uno, habiendo entrado en las tierras de los enemigos, peleó con cien mil de ellos, y los venció con un pequeño exército, auxîliado con admirable valor y lealtad de los bárbaros aliados. Mas de una vez le armó asechanzas el enemigo, pero siempre en vano. A los que le pedian la paz se la concedia de buena fé, y castigaba con grandes penas á los que se rebelaban. Habiendo conspirado contra él Antonio de Villafañe, que favorecia á Velazquez con otros muchos, le sentenció á muerte, y la hizo executar sin dilacion; pero á los demas se contentó con reprehenderlos, y en adelante dieron exemplos de gran valor y fidelidad. Mientras que expugnaba los pueblos sitiados al rededor de la Laguna, Martin Lopez, que habia ido á cortar madera á los bosques

para la fábrica de los baxeles, la conduxo á las riberas de la Laguna por medio de una gran multitud de indios, que la llevaron á cuestas, y acompañándolos Sandoval con un cuerpo de caballería, llegaron sanos y salvos. En muy breve tiempo se dispusieron y armaron los buques con todo lo necesario, causando en todos grande admiracion y alegria. De la Vera-Cruz fueron conducidas varias piezas de artillería de diversos calibres que inspiraron gran terror á los bárbaros, creidos de que estos instrumentos eran los rayos de los dioses.

Entretanto Cortés recibió en su amistad algunas ciudades, de las quales Tezcuco era la mas principal. Otras tomó por fuerza con grande estrago de sus habitantes, y las reduxo á cenizas, mandando precipitar de unos horribles despeñaderos á una gran multitud de bárbaros, para que no creyesen que había cosa segura ó inaccesible al valor de los españoles. Es increible el ardor con que peleaban entre sí los mismos indios. Serviales de estímulo á los confederados los odios antiguos, la ira presente, el miedo del mal venidero si quedasen vencidos en la guerra, y ademas la codicia de la presa, y el hambre, pues les servian de alimento los cuerpos de los muertos. Sus adversarios los mexicanos eran incitados por el deseo de borrar la pasada ignominia, por la gloria del antiguo imperio, y finalmente por la desesperacion que muchas veces infunde valor aun á los mas cobardes. Hecha revista del exército, se hallaron en armas novecientos españoles, ochenta y seis caballos, tres piezas de artillería de batir, quince mas pequeñas llamadas de campaña, y una gran cantidad de pólvora y balas. Tenia Cortés tres tenientes, que eran Christóval de Olid, Pedro Alvarado, y Gonzalo de Sandoval, y dividió el exército en tres partes;

en cada una se contaban mas de treinta mil de los aliados, siendo el mayor número tlascaltecas, cholulanos y tezcuqueños. Sus armas eran flechas, palos largos con las puntas quemadas para endurecerlos, broqueles pequeños y macanas, que es un género de espada hecha de caña y pedernal.

Salieron todos de Tezcuco para la empresa premeditada el dia veinte y dos de mayo. La Laguna se extiende desde el Septentrion al Mediodia en la forma de un pie humano. Por la parte que mira al Oriente estaba situada la ciudad de México muy semejante á la de Venecia, diez y nueve grados y quince minutos distante de la línea equinoccial, y su nombre le tomó de Mexi capitan de aquella gente. Contenia setenta mil casas, entre las quales sobresalian mucho los magníficos palacios de Motezuma y los de los caciques. Las calles eran muy largas y anchas treinta pasos. La Laguna tenia algunos brazos de agua salada, en los quales entraban y se mezclaban otros de agua dulce; y para el uso de los habitantes habia una fuente, cuyas aguas se conducian á la ciudad por encañados, que en el principio del sitio hizo Cortés romper por diversos parages. Quinientas barcas, que los bárbaros llaman canoas, cargadas de tropa escogida salieron de la ciudad para rechazar los bergantines con que intentaba Cortés apoderarse de la Laguna. Los nuestros las acometieron con grande ímpetu: muchas fueron echadas á fondo en el combate, otras tomadas, y todas destruidas. Olid embistió al enemigo con su gente por la calzada que guiaba á su campo: la pelea fue atroz y sangrienta, y caian muertos los mexicanos en número infinito, sin que en nada pudiesen igualarse á los españoles. Entretanto acercó Cortés los bergantines á un parage donde se levantaban dos torrecillas iguales fabricadas de piedra: Sandoval acudió luego

en su auxilio: embistieron á las torres con gran fuerza, y habiéndolas tomado, fortificaron allí su campo. La artillería alejaba á los bárbaros, enemigos importunos que á todas horas molestaban; y finalmente fueron obligados con mucho estrago á retroceder á la ciudad, quedando muy alegres los españoles con tres victorias ganadas en un solo dia. En los veinte siguientes pelearon con felicidad en diversos parages. Los aliados, que por su multitud y ferocidad eran formidables, se portaron con increible intrepidez, infundiéndoles nuevo valor las exhortaciones de los españoles.

Derramadas las tropas por todas las calles, invadieron un dia la ciudad, y pelearon en ellas como si fuera en campo abierto, y desbaratados y puestos en fuga los enemigos, llegaron hasta la plaza. Pero pagaron su temeridad los que se adelantaron, pues arrebatados del deseo de perseguir al enemigo, dexaron de cegar la acequia por donde pasaron: de estas habia en la ciudad otras muchas intransitables por estar destruidos los puentes. Los enemigos, que se habian encerrado dentro de las casas, conociendo el descuido de los españoles, salieron intrépidamente en gran número, y ocuparon aquel puesto, rechazando á los españoles, que despues de una obstinada pelea vinieron á caer en la acequia que estaba llena de agua. Acometiólos el enemigo por la frente y por la espalda; y arrojándoles desde los tejados piedras y maderos, se volvió á encender un nuevo combate, quando ya los españoles apenas podian respirar ni tener las armas en las manos. Acudió Cortés con unos pocos armados para ver si podia librarlos de aquel peligro; pero mientras se esforzaba á hacerlo, se vió oprimido de la multitud de los enemigos, y recibiendo una herida faltó muy poco para no quedar

prisionero; pero habiendo sobrevenido Tamaxin tlascalteca le defendió, y protegió con sus armas y con su propio cuerpo, y le sacó á salvo de tan grande riesgo. Perecieron en este dia quarenta españoles; de los quales parte fueron cogidos vivos, y al siguiente dia sacrificados con horribles ceremonias para aplacar á los dioses. De los aliados murieron mas de mil, y se perdió una pieza de artillería y quatro caballos.

Orgullosos los mexicanos con esta victoria, y habiendo dado gracias á sus idolos con mucha pompa, enviaron mensageros por las provincias que anunciasen tan próspero suceso. Algunas se levantaron contra los españoles, y tomaron las armas, molestando á las otras que permanecian fieles á Cortés. De aqui se originó una complicada guerra. Andres de Tapia y Sandoval con parte de las tropas acudieron á sofocar la rebelion, y con el auxilio de los que habian permanecido leales, vencieron completamente á los rebeldes, y los sujetaron. De alli adelante escarmentados con los males, se mostraron mas sumisos siguiendo la fortuna de la guerra. Despues combatieron muchos dias dentro de la ciudad con grande estrago y pérdida de los enemigos. Pero como los españoles fuesen muy incomodados desde los parages elevados de la ciudad pensaron de incendiarla, y con efecto Alvarado destruyó parte de ella con el fuego. Por este tiempo llegó un navío á Vera-Cruz con ballestas, pólvora, balas, cañones y arcabuces, que fueron de gran socorro. Vencidos muchas veces los mexicanos pelearon hasta morir, exhortándolos en vano Cortés á que se entregasen, y usando con prudencia de sus fuerzas, deseoso de no derramar sangre. Esta ciudad tan hermosa, destruida ya la mayor parte, presentaba á la vista un horrible espectáculo; pero Cortés sin

embargo de que no se hallaba medio de tomarla, se opuso á que los suyos la acabasen de destruir.

Los ciudadanos aunque se hallaban afligidos de la peste, de la hambre y de la sed, no desistian cosa alguna de su ferocidad, para que á lo menos, ya que no podian quitar al enemigo la victoria, le impidiesen el tomar la ciudad. Estando apenas en pie las quatro partes de ella, mudó el Español su campo, y le puso en las mismas ruinas, por lo qual desde entonces mas bien se pudo llamar mortandad que guerra, hallándose tan de cerca los enemigos. Y á pesar de todo permanecia el Rey en la misma pertinacia sin decaer su ánimo, y obligaba á los suyos á que resistiesen, y muriesen sin defensa. Causaba compasion á los españoles la muerte de los hombres y la ruina de los edificios: las acequias y las casas estaban llenas de cadáveres, que pudriéndose despedian un pestilencial olor. Los vivos que parecia iban á espirar á cada momento, mirando á Cortés le suplicaban con lamentos que los matase mas bien con la espada que con aquel tormento; y que siendo hijo del sol (que asi le llamaban por haber venido del Oriente), esperaban que les concederia este beneficio. Los que lo oian no podian contener las lágrimas: mostrábase Cortés inclinado á la clemencia, y les daba palabra de que en adelante vivirian libres y tranquilos baxo de mas suave imperio. El bárbaro Rey como si ya estuviese cansado de sacrificar á sus infelices súbditos, prometió que se prestaria á tratar de paz; pero habiendo mudado de intencion faltó á su palabra, y engañó á Cortés, que le esperaba en medio de la plaza. La rabia y el furor de sus aliados, y especialmente de los tlascaltecas, no podia saciarse de ninguna manera, y su inmortal odio no se hallaba contento con ningun género de crueldad: ni bastaban los castigos y exhortacio-

nes para que se abstuviesen de derramar sangre. Finalmente perdida la esperanza de reducir por suaves medios la ciudad, acometieron los españoles con la artillería al mas estrecho ángulo de ella, que era el que habia quedado íntegro, y peleando confusamente en las calles y en todos los parages en que hallaban al enemigo, fue tan sangrienta la batalla, que se dice perecieron en aquel dia quarenta mil mexicanos. De aquí se infiere que mas por odio que por amor á la verdad acusan algunos escritores la crueldad de los españoles, á los quales disculpa en muchas cosas Tomás Bozio autor imparcial, atribuyendo la culpa á la obstinacion y ferocidad de los bárbaros. Al fin el Rey, que habia intentado ponerse en fuga con algunos pocos nobles, vino á dar con su canoa en los bergantines que cruzaban por la Laguna; y habiéndole hecho prisionero García Holguin, fue conducido á la presencia de Cortés. No se abatió su espíritu con la adversa fortuna, ni perdió nada de su ferocidad, aunque fue recibido benignamente; antes por el contrario, habiendo intentado halagarle Cortés con suaves palabras, se volvió á él con semblante áspero, y le dixo: «no he dexado de hacer cosa alguna, que »sea digna de un hombre valeroso, para defender la »dignidad que recibí de mis mayores. Si los dioses »inmortales han querido que la pierda, no creo que »ha sido por culpa mia. Cautivo tuyo soy, usa de tu »fortuna como quisieres; y arrebatándole su puñal, »en qué te detienes? le dice; por qué tardas en hacer »salir esta alma que tanto desea juntarse con sus »dioses? A lo menos tendré la gloria de haber muerto »á manos de tan valeroso capitan." No pudo proseguir adelante porque el dolor le embargó las palabras; pero Cortés para suavizar aquel ánimo tan irritado le replicó: «Que antes por el contrario cuidaria de su

»conservacion, y que estando él vivo no echaria me»nos la régia opulencia en el imperio; y por tanto »que tuviese buen ánimo, pues queria tenerle mas »como amigo, que como enemigo." Finalmente, habiéndose aplacado Guatimocin, mandó á los suyos á imitacion de Cortés que dexasen las armas, y que se sometiesen á la potestad del vencedor. Obedeciéronle á la menor señal: tanta era la sumision de aquellos bárbaros á sus Reyes, y apenas habian quedado con vida treinta mil, que solo tenian los huesos. Fue tomada la ciudad el dia trece de agosto, á los setenta y cinco despues que comenzó el sitio. Los españoles calcularon que habian perecido cien mil personas en las batallas: pero no se pudo saber el número de los que arrebataron las enfermedades, el hambre y el agua salada.

Despues que Cortés dió solemnes gracias á Dios por la victoria ganada, y dexando á Villafuerte con ochenta españoles para custodia de la armada, y de la ciudad, conduxo las tropas á Cuyoacan donde estaba acampado Olid, á causa de que caian enfermas con el mal olor que arrojaban los cadáveres esparcidos por toda la ciudad. Repartió entre sus compañeros toda la presa á excepcion del oro. Gratificó con dádivas á los capitanes, y especialmente á los tlascaltecas, y los envió á su pais, regulándose la parte que les tocó de la presa en mas de ciento y treinta mil escudos. La quinta parte fué enviada al César por Alonso Dávila con unos escudos texidos de oro, y de plumas con admirable artificio; todo lo qual cayó al siguiente año en manos de unos piratas franceses, y el resto fue entregado á los soldados. Los opulentos tesoros de Motezuma nunca pudieron encontrarse; lo que sintieron en gran manera los españoles engañados con esta esperanza, y en sus corrillos acusaban á

Cortés de que los habia escondido. Hallábase tesorero del exército Julian Alderete, hombre importuno y cruel: y á instancias suyas fue puesto el Rey Guatimozin á qüestion de tormento, para que declarase donde estaban aquellas riquezas. Vergonzosa maldad por cierto, atroz y horrible! y lo peor fue, que no se sacó de ella fruto alguno. Sintió esto Cortés altamente, pero lo disimuló á fin de aplacar de algun modo la envidia con que le miraban. Mas al fin vencido del dolor que le causaba aquella infamia quitó al Rey de las manos de sus verdugos, y se disculpó con él lo mejor que pudo. Eran varias las voces que corrian sobre esto; pero se creyó finalmente que el Rey habia arrojado el oro á la Laguna, para que no viniese á manos de sus enemigos los españoles. Mientras sucedian estas cosas, llegó fray Martin de Valencia con doce compañeros del orden de San Francisco, á los quales recibió Cortés con gran respeto, y los obsequió extraordinariamente, á fin de conmover á los mismos bárbaros con este exemplo de piedad. Los trabajos apostólicos de estos religiosos produxeron copiosos frutos al christianismo; lo que todos creyeron era efecto de la providencia divina, para que al mismo tiempo que Martin Lutero causaba en la Europa tantos estragos con su impiedad, hubiese otro Martin que propagase y sembrase en el nuevo mundo la sana doctrina, que habia de fructificar en el campo del Señor.

CAPITULO V.

Continuacion de los hechos de Cortés, y de los españoles en las Indias. Sucesos de los portugueses en Asia.

Era tan grande en aquel pais la fama de la ciudad

de México, que luego que fue tomada y destruida, muchos caciques de diversas provincias enviaron sus mensageros á Cortés tributándole obediencia, y ofreciendo hacer lo que les mandase. Otros no dieron señales algunas de temor, manifestando que solo por fuerza se le sujetarian. Fue enviado Sandoval con un cuerpo de españoles, y de aliados ácia el Austro, y habiendo peleado algunas veces prósperamente subyugó á los bárbaros, y otros se rindieron de su propia voluntad. Fundó la villa de Medellin por mandado de Cortés, deseoso de propagar en aquellas partes el nombre de su patria. Edificó despues la ciudad del Espíritu Santo en el parage donde el rio Guazacoalco desagua en el Océano Septentrional, y á Colima distante quarenta millas ácia el Mediodia, estableciendo en ellos colonos. Restauró Cortés la ciudad de México en sitio oportuno á las riberas de la Laguna, que miran al Septentrion: mil y doscientas casas fueron señaladas para los españoles; y otras tantas para los nobles mexicanos, y para Pedro hijo del Rey Motezuma, á quien protegió, y favoreció conforme á su elevado nacimiento. Las inmunidades concedidas á los nuevos colonos atraxeron una multitud innumerable; y en breve tiempo se levantaron muchas casas. Para Cortés se fabricó una magnífica, y de una grandeza admirable, y otros edificios públicos, sagrados y profanos. En este tiempo se asegura que tiene de circuito doce mil pasos. Con autoridad pontificia el padre fray Martin de Valencia celebró el primer synodo mexicano en el que se trató de la monogamia de los indios que recibian el bautismo; y fue dispuesto que separándose de las demas mugeres como concubinas, tuviesen solo por esposa legítima á la que se aventajase en dignidad á las otras.

El cacique de Mechoacan vino á visitar á Cortés;

y le recibió, y trató magníficamente, y habiendo hecho alianza con él, se volvió á su pais. En aquella region dilatadísima se establecieron algunas colonias, siendo su capital la ciudad de Valladolid; y fue su primer obispo don Vasco de Quiroga. En Darien murió don fray Juan de Quevedo del orden de San Francisco su primer obispo, y le sucedió fray Vicente Peraza del orden de Santo Domingo. Mientras tanto se construyeron algunos navíos para reconocer aquellos mares, con el deseo de ocupar las opulentas islas de las Molucas que codiciaban con ardor los portugueses, y aunque muchas veces se intentó por esta parte de América, siempre fue en vano. En el rio de Panuco que entra en el mar del Norte, sujetó Cortés con las armas á los bárbaros, que eran los mas belicosos de todos los indios; y en la embocadura del rio edificó la villa de San Esteban. Olid, y Alvarado se encaminaron á otras regiones, y sujetaron con sus armas otros muchos pueblos.

Al mismo tiempo Pedrarias gobernador de Castilla del Oro no cesaba de enviar algunos españoles que descubriesen nuevas gentes, y las sujetasen. Gil Dávila penetró en Nicaragua, habiendo salido de Panamá. Recibió su cacique el Sagrado Bautismo, con cuyo exemplo se bautizaron tambien en aquella expedicion treinta y dos mil doscientas sesenta y quatro personas; habiendo adquirido Dávila ciento y doce mil escudos de oro, y sesenta y dos libras de margaritas por buenos y malos medios, pues despojó de sus riquezas á Hernando de Soto soldado de Francisco Fernandez. Los indios de esta region son mas blancos que las demas naciones del nuevo mundo, y hablan la lengua española con mas facilidad que todos. Fueron establecidas alli cinco colonias de españoles; la capital que es Leon fue condecorada

con silla episcopal, y se nombró por su primer obispo á don Diego Osorio. Fundóla Francisco Fernandez que tambien edificó á Granada, distante setenta y quatro millas. Volaban por todo el continente las armas españolas y por todas partes movian guerra. No hubo empresa tan árdua, y dificil por mar ni por tierra, que no intentase esta nacion belicosa: descubrió innumerables gentes, y adquirió mucho oro, y riquezas con horrendos peligros. Por el mismo tiempo puso pleyto en España Diego Velazquez á Cortés, para destruirle por este medio, ya que no habia podido conseguirlo por la fuerza de las armas. Favorecia mucho á Velazquez don Juan Fonseca arzobispo de Burgos, y presidente de Indias que era opuesto á Cortés. Pero la fama de sus hechos, y el mucho oro que habia enviado al César hizo buena su causa, la que ganó, y ademas le fue conferido el gobierno de la Nueva España, remitiéndole el César algunas instrucciones dirigidas al bien de aquellos pueblos, y propagacion del christianismo.

Francisco de Garay pasó desde Jamayca al continente con menos felicidad que la que tuvo antes su teniente Camargo; pues mientras preparaba una expedicion en Panuco, perdió juntamente la armada y el exército. Quatrocientos españoles fueron muertos y devorados por los bárbaros, y los demas que quedaron vivos se pasaron con las naves á Cortés; y finalmente murió el mismo Garay de un dolor de costado. La villa de San Esteban se hallaba sitiada y reducida al último extremo por los mismos indios, y acudiendo prontamente Sandoval con algunas tropas, la libró de aquel peligro. Venció en batalla á los enemigos, y hizo quemar á treinta de los principales, con lo qual aterrados los demas se sometieron, y hicieron

lo que se les mandaba. Despues de esto Rodrigo Rangel sujetó á los zapotecas. Peleando Alvarado fue herido en un muslo, de cuya herida quedó coxo para siempre. No obstante, habiendo sujetado á los bárbaros, y quemado á sus caciques, fixó su morada en Guatemala; cuya provincia floreció mucho mientras él vivió, y edificó en ella la ciudad de Santiago, y otros pueblos. Intentó Francisco Fernandez echar de Nicaragua á Dávila, y despojarle de la presa que habia hecho; mas éste para conservarla se asoció con Olid que en los Ibueras habia edificado un pueblo que llamó el Triunfo de la Cruz. Pero de estas cosas trataremos mas adelante. Diego Mazariego enviado por Cortés, hizo guerra, y sujetó á los chiapenses, los quales incitados de la desesperacion, se subieron con sus mugeres, y hijos, sobre una peña muy alta, y todos juntos se precipitaron á un rio; y apenas quedaron dos mil en toda la provincia.

Murió en la isla de Cuba Diego Velazquez en gran pobreza, oprimido con la fortuna de Cortés, á quien habia engrandecido, dándole la armada con que pasó á México. En los tiempos antecedentes habia entrado en la Florida Lucas Ayllon, y habiendo sido recibido por sus naturales con oro y perlas, les correspondió con una maldad detestable. Convidólos á comer en sus naves, y al punto que estuvieron dentro, levantó las áncoras, y se los llevó consigo para trabajar en las minas, reclamando ellos en vano los derechos de la hospitalidad. Pero esta accion tan infame no le produxo fruto alguno; porque muchos de ellos murieron de tristeza, obstinándose en no comer, y los demas fueron sumergidos en el mar con la nave que los conducia. Arrojado segunda vez por esta tormenta á los mismos lugares, se le estrelló un navío, y muchos de sus compañeros fueron muertos

por los bárbaros puestos en emboscada, y viendo frustrados sus deseos, regresó herido y pobre á la Española, donde pereció miserablemente. En esto se vió que el cielo vengaba las injurias hechas por aquel, que por su profesion de juez debia administrar justicia. La ciudad de Santa Marta fue fundada por Bastida á diez grados del equador, y habiendo sido muerto por los indios, comenzaron los españoles á destruirse con sus intestinas discordias. Fue enviado á esta ciudad Pedro Badillo con poderes de la audiencia de Santo Domingo, y luego que restableció la concordia, acometió á los bárbaros; y peleó con ellos prósperamente, y al fin vino Badillo á perecer con su navío en el rio Guadalquivir cerca de Sevilla.

En estos mismos años fue extendido por otros capitanes el imperio español en una region tan dilatada y feliz, que ademas de la fertilidad del suelo, que produce al año dos cosechas, y admite benignamente nuestros frutos y árboles, abunda tambien en minas de plata y oro: en los rios se encuentra tambien este metal, y en el llamado Zenú inmediato á Cartagena asegura Solórzano que echando las redes suelen cogerse granos de oro del tamaño de un huevo de gallina. En las mas cultas provincias se mantienen las gentes con maiz, y con la caza de aves y fieras. Los que habitan las costas del Océano son ichthiofagos, y vencen á los mismos peces en la agilidad del nadar. Otros viven en los campos, y sus pueblos se componen de cabañas de paja; comen los frutos que la tierra produce sin cultivo, las serpientes, los gusanos, y en una palabra todo género de insectos. Apenas pueden llamarse hombres, pues viven sin morada, ni asiento fixo, y mas bien ocupan las tierras que las habitan; andan siempre

desnudos, y cubren sus partes naturales con un pañete, ó con una hoja de árbol, excepto las vírgenes á quienes no se les permite cubrir cosa alguna. En muchos paises no se abstienen de comer cuerpos humanos; y sobre todo son codiciosos de este manjar los Parienses, y los del Brasil. Pero dexemos esto, porque nos llaman los sucesos de otras regiones.

Los portugueses tuvieron en África con los moros muchos combates ya prósperos, y ya adversos. Los piratas que con tanto furor infestaban todos los mares fueron castigados y reprimidos por Fernando César hombre muy práctico en el mar, y se abstuvieron de exercer sus rapiñas. La guerra de la India fue encargada á Sequeira, y la concluyó con felicidad. Brito reprimió la sublevacion que se habia suscitado en Zeylan. Derrotado Mahómet principal caudillo de los piratas, venció Correa en batalla á Mocrin sultan de la isla de Baharen, situada en la costa de Arabia. En medio de estas victorias llegó Duarte de Meneses nombrado para suceder en el gobierno á Sequeira, y éste regresó á Portugal en la misma armada. Habiéndose sublevado los ormuzianos contra los portugueses, mataron á ciento y veinte, y faltó muy poco para no ser tomada la fortaleza. Pero desesperando el sultan de poderla expugnar, pegó fuego á la ciudad; y se pasó á Quixomia, isla cercana, llamada por Plinio Zylon, donde pereció ahogado á manos de sus mismos súbditos. Su hijo reedificó la ciudad, á instancia de Meneses, y le impuso un tributo mas gravoso. Alburquerque padeció una nueva desgracia en Bintan, y volvió á Malaca con alguna pérdida. Despues de esto acaeció la invencion de las reliquias del apóstol Santo Tomás en la costa de Coromandel. Entre las ruinas de una ciudad destruida se hallaba una capilla respetada de

los mismos gentiles, en la que se sabia por tradicion constante que estaba sepultado el cuerpo del apóstol. Conmovido Meneses, mandó reedificar la capilla que por su antiguedad amenazaba ruina. Al tiempo de cavar la tierra cayeron los trabajadores en un sepulcro de piedra donde habia un cadáver, y una inscripcion en caractéres antiguos, en que estaba escrito: «Que el apóstol de Dios Tomás habia fabricado aquel »templo, y que el Rey Sagamo habia dedicado para »su culto el diezmo de las mercaderías que allí se »transportasen." Despues se descubrió otro sepulcro, que contenia unos huesos muy blancos, la punta de una lanza con un báculo de camino, y un vaso de barro que daban fé del hallado tesoro, y finalmente en otro se encontró un cadáver de uno de los discípulos de Santo Tomás. Desenterrados y sacados de aquel lugar los huesos, se colocaron en dos arquillas, en una los del apóstol solamente, y en otra los de sus discípulos, y fueron puestos con solemne pompa sobre el ara de la misma capilla, reedificada y adornada con mucha hermosura. Poco despues edificaron los portugueses cerca de allí la ciudad de Santo Tomás en memoria de este descubrimiento, y está situada á los doce grados, y quarenta y cinco minutos del equador. Hallándose Andres Enriquez molestado de los bárbaros de Sumatra con una contínua guerra arruinó y desamparó la fortaleza que allí tenian los portugueses. Los chinos que estaban irritados con ellos á causa de las vexaciones que les habia hecho Andrade, recibieron muy mal á Alfonso de Mello que habia arribado á Tama con quatro navíos, y ignoraba las cosas de Andrade. Las naves fueron muy mal tratadas, y habiendo salido los portugueses á hacer aguada, unos quedaron muertos, y otros prisioneros, y encerrados en calabozos, donde

perecieron con el hambre, y mal tratamiento: solo Mello tuvo la felicidad de escaparse por medio de la armada enemiga; y en otras partes les sucedieron otras cosas adversas. Ademas fue calamitoso aquel tiempo por las muchas tempestades, y piratas, que afligieron á los navegantes. No obstante hicieron tributarias algunas ciudades; y á los tidorenses, que llevaban con impaciencia el dominio de los portugueses los sujetó, y reduxo Correa. Fue nombrado Vasco de Gama por virrey de la India, y hizo su viage con diez y seis navíos; hombre ciertamente célebre por sus heróycas hazañas. Al tiempo de llegar á las costas de Cambaya, acaeció un espantoso terremoto que alborotó el mar extraordinariamente, y temblando todos con una cosa tan extraña en aquellas regiones; exclamó Vasco: «Buen pronóstico camaradas »mios; con nuestra venida tiembla hasta el Océano »de Cambaya." Fue cosa maravillosa que todos los que se hallaban enfermos de calenturas que eran muchos, recobraron la salud de improviso. Luego que llegó á Cochin que en otros tiempos se llamó Cotiana, y tomado posesion del mando, comenzó el nuevo virrey á extender su cuidado, y vigilancia á todas partes. Envió hombres muy valerosos contra los piratas aborrecidos de Dios, y de los hombres, y los persiguieron y derrotaron en muchas partes. Pero entretanto que meditaba otras cosas mayores, cayó gravemente enfermo, y conociendo que se acercaba su último instante, nombró á Lope de Sampayo para que gobernase durante la ausencia de Enrique de Meneses, que se hallaba nombrado por su sucesor en los despachos del Rey. Arregladas estas cosas, murió aquel invencible descubridor de las Indias orientales la víspera de la fiesta del Nacimiento de Jesu-Christo del año de mil quinientos veinte y quatro. Ha-

biendo recibido Enrique la nueva de la muerte de Gama en Goa, donde era gobernador, se puso en marcha para Cochin, y en el camino hizo una presa á los enemigos. Desde allí dirigió la proa contra las principales plazas de comercio de los mahometanos, y llevó á todas ellas el terror, y el estrago. De esto hablarémos despues en lugar competente, y volvamos ahora á tomar el hilo de las cosas de Europa.

CAPITULO VI.

Procura en vano el Papa hacer la paz entre el César, y el Rey de Francia. Prision de éste en la batalla de Pavía.

Compadecido el Papa Clemente VII de los males que afligian la christiandad, puso todos sus conatos en restablecer la paz, pero inutilizó sus buenos deseos el cruel furor en que ardian los príncipes, irritados con mútuas ofensas. Persuadidos el César y el Ingles de que el nombre de Borbon seria grande en Francia y que atraeria asi todos sus amigos, y favorecidos luego que viesen sus vencedoras armas, determinaron que el mismo Borbon invadiese la Provenza, habiendo antes renovado la alianza, y dividido entre los tres la Francia, para que en adelante tuviese cada uno su parte. Grande empresa por cierto para aterrar al enemigo, pero que no pasó de palabras. Faltaban los medios para llevar adelante tan loco proyecto; pues el Ingles mudó de parecer, y el César no tenia dinero. En el Papa y en los italianos no les quedaba esperanza alguna, por haberse separado no sin razon de la alianza, temerosos del poder del César, y que si vencia al Frances serian ellos fácilmente oprimidos. Habian convenido los ingle-

ses, y españoles en que cada uno entraria por su parte en Francia, para divertir sus fuerzas, lo qual no executaron ni uno ni otro. Borbon para no perder su parte entró en Provenza con un exército que apenas se componia de quince mil hombres, con Pescara compañero suyo en el mando, á los que se juntó el marques del Basto, que fue llamado de Nápoles. Lanoy se estuvo quieto en Aste con las demas tropas para defender la Lombardía. Moncada recorria las costas con una armada de veinte galeras, en que eran trasportadas la artillería y demas provisiones. El Rey Francisco aunque no habia descubierto por qué parte le amenazaba la tempestad, envió á Marsella á Phelipe Chabot, y á Rencio, y despues á Barbesio con una fuerte guarnicion. Sitió Borbon esta plaza despues de haber tomado las de Tolon, y Alby, y desembarcados los cañones de batir, determinó asaltarla.

Entretanto padeció el César dos pérdidas en el mar; pues habiendo sido Moncada puesto en fuga por Andres Doria general de la armada francesa, se le estrellaron dos galeras en unos bancos de arena, y el príncipe de Orange que navegaba á Italia en otra, fue hecho prisionero, y conducido á Paris con buena escolta. Los imperiales perdieron el tiempo, y el trabajo delante de Marsella, contra la voluntad de Borbon, persuadido de que la guerra debia hacerse á la otra parte del Ródano. Juzgaban los cabos que era consejo muy dudoso, y de mucho peligro el internarse donde el exército no podia entrar sin ser vencedor, ó sin gran pérdida. Y á la verdad si la fortuna les fuese contraria, perdian juntamente con el exército la Italia desnuda de guarniciones y abandonada á ser presa del Frances. El éxito de la empresa demostró bien quán saludable hubiera sido

el seguir su consejo, porque el Rey de Francia valiéndose de la ocasion, juntó en breve un exército, y le hizo pasar con toda presteza á la Italia. Consternados con esta noticia los imperiales, dispusieron precipitadamente sus cosas para volver tambien á Italia embarcando la artillería y demas pertrechos en Tolon; y Moncada se hizo á toda priesa á la vela para Génova, á fin de guarnecer la Liguria. Los soldados libres de todo estorbo marcharon á grandes jornadas, y se aceleraron para anticiparse al enemigo, pues en esto consistia el conservar la Lombardía, y como si corrieran unos y otros en un mismo circo, llegaron casi á un tiempo al mismo término. Noticioso Lanoy de la venida del Rey de Francia, arrasó la fortaleza de Novara, que poco antes habia tomado, fortificó con guarnicion á Alexandría, y finalmente se retiró á Pavía. El mismo dia en que entró el Rey Francisco en Verceli, entró Pescara en Alba con la caballería, y los españoles. Al siguiente recibió Lanoy á Borbon con los alemanes; encargó á Antonio de Leyva la defensa de Pavía, habiendo puesto en ella una guarnicion de cinco mil alemanes y españoles, y trescientos caballos armados. Pescara pasó á Lodi, y Lanoy dió algunos dias de reposo á los soldados en el campo de Cremona, para observar desde allí los movimientos de los enemigos. Borbon se encaminó á Alemania á fin de juntar socorros para defender la Italia. El Rey Francisco entró con su exército fatigado de las marchas en Milán, que se hallaba afligida de la peste, y mandó á los soldados que no hiciesen daño alguno en ella. Aunque sus habitantes eran tan enemigos del nombre frances, los trató el Rey con mucha humanidad, y mandó sitiar la fortaleza.

Tratóse en un consejo de guerra que debian ir

inmediatamente contra el enemigo, y arrojarle de la Lombardía; y acaso lo hubieran conseguido, si no hubiera prevalecido el dictámen de Bonivet, que fue muy funesto para el Rey. Al fin determinó sitiar á Pavía con grande exército, y con efecto comenzó el sitio el dia veinte y ocho de octubre. Parte del muro cayó en breve á tierra; dieron un asalto inútil, repitiéronlo con igual desgracia; y habiendo sido muertos con Longavilla dos mil franceses, que fueron los primeros al ataque, discurrió el Rey usar de la astucia en lugar de la fuerza. El rio Tesin á distancia de una milla mas arriba de la ciudad se divide en dos brazos, que á igual distancia por la parte inferior vuelven á juntarse. Uno de estos brazos baña las murallas, y otro llamado Gravalon forma una isla frente de Pavía. El designio del Rey era hacer entrar todo el rio en el Gravalon á fin de apoderarse de la ciudad por aquella parte donde el mismo rio la servia de muro. Trabajaron en esta obra los soldados en mucho número; pero habiéndose concluido á mediados de noviembre, creció el rio extraordinariamente con las continuas lluvias que cayeron, y como si se indignase de estar encarcelado, deshizo y arrolló todas las diques, y volvió á seguir su antigua corriente. Viendo el Rey frustrado su intento, se obstinó en continuar el sitio á costa de paciencia. Entretanto el Pontífice le exhortó muchas veces á él, y á Lanoy por medio de sus legados, á que dexasen las hostilidades, y que la guerra podria componerse baxo de algunas condiciones; pero uno y otro las despreciaron, arrebatados de la esperanza de vencer con las armas. El Papa pues, viendo que no podia ser árbitro de la paz, se convirtió en participante de la guerra, haciendo secreta alianza con el Rey Francisco, no sin consentimiento de los venecianos, y de lo

restante de la Italia, que deseaba el equilibrio de las fuerzas. Por tanto rehusaron con varios pretextos enviar á los imperiales los socorros debidos en virtud de la anterior alianza. Médicis que solia abrazar el partido que mas le convenia, se pasó al Rey con sus tropas, y finalmente todos seguian á aquel que les mostraba mayor esperanza de utilidad particular.

Aumentadas de esta suerte las tropas del Rey mandó á Juan Stuardo duque de Albano, hacer una invasion en Nápoles, ya con esperanza de tomar la ciudad auxiliado del Pontífice, ó ya para que con el terror se alejasen los imperiales de la Lombardía. Para esta expedicion le dió seis mil hombres á los que se juntaron tres mil conducidos por Rencio desde Marsella á Liorna. Consternado Lanoy con esta noticia, se disponia para regresar á Nápoles con sus tropas. Mas Pescara bien persuadido de que la mejor defensa de Nápoles debia hacerse en Lombardía, como que era lo principal que se disputaba, consiguió que se aguardase á la llegada de Borbon con los alemanes; pues arrojados de aquella provincia los franceses, todo lo demas se sujetaria fácilmente á los que alcanzasen la victoria. Entretanto fatigaba Leyva á los enemigos con freqüentes salidas, les clavaba su artillería, y en todas partes les molestaba de tal modo, que mas parecia sitiador que sitiado. A fin de apaciguar á los alemanes que con grande insolencia le pedian la paga, juntó los militares adornos, con toda la demas plata que pudo recoger, y la que pidió prestada á los habitantes, y hizo acuñar moneda con esta inscripcion: «*Cæsariani Papiæ obsessi MDXXIV.*" Agotado aquel dinero con que entretuvo á los alemanes, recibió tres mil escudos, y cartas de Lanoy con una astucia admirable. Esta suma la habian conducido dos vivanderos al campo frances

encerrada en un barril, y escapándose uno de ellos á la ciudad, avisó á Leyva el parage donde quedaba escondido. Haciendo pues una repentina salida con un buen trozo de gente, acometió á aquella parte, se apoderó del barril del oro, y le introduxo en la plaza, llevándose tambien al otro vivandero. Despues de esto procuró quitar secretamente la vida con veneno al comandante de los alemanes, que habia sido el fomentador de la sedicion. Repartió el oro entre los capitanes, y leidas en público las cartas en que le avisaban de la venida de Borbon, y de que se le enviaba dinero para la paga, volvió la alegria y contento á los alemanes.

1525. Con efecto el dia cinco de enero del año de mil quinientos y veinte y cinco habia llegado Borbon á Lodi con una numerosa tropa de alemanes, entre los quales repartió la corta suma de dinero que dificilmente habia podido recoger, y no dió ninguno á los españoles. Borbon exhortó á aquellos, y Pescara á estos con un discurso oportuno para inflamarlos en una honrosa emulacion, y finalmente dieron á todos por estipendio la esperanza de la victoria. Habiéndose pasado en Lodi revista al exército, se halló que constaba de diez y ocho mil y quatrocientos hombres, y se puso en marcha para Pavia. En el camino fue tomada la villa de San Angelo con su fortaleza, lo que fue de mucha comodidad para la conduccion de las provisiones, que enviaba Esforcia desde Cremona. Creyó el Rey que estando tan cerca los enemigos, seria preciso venir á una batalla, por lo qual llamó de Milán á Tremovilla con las tropas con que tenia sitiada la fortaleza, quedándose alli Teodoro Tribulcio con dos mil hombres. Llamó tambien á dos mil de la armada que recorria las costas de Génova, á los quales acometió en el camino Gaspar Magno que

mandaba en Alexandría, y hizo prisioneros á muchos con las banderas, y todo su equipage. Con esta hazaña se resarció el daño recibido antes, de la armada que mandaba el marques de Saluzo en el golfo de Voragine donde hizo prisioneros á Moncada, á trece capitanes, y algunos marineros, con muerte de otros. Despues padecieron los franceses otra nueva pérdida, pues habiendo enviado Esforcia á Alexandro Bentivollo con parte de la guarnicion contra Luis Palavicino, que se hallaba en emboscada en Casal mayor para interceptar las provisiones de los imperiales, fue derrotado y hecho prisionero. Por este tiempo un cuerpo de grisones se retiró del campo Frances por orden de sus magistrados, para que pasase á sus propias fronteras invadidas por Jacobo de Médicis, ó Mediquin, noble milanes, que se habia apoderado por sorpresa de la fortaleza de Chiavena.

No habia en el campo del Rey el número de tropas que se vociferaba, por haberla disminuido la avaricia y fraudes de los comandantes, por lo qual le suplicaron los veteranos que se abstuviese de dar batalla; que los imperiales no permanecerian en el campo por la falta de dinero; que con la paciencia lograria destruirlos, fixando sus reales en parage oportuno; que hiciese la guerra mas con la prudencia que con las armas, y que estándose quieto, conseguiria una ilustre victoria. Lo mismo le amonestaba el Pontífice que por medio de sus legados tenia noticia de todo. Pero el Rey precipitado por su fatal destino solo daba oidos á Bonivet, que con una especiosa arenga le incitaba á pelear, y era tanto su influxo y poder, que no hacia el Rey cosa alguna de importancia que no fuese conforme su dictámen. Habiéndose acercado ya unos á otros, fatigaban los imperiales á los franceses con escaramuzas, y estos des-

de las trincheras incomodaban á aquellos con sus tiros. Los españoles penetraron una noche en el campo de los franceses, y les mataron no poca gente, en cuya empresa, y otras adquirió gran nombre y lustre el marques de Pescara. Finalmente cerciorados los imperiales de que habian de venir á una batalla campal, levantan las banderas en la noche que precedia á la festividad del apóstol San Matías, habiéndose puesto camisas sobre los vestidos á fin de conocerse unos á otros en la obscuridad. El capitan Salcedo con su compañía de españoles derribó las paredes del parque llamado de Mirabel sin ser sentido de los enemigos, y conducido el exército por aquella parte, se dispuso y ordenó para la batalla. Entretanto el Rey ansioso de pelear, ponia en orden sus tropas, y al salir el sol, y mas tarde de lo que deseaban los españoles, se dieron vista los dos exércitos. Los franceses comenzaron á disparar contra los imperiales que se avanzaban: pero animados con las voces de los generales que los exhortaban al combate, hicieron frente al enemigo. Acometieron unos y otros con igual ardor: el humo, y el ruido espantoso privaban por largo espacio de la vista y del oido, y la niebla era tan espesa que obscurecia el sol. El Rey Francisco y sus generales no solo mandaban y dirigian las tropas, sino que pelearon ellos mismos en persona con heróyca intrepidez. Hallándose en gran peligro la caballería imperial, y estrechada por la del Rey, que era mucho mas numerosa, acudió Pescara á socorrerla con un valeroso cuerpo de españoles, los quales con una continuada lluvia de balas debilitaron la ferocidad del enemigo. Leyva con su escogida tropa le acometió por la espalda, y aterrado Alenzon que se hallaba encargado del socorro, se puso en fuga con su caballería, y

vino á dar sobre los suizos, abatiéndolos y desordenándolos de tal manera, que comenzaron á huir, y perdida la vergüenza los siguieron los franceses. Toda la fuerza del combate se dirigió contra el Rey, que peleando con extraordinario esfuerzo contra Fernando Castrioto nieto del grande Escanderbeg, le hirió con su caballo de tal suerte, que derribándole en tierra le dexó muerto de un solo golpe. Los alemanes peleaban al rededor del Rey con enfurecida saña, y habiendo acudido un caballero á socorrerle, se renovó la pelea por un breve espacio de tiempo. En este parage fue cogido Paliza arrojado por su caballo, pero el español Vasurto que llegó al mismo tiempo le atravesó con una bala. Cayó muerto Tremovila con dos heridas, y otros principales soldados que intentaron defender al Rey. Viendo Bonivet que todo estaba perdido, y habiéndose esforzado en vano á detener los coraceros que huian, se arrojó como por una especie de sacrificio en lo mas espeso de los enemigos, y despidió el alma por la boca de una infinidad de heridas. Muertos los alemanes en gran número, y olvidada la humanidad que permite la guerra, se hallaba el suelo sembrado de armas, caballos y cadáveres, que formaban un horrendo espectáculo. El Rey Francisco cubierto de su misma sangre y de la agena, y habiéndole muerto su caballo, fue hecho prisionero por Urbieta vizcayno soldado del esquadron de caballería de don Diego de Mendoza, como lo afirma Garivay. Acudió Lanoy á besarle la mano, y se hizo cargo de su persona en nombre del César, mientras que cada uno de los suyos procuraba ponerse en salvo por donde podia, precipitándose en el rio muchos franceses, italianos y suizos. Enrique que se intitulaba Rey de Navarra se puso tambien en fuga, y le hizo prisione-

ro Rui Gomez soldado veterano. Tambien lo fueron Francisco hermano del duque de Lorena, á quien otros cuentan en el número de los muertos, y me parece lo mas cierto: el conde de San Pol, Luis duque de Nevers, Chabot, Horanges, y otros muchos que seria largo nombrar; pero de la principal nobleza exceptuando la caballería de Alenzon, no hubo ninguno que volviese las espaldas, y que rehusase seguir voluntariamente la suerte de su príncipe prisionero.

Trivulcio que tenia sitiada la fortaleza de Milán, luego que tuvo noticia de aquella derrota, se apresuró á regresar á Francia con sus tropas. Algunos fueron presos, ó muertos por los labradores. Murieron en el campo ó poco despues, de resultas de sus heridas veinte hombres ilustres, entre los quales se cuentan, Lescun, Renato, Calmont y otros. Luego que Alenzon respiró de su fuga, le causó tanto dolor la infamia de este hecho, que al octavo dia perdió la vida, que habia preservado de una muerte honrosa. En esta célebre pelea no puede negarse que los imperiales se ensangrentaron excesivamente. Pero luego que se aplacó el ardor de los ánimos, fueron tratados con humanidad los prisioneros; y para que la gente del campo no insultase á los soldados vencidos, fueron enviados en compañías separadas con escolta de caballería. De los franceses murieron en la batalla ocho mil; de los imperiales ochocientos, y de la gente principal solo murió ademas de Castrioto don Hugo de Cardona. Salieron heridos Lanoy, el marques del Basto y otros muchos: el despojo fue muy grande, y todo se entregó al soldado en premio de su valor. El Rey Francisco fue llevado á la tienda de Lanoy, acompañándole Pescara, Basto y otros muchos nobles: curáronle con la dili-

gencia y cuidado que correspondia, y le trataron con magnificencia: y á la verdad los vencedores guardaron al Rey prisionero el mismo respeto que podia esperar de sus propios súbditos. Los historiadores refieren de Borbon muchas cosas, segun el odio ó afecto de cada uno, pero las omitimos por no estar asegurados de su certeza.

CAPITULO VII.

Es conducido á Madrid el Rey Francisco. Rebelion de los moriscos de Valencia.

Luego que se divulgó la derrota del exército frances, y la prision de su Rey causó grande inquietud en muchas partes, especialmente á los italianos que ocultamente habian conspirado contra el César, y que quedaron muy aterrados; pero como tan diestros en el arte de disimular, aparentaron la mayor alegria. Enviaron á Lanoy el dinero que en virtud de la anterior alianza debian contribuir, sin embargo de que antes de esta batalla se negaron á darlo; con cuya suma, y otra que se tomó en España á préstamo de los banqueros genoveses, se pagó á los soldados el estipendio de muchos meses que se les debia. Alegres los alemanes con los despojos franceses, se restituyeron á su patria, y se enviaron á Nápoles seiscientos caballos armados. Recibida por los franceses tan triste nueva, y no atreviéndose á permanecer quietos en parte alguna, se ponian en fuga sin que nadie los persiguiese. Los que se hallaban en las costas de Génova se apresuraron á volverse á Francia con el marques de Saluzo. Mayor fue la confusion que hubo en los confines de Nápoles con la derrota del exército del duque de Albano; y las tropas del de Urbino re-

cibieron no poco daño de las de los Colonas, apasionadísimos partidarios del César. Juntáronse todos del mejor modo que pudieron en Civitavechia, y desde allí los conduxo á Francia la armada de Doria. Grande fue el pavor y consternacion que causó en este reyno tan extraordinaria pérdida; pues eran muy pocos los que no lloraban á su padre, á su hijo, á su amigo, ó á su pariente muerto ó prisionero. El hallar remedio á tantos y tan graves males era muy dificil, y no habia ninguno á quien no diese muchos zelos la próspera fortuna del César. En medio de tanta perturbacion de los ánimos, recibió el César en Madrid las cartas en que se le noticiaba la victoria; y habiéndolas leido, y sin mudar en manera alguna de semblante con tan extraordinario suceso, pasó inmediatamente á la capilla á rendir á Dios las debidas gracias. El dia siguiente mandó que se hiciese una solemne procesion; pero prohibió todo regocijo público por esta causa; y estuvo tan lejos de hacer ostentacion de su victoria, que dixo, que las victorias ganadas á los christianos no debian celebrarse como triunfos. Manifestó mucha moderacion en su actual fortuna; y poniendo en práctica sus christianas palabras, mandó dexar las armas en todas partes, á fin de que no se agravase con nuevas molestias la calamidad que padecia la Francia, amonestando esto mismo por cartas á sus confederados. En esta victoria no hubo cosa alguna en que fuese mas brillante y gloriosa que esta moderacion de ánimo.

Por este mismo tiempo se celebraron cortes en Toledo, en las que se establecieron muchas cosas útiles al bien público, y se concedió al César una gran suma de dinero por don gratuito para sostener la guerra. Deliberóse tambien sobre el Rey prisionero, porque reflexionando el César muchas cosas, no

hallaba camino para resolverse en un negocio de tanta importancia. Quiso pues oir los dictámenes de los principales consejeros para que considerado el negocio con madurez, se procurase conciliar lo honesto con lo útil: don García de Loaysa, obispo de Osma, confesor que era del César, dixo: «que debian proponerse al Rey Francisco unas condiciones muy justas, y que si queria el César conseguir victoria de sí mismo, le venciese á él con beneficios: que para adquirir una fama inmortal, no podia hacer cosa mas excelente que vencer con la grandeza de sus beneficios al que habia vencido en la guerra, para que mas bien se asemejase á Dios por la clemencia, que por la elevacion de su excelsa fortuna; que ademas seria muy conveniente al orbe christiano, que sacrificando todo resentimiento convirtiese al enemigo en amigo; y reuniendo sus fuerzas uno y otro, arrojasen de los confines de la Europa al Otomano, y abatiesen la pertinacia de los luteranos, que trastornaban la religion católica con sus nuevos dogmas." Pero don Fadrique de Toledo duque de Alva impugnó un dictámen tan generoso, alegando razones que preferian la utilidad privada del César. Siguiéronle todos los demas, ó porque pensaban como él, ó porque considerando el interior del príncipe, deseaban adularle, vicio comun y perpétuo de todos los cortesanos. Recibió entonces el César cartas del Rey que desde la desgraciada batalla se hallaba encerrado en el fuerte castillo de Pisleon baxo la custodia del capitan Alarcon, y el César le respondió proponiéndole unas condiciones mucho mas duras que las que él se habia imaginado, pues le despojaba de una buena parte de sus dominios. A vista de ellas se irritó gravemente el Rey afirmando que antes acabaria su vida prisionero, que sufrir una cosa tan perjudicial á su

con él, y le descubrió la proyectada conjuracion de arrojar de Italia á los españoles. Ponderóle las fuerzas de los conjurados á quienes faltaba general, y le propuso que si queria admitir este cargo, se le daria en premio el reyno de Nápoles, en lo qual estaba convenido el Pontífice. Estas y otras pláticas continuaron en muchas conferencias que con él tuvo en varios dias. Entretanto recibió Esforcia la cédula del César, en que le declaraba duque de Milán, y en otra á Pescara el título de general. Los venecianos solicitados por los ministros del César para que renovasen el anterior tratado, procuraron dilatarlo y ganar tiempo, persuadidos de que mientras el Rey de Francia estuviese prisionero, no podria establecerse con solidez ninguna alianza.

Habia comenzado Pescara á hacerse sospechoso á los españoles en Lombardía, y los ministros del César extrañaban que no hubiese antes dado cuenta de lo que pasaba, quando el príncipe por su natural curiosidad queria que le noticiasen aun las cosas mas pequeñas; pero á este mismo tiempo llegó Juan Bautista Castaldo con cartas de Pescara para el César, en que le referia todo lo acaecido. En su respuesta le encargó el César que cuidase de que el estado no padeciese detrimento alguno. Inmediatamente encerró á Moron en el castillo de Pavía, y sitió á Esforcia que se hallaba enfermo en la fortaleza de Milán; pero el mismo Pescara que estaba tocado de la thisis, fue víctima de este mal, que en la flor de su edad le conduxo á la sepultura el dia veinte y ocho de noviembre, habiendo nombrado por heredero á su tio el marques del Basto. Su cuerpo fue conducido á Nápoles, y sepultado en la iglesia de Santo Domingo en un magnífico túmulo cerca del altar mayor.

Dos años antes fue tomada Rodas por Soliman con grandes fuerzas, causando esta pérdida universal do-

lor en el orbe christiano, pues fácilmente se hubiera conservado esta isla, si los príncipes hubiesen desistido de sus discordias. Arrojados de allí los caballeros de Jerusalem se establecieron en Italia, pasando por este tiempo Felipe de Villers gran maestre de la orden á pedir socorro al César. Recibieron los españoles con extraordinario regocijo á este hombre tan ilustre por la fama de sus hechos. Oyóle el César con mucha atencion, y elogiándole como merecia por su heróyco valor, le cedió para siempre las islas de Malta y Gozo cercanas al promontorio de Paquino ó Capo Passaro en Sicilia, y la ciudad de Trípoli situada en el continente de Africa entre las dos Sirtes, dándole ademas veinte y cinco mil escudos para los gastos de establecer en Malta el domicilio de la orden.

Despues de esto dirigió su atencion contra la impiedad de los moros, apóstatas del christianismo, que antes abrazaron por fuerza. Fue encomendado el negocio de extirpar esta superstición á don Gaspar de Avalos obispo de Guadix, y muchos hombres doctos trabajaron en hacerlos conocer sus errores, pero sin fruto. Por lo qual se mandó por un edicto á todos los moriscos indistintamente, que volviesen á la fé christiana, ó que saliesen de España en todo el mes de enero del año siguiente. En el distrito de Valencia se habia propagado desmesuradamente esta raza de gente, y despreciando el mandato del César, fue preciso recurrir á las armas. Consternados los moriscos desampararon sus casas y haciendas, y se refugiaron en gran número en lo mas intrincado de los montes con sus hijos y mugeres. Parte de ellos se pasaron á la Africa; pero en los inaccesibles peñascos de la sierra de Espadan se habian fortificado quatro mil con armas. Mandó el César al duque de Segorve que les hiciese la guerra, y habiendo reclutado prontamente un exér-

cito de gente del campo, y de las ciudades con alguna caballería de la nobleza, se encaminó al enemigo. Hubo varios ataques de una y otra parte, causándose recíproco daño, pero el enemigo se mantenia inmóvil. Acudió oportunamente al socorro del duque de Segorve Rocandulfo con una tropa de alemanes que conducia á Italia, con cuyo auxilio se renovó la guerra con mayor esperanza de sujetar á los rebeldes. Era muy dificil la subida por lo fragoso de aquellos parages, y al principio causaban terror á los soldados las piedras que arrojaban los enemigos desde lo alto del monte. No obstante, animados por las exhortaciones de sus capitanes subieron á la cumbre aunque con muerte de los primeros que llegaron. Luego que vinieron á las manos se trabó una atroz pelea, estimulando á unos la ira, y á otros la desesperacion. Los alemanes no dieron quartel á ninguno: quedaron muertos dos mil moriscos, y fue muy grande la presa que se les hizo. Los demas que quedaron vivos fueron reducidos á esclavitud por los españoles.

Las cosas de Portugal se hallaban en un estado próspero aunque con algunas desgracias. El Rey don Juan habia casado con doña Catalina hermana del César, y se celebraron las bodas en Estremoz con extraordinario regocijo el dia cinco de enero. Este matrimonio fue feliz en su fecundidad si hubiera vivido la numerosa prole que tuvieron. Siguióse la muerte de doña Leonor muger de don Juan el Segundo, despues de una larga viudez empleada en obras de piedad: su caridad para con los miserables y afligidos fue tan grande, que por voz comun de todos era llamada la buena madre de los pobres.

Continuaban todavia en Flandes las discordias civiles, y doña Margarita dirigió sus armas contra los frisios, que rehusaban obedecerla, nombrando por

generales de sus tropas á Juan Guassenor, y á Skenkio, los quales sujetaron las ciudades inquietas. Pelearon contra los gueldrios, y quedaron estos vencidos; pero Guassenor recibió una herida en esta pelea que por haber sido mal curada le costó la vida. Acaecieron despues nuevos tumultos, y rebeliones contra la autoridad de los magistrados, y tomaron las armas los pueblos, que quasi siempre se arman para su propia ruina. Aun era mas cruel la peste que desolaba la Alemania suscitándose á cada paso horribles tumultos, y sublevaciones entre los labradores, y gentes pobres incitados por Tomás Muncero hombre que parecia haber salido del infierno. No se veia otra cosa que maldades y delitos, muertes, rapiñas, incendios, y en fin un general trastorno de todas las cosas. Para ocurrir á tantos males tomaron las armas los príncipes, entre los quales sobresalió el valor del duque de Saxonia. Hicieron una horrible carnicería en aquellos miserables, habiendo sido muertos ciento y cincuenta mil de ellos, con cuya sangre se extinguió el contagio que tanto se habia propagado. Celebróse en Roma el jubileo con poca concurrencia de gentes, asi por la turbacion general que causaba el estruendo de las armas, como por la impiedad de los hereges que no cesaban de clamar contra las sagradas indulgencias. Murió en Verule el cardenal Guillelmo Ramon natural de Valencia, que habia sucedido en el obispado de Barcelona á don Martin García, y su cuerpo fue llevado á Roma, y sepultado en la Basílica de Santa Cruz. Para aquella mitra propuso el César á don Luis Folch de Cardona, quien tomó posesion en los años siguientes. Habiendo fallecido don fray Diego Deza, arzobispo de Sevilla, le sucedió don Alonso Manrique, obispo de Córdova; el qual disgustado del gobierno de don Fernando el Católico se habia

pasado con otros nobles á Flandes para emplearse en obsequio del príncipe don Carlos: en premio de este mérito obtuvo entonces el obispado de Córdova, y ahora fue trasladado á otro mas opulento.

CAPITULO VIII.

El Rey Francisco es puesto en libertad. Casamiento del César en Sevilla con doña Isabel hija del Rey de Portugal. Vuelve á encenderse la guerra en Italia.

Tratóse en el consejo de las condiciones con que debia darse libertad al Rey Francisco, la qual apresuraba el César con la esperanza de recobrar la Borgoña, que en otro tiempo fue patrimonio da sus mayores. Deseaba tambien con ardor oprimir á los conjurados de Italia, estando irritados especialmente contra Esforcia, que tan pronto se habian olvidado de los beneficios recibidos; y esperaba que estando quieto el Frances podria conseguir mas fácilmente sus designios. Lanoy y los flamencos tenian los mismos deseos; pero el canciller Gatinara estaba propenso á favorecer á los italianos. Finalmente con la venida de Borbon se dedicó á resolver de una vez este negocio. La detencion consistia en las bodas de doña Leonor, con la qual habia ofrecido casarle, y no podia faltar á su palabra sin desdoro de la magestad. Convenia mucho tratar la cosa con arte, y atender mas á la utilidad, que á la fama y á los juicios que podian formar los hombres, que es el modo mas comun en los príncipes de conservar, ó extender su imperio. Habiendo pues llamado á doña Leonor, respondió que jamás habia pensado en dar la mano á un hombre fugitivo; por lo qual el César imposibilitado

de cumplir su promesa, y á fin de suavizar á Borbon el dolor de la repulsa, le confirió el principado de Milán, quitándosele á Esforcia en castigo de su proyectada conjuracion. Sandoval que es testigo ocular, asegura que la cédula se guarda en el archivo de Simancas. Finalmente el César y el Rey de Francia hicieron un tratado en Madrid, y lo ratificaron con juramento á mediados de enero del año mil quinientos y veinte y seis. 1526. Si fue justo ó injusto, no lo disputarémos aqui. Solo diré que contenia quarenta y quatro artículos; los quales persuadido el Rey de que no podian tener fuerza de ley que le obligase, como exîgidos violentamente á un prisionero, no cuidó en adelante de cumplirlos. Fueron señalados por rehenes de este contrato el delfin, y el duque de Orleans, y en caso de que el Rey no pudiese cumplir lo que ofrecia, se obligó á volver prisionero baxo la potestad del César, restituyendo éste los rehenes.

Arregladas de este modo las cosas, y habiéndose concertado la boda de doña Leonor con el Rey que lo deseaba con ardor, se hablaron muchas veces á solas los dos príncipes, y se pasearon en una misma litera. El Rey en compañía del César visitó á su prometida esposa doña Leonor, con quien no habia de desposarse hasta que cumpliese las condiciones del tratado. Entretanto no tuvo el Rey ningun alivio en el rigor de su prision; por lo qual creyeron muchos que aquella concordia estaba llena de discordias, y que la amistad de un parentesco conciliado con tan poca libertad, seria muy poco durable. Ultimamente se puso el Rey en camino para Francia, y el César despues de haberle acompañado algunas leguas, y despedídose de él con muchas señales de benevolencia, partió á Sevilla, donde tenia resuelto celebrar sus bodas. Llegó Francisco á Fuenterrabía,

y madama Luisa su madre envió desde Bayona á sus nietos el delfin, y el duque de Orleans acompañados de Lautrec, y de una escolta de cincuenta caballos manifestando con lágrimas copiosas el dolor que le causaba su separacion. El dia diez y ocho de marzo se presentó el Rey con Lanoy y Alarcon, que llevaban igual escolta, á la orilla del rio que separa á España de Francia. En medio de su corriente estaba un navío magníficamente adornado, y habiéndose hecho en él la permuta de los príncipes, recibió el condestable Velasco los rehenes, y los conduxo á Castilla. El Rey Francisco montó en un caballo turco, y lleno de gozo en una sola carrera llegó á San Juan de Luz, y desde alli pasó á Bayona, adonde fue recibido con increible alegria por su madre, y con extraordinario aplauso de sus cortesanos.

Mientras que esto sucedia en Vizcaya, don Fernando de Aragon, y don Alonso de Fonseca arzobispo de Toledo con un lucido acompañamiento de nobles pasaron á la villa de Alcántara, situada en los límites de Portugal y Castilla, á recibir á doña Isabel hija del Rey don Manuel, prometida en casamiento al César por medio de sus embaxadores, habiendo dispensado el Papa el impedimento de consanguinidad que tenian. Los hermanos que la seguian y acompañaban entregaron con toda solemnidad á don Fernando de Aragon esta princesa que era de singular hermosura, y de excelente índole, adornada con un riquísimo vestido esmaltado de piedras preciosas, como convenia á la hija de un Rey; y tomando don Fernando en la mano las riendas del caballo en que iba la Reyna, declaró que recibia la esposa del César para conducirla á su esposo. Luego que llegó á Sevilla esta comitiva, entró tambien el César baxo de un pálio de oro, que llevaban los ma-

gistrados. Recibióle el pueblo con las mayores demostraciones de contento, y con muchos vivas y aplausos que resonaban en toda aquella gran ciudad. Encaminóse á la catedral con pompa triunfal, y despues de haber dado gracias á Dios, pasó al magnífico alojamiento que le tenian prevenido, en el qual los casó el arzobispo de Toledo. Hiciéronse magníficas fiestas pero se interrumpieron, porque en medio de esta alegria, vino la triste nueva de la muerte de doña Isabel hermana del César, que estaba casada con Christierno Rey de Dinamarca. Los nobles portugueses que habian acompañado hasta Sevilla á su augusta Reyna, se volvieron á su patria cargados de dones.

Despues de concluidos los regocijos públicos, se trasladó el César á Granada, donde se detuvo algun tiempo para restablecer el orden en las cosas sagradas, y políticas que estaba muy alterado por causa de los moros. Los regidores de la ciudad se quejaron en un memorial de las injurias que á cada paso hacian algunos jueces á aquellos infieles. En su vista mandó el César á don Gaspar Dávalos, don Antonio de Guevara y otros hombres de conocida probidad que fuesen por los pueblos á informarse de la verdad; y habiendo vuelto de su comision le hicieron presente que los moros habian abjurado pérfidamente el christianismo, ostigados de la avaricia y soberbia de sus curas. Para desarraygar estos abusos tan contrarios á la verdadera piedad, mandó el César que exâminasen este negocio Manrique arzobispo de Sevilla, y inquisidor general; Loaysa obispo de Osma, fray Pedro de Alba arzobispo de Granada, don Diego Villaman de Almería, don Juan Suarez de Mondoñedo, don Alonso de Valdés de Orense, y don García de Padilla teniente de gran maestre de Calatrava, con otros

varones sabios, y experimentados; los quales en una junta acordaron, que desde Jaen se trasladase á Granada el tribunal de la inquisicion, que tuviese cuidado de exâminar de mas cerca la religion, y costumbres de aquellos hombres; lo que fue executado inmediatamente. Ademas de esto se mandó que los moros dexasen su trage, y lengua arábiga, y usasen del vestido y del idioma español; y que á los muchachos se les instruyese con mucha diligencia en la doctrina christiana. Pero estas y otras saludables disposiciones no tuvieron cumplido efecto, porque todo lo corrompia el oro de Africa. Dieron al César ochenta mil escudos, y otra suma á sus cortesanos: y finalmente creciendo la envidia, y emulacion, y disputando entre sí los jueces sobre el conocimiento de las causas de los moriscos, aunque las cosas se habian arreglado en buena forma, de alli á poco padeció todo un general trastorno.

Entretanto el Rey de Francia Francisco pasó desde Bayona á Coignac, donde habia mandado juntar los estados del reyno para deliberar acerca del tratado hecho con el César; pero en realidad no era otro su designio que hacerle la guerra sin el menor respeto á lo que habia jurado. Enviáronle embaxadores el Ingles, el Pontífice, los venecianos, y Esforcia: el intento de todos era arrojar á los españoles de Italia, y recobrar á fuerza de armas los rehenes que habia dado al César el Rey Francisco. Amonestado éste por Lanoy, y Alarcon, luego que espiró el término señalado para que cumpliese la palabra baxo la qual habia sido puesto en libertad, descubrió su mala fé diciendo: «que no podia determinar cosa »alguna acerca de la Borgoña contra la voluntad de »los estados del reyno que se oponian á lo que habia »pactado con el César. Mas porque esto no estaba en

»su arbitrio, pedia amigablemente al César se dignase »admitir una recompensa pecuniaria, y que en todas »las demas cosas cumpliria fielmente lo prometido." Dió Lanoy aviso al César de la respuesta del Rey, y no puede explicarse el vivo sentimiento que le causó, y la ira que concibió al ver desbaratados sus proyectos por la perfidia francesa. Consideraba que si queria castigar al Rey apoderándose de la Borgoña, y tomar venganza de los conjurados haciéndoles la guerra, convertia contra sí las armas de todos ellos en un tiempo tan peligroso, y revuelto en que los milaneses sacudian con tanto esfuerzo el yugo de los imperiales. Para ocurrir á estos males mandó á Borbon que se dispusiese para pasar á Italia. Dióle cien mil escudos para sueldo de las tropas, y ochocientos españoles con siete galeras, ofreciéndole que con la mayor presteza le enviaria mayores fuerzas. Moncada fue enviado embaxador á Roma para que viéndose al paso con Lanoy, y explorada nuevamente la voluntad del Rey Francisco, procurase atraer al Papa á su partido; y no habiendo podido conseguir cosa alguna del Rey, pasó á ver á Esforcia, y le exhortó á la paz. Pero él se negó á ella, diciendo que no podia alterar nada sin el consentimiento de los demas confederados. Intentó inútilmente ganar á los venecianos con sus cartas, y finalmente se presentó al Papa, y le prometió que el César haria quanto pudiese por defender la libertad de la Italia, por cuya causa no habia perdonado los gastos ni la sangre de sus súbditos. Al mismo tiempo le recordó los beneficios que habia hecho el César á la casa de los Médicis: mas á pesar de todo nada adelantó con el Pontífice, ni pudo penetrar sus designios. Desde allí se trasladó Moncada á Nápoles, estando resuelto á volver luego á Roma para hacer guerra al Papa.

Mientras tanto fueron conducidas las tropas venecianas, y las del Pontífice, que mandaba el duque de Urbino, á los confines de la Lombardía, y esperando la llegada de los suizos que habian tomado á su sueldo, consumieron inútilmente el tiempo, dexando perecer á Esforcia, que se hallaba sitiado en la fortaleza de Milán, y falto de todas las cosas necesarias. No obstante se apoderaron de Lodi por la traicion de Luis Vistrini, noble lombardo, habiéndose escapado Fabricio Marramaldo capitan valeroso con algunos pocos napolitanos, y los demas fueron muertos, ó hechos prisioneros. Con este suceso se animaron mas los confederados, que esperaban libertar al sitiado Esforcia. Aumentadas sus tropas con la llegada de los suizos, intentaron por dos veces tomar á Milán; pero la arribada de Borbon con los españoles inutilizó sus conatos. Por esto pues no pudiendo ya Esforcia mantener la fortaleza combatida tan largo tiempo por el hambre, la entregó solemnemente á Borbon el dia veinte y quatro de julio, y desde alli se pasó al campo de los confederados.

Por este tiempo acometió Soliman al reyno de Hungría, y venció y derrotó en una terrible batalla cerca de Mogaz al Rey Luis: el qual habiéndose puesto en fuga, cayó de su caballo, y pereció en una laguna. La Reyna doña María su muger abandonó á Buda ciudad capital del reyno, y cubierta de luto y tristeza se retiró á Viena de Austria. Despues de la muerte del Rey Luis sin dexar sucesion alguna, y con el consentimiento de los bohemos, subió don Fernando al trono de este reyno por derecho hereditario de su muger, y por el que alegaban los príncipes austriacos. El de Hungría que se hallaba dividido en facciones, le alcanzó despues

con las armas, habiendo vencido y hecho huir á Juan Sepusio que le habia usurpado. Sin embargo duró largo tiempo la guerra, cuya narracion omitimos por ser propia de los historiadores de aquella nacion.

Aumentábase cada dia con nuevas quejas la antigua enemistad que reynaba entre el Pontífice y el cardenal Colona. A éste pues recibió Moncada baxo de su proteccion por ser muy adicto al César; y deseaba en gran manera impedir que el Papa tomase parte en la guerra de la Lombardía. Para conseguirlo reclutó prontamente algunas tropas, y las juntó con las de los Colonas, y amenazando á otras ciudades de la campiña de Roma, introduxo de repente su exército en esta capital, y hizo su entrada por la Puerta Lateranense con tanta quietud y órden, que ninguno de los artesanos interrumpió su trabajo, ni padeció el menor agravio de la tropa. Marchó ésta en derechura al Vaticano, y estos soldados christianos, mas perversos que los mismos bárbaros, sin tener respeto alguno ni obediencia á sus capitanes, le saquearon en un momento, junto con el Sagrario de aquel templo tan venerado de todo el mundo. El Pontífice no pudo ser cogido porque se escapó felizmente con los cardenales y su familia, y se encerró en el castillo de San Angel. Desde allí llamó á Moncada, y habiéndole dado rehenes tuvieron una conferencia. Disculpóse éste como pudo de la maldad de su gente; que habia sido executada contra sus órdenes, y quitando al soldado parte de las alhajas que habia robado, las restituyó al Pontífice, quien por su parte se disculpó tambien de haber entrado en la guerra contra el César. Despues de muchas quejas recíprocas, se convinieron al fin al segundo dia en que las tropas de uno y otro se sacasen del territorio enemigo, y hubiese una sus-

pension de armas, lo qual reclamó Colona que estaba en gran manera irritado contra el Pontífice.

Mientras tanto fue entregada baxo de ciertas condiciones la plaza de Cremona, acometida con mucho esfuerzo, y por largo tiempo por los confederados. Pero alternando en el Pontífice la ira y el miedo con la palabra que tenia dada, sacó su exército de la Lombardía como lo prometió, y deseoso de la venganza lo envió contra las tierras de los Colonas baxo el mando de Vitelio, quien lo llevó todo á fuego y sangre. A este mismo tiempo fueron llamados de Francia Lanoy y Alarcon, y con una armada española se apoderaron del puerto de Gaeta, habiendo recibido en su navegacion algun daño de la armada de los confederados. Desembarcaron alli siete mil soldados, y acudiendo Lanoy al socorro de los Colonas tan mal tratados por el Papa, volvió á encenderse la guerra. Entretanto Jorge baron de Fronsberg, que era muy adicto al César, introduxo en la Italia un exército de trece mil alemanes y quinientos caballos. El duque de Ferrara, que á causa de sus antiguas discordias con el Pontífice habia entrado por este tiempo en la alianza y amistad del César, le ayudó con dinero y artillería. El exército molestaba quanto podia á las tropas de Urbino, y tuvieron freqüentes peleas, en las quales fue muerto por una bala de artillería Juan de Médicis hombre intrépido en la guerra, y de mucho talento, pero venal y de una inconstancia extrema.

Habiendo pasado el Pó el exército aleman, extableció su campo entre Parma y Plasencia, y alli se le juntó muy á tiempo el príncipe de Orange, que habiendo alcanzado de los franceses su libertad con dinero, se habia detenido en Mántua. Este año se pasó mas bien en disponer la guerra que en hacer-

la; revolviendo entretanto los confederados muchos proyectos. El Ingles que era hombre vano, se arrogaba el título de árbitro de la paz y de la guerra, aunque nada habia aventurado, á excepcion de una corta suma que envió al Pontífice para los gastos. El Rey Francisco se hallaba entregado á los placeres, si hemos de dar crédito á los escritores de su nacion, y olvidado enteramente de los cuidados de la guerra, sin embargo de que á él le importaba mas que á otro alguno. Envió un corto número de galeras á la armada comun de los confederados al mando de Pedro Navarro, y al marques de Saluzo con un corto número de tropas mal pagadas. Los venecianos obraban con actividad segun lo pactado en la alianza; pero el duque de Urbino, á quien habian conferido el mando de sus tropas, hacia la guerra con mas ostentacion que vigor. Del despojado Esforcia no habia que esperar socorro alguno. El Pontífice tenia mucha falta de dinero, y los florentinos ya no tenian que darle, por lo qual envió á todas partes legados hábiles que exhortasen á los confederados á que mirasen por la causa comun. Al mismo tiempo trataba de paz con el César, y rehusó las condiciones que se le enviaron de España, las quales afirmaba el duque de Sesa embaxador del César en Roma, que no se podian mudar en cosa alguna. Escribiéronse recíprocamente muchas cartas, enviáronse muchos mensageros, y al fin fueron desechadas las condiciones. El César y el Papa mudaban de parecer al paso que las cosas mudaban de aspecto, y todo era ficcion, y palabras contrarias á sus designios: entreteníanse uno á otro con vanas esperanzas, para ganar tiempo, y llevar adelante lo que tenian comenzado; y entretanto la miserable Italia, cuya causa se jactaban de defender, padecia la pena de sus discordias.

CAPITULO IX.

Prosigue la guerra de Italia. Liga del Pontífice y otros príncipes contra el César. Asalto de Roma por Borbon.

1527. Siguióse el año veinte y siete de este siglo, funesto á la verdad, y horrible por sus muchas calamidades. La Italia fue de tal manera molestada con muertes, destierros, robos, hambre y peste, que jamás padeció tanto en los tiempos anteriores con las incursiones de los bárbaros. Habiendo Borbon exîgido dinero á los milaneses con la mayor violencia, compuso un exército muy numeroso y fuerte con los soldados veteranos, y los socorros que recibió de Alemania. Sacó con astucia veinte mil escudos á Moron, amenazándole con la muerte; y atraido despues del ingenio de este hombre, se valió de él para todas sus empresas. Dexó á Leyva en Milán con una mediana guarnicion, y en el mes de enero puso en marcha sus tropas con el marques del Basto, y para mantenerlas con mayor abundancia, hizo una invasion en el campo de Bolonia con auxilio y consejo del duque de Ferrara. El Pontífice muy confiado en el socorro de los confederados, ó arrebatado de la ira, habiendo contravenido á las treguas que últimamente tenía hechas con Moncada, volvió de nuevo á tomar las armas contra los Colonas con mayor esfuerzo que antes, y á no haber sido porque en los principios le faltó dinero, ó por la perfidia de sus capitanes, que mas querian mandar por largo tiempo que vencer, hubiera conseguido la victoria, pero á lo menos puso á Nápoles en gran peligro. Es cierto que Vitelio habia rechazado del sitio de Frusalon á Lanoy con alguna pérdida, pero no

quiso seguirle á pesar de las reclamaciones del legado pontificio, y finalmente alegando algunos falsos pretextos, se restituyó con las tropas á Piverno. Al mismo tiempo hacia la guerra en el Abruzo Superior con próspero suceso el general Renzo, y habiendo vuelto á Roma, donde era necesaria su presencia, fueron recobrados Aquila y otros pueblos por Carrafa conde de Montorio, y puestos en fuga sus hijos, los quales se habian pasado á los confederados. Horacio Baleoni saqueaba impunemente las costas de Nápoles con la armada veneciana y pontificia, llevando consigo á Vallemont hermano del duque de Lorena, llamado por el Papa para promover los antiguos derechos de la casa de Anjou. Tomada Salerno ciudad principal del principado Citerior, corrió ligeramente Baleoni por las faldas del monte Vesuvio hasta las puertas de Nápoles, obligando á Moncada que tenia menos fuerzas, á encerrarse dentro de los muros de la ciudad. Mas como no venian de Francia ningunos socorros parecia mas aquella empresa un tumulto que una guerra. Causaba esto mucha inquietud al Pontífice, y comenzó á desconfiar del feliz suceso, y á implorar el auxîlio de los confederados. A la verdad despues que con tantos esfuerzos, y con tan poco fruto habia acometido al reyno de Nápoles, dexó de ser temido por los imperiales. Por el contrario temia mucho á Borbon que venia con un exército muy poderoso. Detestaba una guerra tan infausta, y al mismo tiempo no podia avenirse á la paz. Asi pues, viéndose en tan estrecho conflicto, acudió segunda vez al refugio de las treguas. Concedióselas Lanoy el dia quince de marzo, deseoso de alejar la guerra del reyno que estaba á su cargo; y pasó desde Nápoles á Roma para ratificarlas. No podia el Pontífice soportar los gastos de la guerra, y

confiado vanamente porque tenia consigo al fiador de las treguas, despidió su exército. Entretanto se iba acercando Borbon: saqueaba y talaba todos los lugares por donde pasaba, infundiendo por todas partes el terror y el espanto, siendo testigo de todo esto el exército de los confederados, que le seguia, sin procurar la venganza de tantos estragos. El marques del Basto que conocia la impiedad de Borbon, para no implicarse en su maldad abandonó el campo, y se retiró á Nápoles. No se atrevió Lanoy á enviar mensagero á Borbon con la noticia de las treguas que habia hecho con el Papa, ni tampoco á venir á su campo, temeroso del furor de las tropas, irritadas con la esperanza del saqueo, y de que no podria conseguir nada de un hombre tan duro y violento. Este pues arrebatado de la venganza, declaró nulas las treguas por haberse hecho sin orden suya, que era teniente del César en Italia. El duque de Urbino, y el marques de Saluzo pusieron su campo en el territorio de Florencia á fin de defender la ciudad, pero Borbon habiendo amenazado á los florentinos para encubrir sus intentos, mudó de improviso su marcha, y encaminó su exército ácia Roma. Atónito y amedrantado el Pontífice con esta nueva, encargó á Renzo la defensa de la ciudad. Juntó éste aceleradamente las tropas, mandando tomar las armas á todo género de oficiales y artesanos, y repartió por los muros esta inútil y inexperta milicia, cuyo número dicen algunos que llegaba á seis mil hombres. Presentóse Borbon con su exército á vista de la ciudad, y al dia siguiente los españoles é italianos arrimaron las escalas á los muros, y subieron por ellas exhortándolos Borbon con su voz y con su exemplo, pues fue el primero que subió con valerosa intrepidez. Los alemanes intentaron derribar las puertas á fuer-

za de golpes, y se comenzó una pelea sangrienta y tumultuosa. Cayó Borbon de los primeros, atravesado de una bala por las ingles; pero no se abatió el ánimo de los soldados con la muerte de su general, antes irritados, con mas ferocidad, pelearon con mayor esfuerzo, y rechazaron y arrollaron quanto se les puso delante. Finalmente ganadas las murallas, y quebrantadas las cerraduras de las puertas, ocuparon una parte de la ciudad con diversas tropas, matando sin distincion á todos los que encontraban. Despues de esto embistieron con igual furor la puente del Janículo, y renovaron el estrago. Consternado el Pontífice con tan horrible tumulto, y viendo ya al enemigo dentro de Roma, se encerró apresuradamente en el castillo con los cardenales y los embaxadores de los confederados. Renzo y otros buscaron el mismo refugio, conociendo ser imposible la defensa de la ciudad.

Cansadas las perversas manos de los soldados de derramar sangre, se convirtieron al saqueo. Profanaron, incendiaron, y destruyeron las cosas mas sagradas, sin temor, ni miedo de aquel Dios que tenian presente. Echáronse sobre los bienes y riquezas de todos, y todo lo robaron y saquearon promiscuamente sin distincion, de sagrado ni profano. Su brutalidad desenfrenada no perdonó ni aun el pudor de las vírgenes consagradas á Dios. Los ciudadanos opulentos fueron atormentados con exquisitos suplicios para que manifestasen sus riquezas, y otros rescataron sus personas, las de sus mugeres, hijos y casas á costa de enormes sumas. No hay en fin ningun género de contumelia y atrocidad que no cometiese el soldado especialmente los luteranos alemanes, que hicieron los mas crueles insultos á los obispos y demas personas venerables por su sagrado carácter, sin perdonar su

impiedad sacrílega á los templos y casas religiosas, ni á las imágenes de los Santos; calamidad espantosa, que hizo derramar al Papa copiosas y amargas lágrimas! Fue tomada Roma, aquella señora del mundo entero, el dia seis de mayo: y en siete dias fue desolada y aniquilada por el furor militar, habiendo sido muertos quatro mil romanos, y apenas mil de los imperiales. El príncipe de Orange fue saludado general por el exército en lugar de Borbon, cuyo cuerpo enterrado á la entrada de la fortaleza de Gaeta en un sitio profano, careció de los honores fúnebres; grande exemplo de las vicisitudes humanas; pero castigo propio de un hombre que se hallaba herido con el rayo del Vaticano. Su muerte fue muy poco sentida, porque el nombre de transfuga le habia hecho aborrecido de todos, y como si su sombra detestable anduviese vagando por la familia, excitó de tal suerte contra ella el odio de los Reyes de Francia, que no habia ninguna á quien tanto aborreciesen.

Los florentinos valiéndose de esta ocasion para reprimir el poder de los Médicis, que les era insoportable, se sublevaron contra Hipólito y Alexandro, y los arrojaron de la ciudad, y restableciendo la antigua forma de república, crearon dictador á Nicolás Coponio, con increible sentimiento del Pontífice, que era en extremo apasionado á su familia. Perdió finalmente la esperanza del socorro de sus socios que se estaban quietos en su campo, sin haber hecho la menor cosa para librarle, y fatigado de tantos trabajos, y de un encierro tan cruel, se entregó baxo unas condiciones poco honrosas. Despojado pues el Papa de su tesoro, y de las ciudades fortificadas, le quitó el César la facultad de hacerle mal; pues en sus cartas á Lanoy le previno que no permitiese que el prisionero volviese de nuevo á ser su enemigo. Es cierto

que al principio detestó el César la maldad de Borbon; pero se aprovechó del fruto de la victoria, con poco miramiento de su fama, y con mucha indignacion de toda la España, que como todo lo restante del orbe christiano, se horrorizaba de la maldad atroz y vergonzosa de haber tratado al sumo Pontífice con tanta impiedad y avaricia. Mientras que por todas partes se juntaba dinero por buenos y malos medios para pagar el sueldo, y satisfacer la codicia de los soldados, obligando á ello la necesidad, fue entregado el Papa y los cardenales á Alarcon para que los custodiase en la misma fortaleza, habiendo puesto en libertad á los demas. Entretanto Lanoy fue tocado de la peste que entonces affigia á Roma, y se retiró á Aversa, donde murió, como dice un historiador napolitano. Su cuerpo fue llevado á aquella ciudad capital del reyno, y sepultado honoríficamente. El César le habia colmado de muchos y opulentos principados, y su hijo tomó el título de príncipe de Sulmona. Sucedióle en el gobierno de Nápoles Moncada hombre poco grato al Pontífice.

La Lombardía estaba dividida entre Leyva y Esforcia, que mútuamente se hacian la guerra con medianas fuerzas, y mas bien para defenderse que para ofender. Pero Leyva como era tan intrépido y activo, aprovechándose de una ocasion que se le presentó, sacó de noche sus tropas de Milán, y al salir el sol acometió con grande ímpetu al campo enemigo, y mató á mas de dos mil, como si estuvieran encerrados en una red, habiéndose escapado muy pocos. En lo mas crudo del invierno fue tomada Novara por Timelo, despues de haber arrojado la guarnicion que allí tenia Esforcia; y el soldado acostumbrado á vivir de rapiñas y robos, hizo muchas presas en todo el pais, sin distincion alguna de amigos y enemigos.

De este modo los príncipes para defender sus derechos lo trastornan todo. El César habia escrito con mucha sumision al Pontífice disculpándose de lo hecho, y tambien escribió á los demas príncipes, atribuyendo toda la culpa á Borbon. El Ingles no le dió respuesta alguna; pero habiendo enviado al arzobispo de York á Amiens, hizo una nueva alianza con el Frances, con el piadoso objeto de poner en libertad al Pontífice, y borrar esta ignominia del nombre christiano. Mas la verdad era que le abrasaba la emulacion de la contínua felicidad del César. Los venecianos atraxeron á esta alianza á los florentinos, á los quales intentó en vano el César atraer á su partido por medio del duque de Ferrara.

Arregladas las cosas de España, y establecida una junta de hombres grandes en sabiduría y prudencia, á quienes encomendó el cuidado de defender y conservar el decoro de la magestad real; y suscitándose nueva discordia con el Frances, salió el César de Granada, y vino á Valladolid con la Emperatriz que estaba en cinta. Poco despues, á saber el dia veinte y dos de mayo dió á luz un niño, á quien pusieron el nombre de Felipe en memoria de su abuelo, y fue bautizado por el arzobispo de Toledo. Toda la España se llenó de extraordinaria alegria, y con este motivo se hicieron fiestas públicas; pero habiéndose recibido la noticia de la toma y saqueo de la capital del mundo christiano, fueron interrumpidas para no agravar con estos regocijos el universal dolor y tristeza, aunque despues fueron renovados con grande pompa y gastos inmensos. Hubo torneos entre los grandes del reyno, en cuyos combates se aventajó el César, y se halló presente á las corridas de toros; y finalmente no faltó cosa alguna á la pública alegria.

En este mismo tiempo se encendió de nuevo la

guerra con mayor esfuerzo, habiendo desechado el César las condiciones que los confederados querian prescribirle, con menoscabo de su dignidad imperial. Fue nombrado Lautrec por generalísimo á peticion del Ingles; y se hicieron todos los preparativos necesarios para una larga guerra. Mientras tanto Lautrec, habiendo pasado los Alpes con un expedito exército, acometió á la Lombardía, y tomó á Bosco. Andres Doria estrechaba á Génova, y impedia que la entrase socorro por mar. Fue Lautrec llamado oportunamente, y se apoderó de la ciudad y de la fortaleza; y habiendo sido arrojados los Adornos, volvió Tribulcio auxiliado de una guarnicion francesa, y se le confirió el gobierno. Aumentadas despues las tropas de Lautrec, acometió con mucho esfuerzo á Alexandría, cuyos muros batió Navarro con la artillería y con minas subterráneas. Los imperiales despues de haber dado muchos exemplos de valor en la defensa de esta ciudad, la entregaron al Frances baxo la condicion de quedar salvas sus personas y bienes. Los embaxadores de los confederados obtuvieron que esta plaza se restituyese á Esforcia, no sin disgusto de Lautrec que deseaba retenerla. Fue tomada tambien Pavía con las mismas condiciones; y Lautrec la preservó de ser reducida á cenizas, como querian sus tropas, teniendo todavia muy vivo el dolor de la anterior derrota. Abstúvose por entonces de invadir el resto de la Lombardía, y se contentó con poner guarnicion en Viagras, para impedir que Leyva no pudiese salir de Milán donde se hallaba encerrado, y para que con este estímulo no le abandonasen Esforcia y los venecianos hasta concluir la guerra; lo qual les desagradó mucho, pues nada deseaban tanto como el arrojar al enemigo de sus fronteras. Rara vez hay concordia en las guerras de los aliados, pues cada uno de ellos

mira solo á su utilidad particular, y los mas poderosos con el deseo de conseguir lo que intentan, ni cuidan del bien de sus socios, ni de su misma fama. Porque al poder acompaña la soberbia, y á ésta sigue muy de cerca el desprecio de los mas débiles. Finalmente juntó el Frances un poderoso exército con las tropas que cada dia le llegaban y se puso en marcha á Plasencia. Los suizos caminaban con mucha lentitud, porque repugnaban al principio alejarse tanto de su patria, y al fin pidieron licencia para retirarse, como lo hicieron. Para suplir su falta procuró el Rey Francisco reclutar nuevas tropas en Alemania, y entretanto no perdió el tiempo Lautrec delante de Plasencia, pues con ruegos y amenazas atraxo á su partido á los duques de Ferrara y Mántua.

En este mismo tiempo fray Francisco Quiñones de los Angeles ministro general de los Franciscanos, traxo órdenes del César para que sin demora alguna fuese puesto en libertad el Pontífice, con ciertas condiciones. Muchos creyeron que hizo esto para anticiparse á sus adversarios, pues si ellos hubieran libertado al Papa, recaeria sobre el César una eterna infamia, que ninguna cosa seria capaz de borrarla. Deseoso el Pontífice de verse libre, y estando oprimido de deudas, y sin tener de qué echar mano para pagar su sueldo á los soldados, que lo pedian con insolencia, confirió por dineros los capelos vacantes. Finalmente ajustado el negocio con Moncada envió éste á Roma á Serenon su secretario, y á los principios del mes de diciembre salió disfrazado el Pontífice del castillo por una puerta secreta, á fin de que los luteranos no le hiciesen ningun insulto, y se trasladó á Orvieto acompañándole Luis Gonzaga con una escolta de imperiales. Los confederados no hicieron cosa alguna memorable en los dominios pontificios donde

estuvieron ociosos, sirviendo mas de carga que de auxilio. Los españoles y los italianos aviniéndose mal con los alemanes, se retiraron á las tierras de la Toscana para evitar la peste, pero los alemanes permanecieron en Roma con grave daño suyo, porque el contagio hacia en ellos los mayores estragos. La armada de los confederados que se dirigia á Cerdeña, padeció una terrible tempestad, que le causó gran pérdida, sin que pudiese conseguir la empresa que intentaba.

CAPITULO X.

Negociaciones inútiles para ajustar la paz. Sitio de Nápoles por Lautrec.

Hacia Lautrec muy pocos progresos en la guerra, porque esperaba nuevas órdenes del Rey, que por este tiempo tenia gran deseo de hacer la paz. A este fin envió embaxadores al César, quien tambien por su parte se hallaba dispuesto á ella. Proponia el Rey Francisco que se le entregasen los rehenes pagando al César dos millones de escudos, y que en adelante no se hiciese mencion alguna de la Borgoña. Pero la esperanza de este ajuste se desvaneció por la excesiva prudencia y sagacidad de Gatinara, que ante todas cosas pedia que el Rey sacase su exército de los confines de Italia. No era verisimil que se prestase á hacerlo despues de recobrar sus rehenes, quando hallándose estos retenidos todavia en España, se habia negado á esta condicion. Por el contrario, los embaxadores insistian en que de ningun modo se moveria de alli el exército hasta que entregado el dinero, se recibiesen los rehenes. No pudiendo pues concordarse en lo que recíprocamente solicitaban, y perdida la esperanza de vencer la pertinacia y mútua desconfianza de los ministros, resolvieron al fin experimentar

de nuevo la fortuna de la guerra. A la verdad con las contiendas de semejantes hombres sucede muchas veces que no se busca de buena fé lo que conviene al bien público.

En este mismo tiempo pasó el César á Burgos desde Valladolid á causa de las muchas enfermedades que allí habia. Los reyes de armas del Ingles y del Frances se presentaron al César á principios de enero
1528. de este año de mil quinientos y veinte ocho para desafiarle. Los embaxadores de los confederados le declararon la guerra, y pidieron se les proveyese de lo necesario para el viage: despues de esto fueron introducidos en la presencia del César los reyes de armas, y le intimaron el desafio. El Frances hizo un largo discurso con poca templanza; pero el César con apacible semblante le respondió: «que de ninguna manera podia el Rey declarar la guerra, siendo como era su prisionero, y estando sujeto á la potestad agena, y mucho menos podia hacerla prohibiéndoselo el derecho de las gentes: que sin embargo pelearia con él cuerpo á cuerpo, con deseo de evitar que se derramase la sangre christiana, como lo habia significado dos años antes en Granada al embaxador Calmont, ofendido de que el Rey Francisco hubiese faltado á su promesa." Añadió á esto otras razones muy picantes, arrebatado sin duda de sus resentimientos, pues por otra parte era príncipe de singular modestia, y que hablaba muy poco. Al Ingles despreciando su desafio le respondió: « que procuraria despachar quanto antes las tropas que tenia prevenidas." Fueron despues arrestados los embaxadores, y lo mismo se hizo en Francia con Nicolás Perenoto que lo era del César; pero de allí á poco tiempo se convinieron los príncipes en ponerlos en libertad. Envió tambien el César al Rey Francisco un rey de armas

con un cartel escrito con la mayor acrimonía, pero éste no quiso permitirle que lo leyese en público, si no señalaba antes el lugar del combate, y aun añade un autor frances que le amenazó con la horca, si no se quitaba quanto antes de su presencia. Estos desafíos dieron motivo á muchos discursos, y á la verdad, en aquel tiempo era esto el principal alimento de la fama. De aqui ha nacido tanta variedad entre los historiadores, y tantas relaciones que deben reputarse por fábulas forjadas para contentar la pasion de los pueblos donde se escribieron.

Irritados de este modo los ánimos de los príncipes, se renovaron los males del orbe que de alguna manera parecia haber sido fomentados con la alianza precedente. Haciase ya la guerra en Italia por mar y por tierra. La armada confederada acometió al paso levemente á Puzol en el golfo de Bayas, y dirigiéndose desde allí á las costas de Cerdeña, tomó á Sacer, y los castillos inmediatos. Pero con el miedo de la peste que cundia mucho y hacia grande estrago en los soldados, y marineros, habiendo hecho alguna presa, se retiraron los comandantes cada uno por su parte. Renzo navegó á Liorna con una terrible tormenta. Los venecianos se volvieron á Corfu isla del mar Jonio, y Doria á la Liguria con mas apacible temporal. En este tiempo habiendo movido Lautrec su campo, introduxo gran número de tropas en el reyno de Nápoles por la Romania, y la marca de Ancona. Navarro ocupó á Aquila con un escogido esquadron, y ademas entregaron muchos pueblos y fortalezas, mas por la inconstancia de sus habitantes que por la fuerza de las armas. Finalmente salió á campo raso el exército que por tanto tiempo habia afligido á Roma, habiendo dado el Pontífice despues de ocho meses quarenta mil escudos para sacar de la ciudad á los ale-

bia entibiado mucho su afecto á los franceses. Sin embargo envió á Philipin Doria con ocho galeras que incomodaron en extremo á los cercados, los quales padecian mucho con la falta de víveres.

Para alejar Moncada á un enemigo tan importuno como este, armó ocho galeras en que se embarcó la mas escogida tropa de españoles, y con poca prudencia quiso él mismo acompañarlos en el peligro, y le siguieron el marques del Basto, Ascanio, Colona y otros varones ilustres por sus hazañas y nacimiento. No ignoraba el genoves los proyectos del enemigo, y asi habiéndole enviado Lautrec para su mayor guarnicion quatrocientos arcabuceros muy diestros con su capitan Croc, se apostó cerca de Salerno con intento de pelear. Luego que dobló el Cabo de Minerva, y observando que se le acercaba la armada enemiga, mandó á tres galeras que separándose de las demas hiciesen á vela y remo una aparente fuga, y que mientras se hallase con las restantes en lo mas fuerte de la pelea con el enemigo, le acometiesen por la espalda. Pelearon unos y otros con grande esfuerzo, y con igual peligro, destrozándose mútuamente con la artillería, pero luego que vinieron á las manos, fue mucho mas horrible el combate, y la mortandad fue grande de una y otra parte. Nada se hacia con orden ni consejo, y la suerte dirigia todas las cosas, impidiendo el humo que se viesen unos ni otros. Hallábanse ya muy próximos á ser tomadas dos galeras genovesas, quando aquellas tres que se habian separado vuelven con grande ímpetu, y acometen á las imperiales con toda la fuerza de su artillería. Mientras que Moncada exhortaba á los suyos con su voz y con su exemplo, cayó sobre él el mástil de la galera, y despues acabaron de matarle con una lluvia de piedras y de granadas encendidas. Finalmente despues de una

atrocísima pelea, se pusieron en fuga dos galeras, otras dos quedaron destrozadas, y las demas cayeron en poder de los genoveses. Fueron hechos prisioneros Basto, Colona, Serenon y otros de los principales, mas la victoria fue muy costosa á los vencedores, pues murieron en el combate la mayor parte de los franceses y genoveses, y los demas quedaron heridos. Con la flor del exército español pereció el virrey, varon muy valeroso y intrépido en los peligros. Nació en el territorio de Valencia, y fue su padre don Pedro marques de Aytona: en su juventud siguió la milicia de los caballeros de San Juan, y despues pasó al servicio de Carlos VIII, Rey de Francia, y del duque de Valentinois. Pero habiéndose suscitado guerra entre el Rey don Fernando el Católico y Luis XII, fue á servir en los reales del gran capitan Gonzalo de Córdova. Guiciardino dice que su cuerpo fue arrojado al mar; pero es falso, pues consta fue llevado á Valencia, y en el convento de nuestra Señora del Remedio del orden de la Santísima Trinidad, donde se escribe esta historia, fue sepultado en un magnífico túmulo de mármol, y su busto está colocado entre los demas de su familia. Habiendo quedado Philipin por dueño del mar, creció en la ciudad la dificultad de introducir víveres, y la carestía se aliviaba muy poco con los ganados y provisiones que cogian los soldados á los franceses en las salidas que hacian de la plaza. Por lo qual eran frequentes las escaramuzas, y casi siempre favorables á los imperiales, aunque murió en una de ellas Baleoni general de gran nombre y fama entre los italianos.

En la Basilicata y en la Pulla eran muy felices los sucesos de los confederados, pero muy adversos en la Calabria. Porque habiéndose juntado el conde de Burela con mil infantes que conduxo de Sicilia, á

Alarcon el jóven y á los nobles que estaban por el César, reprimió de tal modo el ímpetu de Simon Romano, que despues de haber impedido á la tropa de éste sus correrias y robos, dispersándola casi toda, le obligó á él mismo á encerrarse en la fortaleza de Cosenza que antes habia tomado. Los embaxadores de los confederados instaban en vano al Papa á que entrase en esta guerra; pues aunque era apasionado á novedades, le hacia proceder con timidez la calamidad que recientemente habia padecido, y esperaba el éxito de la presente guerra para tomar su partido. En la Lombardía todo estaba inquieto. Leyva se habia apoderado por asalto de Pavía; y arrojó con leve esfuerzo la guarnicion de Viagras. Despues fue á verse con Enrique de Brunsvik, que habia venido con diez mil alemanes, y seiscientos caballos, por mandado del César para socorrer á Nápoles. Pero faltando dinero para la paga, y no pudiendo Leyva socorrerle, pues mantenia á su gente con lo que podian robar en el territorio enemigo, rehusó pasar adelante. No obstante á persuasion suya, y para sacar algun fruto de tan grande exército intentó acometer á Lodi, pero con desgraciado éxito. Los soldados fueron afligidos con dañosísimas enfermedades que arrebataron á muchos. Parte de ellos, aunque no habian recibido la paga, se retiraron á su patria; y obligado de la necesidad levantó el sitio de Lodi, y se volvió á Alemania habiendo dexado á Leyva dos mil infantes para remplazar sus pequeñas tropas.

No decayó de ánimo el príncipe de Orange sucesor de Moncada en el gobierno de Nápoles, aunque habia perdido la esperanza de recibir socorro; Philipin que estaba muy irritado de la arrogancia de Lautrec porque le habia pedido con ultraje los prisioneros, afloxó mucho en estrechar á la ciudad con grande

alivio de los sitiados; y finalmente luego que se le juntaron las galeras venecianas, que eran veinte y dos, se retiró de allí absolutamente. Andres Doria su tio se habia hecho amigo del César, por la mediacion de Quiñones general de San Francisco, á quien el Pontífice habia conferido el capelo en premio de sus grandes méritos, y se pasó al servicio del Emperador despues de cumplido el tiempo que habia pactado con el Rey Francisco, devolviéndole el collar de oro del orden de San Miguel, símbolo de la milicia y amistad francesa. Habiendo cerrado los venecianos la entrada del puerto de Nápoles, estrechaba de nuevo el hambre, pero don Fernando de Gonzaga no menos ilustre por su sangre que por su pericia militar, no desistia de ponerse muchas veces en gran peligro, á fin de aliviar en lo posible aquella escasez. Robaba en los campos lo que antes encontraba á costa de heridas, y no perdonaba riesgo ni fatiga alguna para sustentar la ciudad que se hallaba afligida con muchos males. Habian perecido por la peste un inmenso número de ciudadanos, que segun un autor nacional llegaron á sesenta mil, y una gran multitud de soldados, especialmente alemanes, por la mala calidad de los manjares que comian. Los que quedaron con vida amenazaban que se retirarian si no se les pagaba su estipendio; y el príncipe de Orange reprimió mas de una vez sus alborotos con ruegos y con dinero. Era grande la escasez que habia en la ciudad de víveres, y de todas las cosas necesarias; habiéndose consumido casi todo con tan largo asedio. Pero aun era mayor la calamidad que padecian los franceses con un cruel contagio nacido de la inclemencia del tiempo, y de las aguas podridas que introduxeron temerariamente en la plaza, á fin de hacer mal con ellas á los sitiados. Su campo estaba cubierto de cadáveres, y todas las

tiendas llenas de enfermos. Molestábalos tambien la falta de víveres; y el Rey no enviaba dinero alguno para la paga de los soldados; y aunque el Ingles contribuia con lo que habia prometido, era este un corto auxilio. Finalmente habiendo venido de Francia en la armada de Barbesio, que sucedió á Doria en el mando del mar, Carlos de Fox hermano del príncipe de Navarra con algunos nobles, solo sirvió para agravar el mal. Tambien recibieron una corta suma de dinero, que para el estado lamentable en que se hallaban, era un socorro muy débil é insuficiente.

En una situacion tan crítica salió Marramaldo de la ciudad con parte de la guarnicion, y arrojó á los franceses de Puzol, Cápua y Nola. Somma pueblo situado á la falda del Vesuvio fue tomado dos veces, y saqueado por esta tropa napolitana; habiéndose llevado los caballos, la artillería, y aun la pólvora de la guarnicion que allí tenia puesta Rangoni, porque nunca pudieron los sitiadores impedir del todo la salida á los sitiados. Encendióse cada dia mas la peste, y llegó á tal extremo, que apenas quedaron á Lautrec mil infantes, y cien caballos voluntarios, y él mismo estaba enfermo. Resistióse obstinadamente este hombre imperioso á las exhortaciones que le hacian para que levantase el sitio, y se retirase á una tierra mas saludable, porque estaba resuelto á morir en la demanda. El furor de la peste no solo se extendia por el vulgo de los soldados, sino que tambien cundia entre los principales, habiendo fallecido de ella el legado del Papa, Pisani general de los venecianos, y el príncipe Carlos de Fox hermano de Enrique, con Candalo y Valdemont, Camilo, Tribulcio, y otros; y los demas, excepto Saluzo y Rangoni, se hallaban gravemente postrados. Convaleció al fin Lautrec, y apenas habia recobrado sus fuerzas recorria su cam-

po, colocaba las centinelas, y extendia sus cuidados á todas partes, temeroso de los imperiales, á quienes la calamidad agena habia infundido audacia, en tanto grado que haciendo salidas vigorosas por aquellos campos, arrebataban á los franceses todas las provisiones que les venian, y todos los caminos estaban tan infestados que no podian transitar con seguridad desde la armada á su campo, aunque la distancia era tan corta. Pero á pesar de todo, y habiendo recaido Lautrec con calentura, cayó enfermo y resolvió perder la vida antes que levantar el sitio. Murió finalmente este varon esclarecido por la multitud y variedad de sus hazañas, y aunque los escritores franceses refieren las causas de su obstinacion, no nos detendremos en exponerlas porque nos llaman otras cosas mayores.

En este tiempo conduxo Doria al puerto de Gaeta doce galeras, y habiendo desembarcado allí al marques del Basto, y otros prisioneros, segun lo tenia pactado con el César, navegó á Nápoles. Con su llegada se alivió mucho la necesidad de víveres, y la ciudad recibió un extraordinario consuelo. Saluzo movió una noche su campo con todo secreto, y se retiraba á Aversa con las reliquias del enfermo exército, á fin de que convaleciese en lugar mas sano entre sus camaradas. Pero habiéndolos sentido los sitiados salieron de improviso por las puertas, y arremetieron á los enemigos que estaban recogiendo sus equipages; mataron á unos, hicieron prisioneros á los que ya estaban en camino, y sitiaron á los que se habian encerrado en Aversa. Recibió Saluzo una herida que le hizo perder el ánimo quebrantado ya con tantos males, y habiendo despachado á Rangoni, se entregó éste baxo de condiciones indecorosas á un hombre valeroso á fin del mes de agosto; y de allí á poco tiem-

po murió en Nápoles de su herida. Pedro Navarro fue hecho prisionero en su fuga, y cargado de años y enfermedades fue encerrado en Castelnovo que él mismo habia expugnado en otro tiempo, y hubiera perecido vergonzosamente á manos de un verdugo, si no se le hubiese encontrado muerto en su cuarto sin saber cómo: fue hombre verdaderamente memorable no tanto por sus hechos, quanto por las vicisitudes de su fortuna. Tambien quedaron prisioneros todos los generales y capitanes, excepto Rangoni, á quien se dió libertad en premio de su ignominiosa entrega. Desarmados y despojados los simples soldados, y consumidos de la peste, del hambre y de los trabajos, se retiraron á donde pudieron, regresando los franceses á su patria en la armada de Barbesio. Los vencedores entraron alegres en la ciudad que á tanta costa habian defendido, con los prisioneros, y con los despojos que dexaron los fugitivos, apropiándose cada uno lo que le habia deparado la suerte de la guerra.

CAPITULO XI.

Prosigue la guerra contra la Francia. Revoluciones de Flandes. Continuacion de los hechos de Cortés, y de los portugueses en las Indias.

Casi al mismo tiempo y en los mismos dias en que sucedieron estas cosas, mandó el Rey Francisco al conde de San Pol que marchase prontamente á Italia, para impedir de qualquier modo el paso á los socorros de Alemania, que caminaban á Nápoles baxo el mando del príncipe de Brunsvik, y conduxo á la Lombardía por los Alpes diez mil infantes y mil coraceros bien armados; pero quando llegó el conde habian ya salido de allí los alemanes. Libre ya de este cuidado,

proyectó otra empresa que correspondiese á tantos preparativos. Asi pues, habiendo conferenciado en Plasencia con el duque de Urbino, determinó juntar con él sus fuerzas, y hacer la guerra con mayor viveza. Hallábase Pavía defendida con pocas tropas, por lo qual resolvieron acometerla. Al mismo tiempo habiendo Doria puesto en fuga la armada de Barbesio, llegó con la suya á Génova que se hallaba afligida con una peste que cundió por casi toda la Italia. Apoderóse Doria de la ciudad, y dió libertad á los ciudadanos que estaban oprimidos con el yugo de Francia, y despues intentó embestir la fortaleza, que defendia Teodoro con su guarnicion. Habiendo tomado y saqueado San Pol á Pavía, y entregádose el castillo baxo de ciertas condiciones, se puso en marcha á Génova para llevar un tardo auxîlio á los franceses. Pero mudando de parecer se dirigió á Savona para tener á lo menos sujeta esta ciudad. Mas como contra su esperanza hallase todo aquel pais conmovido con el deseo de recobrar la libertad, y opuesto al dominio frances, se retiró sin haber becho nada, á tomar quarteles de invierno en Alexandría. Los genoveses á quienes se entregó su fortaleza la arrasaron y demolieron, y sacudiendo de este modo el yugo frances, entraron nuevamente á gozar de sus derechos por el favor del César, y por la virtud y memorable moderacion de Doria su ilustre ciudadano.

En Flandes habia muchas inquietudes que vinieron á parar en una guerra abierta: sublevárouse los ciudadanos de Utrech contra el obispo Enrique de Baviera, fomentados por Carlos de Güeldres príncipe de espíritu orgulloso y turbulento. Protegia al obispo la gobernadora doña Margarita, la qual encargó esta guerra al general conde de Buran, y habiendo tomado algunas ciudades entraron improvisamente los im-

periales en Utrech estando las centinelas dormidas con el vino; saquearon las casas de los sediciosos, no sin daño de los que habian permanecido fieles, y hicieron mucho estrago en los culpados, de los quales muchos fueron muertos con varios suplicios. Despues de esto se ajustó la paz entre el César y el príncipe de Güeldres en el mes de octubre, y aunque la guerra se renovó muchas veces, vino al fin á extinguirse. Recibieron los ciudadanos de Utrech al obispo, y de allí adelante permanecieron baxo el dominio del César, quien nombró por gobernador de la ciudad á Juan Erremond, y mandó edificar en ella un castillo para su defensa. La Francia no hizo entonces ningun movimiento, porque el Ingles no queria que sus súbditos perdiesen las grandes utilidades que sacaban del comercio de Flandes, el qual quedaria interrumpido con la guerra.

En España reynaba una paz tranquila, habiendo sido removidas las causas de los antiguos tumultos; y se hallaba en un estado floreciente por sus fuerzas, y por la prudencia de los que gobernaban. Obedecia la nacion con mucho gusto á su principe; estando muy gozosa por el beneficio que Dios le habia hecho en darle sucesion. Por este tiempo habia venido el César con su augusta esposa desde Burgos á Madrid para celebrar las cortes que tenia convocadas. En ellas pues, á proposicion de don Juan de Tavera arzobispo de Santiago, el dia diez y nueve de abril fue jurado por todos los estados del reyno el niño don Felipe por sucesor de la corona de España. Tratóse tambien en ellas de que no se confiriesen á extrangeros las dignidades eclesiásticas; y así se mandó por una ley con otras cosas útiles al bien público. En el mes de septiembre falleció en Madrid don Iñigo Fernandez de Velasco condestable de Castilla, ilustre por su san-

gre y esclarecidos hechos, y fue sepultado en el convento de Santa Clara de Medina de Pomar. Sucedióle en su empleo y dignidad don Pedro su hijo, cuyo valor y fidelidad sobresalieron mucho en las turbaciones de los comuneros de Castilla. Dos años antes habia muerto don Juan de Aragon y Navarra hijo del desgraciadísimo príncipe de Viana don Carlos y obispo de Huesca en Aragon, lleno de dias, pues llegó á la edad de noventa años, y su cuerpo fue sepultado en la iglesia catedral, y puesta sobre el sepulcro su estátua de mármol: fue varon muy santo en opinion de todos, y de ardiente caridad para con los pobres. Disputaron sobre la sucesion de su obispado don Felipe Urrea su coadjutor, obispo de Philadelphia, y don Alonso de Castro. Anticipóse éste en recurrir á Roma, y ganó la causa; pero al volver á Huesca murió en el camino, y habiendo sido electo en su lugar don Diego Cabrera, falleció tambien dentro de breve tiempo. Confirióse despues este obispado á Lorenzo Campegio, quien le renunció, y finalmente recayó en Gerónimo Doria.

Los presidios de Africa gozaban de tranquilidad, y no eran acometidos por los moros: pues por este tiempo se volvieron las cimitarras contra los mismos bárbaros. Los Xerifes que eran unos hombres desconocidos y de obscuro nacimiento, causaron una gran turbacion en aquellas partes. Habiendo juntado muchas fuerzas con pretexto de religion, tomó Hamet el título de Rey de Marruecos, y Mahamet el de Rey de Susia. Despues de esto resistiéndose públicamente á reconocer la autoridad de Otazem Rey de Fez, le vencieron en una batalla, en la qual pereció Abdalla Zagoyb último Rey de Granada, que mandaba la vanguardia, príncipe no menos desgraciado en su propia causa que en la agena. Duró por

mucho tiempo la guerra civil entre los bárbaros; pero despues se suscitó otra entre los dos Xerifes, que al fin vino á dirigirse contra los presidios portugueses.

En la América se hallaban las cosas en grande alteracion. Envió Cortés una armada contra Christóval de Olid, que se habia substraido de su autoridad; cuya armada naufragó en el Océano, habiendo perecido quarenta españoles entre las olas. Los demas con su capitan Francisco César fueron hechos prisioneros por Olid, y puestos en buena custodia. Otro tanto hizo con su compañero Dávila, cuya amistad se habia convertido en discordia. Pero poco despues habiendo quebrantado su prision los cautivos degollaron á Olid, y inmediatamente se volvieron á Cortés, atravesando por Goatemala. Este pues, que ignoraba hasta entonces lo que pasaba, se puso en camino para aquellos paises, á fin de que no quedase sin castigo la perfidia, ni fuese despreciada su autoridad. Seguíanle ciento y cincuenta caballos, otros tantos infantes, y tres mil mexicanos escogidos y armados segun su costumbre, y embarcó los víveres en dos navíos. Emprendió su marcha ácia el Mediodia por unos montes tan ásperos y intrincados, que para no perder el rumbo fue preciso algunas veces usar de la brúxula. Entretanto perecieron los navíos con los víveres por las discordias de los españoles, que arrebatados de la ambicion de mandar, se mataron unos á otros con recíprocas heridas. De aqui provino una hambre tan cruel, que los que acompañaban á Cortés se vieron obligados á comer las cosas mas asquerosas. Juntóse á esto el deseo que tenian los conjurados de restituir á Guatimocin la libertad y el imperio. Habíale Cortés llevado consigo á este viage, temeroso de que un hombre de tan grande espíritu podia causar alguna revolucion durante su ausencia. Pero habiendo

llegado á su noticia lo que se tramaba, le condenó al último suplicio junto con otros dos nobles de la nacion. Asi acabó Guatimocin onceno Rey de México, dando este nuevo exemplo de la inconstancia de las cosas humanas. Libre ya Cortés de este cuidado, prosiguió adelante su camino venciendo dificultades increibles, allanó á fuerza de hacha espesos bosques donde nadie habia penetrado, llenos de fieras desconocidas que les salian al encuentro, y atravesó los rios y esteros, levantando sobre ellos larguísimas puentes, una de las quales constaba de ocho mil vigas de una admirable magnitud; descubrió en aquel viage nuevas naciones, y las reduxo á su dominio. En esta expedicion verdaderamente memorable, padecieron los españoles todo género de peligros, y todos los males que pueden tolerar los hombres; y á la verdad no conozco nacion alguna que haya resistido los trabajos y peligros con mas constancia, intrepidez y alegria, y con ánimo mas invicto que la nacion española. Finalmente habiendo caminado dos mil millas, y perdido setenta caballos, llegó Cortés á Navarit adonde se habian refugiado los españoles casi muertos de hambre, despues de la muerte de Olid su capitan. Peleó muchas veces felizmente con los bárbaros, aunque en uno de estos combates fue herido en una pierna, y habiendo tomado algunos víveres que traxeron por mar los enemigos, socorrió con ellos á sus soldados. Visitó las colonias, y estableció otras nuevas, para que sirviesen como de freno á las naciones subyugadas, y despues de haber puesto orden en todo, determinó regresar á México por mar, mandando á Sandoval que se volviese á Guatemala con las tropas.

Durante su ausencia de México se pusieron las cosas en tan deplorable estado, que jamás corrieron

mayor peligro. El deseo de mandar introduxo la discordia entre los que nombró para que gobernasen en su nombre. Suscitáronse grandes turbulencias, prohibiéndose mútuamente el exercicio de su potestad, y al fin se alzaron con la tiranía Gonzalo de Salazar, y Peralmindez Chirinos despues de haber hecho á Cortés las exêquias por haber corrido la voz que era muerto. Su infausto gobierno fue señalado con crueldades, rapiñas, y con todo género de excesos y desórdenes. Hicieron ahorcar á Rodrigo pariente cercano de Cortés, atribuyéndole delitos que no habia cometido. El licenciado Zuazo á quien Cortés dexó en México para administrar la justicia, fue desterrado de todo el continente. Irritándose con tan graves injurias los del partido de Cortés, y dirigidos por Jorge Alvarado tomaron las armas, y entraron con ímpetu en la casa de Salazar, y apoderándose de él despues de haber puesto en fuga á sus guardias, le metieron en la cárcel. Andres de Tapia se apoderó en Tlascala de la persona de Chirinos, y le hizo llevar á México bien asegurado. Entre tantas discordias y turbulencias, crecia cada dia mas y mas el odio de los mexicanos contra los españoles, y los puso en tan gran peligro, que llegaron alguna vez á tratar de abandonar á México. Los principales entre los bárbaros, cuya audacia tomó nuevo aliento con la ausencia de Cortés, conferenciaban sobre los medios de arrojar de allí á sus huéspedes, y vengar sus injurias. Hacíanse muchos sacrificios y oraciones para aplacar á Dios, pues ningun auxîlio humano podia libertarlos de las manos de los bárbaros si llegasen á tomar las armas, como se temia á cada momento. A este mismo tiempo desembarcó felizmente Cortés, y emprendió por tierra su marcha á México.

Luego que llegó á la ciudad, acometió á sangre y

fuego á los bárbaros que se hallaban tumultuados; muchos de ellos fueron despedazados por los perros; otros en gran número perecieron con exquisitos suplicios: otros huyeron; y atónitos los demas con el aspecto de tan horrenda carnicería hubieron de apaciguarse. Sin embargo continuaba Cortés los castigos, no tanto por tomar venganza de los culpados, pues ya estaba bien satisfecha, quanto por disminuir las fuerzas de la multitud, olvidado sin duda de la humanidad por el excesivo deseo de precaverse. Poco antes de estos tiempos habia Cortés despachado á España tres navíos, en los que envió al César trece mil ochocientas setenta y quatro libras de oro de los despojos de las ciudades tomadas, y casi mil libras de perlas. Codiciosos de esta presa los piratas franceses, intentaron invadirla; pero fueron arrojados por una tempestad á las costas de Andalucía, donde se les hicieron pedazos cinco navíos, y quedaron hechos prisioneros. De allí á poco llegaron felizmente otros ocho navíos enviados por el mismo Cortés con un cañon de artillería de plata de mucho peso, con una inscripcion elegantísima, y setenta mil marcos de oro, cuyos dones fueron muy gratos al César.

Sebastian Gaboto navegó entonces desde España á los mares de América con quatro navíos, con designio de atravesar el estrecho de Magallanes, y pasar á las islas Molucas; pero habiendo sido llevados por los vientos al rio de la Plata, recorrió toda aquella region meridional. Detúvose allí mucho tiempo, despues de haber fortificado su campo contra las incursiones de los bárbaros, con los quales habia tenido un combate en que perdió veinte y ocho de sus compañeros. Habiendo sido Loaysa enviado á aquellas partes, se le hizo pedazos un navío en el estrecho, y dispersados los demas por una tormenta, perdió la vida

en este contratiempo. Al quarto dia falleció su sucesor Sebastian del Cano varon esclarecido, y de inmortal fama por haber dado el primero la vuelta á todo el orbe, y propagándose mas las enfermedades, murieron tambien quarenta compañeros suyos. Fue nombrado en su lugar por voto de los soldados Martin Cerquiciano, y despues de haber padecido increibles peligros, llegó á Giloló capital de las Molucas. Hizo alianza con los isleños, que deseaban con mucho ardor vengarse de los portugueses, porque habian construido una fortaleza en Ternate, de la qual era gobernador García Enriquez. Los castellanos tenian los mismos designios, y se quejaban de que Antonio Brito les habia tomado el navío llamado Trinidad ricamente cargado de mercaderías orientales, y de que hubiesen sido conducidos presos á Malaca quarenta y ocho de sus compañeros, que venian en la armada que atravesó el estrecho. Los bárbaros ademas de las antiguas quejas alegaban las nuevas injurias que padecian por haber establecido comercio con los castellanos. De aqui pues se originó una guerra emprendida con mas ardor que fuerzas, contra la voluntad de los príncipes, que procuraban componer sus diferencias sin el estrépito de las armas. Diego García sulcó tambien el mar del Sur con quatro navíos, y tocó en el Brasil, y habiendo buscado largo tiempo á Gaboto por aquellas costas, le halló al fin en el rio de la Plata. Desde allí envió al César una suma de plata traida de lo interior de aquella region, que despues fue descubierta por los españoles, y es abundantísima de este metal. Levantaron los castellanos en Tidore una fortaleza con auxîlio de los bárbaros, y fue su gobernador Francisco de Torres varon de invencible constancia, que despues de la muerte de Cerquiciano le sucedió en el mando. Peleó muchas veces con los

portugueses con varia fortuna, y vino á socorrerle Alvaro de Saavedra enviado por Cortés con tres navíos, de los quales llegó el almirante con grande regocijo de los castellanos, habiendo dispersado los otros dos una tormenta. En el año siguiente de mil quinientos veinte y ocho emprendió Saavedra navegar á la Nueva España con un navío cargado de especería por unos mares desconocidos, donde padeció horribles tempestades que le acabaron la vida. Volvió el navio á Tidore con mucho trabajo, y fue entregado á Torres, como el mismo Saavedra lo habia mandado al tiempo de morir.

En México se estableció una audiencia real para que administrase justicia en todo el distrito de la Nueva España, y fueron nombrados oidores Martin Matienzo, Alonso Parada, Diego Delgadillo, y Francisco Maldonado. Erigióse tambien en México silla episcopal, y fue electo por su primer obispo fray Juan de Zumarraga vizcaino, del orden de San Francisco, varon adornado de todo género de virtudes, el qual admitió esta dignidad obligado de sus superiores. Entonces envió el César quarenta religiosos del orden de Santo Domingo, y otros tantos de San Francisco, para que instruyesen á los indios en nuestra santa fé, y les administrasen el bautismo. A estos siguieron otros del orden de San Agustin con grande utilidad, y aumento de la religion christiana. Alvarado navegó á España, y en premio de sus servicios se le confirió el gobierno de Goatemala, provincia fértil y opulenta. Montejo y Narvaez fueron enviados para sujetar á los bárbaros, aquel á Yucatan, y éste á la Florida. Falleció Figueroa obispo de la isla Española, y tambien Pedro Mártir de Angleria abad de la Jamayca, escritor verídico de la historia de América. Don Miguel Ramirez fue nombrado obispo

de Cuba y de Jamayca, y presidente de la audiencia de Santo Domingo.

Obedecia á Cortés una vasta region de dos mil millas de longitud, y poseia inmensa cantidad de oro, piedras preciosas, y todas las demas cosas con que los mortales se consideran felices. Pero siendo tan propio de nuestra naturaleza que las prosperidades vengan mezcladas con desgracias, se movió contra él la envidia, y malevolencia de los hombres ociosos, y para defenderse del crímen de malversacion que le atribuian, se embarcó para España á instancia del obispo de Osma, presidente del consejo de Indias, nuevamente establecido por el César. Y aunque este tribunal se habia manifestado muy contrario á Cortés, salió victorioso con el favor del César, y fue absuelto de los cargos que le hacian, mas en consideracion de su valor, que por el rigor de la justicia. Poco tiempo antes murió de enfermedad en Montalban cerca de Toledo don Diego Colon hijo de Christóval, hallándose en camino para presentarse al César. Su cuerpo fue llevado á Sevilla, y sepultado en el sepulcro de sus padres, habiendo instituido por heredero á su hijo don Luis.

En el Oriente tenian los portugueses tan prósperos sucesos que parecian milagros. Pelearon muchas veces con los mahometanos y piratas, y les tomaron grandes presas. Meneses llevó la guerra á aquellas partes con una poderosa armada. Tomó y puso fuego á Panane en las costas de Malabar, porque se resistian sus habitantes á restituir lo que habian robado á los portugueses, y despues hizo otro tanto en Coulan plaza inmediata de mucho comercio, habiendo hecho grande estrago en los bárbaros. Incendióles tambien las naves, y reservó cincuenta y tres para conducir el botin que habia recogido, en el qual ha-

bia trescientos y sesenta cañones de todos calibres, y una gran cantidad de drogas preciosas. En Calecut, que se cree ser el Muciris de Plinio, tenia Juan de Lima una fortaleza con trescientos portugueses, la qual intentó combatir el Zamorin para vengar la injuria que habia recibido. Acudió Meneses con una armada de veinte navíos bien equipados, y desembarcando su gente, embistió de improviso al enemigo, y le derrotó con gran pérdida. Pero luego que libertó del peligro la fortaleza, la mandó volar por no ser necesaria para la defensa del dominio portugues. Desde allí pasó con su armada á Cananor, donde acometido de una grave dolencia murió en la flor de su edad, aunque era digno de mas larga vida por sus excelentes prendas de alma y cuerpo, y especialmente por su singular modestia, tan contraria al fausto y arrogancia de sus compatriotas. Despues de celebradas las exêquias de Meneses, fue declarado por su sucesor en el mando Lope de Sampayo, sin contar con Pedro Mascareñas, que se hallaba gobernador de Malaca, en quien debia recaer, lo qual ocasionó muchas discordias civiles. Entretanto fue libertada Malaca del peligro que corria, habiendo sido obligados los bárbaros á levantar el sitio que la tenian puesto. Mascareñas, que esperaba un viento favorable para pagarles en la misma moneda, acometió á Bintan, lo que tantas veces habia intentado desgraciadamente, venció, y puso en fuga á Alodino enemigo muy molesto, tomó la ciudad, y arruinó todas sus fortificaciones, y de este modo quitó á los bárbaros la ocasion de incomodar de nuevo á Malaca. Entre la presa que hizo, se apoderó de trescientas piezas de artillería, muchas de ellas de bronce: salió de allí con viento próspero, y habiendo navegado el ancho Océano, llegó á Cochin, pero Sam-

payo contra la palabra que tenia dada, rehusó entregarle el gobierno que exercia; y habiéndose suscitado contienda entre los dos, se dividieron en facciones los portugueses, y faltó poco para que no recurriesen á las armas. Sin embargo siguieron su pleyto por los términos legales; y habiéndose mandado contra todo derecho que Mascareñas se embarcase quanto antes para Portugal, se adjudicó el gobierno á Sampayo. Pero el Rey vengó despues esta injusticia, habiendo oido las quejas de Mascareñas, y Sampayo fue condenado en veinte mil escudos, que era la renta que por espacio de dos años habia percibido del gobierno, los quales se entregaron á Mascareñas. Por lo demas Sampayo, exceptuando la ambicion de mandar que es comun vicio de todos los hombres, gobernó aquellas provincias con mucha moderacion. Ganó por mar y tierra muchas victorias á los bárbaros, recogió ricos despojos, y vengó las injurias que habian hecho á su nacion. Volvió ahora á florecer el imperio portugues en el Asia, y parecian renovarse las famosas hazañas de los tiempos anteriores, y la inmensa cantidad de aromas, y mercaderías preciosas de la India que entraban en Portugal, aumentó en gran manera su opulento comercio. Pero volvamos ahora á seguir el hilo de las cosas de Europa.

CAPITULO XII.

Sitio de Milán por los venecianos, y sucesos de las armas imperiales y francesas. Reconciliacion del César con el Papa. Paz de Cambray.

Despues que Nápoles se vió libre de tan formidable sitio, se hicieron pesquisas, y fueron condenados como reos de lesa magestad, y degollados en

la plaza pública Federico Cayetano, hijo del duque de Trayeto, y Enrique Pandonio duque de Bovio, con otros quatro nobles; y se confiscaron los bienes de muchos, que siguiendo el partido de la Francia se habian puesto en fuga. No se omitia cuidado ni diligencia alguna en juntar dinero para la paga de los soldados, en lo qual trabajó mucho Moron que era el alma y el árbitro de todo quanto se hacia y resolvia, y en premio de sus servicios se le concedió el principado de Bovio. Despues de esto, y para extinguir las reliquias de la guerra, partieron de Nápoles el príncipe de Orange, y el marques del Basto á la entrada de la primavera del año siguiente de mil 1529.
quinientos veinte y nueve: el de Orange marchó con los alemanes contra los de la Basilicata; hízose dueño de Aquila que habia seguido el partido de la Francia, habiéndola hallado desierta por la fuga de la tropa francesa, y tomó otros muchos pueblos de aquel territorio, multándolos en cien mil escudos, y finalmente arrojó á los enemigos de otros lugares y plazas. Basto con los españoles se dirigió á la Pulla; acometió por dos veces á Monópoli ciudad situada en la costa del mar, y habiendo recibido algun daño, levantó el sitio. La guerra fue mas dificil de lo que habian pensado, porque la armada veneciana estuvo muy pronta al socorro, con el qual no solo se defendian desde los muros, sino que molestaban á los sitiadores. Intentaron en vano los confederados expugnar la fortaleza de Brindis, y en esta empresa pereció Simon Romano, atravesado de una bala de cañon. Al mismo tiempo no cesaba tampoco la guerra en la Lombardía. Recibió Leyva un fuerte socorro de españoles, que desembarcaron en Génova, habiéndose burlado de los franceses y venecianos que tenian tomados los caminos. Los venecianos deseaban

apoderarse de Milán, y los franceses de Génova; pero como aquella ciudad estaba tan asegurada con fortificaciones, y con una poderosa guarnicion, no quisieron embestirla, á fin de no malograr sus esfuerzos, y se contentaron con bloquearla para impedir la entrada de víveres, y estrecharla con el hambre que ya padecia, habiendo puesto presidios en los lugares oportunos. No sabiendo Leyva que hacerse para juntar dinero y pagar á la tropa, agravó mucho la necesidad que afligia á la ciudad, exîgiéndola un intolerable tributo: nueva invencion de mantener la ciudad con el hambre de la ciudad misma. Entretanto caminando el Frances con un grande exército á Génova, donde tenia puestos los ojos, envió delante el primer esquadron ácia Pavía, al que seguia el segundo á largo trecho con la artillería, y demas provisiones. Noticioso Leyva de este intento por medio de sus espías, salió de Milán en lo mas profundo de la noche con ocho mil soldados encamisados, y caminaron con tanto silencio, que antes fueron vistos que sentidos de los enemigos. Levantando la voz acometen de improviso á los que se hallaban metidos en el lodo para sacar la cureña de un cañon que se habia roto. El conde de San Pol aunque fue sorprehendido, exhortó á los alemanes al combate con su exemplo, y sus palabras. El Español que era llevado en una silla de manos por estar enfermo de gota, animaba al soldado con su presencia, y acudiendo á todas partes mandaba y dirigia sus tropas con gran prudencia, y intrepidez. Rechazados que fueron los alemanes, é italianos, cayó todo el peso de la pelea sobre San Pol, y los franceses, é intentando aquel saltar una zanja cayó debaxo de su caballo, y fue hecho prisionero con Rangoni, Castillon, y otros de los principales con la artillería, y bagages. Ale-

gre Leyva con la victoria se volvió á Milán, y los franceses llenos de oprobrio, y privados de su general, regresaron á la otra parte de los Alpes para servir de testigos de su derrota.

El César despues de arregladas las cosas de Castilla, y dexando á la Emperatriz por gobernadora del reyno, pasó á Zaragoza en el mes de marzo. Celebró cortes de Aragon en la villa de Monzon, en las quales á propuesta de don Fernando de Aragon, se estableció la forma de decidir las competencias de jurisdiccion, que ocurriesen entre sus jueces; y habiendo sido trasladadas estas cortes á Zaragoza, se acordaron otras cosas útiles al bien de los pueblos. A este tiempo llegó Cortés del Nuevo Mundo, y la fama de su nombre era tan célebre en España, que todos deseaban verle, y las ciudades enteras le salian al encuentro por donde pasaba. Decidida su causa como ya diximos, fue condecorado por la benignidad del César con el título de marques del Valle de Oaxaca, habiéndole dado algunos pueblos en otras partes, y grandes posesiones en el territorio de México, que le produxesen quantiosas rentas en premio de sus heróycas hazañas. Ademas le confirió el gobierno militar de aquel nuevo reyno, y procuró Cortés que fuesen recompensados sus compañeros, segun los méritos de cada uno, consiguiendo tambien una gran suma de dinero para edificar iglesias. A los tlascaltecas se les concedieron varios privilegios, é inmunidades en recompensa de su fidelidad á los españoles, y del auxilio que les prestaron en la guerra de México. Acompañó Cortés al César hasta Zaragoza, y desde allí se volvió á Sevilla donde contraxo matrimonio con doña Juana de Zúñiga hija del conde de Aguilar, de quien tuvo un hijo llamado Martin, heredero de tantas riquezas. Marchó el César á Bar-

celona luego que estuvieron hechos los preparativos necesarios para su embarque, y en esta ciudad estableció alianza jurada con el Pontífice, á la qual contribuyó mucho Juan Antonio Muscetula noble napolitano, sucesor en la embaxada pontificia del duque de Sesa, que habia fallecido. En los artículos de este tratado se arreglaron muchos puntos, asi políticos como eclesiásticos, y los principales fueron que la paz habia de ser perpétua: que el César seria confirmado en la posesion del reyno de Nápoles con un leve tributo que pagaria, quedando revocadas las bulas de otros Pontífices que lo prohibian: que la causa de Esforcia se decidiria por jueces íntegros: que Margarita hija del César nacida en Flandes de una madre desigual, casaria con Alexandro de Médicis despues de recobrada Florencia, y las ciudades del dominio pontificio con las armas de ambos; y que el César presentaria veinte y quatro obispados en el reyno de Nápoles; cuya gracia extendió el Papa algunos años despues á otros de Cerdeña y Sicilia. Concedió tambien á peticion del César al orden militar de Santiago el permiso de que sus individuos pudiesen testar baxo de ciertas restricciones. Entretanto fueron restituidos al Papa por mandado del César los rehenes, y pueblos, que le habian sido tomados al tiempo de su prision; despues de lo qual se determinó la guerra de Florencia, baxo el mando del príncipe de Orange. Hallándose incomodado el César al tiempo de embarcarse con fuertes dolores de cabeza, se hizo cortar el pelo segun la costumbre de los romanos, y le imitaron en esto los grandes, aunque con mucha repugnancia, y de aqui adelante no volvieron á dexarse crecer el cabello. Finalmente se embarcó con un exército de ocho mil españoles, y mil caballos, y con una navegacion poco favorable llegó

á Génova, conduciéndole Doria en una nave muy adornada. Fue recibido, y obsequiado por los genoveses con gran magnificencia.

Madama Luisa, y Margarita de Austria habian venido á Cambray á fin de conciliar la paz, la que finalmente se ajustó despues de largas, y molestas contiendas, por la mediacion del arzobispo de Cápua legado del Pontífice. Aprobóla el Ingles con mucha complacencia, y lo mismo otros príncipes que enviaron á este fin sus embaxadores. Muchos de los capítulos de este tratado quedaron sin efecto alguno; pero sin embargo se ajustaron entonces, ó á lo menos se sosegaron las mas graves controversias que habia entre el César, y el Rey Francisco. Prometió éste por la libertad de sus hijos dos millones de escudos de oro puro. El César quedó exônerado del título de Feudatario del Frances por la parte que poseia en la Galia Bélgica, donde habitaron en otros tiempos los Menapios. Renunciaron uno y otro sus antiguos derechos, y pretensiones, y principalmente el Frances el que alegaba tener á la Lombardía, y al reyno de Nápoles. Pagóse la deuda del Ingles, y éste restituyó al César el lirio engastado en piedras preciosas, blason de los príncipes de Borgoña, y alhaja de singular estimacion, de la qual tratan largamente los escritores españoles; y finalmente se restituyeron á los herederos de Borbon los bienes que se le habian confiscado. Estos y otros fueron los artículos de este tratado que recibió el César en Génova, y le confirmó, y ratificó con alegria comun, y aplauso de todos los pueblos, excepto de los italianos confederados, que se quejaban altamente del Rey, pues les habia ofrecido que de ninguna manera ajustaria la paz con el César, sin contar con ellos, lo qual no habiéndolo cumplido, fue notado de poco

fiel en sus palabras, como dice Busieres historiador frances. Por tanto no les quedó otro recurso que el de reconciliarse con el César, y asi acudieron á él una gran multitud de príncipes, y embaxadores con muchas muestras de alegria, verdadera, ó fingida, siendo los venecianos los únicos que faltaron. Recibiólos á todos con mucha benignidad, y los hizo amigos suyos, especialmente á los duques de Mántua, y Ferrara, libertándolos del temor de la guerra. A los florentinos fue negada la paz hasta que se sujetasen á la obediencia del Pontífice, protestando el César que si no querian hacerlo, tomaria este negocio á su cuidado. No podian resolverse á esto unos hombres tan amantes de su libertad, aunque los aterraba el peligro que tenian á la vista. Porque entretanto que se juntaban las tropas en Fuligno, el príncipe de Orange salió de Nápoles, dexando por su teniente al cardenal Colona, y vino aceleradamente á Roma á principios de julio para tratar con el Papa sobre los medios de hacer esta guerra.

Partió de alli con dinero, y dió principio á las hostilidades apoderándose en el camino de Espoleto. Juntósele el marques del Basto con la infantería española que estaba en la Pulla, y acometió á Hispello donde murió de una herida Juan de Urbina español valerosísimo que habia hecho muchas campañas. El pueblo se entregó baxo de condiciones, pero fueron mal observadas por las tropas, y maltrataron á los habitantes en venganza de la muerte de Urbina. Perugia y Arezo se entregaron voluntariamente, y habiéndose atrevido á hacer resistencia los cortonenses fueron multados en veinte mil escudos de oro. Los castellonenses cayeron en mayor infortunio, pues fue combatida y saqueada la ciudad. Aumentaba el terror y espanto el exército español acampado en Sabona.

Otro exército de alemanes mandado por el general Felix Fustemberg habia atravesado los Alpes por la parte de Trento, y sin embargo aquellos hombres obstinados en el odio que tenian al dominio de la casa de los Médicis, no desistian de sus intentos tan perjudiciales á la patria como á ellos mismos. El César envió parte de las tropas para la custodia de Milán, y mandó que le siguiesen las demas, habiendo llamado á Leyva que en aquellos dias habia tomado á Pavía, para que fuese de capitan de los españoles que caminaban á Bolonia. Finalmente el César atravesando por Plasencia, Regio y Módena, y habiéndole preparado el duque de Ferrara un magnífico hospedage digno de su persona, llegó á Bolonia donde ya se hallaba el Papa que habia ido por otro camino. Fue recibido baxo de un pálio de tela de oro, por los doctores de aquella universidad que iban ricamente adornados, y de este modo caminó hasta la plaza, montado en un caballo blanco, y armado de cota de malla sin morrion con pompa semejante á un triunfo. Alli le esperaba el Papa vestido de pontifical sobre un espacioso tablado que figuraba un templo, cubierto de ricas tapicerías, y acompañado de los cardenales. Luego que llegó el César se apeó del caballo; y seguido de los grandes y embaxadores, subió adonde estaba el Pontífice. Arrodillóse delante de él, y levantándole el Papa para darle el ósculo, le hizo el César este breve discurso en lengua española. «Vengo ahora á vuestros pies, santísimo Padre, con la »misma reverencia y amor que siempre os he tenido, »para que de comun acuerdo tratemos sériamente de »restituir la tranquilidad al orbe christiano, afligido »con tantas calamidades. Por tanto ruego al Dios todo-poderoso que me ha inspirado este ánimo, y á »quien yo lo atribuyo, que favorezca mis deseos tan

»saludables como lo espero al nombre christiano." El Pontífice derramando lágrimas de gozo y alegría le respondió: «doy infinitas gracias á nuestro Señor Je»su-Christo porque me ha concedido el gozar de vues»tra amable presencia, y espero con mucha confianza »que con vuestro auxilio y poder será restablecida la »paz tan deseada de todos los buenos, y con impon»derable beneficio de la christiandad, y la que os »atraerá la gracia en la tierra, y la gloria en el reyno »de los cielos." Despues de esto ofreció el César al Pontífice diez libras de oro acuñado, y el Papa le acompañó hasta las puertas del templo. Desde allí despues de haber hecho oracion delante del altar mayor, se retiró á su magnífico hospedage, y el Papa á otro inmediato, y como tenian comunicacion por lo interior, pudieron muchas veces hablarse á solas. Diéronse mútua satisfaccion de sus ofensas recíprocas, y descubriéndose con sincera franqueza sus mas íntimos secretos, dirigieron todos sus cuidados al restablecimiento de la paz en Italia. Los venecianos estaban dispuestos á ella por haber dexado las armas; y muchas veces se trató por sus embaxadores de las condiciones con que habia de hacerse. Finalmente el César se la concedió con benignidad, perdonando á Esforcia, y á unos y otros les valió mucho la intercesion del Pontífice. Ademas establecieron una alianza, por la que se obligaron á tener todos en comun, y cada uno en particular los mismos amigos y enemigos, y á juntar sus armas para rechazar con ellas qualquiera invasion enemiga. Esforcia se entregó al César, sin haberle pedido ninguna prenda para su seguridad, y esta grandeza de ánimo fue tan grata á aquel príncipe que le recibió en su amistad, y despues de haberle restituido la Lombardía le prometió casarle con Christina hija de Isabel su hermana. Los venecianos entrega-

ron inmediatamente las plazas de Rabena y Cervi, que habian quitado al Pontífice. Restituyeron al César las ciudades que en la próxima guerra le tomaron en la Pulla, ofreciéndole ademas trescientos mil escudos. Esforcia prometió pagarle en ciertos plazos novecientos mil que le debia por la anterior alianza, quedando entretanto en prendas las fortalezas de Milán, y como que se encargaron á Leyva, el qual fue remunerado con algunos ricos pueblos de la Lombardía, en premio de sus grandes servicios. Ajustó el César como árbitro entre el Papa, y el de Ferrara la antigua controversia que tenian sobre la posesion de Régio y Módena; á la verdad con prudente consejo para que en medio del comun gozo y alegria no quedase descontento ninguno de ellos, como sucedió despues quando se decidió este pleyto. Nació entonces al César un hijo, á quien puso el nombre de Fernando, pero se aguó en breve esta alegria con su temprana muerte.

Por el mismo tiempo acaeció una desgracia en la isla de Ibiza, pues habiendo Rodrigo Portundo acometido temerariamente á unos piratas moros, quando regresaba de Génova, quedó muerto en el combate, le apresaron quatro galeras, y solo dos se salvaron por la fuga. En este verano fue sitiada Viena de Austria por Soliman que habia recibido baxo de su proteccion á Sepusio arrojado del reyno de Ungría por don Fernando. Dícese que traxo doscientos mil hombres para esta guerra, temeroso del enorme poder de la casa de Austria que tenia tan cercana. Habiendo hecho minar las murallas porque carecia de artillería gruesa, intentó en vano expugnar aquella ciudad tan fortificada. Acometióla muchas veces con terrible ímpetu, pero siempre con grande estrago de los suyos, de los quales se asegura perecieron sesenta mil; y despues de tan considerable derrota se volvió Soliman á Cons-

tantinopla lleno de ira y despecho. Felipe Palátino obtuvo la mayor gloria en la defensa de esta ciudad. Entre los españoles auxiliares, es celebrado por mármol don Luis Dávalos noble andaluz, que despues de haber dado grandes exemplos de valor y fortaleza en aquel sitio perdió en él la vida. Su cuerpo fue sepultado en un honorífico túmulo en la capilla de los siete Electores.

Por este tiempo comenzaron á turbarse las cosas de Inglaterra, y fue la causa Ana Bolena, á quien miraba el Rey Enrique con lascivos ojos. Este pues con la esperanza de casarse con ella, y habiendo repudiado á su legítima muger la Reyna doña Catalina de Aragon, solicitó vivamente por medio de sus embaxadores que el Pontífice diese por nulo su matrimonio. Noticioso el Rey por ellos de que el Papa solo le habia dado buenas palabras, como dice Guichardino, se encendió en ira, la que descargó primeramente en el cardenal Volseo, quejándose de que con sus artificios le habia engañado, y despojándole de todos sus bienes le desterró á York. De allí á poco tiempo oprimido Volseo del odio comun, y cargado de acusaciones, fue llamado á la corte para que respondiese sobre el crímen de lesa magestad, pero murió en el camino de una disenteria, y fue sepultado en Leicester: fue varon de extraordinario talento, y de algunas letras, aficionado al fausto y magnificencia, iracundo, presuntuoso, deshonesto y disimulado, como dice el P. Edmundo Campiano en su tratado de *Divortio Henrici*. De aqui tuvo su orígen el cruel cisma que destruyó la religion católica en Inglaterra, de lo que trataremos despues en lugar oportuno.

CAPITULO XIII.

Coronacion del César en Bolonia. Guerra de Florencia, y restablecimiento de la familia de Médicis en el dominio de Toscana.

El año treinta de este siglo comenzó felizmente 1530.
con la publicacion de la paz, cuya ceremonia se celebró en la iglesia catedral de Bolonia dedicada á San Petronio, y no es necesario decir quanta fue la alegria, y gozo de los pueblos, que molestados con hostilidades por espacio de nueve años que duró la guerra francesa, no deseaban ni querian otra cosa mas que la paz. Los florentinos eran los únicos que carecieron miserablemente de esta felicidad, no menos por la ambicion de los Médicis, que por su propia pertinacia. No habiendo ninguna esperanza de que se sujetasen voluntariamente, aumentó su exército el príncipe de Orange con las tropas que le envió el César, y cercó la ciudad con dos campamentos. Habíase encargado de su defensa Balconio Malatesta, que aunque pequeño de cuerpo y débil, tenia un ánimo grande, y un esforzado valor, al qual se juntó Esteban Colona general muy antiguo, y de gran fama. Sus tropas se componian de nueve mil infantes veteranos, y casi mil y quinientos caballos. Ademas tomaron las armas siete mil ciudadanos, incitados del deseo de defender su libertad, grande esfuerzo á la verdad de una ciudad sola que no tuvo el menor auxîlio ageno. Los que acostumbran escudriñar mas con malignidad que con verdad los arcanos de los príncipes, atribuyeron al Rey de Francia maquinaciones ocultas contra la paz que acababa de establecerse. Pero entretanto que se fortifica la ciudad, y se defienden los florentinos con la mayor constancia, se pre-

pararon todas las cosas para recibir el César la corona del imperio germánico, señalándose para esta alegre fiesta el dia del apóstol San Matías.

En Monza cerca de Milán se guarda la corona de hierro, insignia del reyno Longobardo; y habiéndose traido de allí dos dias antes, la recibió el César á presencia del Pontífice en la capilla privada. Luego que amaneció el deseado dia se acampó Leyva en la plaza con los españoles, vueltas las bocas de los cañones contra todas las entradas de las calles, y puestas las banderas en medio. Toda la ciudad se hallaba llena de innumerable multitud de gente, que de todas partes habia concurrido á este espectáculo, de tal modo que los texados de las casas de la plaza casi amenazaban ruina por el peso de la gente que habia cargado en ellos. Fue conducido en solemne pompa el Pontífice en silla de manos, acompañado de los cardenales y obispos, desde el palacio á la catedral por un puente que estaba formado sobre arcos de madera. Despues siguió el César á pie debaxo de un pálio hasta la entrada de la iglesia con lucido acompañamiento de grandes. Celebró el Pontífice la misa, y en medio de ella fue ungido el César en los hombros, y en el brazo derecho con el sagrado óleo, y despues le puso su Santidad la corona de oro, y las demas insignias del imperio con particularísimas ceremonias. Sentóse despues en una silla de oro, y adornado con el manto imperial, fue saludado augusto Emperador de los romanos. Finalmente recibió la sagrada comunion con admirable compostura, que indicaba su mucha piedad, y al punto se dispararon los cañones en señal de regocijo, manifestando todos su extraordinaria alegria con las festivas aclamaciones que hacian por la salud, victorias, y prosperidades del César. Concluidos los oficios divinos, montaron el Pontífice

en un caballo turco, y el César en otro español, y fueron recibidos baxo un rico pálio, que llevaban los magistrados de la ciudad adornados con exquisitos vestidos. Seguíanse las banderas del Pontífice y del César, y despues de ellas era conducido baxo de un riquísimo pálio el augusto Sacramento del altar, colocado en una custodia de cristal sobre la silla de un hermoso caballo con muchas hachas encendidas. Al esquadron de los grandes, y cortesanos, seguian los cardenales, y embaxadores de los príncipes. Quatro reyes de armas llevaban las insignias del imperio, á saber, el cetro, el globo, ó mundo de oro, la espada desnuda, y la corona. El tesorero derramaba de trecho en trecho monedas de oro y de plata, acuñadas con la imágen del César coronado: iba éste al lado izquierdo del Pontífice con grande acompañamiento de prelados y nobles, y los guardias de corps cerraban la comitiva. Habiendo caminado esta pompa por las calles principales, que estaban adornadas con ramos, y todo género de colgaduras, se separó el César del Pontífice, y vino á la iglesia de Santo Domingo. Recibiéronle en su comunidad los canónigos Lateranenses, y despues de concluidas las ceremonias se restituyó al palacio. Desnudóse de las vestiduras imperiales, y despues de un rato de descanso le sirvieron la comida. Sentóse solo en la mesa, en la qual estaban colocadas las insignias del imperio. Los que las habian llevado comieron en una mesa, que se hallaba al pie de las gradas de la del César, y los grandes en otro aposento inmediato. En la plaza corrian dos fuentes de vino blanco y tinto, y ademas se arrojaron al pueblo otras muchas cosas. Finalmente fue asado un buey entero en una máquina, y relleno de otros animales, se ofreció por manjar á los soldados, segun la antigua costumbre. No pudo Esforcia

asistir á esta funcion por hallarse enfermo, ni tampoco los duques de Ferrara y Mántua por ciertas causas. Entonces se regresó á Portugal Rodrigo de Lima, que habia sido embaxador en la Abisinia, trayendo consigo á Zagabo que enviaba el Rey de Ethiopia por su embaxador al Rey don Juan. Francisco Alvarez compañero de Lima en esta embaxada, vino á Bolonia con cartas y regalos para el Pontífice, á quien los presentó á nombre del Rey de Ethiopia, que le reconocia por vicario de Christo en la tierra, y le prometia obediencia. El Rey de Persia envió al mismo tiempo embaxadores al poderosísimo César pidiéndole la paz y su amistad, la qual le concedió, dándole tambien esperanzas de que le socorreria contra el Otomano enemigo comun de ambos.

En Alemania causaban grandes turbulencias los luteranos, y para proteger la religion católica que se hallaba tan combatida, creyó el César que debia apresurarse á celebrar la dieta que habia convocado, lo que en gran manera deseaban los católicos. Por lo qual habiendo nombrado los grandes que habian de volverse a España, y los que debian acompañarle, se puso en camino para Alemania á la entrada de la primavera.

Los florentinos estaban cada dia mas obstinados en sostener el gobierno popular, y por consiguiente estaban mas expuestos á precipitarse en su ruina. La pérdida de Pistoya y otras ciudades, que se habian entregado unas por fuerza, y otras voluntariamente, los habia puesto en mayor apuro. Enviaron una embaxada al Pontífice; pero siendo compuesta de hombres baxos y obscuros, y sin facultades ningunas para capitular, fue despreciada con escarnio de la corte romana. Para vengar el pueblo esta injuria, obligó á Malatesta á acometer á los españoles, á fin de que derrotados los que tenian mas fama de valerosos y

endurecidos en tantas guerras, fuese segura le victoria de los demas. Pero fueron vanos sus esfuerzos, y recayó el mal sobre la cabeza de los que lo intentaban. De los españoles de algun nombre solo pereció Barragan, y de los enemigos los mas intrépidos con diez de sus capitanes. Entretanto fue tomada Empoli por los españoles mandados por el marques del Basto, y se abstuvieron de derramar sangre. Marramaldo comenzó desgraciadamente á combatir á Volterra, cuyos habitantes estaban sublevados. Hállase la ciudad situada en un lugar áspero y muy fortalecido por el arte y la naturaleza; y habiendo venido el marques á socorrerle con sus tropas, intentó entrar por la brecha que abrió en las murallas, pero fue muchas veces rechazado con pérdida. Sarmiento quedó muerto de una bala: Machicao fue libertado con mucho trabajo de las manos de los enemigos, despues de haber recibido muchas heridas, y murieron no pocos soldados. Desesperando por entonces de tomar la ciudad, se volvió Basto al campo, y Marramaldo á Pistoya para velar sobre los movimientos de los enemigos. Cada dia eran mas desgraciados los esfuerzos que hacian los sitiados florentinos. Colona con la esperanza de oprimir á los alemanes que creia sumergidos en vino, porque aquel dia se habia llevado gran cantidad al campo, hizo una salida con sus tropas encamisadas para que pudiesen distinguirse, y atravesó las trincheras á media noche; pero le salió su empresa muy contraria de lo que habia pensado, pues los halló prevenidos y despiertos. No pudiendo sostener el ímpetu de los que peleaban valerosamente animados por su capitan Londronio, abandonó la pelea despues de consumidas sus fuerzas y ardides, y se precipitó de lo alto de la trinchera, habiendo recibido dos heridas. Rechazados de alli los enemigos fue preci-

so acelerar el paso á la ciudad, para no verse cortado por la caballería que habia acudido con presteza.

Ademas de los otros males que trae la guerra, era grande la escasez de víveres que tenian los sitiados, y el hambre los afligia de tal modo qne se vieron obligados á alimentarse de cosas muy repugnantes y nocivas. Mas no por esto se abatia su ánimo inflamado por la obstinacion de los magistrados: porque á los que se hallan poseidos de un perverso y excesivo deseo de dominar, ni la paz ni la abundancia, ni ninguna otra felicidad puede agradarles si les falta la autoridad y el mando. Y á la verdad ademas del particular odio que tenian á los Médicis, querian mas morir y ser sepultados baxo las ruinas de su patria, que deponer las insignias de la magistratura, y renunciar el gobierno para salvarla. Uno de estos era Rafael Gerónimo que habia sucedido á Carducho en la dictadura, no menos que en la ferocidad. Por disposicion suya fue llamado de Volterra Francisco Ferruci con las tropas, mas para fomentar la guerra que para defender la libertad. El príncipe de Orange se apresuró á salirle al encuentro con un valeroso esquadron, y se trabó cerca de San Marcelo un combate cruel y sangriento. Al primer choque desampararon á Orange muchos de los corazas, y ardiendo en ira por la cobardía de los suyos, embistió contra el enemigo con los pocos que le quedaron. Pero pagó con la muerte su temeridad, habiendo sido atravesado con dos balas, y despojado arrebatadamente de sus vestidos, estuvo algun tiempo sin ser conocido. Sobreviniendo á este tiempo Marramaldo y Vitelio, que seguian á Ferruci, acometieron contra la ciudad, y renovaron la pelea. Corrieron arroyos de sangre por las calles y las plazas, y se cubrieron de cadáveres. Ferruci y Pablo hijo de Renzo, estrechados de

todas partes por los imperiales, y desconfiados de sus fuerzas, pusieron su esperanza en las paredes de las casas; pero no pudieron permanecer mucho tiempo escondidos; y al fin fueron hechos prisioneros. Ferruci pereció á manos de Marramaldo en venganza de la muerte de Orange, y Pablo consiguió su libertad á costa de quatro mil escudos de oro. Perecieron en la pelea y de las heridas dos mil soldados de una y otra parte. El príncipe de Orange envuelto en una manta vieja, y atravesado en un caballo con los brazos y piernas colgando, presentó un horrible espectáculo de la humana miseria, y de esta suerte le llevaron á Pistoya, donde se le dió sepultura. Asi fue arrebatado aquel hijo de Marte en medio de sus victorias, con gran dolor del César. Los vencedores se volvieron á su campo muy tristes por la pérdida de su general, y en su lugar tomó el mando del exército don Fernando Gonzaga por ausencia del marques del Basto.

Introdúxose la discordia en la ciudad sitiada entre los militares y magistrados, y se pusieron las côsas en el mayor peligro. Irritada la plebe con la funesta noticia de la derrota de la guarnicion y de su general, y deseosa de la venganza, mandó acometer contra los enemigos. Malatesta se opuso á esto con fuertes razones, especialmente por la poca gente que tenian; mas no pudiendo persuadir á aquellos hombres inconsiderados, pedian obstinadamente que el soldado les obedeciese sin tardanza; pues para mantenerle no habian perdonado, ni aun las albajas de los templos. De esto se originaron sospechas, calumnias y amenazas. Quitaron á Malatesta el mando del exército, y el senador Nicolino que le intimó el decreto, fue herido con un puñal por este hombre iracundo: el dictador no procedia con mas cordura, pues rehusando la tropa obedecerle, montó á caballo, y queria

hacer una salida con la plebe armada, para acabar de perder la ciudad y sus habitantes. Nunca en realidad fue menos libre la república de Florencia que quando defendia su misma libertad, porque ningun ciudadano de providad se atrevia á decir libremente lo que convenia al público, sin exponerse al furor de la cruel y desenfrenada plebe. Pero al fin desistió el dictador de su intento, convencido por Tosingo hombre de buen carácter. Luego que se aplacó esta discordia, concedieron á Malatesta facultad para ajustar á su arbitrio la paz; y habiendo enviado al campo de Gonzaga á Cesio Strabon, le hizo entender que los florentinos se hallaban inclinados á entrar en composicion. Para llevarla adelante, y vencida ya la obstinacion de los magistrados, pasaron al campo por comun acuerdo los nobles ciudadanos Altovito, Strozi, Portinario y Moreli, los quales con su prudencia concluyeron en breve el negocio. Entregóse al César la república para que la arreglase á su arbitrio: ofreciéron aprontar ochenta mil escudos para la paga del exército, que inmediatamente habia de despedirse; y finalmente se aseguró la conservacion de las personas y bienes de todos los ciudadanos. Tales fueron en substancia los capítulos del tratado que se firmó en el campo el dia veinte y nueve de julio, y habiéndose publicado en la ciudad, pusieron fin á una cruelísima guerra que habia durado por espacio de once meses. Despues de esto, por disposicion del César fue restablecida en Florencia con dominio estable, y permanente la familia de los Médicis, que tantas veces habia sido desterrada de ella. Alexandro hijo de Lorenzo y yerno del César, obtuvo el principado de la Toscana, y se confirmaron á los florentinos sus privilegios é inmunidades. Mas el Pontífice por medio de unos hombres adictos á él, manchó con la sangre

de algunos ciudadanos una victoria tan benigna instigado de un deseo de venganza muy ageno de la dignidad, y carácter de su persona.

Entretanto invadió Aradino la roca de Argel fortificada por su situacion, y por el arte, la qual hasta entonces de nadie habia sido ocupada, y quanto daño en lo sucesivo haya causado á las costas de España, nadie lo ignora, ni es necesario decirlo. Fue herido, y hecho prisionero el capitan Martin de Vargas con algunos pocos soldados, habiendo sido muertos los demas en la cruel expugnacion. Esta fortaleza que habia sido treinta y un años antes tomada por Pedro Navarro de orden del Rey don Fernando, para contener á los piratas, fue arrasada por el bárbaro hasta los cimientos. De sus ruinas arrojadas al mar se formó una especie de muelle para seguridad de los navíos en aquel parage tan peligroso. Despues de esto, habiendo sido Vargas solicitado en vano para que abrazase la perversa secta de Mahoma, fue muerto por los moros con cruelísimos suplicios. Amenazó despues el bárbaro á la plaza de Cadiz con una poderosa armada, atraido de una presa tan opulenta; pero fue desvanecido este peligro por el valor de Doria, habiendo derrotado la mitad de la armada enemiga en Sargel no lejos de Argel. Las cosas habian sucedido á medida del deseo, si la fortuna que siempre acostumbra burlarse de los mortales, y mezclar las prosperidades con las desgracias, no hubiese convertido en llanto la alegría de la victoria con un triste suceso. El pirata Hali Caraman, que despues de haber perdido sus naves se habia refugiado al castillo de Sargel hizo una salida repentina sobre los soldados de Doria, que á pesar de sus órdenes se habian derramado por el pueblo para saquearle, y los pasó á cuchillo. Los que pudieron escaparse se precipitaban

unos sobre otros en el mar, pereciendo todos con diversos géneros de muerte. Murieron cerca de quatrocientos, y quedaron prisioneros sesenta con Jorge Palavicino noble alferez. Esta pérdida fue recompensada con la libertad de dos mil christianos que padecian en las galeras una miserable esclavitud. Fueron tomadas dos de ellas con otros muchos buques, y á los demas se les pegó fuego. La mayor ventaja de esta empresa fue la conservacion de Cadiz, porque despojado el pirata de una parte de su armada, se dedicó á pequeños robos.

Casi por este tiempo fueron restituidos sus hijos al Rey de Francia que los deseaba con mucho ardor. Habian sido encerrados en la fortaleza de Pedraza, donde fueron tratados con poco decoro, no sin mengua del César, que mandó los tuviesen con buena custodia, temeroso de la astucia francesa, hasta que por mandado de la Emperatriz fue aliviada su desgracia con mas suave tratamiento. Encargó el César este negocio al condestable Velasco. Los franceses procedieron de mala fé, mas no pudieron engañar á los hombres de probidad, y el fraude fue descubierto con infamia de sus autores. Todas las monedas fueron exâminadas por un platero español, y habiendo declarado que el oro no era de ley, hubo largas disputas entre una y otra parte. Los escritores franceses atribuyen la culpa á la avaricia del canciller Prat, y afirman que el Rey estaba inocente, lo que juzgo verdadero. Finalmente se descubrió que faltaban quarenta mil escudos á la suma contratada, y habiendo sido completados, se entregaron los régios jóvenes con toda solemnidad en el rio Vidasoa á Mommoranci presidente del parlamento de París, enviado por el Rey á este fin con ámplios poderes. Tambien fue entregada doña Leonor con magnífica pompa para que

fuese conducida á su esposo Francisco con doscientos mil escudos de dote; pero con la condicion de que los hijos que de ella naciesen habian de poseer la Borgoña por derecho de patrimonio.

A principios de este año murió en Valencia don fray Gilberto Martin del orden de San Gerónimo, obispo de Segorve; y fue sepultado en su iglesia, baxo del altar mayor en el sepulcro que edificó para sí y sus sucesores. Trabajó con gran zelo en apaciguar las sediciones de este reyno, lo qual le adquirió mucha fama. En el siguiente año fue electo para aquel obispado don Gaspar Gotofredo valenciano, biznieto de doña Juana de Borja hermana de Alexandro VI. De alli á poco tiempo falleció tambien don Pedro de Cardona, catalan de la ilustre familia de Folch, arzobispo de Tarragona, varon de mucha virtud, y digno de la memoria de la posteridad por el fervor con que se dedicó á desarraygar los abusos, y restablecer la disciplina eclesiástica. Su liberalidad enriqueció á aquella iglesia con posesiones muy pingües. Sucedióle don Luis su sobrino, hijo de su hermano, trasladado de la sede episcopal de Barcelona, y entró en la ciudad el dia doce de mayo del año siguiente.

CAPITULO XIV.

Viage del César á Alemania. Liga de los príncipes luteranos en Smalcada. Eleccion de don Fernando hermano del César en Rey de romanos.

Habiéndose puesto el César en camino para Alemania, fue recibido con mucha pompa en Mántua por Federico Gonzaga, á quien habia conferido el título de duque, y le obsequió con extraordinaria

alegría; y pasando por el territorio de Venecia, le dió el senado las mas expresivas señales de veneracion y respeto. Llegó á Inspruk en los confines de Alemania, y salió á recibirle su hermano don Fernando con un lucido acompañamiento de nobleza, y se abrazaron mútuamente con mucho amor. Desde allí acompañado del duque Guillelmo, atravesó por la Baviera, y vino á Ausburg donde tenia convocada una dieta, habiendo salido á recibirle toda la ciudad con el mayor regocijo. El dia siguiente, que era el del Santísimo Corpus Christi, asistió el César, y los príncipes católicos con velas encendidas á la procesion con exemplar piedad, rehusándolo con grave ofensa del César los que estaban inficionados de las nuevas heregías, entre los quales se distinguian Juan Federico duque de Saxonia, Jorge de Brandemburgo, Alberto su hermano maestre del orden Teutónico, y el que la extinguió en la Prusia; Arnaldo de Luneburg; Phelipe Langrave de Hesse; y Volfango de Anhalt príncipes ilustres de Alemania. Congregóse despues la dieta, en la que tomando la palabra Phelipe conde Palatino, se trató de defender la antigua y apostólica religion, y de apaciguar las turbulencias de la Alemania y otras controversias. Leyóse en ella el compendio ó confesion de la doctrina de la secta luterana compuesto por Phelipe Melancton excelente profesor de letras humanas, pero hombre muy enamorado de su ingenio: su obra se entregó á Juan Cochleo, uno de los mas sabios teólogos de Alemania para que la refutase. Despues de muchas disputas de una y otra parte, se disolvió la dieta sin haberse sacado fruto alguno por la contumacia de los hereges; porque la perfidia obstinada nunca se da por vencida, ni cede á ningunas razones, ni se sujeta á ninguna autoridad. Asi pues, el

César ordenó en plena dieta con general consentimiento, que no se hiciese novedad alguna en la antigua religion; y que se debia perseverar constantemente en la creencia de los antepasados. Contra este decreto protestaron los príncipes que habian abrazado la heregía, y las ciudades libres, como fueron Estrasburgo, Nuremberga, Ulma, Constancia, y otras contagiadas de la misma peste. De aqui tomaron el nombre de Protestantes, que otros derivan de la dieta de Spira celebrada el año anterior. Finalmente viendo el César la pertinacia con que los hereges se burlaban del derecho divino y humano, recurrió á la sagrada áncora del concilio ecuménico, á cuyo fin pidió al Papa por medio de su mayordomo mayor don Pedro de la Cueva que procurase congregarle quanto antes. Pero habiéndose negado el Pontífice á esta peticion, quedaron frustrados los deseos del César.

El dia treinta de noviembre murió en Malinas de edad de cincuenta y un años doña Margarita de Austria, que habia casado con don Juan Fernando hijo del Rey católico: su cuerpo fue llevado á España, y el corazon se depositó en la misma ciudad en el sepulcro de su madre. Celebradas las exêquias con régia magnificencia, nombró el César en su lugar por gobernadora de Flandes á doña María su hermana, muger que fue de Luis Rey de Ungría. Las cabezas de la secta luterana formaron el año anterior la famosa liga de Smalcada, en la qual los siete príncipes y veinte y quatro ciudades establecieron varios artículos perjudiciales al César y al imperio, que algun dia habian de llegar á ser perniciosos á sus mismos autores. Y porque no confiaban bastantemente en sus fuerzas, enviaron embaxadores al Rey de Francia, y al de Inglaterra pidiéndoles socorros. El Ingles ofreció darlos con tal que se le juntase el Fran-

ces, y este émulo perpétuo del César deseaba entrar en aquella liga; pero le retuvo el pudor de quebrantar la concordia que acababa de hacer, en la que se obligó á no contraer alianzas algunas en Alemania sin consentimiento del César, y se contentó con darles buenas palabras. Mas al fin estando su ánimo inquieto y fluctuante, se declaró por la liga, ofreciendo prestados cien mil escudos.

Desde Ausburg pasó el César á Colonia donde convocó una dieta, ó por mejor decir trasladó alli la anterior, á fin de establecer con mas solidez el imperio en la familia austriaca. Habiendo entrado en la junta, trató en ella de la eleccion de sucesor, y concluyó en estos términos: «Haced finalmente, príncipes, lo que os parezca mas útil y honroso y señalad un sucesor á vuestro Emperador, que conserve la libertad, y sea el apoyo de la magestad romana." Dicho esto se salió el César á otra pieza segun la costumbre, y á breve rato por unánime voto de todos fue declarado Rey de romanos don Fernando su hermano el dia trece de enero de mil quinien-
1531. tos treinta y uno, reclamando en vano contra esta eleccion los duques de Saxonia, y de Brandemburgo, que decian ser nula por haber sido corrompidos los votos con regalos y promesas. Ni tampoco dexó de sentirlo el de Baviera, que se habia declarado pretendiente de esta dignidad. Decia pues: «que no se debia tolerar que se arraygase el imperio en la casa de Austria, cerrando el camino á los demas príncipes que aspiraban á este honor con igual lustre." Pero despreciadas estas y otras quejas semejantes, pasaron á Aquisgran, y á los seis dias fue jurado y proclamado por todos Rey de romanos, habiéndole puesto sobre su cabeza la corona de plata de Carlo Magno que alli se guarda. Concluida esta

funcion, se marchó cada uno por su parte, don Fernando á Lintz, y el César con doña María á Flandes.

Toda la Alemania ardia en tumultos, fomentando la llama el heresiarca Lutero, hombre de malvado ingenio, y detestables costumbres, que en sus escritos no perdonaba á nadie, ni era perdonado de ninguno. Impugnaron vigorosamente sus errores Juan Ekio, Desiderio Erasmo, Jodoco Clitoveo, y otros, pero aquella cabeza incurable se precipitaba cada dia en nuevos delirios. Abandonó con la vergüenza el hábito de religioso; contraxo un sacrílego matrimonio con Catalina Borea, de quien dicen muchas cosas los historiadores, y abolió la celebracion del Santo Sacrificio de la Misa; pero retuvo el Sacramento de la Eucaristía, declarando con erróneo juicio que la divina víctima existia sin sacrificio. Por todas partes volaban sus discípulos, cuyo número era muy crecido, causando infinitas turbulencias. Muchos de ellos desertaron de sus dogmas, y cada qual forjaba nuevos sueños, á fin de adquirir nombre y fama. Ulrico Zuinglio, que habia corrompido á los suizos con su perversa doctrina, era su mayor adversario, aunque en algunas cosas convenia con él. Este hombre deshonestísimo, y sentina hedionda de todos los vicios, encendió la guerra en la Suiza con sus feroces declamaciones. Sus sequaces fueron muchas veces derrotados por los católicos en el mes de octubre, y quedaron en el campo cinco mil muertos. El mismo Zuinglio peleando á la frente del primer esquadron recibió una herida mortal, y su cuerpo fue arrojado al fuego. Finalmente por la mediacion de los magistrados se sosegó la guerra civil, y desde entonces se estableció entre los suizos la heregía. Christierno II propagó la peste luterana en Dinamarca y los reynos confinan-

tes, aunque no sin castigo porque habiendo sido despojado del reyno, y preso por la perfidia de Federico duque de Holsacia su tio, fue encerrado en la fortaleza de Sineburg, donde acabó en este año su vida y su prision. Murió entonces madama Luisa madre del Rey Francisco de Francia, hermana de Carlos de Saboya, muger ambiciosa é iracunda, de la qual dicen muchos males los historiadores franceses. Y en este mismo año, ó mas bien en el siguiente, falleció tambien Juan Federico duque de Saxonia fautor y protector de Lutero, padre de Juan Federico su sucesor, ó tio, como dice Ferroni.

Peleó Doria felizmente con los piratas, y habiéndoles apresado una galera, derrotó y incendió otras tres en las costas de Africa, y puso en libertad á los christianos que estaban condenados al remo. En el mes de noviembre se levantó en el Océano una cruelísima tempestad que arruinó y sumergió muchos pueblos de Flandes con muerte de innumerables personas. Precediéronla por espacio de tres dias copiosísimas lluvias, horrorosos truenos, y contínuos terremotos con furiosos torbellinos, causando tan extraordinario terror en todos, que creian habia llegado ya el fin del mundo. Esta misma calamidad afligió á Portugal, que en todo lo demas gozaba de prosperidad. A principios de este año de treinta y uno tembló horriblemente la tierra en Lisboa, y quedaron muchos sepultados entre las ruinas de los edificios. Tragóse el mar hinchado gran número de navíos; y rechazado con fuerte ímpetu el rio Tajo, se derramaron sus aguas por ambas riberas, y quedó en seco su madre con increible espanto de los que lo veian. Fue grande el temor, y no menor el peligro, pues á cada instante se arruinaban las casas. El Rey se vió forzado á salir á campo raso con la Reyna, siendo

infinito el número de los que abandonaron sus habitaciones para no perecer en ellas.

Divulgóse entonces la voz de que Soliman instigado por Sepusio, disponia hacer guerra á don Fernando. Conmovido el César con esta noticia escribió á la Emperatriz que este nuevo cuidado le impedia volver á España como tenia pensado; y asegurado despues por los venecianos de que eran ciertos los preparativos del Otomano, comenzó él tambien á disponer lo necesario á fin de salir al encuentro al bárbaro en las fronteras de Alemania. Para cuidar desde mas cerca de las cosas que requeria la guerra, marchó en medio del invierno desde Bruselas á Ratisbona, donde habia convocado la dieta. Despues de haber tratado sobre los medios de destruir la secta de Lutero, que no podia tolerar se extendiese en Alemania, y de arreglar otros negocios públicos, anunció que Soliman habia salido de Constantinopla con un poderoso exército. Para ocurrir á tan gran peligro, y dexando á otro tiempo todos los demas negocios, mandó que á ninguno se le inquietase por causa de religion, pues no queria irritar los ánimos con una intempestiva severidad; porque fluctuando el César entre dos males, juzgó mas conveniente suspender por entonces las controversias religiosas, que exponer todo el imperio á ser presa de tan formidable enemigo. Grande fue la actividad con que los alemanes hicieron los preparativos de la guerra, segun la antigua costumbre del imperio romano, porque el César habia declarado que iria en persona á mandarla. Puso todo su cuidado y diligencia en juntar tropas, y hizo venir de Italia las mas escogidas con los generales mas experimentados. Los españoles é italianos llegaron á cerca de veinte y dos mil, y de Flandes y Borgoña le vino una lucida caballería.

Tambien acudieron los veteranos, y la nobleza mas aguerrida de España. Mandó alistar con nombre de compañías pretorianas doce mil alemanes de los que militaron en la guerra de Italia, y eran los mas fuertes para pelear á pie firme. Hizo ademas juntar víveres en abundancia, y todas las cosas que eran necesarias en una guerra tan complicada.

Para entretener las fuerzas navales del enemigo mandó el César á Doria que con una poderosa armada cruzase en los mares de la Grecia, dándole ámplias facultades para hacer lo que mas conviniese. El Pontífice ayudó con todo lo que le fue posible para esta guerra christiana, enviando las tropas veteranas que tenia, y tomó á su sueldo ocho mil caballos húngaros, á cuyo fin envió con una gran suma de dinero al cardenal Hipólito de Médicis. Los bohemos, moravos, polacos, y otras naciones acudieron en gran número, persuadidos de que serian culpables si faltasen á esta sagrada empresa. Toda la Europa estaba en movimiento contra el comun enemigo, permaneciendo tranquilos los Reyes de Francia y Inglaterra, á pesar de las exhortaciones que les hizo el César por medio de sus embaxadores, para que concurriesen á tan piadosa guerra. Marchó el César á Lintz donde se juntaron muchas tropas, á cuyo tiempo pasó Soliman á la Ungría por la Misia despues de haber atravesado el rio Savo. Su exército se componia de trescientos mil hombres segun dicen algunos historiadores, y el del César de noventa mil infantes, y treinta mil caballos. Dexó el bárbaro el Danubio á la derecha y invadió la Ungría inferior, y la provincia confinante de Estiria, talando y desolando todo el territorio por donde pasaba. Habíase adelantado Cazano general intrépido de la caballería turca, con

quince mil hombres con orden de hacer correrías entre el Danubio y los Alpes. Entretanto Ibrahim teniente de Soliman embistió con lo mejor de sus fuerzas á Guiz ciudad pequeña y no muy fuerte; pero fue valerosamente defendida por Nicolas Taresic con pocas tropas, y mucha alabanza suya. Cazano llegó cerca de Lintz, y lo llenó todo de terror y espanto; pero noticioso de que los imperiales le tenian cogidos los caminos, para escaparse con mas presteza mandó con bárbara ferocidad degollar quatro mil cautivos que tenia. Ferricio otro de los generales turcos se retiró por sendas desconocidas, y espesos bosques al campo de Soliman con parte de sus tropas. El conde Palatino encontró cerca de Staremburg á Cazano, y le derrotó con el mayor número de su gente. El resto de los fugitivos pereció casi todo, habiéndolos seguido el alcance Londronio, y el Croato Gaznier. Los pocos que habian quedado cayeron en manos de los húngaros pontificios, y de los labradores que se habian derramado á saquear, y de este modo de ocho mil caballos apenas se escapó uno que llevase la noticia de la pérdida. Hallábase Soliman en Gratz ciudad de la Estiria, y el César cerca de Viena, y ni aquel sentaba su campo, ni éste movia el suyo. Amenazó el bárbaro que antes de tres años volveria al Austria con mayores fuerzas, y no falta quien dice que desde Constantinopla escribió al César desafiándole á pelear cuerpo á cuerpo. Pero se quedó en palabras la arrogancia de Soliman, porque ó amedrantado con los preparativos de sus enemigos, ó como quieren otros, porque el Frances le exhortó en sus cartas que no contrarrestase la fortuna del César, evitó entrar en batalla, y habiendo llenado de un vano terror á los confinantes, se volvió lleno de ignominia á Constantinopla sin que hubiese hecho

cosa alguna memorable fuera de latrocinios. No ofreciéndose al César despues de la partida de Soliman ocasion alguna de pelear, despidió el exército, y se apresuró á volver á Italia para embarcarse á España, acompañándole muchos nobles con dos legiones de alemanes y españoles. De este modo fue preservada la Alemania, que el Otomano habia intentado invadir, y quedó libre la christiandad del peligro que la amenazaba, con grande alabanza y gloria del César.

CAPITULO XV.

Expedicion de Doria contra los turcos. Sucesos de Nueva España, y demas partes de América.

Entretanto Doria para cumplir las órdenes del César juntó quarenta y quatro galeras, en cuyo número se contaban las del Pontífice, y las de Malta, y treinta y cinco navíos de carga de extraordinaria grandeza, á los que seguian otros de menor porte, y se dirigió al puerto de Mecina. Tomó allí los víveres y la artillería necesaria para batir murallas, y navegó al Archipiélago. En la isla de Zante le hizo muchos obsequios Capeli general de la armada veneciana, á los que correspondió Doria, y habiendo ofrecido á éste todas sus facultades, excepto el ayudarle contra los turcos, porque se lo impedia el tratado que con ellos tenia hecho su república, le dió muchas gracias Doria, y prosiguió su navegacion sin que nadie se lo estorbase, porque Himeral general de la armada turca, que se hallaba en el golfo de Larta con setenta galeras para defender las costas de la Grecia, se puso inmediatamente en fuga. El primer ímpetu de la guerra cayó sobre Coron ciudad de la Morea, la

qual fue tomada á viva fuerza y saqueada, y quedó para su custodia don Gerónimo de Mendoza capitan veterano con una buena guarnicion española. Los italianos se apoderaron de Patras, que abandonaron los turcos poniéndose en fuga. Comenzó luego la artillería á batir el castillo situado en una altura; pero en breve se desanimaron los bárbaros, permitiéndoseles transmigrar á la Etolia con sus hijos y mugeres, y un vestido cada uno. Desde alli por tierra, y por mar se encaminaron al estrecho del golfo de Lepanto que está dominado de dos castillos. El uno situado en la Acaya fue tomado sin derramar ninguna sangre, por la cobardía de su gobernador, y entregado al saqueo. El otro en la Locrida fue tambien expugnado aunque con mucho trabajo, porque la guarnicion se obstinó en morir antes que entregarle. Recogida la presa, en la qual habia un gran número de cañones de artillería, se volvieron á Coron. Entretanto que Doria juntaba en esta ciudad muchos víveres, y todo lo demas necesario para la guerra, recorrió Salviati con las galeras de Malta hasta el Istmo de Corinto infundiendo en todas partes terror y espanto. Concluida esta expedicion, y esperanzados los españoles de que en breve recibirian socorro, se hizo á la vela Doria, y regresó con feliz viage á Italia.

En España se hallaban las cosas tranquilas, y los magistrados exercian libremente su autoridad. Florecia el estudio de las letras en las universidades que por este tiempo se establecieron ó renovaron, trasladándolas á lugares mas oportunos, de las que salieron muchos hombres ilustres en santidad y doctrina, de que haremos mencion mas adelante. En los años anteriores habia decidido el César en Zaragoza la controversia suscitada entre el arzobispo don Alonso de Aragon, y Lanuza teniente de justicia mayor, hom-

bre inflexible y tenaz. Para evitar toda ocasion de discordia mandó la Emperatriz al arzobispo que viniese á su presencia, y á Lanuza que no se entrometiese en lo que no le tocaba, y habiendo obedecido el arzobispo, murió en Madrid el año de mil quinientos veinte y nueve. Su cuerpo fue llevado á Zaragoza, y sepultado en la iglesia de Santa Engracia cerca del altar mayor. Sucedióle don Fadrique de Portugal descendiente de los Reyes de Portugal que obtuvo antes los obispados de Calahorra, Segovia y Sigüenza, y se hallaba de virrey de Cataluña quando fue trasladado á Zaragoza el dia doce de abril de este año. Habiendo pasado, como ya diximos, á la iglesia de Tarragona don Luis de Córdova, fue electo por su sucesor en la de Barcelona don Juan de la misma familia de Folch, y tomó posesion de su obispado el dia diez y ocho de agosto de treinta y uno. Por su muerte acaecida en breve, le sucedió en esta diócesis don Gerónimo Doria genoves, que se hallaba ausente, y no vino á su iglesia hasta dos años despues el dia seis de julio. Falleció tambien don Antonio Fonseca arzobispo de Burgos, y fue sepultado en la capilla que él mismo hizo edificar en Coca. Sucedióle don Antonio Roxo, que solo vivió siete meses, y á éste don Iñigo de Mendoza trasladado de la iglesia de Coria, y nombrado despues cardenal por Clemente VII. Gil Gonzalez Dávila pone á Roxo en su catálogo por primer patriarca de las Indias; pero don Pedro de Mendoza, arzobispo de Granada le pone en segundo lugar. Lo cierto es que este patriarcado fue instituido por el Papa Clemente el año veinte y quatro de este siglo como lo afirma Chacon. Aun es mas de admirar que Dávila omitiendo á don Gabriel Merino, señalase á don Fernando de Guevara por segundo patriarca; á don Antonio Fonseca por tercero; á

don Juan de Guzman por quarto, y despues á otros. Pero Rodrigo de Silva dice positivamente que Merino fue el primero, Roxo el segundo, y Guevara el tercero. Fue electo sucesor de Roxo en la iglesia de Granada don Pedro Portocarrero que murió en el mismo año, y le siguieron despues don Francisco Herrera, y don Ramiro de Riba que fallecieron en breve tiempo. A estos sucedió don Gaspar de Dávalos que vivió muchos años; edificó dos colegios con rentas competentes, y dotó la universidad, y desde Granada fue trasladado al arzobispado de Santiago.

En Nueva España hubo muchas turbulencias por culpa de Nuño de Guzman, que abusaba enormemente de su autoridad. Hallábase de gobernador en el rio de Panuco, y habiendo movido disputa á Cortés antes de su venida á España sobre los límites de su gobierno, se originaron entre los dos graves enemistades. Entretanto habiendo sido hecho presidente de la audiencia de México, procuró durante la ausencia de Cortés satisfacer por todos medios el odio que le tenia. Ante todas cosas le confiscó los bienes forjándole á este fin una causa; persiguió de mil maneras á sus familiares y amigos; y finalmente puso todo en inquietud con su precipitada conducta. Quejóse Cortés al César, y ofendido de estos desórdenes removió de México á este hombre soberbio, y á sus cólegas que le apoyaban en sus excesos, y puso otros en su lugar, nombrando por presidente á don Sebastian Ramirez arzobispo de Santo Domingo, donde se habia hecho célebre por su virtud y providad. A este mismo tiempo regresó Cortés á la América, despues de haber perdido en España á Sandoval su amigo fidelísimo, compañero perpétuo en sus trabajos, á quien traxo consigo á estos reynos, y murió de enfermedad. Desembarcó en Vera-Cruz el dia quince de julio

del año de treinta, y fue recibido con extraordinario regocijo porque todos deseaban vivamente su venida. Casó á las hijas de Motezuma con nobles españoles, señalándolas en dote grandes posesiones con autoridad del César, para que se mantuviesen con el decoro que les correspondia.

Deseoso Guzman de evitar la presencia de Cortés, juntó un cuerpo de tropas de ciento y cincuenta caballos, otros tantos infantes españoles, y ocho mil mexicanos con doce piezas de artillería, y se puso en marcha para sujetar á los indios Chichimecas. Descubrió una region llamada por los bárbaros Xalisco, á la qual dió el nombre de Nueva Galicia, y edificó las ciudades de Compostela, San Miguel, el Espíritu Santo, y Guadalaxara, capital de la provincia en memoria de su patria. Su teniente Lope de Mendoza fundó tambien la ciudad de San Luis. Peleó muchas veces con aquellos bárbaros, que eran ferocísimos, y los venció valerosamente. Habiendo enviado Cortés dos navíos para descubrir por aquellos mares una navegacion mas breve á las Molucas, no pudo adelantar cosa alguna, porque habiéndose suscitado una horrible discordia entre los pasageros y soldados, perecieron ambos navíos en diversos tiempos y lugares, habiendo sido muertos los españoles con su capitan por los bárbaros irritados con la guerra que Guzman les habia hecho. Entró Ramirez en la presidencia de México el año de treinta y uno: procuró aplacar á Cortés que estaba irritado de los injustos procedimientos de Guzman, y trató con el mayor decoro á este hombre tan benemérito. Corrigió muchos excesos que habia causado la temeridad de su antecesor: reprimió á los ministros reales que abusaban de su autoridad, y se entremetian en muchas cosas que no les pertenecian. Cuidó mucho de que

hubiese abundancia de agua en la ciudad, la adornó con edificios, y promovió las letras, y mandó establecer escuelas para los indios. Fue defensor acérrimo de su libertad, y publicó la ley renovada por el César, en que los declaraba libres, y que fuesen tratados con la mayor suavidad. Fundó la Puebla de los Angeles colonia de españoles á la mitad del camino entre México y Vera-Cruz, y hizo otras cosas magníficas y esclarecidas.

Por este tiempo se comenzó á cultivar la cria de los gusanos de seda, y los frutos, y semillas de Europa que producian con admirable abundancia. Parece increible y fabuloso lo que se refiere de la fertilidad de estas tierras, de la de sus árboles, fieras, aves y animales de toda especie. Los árboles son tan altos que no puede alcanzar á su cima una saeta disparada, tan gruesos que no los pueden abrazar quatro hombres. De cada uno de ellos hacen una barca para navegar, y en algunas caben treinta hombres. Los juncos se hacen tan corpulentos que sirven de bastones, y los campos estan llenos de unas cañas muy gruesas, que en el hueco de sus nudos contienen un licor muy frio y abundante, con que apagan la sed los naturales. Es cosa admirable la virtud medicinal que tienen los frutos, las yerbas y otras muchas cosas, sobre lo qual puede verse la obra que escribió Monardes; pero todas estas producciones, ya sea por la influencia del cielo, como dice Plinio en igual caso, ó ya por no llevarlas el suelo, pierden su vigor si se trasplantan á otros paises. Nuestro trigo da dos cosechas al año, y en los principios la excesiva lozanía de las plantas impedia que cuajase el grano, hasta que fue domada y cultivada la tierra por los colonos. Los indios tienen al año muchas cosechas de sus frutos, de los quales hacen pan y vino juntamente. De

solas dos ovejas se dice que produxeron á Diego Camargo quarenta mil al cabo de diez años. Finalmente es bien notorio el prodigioso aumento y propagacion que tuvo en aquellos paises el ganado vacuno. Fueron nombrados entonces obispos ilustres en doctrina y en santidad. Para Truxillo en Honduras fray Juan de Talavera religioso Gerónimo: para Santa Marta Torres: para Nicaragua don Diego Osorio: para el Darien fray Tomás Berlanga, sucesor de Peraza ambos Dominicos, y fray Juan Garcés natural de Aragon del orden de San Francisco fue electo primer obispo de la iglesia de Tlascala. Con sus heróycos trabajos se propagó, y extendió admirablemente la religion christiana; y al mismo tiempo fray Tomás de Villanueva, provincial de los Agustinos de Castilla, envió religiosos de su orden baxo la direccion de fray Francisco Ximenez, los que se dice edificaron quarenta conventos en aquellas provincias.

En el año de treinta y uno fundó don Pedro de Heredia á Cartagena, y fue la primera ciudad que se fortificó con murallas en América, despues de vencidos los bárbaros, que eran muy belicosos. Está situada á diez grados del Equador ácia el Septentrion en una arenosa península del mar del Norte, cuyo puerto y su entrada se asemeja mucho al de la ciudad que tiene el mismo nombre en España. En una de las batallas que tuvieron los indios, se dice que una jóven que apenas tenia diez y ocho años mató á ocho españoles con flechas envenenadas. Esta ciudad se hizo muy opulenta, asi por la abundancia de sus frutos, como por su comercio marítimo. Su obispo don Tomás Toro procuraba aliviar con todo género de socorros á los naturales oprimidos por los españoles, y de aqui resultó que don Pedro, y su hermano fueron enviados presos á España, para responder á los

cargos que les hacian, como lo atestigua Gomara.

Despues que Sebastian Gaboto pasó cinco años en el rio de la Plata ocupado en civilizar á aquellos hombres tan feroces, y no viniéndole socorro alguno de gente, regresó á España con el único navío que le habia quedado. Renovóse despues la guerra con mas furor, por haberse irritado los indios con la insolencia de los soldados, que habia llevado García. Concedió el César á los velseros de Ausburg en premio de sus grandes méritos la provincia de Venezuela llamada así por la semejanza que tiene uno de sus pueblos con la ciudad de Venecia. Su primera ciudad es Coro. Los naturales de uno y otro sexô son muy apasionados á la guerra, y usan de flechas envenenadas, que disparan con no menos valor que destreza. La mayor parte de ellos fue destruida, porque los alemanes pusieron mas cuidado en sacar riquezas que en domesticar á una gente tan bárbara. Intentaron unos piratas franceses acometer á Cubagua isla abundantísima en grandes perlas; pero les costó muy caro su audacia, pues arrojados de allí con mucha pérdida, acabaron de derrotarlos los españoles cerca de la isla de Santo Domingo, y se dice que perecieron en el Océano, habiéndoseles hecho pedazos el navío, y quanto llevaban, con la multitud de balazos.

Los habitantes de las Molucas estaban divididos entre los castellanos y portugueses, y tenian estos frequientes combates, en los quales consumieron unos y otros la mayor parte de sus fuerzas, llegando á un estado deplorable. Conviniéronse al fin en que abandonando Torres la fortaleza de Tidore, se retirase con su gente á Camafo puerto de la isla de Giloló, donde habia desembarcado á su llegada, y se le prohibió tener parte alguna en el comercio de la especería. Permaneció en aquel lugar con invencible constancia,

creyendo que era indecoroso para él alejarse de alli sin orden del César, que le habia enviado con el mando. Pero habiendo tenido seguras noticias de haberse transigido con dinero la disputa entre los dos principes sobre la posesion de estas islas, pidió pasaporte á Nuño de Acuña teniente de virrey de la India, y se embarcó con diez y siete compañeros, que eran los únicos que le habian quedado, y despues de haber dado vuelta á todo el mundo, arribó á la Andalucía en los años siguientes.

En Honduras se encendió la guerra entre los mismos españoles instigados de su avaricia y ambicion perversa. Con este motivo intentaron los bárbaros recobrar la libertad perdida, y hacerse dueños de sus señores, pero con infeliz éxito. De esto se originaron nuevas guerras, que fueron causa de muchas calamidades. Diego de Ordaz soldado que adquirió mucha fama en la guerra de México, recorrió con increibles trabajos la costa de Paria por espacio de ochenta millas con el fin de establecer colonias, y se le estrellaron dos navíos en que perecieron muchos soldados ahogados. Los demas se retiraron á Cubagua, y al continente inmediato, habiendo perdido lo poco que tenian, y Ordaz se embarcó para España, y murió en el viage de una enfermedad. Mucho mas triste fue la suerte de Narvaez, á quien fueron en gran manera adversas las expediciones de América. Intentó entrar en la Florida con infeliz principio, y con desgraciado suceso. Naufragó en Cuba y perdió dos navíos, sesenta compañeros, y veinte caballos. Desde alli pasó á tierra firme, y despues de haber reconocido el rio de las Palomas, se encaminó con trescientos infantes, y quarenta caballos por una dilatada region desconocida, con una corta porcion de víveres que apenas bastarian para tres dias. Consumidos estos, se

alimentaron los hombres, y los caballos de palmitos, fruto que espontáneamente produce la tierra. Esta region situada al Norte es muy fria, áspera é inculta, y el carácter de sus habitantes es muy semejante al clima que los domina. Andan siempre desnudos del todo, y son de extraordinaria corpulencia: sus fuerzas son correspondientes á la magnitud de sus miembros, y corren con admirable velocidad: el sonido de su voz es horrible, y mas parece que rechinan los dientes que no el que hablan. Quando llegaron á tratar con los españoles sirvieron de palabras las señas y los movimientos del cuerpo. Son muy diestros en tirar, y traen pendientes de sus hombros enormes arcos y flechas, con las que traspasan hasta el hierro. Hállanse espantosos bosques de una extension inmensa, con árboles corpulentísimos tan antiguos como el mundo, y páramos horribles. Sin embargo no se desanimó la española gente á la vista de tantos peligros, y ansiosa de pasar siempre mas adelante, despues de haber caminado muchos dias por precipicios, y intrincadas selvas, llegaron por fin á Apalache. No hallaron en el pueblo cosa alguna de las que la mentirosa fama habia publicado, á excepcion de maiz que es el mantenimiento de los bárbaros, con los quales pelearon muchas veces no sin pérdida. En nueve dias de camino llegaron á Auten, cuyo pueblo incendiaron sus habitantes, á fin de arrojar de él á los huéspedes. Estos pues abominando de una region tan áspera, inculta y estéril, y condenada por la naturaleza, y las costumbres de aquellos bárbaros tan degenerados de la especie humana, se retiraron de allí para buscar otros paises mas benignos. Habiendo regresado al mar, y no pudiendo embarcarse porque les faltaban sus navíos que habian sido llevados á otra parte, fabricaron en breve tiempo otros cinco. Entretanto vivian de la

carne de los caballos, y de lo que podian robar á los bárbaros, que continuamente salian de los bosques á acometerlos; pero con un género de vida tan trabajoso, y con unos alimentos tan repugnantes comenzaron á caer enfermos. Finalmente estando resueltos á entregarse al mar, hicieron de las camisas velas para sus buques, y convirtieron las crines de los caballos en cordage, suministrando el hierro necesario los estribos y las armas. Dispuestas ya todas las cosas, se aventuraron al mar con infeliz fortuna; pues arrojados por las tempestades á aquellas desiertas playas, perecieron casi todos por la sed, el hambre, el frio y las asechanzas de los bárbaros. Sobrevivieron únicamente Alvar Nuñez Cabeza de Baca, y tres compañeros que habiendo sido presos por los indios fueron increibles los trabajos y calamidades que padecieron en su miserable y larga esclavitud. Libertáronse con admirable industria, y despues de haber atravesado inmensas regiones entre gentes bárbaras y fieras, consumidos enteramente, sin vestidos, y alimentados con frutos silvestres llegaron al fin á la Nueva España, y desde allí al cabo de diez años se restituyeron á Europa, dando á la posteridad un grande exemplo de sufrimiento en los mas espantosos males. Los que habian quedado en los navíos despues de andar errantes cerca de un año por aquellas costas buscando en vano á sus compañeros, llenos de tristeza se hicieron á la vela para Nueva España.

Casi al mismo tiempo en que el infeliz Narvaez pasó á la Florida, Francisco Montejo soldado intrépido de Cortés entró con igual desgracia en Yucatan, península dilatada de la Nueva España, que se extiende ácia el Oriente con mas apacible cielo, y tierra mas fértil y que produce algun oro. La gente es muy belicosa y de color obscuro: anda siempre desnuda,

y se pintan el cuerpo unas veces de negro y otras de encarnado. Del mismo modo acostumbraban pintarse las gentes bárbaras de nuestro hemisferio como lo testifican César y Plinio, y por la misma causa de parecer mas horribles á sus enemigos en la batalla: usan las mismas armas que los mexicanos: traen colgadas el cuello láminas de oro, y piedras preciosas pendientes de las orejas y narices, (esto es comun en todos los americanos, y algunos se esmaltan con piedras el cuerpo, las mexillas, la nariz y los labios), y se adornan la cabeza con plumas de aves; y en suma mas bien pueden llamarse fieras que hombres. Llegó Montejo á esta provincia con quatrocientos infantes, y pocos caballos; y indignados los bárbaros con semejantes huéspedes, tomaron las armas, y salieron aceleradamente contra ellos, creyendo derrotar con facilidad una tropa tan pequeña. La noche hizo cesar la pelea que fue atroz y sangrienta: renovóse el dia siguiente al amanecer, y duró hasta el medio dia, y entonces empezó á afloxar la pertinacia de los bárbaros, que se pusieron en fuga á los montes y á los bosques. En estos encuentros apenas sirvieron de cosa alguna los caballos, porque el parage era muy áspero y pedregoso. Perecieron mas de mil y doscientos de los enemigos, á costa de alguna sangre de los españoles. Despues de estos sucesos, y mostrándose mas suaves y quietos con una especie de paz fingida, intentó Montejo agasajarlos y domesticarlos, para ver si quitándoles el miedo podia reducirlos á servidumbre. Viendo que no se movian, envió á Alonso Dávila con algunos pocos armados para que explorase los parages mas interiores; pero los bárbaros le acometieron, y le fatigaron con muchos combates, aunque para su propio daño. El mayor peso de la guerra recayó contra Montejo, que habien-

do perdido en una sola batalla ciento y cincuenta compañeros, y quedado los mas heridos, los sacó por la noche del peligro, y los conduxo á los navíos, dexando burlados á los enemigos aunque ténian cogidos los caminos que se dirigian al mar. Desde allí navegó á la Nueva España á fin de juntar tropas para renovar la guerra. Permaneció Dávila por espacio de algunos meses sin saber de Montejo, á causa de que los enemigos tenian de tal suerte tomadas todas las sendas, que no podia enviar ni un solo mensagero, ni recibir noticia alguna de su capitan, por lo qual procuró apoderarse de las canoas de los bárbaros, y en ellas navegó con su gente al socorro de Honduras. No convienen entre sí los autores sobre el tiempo en que los españoles salieron de Yucatan.

CAPITULO XVI.

Navegaciones de Pizarro y Almagro, y descubrimiento del Perú. Prision de Atahualpa en Caxamalca.

En los años precedentes se habia descubierto otra inmensa region de la América, presentándose en ella grande número de heróycas victorias á la nacion española, no menos codiciosa de peligros que de riquezas. No convienen los autores sobre quién fue el primero que descubrió las costas meridionales de aquel nuevo mundo. El Inca Garcilaso, autor muy verídico y diligente en esta materia, lo atribuye á los compañeros de Balboa, que baxo de sus auspicios navegaron el año quince de este siglo, en cuyo tiempo reynaba Huainacap, Inca XII, nombre que usaron los Reyes del Cuzco desde el establecimiento de su imperio. Los españoles dieron sin fundamento á

esta region el nombre del Perú, asi como equivocaron los de otras muchas ciudades y provincias del nuevo mundo por entender mal, y pronunciar peor las voces de los bárbaros. Pero no hay necesidad de que sobre esto abusemos de la paciencia de nuestros lectores. En la parte que mira al Océano son escasas las lluvias, pero la riegan las muchas aguas que baxan de los montes, los quales son tan elevados, que se ocultan en las nubes, y forman una cordillera contínua por el Oriente y el Septentrion. Todo lo demas está dividido en amenísimos valles. La populosa ciudad de Quito se halla situada debaxo de la línea, y todo el terreno inmediato á las montañas abunda de inagotables minas de oro y plata. Dícese que Huainacap habia anunciado al tiempo de morir que vendrian unas gentes barbadas (porque los americanos no tienen pelo en ninguna parte de su cuerpo) que arruinarian el imperio, y que el sol su padre benigno lo habia pronosticado con muchas señales. Sucedió á Huainacap en el imperio su hijo legítimo llamado Huascar, que habia tenido en su hermana segun la costumbre de la nacion. Atahualpa su hermano habia nacido de una hija del cacique de Quito, y en memoria de su padre dió Huascar el nuevo exemplo de dividir el imperio con él; pero Atahualpa le movió guerra, y le hizo prisionero, despojándole del reyno. Hizo ademas quitar la vida á todos los de la familia real, escapándose muy pocos por compasion de los verdugos. Era Atahualpa soberbio, cruel, artificioso, y en nada parecido á los Reyes que le precedieron.

En este tiempo en que los españoles subyugaban á su costa las provincias y naciones americanas para agregarlas al dominio real, como lo hicieron los romanos en *Sutrio*, Francisco Pizarro, y Diego de Al-

magro, vecinos de Panamá hicieron compañía para descubrir nuevas regiones, exhortándolos á esta empresa el sacerdote Juan de Luque. Embarcóse primero Pizarro en un navio con ciento y doce compañeros en el mes de noviembre del año veinte y quatro de este siglo, y habiendo recorrido un inmenso piélago entre el Oriente y Mediodia arribó á tierra, y peleó desgraciadamente con los indios, pues él mismo recibió siete heridas. Llegó despues Almagro con otra nave, y vino á dar en manos de los mismos bárbaros, que habian derrotado á Pizarro. Pusiéronse en orden de batalla unos setenta españoles, y habiendo trabado una sangrienta pelea, consiguieron estos la victoria, aunque á costa de muchas heridas, y perdiendo un ojo su capitan, y incendiaron el pueblo. Despues buscó Almagro á Pizarro por largo tiempo, y no hallándole, volvió á embarcarse, y le encontró en el puerto de Cucama, donde se estaba curando sus heridas. Habiendo juntado sus fuerzas, y sin desanimarlos las calamidades anteriores, que les habian hecho perder ciento treinta compañeros, volvieron á embarcarse con otros ciento y diez. Anduvieron vagando por el mar por espacio de tres años, viviendo de lo que podian robar, y no habiendo hecho cosa alguna memorable, se detuvo Pizarro en el rio de San Juan con cincuenta soldados, pues los demas habian perecido de hambre y de enfermedades crueles. Fue una peste para ellos el haber mudado de clima, y la falta de víveres los obligó á sustentarse con cueros. Entretanto que una de las naves reconocia las costas, no sin algun fruto, pues recogió oro, plata, y ropas de las que usaban los indios. Almagro conduxo de Panamá en otro navio soldados, caballos y víveres. Pusiéronse en camino formando un solo cuerpo para explorar lo interior

de aquella region, y sus habitantes los recibieron con mucha humanidad, proveyéndolos abundantemente de comida y de todo lo demas. Recorriéronlo todo con gran cuidado, y desde allí navegaron á la isla del Gallo, á fin de prevenir mayores fuerzas para sujetar á los bárbaros con la guerra. Pero resistiéndose la mayor parte de los soldados á tolerar una milicia tan trabajosa, desconcertaron su vasta empresa, y quedaron solos diez y seis hombres valerosos, que siguieron la fortuna de Pizarro. Perseveraron en aquel lugar por espacio de cinco meses, padeciendo suma escasez de todas las cosas necesarias, y habiéndoles llegado el navío con víveres, se embarcaron con mucha alegria, y navegaron quatrocientas millas mas allá de la costa que ya tenian reconocida, en cuya expedicion adquirieron algun oro y plata que los bárbaros les dieron voluntariamente. Regresaron finalmente á Panamá á causa de haberse cumplido el tiempo que para esta navegacion les habia concedido Pedro Arias gobernador de aquella plaza; y no habiéndoles permitido emprenderla de nuevo, se dispersó toda la gente. Pero Pizarro, cuyo ánimo habia crecido con el deseo de apoderarse de las riquezas de los bárbaros, pidió dinero prestado á sus amigos, y vino á España á solicitar el mando de la region que habia descubierto, y habiéndoselo concedido la Emperatriz que gobernaba en ausencia del César, pasó á Truxillo ciudad de Estremadura, donde habia nacido y se habia criado; y llevándose consigo á sus hermanos Fernando, Gonzalo y Juan, á Martin Alcántara su hermano de madre, y algunos pocos compañeros, arribó prósperamente al puerto de Nombre de Dios, y desde allí por tierra á Panamá. Almagro que habia invertido quasi todos sus bienes en preparar aquella expedicion, llevó muy á

mal que Pizarro hubiese obtenido el gobierno para sí sin haber hecho mencion alguna de su compañero y amigo. Mas aplacado por los de ambos, y por la blandura de Pizarro, desistió con grande ánimo de la empresa comenzada, aunque estaba cargado de deudas.

En el mes de febrero del año de treinta y uno embarcó Pizarro en tres navios ciento y ochenta infantes, y treinta y siete caballos, y habiendo navegado con viento muy favorable, llegó á los quince dias al puerto de San Mateo. Sacó á tierra toda su gente, y se puso en marcha contra los bárbaros que se hallaban consternados. Apoderóse por un ardid de Coachen, pueblo grande situado debaxo de la línea, y sin haber derramado sangre alguna, recogió en él quince mil escudos de oro, y setecientas cincuenta libras de plata, y algunas esmeraldas. Desde alli envió los navíos á Panamá para conducir el oro, y retornaron con treinta infantes, y veinte y seis caballos. Sujetó aquellas gentes á la obediencia del César por los medios mas suaves, valiéndose por intérprete de un indio de la misma nacion, llamado Philipillo, á quien habia hecho prisionero en su primer viage, y le habia traido consigo á España para que aprendiese la lengua. Desde el continente pasó á una isla llamada Puna por los naturales, que está separada de tierra firme por un pequeño canal, y á la qual los españoles dieron nombre de Santiago: tiene esta isla de circuito quarenta y cinco millas; y en ella fue recibido Pizarro por los bárbaros con humanidad y paz, y le trataron con esplendidez segun su costumbre. Pero habiendo sabido que le armaban asechanzas, los ganó por la mano haciéndoles la guerra; hizo prisionero á su cacique, y á los principales: derrotó en batalla á los pérfidos; y trató

con crueldad á los cautivos, dando libertad al cacique despues de haberle ofrecido que le seria fiel y sumiso en adelante. Desde alli repasó á Tumbez, y castigó la mala fé de sus habitantes que habian muerto á tres españoles, pero perdonó al cacique porque aquella traicion se hizo sin su noticia. Habiendo pasado mas adelante, sujetó á otros pueblos con la fuerza, y condenó á muerte á un cacique que le habia armado una emboscada. Recibió con humanidad á los que se le entregaron voluntariamente, y mandó á los soldados baxo de graves penas que no les hiciesen daño, ni injuria alguna. Estableció una colonia, á la que dió el nombre de San Miguel, y dexando en ella sus equipages con alguna guarnicion, prosiguió adelante su camino con ciento y dos infantes, y sesenta y dos caballos. Los negros y los indios que venian para el servicio del exército conducian la artillería de campaña, y los víveres, y otras cosas de menor peso las llevaban sobre sus espaldas. Llegó á Piura donde se detuvo diez dias á fin de prevenir las cosas necesarias para la guerra, porque cada dia crecia mas y mas la fama de la grandeza del imperio del Cuzco, y el poder de su Rey Atahualpa.

Desde allí continuó su marcha con gran cuidado por temor de asechanzas; y á pocos dias llegaron mensageros del Rey, que traian á Pizarro algunos regalillos, á los que correspondió con otros semejantes. Este mensage parecia dirigido mas á explorar que á otra cosa; y lo mismo hizo el Español por medio de un cacique de su confianza. Volvió Atahualpa á enviarle otros nuevos mensageros, que exâgeraron á Pizarro las victorias de su Rey, sus inmensas riquezas, y las fuerzas de su exército, creyendo que con estos vanos terrores desanimarian á los españoles, y los

arrojarian de sus tierras. Pero estos por el contrario ostentaban la velocidad y fuerza de sus caballos, el estruendo de sus armas fulminantes, y el valor de sus soldados. De este modo con señales exteriores de recíproca amistad se ponian asechanzas unos á otros, y se hacian la guerra con unos mismos ardides. Estaban los caminos muy bien guarnecidos, y cercados de árboles por una y otra parte para defensa del calor. Estos indios nada tenian de bárbaros; usaban vestidos de algodon, ó de lana muy fina de ciertos animales, y las mugeres llevaban ropa talar. El principal cuidado de los Incas fúe extender y dilatar los términos de su imperio, é inclinar aquellos hombres feroces á la cultura y humanidad, tal vez por disposicion divina, que preparaba suavemente las cosas para que la doctrina del christianismo los hallase mejor dispuestos. Finalmente despues de muchos dias de camino, llegó Pizarro el dia quince de noviembre á Caxamalca, donde halló muy poca gente porque quasi todos sus habitantes se hallaban en el campo de Atahualpa que se venia acercando. Envióle Pizarro en calidad de mensagero á Fernando de Soto, jóven muy valeroso, con veinte caballos; y le siguió con otros tantos su hermano Fernando, para socorrerle en caso que llegasen á tomar las armas. Habiendo dexado Soto á sus compañeros á la orilla de un rio inmediato, se encaminó solo por medio del campo enemigo, y llegó hasta donde se hallaba Atahualpa sentado en su trono rodeado de sus mugeres y de muchos de los principales indios. Soto habia aderezado de tal suerte su caballo, que con la respiracion de las narices meneaba las borlas de la guarnicion de grana que le colgaba de la frente. Pero el bárbaro no mostró la menor admiracion á la vista de un espectáculo tan nuevo, y con los ojos inclinados á tierra oyó

al mensagero, que le pedia tuviese una conferencia con su capitan. Respondióle uno de los que se hallaban presentes, porque el Rey ni aun levantó los ojos para mirar al que le hablaba, manifestando en su gravedad y compostura de cuerpo un excesivo orgullo, y soberbia. Mientras tanto llegó Fernando, dexando tambien á sus compañeros cerca del rio, y trayendo á Philipillo á las ancas de su caballo. Instruido el Rey por Soto de que aquel era hermano del capitan, se dignó poner la vista en él, y le habló de esta manera. «Tengo noticia por mi soldado que gobierna »los confines de mi imperio, que vosotros habeis tra»tado mal á los caciques, que en nada os han ofen»dido, y que habiendo él mismo trabado una pelea, »habia muerto á tres de los vuestros, y un caballo: »no obstante mañana pasaré á hablar con vuestro ca»pitan, porque me parece que es hombre de probi»dad." Rechazó Fernando la arrogancia del bárbaro, diciéndole: «tu soldado es un hombre malvado y »mentiroso, porque uno solo de los nuestros sin mas »arma que una espada embotada hubiera acabado con »él y con su exército compuesto de hombres tan co»bardes y despreciables. Nosotros no hacemos daño »á nadie, si primero no somos provocados. Trata»mos con fidelidad, y favorecemos á los amigos, »pero somos inexôrables con los enemigos. Si quie»res valerte de nuestro auxîlio contra los tuyos, que »tanto te molestan, conocerás entonces como te ha »engañado tu soldado." A lo qual replicó Atahualpa: «pues ahora se presenta una ocasion oportuna, »porque estoy en guerra con un cacique rebelde, y »asi marchad con mis tropas, y molestadle con todo »género de males." Respondióle el Español: «no »hay necesidad de tantas fuerzas para tan pequeña »empresa. Diez solos caballos, aunque tenga muchas

»tropas, son suficientes para destruirlas, y dispersar»las asi como el viento dispersa las hojas." Al oir estas arrogancias no pudo menos de reirse Atahualpa, y mandó que les diesen de beber. Inmediatamente traxeron las mugeres en copas de oro vino compuesto de maiz, que los bárbaros llaman azua; y rehusando ellos beber, los obligó con mucha urbanidad á que lo bebiesen, y de este modo se retiraron de alli, admirándose todos de la audacia de aquellos hombres.

Al dia siguiente para cumplir el bárbaro su palabra, se encaminó con su gente á Caxamalca, y Pizarro habiendo ocultado sus soldados, mandó á Pedro Candia que se quedase en una fortaleza que dominaba la plaza con solo nueve hombres armados de arcabuces, y quatro cañones de campaña, y dispuestas en orden todas las demas cosas, se dice que habló de esta manera á los suyos: «á ninguno de los »mortales, compañeros mios, se ha mostrado la for»tuna mas propicia que á nosotros, pues nos pone á »la vista unos premios opulentísimos, pero solo dig»nos de los que se atrevan á vencer. Todo quanto los »bárbaros han recogido en muchos años, y les ha »dado pródigamente la naturaleza de este suelo, todo »esto nos lo ofrece la fortuna con los mismos dueños »que lo poseen, para hacernos felices en lo venide»ro si ahora obramos con valor. Este Rey poderosí»simo, pero ignorante del valor español, por la pro»videncia de aquel Ser Divino que nos ha conducido »á esta tierra, será presa nuestra (no temo ser falso »profeta) con su dilatadísimo imperio, y su grande »opulencia. Cobrad ánimo, y esfuerzo, compañeros »mios, y no olvideis que sois españoles. Ya se acer»ca el fin de los trabajos y peligros, mostraos vale»rosos aunque solo sea por la necesidad que tene-

»mos de vencer: pues fuera de la tierra que pisamos »todo lo demas lo posee el enemigo. Fáltanos el so»corro de los navíos en que pudiéramos escaparnos »por mar, y nos hemos alejado tanto de las costas, »que nos es imposible volver á ellas sin ser vence»dores. Sean cobardes los enemigos que tienen ciu»dades fuertes, y lugares seguros donde retirarse; »nosotros no tenemos otra cosa que las manos, y las »armas, pero en ellas lo tenemos todo. Haced que »vuestro ánimo sea igual al peligro en que nos halla»mos, para que quando yo os diese la señal, acome»tais de tal modo contra la multitud que teneis á la »vista, como que es necesario el morir, ó el vencer." Oyeron los soldados con increible alegria la exhortacion del capitan, y obedecieron sus órdenes, impacientes de la dilacion con la esperanza de la victoria.

Al ponerse el sol se halló ocupada la plaza con una multitud de bárbaros tan brillantes con el oro, y la plata, como con las armas. Otro esquadron rodeaba la ciudad para que por ninguna parte se escapasen los españoles, y se creyó que el número de los enemigos llegaria á cincuenta mil. Era conducido Atahualpa en una litera dorada, adornada con admirables texidos de plumas, llevándola en sus hombros los principales de la nacion, y persuadiéndose que los españoles estaban escondidos dentro de las casas, aterrados de la multitud de los suyos, quando le salió al encuentro fray Vicente Valverde del orden de Santo Domingo, acompañado de un intérprete con la Cruz en una mano, y en la otra la sagrada Biblia, y comenzó á anunciar el verdadero Dios, criador de todas las cosas, cuyos oráculos se contenian en aquel libro. Creyendo el Rey que le hablaria el libro, le tomó en la mano, y comenzó á ojearle con admiracion; pero frustrado de su espe-

ranza, le arrojó con desprecio en medio de la multitud de los suyos, y con rostro ayrado reprehendió las rapiñas de los huéspedes, mandándoles que inmediatamente restituyesen con fidelidad las cosas que habian robado. A los clamores de Valverde, que acusaba al Rey de impiedad por haber arrojado el libro, se irritó Pizarro, y siguiéndole quatro de sus compañeros, cogió á Atahualpa de un brazo. Dió de improviso la señal de acometer, y aterrados los bárbaros con el horroroso estruendo de la artillería, con el sonido de las trompetas, con el clamor de los soldados, y con el ímpetu de los caballos, atónitos, y como fuera de sí, se arrojaron los unos sobre los otros, y se pusieron en precipitada fuga; pero viniendo á dar con grande violencia en la cerca que rodeaba la plaza, padecieron un horrible estrago, y mas pudo llamarse carnicería que batalla, pues ninguno se resistia á los que los herian, y todos volvian las espaldas. Quedaron muertos al rededor del Rey los que le acompañaban en literas, y los que los llevaban, entre los quales se halló el cacique de la ciudad. El mismo Atahualpa se vió abandonado en tierra, habiendo sido cortadas las manos á los que le conducian, y corría gran peligro de perecer, si no le hubiese preservado Pizarro. Llevóle éste bien asegurado á la casa donde él habitaba, y por medio de intérprete comenzó á aplacar á aquel príncipe irritado con el dolor de tan grave calamidad, recordándole que habia hecho prisioneros á muchos caciques, y que habiéndolos dado libertad poseian pacíficamente sus tierras: que por su culpa habia sido vencido y preso, pues habia tratado como enemigos, contra todo derecho y justicia, á unos huéspedes que no le habian hecho daño alguno. Disculpóse Atahualpa lo mejor que pudo echando la culpa á sus

consejeros, por cuyas instigaciones habia movido la guerra; pero añadió que se reia de la fortuna, y de verse hecho prisionero por quien habia pensado prender, siendo vencido con sus mismas armas. Entretanto continuaba la mortandad por todas partes, y la plaza, y todas sus cercanías estaban llenas de cadáveres. Ninguno de los españoles fue muerto ni herido en este lance. Temeroso Pizarro de las tinieblas de la noche en una region desconocida de los suyos, mandó tocar á recoger. Volvieron los españoles cansados de matar, trayendo delante de sí una multitud de cautivos como un rebaño de ovejas. Cenó el bárbaro aquella noche con el capitan español, y descansó en su mismo aposento. Al dia siguiente se recogió el botin, que se componia de ochenta mil castellanos de oro, cincuenta y seis mil onzas de plata, con algunas pocas esmeraldas y vestidos, y ademas gran copia de ganados del pais: á todos los cautivos se les dió libertad, excepto los que fueron destinados para llevar las cargas. Fue hecho prisionero Atahualpa el sábado dia diez y seis de noviembre del año de mil quinientos treinta y dos, y no el dia de la Cruz de Mayo del siguiente, como escribió Herrera; pero yo sigo la relacion de los que se hallaron presentes á estos sucesos, que á no ser por estar apoyados en tantos testigos, se tendrian por fabulosos.

CAPITULO XVII.

Sucesos de los portugueses en la India. Conferencia de Bolonia entre el Papa y el César. Vuelve éste á España.

Los portugueses no hicieron por estos tiempos en Africa cosa alguna digna de memoria, pues casi se

veian libres del peligro de los moros por hallarse estos ocupados en discordias civiles. Las cosas del Oriente se hallaban agitadas con una guerra contínua: el dominio del mar, las fortalezas levantadas, y la imposicion de tributos irritaba á aquella gente soberbia, poco sufrida, y acostumbrada á dominar. De esto pues se originaban cada dia nuevas causas para pelear y conseguir victorias. Tampoco faltaron calamidades, con que no pocas veces se vieron afligidos los portugueses, pues como Marte es comun de todos, mezcla freqüentemente las desgracias con los sucesos prósperos. Nuño de Acuña, que salió del puerto de Lisboa con once naves muy grandes, tuvo una navegacion desgraciada, y habiendo perdido con los infortunios del mar una buena parte de su armada, se vió precisado á arribar á las costas de África, donde saqueó la ciudad de Mombaza, abandonada por sus habitantes que se habian puesto en fuga. Desde allí navegó á Ormuz, y inmediatamente tomó posesion del mando. Depuso á algunos de sus empleos, y á otros envió á Portugal como reos de malversacion de la hacienda real. Mandó á Simon de Acuña que navegase á Bahareu, isla del mismo golfo, para castigar á Barbadin, que fugitivo de Ormuz se habia fortificado en un castillo. Pero se desgració esta empresa, y regresó Simon con mucha ignominia y pérdida. Por el contrario Antonio de Miranda, acompañado de Christóbal de Mello, peleó prósperamente en la costa de Malabar; recogió un botin considerable, y apresó un navío de Calicut de extraordinaria grandeza cargado de ricas mercaderías. Luego que el virrey Acuña desembarcó en Goa, puso en prision á Sampayo su teniente, y le remitió á Portugal con buena custodia; siendo luego condenado á destierro del reyno, despues de pagar una gran suma de dinero. Á los tres

Silveiras les encargó la guerra en diversos lugares; Antonio la hizo en Cambaya, y retornó con alguna presa; Diego acometió al Zamorin en castigo de su inconstancia y mala fé, y incendió una gran parte de la ciudad de Calicut; y habiendo saqueado la costa de Narsinga, causó mucha confusion en el comercio de los mahometanos. Recogió una rica presa, y incendió á Mangalor, plaza célebre de comercio con los navíos que se hallaban en el puerto. Hector Silveira, hombre valeroso, y de singular talento, obró tan particulares hazañas que parecen increibles. En el cabo Guardafú persiguió á los enemigos con su armada, y tomó á los mahometanos algunos navíos aunque no sin derramar sangre.

El Sultan de Aden, ciudad situada en la costa de Arabia, se hallaba sitiado por los turcos, que se tenian por señores del mar, y le libertó Hector del peligro haciéndole su tributario. Pero el bárbaro despues de haberse retirado Hector, pagó aquel beneficio con una perfidia, haciendo asesinar á los portugueses que habian quedado en la ciudad para comerciar. Habiendo juntado el virrey una armada poderosa navegó con ella á Bethelen, isla cercana á Diu, y mandada fortificar por el Rey de Cambaya. Pidieron los bárbaros que se les permitiese salir de allí libremente, y negándoselo el Portugues, se irritaron de tal modo, que prefiriendo setecientos guerreros una honrosa muerte á una vida ignominiosa, se obstinaron en una valerosa resistencia. Lo primero que hicieron fue arrojar en una grande hoguera á sus mugeres, hijos, y todo lo mas precioso, para que no fuesen presa del enemigo; y como si estuviesen agitados de las furias, sin esperar la luz del dia comenzaron á disparar desde lo alto contra los portugueses. La pelea fue atroz y cruel, y era tal la rabia de los

bárbaros, que deseoso uno de ellos de herir á un portugues, se metió por la punta de su lanza, y atravesados con mútuas heridas, cayeron muertos el uno sobre el otro. Murieron diez y siete portugueses valerosísimos, entre los quales fue uno Hector de Silveyra, varon esclarecidísimo por sus hechos y nobleza. Quedaron heridos ciento y veinte, y de estos murieron luego algunos. Destruidas las fortificaciones, y habiendo embarcado el virrey setenta piezas de artillería en sus navíos, vino á Diu para tomar aquella plaza por ardid si se le presentase ocasion oportuna. Pero habiéndose pasado ésta, despues de haber arrojado una lluvia de balas se retiró de allí, causando al enemigo mas terror que daño. Dexó á Antonio de Saldaña con parte de la armada para asolar las costas de Cambaya, lo qual executó valerosamente. Arruinó á Madrefabato, Goga, y otros pueblos, y destrozó gran número de navíos, derrotando á sus defensores, y llevó á Goa una rica presa.

Entretanto se hallaban perturbadas mas que nunca las cosas de las Molucas. Antonio de Brito, que habia llegado allí despues de Serrano, obtuvo permiso de la Reyna viuda del difunto Régulo Boleif, y de Aroen tutor de su hijo, para edificar una fortaleza en Ternate. Pero sospechando despues la Reyna que con el favor de los portugueses, y con la muerte de sus hijos aspiraba el tutor á apoderarse del reyno, puso asechanzas á los huéspedes para arrojarlos de la isla. Llegó Brito á entender esta perfidia, y habiendo acometido al palacio real, se llevó consigo á los pupilos. La Reyna se escapó en medio del tumulto y confusion, y se huyó á Tidore, donde reynaba Almanzor su padre. El tutor quitó la vida con veneno al mayor de los hijos llamado Boahates, y en tal estado se hallaban las cosas, quando sucedió á Brito en el

gobierno García Enriquez hombre cruel y dispuesto á emprender qualquiera maldad. Este pues, contra toda ley y justicia trató muy mal á los Régulos. Mató á Almanzor con veneno, molestó á los isleños con todo género de injurias, con las quales irritados se disponian á la venganza, y esperaban para ello tiempo oportuno. Entretanto fue nombrado por sucesor de Enriquez Jorge de Meneses hombre de carácter perverso, y en extremo cruel. Suscitáronse entre los dos tan furiosas discordias, que estuvieron á pique de perderse todos los portugueses; pero al fin se aplacaron con la salida de Enriquez. Volvió la Reyna á la ciudad, y temerosa de la crueldad de Meneses, se puso segunda vez en fuga con los principales de la nobleza, y impidió que se llevasen víveres á los portugueses. En vano habia intentado por medio de sus embaxadores que los portugueses la restituyesen á su hijo Ayalo sucesor del reyno, y á Tabaria su hermano menor, que los tenian encerrados en la fortaleza. Sentian ya los portugueses el hambre, y la falta de todas las cosas mas precisas, quando llegó por sucesor de Meneses Gonzalo Pereyra. Este pues de orden del virrey envió preso á su antecesor á la India: procuró refrenar á los soldados, prohibiéndoles el comercio de la especería, y ablandar á los bárbaros con todo género de caricias; pero sin embargo, habiéndoles ofrecido restituir los cautivos, faltó á su palabra, y vino á pagarlo en los años siguientes.

En Europa florecia la paz; mas los españoles que perseveraban en Italia servian de estorbo para que no fuese durable. El Rey de Francia por medio de sus embaxadores los cardenales Acromonte, y Tournon se obligó á no hacer movimiento alguno siempre que los españoles saliesen de Italia. Del mismo parecer

era el Pontífice, á quien siempre causó inquietud el gran poder del César en aquel pais. Tratábase esto en Bolonia á principios de este año de mil quinien-
1533. tos treinta y tres, y allí habian concurrido el Pontífice y el César para conferenciar sobre sus negocios. Los venecianos rehusaban ligarse con nueva alianza; porque temian que oprimido el poder de una de las partes, se hiciese la otra mas poderosa, y así no querian abandonar del todo al Rey, ni ponian mucho cuidado en complacer al César. Los príncipes y repúblicas de Italia, despues de haber padecido tantos males con la guerra, deseaban el descanso, ademas que si volvia á moverse no tenian fuerzas para hacer resistencia á no estar protegidos por otro mas poderoso. El Pontífice disimulaba la ira que habia concebido contra el César por la sentencia en que éste adjudicó al duque de Ferrara el principado de Régio, y Módena, que antes era parte del estado eclesiástico. No ignoraba esto el César; pero no obstante procediendo con suavidad, porque se resistia á sacar los españoles de Italia, dispuso las cosas de tal modo, que se renovó la alianza por año y medio. Las condiciones fueron que á costa de todos, y con un comun exército se procurase alejar la guerra movida á la Italia; y que mientras durase la paz contribuyesen los confederados todos los meses con veinte y cinco mil ducados para pagar la gente, cuya suma se habia de distribuir al arbitrio de Leyva, á quien eligieron por general del exército, y defensor de la paz, y le mandaron pasar á Milán.

Establecido este convenio, salieron los españoles de la Lombardía, y fueron distribuidos en los presidios de los confines de Italia, para resistir á los turcos, que continuamente molestaban aquellas costas, habiendo sido pocos los que volvieron á España por

el amor de su patria. Los franceses aunque en su interior se alegraban de la salida de los españoles, les dolia mucho el verse excluidos de Italia por la conjuracion de los príncipes de ella. Mas al fin desistieron de sus quejas, habiéndoles hecho presente el Papa: «que habian sido rotas las cadenas de Italia »con haber sacado de los Alpes á los españoles, lo »qual no hubiera podido conseguirse sin aquella alian»za hecha por tan breve tiempo; y que mientras se »proporcionaba ocasion de llevar adelante sus proyec»tos, era preciso proceder con el mayor disimulo, »para que no se perdiese todo por una intempestiva »diligencia." De este modo el Pontífice temiendo al uno, y ganando al otro, se aseguraba por ambas partes, y suplia con el arte la falta de fuerzas. Entretanto que se disponia la armada en Génova, vino el César á la entrada de la primavera á Pavía con deseo de reconocer por sus mismos ojos el campo de la insigne victoria, ganada alli por sus armas. Mostróle Basto el lugar por donde rompió el exército imperial, el sitio de la batalla, el parage donde fue hecho prisionero el Rey, y todos los demas en que sucedió alguna cosa notable, elogiando al mismo tiempo á los que mas se habian distinguido en esta memorable accion. Desde alli se encaminó á Milán, donde le obsequió Esforcia con gran magnificencia; y habiéndose entretenido algunos dias en la caza, vino á Génova, y se hospedó en el palacio de Doria, adornado con régia opulencia. Hizo alli el César espléndidos regalos á las personas ilustres; y embarcándose con temporal fuerte, llegó felizmente á fin de abril á Barcelona, donde fue recibido por la Emperatriz y los grandes con la mayor alegria, y con increible regocijo de todos los ciudadanos.

Pasó el César á Castilla, y habiendo recibido car-

tas de Mendoza en que le avisaba que la ciudad de Coron se hallaba en gran peligro, por haberla sitiado los turcos por mar y tierra, mandó á Doria que marchase con la armada para hacer levantar el sitio. Partió al momento á Nápoles, donde tomó á los españoles que poco antes habian sido enviados de la Lombardía con el capitan Rodrigo Machicao, y los víveres y municiones necesarias: se hizo á la vela con viento próspero, y arribó felizmente á Coron, despues de haber tenido un pequeño combate con la armada otomana cerca de la entrada del puerto. La venida de Doria excitó un gran tumulto en el campo de los enemigos; y habiendo hecho Mendoza una salida, los puso en fuga, y les tomó tres cañones y algunas otras cosas. Despues de esta victoria desembarcó Doria los soldados, y los víveres en la ciudad, dexando por gobernador á Machicao, y se volvió á Mecina con el antiguo exército. Casi en los mismos dias el almirante de la armada española don Alvaro de Bazan tomó á los moros la ciudad de One en la costa de Africa entre Oran y Melilla. Los bárbaros que se habian refugiado en el castillo, desconfiados de sus fuerzas, y de la seguridad de aquel puesto, se escaparon todos por un postigo que casualmente no se hallaba sitiado; y habiéndolos derrotado, y saqueado la ciudad, y el castillo, se restituyó á la Andalucía mas gozoso con la victoria que con el fruto de ella.

Falleció el cardenal Colona que gobernaba á Nápoles, y fue nombrado en su lugar don Pedro de Toledo marques de Villafranca, cuyo gobierno mezclado de sucesos alegres y adversos, toleraron los napolitanos por espacio de veinte y dos años. Mientras tanto el Pontífice y el Rey de Francia tuvieron secretas conferencias en Niza, de las quales se di-

vulgaron muchas cosas, pero no produgeron efecto alguno. Catalina hija de Lorenzo de Médicis, habida en Magdalena de Torres, casó con Enrique duque de Orleans uno de los hijos del Rey Francisco, y llevó en dote cien mil escudos. Despues á peticion suya creó el Papa quatro cardenales. Si ademas desto acordaron algo en secreto acerca de los negocios públicos de sus dominios nunca pudo saberse. Mas el César que conocia bien el carácter del Pontífice, sospechó algun fraude, y procuró asegurarse en Italia para que no le acometiesen descuidado. En primer lugar atraxo á sí al duque de Urbino, restituyéndole la ciudad de Sora que rescató de los herederos de Gesvres, para que en caso de hacer guerra al Pontífice, le auxiliase este príncipe tan enemigo de los Médicis. Por otra parte las tropas napolitanas, y las de Colona amenazaban al Pontífice, á quien aborrecian con odio implacable por sus antiguas discordias. Génova, el duque de Ferrara, y el de Mántua estaban por el César: y de este modo no podia temer á nadie, antes por el contrario ninguno podia moverse contra él sin manifiesto peligro de su ruina, hallándose asegurado con las fuerzas de tantos príncipes. De esta suerte descansando las armas, peleaban con sus discursos, y se burlaban recíprocamente de unos artificios con otros. Finalmente para desvanecer el César la sospecha de que deseaba apoderarse de la Italia, á principios del año de mil 1534.
quinientos y treinta y quatro aceleró las bodas de Christina, que habia prometido á Esforcia, para que los hijos que de ella tuviera sucediesen en el principado de Milán, que era la causa de todos los males.

Por este tiempo llegaron los españoles en Coron á las últimas extremidades del hambre, porque los tur-

cos se habian apoderado de todos los contornos, habiendo puesto una guarnicion permanente en Andrusa. Tuvieron consejo de guerra, y determinaron hacer una salida contra el enemigo con el mayor secreto para cogerle desprevenido. Pusiéronlo en execucion en el silencio de la noche, causando gran confusion por haberse desordenado la caballería que se encaminaba al arrabal de Andrusa, donde hicieron no poco daño, quemando las casas; mas no pudieron tomar el pueblo porque al momento acudió la guarnicion al muro. Mientras que los españoles intentaban en vano al rayar el dia hacer pedazos las puertas, cayó Machicao herido en la frente por una bala, y con él algunos de los mas intrépidos. Muerto el capitan hombre valeroso, y muy perito en el arte militar, y habiéndose pasado el tiempo propio para la empresa, se retiraron de allí en el mejor orden. La caballería enemiga los siguió para vengar de alguna manera el daño recibido, pero la muerte de su comandante, que cayó del caballo atravesado de un balazo, puso fin á la comenzada pelea. Juntábase al hambre la peste, que hacia en todos horrible estrago, quando llegaron cartas del virrey de Sicilia, en que les mandaba á nombre del César que partiesen de allí quanto antes. Con efecto á la entrada del mes de abril, habiendo embarcado algunos griegos en las naves con toda la artillería, y demas cosas que podian transportarse, regresaron á Italia, abandonando la ciudad de Coron, que era de poca utilidad, y no podia conservarse sino á costa de mucha tropa y dinero.

Por este tiempo ardian en guerras civiles los moros de Tunez incitados del odio que tenian á Muley Assen. Este pues, segun la inveterada costumbre de los bárbaros, habia subido al trono quitando la

vida á sus hermanos, y dominaba con tanta crueldad, que sublevándose contra él sus súbditos, adornaron con las insignias régias á su hermano Roscetes, que se habia escapado de la muerte, ofreciendo ponerle en posesion del reyno. Juntó luego un exército, y poniéndose en marcha, peleó con Muley Assen al pie de las mismas murallas de Tunez. La victoria quedó por los sublevados, habiendo obligado á Muley á encerrarse en la ciudad. Pero como en ésta no se suscitase tumulto alguno por los ciudadanos segun estaba proyectado, ni tampoco fuese posible el tomarla por fuerza, pasó Roscetes á Argel á solicitar de Aradino que le diese auxîlio contra su hermano; á cuyo tiempo conmovido Soliman con la fama de aquel pirata, le hizo llamar para que rechazase á Doria, prometiéndole el mando de la armada otomana. Asi pues, se embarcó Aradino para Constantinopla, llevándose consigo á Roscetes, á quien dió esperanzas de que con el auxîlio de Soliman arrojaria á su hermano, y seria él puesto en el trono. Estas promesas fueron falsas; porque habiendo conseguido del Sultan que le hiciese general de su armada, dexó burlado en Constantinopla al régio jóven, y se volvió al Africa con ochenta galeras, causando en su viage muchos daños en las costas de Italia. Luego que llegó á Tunez, hizo correr la voz de que traia á Roscetes en la armada para ponerle con sus fuerzas en posesion del reyno. Fue recibido por los tunecinos con extraordinario regocijo, pero en breve se descubrió el fraude, y tomando estos las armas, llamaron á Muley Assen, que por medio de Aradino se habia puesto en fuga. Pelearon en las calles, y en las plazas con gran desorden, y obstinacion: mas habiendo sido vencidos los tunecinos por los turcos que eran mas valero-

sos que ellos, y obligados á retirarse dentro de las casas, se escapó segunda vez Muley Assen con algunos pocos que con lealtad constante seguian su fortuna. Al dia siguiente se les concedió á los de Tunez la paz que pedian, y juraron obediencia ó Soliman. Penetró vivamente el ánimo del César la maldad de Aradino, conociendo quán terrible tormenta amenazaba á la christiandad si el imperio otomano se estendiese hasta el Africa. Para desvanecerla, y perseguir con el mayor esfuerzo á este pirata, tan orgulloso con el apoyo de Soliman, comenzó á disponer con la mayor diligencia todo lo necesario á este fin. Mientras hacia estos preparativos, el Pontífice afligido de una grave, y prolixa enfermedad, pasó de esta vida á la otra el dia veinte y cinco de septiembre. En todo su pontificado se vió agitado de muchas inquietudes, por haberse entremetido mas de lo que convenia en los negocios temporales, trastornándole sus consejos la fortuna, ú otra fuerza superior. Excomulgó á Enrique Rey de Inglaterra porque habia repudiado á su legítima esposa la Reyna Catalina para casarse con la famosa Ana Bolena, á fin de reducirle á su deber con este terrible castigo. Pero este medio que se creyó saludable, solo sirvió para agravar el mal, porque aquel hombre soberbio, despreciando la religion que debia contenerle, se precipitó á sí mismo y á su reyno en el partido de la heregía que habia combatido; y finalmente habiendo abolido en todos sus dominios la autoridad pontificia, se la apropió á sí mismo, y dió principio á la monstruosa, y cruel tragedia que ha costado tantas lágrimas al orbe christiano.

LIBRO TERCERO.

CAPITULO PRIMERO.

Eleccion del Papa Paulo III. Expedicion del César á Tunez. Toma del castillo de la Goleta y de la ciudad.

Despues de concluido el novenario de las exêquias del Papa Clemente VII se juntaron en cónclave los cardenales el dia nueve de octubre para elegir succesor. Ya de unánime consentimiento habian destinado para esta suprema dignidad al cardenal Alexandro Farnesio varon amado de todos; y á los dos dias, sin haber intervenido ningun vicio ni solicitud de su parte, fue declarado sumo Pontífice, y se coronó el dia seis de noviembre. En su exâltacion tomó el nombre de Paulo III y no habiendo sido antes parcial de ninguno de los príncipes, conservó en su pontificado la misma integridad con loable y piadoso exemplo, y muy propio del padre comun de todos los fieles. Aplicóse desde luego con sumo cuidado á apaciguar los ánimos de los príncipes christianos, que se resentian todavia de sus anteriores discordias, para que empleasen todas sus fuerzas contra los enemigos de la religion.

Por este tiempo juntaba el César de todas partes tropas, armas, caballos y todos los demas aprestos de guerra, sin perdonar gasto alguno para arrojar de Tunez á Aradino. Pero como las grandes empresas necesitan de grandes auxîlios, exhortó á los otros príncipes por medio de sus embaxadores á que se uniesen con él. El primero que acudió con su auxî-

lio fue el Pontífice, habiendo concedido al Rey Francisco y al César el diezmo de las rentas eclesiásticas. Pero el Rey de Francia despues de recibir tan gran don, se mantuvo tranquilo expectador de la guerra, en lo qual fue muy vituperado de todos. El Papa ademas de esta gracia, y para que no se creyese que solo era liberal con lo ageno, armó á su costa doce galeras cuyo mando confirió á Virginio Ursino. A estas se juntaron las de Malta con un selecto esquadron de caballeros. El Rey de Portugal envió á Barcelona una armada de veinte y siete navíos á las órdenes de Antonio de Saldaña hombre muy experimentado en la milicia marítima. Tambien vino por tierra don Luis hermano de la Emperatriz, teniendo por cosa indigna el faltar á tan piadosa empresa. Llegaron las armadas de Flandes y España, y la de Doria bien provistas de todo lo necesario.
1535. El dia treinta y uno de mayo de mil quinientos treinta y cinco, habiéndose embarcado el exército y oido misa el César, subió con su cuñado don Luis á la almiranta de Doria que estaba magníficamente adornada, y se hicieron á la vela en Barcelona con las banderas y flámulas desplegadas, que formaban una maravillosa vista, disparando toda la artillería, y resonando al mismo tiempo los clarines y trompetas. En breve tiempo llegó esta armada á las islas de Mallorca y Menorca, y desde allí, aunque con borrasca, navegó á Cerdeña donde el marques del Basto habia conducido la de Italia, en la que iban embarcadas muchas compañías de españoles, alemanes é italianos. Desde el puerto de Cagliari atravesaron al Africa, y se hizo el desembarco de las tropas y artillería en el golfo de Cartago con mucho orden.

Entretanto que se ponian en armas, atacó Doria las fortalezas que dominaban aquellas costas, y Bas-

to con un expedito esquadron salió á explorar los lugares inmediatos. Tuvieron freqüentes peleas con los bárbaros que les salian al encuentro, y algunas veces con peligro del César, que sin aterrarle la multitud de moros que volaban por todas partes, era el primero que se adelantaba á registrarlo todo, y á exâminar dónde se hallaban, quántas eran las tropas de los enemigos, y quáles eran sus movimientos. El modo de pelear que acostumbran los moros, es ceder el puesto si se ven estrechados; y en tal caso no tienen por ignominia el ponerse en fuga: despues vuelven á comenzar la pelea con increible ligereza, hiriendo y matando; y finalmente las mas veces causan al enemigo mas terror que daño. No obstante, mataron á algunos en estos encuentros, entre los quales pereció Federico Careto marques del Final capitan de la compañía de italianos, y fue herido el marques de Mondejar varon de la primera nobleza de España, y otros caballeros. En este tiempo arribaron algunos navíos que se habian separado de los demas en la navegacion, sobre cuyo número, y el de las tropas de tierra no convienen entre sí los historiadores. Lo mas cierto es, que las naves eran quinientas; y treinta mil los soldados, sin contar los nobles que militaban á su costa, y los criados y demas gentes de servicio que componia un gran número. Establecióse el campo en las mismas ruinas de Cartago, y luego se dispuso que lo guarneciesen los marineros. Aunque Aradino despreciaba altamente las fuerzas christianas, se dice que quedó múy consternado á vista de la armada y del exército, aumentándole el terror la presencia del César, pues no creia se hubiera expuesto á la inconstancia y peligros del mar, si no quisiera dar una batalla decisiva. Pero disimuló su miedo, y habiendo fortificado con gran

cuidado el castillo de la Goleta, encargó su defensa á Sinan natural de Smirna pirata muy valiente, dándole á este fin quatro mil turcos escogidos. Los demas los encerró en Tunez, para ocurrir con ellos á qualquier lance.

Al rededor de la ciudad tenia una gran multitud de tropas de á pie y de á caballo, cuyo número se aumentó despues prodigiosamente. Entre Tunez y la Goleta se extiende un lago desde el Mediodia al Septentrion, y en la garganta por donde desemboca en el mar está el castillo, que por el lugar de su situacion se llama de la Goleta. Por esta embocadura y á costa de increible trabajo de los cautivos habia introducido Aradino sus galeras en el lago, para librarlas del peligro. Levantábase con suma alegria y esfuerzo la trinchera para combatir el castillo, y el conde de Savini, esclarecido en la guerra napolitana y en la de Grecia, habia pedido la honra de defender su frente, pero le costó muy cara su audacia, pues habiendo hecho una salida los turcos mandados por Salec, quedó muerto con Belingero su pariente capitan de una compañía. En aquel puesto fueron despues substituidos los veteranos que habian vuelto de Coron, y eran muy esforzados; y contra ellos acometieron los enemigos con mayor ímpetu el dia siguiente al amanecer, que era el de la Natividad de San Juan Bautista, tiempo en que por el calor de las noches se goza el mas tranquilo sueño. Dispertados con el tumulto y las heridas corrieron á las armas con gran presencia de ánimo, y se trabó un cruel combate en que cayeron muchos de una y otra parte, entre los quales peleando valerosamente don Luis de Mendoza quedó muerto, atravesado de innumerables heridas, junto con el alférez Sebastian de Lara, y Alonso de Liñan natural de Zaragoza. Los bárbaros

arrebataron la insignia militar que era un sarmiento, y se hallaba colocada en lo mas alto de la trinchera. Del vulgo de los soldados murieron quarenta y nueve, y muchos mas quedaron heridos. Arrojados de allí los enemigos, y deseosos los nuestros de acabar con ellos; y de borrar la ignominia de haber perdido su bandera, los persiguieron hasta el castillo; y habiendo entrado algunos temerariamente mezclados con los enemigos, fueron al punto pasados á cuchillo. Los demas al tiempo de retirarse padecieron mucho por la lluvia de tiros que les dispararon desde los muros.

Por consejo de Alarcon hombre muy experimentado en la milicia, que por este tiempo habia llegado con muchos nobles españoles y napolitanos, se levantaron nuevas fortificaciones para resguardo de los soldados; lo qual fue muy grato al César, que deseaba concluir lo comenzado, mas con el trabajo que con la pérdida de los suyos. Entretanto arribaron de España algunos navíos con grande provision de víveres, y vinieron en ellos no pocos nobles con armas y caballos. Llegó la noticia de que la Emperatriz habia parido una hija, y fue grande la alegria y regocijo que hubo en todo el campo. Siguióse á esto una horrorosa tormenta con vientos tan impetuosos, que derribó todas las tiendas de campaña, rompiendo las cuerdas con que estaban amarradas. Los truenos y relámpagos consternaban á los hombres; y la arena arrebatada del viento los cegaba, moviéndola ademas los enemigos con palas para que les cayese mas espesa en los ojos. En estas circunstancias los turcos se aventuraron á dar un combate, pero fueron rechazados al castillo con pérdida.

Al dia siguiente llegó Muley Assen al campo del César, acompañado de trescientos caballos, y ha-

biéndole besado en el hombro, le dió gracias por medio de su intérprete, y le aseguró que mientras viviese tendria siempre en la memoria tan grande beneficio. Dióle el César esperanzas de que le restituiria á su reyno, y exhortándole á que permaneciese fiel, le despidió despues de haberle regalado con régia liberalidad. No obstante se perdió el dinero empleado en atraer á estos bárbaros, porque despues de haberlo recibido, faltaron á su palabra. Eran frequentes las peleas en diversos parages, haciendo contínuas salidas los turcos y los moros, y de tal manera molestaban al campo con sus correrías, que no podian los soldados ir á hacer provision de agua ni leña, sin que tuviesen encuentros y heridas. Fueron muertos ó heridos algunos nobles y capitanes; y en una de estas peleas se vió Alarcon en grave peligro: de los enemigos perecieron muchos con Guiafer capitan valeroso de los turcos.

Concluidas que fueron las obras, y guarnecidas con quarenta y dos cañones, arrimaron las galeras antes de salir el sol, y comenzaron á batir las murallas con horrendo estrépito y estrago. Acerca del medio dia fue derribada una gran torre que era la principal defensa del castillo, y el César exhortando en pocas palabras á los soldados á obrar valerosamente, dió la señal del asalto. Al punto subieron con escalas á la parte del muro que aun estaba en pie; y entre los innumerables tiros que les disparaban de todas partes, pelearon á pie firme con el enemigo, que se hallaba en las mismas murallas, y se encaminaron en batalla á la plaza del castillo. Despues de mucha carnicería, fueron arrojados los turcos de todos los puestos, y se pusieron en fuga, siguiendo á su caudillo que fue el primero que se escapó á la ciudad por un puente de madera que

atravesaba la garganta del lago. Dícese que en este dia perecieron mil y quinientos de los enemigos; y de los imperiales solos treinta, si no se engañan los historiadores. No era muy considerable la presa que hicieron, en la qual se contaron quarenta cañones. Fue apresada en el lago la armada de Aradino, que se componia de quarenta y dos galeras con todos sus pertrechos.

Despues de esta empresa, se trató en una junta sobre si convenia llevar adelante la guerra. Algunos eran de dictámen «que habiéndose tomado la goleta »y la armada enemiga, quedaba satisfecho abundan»temente el honor del César, y la utilidad pública. »Que no se debia pelear por mas tiempo con una »multitud tan grande de enemigos, y con toda la »naturaleza, en un suelo estéril, seco y enfermo, »sin mas fruto que el de substituir un enemigo á »otro en el reyno de Tunez. Que ademas ¿cómo po»dia convenir con tanto peligro propio, y solo para »utilidad agena exponerse de nuevo á la fortuna de »la guerra, que siempre acostumbra mezclar alter»nativamente las cosas prósperas con las adversas? »Pero aun quando fuese favorable, y se consiguiese »ganar á Tunez, ¿cómo podria conservarse en me»dio de tan bárbaras y feroces naciones, y tan ene»migas del nombre christiano? ¿Se enviarán acaso, »decian, colonos para exponerlos á que luego sean »pasados á cuchillo, ó reducidos á esclavitud? ¿Qué »ciudades amigas tenemos cerca, y qué Reyes con»federados podrian socorrerlos en qualquiera peligro? »Por estas mismas causas, y aterrados de los muchos »gastos, nos vimos precisados á abandonar á Coron, »cuya fortaleza nadie negará que era la mas opor»tuna para refrenar á los otomanos; á no ser que »queramos perder aquí con ignominia y estrago lo

»que ganamos á costa de inmensos trabajos y dispen-»dios." Pero movieron mas al César las razones del príncipe de Portugal y del duque de Alba, á quienes oia con gusto. «Decian estos, que con grave »daño y mayor peligro de la christiandad habia sido »invadido el reyno de Tunez por un tirano, deseoso »de introducir en el Occidente las armas otomanas. »Que habia mucha diferencia en que reynase en aque-»llas partes un príncipe tributario y obediente al Cé-»sar, ó un pirata implacable, que tantos males ha-»cia en las costas de los christianos. Que si se le »permitia extender sus armas y sus fuerzas en Afri-»ca, ¿á quánto peligro no se expondria la inmedia-»ta isla de Sicilia, subyugada en otros tiempos mi-»serablemente por las armas de los cartagineses, y »despues por las de los árabes que tambien salieron »del Africa? ¿Qué seria de toda la Italia rodeada »con las armas otomanas? Y finalmente ¿qué seria »de España separada del Africa por un corto estrecho »de mar, afligida tantas veces por aquella parte por »enemigos externos, y ahora con otros internos?" Demas de esto movia al César la calamidad que padecian veinte mil cautivos, y el deseo de despojar de aquella presa al pirata, que con tanta freqüencia invadia nuestras costas. Ni tampoco le parecia decoroso ni honesto abandonar torpemente á Muley Assen despues de haberle ofrecido restituirle en el reyno: y añadia que el Rey de España y Emperador de Alemania no habia pasado al Africa con tan crecido número de tropas para infundir un vano temor en los enemigos, sino para disipar la cruel tempestad que amenazaba á todo el orbe christiano. De este modo el César, mas cuidadoso del empeño que habia contraido que de la fama, despreció los vanos rumores, y lo que de él pudiesen juzgar otros; precepto y

exemplo saludable para los grandes príncipes, que deben preferir su obligacion á los juicios y censuras de los hombres.

Estando pues resuelto á perseguir al tirano con el mayor esfuerzo, y dexando á Doria en la armada, para cuidar del restablecimiento de las fortificaciones de la Goleta con los materiales que se habian traido de Sicilia, se puso en marcha ácia Tunez. En todo el camino habia contínuas escaramuzas con el enemigo, que andaba vagando, y que á cada paso acometia la retaguardia en que mandaba el duque de Alba. Padecieron tan gran necesidad de agua en aquel pais árido, que la sed les abrasaba las bocas y las entrañas. Instruidos los soldados por Muley, y otros hombres prácticos de aquella tierra, habian hecho provision de agua llevándola en pellejos y cubas, la qual les alivió por algun tiempo; pero creciendo el calor, volvieron á la misma fatiga. Añadíase á esto el cansancio de caminar entre montes de arena, en que á cada paso se les hundian los pies. El ardor del sol la tenia tan encendida, que todo lo abrasaba como si fuera un contínuo fuego. Despues de tolerados con invencible constancia todos estos males, llegaron finalmente á tiro de la ciudad. Hallábase acampado el tirano á tres millas de distancia con un exército de cien mil infantes, y treinta mil caballos, mas confiado en la multitud que en el valor de los suyos.

Dada que fue la señal de la pelea, los acometieron los imperiales mandados por Basto, no como quien va contra hombres armados, sino como quien iba á degollar un rebaño de ovejas. En efecto la victoria no fue dudosa ni dificil, porque á la primera lluvia de balas volvieron las espaldas los africanos. Despues de esto, habiendo entrado en la accion los alemanes armados de lanzas, y con espantosa grite-

ria, se puso el tirano en fuga á uña de caballo, y se metió dentro de la ciudad con los turcos que le acompañaban. Al momento toda aquella innumerable multitud se dispersó y derramó por todos los campos inmediatos. No quiso el soldado perseguir á los fugitivos, porque habiendo encontrado unos pozos de agua dulce, tenia mas deseo de apagar la sed, que de recoger la presa. Dícese que algunos perecieron por el excesivo calor y la falta de agua. Entretanto el tirano ardiendo en ira, resolvió volar con pólvora el castillo de Tunez llamado la Alcazaba, donde estaba encerrado un gran número de cautivos, y lo hubiera puesto en execucion á no habérselo disuadido Sinan con sus ruegos. Llegó esta noticia á oidos de los cautivos, y mientras que Aradino recogia las tropas y exhortaba en vano á los ciudadanos á la defensa de la patria, se pusieron intrépidamente en libertad para pelear por su vida, ayudándolos Medellin Español, y Catareo Dalmata libertos del tirano, que no se habian olvidado del todo de su antigua religion. Viéndose libres de las cadenas, se apoderaron de la armería y del castillo, arrojando al gobernador y á la guarnicion que en él habia; y con el humo y las banderas desplegadas hicieron la señal de la victoria que habian ganado. Intentó inútilmente el tirano recuperar el castillo, y temeroso de que no le quedaba parte alguna donde pudiese estar seguro, se puso con los turcos en acelerada fuga. Persiguiéronle los moros, prefiriendo la presa á la fidelidad, y le despojaron de una parte de sus bagages; y en tan miserable estado llegó á Bona ciudad célebre por haber sido silla episcopal de San Agustin, donde habia dexado catorce galeras para qualquier lance adverso que pudiera sucederle. Noticioso el César del suceso de los cautivos, hizo marchar el exército á la ciudad el dia siguiente.

Salieron á recibirle los magistrados y el pueblo, presentándole las llaves de las puertas en señal de una solemne entrega. Pero la alegria de haber sido arrojado de ella el tirano, la hizo funesta la precipitada indignacion de los soldados, los quales, diciendo el César que debia perdonarse á los entregados en obsequio de Muley Assen, respondieron con grandes clamores: «han de engañarnos impunemente los mo»ros, socios siempre infieles, y enemigos siempre »molestos?" Dicho esto, y como si fuera la señal del combate, corrieron en tropas á saquear la ciudad, pudiendo mas en ellos el furor y la avaricia, que el mandato de su príncipe. No se veia por todas partes sino muertes, robos y confusion, á pesar de los edictos que el César hizo publicar por voz de pregoneros, porque la multitud enfurecida nada oia ni atendia. Los que hicieron mayor estrago fueron los alemanes; y se dice que pasó de diez mil el número de los muertos. Fueron hechos cautivos diez y ocho mil; pero la mayor parte de ellos consiguió libertad por una corta suma. Cogió Basto una rica presa de treinta mil escudos que se hallaron en una cisterna del castillo, y los descubrió un esclavo, con los que le gratificó benignamente el César. Medellin y Catareo fueron tambien premiados largamente por el auxilio que habian dado; y á los que con su propio valor se pusieron en libertad, les fue adjudicada toda la presa del castillo, y ademas se les distribuyó dinero. Halláronse ochenta y un frances cautivos, y se entregaron al embaxador de esta nacion. El número de los que fueron puestos en libertad llegó acerca de veinte mil, entre los quales se contaban tres mil mugeres, y quatro mil doncellas; y el César les dió á todos liberalmente navíos y víveres para restituirse á su patria. Muchos de ellos se alistaron en las banderas del César, con cuyo so-

corro se suplieron las compañías que se habian disminuido. Entretanto se escapó Aradino por el descuido ó cobardía del capitan Adan que habia sido enviado á Bona con parte de la armada. Siguióle Doria aunque tarde con el resto de los navíos; pero habiendo perdido la esperanza de hacerle prisionero, tomó la ciudad y arruinó sus muros. Entregó la fortaleza á Alvaro Zagal con seiscientos soldados de guarnicion, y despues fue abandonada y destruida por orden del César. Habiendo hecho su tributario á Muley Assen, le entregó el reyno de Tunez, y don Bernardino de Mendoza, hombre muy sabio en el arte de la milicia naval y terrestre, fue nombrado gobernador del castillo de la Goleta, dándole para su custodia mil presidarios y diez galeras. Despues de esto despidió á su cuñado don Luis, manifestándole su mucho agradecimiento: mandó que las armadas se hiciesen á la vela, y él se embarcó en la de Italia. Arribó á Trepani echado por vientos contrarios, y desde allí pasó por tierra á Palermo y Mecina con grande regocijo y alegria de todos. Concediéronle los sicilianos ciento y cincuenta mil escudos por donativo gratuito, y habiendo celebrado cortes, les confirmó sus privilegios é inmunidades. Nombró á don Fernando de Gonzaga por virrey de la isla; y embarcándose despues llegó con las galeras á Rijoles. Atravesó los pueblos de la Calabria, donde le obsequió magníficamente San Severino príncipe de Visignano; y finalmente entró con toda felicidad y alegria en Nápoles á fin de noviembre.

CAPITULO II.

Toma Aradino la isla de Menorca. Muerte de Esforcia. Pretensiones del Rey de Francia sobre el estado de Milán y la Saboya. Guerra con este motivo.

La alegria de la victoria de Tunez fue turbada segun la inconstancia de las cosas humanas, con la desgracia acaecida en el puerto de Mahon. Habiéndose escapado de Bona el pirata Aradino, conduxo su armada á Argel, y despues de haberla reparado, navegó con ella á la isla de Mallorca. Intentó inútilmente invadirla, y pasó á la de Menorca. Uno de los navíos de la armada de Portugal que mandaba Gonzalo Pereyra fue arrojado por una tormenta al puerto de Mahon, y se apoderó de él Aradino, aunque no sin estrago de los suyos, matando á toda la gente que conducia. Inmediatamente determinó batir con su artillería la ciudad, que está situada en la extremidad del puerto. Aterrado el gobernador luego que vió derribada una parte del muro, hizo la entrega, capitulando su libertad y la de su familia; y por la accion indigna de este hombre cobarde fueron llevados cautivos ochocientos mahoneses. Aunque con efecto le puso en libertad Aradino, pagó no obstante su maldad con un cruel suplicio por mandado de don Martin de Gurrea virrey de aquellas islas. Cargó el bárbaro sus navíos con la presa, y retornó aceleradamente á Argel; y despreciando los peligros del mar que amenazan en el otoño, navegó á Constantinopla, donde fue recibido por Soliman como vencedor, para que no desesperase de recuperarse de su desgracia.

El año antecedente falleció en Alcalá de Henares don Antonio de Fonseca arzobispo de Toledo, y su

cuerpo fue llevado á Salamanca, y sepultado honoríficamente en la capilla que él mismo habia edificado. Fundó dos colegios, el uno en Santiago de Galicia, y el otro en Salamanca su patria, dotándolos con grandes rentas. Sucedióle don Juan de Tavera natural de Toro, arzobispo de Santiago y cardenal, y antes obispo de otras iglesias. En la de Santiago tuvo por sucesor á don Pedro Sarmiento, que poco despues fue creado cardenal á peticion del César. Murió tambien en el mismo año el cardenal Echavord, que como escribe Chacon fue el vigésimo quinto en el número de los obispos de Tortosa. Fue electo en su lugar fray Antonio Calcena del orden de San Francisco, y tomó posesion de aquella iglesia el dia cinco de octubre del año de treinta y siete. Don Martin Gurrea sucedió á Doria en la iglesia de Huesca, y no pudo entrar en posesion de ella por varias dificultades que ocurrieron, hasta el dia diez de mayo de este año.

A fines de él falleció Francisco Esforcia sin haber dexado hijo alguno; y en su testamento nombró al César heredero del principado de Milán. Inmediatamente Leyva cuidadoso de los intereses de su Soberano, enarboló la bandera austriaca, y se apoderó del castillo y de otros lugares fortificados del territorio. El César mandó hacer en Nápoles magníficas exêquias al difunto; pero ocultaba cuidadosamente lo que pensaba disponer acerca de aquel principado, el que al fin adjudicó á la corona de España, apoyado para ello en poderosas razones. El dia ocho de enero del
1536. año siguiente de mil quinientos y treinta y seis celebró las cortes que tenia convocadas en Nápoles, en las que concedió liberalmente á sus habitantes muchos privilegios é inmunidades, y ellos le ofrecieron por donativo gratuito millon y medio de ducados, que habian de pagar en ciertos plazos. En los dias de carnes-

tolendas celebró el César las bodas de Margarita su hija, que habia tenido en Flandes antes de su matrimonio, con Alexandro de Médicis, y hubo en ellas magníficos banquetes, juegos, y todo género de regocijos con mucha pompa y aparato. Al mismo tiempo Lanoy príncipe de Sulmona se desposó con Isabel Colona, hija de Vespasiano y nieta de Próspero.

Pero entre estas alegrias y festejos, no se olvidaba el César de los cuidados del gobierno, pues renovó entonces la alianza con los venecianos. Ajustó con los suizos que en caso que se suscitase la guerra en Italia, no permitirian que sus tropas sirviesen en ella. Recogió mucho dinero: hizo venir las legiones de Alemania, y completó las compañías veteranas con españoles. La inquietud de los franceses dió motivo á estos preparativos hechos con tanta diligencia, porque habiendo fallecido Francisco Esforcia sin hijos, pretendia el Rey de Francia que le pertenecia el principado de Milán por parte de Valentina, de quien era biznieta su muger Claudia. Pero como no habia podido mantener con las armas este principado quando se apoderó de él, y despues habia intentado en vano muchas veces recuperarle, se persuadió que nunca llegaria á conseguirlo si no reducia á su dominio la Saboya, que estaba intermedia, y se abria camino por aquella parte; por lo qual con justicia ó sin ella acometió á Carlos duque de Saboya con intento de despojarle de su estado. Luego que Francisco tuvo noticia de la muerte de Esforcia, envió á Carlos, que ya lo esperaba, á Guillelmo Pojet, presidente del parlamento de Aix, pidiendo que le restituyese el principado de Saboya que pertenecia á madama Luisa su madre, como hermana mayor del mismo Carlos; y porque en las primeras nupcias de Feiipe de Saboya con madama Margarita de Borbon

se estipuló, que los hijos de uno y otro sexô que de ella naciesen sucediesen en el dominio de su padre; y que siendo Carlos hijo de Claudia, con quien habia casado Felipe despues de la muerte de madama Margarita, era manifiesto que ocupaba sin derecho el dominio de Saboya, que debió recaer en madama Luisa hija de Margarita, y finalmente en Francisco su nieto. Alegaba tambien otros derechos imaginarios y despreciables, derivados de Renato duque de Anjou que habia unido á la corona de Francia la provincia de Marsella, nombrando por su heredero á Luis XI. Respondió Carlos que no habia ninguna ley ni costumbre en Saboya que prefiriese las hembras á los varones para suceder en el principado; y que antes por el contrario eran excluidas de la sucesion como en Francia: que no era de ningun modo verosímil que hubiese querido Felipe su padre despojar del principado á su familia, y traspasarle á otra extraña, no habiendo causa alguna que le obligase á hacerlo; y finalmente que si habian de valer los antiguos derechos, deberia la nacion francesa restituir al imperio romano las Galias, que le habian usurpado Feramundo, Meroveo y sus sucesores. Viendo Pojet rebatida con estas y otras razones la peticion de Francisco, se dice que replicó: *asi lo quiere el Rey, que es la suprema ley quando por qualquier motivo se trata de extender ó conservar el imperio*. De las palabras vinieron al fin á las armas.

Por este tiempo los ciudadanos de Ginebra inficionados de muchas heregías arrojaron de la ciudad á Pedro Baume su obispo, hombre de vida santísima, y tomando las armas se habian substraido del dominio de Saboya, fomentando esta rebelion el frances Rangonio, como lo refiere Duvelay su compatriota. Habiendo pues ajustado alianza con los suizos

en daño del Saboyano, envió el Rey de Francia con un exército á Chabot almirante del reyno, para que despojase á Carlos de su dominio, y al mismo tiempo reclamaba por medio de embaxadores el principado de Milán. Uno y otro causó mucha indignacion al César, no ignorando quáles eran los intentos del Frances, que vencido y hecho prisionero, y despues de haber renunciado muchas veces sus derechos, reclamaba sin pudor la Lombardía, que era el premio del vencedor, y la que con derecho imperial habia adjudicado á la corona de España. Acometido Carlos de Saboya á un mismo tiempo por los franceses, y los rebeldes ginebrinos, y destituido de humano socorro, porque todavia se hallaba el César en Africa, se pasó á Verceli ciudad muy fuerte, y despues á Niza, con su muger y su hijo Philiberto.

Persuadido vanamente Francisco de que sin tomar las armas podria concluir el negocio de Milán, envió á Juan cardenal de Lorena, con amplísimos poderes para que tratase con el César, y en el camino mandó á Chabot en nombre del Rey, que sostuviese la guerra, para evitar que irritado mas el ánimo del César, se perdiese la ocasion de concluir felizmente el asunto. Pero Leyva con un fuerte esquadron se opuso á los intentos del enemigo, y habiéndole enviado el César nuevas tropas, reprimió su furor, y le impidió llevar adelante sus estragos. Habia mandado tambien el César á doña Maria gobernadora de Flandes, que enviase un poderoso exército á las fronteras del enemigo para entretenerle, y dividir sus fuerzas.

En la primavera de este año vino el César á Roma con el exército veterano, y setecientas corazas; y fue recibido con pompa triunfal. Despues de haber tributado su obsequio al Pontifice, que se hallaba sen-

tado á la puerta del templo Vaticano, se retiró al palacio que le estaba prevenido con gran magnificencia, donde muchas veces habló á solas con el Papa sobre los gravísimos negocios del estado. Empleó quatro dias en visitar la ciudad, y la víspera de su partida hizo un discurso grave y vehemente á presencia del Pontífice, de los cardenales, grandes y embaxadores, usando de la lengua española como mas próxîma á la romana: en él manifestó su indignacion contra el Frances, y los sentimientos que agitaban su ánimo. Refirió primero los antiguos motivos de queja, la usurpacion de la Borgoña: el repudiado matrimonio de Carlos VIII con Margarita; y la repetida violacion de los tratados hechos con la casa de Austria. Despues de esto declamó fuertemente contra Francisco, quejándose de su ingratitud y falta de fidelidad; pues habiéndole él dado libertad, le recompensaba con todo género de agravios, y no cumplia cosa alguna de lo que le habia prometido. Demostró con poderosas razones quánto mas sólidos eran sus derechos al principado de Milán que los de Francisco, y arrebatado de la ira al proferir estas y otras cosas, levantó mas la voz, y con semblante severo y magestuoso dixo: «Cómo Francisco y sus embaxadores tie»nen la desvergüenza de asegurar públicamente que »yo he prometido á los franceses el ducado de Milán? »Acaso creen que soy tan loco, que he de entregar á »un enemigo pernicioso lo que manifiestamente me »pertenece? Quién ignora la envidia con que ha pro»cedido, excitando contra mí á todo el orbe? Quién »ignora su alianza con los turcos, y todas las de»mas tentativas que ha hecho para perderme? Ahora »acaba de ocupar á fuerza de armas una parte del »dominio de su tio Carlos de Saboya, para invadir »el principado de Milán, que ha recaido en mí con

»legítimo y cesáreo derecho, y apoderarse despues »del resto de la Italia, combatida tantas veces desgra»ciadamente. Verá pues Francisco, y verá todo el uni»verso, que en breve vengaré con guerra justa y pia»dosa mis injurias, y las del duque de Saboya, que »se halla baxo la proteccion del imperio romano. Y »para que no se queje de que le acometo despre»venido, y con repentina invasion, desde ahora le »declaro la guerra: y confio que los Santos que fue»ron testigos de las alianzas, serán tambien venga»dores de la palabra que ha quebrantado." Un autor afirma que el César concluyó su discurso desafiando á Francisco; pero todos los demas omiten esta circunstancia. Un escritor frances dice, que al dia siguiente retractó el César lo que habia dicho, lo que no puedo creer de un príncipe tan afortunado y victorioso. Para no negar todo crédito á este autor, tengo por cierto, que despues fue impugnado el discurso por un hombre docto. Mas sea de esto lo que fuere, luego que acabó de hablar el César, le abrazó el Pontífice con mucho amor, rogándole que no se dexase arrebatar de la ira, aunque no mal fundada, y que se acordase que su humanidad y clemencia le habia adquirido la fama de príncipe grande y óptimo. Los embaxadores del Rey comenzaron á replicarle, pero les impuso silencio, para que no se desvaneciese del todo la esperanza de la paz; mas no pudo disuadir de su propósito al César, que se hallaba inclinado á la venganza.

Al dia siguiente partió para la Toscana, y llegó á Florencia ciudad adornada con todo género de ciencias y cultura, donde fue obsequiado magníficamente por su yerno. Desde allí pasó á Luca, y habiendo atravesado el monte Apenino, llegó á Plasencia, donde le esperaban Beatriz de Saboya, y Christina

viuda de Esforcia, á las quales consoló con mucha humanidad, asegurándolas que corrian á su cuidado. Siguióse en breve la muerte de Beatriz, que colmó las penas del Saboyano. Entretanto Leyva recuperó á viva fuerza la plaza de Fossano, que poco antes habia sido tomada por los franceses, y atraxo al partido del César á Francisco marques de Saluzo, que se habia disgustado del Rey Francisco, porque no le trataba segun merecian sus servicios, lo que contribuyó mucho para sostener esta guerra. Habiéndose reunido las tropas en la Lombardía, se trató en un consejo de guerra sobre el modo con que habia de hacerse. Basto con algunos otros capitanes era de parecer que se encaminasen todas las tropas á Turin, para apoderarse de todo el territorio que se extiende al pie de los Alpes. Pero á todos los demas, y con especialidad á los duques de Alba y Benavente, les agradó el dictámen de Leyva, quien dixo que las fieras se cogian mas fácilmente en sus cuevas, por lo qual convenia llevar la guerra á lo interior de Francia, y lo aprobó el César por la autoridad de aquel hombre que se habia hecho tan ilustre por sus hazañas. El César pues, siguiendo un proyecto que tenia mas de brillante que de sólido, mandó á Saluzo que con escogida tropa sitiase á Turin que se hallaba ocupada por los franceses, y él penetró en la Francia con lo mas fuerte del exército. Al mismo tiempo recorria Doria las costas con la armada; y habiendo desembarcado en tierra las compañías italianas mandadas por el duque de Salerno, al primer ímpetu tomaron á Antibo, y la saquearon aunque á costa de alguna sangre. Apoderáronse tambien de muchos pueblos de la provincia Narbonense. Todos los habitantes se dispersaron por aquellos campos, llenos de terror, y todos los lugares, haciendas y heredades, que es-

taban muy provistas de todo, fueron entregadas al saqueo. Doria expugnó á Tolon para tener un puerto cómodo. En Bruñola pueblo del territorio de Frejus, peleó prósperamente Fernando Gonzaga. Montejano, y Borsi hijo de Gaufero, capitanes de caballería, fueron hechos prisioneros, junto con Samnipetro corso que mandaba la infantería; y apenas escapó uno solo que llevase la nueva de esta pérdida. Con el mismo ímpetu fue tomada y saqueada Bruñola. Desde entonces no se atrevió el enemigo á ponerse á la vista, permaneciendo siempre encerrado dentro de un fortificado campo, en el que hacia frente al exército vencedor.

CAPITULO III.

Entra el César con su exército en Francia. Sitio de Marsella. Viage del César á España.

Las armas flamencas que por este tiempo entraron por las fronteras de Francia, como lo habia mandado el César, causaron mas terror que daño. Era generalísimo de ellas el príncipe de Nasau hombre muy experimentado, y intrépido en la guerra. Este pues, habiendo tomado á Braya, expugnó á Guisa, y destruyó enteramente su guarnicion, con lo qual se le entregó inmediatamente la fortaleza. Despues, habiendo hecho talar todos los campos, y obligado á los franceses á retirarse á las ciudades fortificadas, dirigió su exército contra Perona. No dexó el Flamenco de poner en práctica todos los medios posibles que inspira la fuerza y el arte para tomar la ciudad; la qual defendian los ciudadanos mezclados con los soldados con una constancia mas que francesa, y con ánimo tan obstinado, que movido el general del peli-

gro á que se exponian los que se acercaban á los muros, mandó alguna vez tocar la retirada, para que á la derrota no se añadiese la ignominia. Despues de esto determinó incendiar la ciudad, para abrir con el fuego el camino que no habia podido abrirse con el hierro. Las llamas causaron á los sitiados mas temor que una batalla; pero habiendo sobrevenido una repentina y copiosa lluvia, quedó burlado el enemigo, y los peroneses hicieron públicas procesiones en accion de gracias por la conservacion de la ciudad. Finalmente dirigió Nasau sus fuerzas contra la fortaleza, aunque no con mejor fortuna. Consiguió volar con una mina una alta torre, en cuya ruina quedaron sepultados el gobernador Damartin, y muchos de los suyos; pero aunque intentaron los flamencos acometer por aquella parte, fueron rechazados con tanto brio por los franceses, que manifestaron muy bien, que su principal auxilio mas consistia en sus armas y en su valor, que en las murallas. Empleadas inútilmente las fuerzas y el arte, levantó el Flamenco su campo una noche, á fin de ocultar su ignominia, y se retiró con su exército dentro de los confines de Flandes.

Pero volvamos al César que por este tiempo habia trasladado su campo á Aix, deseoso de invadir á Marsella ciudad opulenta, la qual, habiendo penetrado el Rey su designio, procuró de antemano guarnecerla con mayores fuerzas. Acercóse un dia el César á ella con un escogido esquadron á reconocer por su persona las fortificaciones, y corrió un gran peligro, pues habiéndole disparado una bala de cañon, mató al conde de Horn, que estaba á su lado. Basto con la caballería penetró hasta Arlés para exâminar las fortificaciones de esta ciudad, y á su regreso exhortó al César á que se abstuviese de invadir unas ciudades

tan fuertes y tan bien guarnecidas, si no queria implicarse en graves dificultades en un pais enemigo, donde cada dia creceria el número de sus adversarios. Oido esto por el César mudó de parecer, y se volvió al campo, donde entre otras necesidades era grande la escasez que se padecia de víveres. Mommoranci á quien el Rey habia confiado el mando de sus tropas, fortificó su campo cerca de Cabaillon, entre los rios Ródano y Duranza, persuadido de que mas daño podria hacer á un enemigo fuerte con el hambre, que con las armas. Hallábanse talados todos los campos inmediatos, para que el enemigo no pudiese sacar de ellos fruto alguno. Los labradores mezclados con los soldados aumentaban la necesidad, robando contínuamente los víveres y provisiones que desde Tolon se conducian al campo del César. En tales angustias se hallaban los imperiales, quando Leyva atormentado con los dolores de la gota, y con los cuidados, falleció en Aix el dia quince de septiembre: hombre esclarecido en la guerra, que por su valor y admirable talento ascendió á los supremos grados de la milicia, y adquirió grandes riquezas, las quales dexó á sus descendientes junto con el principado de Ascoli. Aventajóse en la fidelidad al César, y le fue muy útil en las empresas mas árduas y peligrosas, habiendo contribuido mucho á la fortuna de este príncipe con su intrepidez y audacia.

Entretanto Rangoni habiendo juntado un exército en la Mirandola, para unirle con el de Anebaldo que defendia el territorio del Piamonte, incitado con las ofertas de los desterrados genoveses, determinó apoderarse al paso de esta ciudad. Pero Sornacio corso de nacion, se huyó á Génova, y descubrió por menor toda la trama de Rangoni. Desde allí pasó aceleradamente en busca de Doria, y le avisó del pe-

ligro que corria la ciudad. Este pues creyó que no debia perder momento, y habiendo embarcado en las galeras setecientos soldados baxo la conducta de Agustin Espínola, mandó á Antonio Doria su pariente que volase al socorro de su patria. Ya los enemigos arrimando las escalas por la puerta de Santo Tomás, habian subido al muro y colocado sus banderas, quando llegó Espínola como si fuese enviado del cielo: con cuyo socorro, ayudándole valerosamente los ciudadanos, fueron arrojados con mucho estrago los franceses, y se halló libre la ciudad del peligro. Rechazado Rangoni de los muros de Génova, se puso en camino para Turin, y hizo levantar el sitio que con poca fortuna habian puesto los imperiales, y tomó al mismo tiempo algunos pueblos, con lo qual recobró algun lustre la fama del nombre frances, que estaba muy decaida.

Hallábase todavia el César en Aix, y cada dia se hacia mas dificil la guerra, por las enfermedades que se habian introducido en el exército. Los alemanes con especialidad fueron acometidos de calenturas pútridas, y de una mortal disenteria causada del mosto que bebian recien exprimido de las uvas. No por esto aquella gente, que tanto ama el vino, dexaba de beber con exceso, sin que la aterrase el peligro ni el estrago que hacia en sus camaradas. Hallábase enferma la quarta parte de las tropas, y la mortandad era grande, aumentándose mas y mas cada dia por ser el tiempo de otoño, quando el César viendo que el Frances no le presentaba ocasion alguna de pelear, y persuadido de que el permanecer por mas tiempo en pais enemigo, con tanta pérdida de su gente, era una obstinacion indecorosa é inutil, se retiró de Francia por los Alpes marítimos, por donde habia entrado, sin haber hecho cosa alguna de impor-

tancia. En el camino perdió á Garci-Laso de la Vega poeta muy célebre, que combatiendo con mas intrepidez que precaucion la torre de Muey, fue herido de una piedra en la cabeza, y murió luego este jóven tan grande en el valor, como esclarecido por su ingenio. Los españoles para vengar su muerte, despues de haber expugnado la torre, hicieron ahorcar á todos los que en ella se habian encerrado. Dícese que acudieron á alistarse en las banderas del Rey Francisco veinte mil suizos voluntarios atraidos por el oro frances. Finalmente vino el Rey al campo movido del rumor que se habia divulgado de que el César deseaba darle batalla; pero no llevó un exército fuerte y robusto para aprovecharse de la calamidad del enemigo. Los capitanes, segun afirma Busieres, le disuadieron eficazmente, y le rogaron con muchas súplicas que no se acercase al enemigo, porque les aterraba la memoria de la derrota de Pavía.

El César, habiendo conferido á Basto el gobierno de la Lombardía, y entregádole el exército, se puso en camino para Génova. Fue hospedado en los palacios de Doria, y festejado con todo género de obsequios. En este intermedio fallecieron dos ilustres personas, cuya pérdida causó un dolor muy vivo á uno y otro príncipe. Doña Catalina Reyna de Inglaterra, célebre por sus virtudes y trabajos, acabó sus dias, dexando una hija llamada María de gran piedad y hermosura, la que despues casó con don Felipe hijo del César, cuyo matrimonio fue poco feliz, pues careció de sucesion. La muerte de doña Catalina fue vengada con el suplicio de Ana Bolena, que habiendo sido convencida de incesto y adulterio, pagó poco despues con la cabeza sus maldades, y el régio tálamo de que habia despojado á doña Catalina le dexó vacío para Semeya su competidora. Francisco delfin

de Francia, jóven de índole magnánima, cayó enfermo en Tournon por haber bebido agua de nieve estando muy acalorado, y al quarto dia le arrebató la calentura. Fue acusado Sebastian Montecuculi de que habia dado veneno al delfin, y se le condenó en Leon á ser desquartizado vivo por quatro caballos; siendo víctima funesta del dolor paternal, aunque tal vez moriria inocente.

Adjudicó el César el principado de Monferrato al duque de Mántua, sentenciado á su favor el pleyto que sobre él tenia con el duque de Saboya y el marques de Saluzo. Su ciudad capital situada donde comienza la mayor profundidad del rio Pó, y á la que los romanos llamaron Industria, y los modernos Casal, fue ocupada por Buria general frances, llamado por los habitantes que rehusaban sujetarse á su nuevo príncipe. Hallábase allí don Alvaro de Luna enviado del César para dar la posesion á los embaxadores del duque de Mántua; y habiendo oido el tumulto se refugió con ellos á la fortaleza, que custodiaba Juan Pesquera hombre de conocida fidelidad, y dió aviso á Basto del peligro que corrian. Este pues, como era tan diligente, acudió al momento con las compañías españolas en que confiaba mucho, y llegó al pie de la fortaleza al salir el sol. Habiendo quemado los franceses el puente de madera, le era imposible acometer á la ciudad; por lo qual mandó que le echasen unas escalas desde la fortaleza. Con ellas subió al muro, y entrando con los suyos en la ciudad derrotó la guarnicion enemiga. Buria con algunos pocos fue hecho prisionero. De los españoles murieron don Gerónimo de Mendoza esclarecido por su nacimiento y por sus hechos en la guerra, y el hijo de don Hugo de Moncada, jóven de mucho valor, con algunos soldados. La contumacia de los casalenses les costó muy

cara, pues la tropa victoriosa no los dexó libres hasta haberlos despojado de quanto tenian, especialmente á los del partido de los guelfos, que fueron los autores de la sublevacion. Escarmentaron al fin aunque tarde, y de comun acuerdo de todos fue recibido el duque de Mántua.

Entretanto el César se hizo á la vela para España en la armada de Doria, y llegó á Barcelona el dia diez de diciembre. En su ausencia gobernaba la Emperatriz con el consejo del arzobispo de Toledo, y de otros varones sabios y prudentes, y la España estaba libre de toda inquietud interior y exterior al mismo tiempo que continuaba la guerra en Flandes y en el Piamonte. Las discordias suscitadas con los portugueses sobre la navegacion á las Indias, se habian terminado amigablemente por los dos principes, deseosos de la paz. Las cosas de Portugal florecian con tanta prosperidad, que la fortuna excesivamente benigna convirtió en un gran bien un fraude tramado con mucho artificio, para castigar los crímenes contra la verdadera piedad. Nombraron en aquel reyno inquisidores, tan formidables á los impíos, con tanto aplauso de todos, que no pudieron estorbarlo como hasta entonces las representaciones y oposicion de los demas magistrados. El autor de esta obra fue Juan de Saavedra natural de Jaen y de una noble familia. Este pues fingió una bula pontificia con los sellos que habia quitado á otra que vino á sus manos. Partió de Sevilla á Portugal, vestido magníficamente de cardenal, como si fuese un verdadero legado del Papa, y luego que llegó á la frontera envió al Rey don Juan un mensagero que le anunciase su venida y la causa de ella, y despues se puso en camino á Lisboa, en medio de infinito concurso de gentes que de todas partes concurrian á verle. Fue recibido espléndidamente por el Rey, que

tanto deseaba el establecimiento de aquel tribunal, y le hizo grandes regalos. Finalmente habiendo manifestado la bula del Pontífice, expuso sus mandatos en un discurso no mal ordenado, y todos le obedecieron, sin que ninguno se atreviese á contradecirle en nada. Despues de lo qual estableció en la corte y en Coimbra tribunales fixos de inquisicion, sin apelacion de sus sentencias, habiendo elegido para este ministerio á unos hombres recomendables por su sabiduría y piedad. Nombró por inquisidor general á don Diego de Silva obispo de Ceuta, que de allí á tres años tuvo por sucesor al cardenal Enrique hermano del Rey. Pero este insigne impostor, que por espacio de tres meses habia sostenido admirablemente esta máquina, fue al fin descubierto, y habiéndole puesto en prision, le enviaron á Castilla bien asegurado, y despues de haberle impuesto un leve castigo el inquisidor general Tavera, le mandó poner en libertad (1). El fruto de este engaño fue el castigo de los judíos, que habiendo abjurado su ley habian vuelto á abrazarla: muchos de ellos se huyeron ocultamente á Castilla, de donde habian sido antes expelidos por el Rey don Fernando: y despues se estableció solemnemente el tribunal de la inquisicion. En Africa fue combatida Safy vigorosamente por los moros, pero no pudieron tomarla: lo mismo habian hecho antes con santa Cruz ciudad situada en el promontorio de Guer, de la que finalmente, atacada con mayores fuerzas por otro Xerife, se apoderó de ella con muerte de la mayor parte de la guarnicion, y el resto de ella que se habia encerrado en la torre se entregó, y fue he-

(1) Ya no hay quien no tenga por fabuloso este origen y establecimiento del tribunal de la inquisicion de Portugal.

cha esclava siendo comprehendido en esta desgracia el gobernador Gutierrez de Monroy con sus hijos. Mencía su hija, que era de singular hermosura, casó con Mahometo Rey de Turudante que fue el expugnador de la ciudad; y despues tuvo guerra con su hermano, que queria tener parte en la presa. Por este tiempo combatieron muchas veces los portugueses y moros con varia fortuna; pero no acaeció en estas peleas cosa digna de memoria.

CAPITULO IV.

Expediciones marítimas de Cortés. Descubrimientos en varias partes de América. Sucesos del Perú. Muerte de Atahualpa.

La série de los tiempos y la abundancia de extraordinarios sucesos nos obliga á volver á la América. En ella pues se hallaban los españoles acometidos de grandes peligros y dificultades, entre las inmensas riquezas que gozaban; porque la naturaleza no les daba gratuitamente cosa alguna, del mismo modo que lo hace con los demas mortales. Dispuso Cortés otra expedicion por mar con dos navíos, pero con igual desgracia que las anteriores; y se descubrió entonces la isla de Santo Tomé situada mas de veinte grados sobre el Equador. En el navío Almirante fue cometida la atroz maldad de haber asesinado el piloto Fortun Ximenez al capitan Fernando de Grijalva, pero en breve pagó la pena de su delito, porque habiendo desembarcado en la nueva Galicia para explorar lo interior del pais, fue muerto por los bárbaros con todos sus compañeros. Apoderóse Guzman de la nave, á fin de molestar á Cortés, á quien aborrecia en extremo; y la otra volvió la proa y se restituyó á Aca-

pulco. Simon de Alcozava portugues atravesó el estrecho de Magallanes, habiéndole mandado el César navegar el mar del Sur para reconocer las costas del Perú. Arrojado de alli por una horrible tormenta, despues de varios sucesos fue degollado por conspiracion de su misma gente. Vengaron su muerte los bárbaros del Brasil, matando cruelmente á los asesinos, que habian sido arrojados á sus costas por un naufragio, y de sus cuerpos hicieron un gran banquete. De todos ellos solo pudieron libertarse diez y siete, que, habiéndose apoderado de la lancha, abordaron al otro navío, y se volvieron en él á la isla Española. Los brasileños son tenidos entre todos los bárbaros por los mas anthropóphagos, y no hay duda que son muy codiciosos de la carne humana. Viven á la manera de los cyclopes, y donde se les acaba el dia alli pasan la noche. Comen medio asados á los que hacen prisioneros en los combates, siendo esto el principal motivo de sus guerras. Las mugeres, despues que han parido, acostumbran servir á sus maridos, que en lugar de ellas guardan la cama; costumbre que en otros tiempos reynó en la Cantabria. Esta region dilatadísima se extiende desde el Septentrion al Mediodia, y se llamó en los principios Santa Cruz, por una alta cruz que en señal del dominio portugues levantó Fernando Cabral su descubridor; y esta misma ceremonia hacian los españoles en todas las nuevas tierras que descubrian. Despues tomó el nombre de Brasil de un palo roxo, que alli es muy abundante, y sirve mucho para los tintes. No es molestada del frio ni del calor excesivo, aunque solo dista un grado del Equador ácia el Austro; mas sin embargo sus habitantes estan tostados del sol. Abunda ahora este pais de azúcar y algodon, de otros muchos frutos propios y de Europa, y de mucha caza asi de fie-

ras como de aves. Arrojados los naturales de las costas, las ocuparon los portugueses, y establecieron colonias. Los primeros que penetraron en lo interior de esta region para predicar el Evangelio fueron los religiosos de San Francisco, y derramaron su sangre á manos de los bárbaros. Despues han sido doctrinados por los Jesuitas, y con extraordinario cuidado y paciencia los han enseñado á vivir como hombres y como christianos. Pero volvamos á continuar lo que dexamos pendiente.

Viendo Cortés que adelantaba poco por medio de sus tenientes, y persuadido de que les faltaba el zelo ó la fortuna, determinó embarcarse él mismo con tres navíos bien equipados. Partió de Acapulco donde habia establecido su astillero, para descubrir nuevos mundos y llenarlos de sus victorias. Pero el cielo se mostró contrario á sus empresas con furiosas tempestades, y horribles truenos y rayos, que parecia iban á incendiar sus naves. Por tanto le fue preciso restituirse al puerto despues de haber recogido los buques que se habian dispersado, y padecido mucho con las tormentas. Por este tiempo llegó á México su primer virrey don Antonio de Mendoza hermano del marques de Mondejar, hombre prudente, y de carácter muy amable. El presidente de la audiencia Ramirez, en premio de su arreglado y equitativo gobierno; fue condecorado con el obispado de Tuy, y despues con los de Leon y Cuenca sucesivamente, y con otros empleos distinguidos en la corte. Erigióse Oaxaca en silla episcopal, y fue su primer obispo don Juan de Zárate. En la de Guatemala fue nombrado fray Francisco Marroquin del orden de Santo Domingo; y en la de Santa Marta adonde pasó de gobernador don Pedro de Lugo, don Juan de Angulo. Su teniente Gonzalo de Quesada natural de Granada peleó con mil y

doscientos soldados contra los bárbaros, que eran muy feroces, y en el primer encuentro padeció alguna pérdida. Despues de esto salió Quesada de Santa Marta con seiscientos infantes y cien caballos, y por las orillas del rio del mismo nombre penetró en lo interior de aquella region, y habiendo caminado seiscientas millas, invernó en un parage que llamó Quatro Brazos, á causa de que atraviesan por él otros tantos rios. Los españoles derrotaron valerosamente por dos veces al cacique Bogotá, y socorridos con víveres por otro cacique enemigo suyo, aliviaron el hambre que padecian. La tierra es muy fértil y abunda mucho de oro, y pareció muy oportuna para establecer colonias.

Despues de haber regresado Sebastian Gaboto á España, fue enviado al rio de la Plata Pedro de Mendoza con once navíos, y ochocientos soldados, y hizo su navegacion felizmente. En la orilla meridional de este rio edificó una ciudad que llamó Buenos Ayres. Venció en batalla á los bárbaros que le salieron al encuentro; pero no obstante faltó poco para que no pereciese de hambre, y se vió con los suyos reducido á comer las cosas mas repugnantes. Las mismas miserias padecieron los que por aquel tiempo arribaron á Veragua con el capitan Felipe Gutierrez; los quales sustentaron la vida con manjares no menos abominables. ¿Pero á qué no obliga la horrible hambre? Socorrió á los necesitados, que casi estaban consumidos de la miseria Juan de Avolas, que habiendo navegado á aquel rio les llevó víveres para alimentarse. Mendoza que no habia escarmentado suficientemente con sus anteriores calamidades, introduxo sus tropas en lo mas interior de la region, á fin de descubrir nuevas gentes. Muriéronsele doscientos soldados por la fuerza del hambre, y hallándose él enfermo

condujo los demas muy maltratados á Buenos Ayres, dexando á Alvarado con algunos pocos en Buena Esperanza pueblo que él habia fundado. Navegó Ayolas rio arriba, y se le hizo pedazos un navio, pero se salvó la gente. Atrahidos los bárbaros con el trueque de las mercaderías, les proveian de víveres con bastante humanidad; y habiendo navegado quatrocientas millas arribó al Paraguay, cuya nacion toma su nombre del mismo rio.

Despues de la expedicion de Diego de Ordaz, pasó á explorar la costa de Paria Gerónimo Artal noble aragones, el qual hizo muchas cosas ilustres para sujetar á los bárbaros, y fundó el pueblo de San Miguel sobre el rio Nevero, donde estableció colonos. Habiendo marchado su teniente Agustin Delgado con parte de las tropas, peleó con próspera fortuna, y volvió con muchas presas de los bárbaros. Al mismo tiempo otros capitanes en diversos lugares sujetaban por la fuerza á aquellas gentes contumaces, y mas semejantes á las fieras que á los hombres. Caminó Artal en busca de la casa y mesa del sol, fábulas muy válidas en aquellos tiempos; y perdió en el viage á Delgado hombre muy prudente en la guerra, habiéndole clavado los bárbaros una flecha en un ojo. Parte de los soldados se separó de él para descubrir otras tierras, y con los restantes navegó á Cubagua. Murió Osorio obispo de Nicaragua, que apaciguaba las discordias suscitadas entre Rodrigo de Contreras y Bartolomé de las Casas. Aquel, segun la comun costumbre de los gobernadores, trataba con crueldad y avaricia á los naturales; y éste defendia su libertad conforme á las órdenes del César, y los instruia en el christianismo, á cuyo ministerio se dedicó con mucho zelo habiendo entrado en la religion de Santo Domingo. Pero como na-

da adelantase con sus clamores, navegó á España para defender la causa de aquellos hombres miserables, y trabajó en ella con infatigable constancia. No puede negarse que el César, cuidadoso siempre de lo recto y de lo justo, habia dado las mejores providencias para establecer la policía civil y christiana de los indios; pero la avaricia lo inutilizaba y corrompia todo. Alcanzó del Pontífice facultad para que los obispos dispensasen los grados de parentesco para celebrar los matrimonios, y otros impedimentos canónicos, con grande comodidad de los nuevos fieles. Despues se les concedió por dos años el privilegio de la bula de la Santa Cruzada, á causa de la distancia de aquellos dominios; y los sumos Pontífices dispensaron benignamente otras muchas gracias desde el principio del descubrimiento de este nuevo mundo. La mas memorable de todas es la de Alexandro VI en el primer año de este siglo, en que concedió á don Fernando el Católico los diezmos y primicias de los frutos, con la condicion de que erigiese templos y los dotase, y proveyese al sustento de sus ministros; de la qual solo se reservaron los Reyes para sí los novenos en señal del derecho de patronato. El Papá Julio II concedió tambien al mismo Rey don Fernando y doña Juana su hija el derecho de patronato, y el de presentar personas idóneas para las iglesias metropolitanas y catedrales, así establecidas como en las que se estableciesen en qualquier tiempo, y para todos los demas beneficios eclesiásticos. Los Reyes concedieron igualmente á los indios muchos privilegios, pero de esto basta lo dicho.

En el Perú dominaba expléndidamente Pizarro con los españoles, afortunados con tanta abundancia de oro y plata. Añadiase á las riquezas la alta estimacion que de ellos hacian; porque despues de la

prision de Atahualpa los tuvieron por unos grandes dioses, y asi los llamaban los bárbaros, hasta que con sus vicios dieron á conocer su frágil y caduca naturaleza. Habia ofrecido el cautivo por su libertad una sala llena de oro, que tenia veinte y cinco pies de largo, y diez y siete de ancho, y de alto como la estatura y media de un hombre, y doble cantidad de plata. Es quasi imposible referir la opulencia del bárbaro: las paredes y pavimentos de los templos estaban cubiertos de láminas de oro; y habia en ellos ofrendas de inestimable valor, recogidas desde los tiempos mas antiguos. Su padre al tiempo de morir habia dexado tres casas llenas de oro, y cinco de plata. Las mantas con que se cubrian, segun costumbre, eran texidas de oro. Las estátuas, urnas, cántaros, ollas, tinajas, ladrillos, y todos los demas vasos del uso doméstico eran del mismo metal. De tan extraordinarias riquezas tuvo orígen entre los españoles el proverbio de *los tesoros de Atahualpa*. Fue traida del Cuzco, ciudad régia, de Pachacama donde estaba el gran templo tan celebrado por la supersticion de los indios, y de otros lugares, una cantidad inmensa de uno y otro metal, á costa de increible fatiga de los indios. Una buena parte fue fundida inmediatamente para repartirla á los soldados. Reservóse al César el quinto que ascendia á ocho mil ochocientos y ochenta castellanos de oro puro; habiéndose dado á cada hombre de á caballo ciento y ochenta y una libras de plata, y la mitad á cada infante. Las esmeraldas y otras piedras preciosas se repartieron por añadidura. Almagro que por este tiempo habia venido como amigo, y socio con el socorro de doscientos hombres armados, llevó tambien su justa parte; y otra fue enviada á San Miguel para distribuirla entre sus colonos. Los ma-

rineros que habian conducido á Almagro, y los mercaderes que con él vinieron, lograron igualmente parte en la presa, porque con tanta opulencia habia para contentar á todos. El precio en que se vendian las cosas era muy excesivo. Dabañ por un caballo mil y quinientos castellanos, sesenta por un quartillo de vino, cincuenta por una espada española, y así todo lo demas. ¿Qué mas diremos? Por falta de hierro se hicieron herraduras de oro á los caballos. El oro era entre todas las cosas la mas vil para unos hombres que poco antes mendigaban. De los vestidos y otras cosas de valor no se hacia aprecio alguno.

Entretanto habiendo sido puesto Atahualpa en libre custodia, mandó degollar á su hermano Huascar Rey del Cuzco, á quien tenia preso, para que con el favor de los españoles no vengase la injuria recibida, como se dixo que lo habia proferido algunas veces en medio de sus tristes lamentos. Sintió mucho Pizarro esta crueldad, y comenzó á rezelarse del grande espíritu de Atahualpa; pero no obstante le declaró libre, á fin de que no pareciese que faltaba á la palabra que le tenia dada: mas no le perdió de vista temiendo los peligros que amenazaban de la libertad de este hombre. Llevólo muy á mal el bárbaro, y ardiendo en el deseo de vengar la injuria, comenzó á tramar muchas asechanzas contra los españoles, que en breve habian de recaer sobre su cabeza. Descubrióse todo al momento por aviso que dió cierto cacique, y se confirmó con el testimonio de otros muchos. Por tanto mandó el Español que fuese custodiado con mas vigilancia, que los caballos estuviesen enfrenados, y que el soldado se hallase siempre en armas de dia y de noche, no ignorando lo que el bárbaro maquinaba ocultamente. El engaño proyectado fue este. Vinieron de

noche sus capitanes cerca del pueblo con muchas tropas para arrojar fuego á los tejados de las casas, á fin de que quando los españoles saliesen sobresaltados con el miedo de las llamas, fuesen oprimidos por la multitud que los rodeaba; y que si este designio no se les cumpliese del todo, á lo menos hiciese una acometida para poner en libertad al cautivo Rey: teniendo esperanza de que con su multitud acabarian fácilmente con tan corto número de hombres. Prevenidas todas las cosas para esta empresa, y estando ya á punto de acometer, y no pudiendo arrojar ocultamente las antorchas encendidas, porque se lo impedia la vigilancia de los españoles, les faltó enteramente el ánimo de tal suerte, que sin atreverse á cosa alguna, se retiraron con mucho silencio. Averiguado que fue todo esto, aunque al bárbaro se le hizo cargo, lo negó con mucha constancia. Al dia siguiente formó Pizarro una junta donde hizo relacion del suceso y fue condenado Atabualpa. Esto es lo que dicen los que se hallaron presentes; pero los demas escritores aseguran, que convenia condenarle, para que con su muerte se acabase la guerra: por lo qual le atribuyeron muchas cosas falsas: que despues vengó el cielo esta maldad, porque ninguno de los que intervinieron en su suplicio sobrevivió mucho tiempo, ni acabaron con muerte natural; y que el intérprete Philipillo, á quien hacen autor de la trama, temeroso del Rey porque habia intentado corromper á una de sus concubinas, se ahorcó de un árbol. Pero dexemos estas cosas para que otros las disputen. Entregado al suplicio Atabualpa pidió con muchas instancias que le bautizasen, á lo que acudió con mucha diligencia Valverde, y pudo conseguir que no le quemasen vivo. Finalmente le ahorcaron sin haber manisfestado señal alguna

de dolor: parte de sus vestidos fue pasada por el fuego, para que se cumpliese la sentencia. Y antes de morir encomendó sus hijos á Pizarro. Esta execucion se hizo un sábado al ponerse el sol, en el verano del año de treinta y tres. Estos eran los años que al parecer tenia Atahualpa. Era de grande estatura, sus labios gruesos, sus ojos feroces y su aspecto terrible. Al dia siguiente fue sepultado alli mismo con christianas ceremonias, acompañando el funeral los españoles con magnífica pompa militar.

CAPITULO V.

Sucede á Atahualpa su hermano. Hace Pizarro elegir Rey del Cuzco á Mango Capac. Viage de Velalcazar, Almagro y Alvarado á Quito. Fundacion de Lima.

Despues de la muerte de Atahualpa, y para que no se disolviese el imperio de los Incas, procuró Pizarro que fuese elegido para sucederle un hermano suyo que tenia su mismo nombre, y le hizo jurar obediencia al César. Algunos de sus compañeros que estaban ya cargados de años, y eran inútiles para la guerra, desearon volver á su patria, y habiéndoles provisto Pizarro de todo lo necesario, siguieron á su hermano Fernando, que conducia á España el tesoro real. Embarcáronse en quatro navíos de extraordinaria magnitud, y arribaron con felicidad á Sevilla. Desde Caxamalca al Cuzco hay quarenta dias de camino, y le anduvo Pizarro con sus tropas, habiendo sufrido en este viage grandes trabajos, aunque recogió mucho oro y plata, y ganó muchas victorias á los cuzqueños. Llegó á Xauxa ciudad opulenta situada en un amenísimo valle, y casi arruina-

da por haberla incendiado el enemigo, á quien arrojó de todo aquel territorio acometiéndole con la caballería. Estableció allí una colonia; á cuyo tiempo murió de enfermedad el nuevo Rey, que era en extremo adicto á los españoles. Dividiéronse en partidos los quiteños y cuzqueños. Aquellos intentaban restituir á los hijos de Atahualpa el imperio que habian invadido pocos años antes; y estos querian que se eligiese un sucesor legítimo de la antigua familia de los Incas; de cuya discordia se aprovechó prudentemente el Español para oprimir á los de uno y otro partido. Auxilió con sus fuerzas á los cuzqueños como mas obedientes, para arrojar de aquellas provincias á los de Quito, que sin embargo de haber sido vencidos tantas veces, y de la prision y muerte de su Rey Huascar, permanecian obstinados en hacer resistencia.

Habiendo dexado Pizarro en Xauxa sus bagages y el oro con el tesorero Alfonso de Alvarado, y una pequeña guarnicion, continuó su marcha para el Cuzco. Envió delante sesenta caballos baxo el mando de Soto, los quales tuvieron freqüentes choques con los bárbaros, que les salian al encuentro, y siempre quedaron victoriosos. Peleando una vez en un parage fragoso, quedó muerto un caballo y dos heridos, y hasta entonces habian creido los bárbaros que aquellos animales no podian morir. Cortaron la cola al caballo, y llevándola por bandera les infundia nuevo aliento; pero no por eso les fue mas propicia la fortuna. Entre los cautivos se distinguia Chilicuchima generalísimo de los quiteños. Corria la voz de que él habia sido el que los incitó á tomar las armas; y averiguada la certeza de este hecho por deposicion de muchos testigos, le hizo Pizarro atar á un palo y quemarle vivo, sin que de ningun modo

pudiesen reducirlo á que se bautizase. Al mismo tiempo Mango hijo de Huaina Capac, temeroso de las asechanzas de los quiteños, vino por sendas extraviadas á ponerse baxo la proteccion de Pizarro. Recibióle beniguamente, y le siguió al Cuzco adonde caminaba á toda prisa, para impedir que el enemigo no incendiase aquella ciudad. En el camino peleó con los quiteños; pero el primer clamor y encuentro decidió la victoria, y el Español los persiguió vivamente en su fuga. El dia siguiente entró en la ciudad á mediados del mes de noviembre, y al inmediato fue Mango proclamado Rey del Cuzco. A la verdad convenia hacer esto prontamente, para que no se escapasen los caciques que con aquella sombra de imperio se mantenian concordes y obedientes. En el dia de la Natividad de Jesu-Christo, despues de celebrados los oficios divinos, Mango Inca juró solemnemente al César en la plaza de la ciudad, y enarboló la bandera desplegada. Lo mismo hicieron los caciques, bebiendo en copas de oro segun la costumbre de la nacion.

Entretanto hubo en Xauxa varias peleas con los quiteños. El tesorero Alvarado fue derribado de una pedrada, y cayó del caballo sin sentido; pero habiéndole defendido la infantería, volvió en sí y tornó á montar; mas con otra pedrada rompieron un brazo al caballo. Sin embargo no pudieron sostener el ímpetu de los españoles, y habiendo vuelto las espaldas, se refugiaron en los parages mas elevados, de donde tambien fueron arrojados, y finalmente de todo aquel campo antes que llegasen los socorros enviados del Cuzco. Eran estos cincuenta caballos y quatro mil cuzqueños, los quales siguieron al enemigo, que procuraba refugiarse en los lugares mas seguros con su capitan Quisquis. Acuñóse en el Cuz-

co una inmensa cantidad de oro y plata, y solo del quinto se aplicaron al tesorero real ciento diez y seis mil quatrocientos y sesenta escudos, y mas de diez y siete mil y quinientas libras de plata. Lo demas se lo adjudicó Pizarro para sí, y para sus compañeros, inclusos los que habian quedado en Caxamalca. Tambien repartió á los soldados una gran cantidad de plata mezclada con otros metales. Era Pizarro liberal de la presa, y sus dones iban acompañados de mucha afabilidad; con lo qual infundia en los soldados grande ánimo para acometer qualesquiera peligros y trabajos.

En la entrada del verano del año de treinta y quatro estableció en el Cuzco una colonia de españoles, y quiso que se llamase noble y gran ciudad. A la fama de las riquezas acudieron de todas partes los españoles, dexando desiertas de habitantes las islas y muchos parages del continente. De una sola vez llegaron mas de doscientos á San Miguel; de los quales pasaron treinta caballos á juntarse con Pizarro, que habia regresado á Xauxa. Los demas siguieron á Sebastian Belalcazar que marchaba aceleradamente á Quito, para adelantarse á Pedro de Alvarado, que era fama se encaminaba á la misma provincia á grandes jornadas. Habiendo trabado batalla con los bárbaros, se separaron sin haberse declarado la victoria por una ni otra parte. Clavaron una estacada previendo el parage por donde habian de acometer los caballos, y volvieron otra vez á la pelea; pero se evitó el peligro con el aviso que dió un indio desertor. Aunque fueron vencidos y derrotados muchas veces, no por esto se abatia su ferocidad; pero se esforzaron inútilmente en impedir que entrase en la ciudad un esquadron tan pequeño. Belalcazar procuró en vano inquirir de los bárbaros las riquezas que habian

sacado de allí; mas para satisfacer de algun modo su codicia, le presentaron algunos vasos de oro y de plata. A este tiempo llegó Almagro enviado por Pizarro para que procurase evitar el peligro que amenazaba la arribada de Alvarado á aquellas costas. Este pues, habiendo desembarcado doscientos veinte y siete caballos, y quinientos infantes, con grande número de guatemaltecas y negros, se puso en marcha para Quito; pero como no habia explorado antes los caminos, se extravió en unos montes muy ásperos y parages desiertos, donde las altas nieves y yelos cubren perpétuamente la tierra, de tal modo que no se descubria ni aun vestigios de ave, ni de fiera alguna: cosa admirable por cierto en una region situada debaxo de la línea, y que seria increible á los antiguos. La extraordinaria fuerza del frio dexó helados á muchos de ellos; y á esto se juntaba el cansancio y el hambre. Los que estaban acostumbrados á un clima cálido se entorpecian mucho mas; y los que se echaban en tierra los sobrecogia de tal suerte el frio que no podian volver á levantarse. Quedaban abandonadas las cargas y el oro que en ellas venia, pues apenas los que las conducian podian moverse aun sin llevar nada sobre sí. Tambien tocó alguna parte del estrago á los caballos, de los quales perecieron algunos, y antes que llegasen al campo de Almagro habian muerto ochenta españoles, y dos mil esclavos. Para colmo de tantos males amenazaba una guerra civil, porque Alvarado mandó á Almagro que saliese de aquellas tierras, sin tener para esto otro derecho que el de ser mas fuerte. Pero despues de muchas contiendas de una parte y otra, y por la mediacion de los principales, se convinieron al fin en que recibidos ciento veinte mil escudos, se retirase Alvarado, entregando su exército y sus naves.

Cumplióse puntualmente uno y otro, y Almagro con sus nuevas tropas se puso en marcha al Cuzco para encargarse del gobierno.

Por este tiempo fundaba Pizarro á Lima cerca del mar, y la dió el nombre de ciudad de los Reyes, á causa de que comenzaron á abrirse los cimientos de ella el dia de la Epiphanía, quando volvió de España Fernando Pizarro acompañado de muchos nobles, que atraia la fama de las riquezas de aquella region. Concedió el César á Almagro con título de gobierno todo lo descubierto hasta el territorio del Perú, que en los principios habia señalado á Pizarro, en recompensa de lo mucho que habia contribuido para esta empresa. Á Valverde se le confirió el nuevo obispado del Cuzco en premio de sus trabajos apostólicos; y al mismo tiempo fue nombrado primer obispo de Guazacoalco fray Francisco Ximenez del orden de San Francisco. Llevaron muy á mal los Pizarros el dividir su mando con Almagro, porque ya no cabian en todo el Perú: y de aqui se originó la emulacion, y despues las contiendas sobre los límites del territorio de cada uno. Intentó Soto conciliar los ánimos por el deseo que tenia de la paz, pero faltó poco para que todo se perdiese enteramente. El obispo de Panamá don Tomás de Berlanga pasó de orden del César á deslindar las provincias, y no lo hizo, ó porque favorecia á Pizarro como corria la voz, ó porque estando ya reconciliados y hechos amigos, le parecia inútil su comision. Finalmente el no haber cumplido el mandato del César fue causa de gravísimos males, y como si adivinase Soto las calamidades que amenazaban á los españoles por la falta de concordia de sus gobernadores, recogió su tesoro, y acompañó al obispo que volvia á Panamá, y desde allí se restituyó á España con otros

nobles que se habian hecho ricos con la presa. Procuró Pizarro establecer colonias en lugares oportunos, que sirviesen como fortalezas para refrenar á los bárbaros; de las quales fue una Truxillo, dedicada á la memoria de su patria. Belalcazar reducia á los indios de Quito al imperio del César, y lo mismo hacia en otras partes Alonso de Alvarado, mas con su prudencia y suavidad de trato, que con el terror de las armas.

Encendióse en Almagro el deseo de recorrer hasta la extremidad de aquellas costas; empresa que parecia superior á toda humana esperanza. Asi pues, determinó explorar la dilatada region de Chile, que se extiende ácia el Mediodia; y á este fin distribuyó entre los soldados muchos millares de libras de oro; porque era hombre liberal, ó por mejor decir pródigo. Seguia al esquadron de gente armada un gran número de mochileros y criados, y le acompañaban muchos nobles del Cuzco con Pablo hermano de Mango Capac, para que los chileños se sujetasen á la obediencia mas por la autoridad de tales hombres, que por la fuerza de las armas. Hállanse en medio las montañas de los Andes, tan elevadas que parece amenazan al cielo, las quales se dividen en muchos ramos, y perpétuamente estan cubiertas de nieve, siendo todas un horroroso desierto. Caminaban por ellas con mucha dificultad, y á esto se añadió una tempestad, y la inmensa copia de nieve que sin cesar les caia dia y noche. Este infeliz esquadron padeció en su marcha quantos males pueden imaginarse: hambre, frio, cansancio y desesperacion. No se veia otra cosa que una horrorosa soledad sin vestigio alguno de cultura humana. A cada paso se quedaban los hombres tendidos por el camino; porque entorpeciéndoseles los nervios con el yelo, apenas

podian moverse. Fueron muchos los que perecieron por el estraordinario frio; á algunos se les quemaron los pies; á otros se les caian los dedos sin sentirlo; y algunos que se arrimaron á los troncos de los árboles, los desamparó el calor vital, dexándolos inmobles; y sus cuerpos se hallaron enteros despues de algunos años, á causa de la grande sequedad y sutileza del ayre. Esta calamidad hizo poco estrago en los soldados, como endurecidos con todo género de trabajos; pero consumió la mayor parte de los esclavos. Todo esto acaeció á fines del año.

A este tiempo se suscitó una cruel guerra en el Cuzco por la imprudencia de Fernando Pizarro. Custodiaba aquella ciudad Juan su hermano con una guarnicion ligera, y puso en prision á Mango, á quien habia cogido en su fuga. Deseoso Fernando de instruirse de este suceso, se apresuró á volver al Cuzco; y habiendo hablado con el bárbaro, le dió éste esperanza de descubrirle un secreto tesoro, si le ponia en libertad, la que con efecto le concedió. Pero de allí á poco se armó Mango contra su libertador, y le acometió con muchas tropas, y habiéndole salido Fernando al encuentro con la caballeria, le obligó Mango á retroceder dentro de los muros, y le puso sitio. Dícese que tenia el bárbaro doscientos mil hombres armados. La guarnicion de los soldados españoles se componia de ciento y setenta; á los quales se juntaron mil cuzqueños que permanecieron fieles. La fortaleza, que era de admirable arquitectura, y estaba rodeada de tres muros, la habia ocupado Vilehoma sumo sacerdote de aquella gente, que se escapó ocultamente del campo de Almagro, para participar de los peligros de sus compatriotas. Pelearon muchas veces con el mayor encarnizamiento, porque á los bárbaros les incitaba el deseo de su an-

tigua felicidad, y á los españoles la insaciable ambicion del mando y de las riquezas, que ha sido siempre la causa de todas las guerras. Combatian pues los bárbaros por la libertad, y los españoles por el dominio. Unas veces eran rechazados los indios á la fortaleza, y otras lo eran los españoles á la ciudad, haciéndose mútuamente terribles los unos á los otros. Habiendo arrojado fuego sobre los tejados de las casas, perecieron muchas de ellas. Acometieron por fin los españoles valerosamente á la fortaleza, y arrojaron de allí al enemigo; y en esta accion, peleando Juan Pizarro con heróyco esfuerzo, quedó muerto atravesado de muchas heridas. Despues de un sitio de diez meses, en que se consumieron quasi todas las provisiones necesarias á la vida, intentó en vano Fernando alejar á los bárbaros para recoger víveres en el campo; pero no consiguió otra cosa que heridas. Los de Lima se hallaban al mismo tiempo en igual peligro, sitiados por otro exército, y impedidos por consiguiente de dar socorro alguno á sus compañeros, que tanto padecian en el Cuzco. Pero no duró mucho la constancia de los bárbaros; porque despues de haber infundido un vano terror en los colonos españoles, se retiraron sin haber hecho cosa alguna memorable. Despues de la retirada de los enemigos envió Francisco á Fernando un socorro de gente armada, el qual habiendo caido en una emboscada de los bárbaros, pereció casi todo; lo que fue tanto mas sensible, quanto era tan corto el número de los soldados. Hicieron despues los sitiados algunas salidas con mas felicidad, y viviendo de lo que podian apresar, se burlaban de todos los esfuerzos de los enemigos, que estaban persuadidos de que podrian vencer por hambre á los que no tenian otra cosa que lo que robaban. Estas victorias las ganaban siempre los ca-

ballos, cuyo ímpetu temian mucho los bárbaros, mas con todo, ni con la fuerza, ni con los ardides pudieron conseguir los españoles que levantasen el sitio.

En el Oriente gozaban de prosperidad los portugueses con las muchas victorias y opulentas presas que ganaron de sus enemigos, habiendo enriquecido con ellas el tesoro público. Pasó el virrey con una armada á Ciale situada á seis millas de Calecut, y levantó una fortaleza en un parage oportuno para reprimir los esfuerzos del Zamorin: en ésta puso por gobernador á Diego Pereyra, y á Manuel de Sousa le dió el mando de una armadilla para que defendiese las costas. Despues de esto navegó á Bazain con la armada grande, y habiendo desembarcado sus tropas no lejos de la ciudad, las conduxo al enemigo que se hallaba puesto en orden de batalla. No fue muy dificil la victoria: los que guarnecian la fortaleza la desampararon al ver que la multitud de los suyos se habia puesto en fuga. Tomóla el Portugues, y la saqueó y arrasó, y fueron parte de la presa ciento y cinco cañones grandes de artillería sacados de la ciudad y de la fortaleza. Esteban de Gama gobernador de Malaca tuvo tambien una feliz empresa en la toma y saqueo de la ciudad, y fortaleza de Unget.

Partió de Portugal Martin de Sousa condecorado con el empleo de almirante de la India, y luego que llegó le hizo el virrey entrega de la armada. Ganó por asalto la fortaleza de Daman, y la arrasó y destruyó su guarnicion. Badur tirano de Cambava obligado de sus pérdidas, pidió la paz, la que le fue concedida como acostumbraba el vencedor, agregándose al dominio portugues la ciudad y territorio de Bazain, con las islas situadas en frente, y solo separadas de la tierra firme por un pequeño estrecho. Despues de esto, vencido y derrotado por Omabum Rey pode-

rosísimo del Mogol, con quien tenia guerra, y despojado de su campo, y de la mayor parte de su reyno, imploró el socorro de los portugueses, concediéndoles en agradecimiento el permiso de levantar una fortaleza en Diu. Acudieron allí prontamente Sousa y Acuña con una armada, y habiendo renovado solemnemente la alianza por escrito, dieron principio á la obra echando los cimientos de una hermosa y grande fortaleza en el cabo que domina al puerto; y se trabajó en ella con tanta actividad, que en quarenta y nueve dias quedó concluida. Fue puesta allí una guarnicion de ochocientos soldados, con sesenta cañones, y mucha abundancia de todos los víveres y cosas necesarias; y nombró el virrey por gobernador de ella á Manuel de Sousa hombre valeroso y experimentado en la milicia. Arregladas estas cosas, y reforzado el Rey de Cambaya con el socorro de los portugueses, tomó á los enemigos una fortaleza que domina á todo el rio Indo. Mientras que se disponia á pasar mas adelante para coronar la victoria, se retiró el Mogol con su exército á quarteles de invierno, cargado con los opulentos despojos que habia recogido. El virrey noticioso de esto, y diciendo que con la toma de aquella fortaleza habia satisfecho á la alianza, se volvió á Goa; lo que irritó en extremo al bárbaro. Acusaba la mala fé del Portugues, y se culpaba asimismo de haberse fiado en él. Reclamaba la alianza escrita, y comenzó á maquinar la venganza, y de aquí se encendió una guerra sangrienta y funesta.

En las Molucas se hallaban cada dia las cosas en peor estado, por la perversa conducta de los gobernadores, y desenfreno de los soldados. Habiendo entrado los bárbaros conjurados en la fortaleza con el favor de la guarnicion, asesinaron á Pereyra que

estaba durmiendo la siesta, porque habia faltado á la palabra de restituir á la Reyna sus hijos. En su lugar fue puesto por eleccion militar Vicente Fonseca, habiéndole sacado de la cárcel donde le tenia Pereyra por su contumacia. No hizo cosa alguna memorable, á excepcion de haber puesto en libertad á los hijos de la Reyna, con deseo de atraerla á su partido. Tabaria uno de ellos arrojó del trono á Ayalo con el auxîlio de Fonseca, que se hallaba irritado contra este intruso, por haber muerto á algunos portugueses que sorprehendió descuidados. No tardó mucho en llegar Tristan de Ataide nuevo gobernador, el qual envió preso á Fonseca á la India, juntamente con Tabaria acusado de tiranía; pero habiendo sido absuelto por el virrey, recibió el sagrado bautismo, y murió en breve tiempo de una enfermedad que le sobrevino. Ataide que no era mejor que sus predecesores, excitó con mas acrimonia contra sí, y contra el nombre portugues la indignacion de los isleños. Habiendo nombrado Rey á Cacil hermano bastardo de Tabaria, su madre que era natural de Java, procuraba aterrar al muchacho para que no se expusiera á los peligros de tan infausta sucesion. Estando un dia hablando con él de estas cosas, acometieron repentinamente los portugueses al palacio real, se apoderaron del muchacho, y arrebatados de un furor fanático, arrojaron por una ventana á su madre, que se lamentaba con grandes clamores. Exâsperados mas y mas los ternatenses con un hecho tan indigno, desampararon la ciudad y se retiraron con la multitud indefensa á unos bosques inaccesibles, á fin de expeler de su patria por el hambre á aquella gente soberbia y iracunda, que no podian vencer con las armas. Inmediatamente se sublevaron las islas, y en venganza del delito fueron asesinados á cada paso los portugue-

ses que estaban dispersos por ellas ocupados en sus negociaciones. En Momoya pueblo opulento de la isla del Moro, nuevamente reducido al christianismo por el zelo de Gonzalo Velloso, descargó su ira Catabruno instigado del odio que tenia á nuestra religion. Este pues, habiendo despojado al Sultan de Giloló, se apoderó del reyno, y obligaba con el terror á los recien convertidos á abjurar el christianismo. Pero el Sultan, que habia tomado el nombre de Juan, tenia tan grabados en su corazon los documentos de la religion, que con imprudente y cruel piedad habia degollado á su muger y á sus hijos para que no volviesen á los antiguos errores. Intentó despues matarse á sí mismo, pero se lo impidieron sus domésticos, y habiendo sido entregado á Catabruno, estando ya próximo á morir por su constancia en la fé christiana, le perdonó el tirano por los ruegos de sus amigos. La fortaleza de Ternate estaba ya muy próxima á ser expugnada por hambre, quando los portugueses encerrados en ella, fueron socorridos por Simon Sodred, y Juan Pinto, que llegaron con víveres y algunos soldados. Hicieron una salida de la fortaleza, y saquearon varios castillos, recogiendo la presa y víveres que encontraron. Consumidos estos, volvieron segunda vez á padecer la misma necesidad, y se aventuraron á salir al mar, pero con desgraciado suceso, pues fueron vencidos dos veces por los tidorenses, lo que nunca habia acaecido. Arrojados de su territorio, fueron sosteniendose hasta la llegada de Antonio Galvan. Estas son las cosas sucedidas en las partes mas remotas del orbe hasta fin de este año. Volvamos ahora á continuar la narracion de las de Europa.

CAPITULO VI.

Guerras de Flandes, y del Piamonte. Invasion del Turco en las costas de Italia. Treguas del César con el Rey de Francia.

Habiendo partido el César de Barcelona, celebró cortes en Monzon á principios del año siguiente de mil quinientos y treinta y siete. Confirmó en ellas los 1537. privilegios é inmunidades del reyno de Aragon, y especialmente el que les fue concedido en las anteriores cortes del año de treinta y tres, de que los extrangeros no pudiesen obtener las prelacías, segun los antiguos estatutos de los Reyes de Aragon. Concluidas las cortes, y habiendo hecho al César un donativo, como era costumbre, se puso en camino para Castilla donde era muy deseado. El Rey Francisco para resarcir las pérdidas que habia sufrido en Flandes, juntó un poderoso exército, y se apresuró á invadir sus fronteras. Tomó á Alce, Hesdin, San Pol, Liliers, y San Venancio, aunque no sin derramar sangre. Alegre el Rey con estos felices sucesos, que recompensaban sus anteriores desgracias, despues de haber fortificado á San Pol, mandó regresar el exército á Dulens, y le despidió. Los Flamencos por su turno emprendieron la guerra baxo la conducta de los generales Reux, y el conde de Bura. Combatieron á viva fuerza la recien fortificada plaza de San Pol, y pasaron á cuchillo su guarnicion: pero conservaron la vida al gobernador Villebon, á Bellay, y á otros. Montreval fue entregada por Conopleo baxo de ciertas condiciones. No faltó mucho para que los flamencos tomasen á Teruana ciudad opulenta de la Picardia; pero por su desgracia la defendió Anebaldo general intrépido, con los víveres y solda-

dos que habia podido introducir en ella. Porque viéndose obligado á pelear por la imprudente audacia de la noble juventud, fue derrotada y puesta en fuga la guarnicion por Bura, y quedó prisionero Anebaldo, con Pienna, Villars, y el Epirota Capuzmadio. Los franceses consiguieron la libertad á trueque de oro y de prisioneros; mas el Epirota pagó con la cabeza el delito de haber desertado de las banderas del César. Sin embargo los flamencos continuaban estrechando la ciudad, que rodearon con sus tropas; pero al tiempo que el delfin Enrique, y Mommorenci se pusieron en camino con muchas fuerzas para libertarla del peligro, se publicó una tregua y suspension de armas. El Rey de Francia habia oido con gusto las proposiciones que le hizo doña María gobernadora de Flandes, por medio del duque de Arescot, para componer sus discordias. Por lo qual á fines del mes de julio fueron pactadas treguas entre los franceses y flamencos con equitativas condiciones, y con la esperanza de conciliar una paz sólida, hallándose inclinado á ella el ánimo del César.

Ardia la guerra en el Piamonte desde lo mas crudo del invierno anterior. Los franceses habian tomado por asalto á Bargia, y se apoderaron una noche de Rauconissa con cierto ardid; pero fueron rechazados del pequeño castillo de Busca, defendido por Pedro Sanchez con una guarnicion de sesenta españoles, mas fuertes por su valor que por su número. Anibal conde de Novelara intentó escalar de noche sus muros, y cayó á tierra muerto por una bala disparada de un cañon pequeño, con grave sentimiento de los franceses; mas alternando la fortuna sus desgracias, pereció del mismo modo el marques de Salúzo. Habia tomado éste á Cereci, pasando á cuchillo su guarnicion, que se componia de mil soldados,

y se apoderó despues de Carmañola al principio de la primavera; y al tiempo que combatia la fortaleza fue atravesado de una bala que le quitó la vida. Fue varon verdaderamente insigne en valor y prudencia, y que debe ser colocado en el número de los grandes capitanes. Acudió inmediatamente Basto, y habiendo expugnado la fortaleza, hizo ahorcar al gobernador en venganza de la muerte de Saluzo. Entretanto envió el Rey á Humery con nuevas tropas que causaron mucho terror á los confinantes, y como no hiciese ninguna hazaña correspondiente á tantas fuerzas, vino en breve á ser despreciado. Los soldados que llevaban muy á mal la floxedad y desidia de su general estuvieron muy próximos á abandonarle; murmuraban de él con grande insolencia en sus corrillos, y lo que es peor que todo en la milicia, apenas obedecian sus órdenes. Finalmente para que no se dixese que no hacia nada, dirigió sus tropas ácia Aste, cuya plaza defendia don Antonio de Aragon. Pero se retiró de alli sin haberse acercado siquiera á las murallas, habiendo recibido algun daño en la retaguardia, y se atrincheró cerca de Alba. Por este tiempo se juntaron al marques del Basto, que caminaba á Aste, dos brigadas alemanas mandadas por Federico de Fustemberg, con cuya llegada quedó tan aterrado el Frances, que trasladó parte de sus tropas á los lugares fortificados, para que estuviesen mas seguras, y colmado de ignominia marchó con las demas á Francia, pareciendo mas bien que huia, que no que se retiraba. No perdió Basto la ocasion oportuna que se le venia á las manos, y tomó por asalto á Quieri, aunque estaba cuidadosamente fortificada, y provista de todo lo necesario por su gobernador Azalio, pasando á cuchillo á quasi toda la guarnicion. Sacaron de su ignominioso escondrijo al

gobernador, el qual se presentó delante de Basto con mucha burla y risa de los vencedores, y cargado de afrenta fue puesto en libertad á costa de una gran suma. Despues de esto se apoderó de Quierasco y Alba, que entregaron sus gobernadores Fregoso y Ursino, despues que uno y otro sostuvieron un reñido combate. Habiendo tomado estas tres plazas en el espacio de veinte y ocho dias, bloqueó Basto á Turin, y Piñerol, impidiendo que pudiesen recibir víveres algunos, á fin de reducirlos á entregarse por hambre.

Mientras que el Rey se divertia en el exercicio de la caza, le llegó la noticia del mal estado en que se hallaban las cosas en el Piamonte. Quedó atónito por un rato, y volviendo en sí dió un gran suspiro. Despues llamó á Monmorenci, y desde el caballo le advirtió individualmente todo lo que debia prevenirse para la guerra; las tropas y víveres que se necesitaban, las provincias de donde debian sacarse, los caminos por donde podian llegar con mas presteza, el de la navegacion, y todo lo demas, con tan admirable memoria, como si lo recitase por escrito, en lo qual se aventajaba Francisco á todos los príncipes de su tiempo. Asi pues, habiendo juntado un poderoso exército, penetró en la Italia por los Alpes. A la fama de su venida se retiró Basto de Piñerol á Moncaller, enviando delante á Massio capitan napolitano con un escogido esquadron de infantería, para que en las gargantas de Susa levantase trincheras, que impidiesen á los franceses la entrada. Pero Monmorenci que mandaba el primer cuerpo, habiendo explorado diligentemente aquellos parages, tomó cierto rodeo, y por lo mas fragoso de los peñascos hizo subir quatro mil hombres armados, que se dexaron ver sobre las trincheras enemigas en lo mas elevado de los mon-

tes. Los imperiales que estaban muy agenos de que los franceses pudiesen acometerlos por aquella parte, aterrados con su repentina venida, y para evitar el peligro que les amenazaba, desampararon aquel puesto, y se retiraron á donde se hallaba Basto. El Frances habiéndose abierto de este modo el camino sin derramar sangre, socorrió á Turin con provisiones, y la libertó del sitio. Desde alli partió para Viliana, y expugnó una torre que estaba situada en el camino, á fin de allanar todos los pasos al Rey que le seguia con la mayor fuerza de las tropas. Trató severamente á los prisioneros, porque siendo pocos en número, y contra las leyes de la guerra, habian intentado defender un puesto de poca importancia; mas al capitan que era napolitano le alistó entre sus tropas. Ocupó despues varios pueblos, que aunque destituidos de guarnicion, estaban muy provistos de todas las cosas necesarias. La guerra se iba encendiendo mas y mas, y estando tan inmediatos uno de otro los dos campos, parecia estar muy próxima una batalla decisiva, quando llegaron cartas de Flandes con la noticia de haberse renovado las treguas por tres meses, á solicitud de la Reyna doña Leonor, y doña Margarita que se llamaba Reyna de Navarra, las quales habian pasado á visitar á la gobernadora doña Maria con el deseo de apagar tambien la guerra en Italia, cuyas vanas causas detestaban, y de restablecer la paz, aprovechando para esto el tiempo de las treguas. Monmorenci dió noticia de ellas á Basto á nombre del Rey Francisco, y no pudo recibir una nueva mas agradable ni mas deseada, pues se hallaba en grande aprieto por las dificultades que tenia en continuar la guerra por la falta de dinero, y de todas las demas cosas. Inmediatamente se puso en camino para hablar al Rey que estaba cerca de Carmañola, y fue recibi-

do por él con mucha humanidad, haciéndole grandes honras, porque sabia apreciar el valor aun en el enemigo. Arreglados los negocios del Piamonte, se volvió el uno á Milán, y el otro á Francia, quedando con el mando Montejano, que poco antes habia sido puesto en libertad.

En este verano llevaron los turcos la guerra á la extremidad de la Italia, con gran peligro de la christiandad, y con mayor infamia del Rey de Francia, que habia pactado con Soliman juntar con él sus armas para invadir á un mismo tiempo la Italia. La causa no la ignoraron entonces los que procuraron averiguarla; y ciertamente un autor que me parece libre de todo espíritu de partido, afirma que el Rey de Francia movió sus armas contra el duque de Saboya, con el mismo designio que tenia el Otomano en acometer al centro del orbe christiano. Así lo dice este escritor contra Du-Belay, á quien siguiendo todos los demas franceses, refieren este hecho mas conforme á su pasion que á la verdad. Porque no pudiendo Francisco sufrir la paz, por el deseo que tenia de recobrar la Lombardía, y borrar la ignominia de su pérdida, procuraba suscitar enemigos al César en todo el mundo.

Por este tiempo instigaba al Otomano Troylo Piñateli, que irritado contra el virrey Toledo por haber condenado á su hermano Andres al último suplicio, se habia pasado á Constantinopla. Añadíase á esto el carácter feroz del bárbaro, y su deseo de gloria, y de vengarse del César por la invasion de la Morea. Agitado con estos estímulos se puso repentinamente en las costas de Macedonia, cerca de Aulon con doscientos mil hombres; y en breve llegó al mismo parage una armada poderosísima, compuesta de cerca de quinientos navíos de todos géneros, man-

dados por Aradino, y Lustibey. Este pues, habiendo navegado con parte de la armada el mar Adriático, y sin tocar á Brindis y Otranto, ciudades muy fuertes y bien guarnecidas, se acercó á Castro que estaba muy mal fortificada, y sin tropas. A la llegada de la armada perdieron el ánimo los habitantes, é hicieron entrega de la plaza luego que se les intimó la rendicion, prometiéndoles Troylo que no sufririan ninguno de los males que suelen padecer los vencidos. Asi lo creyeron ellos; pero en breve pagaron la pena de su necia credulidad, pues derramados por el pueblo los bárbaros, sin respeto alguno á la palabra dada, lo saquearon y destruyeron, y á todos sin faltar uno los encerraron en las galeras. Al mismo tiempo las tropas de caballería hacian correrías y presas por todas partes, llenándolo todo de terror y confusion. Alexandro Contareno, y Gerónimo Pésaro generales venecianos, socorrieron algun tanto á los afligidos de Otranto. Porque ofendidos de la incivilidad de los turcos, que habian pasado junto á ellos sin saludarlos con los acostumbrados cañonazos, acometiéndolos el uno con sus galeras, les apresó dos de las suyas, y las demas huyeron dispersadas; y el otro en diverso parage y tiempo persiguió á otras tantas, y las obligó á retirarse á sus costas. Habiendo salido Doria de Mecina para el Archipiélago con veinte y cinco galeras, y hecho un largo crucero, encontró trece buques cargados de víveres, y despues de haberlos saqueado, los incendió; y lo mismo hizo con aquellas galeras que puso en fuga Pésaro. Cerca de Corfú trabó una noche un combate sangriento con doce galeras que conducian un valeroso cuerpo de genízaros, y los derrotó y pasó á cuchillo. Perdió Doria doscientos y cincuenta soldados, y muchos mas quedaron heridos; y el prín-

cipe Antonio Doria que sobresalió en la pelea, lo fué en la pierna izquierda. Concluida esta expedicion se volvió prontamente á Mecina con la presa, sin dar á los bárbaros tiempo alguno para perseguirle, lo que sintieron en extremo.

Alejada la guerra del pais de Otranto, la convirtieron contra sí los generales venecianos con sus hazañas. Porque persuadido Soliman de que los venecianos habian conspirado contra él, uniéndose con los imperiales, y que por esto le habian provocado con aquellos insultos, dirigió todo el peso de la guerra contra el territorio de Venecia, dexando á los de Otranto en quienes habia hallado mas resistencia de la que esperaba; pues habiéndose derramado la caballería turca para saquear, fue rechazada y derrotada por Scipion Someo, valeroso gobernador de la Calabria; y ademas se habia divulgado que el virrey Toledo venia de Nápoles con un poderoso exército. Tambien le retrahia de continuar esta guerra la infiel conducta del Frances, pues apenas habia entrado en Italia el exército turco, quando ajustó treguas con el comun enemigo, y le dexó burlado volviéndose á Francia. Por lo qual habiendo llamado á Aradino, que con parte de la armada infestaba las costas de la Pulla, resolvió combatir á Corfú. Los habitantes de Castro, buscados con mucha diligencia á instancias de Troylo, fueron restituidos á su patria y condenados á muerte los autores de su esclavitud, con fidelidad muy agena de un bárbaro. En vano combatieron los turcos la ciudad de Corfú por espacio de diez dias, porque Pésaro temeroso de la tempestad que le amenazaba, la fortificó mucho con los soldados de la armada, y con gran provision de víveres. Perdiendo pues Soliman la esperanza de tomarla, mandó levantar el sitio, y que se destru-

yese la isla á fuego y sangre, á fin de que no quedase sin castigo el insulto hecho por los venecianos. Ademas de los daños causados á las otras islas, conduxeron los turcos en su armada diez y seis mil cautivos, y Soliman se restituyó por tierra á Constantinopla. Por este tiempo pelearon desgraciadamente los alemanes cerca de Essequio, ciudad de la Ungría. No hay ningun género de crueldad que no exerciesen los turcos con los vencidos; y la culpa de esta derrota se atribuyó á la estólida audacia de Gaznier que mandaba el exército, pero los hombres piadosos creyeron que el cielo tomaba venganza de Fernando, por haber faltado al tratado de paz que tenia hecho con Soliman.

CAPITULO VII.

Liga contra el Turco. Júntanse en Niza el César, el Rey de Francia, y el Papa, y ajustan treguas por nueve años. Cortes de Toledo. Muerte de la Emperatriz.

Consternado el Pontífice con el peligro de la Italia, hacia los mas vivos esfuerzos para reunir las armas de los fieles, á fin de alejar de aquellas costas á un enemigo tan pernicioso. El Frances rehusaba contribuir en comun con sus auxîlios, negando ser posible que hiciesen alianza los que tenian ánimos tan discordes. El César por el contrario contribuia gustoso con todo su poder á la causa comun de la christiandad, que era la suya. Los venecianos que habian recibido muchos daños, y temian otros mayores, luego que se divulgó la guerra otomana se apresuraron á buscar socorros; y para aliviarlos procuró el Papa que sus tropas, y las del César se juntasen con las de aquella república. Contratóse la alianza el dia ocho

1538. de febrero del año de mil quinientos y treinta y ocho, para prevenir con tiempo lo necesario á la guerra, y aun adelantarse al enemigo. Por parte del César concurrió el marques de Aguilar; por los venecianos Marco Antonio Contareno, y el Pontífice firmó de su propia mano el tratado en el Vaticano donde se celebró. El contenido de la alianza era: que se hiciese la guerra al Otomano con las armas de todos tres en comun; el César ofreció ochenta galeras, los venecianos otras tantas, y el Pontífice treinta y seis, y se repartieron los gastos con igualdad, segun las facultades de cada uno. Se acordó que Doria fuese general de las fuerzas de mar, y Gonzaga de las de tierra; y que los pueblos que se tomasen á los enemigos se adjudicasen al dominio de Venecia.

Despues de esto empleó el Papa todos sus cuidados en restablecer la paz entre el Rey de Francia, y el César. Estos príncipes manifestaban desearla, ya porque estuviesen cansados de una guerra tan larga, ya por evitar que la fama atribuyese á su perversa ambicion las calamidades públicas. El uno no daba oidos á condiciones algunas, si no se le restituia en la posesion de la Lombardía; y el otro se obstinaba en exponerse antes á perderlo todo, que ser arrojado de ella. Consentia el César en trasladar su derecho en el duque de Orleans, hijo del Rey de Francia, y le prometia la hija de su hermano don Fernando, que aun era muy pequeña. El Rey pedia que se le restituyesen inmediatamente las ciudades fortificadas; y el César se resistia á entregarlas antes que se verificase el matrimonio. Finalmente convinieron uno y otro en la conferencia personal, que por medio de sus embaxadores habia solicitado el Pontífice; y señalaron á Niza para juntarse. Llegó el César al puerto de Monaco con favorable navegacion, conducido

por Doria en la armada; y habiendo el Papa caminado por tierra hasta Sabona, fue conducido desde alli á Niza en las galeras de Doria. El Rey de Francia vino el último por la Provenza á Villafranca, finalmente pasaron uno y otro á Niza, hospedándose en diversas casas. Tributó cada uno separadamente sus christianos obsequios al sumo Pontífice, quien se lamentó mucho de que no podia reducirlos, á que en su presencia se abrazasen y conferenciasen sus negocios; pero, los príncipes se excusaron á esto con varias razones. Decíase que la verdadera causa era, que el Pontífice queria mezclar con los negocios públicos sus particulares intereses: y que entre otras cosas habia puesto la mira en la Lombardía, pidiéndola para uno de sus sobrinos, como medio prudente de poner fin á las discordias; mas esto no pudo conseguirlo. Las treguas que últimamente se habian hecho por la mediacion de las Reynas fueron prorogadas por el término de nueve años, y se publicaron alli el dia diez y ocho de junio. Por consideracion al Pontífice, á quien deseaba el César complacer, prometió á Octavio Farnesio, niño de pocos años, hijo de Pedro hermano del Papa, su hija Margarita, que habia estado casada con Médicis, á quien asesinó Lorenzo su primo hermano; cuyo enlace era de mucho lustre y conveniencia para la casa Farnesia. Hallóse tambien en Niza la Reyna doña Leonor, acompañada del cardenal de Lorena, y de Monmorenci, y visitó al César su hermano con Margarita su hijastra, y por este medio avisó el César al Rey que tratarian despacio sus cosas en Marsella, sin testigos, y sin séquito alguno de consejeros. Despues de esto se retiró el Rey de Niza. El César acompañó al Pontífice hasta Génova, y volviendo la proa arribó con temporal contrario á Aguas muertas.

Acudió allí prontamente el Rey con sus hijos, y fue recibido por el César con mucha magnificencia en la Capitana. Abrazáronse mútuamente, y se saludaron el uno al otro, dándose las manos con grande alegria y regocijo de todos los que se hallaban presentes á tan insigne espectáculo. El Rey á peticion del César permitió que Doria le besase la mano, aunque le manifestó un semblante poco agradable. Fueron y vinieron repetidas veces desde la ciudad á la armada, y desde la armada á la ciudad, y hubo convites de una parte á otra con admirable complacencia. Pero todas estas señales de amor y amistad no produxeron el deseado efecto, y salieron vanos los deseos de los que creian que iba á establecerse una paz perpétua, fundada en una amistad tan sincera. Todo fue una mera apariencia, buenas palabras, y afabilidad tanto mas estudiada, quanto con ella se ocultaban con mayor disimulo los verdaderos sentimientos. Finalmente el César se hizo á la vela en el puerto de Marsella, y se restituyó á Barcelona con feliz navegacion.

Entretanto se suscitaron algunas sediciones militares contra los capitanes, por la falta de paga. Los españoles molestaban con vexaciones la Lombardía, y el marques del Basto para impedir sus violencias, pareciéndole que los remedios fuertes producirian mayores daños, impuso una contribucion extraordinaria á los habitantes, que detestaban con todo género de exêcraciones la guerra y los soldados. Despues que les hubo pagado su estipendio, volvieron á su deber los sediciosos, de los quales la mayor parte fue destinada á la armada que se disponia en las costas de Génova, al mando de don Francisco Sarmiento, y los demas marcharon á Ungría con el capitan Morales. Al mismo tiempo se hallaba inquietada la Sicilia

con otra sedicion, siendo autores de ella los soldados que don Bernardino de Mendoza habia despedido de la goleta. Viendo el virrey Gonzaga que era inútil la fuerza, se valió del arte, y aplacó fácilmente la sedicion, ofreciendo con juramento á los diputados de los sediciosos que no los castigaria, y que les pagaria su sueldo si fuesen obedientes. Pero despreciando con horrible impiedad la religion del juramento, distribuyó por los presidios á los que se creian seguros con este sagrado, y se vengó haciendo en ellos una cruel carnicería. De los seis mil que eran, mandó pasar á cuchillo la quarta parte, ya porque era un hombre de carácter duro, é inclinado á la severidad, ya por el odio que tenia á la gente española, como se dixo entonces. Otros disminuyen el número de los muertos: los demas fueron divididos en dos partes, la una fue enviada á la armada, y la otra á España con el sueldo de un mes, y con la nota de infamia.

Habiendo Aradino procurado en vano invadir la isla de Candía por diversos parages con ciento y treinta galeras, se apresuró á conducir esta armada al golfo de Larta, á fin de no verse obligado á pelear contra su voluntad. La veneciana estaba en Corfú para servir de defensa á las demas islas; y habiéndose juntado Gonzaga con Doria, navegaron al mismo destino. Allí pues trataron en una junta sobre el modo de hacer la guerra; y convinieron en admitir el combate si el enemigo le presentaba. Desde Corfú pasaron á la embocadura del golfo de Larta de donde poco antes se habian retirado los venecianos, despues de haber acometido desgraciadamente á Prevesa, presidio bien guarnecido, donde estuvo en otros tiempos la antigua Nicópolis, y habiéndose ordenado en batalla la armada confederada, esperó al enemigo, ya para alejarle de aquellos mares si rehusaba la pelea,

ó para combatirle si la admitia. Salió finalmente Aradino incitado por las injurias de los suyos, á tiempo que Doria, perdida la esperanza de pelear, se dirigia ácia Lepanto, habiendo mandado á los otros generales que le pedian con instancia la pelea, que le siguiesen, y les haria saber á tiempo oportuno lo que debian hacer. Estaba el mar en perfecta calma, y como convidando sus olas á la batalla, y Doria perdia el tiempo en varios giros y rodeos en ademan de hacer alguna cosa grande, para oprimir de repente al enemigo descuidado. Ya iba el sol á ocultarse, y el soldado maldecia horriblemente la lentitud del general, quando el pirata Dragut con algunas galeras acometió con increible audacia á la grande y bien equipada nave del veneciano Bondelmero, á tres españolas, y á otros buques de carga. El vizcayno Munguia y Bocanegra, que estaban separados de los demas, reanimaron su valor, y habiendo destrozado con la artillería á tres galeras enemigas, se volvieron á Corfú con Bondelmero que pudo felizmente evadirse. La nave de Figueroa combatida acérrimamente por muchas de los barbaros, y muerta la mayor parte de su tripulacion, fue al fin apresada. Dos buques de carga, el uno veneciano, y el otro de Candia, perecieron abrasados, y otros dos navíos venecianos fueron apresados al amanecer con toda su gente. Entretanto habiéndose levantado una terrible tormenta, se recogió á Corfú toda la armada, sin haber hecho cosa alguna de valor, echándose la culpa los unos á los otros, como sucede comunmente en las empresas desgraciadas. Ciertamente que Doria general de tanto nombre y fama, en este dia nada hizo; pues siendo superior al enemigo en naves y tropas, apagadas las luces se retiró de su presencia como fugitivo, quando hubiera vencido, si se hubiese atrevido á vencer. No

me detendré en impugnar á Sigonio, que para minorar la culpa, aglomera en la vida de Doria muchas impertinencias, y para adularle intenta en vano oponerse á la evidencia de los hechos, y al testimonio unánime de todos los autores. El bárbaro muy ufano con la afrenta y pérdida de los enemigos se volvió al golfo de donde habia salido. Para borrar esta ignominia, expugnaron los confederados la ciudad y fortaleza de Castel-novo en la Dalmacia, con muerte de Bocanegra, capitan de experimentado valor. Intentó Aradino oponerse á esta empresa de los confederados, pero se lo impidió una recia tempestad que estrelló parte de su armada en los escollos Acroceraunios, segun se divulgó entonces por la fama, que muchas veces exâgera las cosas. Finalmente despues de saqueada la ciudad, y hechos cautivos mil y seiscientos hombres, fue puesta en ella una guarnicion de quatro mil españoles con su capitan Francisco Sarmiento. Llevaron esto á mal los venecianos, á quienes segun la alianza debia entregarse la ciudad, y irritados de este agravio quisieron mas hacer una paz poco ventajosa, que continuar una guerra desgraciada baxo de un mando extraño. Despreció Doria altamente los rumores que contra él corrian, y habiendo repartido la presa en los navios, conduxo su armada con feliz navegacion á las costas de Génova.

Casi en el mismo dia en que sucedieron estas cosas, habiendo el César convocado cortes en Toledo, para tratar sobre los medios de ocurrir á la escasez del erario real, pidió se exigiese una sisa de las cosas que se vendian. Esta proposicion fue impugnada con mucho ardor por los grandes; y se acordó comunicarla con los procuradores de las ciudades, pues de éste modo se podria resolver con mas facilidad

este negocio. Pero el César se resistió á esto sin que se pudiese saber el motivo que para ello tenia. Volvieron de nuevo los grandes á conferenciar, y no pudiendo convenirse entre sí, el condestable Velasco, sin temor de perder la gracia del César afirmó: «que no convenia al bien público recargar las cosas »vendibles, y que estos tributos comunes á todos eran »en menoscabo de la dignidad de los nobles: que »por otros medios mas cómodos y justos se podia »ocurrir á la necesidad pública; y que este nego»cio debia tratarse por todas las órdenes del estado, »dexando á todos que votasen libremente." Abrazaron los mas este dictámen, y resentido el César de su obstinacion, disolvió las cortes sin haber determinado cosa alguna. Otros muchos disgustos toleró y disimuló este prudentísimo príncipe, á fin de no disgustar y enagenar de sí los ánimos de aquellos hombres fuertes, á quienes con su blandura mantenia con admirable constancia en la lealtad y obsequio que le debian. Esto se confirmó con el suceso del duque del Infantado; el qual volviendo de un torneo que se habia hecho en la vega de Toledo, dió una cuchillada en la cabeza á un alguacil, porque con la vara que llevaba en la mano, segun costumbre, para apartar el gentío, habia tocado á su caballo en las ancas. El alguacil cubierto de sangre se volvió al César, y con voz lastimera se quejó de la injuria. Al punto se acercó al duque el alcalde Ronquillo que iba á caballo, y le notificó con mucha urbanidad de orden del César que se diese preso. Acudió prontamente el condestable Velasco, que es el justicia mayor de los grandes, y mandó al alguacil que se fuese de allí, y que si no obedecia, le amenazaba una desgracia; y sin hablar mas palabra se retiró aquel hombre temiendo nuevas heridas. Velasco acompañó al duque

hasta su casa siguiéndole los demas grandes dispuestos á rechazar la fuerza con la fuerza. Disimuló el César el agravio hecho á su persona y á las leyes; y envió á decir al duque, que mandase castigar al alguacil herido segun lo merecia. Penetrando el duque, á quien con la sal de estas palabras le reprehendia el César su exceso, le dió gracias por su benignidad, y mandó que el alguacil fuese curado con todo esmero á costa suya, y despues le regaló quinientos ducados.

Finalmente á estas molestias se agregó la mayor de todas, que causó al César un cruelísimo dolor, y fue la muerte de la Emperatriz en la flor de su edad. El dia primero de mayo de mil quinientos y trein- 1539.
ta y nueve parió en Toledo un niño muerto, y al mismo tiempo perdió ella la vida, dexando tres hijos, don Felipe, doña María y doña Juana. No es posible explicar la terrible pena que causó al César esta desgracia. Pero despues que reconcentró en su interior una afliccion tan grande, acordándose de los justos juicios de Dios, volvió en sí, y toleró aquel trabajo con singular constancia y paciencia. Mandó hacer á la Emperatriz las exêquias con aparato real, y verdaderamente magnífico; y su cuerpo fue llevado con gran pompa al panteon de Granada, acompañando el funeral el duque de Gandía don Francisco de Borja, y otros muchos hombres ilustres. Al tiempo de hacer la entrega del cadáver se abrió la caxa de plomo en que iba, y pedido juramento á Borja á quien se habia entregado con toda solemnidad, respondió que de ningun modo podia asegurar, sin temor de faltar á la verdad, que aquel que miraba fuese el cuerpo de la Emperatriz, pues le veia tan mudado de aquella grande hermosura y belleza que habia tenido en vida. Atónito en gran manera con este espectáculo de la fragilidad y miseria humana, hizo firme propósito de

renunciar quanto antes pudiese toda su grandeza y fausto, y dedicarse enteramente á Dios y á su servicio. Es digna de alabanza la noble índole del Rey Francisco, que habiendo recibido la triste nueva de la muerte de la Emperatriz, la hizo celebrar en París unas exêquias con la mayor sumptuosidad. Pocos dias antes de su muerte se vió un cometa ácia el Occidente, que parecia amenazar á Portugal. Con semejantes señales creen vulgarmente los hombres que son pronosticadas las muertes de los Reyes, como si su vida dependiese de las estrellas; pero como muchos han fallecido en nuestros tiempos sin estos pronósticos tan fútiles, no debemos interrumpir el hilo de la historia para refutar los delirios astrológicos.

En España y en otras partes de Europa se padeció entonces hambre, á la que se siguieron enfermedades pestilenciales que hicieron mucho estrago. En este año murió el almirante don Fadrique Enriquez hombre ilustre y grande asi en nacimiento como en valor: su cuerpo fue sepultado en Rioseco, en la iglesia del convento que habia edificado á los religiosos de San Francisco. No dexó sucesion alguna, y le heredó don Fernando Enriquez, que despues fue condecorado por el César con el título de duque de Medina de Rioseco. En el año antecedente tomó posesion del obispado de Jaen don Francisco de Mendoza hermano del marques de Mondejar, que sucedió al cardenal Merino, que habia fallecido en Roma tres años antes, á los sesenta y tres de su edad, fue varon verdaderamente ilustre en virtudes, y especialmente en la caridad para con los pobres, á quienes distribuia sus quantiosas rentas, y muy amado del César del qual obtuvo los mayores empleos. Su cuerpo fue sepultado en la iglesia de Santiago de los Españoles cerca del altar mayor en un túmulo de mármol

adornado con su efigie. La piedra del sepulcro de su madre doña Mayor testifica que habia sido patriarca de las Indias. Juan Luis Vives natural de Valencia murió tambien el año anterior en Brujas ciudad de Flandes. Publicó muchos libros excelentes en que se manifiesta su mucha sabiduría y erudicion. Los escritores mas célebres le han dado grandes alabanzas, por lo qual me parece mejor abstenerme de elogiarle que debilitar sus elogios con mi pluma. En el mismo año antecedente murió en Sevilla don Alonso Manrique, y le sucedió en el arzobispado don fray García de Loaysa del orden de Santo Domingo obispo de Siguenza. El dia nueve de junio murió en Roma don Iñigo de Mendoza arzobispo de Burgos y cardenal, hijo del conde de Miranda, á quien Marineo Sículo llama teólogo y predicador insigne, y excelente poeta. Escribió muchas obras, y entre ellas la vida de Christo en verso castellano. Su cuerpo fue traido á España, y le sucedió don Juan de Toledo, que fue trasladado de la iglesia de Córdova. El dia veinte y siete de febrero habia fallecido en Lieja Erhardo Markan arzobispo de Valencia, habiéndose pasado ciento y diez años, diez meses, y veinte y seis dias sin que ninguno de los arzobispos de esta ciudad residiese en ella. Por aquel tiempo se administraban los obispados por vicarios, y servian mas de lucro que de carga; cosa á la verdad la mas detestable en un obispo. Los extrangeros á quienes se conferian nuestras sillas episcopales, retenidos por el amor de su patria, se excusaban de cumplir personalmente su ministerio con grave daño de sus iglesias, y peor exemplo. Para la de Valencia fue electo Jorge de Austria hijo natural del César Maximiliano, y sus súbditos tuvieron el consuelo de gozar de su presencia. Trabajó con gran zelo en atraer al christianismo á los moros, que aun

perseveraban en su obstinacion. Pasados quatro años volvió á Flandes, permutando el arzobispado de Valencia por el obispado de Lieja; y habiendo sido hecho prisionero en el camino por los franceses, que consternados tomaron repentinamente las armas, pagó el César treinta mil escudos por su libertad. El cardenal Cesarino fue trasladado al obispado de Cuenca, y le sucedió en el de Pamplona don Juan Remia veneciano obispo de Alguer en Cerdeña, el qual falleció poco despues en Toledo. Su cuerpo fue llevado á Pamplona, en cuya silla tuvo por sucesor á don Pedro Pacheco obispo de Ciudad Rodrigo.

CAPITULO VIII.

Principios de la heregía de Calvino en Francia. Sitio y toma de Castel-novo por Aradino general de la armada turca.

Por este tiempo comenzó la Francia á ser agitada con nuevas opiniones y antiguos errores, renovados por Juan Calvino hombre abominable, nacido para la ruina de su patria, el qual fomentó una cruel guerra religiosa, que habia de sumergirla en las mayores calamidades. Propagaba por todo el reyno los perversos dogmas que le habia enseñado un aleman, que los aprendió en la inmunda escuela de Lutero. Los principales eran, que en la Eucaristía no exîstia el cuerpo de Christo, cuyo error publicado por el detestable Berengario, y fomentado por Leutherico arzobispo de Sens su protector, vino á parar en una declarada heregía á principios del siglo undécimo: que á las imágenes de Jesu-Christo nuestro Salvador y de los Santos (las quales comparaba con los ídolos) no debia darse ninguna veneracion ó culto, renovando el error de Leon Isaurico, y otros de su tiempo,

condenado por tantos concilios, no menos que el de Berengario. Lo mas ridículo es, que defendiendo tenazmente los iconoclastas que en la Encaristía está el verdadero cuerpo de Christo, y no su imágen, apoyándose en las palabras del mismo Jesu-Christo, este impostor mucho mas impío que aquellos, abrazaba la falsedad que enseñaban acerca de las imágenes, y combatia la verdad que defendian sobre la presencia real de Jesu-Christo. Negaba ademas que las almas de los difuntos fuesen purificadas con el fuego del purgatorio, y por consiguiente enseñaba que era una cosa inútil y necia hacer oraciones y sufragios por ellos, á pesar de confirmarlo la Escritura sagrada, y aun la profana, y la costumbre observada en la iglesia desde sus principios. Llamaba al Papa Anti-Christo, y combatia de todas maneras la autoridad que el mismo Jesu-Christo confirió á San Pedro y á todos sus sucesores. Finalmente enseñaba otros muchos errores, y trastornaba la religion, y las santas y antiguas ceremonias del christianismo con increible insolencia y desenfreno. Es digno de admiracion que este monstruo escapase impune de las manos del Rey Francisco, que era inexôrable con los reos de heregía. Pero al mismo tiempo que algunos príncipes poderosos y pios procuraban quitar de en medio á estos hombres tan contagiosos, no faltaban otros que sin temor de la infamia ni de su conciencia, los protegian y admitian en sus dominios, para que coadyuvasen á sus desórdenes, trastornando la religion de arriba abaxo.

Mas entretanto que estos hombres perversos intentaban con el mayor esfuerzo destruir las imágenes sagradas, en el mismo año las confirmó Dios con un insigne milagro. Pedro y Andres de Medina mercaderes valencianos habian pasado á Argel á co-

merciar, y juntamente á rescatar unas parientas suyas que allí padecian esclavitud. Mientras permanecieron en aquel puerto ocupados en sus negocios, intentaron unos piratas quemar una imágen de Jesu-Christo crucificado; pero el cielo se opuso á su perverso designio. Consternado el corazon de los hermanos Medinas con tan triste noticia, acudieron prontamente, é inflamados con el fuego de una heróyca piedad, rogaron y suplicaron á los bárbaros que se abstuviesen de aquella injuria, lo que al fin consiguieron. Los bárbaros les dixeron que se la entregarian á peso de dinero: los hermanos admitieron la condicion, aunque era mucho lo que les pedian; y finalmente se convinieron en pagar otra tanta plata como pesase la imágen. Pero aunque ésta era del tamaño del natural, y se añadia el peso de la cruz, no quiso el Señor que se vendiese su simulacro en mas alto precio, que aquel en que fue comprado el original. Asi pues habiendo sido puesta la imágen en una balanza, pareció de muy leve peso, y los mercaderes á vista de mucha gente comenzaron á rebaxar de la otra balanza la plata que en ella habian puesto, hasta que se hallaron iguales las balanzas con solo el peso de treinta monedas de plata. Irritados de esto los bárbaros se resistieron á cumplir lo pactado, y habiéndose dado cuenta á su Rey, quiso hallarse presente para exâminar el negocio. Volvieron segunda vez á pesarle, y del mismo modo se igualaron las balanzas con los treinta dineros. Movido el Rey de una cosa tan extraordinaria y milagrosa, mandó entregar fielmente la imágen á los mercaderes conforme á lo pactado, y que los piratas se retirasen de su presencia con aquella poca plata, diciéndoles que Mahoma estaba enojado con ellos. Pusieron el Crucifixo en una nave, y aunque las velas

se hallaban llenas de un favorable viento, permaneció inmóvil como una roca. Atónitos los conductores con el nuevo milagro, les ocurrió el registrar toda la imágen, y advirtieron que le faltaba el dedo pequeño de la mano izquierda. Salió Andres á buscarle por todas partes y habiéndole encontrado, le puso en su lugar, pegándole únicamente con saliva, y no obstante quedó unido con la mayor firmeza, y al punto salió la nave del puerto, y con felicísima navegacion arribó al de Valencia. Desde allí fue llevada á nuestra Señora del Remedio; y finalmente con grande y magnífica pompa, á que asistieron el arzobispo don Jorge, y el virrey don Fernando con todos los demas magistrados, se colocó la sagrada y triunfante imágen de Christo en la iglesia de las monjas de San Joseph, las quales habiendo pasado despues á otro domicilio, fue trasladado el Crucifixo á Santa Tecla, que en otros tiempos fue cárcel, donde murió San Vicente mártir. Todo esto se halla atestiguado por muchos autores de aquel tiempo, y por los documentos públicos que se conservan en los archivos.

En este verano fue Castel-novo combatida por mar y tierra por Aradino y Ulaman persa con muchas tropas y artillería. Los presidiarios, acordándose de la honra del nombre español, la defendian valerosamente. Ochocientos de ellos acometieron al puesto que ocupaban los genizaros, y habiendo sido recibidos por estos bárbaros con igual ardor, se trabó un sangriento combate con gran daño y espanto de los enemigos, de los quales murieron mil, y otros tantos fueron heridos, y la demas multitud fue rechazada á los navíos, con muy poca pérdida de los vencedores. Finalmente habiendo establecido su campo con las tropas de tierra y mar, que com-

ponian ochenta mil hombres armados, segun afirma Ferroni, derribaron con su artillería una parte del muro. Pero inmediatamente se levantó otro nuevo en lugar del caido, y los soldados que lo defendian estaban tan firmes como la mas fuerte muralla. Mas con la contínua batería de nueve dias seguidos, fue echado á tierra todo lo que impedia la entrada. Embistieron por la brecha los bárbaros confiados en su multitud y en sus fuerzas, y resistieron los españoles con heróyco ánimo y valor, peleando cada uno en su puesto sin respirar ni mover los ojos. La batalla estuvo indecisa por largo tiempo, y habiendo hecho inútilmente grandes esfuerzos para romper, debilitados ya los enemigos con el calor y la fatiga, comenzaron á decaer de su ferocidad: lo qual luego que fue advertido por los españoles. levantaron el grito, y cobrando nuevo aliento, consiguieron arrojarlos de los muros. No contentos con esto, se exhortaron mútuamente unos á otros, y por medio de las ruinas y cadáveres salieron seiscientos de los mas intrépidos, mataron y persiguieron á los fugitivos hasta su mismo campo. Deslumbrados los turcos con el miedo, y derramados con ignominiosa fuga, tropezaban en sus mismas tiendas, y á cada paso las derribaban; entre las quales cayó á tierra el hermosísimo pabellon de Aradino junto con la bandera de Soliman. En este dia murieron seis mil de los enemigos, y solos cincuenta españoles, si hemos de dar credito á Sandoval que exâgera excesivamente las hazañas de los suyos.

Convencido Aradino de que no podria apoderarse de la ciudad, sin haber tomado antes la fortaleza que la dominaba, batió sus muros de dia y noche por espacio de cinco dias con mayor número de cañones; y habiéndolos arruinado pusieron los sitia-

dos por muralla sus mismos cuerpos armados. Peleaban de una y otra parte con todas sus fuerzas sobre las mismas ruinas, como si fuera en un campo abierto; y rechazados los bárbaros, renovaron el combate para borrar las anteriores ignominias. A los fatigados sucedian otros de refresco, y se esforzaban vivamente á ganar la victoria, no dexando respirar á los españoles, que estaban ya desfallecidos con la fatiga y las heridas. Finalmente oprimidos con el número de los enemigos, desampararon la arruinada fortaleza, y habiendo pasado á la inferior los enfermos y los heridos, se dispusieron á pelear de nuevo: porque los turcos orgullosos con el feliz suceso, acometieron inmediatamente á la ciudad, para dar la última mano á la victoria, y habiendo llegado á costa de innumerables muertes y heridas á apoderarse de la torre, enarbolaron en ella su bandera, para aterrar con su vista á los españoles. Ulaman por otra parte con un escogido esquadron, entró por el camino que habia abierto con nuevo estrago, y arrollaba y destrozaba quanto se le ponia delante. No pudiendo ya los españoles sostener el ímpetu de los enemigos, que se aumentaban á cada instante unos sobre otros, se reunieron y aglomeraron en la plaza peleando hasta la muerte, desesperados ya de conseguir la victoria. Sarmiento aunque gravemente herido animaba á los suyos con la voz y con la mano; y sus últimas palabras fueron: «Tomad exemplo de »mí, para que los enemigos no se lleven de balde »la victoria: animaos y en este último combate re»unid todas vuestras fuerzas; y conozcan los bárba»ros qué hombres sois los españoles, y con qué es»peranza os arrojais á la muerte." Con esto volvió á renovarse la pelea con increible furor echando mano á las espadas y á las picas, porque apagadas las

mechas con una repentina lluvia, no podian servirse de los arcabuces, y combatieron con tanto ardor que los que caian cubrian el lugar que ocupaban mientras peleaban. Sarmiento despues de haber dado innumerables exemplos de valor, atravesado el cuerpo con una infinidad de heridas que recibió de frente, aumentó el número de los muertos. Conocida que fue la derrota de los españoles, algunos pocos caballeros griegos que habian quedado enfermos de las heridas en la fortaleza inferior, y Mungia con otros cabos muy esforzados se apresuraron á entregarse á los enemigos, que llevaron cautivos mas de setecientos hombres de todos estados con Jeremías su obispo. Habiendo solicitado en vano Aradino persuadir á Mungia que abrazase la supersticion mahometana, le mandó cortar la cabeza con una bárbara cimitarra en la proa de la galera. La victoria costó á los turcos mucha sangre, pues todos los historiadores convienen en que perdieron diez y seis mil hombres; y añade Ferroni que los españoles pelearon con tanto valor como se podia esperar de unos hombres fuertes reducidos á la última extremidad. El sitio de la ciudad duró por espacio de veinte y dos dias, pero al fin cayó en poder de los enemigos el siete de agosto.

La tranquilidad que gozaba Flandes fue alterada con una sedicion, á que dió motivo la pertinacia de los vecinos de Gante. Para ocurrir á los gastos de la guerra con los franceses, habia pedido la infanta gobernadora doña María á los flamencos una contribucion extraordinaria; pero alegando los de Gante sus pretensas inmunidades, negaron que se les pudiese obligar á esta nueva contribucion. Sobre esto se enviaron diputados al César, quien respondió que debian obedecer á la gobernadora; pero que si so-

bre ello se originaba alguna controversia la decidiese el senado de Malinas; y que si los de Gante obrasen de otro modo se les tendria por inobedientes al príncipe. Consternados con esta amenaza, y con la decision del senado, que declaró debian contribuir con la suma pedida, acudieron á las armas y despreciaron la autoridad de los magistrados, olvidándose de que se deben obedecer los mandatos de los príncipes aunque parezcan gravosos, porque tienen fuerza de ley, y porque el resistirlos es un crímen. Finalmente arrebatados con la ira, imploraron la proteccion del Rey Francisco, la que de ningun modo pudieron conseguir, aunque le habian ofrecido que se sujetarian á su dominio: antes por el contrario habiendo el Rey desechado semejante propuesta, dió noticia al César de esta perversa trama, y le remitió las cartas que le habian escrito los de Gante, deseoso de conciliarse por este medio su amistad, y de conseguir con este obsequio lo que no habia podido con las armas. Agradecióselo el César, asi por el candor con que procedia Francisco, como por haber evitado por este medio el motivo de renovar aquella guerra. Era embaxador del Rey en la corte del César don Antonio obispo de Tarbes; y porque el asunto no sufria dilacion, preguntó por medio de éste á Monmorenci si agradaria al Rey que el César pasase por Francia á Gante? Trató pues con el embaxador á fin de que el Rey le convidase á hacer el viage por Francia; y creido Monmorenci de que seria útil á los negocios públicos que los dos príncipes se viesen, lo persuadió asi al Rey Francisco; y hallándose éste por aquel tiempo enfermo, envió hasta Bayona á Enrique y Carlos sus hijos para recibir al huésped, acompañándolos Monmorenci para colmo de su magnificencia.

Dispuestas en España todas las cosas, envió el César delante á Nicolás Perenoto borgoñon, que habia sucedido á Gatinara en el principal ministerio, y dexando por gobernador del reyno á don Juan de Tabera arzobispo de Toledo, se puso en camino con las acostumbradas guardias de su persona. Al mismo tiempo el marques del Basto y Annebaldo embaxadores del Rey y del César en Venecia, solicitaron en el senado á nombre de sus príncipes, que hiciesen comun alianza contra el Turco. Esta propuesta fue recibida por los senadores con poco agrado, conociendo los astutos designios de los dos Reyes; y aquellos hombres prudentísimos juzgaron por el contrario que debian apresurarse á ajustar la paz con Soliman, á fin de impedir que los príncipes se burlasen de ellos en el negocio que mas les importaba: porque el César que se hallaba inclinado á esta guerra por su causa y la de su hermano, queria hacerla mas con el peligro ageno que con el suyo propio; pues separando al Frances de la amistad del Turco, recaeria todo el peso sobre el dominio Veneciano. El Frances tenia otras miras, á saber, dar al César buenas palabras, y apoderarse de Milán, habiéndole esperanzado Monmorenci de que lo conseguiria por medios blandos y suaves; y finalmente ajustar en secreto la paz con Soliman por medio de su antiguo embaxador Guillelmo Pellicerio, persuadiendo á los venecianos que hiciesen otro tanto, sin detenerse en tan especiosa embaxada. Con efecto ajustaron en breve la paz los venecianos, mas el deseo de acelerarla les hizo admitir unas condiciones indecorosas y perjudiciales, pues entregaron á Soliman las plazas de Nápoles en la costa de la Morea y Ragusa. Ya es antigua la costumbre de engañarse y sorprenderse mútuamente los príncipes, y de sacar utilidad á costa

del mal ageno, quando se trata de extender ó conservar el imperio, sin reparar en que sean buenos ó malos los medios que se empleau. Pero volvamos ahora al César, el qual aunque iba á la ligera, fue recibido magnificamente por el Rey, que aun no estaba convalecido, y habiéndole conducido á París, le honró con todo género de obsequios. Desde allí le acompañó hasta San Quintin, y sus hijos hasta Valenciènes ciudad de la provincia de Hainault. Acudió luego don Fernando hermano del César con las tropas alemanas, y habiéndose juntado á ellas la caballería flamenca en el dia y lugar que habia señalado, las envió delante de sí á Gante, cuyos ciudadanos consternados con el temor, mudaron luego de parecer; y desesperando de poder cosa alguna contra el príncipe, salieron á recibirle fuera de las puertas con gran pompa y muchas señales de regocijo y alegria. A fines de febrero del año de mil quinientos y quarenta entró el César en la ciudad, mostrando grande indignacion en su semblante; y para satisfacerla mandó hacer pesquisas de los culpados. Esta causa fue muy lastimosa. El número de los reos era grande; y muchos de ellos vestidos de una túnica de lienzo, otros cubiertos con solo un saco negro, descalzos, con la cabeza descubierta, y con una soga al cuello, se postraron á sus pies con grandes lamentos y gemidos pidiéndole los perdonase su delito. A estos pues alcanzó la venia. Veinte y seis fomentadores del tumulto fueron declarados reos de lesa magestad, y habiéndolos sacado de la cárcel, sufrieron la pena capital en medio de la plaza. Otros fueron condenados á destierro, y todos multados con penas pecuniarias, y ademas se les impuso una contribucion anual. Anuló el César por un edicto sus leyes é inmunidades: prohibió sus juntas, y aun los privó

de la facultad de elegir sus magistrados municipales. Finalmente para contener en su deber á la ciudad, se levantó una fortaleza en el monasterio de San Babon con el dinero que habian producido las multas. No se puede negar que fue un castigo extremamente severo, y tanto que parecia vengar con él el César sus propias injurias, y las que en otro tiempo habian hecho los de Gante á Maximiliano su abuelo. Casi la misma venganza exerció en los ciudadanos de Oudenarda que habian incurrido en igual culpa. Despues de esto condenó á muerte á Reynero señor de Brederodo, por haber hecho alianza con el Frances, y hallarse acusado de haber querido hacerse dueño de la Holanda. Mas aplacado el César con los ruegos y súplicas de los nobles del pais, le perdonó la pena de muerte; y mas adelante habiendo renunciado Reynero á la alianza, le restituyó benignamente los bienes que se le habian confiscado.

CAPITULO IX.

Confirma el Pontífice la Compañía de Jesus. Muerte de algunas personas ilustres. Victoria naval ganada por los españoles á los piratas moros.

Dos años antes habia fallecido Carlos Egmont sin haber dexado ningun hijo legítimo; y en su testamento nombró á Guillelmo Markan duque de Cleves por heredero de Güeldres y Zutphen, con perjuicio de los derechos que tenia el César. Inmediatamente tomó el duque posesion de la herencia, y guarneció con tropas los lugares fortificados, que fue lo mismo que sembrar la semilla de una funestísima guerra. Pero á fin de evitarla, vino á Bruselas adonde habia pasado el César con don Fernando, para litigar en su

presencia el derecho á aquellas provincias. Examinóse el negocio en el senado, y fue pronunciada sentencia á favor del César, como que tenia mas sólido derecho. Destituido de esta esperanza, se partió á Francia, sin pedir licencia alguna, á fin de implorar el socorro y auxîlio del Rey en defensa de sus derechos, dexándose arrebatar como jóven de su natural ardiente, y de su ánimo inquieto; lo que finalmente acarreó su ruina.

Mayor inquietud daba á todos el principado de Milán, el que codiciaba vivamente el Frances, y el que habia adjudicado el César al dominio de España, á fin de tener por alli un paso seguro para Alemania, siempre que lo exigiesen sus negocios, y para que sirviese de defensa á lo demas de la Italia, como un baluarte puesto en su entrada. Asi pues, para apartar al Rey de aquel designio, y mostrarse agradecido del beneficio que poco antes habia recibido de él, le ofreció por medio de sus embaxadores que le daria la Flandes á título de dote para el duque de Orleans, y que le casaria con su hija, concediéndole tambien la dignidad real. Conmovido el Rey, y irritado en extremo, como sucede á los que les salen fallidas sus esperanzas, hizo saber al César que no era tan insolente que quisiese despojarle de la herencia de sus mayores, y del pais mismo en que habia nacido: que solo reclamaba la Lombardía, de que le habia desposeido á fuerza de armas; y que si no se la restituia no tenia que hablar de composicion. El dolor de la repulsa le hizo prorumpir en muchas quejas, y volvió su ira contra Moumorenci, que le habia entretenido con magníficas promesas de que se le restituiria aquel principado: dexándole perder la ocasion de obligar á ello al César, como se lo aconsejaba el cardenal Francisco de Turnou, quando transitó tan descuida-

do por la Francia. Mandó pues que saliese Monmorenci de la corte, y se apartase de su presencia en castigo del honesto consejo, que con libre ingenuidad le habia dado de que procurase obtener del César por medios amistosos la deseada Lombardía, y mientras vivió no volvió á admitirle á su gracia.

El César habiendo convocado para el año siguiente una dieta en Wormes, para terminar en ella las controversias de religion, envió al Austria á media-
1540. dos del mes de mayo á don Fernando su hermano, para que cuidase de la quietud y tranquilidad de Alemania. Falleció en este año Jorge duque de Saxonia enemigo jurado de Lutero; y la religion católica que habia conservado íntegra en todo su dominio, fue trastornada por Enrique su hermano y sucesor, que como luterano estableció en Saxonia esta secta. En Hungría con la muerte de Juan Sepussio se aumentaron las turbulencias; porque habiendo Soliman admitido la tutela de Esteban su hijo, que aun se hallaba en la cuna, ocupó una parte del reyno, y causó grandes calamidades con la cruelísima y larga guerra que hizo á don Fernando; cuya narracion dexo á los historiadores de aquella nacion.

Ignacio de Loyola noble vizcayno se presentó por este tiempo al Papa con sus socios; recibióle benignamente, y exâminado el piadoso y prudente instituto que habia formado en París, donde echó los primeros cimientos de su Orden, le confirmó y aprobó con autoridad apostólica. Salieron de esta Compañía, como de un castillo de sabiduría y verdadera piedad, varones admirables en todo género de virtudes, que habiendo recorrido uno y otro orbe con grandes trabajos, colmaron la iglesia católica de abundantes frutos por medio de la palabra de Dios que anunciaban. Dispensó el Pontífice á los caballe-

ros del orden de Calatrava el voto de continencia, permitiéndoles contraer matrimonio, lo qual les prohibia su antiguo instituto. Este indulto fue menos reparable con el exemplo de otras órdenes militares de Portugal, á quienes habia concedido la misma facultad el Papa Alexandro VI. Y como todas las cosas humanas van siempre en decadencia, las pingües encomiendas que antiguamente se daban á soldados valerosos despues de muchos trabajos y fatigas, las disfrutan hoy unos hombres ociosos y afeminados que jamás han salido de la sombra de sus casas. El fundador de este orden militar fue Raymundo Serra abad de Fitero, que en nuestros dias ha sido beatificado por el sumo Pontífice Clemente XI. Los autores antiguos no espresan su orígen ni patria; y un moderno que le hace aragones y natural de Tarazona, no lo prueba con documento alguno. Los demas que han escrito en estos últimos tiempos convienen en que fue natural de Barcelona.

En Portugal por concesion del Pontífice, y á peticion del Rey fue erigido en arzobispado el obispado de Ebora. Su primer arzobispo fue Enrique, despues cardenal y Rey. Murió en Zaragoza don Fadrique de Portugal, y su cuerpo fue llevado á Sigüenza á un magnífico sepulcro que él mismo habia hecho edificar. Sucedióle fray Fernando de Aragon hijo de Alfonso, que habia profesado en la religion Cisterciense, y fue muy célebre por su exemplar vida y virtudes. En Veroli falleció don Francisco de Quiñones hijo del conde de Luna, cardenal y obispo de Palestrina. Su cuerpo fue llevado á Roma y enterrado en la iglesia de Santa Praxèdes en un honorífico sepulcro.

Hallándose España tranquila y libre de guerras, dieron materia á una célebre victoria los piratas, que

infestaban todo el mar. Caraman y Alí-Amet eran los mas famosos por los muchos daños que hicieron en las costas de Andalucía. Habiendo acometido de improviso á Gibraltar antes de amanecer, saquearon todo quanto encontraron; y excitados los habitantes con el tumulto y confusion, acudieron á tomar las armas. Trabóse en las calles una sangrienta pelea, y corriendo entretanto los viejos, niños y muges á la fortaleza, cayeron en manos de otra tropa de piratas. Muchos fueron hechos cautivos; pero con la llegada de la gente del campo, arrojaron de allí á los enemigos, y les quitaron parte de la presa que habian recogido. Finalmente despues de haber hecho otros daños en los campos, pasaron el estrecho y llegando á Tánger, repartieron la presa. El marques de Mondejar que gobernaba la costa de Granada, procuró inmediatamente dar noticia de la maldad de los piratas á su hermano don Bernardino de Mendoza, para que no quedasen los bárbaros sin castigo. Este pues, con las galeras españolas que estaban á su mando, dió la vuelta á buscarlos á las costas de Africa, y á fin de que no pudiesen ocultársele, tomó una pequeña isla, desde la qual registraba bien una y otra costa. En el dia primero de octubre dió vista á la armada enemiga, y despues de haberse prevenido, levantó anclas de la isla. No rehusaron los bárbaros la pelea; porque habiendo echado suertes, segun la supersticion de aquella gente, se la pronosticaban próspera; y por otra parte sus fuerzas no eran inferiores. Mandó don Bernardino quitar las cadenas á los que estaban condenados al remo, y que tomasen las armas, habiéndoles prometido la libertad si peleasen con valor. Despues exhortó á todos á que se portasen con intrepidez, y prohibió que correspondiesen á los bárbaros que tiraban desde lejos. Pero luego que se acercaron y se

pusieron á tiro, mandó disparar toda la artillería, que causó en ellos un grande estrago. La capitana Española embistió á la capitana enemiga, y habiéndose juntado una á otra con garfios de yerro, peleaban á pie firme acérrimamente con las picas y espadas como si fuese en tierra, sirviendo de mucho auxilio los remeros armados; y lo mismo se hizo en los otros buques con igual ardor de ánimo y deseo de vencer. Duró este sangriento combate por espacio de una hora, y al fin se declaró la victoria por los españoles. Fueron muertos setecientos enemigos, y uno de sus capitanes; y quinientos con el otro quedaron prisioneros, habiéndoles apresado nueve barcos largos, y la galera capitana; y las seis restantes se escaparon, quedando muertos la mayor parte de los que las defendian. Sacó don Bernardino una herida en la cabeza, porque hizo á un mismo tiempo el oficio de excelente general, y de intrépido soldado: de los suyos murieron doscientos con quatro capitanes, y habiendo quedado heridos cerca de quinientos. Puso en libertad á setecientos y cincuenta christianos que los moros tenian al remo en sus galeras, y tambien se la dió á los galeotes que la habian merecido con su valor, poniendo en su lugar á los moros que quedaron cautivos. Hiciéronse piadosas procesiones por los vencedores en accion de gracias de esta victoria, asi en Granada, como en todo lo demas de la Andalucía.

Dos años antes habian robado los piratas moros en el pueblo llamado Torres cerca de Sacer en Cerdeña, el templo dedicado á los Santos mártyres Gavino, Proto y Januario, antes que pudiesen acudir los christianos á impedirlo. Pero sucedió una cosa maravillosa, porque teniendo vientos favorables, y remando con todo esfuerzo para salir á alta mar, fue-

ron vanos todos sus conatos, y se quedaron las galeras inmobles como peñascos. Atónitos los moros con el prodigio, sacaron de los buques toda la presa, y la dexaron en la playa en satisfaccion de su delito. Despues de esto huyeron de alli á toda vela, mirándolo desde lo alto de los montes los naturales del pais, los quales restituyeron al templo las sagradas alhajas. El virrey de Cerdeña don Antonio de Cardona envió al César una relacion puntual de este suceso; y desde allí adelante se aumentó y confirmó en gran manera la devocion á estos Santos mártyres, y se celebró su fiesta con mayor culto y pompa, habiendo concedido el Pontífice que en ella se llevase delante el estandarte con sus imágenes, como consta de su bula.

Hallándose el Rey de Tunez en grande apuro por la rebelion de sus súbditos, llegaron Doria y Gonzaga con su armada á las costas del Africa para darle auxilio. Tomaron á los moros las ciudades de Mahometa, los Alfaques, Trípoli el viejo, y otras que se habian sujetado al xeque de Cidearso. Este pues, orgulloso con el favor de los turcos, habiéndose apoderado de Calipia ciudad ilustre por el destierro de San Cypriano, hacia la guerra á Muley Assen con pretexto de religion, que es el mas especioso para engañar á los hombres: pero en realidad su designio era formarse un reyno con la ruina del de Tunez. No cesaba de predicar que Muley habia cometido delito para ser tratado como enemigo, pues contraviniendo á la ley, habia hecho alianza con los christianos, y que en pena de su prevaricacion debia ser destronado. Sin embargo fue refrenada la audacia de este soberbio tirano por el valor de los españoles que obraron hazañas ilustres en esta guerra. Habiendo dexado los generales de la armada dos mil

y quinientos soldados á las órdenes del capitan Alvaro de Sande, para que protegiesen á Muley Assen, pelearon muchas veces con los rebeldes; y siempre con feliz suceso, de tal modo que no se desdeñó la victoria de mostrarse propicia aun con las mugeres de los españoles; pues habiendo en cierta ocasion invadido repentinamente quinientos alarabes los bagages que iban en la retaguardia, María Montano muger de ánimo varonil, les hizo una vigorosa resistencia. Exhortó á trescientos mochileros y criados del exército á que tomasen las armas que llevaban en las cargas y la siguiesen, y poniéndose ella á su frente con una lanza en la mano, rechazó y ahuyentó al enemigo, peleando con él valerosamente, y con una constancia digna del mayor elogio. Despues de lo qual se concedió á esta muger el sueldo militar, pues con su noble exemplo habia enseñado á los hombres á vencer. Nuestros escritores dexan en duda el año en que acaeció este suceso; pero damos mayor crédito á la historia de Malta de Funes, que afirma positivamente haber sucedido en el año de mil quinientos 1540.
y quarenta.

CAPITULO X.

Discordias entre el virrey de México y Cortés. Guerra civil en el Perú. Viage de Orellana por el rio de las Amazonas.

Por estos tiempos acaecieron en América sucesos ilustres por su número y variedad, los que referiremos ahora segun el orden que nos hemos propuesto, para no fastidiar á los lectores. El virrey de México don Antonio de Mendoza gobernaba los negocios civiles con mucha atencion y vigilancia. Comenzó la

justicia á exercer su debida autoridad, y á ser castigados los delitos, que se cometian con gran frecuencia en muchas partes al abrigo de la confusion y del desorden inevitable. Con el consejo y parecer de la audiencia real mandó hacer pesquisa de las violencias y malversaciones cometidas, enviando á todas partes comisionados para castigar los agravios hechos á aquellos naturales, y colonos por la soberbia y avaricia de sus gobernadores. Muchos de estos, que mas bien podian llamarse harpías, estimulados de su mala conciencia, y temerosos de la pena que les esperaba si llegaban á dar cuenta de su conducta, se pusieron en salvo por medio de la fuga. Alvarado que estaba persuadido de que al paso que tenia mas poder, podia obrar con mas impunidad y independencia, y de que sus cosas mejorarian de semblante en España, asi por la fama de sus hechos, como por su mucho oro, que es el protector mas poderoso, se embarcó en un navío y arribó á Sevilla. Fue puesto en prision Nuño de Guzman como culpado de muchas maldades, y despues de haber padecido un largo encierro, le envió el virrey á España con buena custodia. Habíase suscitado una gravísima discordia entre Mendoza y Cortés, originada de la emulacion que recíprocamente se tenian. Este pues, habia dispuesto hacer una expedicion á los mares mas remotos para descubrir el paso á la India, conforme al mandato del César: el virrey sostenia que esto le pertenecia á él por su empleo; y entre estas quejas y reconvenciones se usurparon uno á otro su respectiva potestad. Pero Cortés envió á Francisco Ulloa con tres navios, en cuya construccion habia gastado doscientos mil pesos, y se puso en marcha á España para defender su propia causa. A instancia suya fue pronunciada por el Consejo de Indias una terrible sentencia contra Guzman.

No obstante se le perdonó la vida, habiendo sido condenado á una gruesa cantidad de dinero; y notado de infamia acabó miserablemente sus dias en Valladolid. Comenzó Ulloa su navegacion con mal presagio, pues apenas entró en alta mar perdió un navío con toda su gente. Los otros dos agitados de recias tempestades arribaron á la isla de los Cedros, situada á treinta grados sobre el Equador. Desde allí, haciendo mucha agua otro de los navíos, se volvió á Nueva España al cabo de diez meses; y habiéndose obstinado en navegar otra vez con el único navío que le habia quedado, pereció sin duda en el mar, pues no se tuvo de él mas noticia. Movido al mismo tiempo el virrey con la fama de la ciudad de Cevola, mas grande que México, segun la fabulosa relacion de fray Marcos de Niza religioso Franciscano, que habia sido enviado á descubrirla, mandó á Vasco Coronado gobernador de la Nueva Galicia, que pasase á reconocer aquella region con mayor diligencia. Este pues, habiendo caminado ácia el Nordeste, siguiéndole un esquadron de trescientos y cincuenta caballos é infantes, y muchos mexicanos con provision de ganados, recorrió el espacio de mil y doscientas millas, sufriendo en este viage increibles trabajos y fatigas. Finalmente llegó á Cevola llamada así por los bárbaros, no la ciudad sino la provincia, que toda ella se dividia en siete pueblos. Despues de haber subyugado con las armas á los naturales, dió al pueblo mas principal el nombre de Granada. Contábanse en él doscientas casas, cuyos frontispicios se hallaban adornados con piedras pequeñas embutidas en ellos: costumbre que en otros tiempos floreció entre los árabes. La region es desierta y fria: los habitantes son de un ingenio no del todo bárbaro: se mantienen de maiz y legumbres, y se visten de pieles. Adoran al agua

como los antiguos egypcios, y por la misma causa; y aprecian el oro, la plata, y las piedras de diversos colores, mas para adornarse con ellas que para otro ningun uso. Esto es lo que refirió en su carta el mismo Vasco al virrey. Entretanto recorria las costas Fernando de Alarcon con tres navíos. Pasó con ellos quatro grados mas allá de lo que habia navegado Cortés, y reconoció otras tierras mas remotas, cuyos habitantes le trataron benéficamente, y él los correspondió tambien con benignidad. Detúvose con ellos algunos dias, y levantó alli cruces en señal del dominio español. No le fue posible penetrar por tierra á Cevola donde permanecia Coronado, porque lo resistian sus compañeros, y no queriendo detenerse por mas tiempo en aquella tierra tan pobre, despues de haber explorado las costas, se volvió por donde habia venido, con su armada salva.

En la parte meridional recorrió Quesada el inmenso pais que se extiende entre los célebres rios de Santa Marta y la Magdalena; y habiendo sujetado á los bárbaros, mas con la persuasion que con la fuerza, le puso el nombre de Nuevo Reyno de Granada, cuya longitud es de mil y doscientas millas, y poco menos de latitud. Edificó alli la ciudad capital de Santa Fé de Bogotá, y distribuyó entre los soldados muchos millares de escudos, y una inmensa cantidad de esmeraldas, de que hay abundantes minas en aquel reyno. Por este tiempo murió Lugo de quien era teniente Quesada, y prosiguiendo adelante sus descubrimientos, se encontró con Nicolás Federman teniente de los velseros de Venezuela, y por la parte del Perú con Belalcazar, juntándose los tres capitanes cada uno con diversas tropas. Compitieron entre sí con prudencia, y no con imperio ni á fuerza de armas, cosa muy rara en tales gentes, habiéndose

convenido en que las provincias de cada uno de ellos las señalaria el César á su arbitrio. Juan Sedeño que era mas ambicioso, intentó turbarlo todo; mas como no pudiese sujetar la isla de la Trinidad, por haber perdido en un combate cincuenta de sus compañeros, invadió la provincia que gobernaba Artal. Tuvo muchas batallas con los bárbaros, en que salió victorioso, y los soldados heridos con flechas envenenadas se curaban las heridas aplicando fuego á ellas. Habiendo enviado la audiencia de Santo Domingo un comisionado para prender á Sedeño, prendió éste al comisionado y le cargó de cadenas, tomando de otros este mal exemplo, que despues fue muy comun, despreciando la autoridad de los magistrados; pero de allí á poco tiempo murió, y sus soldados se dispersaron por varias partes.

Regresaba Mendoza desde el rio de la Plata á España, y falleció en el viage de una enfermedad. Despues llegaron tres navíos á Buenos Ayres, con cuyo socorro recibieron mucho alivio aquellos colonos. Navegaron en ellos seis religiosos Franciscanos, para instruir y catequizar á los naturales del pais que abrazaban la ley christiana. Pero no obstante, muchos españoles perecian en las emboscadas que les armaban los bárbaros; y receloso Ayolas que era el gobernador, desamparó á Buenos Ayres, y se pasó con sus compañeros á la colonia de la Asumpcion situada á veinte y cinco grados y medio mas arriba del Equador, y distante mil y doscientas millas de la embocadura del rio, para que reunidas las fuerzas, sujetasen á los bárbaros.

En el Perú se declaró al fin la guerra civil que mucho tiempo antes amenazaba; y fue orígen y principio de espantosas calamidades. Volvió Almagro por otro camino de la expedicion de Chile, habiendo

atravesado doscientas y setenta millas de arenales con increible sed y fatiga. Los bárbaros sitiaban todavia al Cuzco, y habiendo sido derrotados parte de ellos, y levantado los demas el dilatado sitio, entró Almagro en la ciudad, que pretendia comprehenderse dentro de los límites de su provincia; y Fernando Pizarro sostenia por el contrario que pertenecia á la suya. Almagro que tenia mayores fuerzas, puso en prision á los dos hermanos Fernando y Diego. Entretanto con la fama de que el Perú se habia levantado, acudian á Francisco Pizarro auxîlios de todas partes, y aun Cortés le envió dos navíos; y juntando quatrocientos españoles entre caballos é infantes, se puso con ellos en camino para libertar á sus hermanos: pero fue derrotado este exército por Almagro, y quedó preso Alonso de Alvarado teniente de Pizarro, que habia ido á socorrer á los encarcelados. Habiéndose vuelto á Lima procuró componer aquella discordia por medio de algunos árbitros, para que no se empeorase con una funesta guerra. Pedro Ordoñez teniente de Almagro, despues de la victoria marchó contra Mango, y habiendo trabado combate, derrotó á los bárbaros con mucho estrago. Este pues no desistia de exhortar á Almagro que hiciese morir á los Pizarros, que nunca se olvidarian de la ofensa. Pero se oponia á esto su hermano Diego, íntimo amigo de Almagro, obligado de la generosidad del preso Fernando, que habiéndole ganado en un juego ochenta mil pesos, no quiso recibírselos, y se los perdonó. Al mismo tiempo Diego Pizarro y Alonso de Alvarado, mientras que Almagro marchaba á Lima para conferenciar personalmente con Francisco, se escaparon de la prision, y por sendas y caminos extraviados llegaron á Lima antes que Almagro. Fue nombrado juez árbitro entre los dos competidores fray

Francisco de Bobadilla del orden de la Merced, y se le censuró que con poca sinceridad habia sentenciado á favor de Pizarro. Finalmente habiendo conferenciado los dos, y renovado su antigua amistad, convino Pizarro en que conservase Almagro la ciudad del Cuzco, mientras que el César no dispusiese otra cosa. Hecha pues, y jurada la paz, mandó Almagro poner en libertad á Fernando Pizarro, el qual inmediatamente se vino á Lima; y Almagro se apresuró á volver al Cuzco muy contento de haber concluido tan felizmente sus cosas. Mas faltando los Pizarros al juramento, determinaron perseguir á Almagro con guerra declarada, ya que habian sido en vano las asechanzas con que procuraron perderle. Juntó Fernando un exército, y á largas jornadas marchó al Cuzco para borrar la ignominia de su prision. A su llegada puso Almagro en orden sus tropas. Pablo, hermano de Mango, desde el punto en que se hizo amigo de los españoles les guardó una inviolable fidelidad, y como enemigo de su hermano, les ayudaba contra él. Los bárbaros se hallaban entre sí no menos discordes que los españoles; pero Mango se habia hecho enemigo de todos; y Pablo seguia la fortuna de Almagro. Los dos exércitos se avistaron no lejos de la ciudad, y tenian uno y otro casi igual número de gente armada; pues los indios que mandaba Pablo no se contaban por nada. Habiéndose dado la señal de pelear, combatieron todos con aquella atrocidad propia de las guerras civiles; mas la victoria quedó por Pizarro á costa de poca sangre de los suyos, y con muerte de ciento y veinte de los contrarios, entre los quales pereció Ordoñez. Viendo Almagro la batalla en mal estado, se habia retirado de su exército, llevándole en hombros los indios á causa de su poca salud; pero no pudo evitar el ser hecho

prisionero por Alonso de Alvarado. Esta victoria tan lastimosa, como ganada á los mismos compatriotas, la hicieron mucho mas detestable los vencedores, habiendo pasado á cuchillo en el saqueo de la ciudad á muchos de los enemigos.

Concedió Fernando permiso para descubrir nuevas regiones á los que se lo pedian, asi por haberse concluido la guerra, como para separar y tener ocupada aquella gente feroz, que tanto tiempo habia estado con las armas en la mano, temeroso de que si estuviese ociosa no dexaria de causarle inquietud. Pedro de Candía marchó con trescientos caballos é infantes, los mas de ellos del partido de Almagro, y Pedro de Vergara y Alonso Mercadillo capitanes veteranos, salieron tambien con otras tropas. Fernando Pizarro que estaba inexôrable contra Almagro, aceleró su suplicio antes que llegase Francisco, que habia partido de Lima para el Cuzco, y habiéndole hecho ahorcar en la cárcel, se le cortó la cabeza en medio de la plaza. Su cuerpo fue enterrado en la iglesia de los Mercenarios con grande dolor y lágrimas de todos. Sucedióle en el gobierno Diego su hijo, el qual tuvo en una india, y en su testamento nombró por heredero al César. De la familia de Almagro no se sabe cosa alguna con certeza, y él mismo ignoraba quién fuese su padre, aunque procuró averiguarlo con mucha diligencia despues que habia adquirido grandes riquezas. Su muerte acaeció en el año sesenta y tres de su vida, y en el treinta y ocho de este siglo.

Corria entonces la fama de algunas regiones muy abundantes de todo género de riquezas. La mas celebrada era la provincia de la Canela, llamada asi por los españoles, por un árbol que producia unas agallas olorosas, y no era otra cosa que unos bosques inúti-

les. Tambien fue muy famosa la provincia del Dorado, que tomó este nombre de la opulencia de su príncipe, de quien se decia que todos los dias se ponia distinto vestido de oro; y finalmente la ciudad de Manoa (que mejor debe llamarse Mania) con sus montes mazizos de oro: todo lo qual es digno de contarse entre las fábulas de los poetas. Mientras que los españoles investigaban con mucha inquietud estos imaginados tesoros, y despreciaban los que ya poseian, segun el comun vicio de los hombres, padecieron gravísimos trabajos recorriendo desiertos y precipicios, y careciendo de todas las cosas por la excesiva ambicion que tenian á una sola: volaban divididos en muchos esquadrones por diversas gentes y tierras, nunca satisfechos de oro, ignorando de tal suerte los caminos, que muchas veces se guiaban por las estrellas, como si estuviesen en el mar. Peleaban á cada paso con los bárbaros, ganaban victorias, y recogian opulentas presas, desenterrando de los sepulcros grandes cantidades de oro. Francisco César sacó de uno solo treinta mil pesos. Tanta era la rabia y codicia de adquirir, que ni aun dexaban descansar á los muertos. La provincia de Popayan, que es muy grande, y situada debaxo de la línea, se vió casi despoblada por la peste y el hambre; porque los bárbaros habian dexado de cultivar los campos, á fin de que unos huéspedes tan violentos no permaneciesen en su país. Ellos se alimentaban con todo género de comidas, y aun les servian de manjar los cadáveres de los que perecian. Cuéntase que fueron devorados cincuenta mil cuerpos muertos, y que perecieron quinientos mil; tan feroces eran aquellos hombres, que excediendo en crueldad á las mismas fieras, querian mas encarnizarse contra sí mismos que sufrir el yugo. Viendo Candía frustrada su

comenzada empresa, se retiró con su exército muy derrotado con la fatiga y el hambre. No trató la fortuna con mas indulgencia á los otros capitanes; pero la calamidad de Pedro Anzures fue la mas funesta de todas. Habiendo caminado por regiones solitarias y empeñándose con pertinacia en proseguir adelante, comenzó á extraviarse. No encontraba ningun rastro ni vestigio humano, ni tenia esperanza de salir de allí. Consumido ya todo quanto podia servir de alimento, mancharon sus entrañas con la funesta comida de los cadáveres; pero el hambre implacable les obligó todavia á otras cosas mas horribles, que estremece solo el referirlas. Agitados algunos de la rabia, se comieron á bocados sus mismos brazos para perecer al fin con muerte mas cruel: hecho jamás oido en los siglos precedentes. Mas yo no creo todo lo que refiero. La cruel hambre consumió ciento y treinta españoles: murieron quatro mil indios y negros que iban para el servicio del exército; y doscientos y veinte caballos adquiridos á mucha costa, sirvieron de grande auxîlio para que no pereciesen todos los hombres. El oro se perdió juntamente con las bestias que lo conducian; y quando apenas se hallaban ya con fuerzas para tener las armas en la mano, escondieron en tierra los vasos destinados al culto divino. Finalmente los que quedaron con vida edificaron en la provincia de Charcas, abundante en minas de plata, la ciudad llamada de la Plata, que despues se hizo muy opulenta. Mango, que no perdia ocasion de molestar á los españoles, destrozó á Villadiego con su gente, de la qual solo escaparon seis hombres. Pero habiendo sido derrotado en una gran batalla por Pablo su hermano y Gonzalo Pizarro, apenas pudo libertar su persona con la fuga.

Envió el César al Perú á Vasco Nuñez Vela con

una armada muy fuerte, y volvió á España con grandes riquezas sacadas de aquellas regiones, libertándolas de que cayesen en manos de los piratas franceses, que hacian todos sus esfuerzos para apoderarse de semejantes presas. Hay en el Perú una grande villa llamada Atabillos, la qual concedió el César á Francisco Pizarro honrándole con el título de marques en premio de sus grandes hazañas. Poseia opulentas riquezas, y no habia ninguno que le igualase en esplendor. Gonzalo Pizarro hombre de ánimò grande, y de cuerpo endurecido con la tolerancia de todo género de trabajos, fue uno de aquellos que buscaron los fabulosos tesoros que exâgeraba la fama. Este pues, habiendo atravesado con algunas tropas las montañas de los Andes, y vagado por ellas largo tiempo, no encontró cosa alguna que fuese digna de tantas fatigas. Comenzó á sentir el hambre, y para buscar víveres envió á Francisco Orellana con cincuenta soldados, los quales habiéndose puesto en marcha en lo mas fuerte del invierno del año de quarenta, no es necesario decir la extremada necesidad que entretanto padecieron Gonzalo y los suyos, pues no perdonaron ni aun las correas y pellejos. Embarcóse Orellana con su gente en canoas en un rio, cuyas márgenes estaban tan desiertas que no se veia la menor señal ni vestigio de cultura humana; y desesperando de volver á juntarse con Gonzalo y sus compañeros, por no serle posible navegar rio arriba, se determinó á seguir la corriente, aunque del todo desconocida, y salir adonde le llevase la fortuna, sin que le aterrasen los peligros que tenia á la vista. En el mes de enero del año siguiente salieron á un pequeño pueblo situado no lejos del rio, donde fabricaron una galera. En las chozas y cabañas de los bárbaros encontraron algunas alhajas de oro; y habien-

do embarcado en sus barquillas todos los víveres que pudieron recoger, volvieron otra vez á seguir su navegacion. Llegaron cerca del solsticio á la provincia de las Amazonas, á la qual no sin motivo dieron este nombre, porque las mugeres peleaban mezcladas con los hombres, y de aquellas mataron siete en un combate. Sus naturales son de grande estatura, y mucho mas blancos que los demas indios. Desde entonces tomó el rio el nombre de las Amazonas, y tambien se llamó Orellana, en memoria del capitan. Acometieron los bárbaros una vez á los soldados que habian salido á buscar forrages, y les dispararon una nube de flechas, y habiendo alcanzado una á fray Gaspar de Carvajal religioso Dominico, le sacó un ojo. Derrotados los bárbaros con estrago, y recogidos algunos víveres, volvieron á seguir su navegacion; pero como no tenian otra cosa para vivir sino lo que podian robar, hacian freqüentes desembarcos en una y otra ribera. Sus habitantes eran de una ferocidad libre, y en lo demas no se diferencian en nada de los otros. Unas veces recibian de ellos maiz, gansos, papagayos, tortugas, y todo género de pesca, y otras les quitaban los españoles, á costa de heridas, todo lo que tenian recogido para su mantenimiento, y el de sus hijos. Las altas riberas del rio les impedian algunas veces salir á tierra, y otras se lo estorbaban los bárbaros armados que les salian al encuentro. Arrostraron grandes peligros; vieron cosas estupendas, y en estas regiones desiertas é incultas padecieron inmensos trabajos, cuya narracion excede á toda creencia. En un parage se estrecha de tal modo la madre del rio por los escollos que le ciñen, que no parece corren sus aguas, sino que se precipitan con extraordinaria violencia, y es cosa admirable, que habiendo dexado correr los barcos por aquel despe-

ñadero, vencieron felizmente este peligro; y llegaron á lo ancho con leve detrimento de sus cortos equipages. Aplacada despues la violencia de las aguas, se extiende el rio tan maravillosamente, que presentando á la vista un ancho mar, no se descubren por una ni otra parte sus riberas. Entran en él por todas partes otros muchos rios: tiene su orígen en la falda de los Andes; y aunque al principio es pequeño y angosto, crece despues extraordinariamente con las muchas aguas que va recibiendo en su carrera. Por la ribera izquierda le entra un rio, cuyas aguas son muy negras, y no se mezclan con las del Orellana, caminando separadas por espacio de ochenta millas, y conservando su ímpetu y color. Despues de una larga y trabajosa navegacion, salieron los españoles al mar en el mes de agosto, habiendo navegado rio abaxo siete mil y doscientas millas: la desembocadura de este rio tiene de ancho doscientas y quarenta millas; y navegando á izquierda por el mar del Norte, sin brúxula ni carta de marear, arribaron finalmente á Cubagua el dia once de septiembre. Pero Gonzalo Pizarro, que esperaba en vano la vuelta de Orellana con los víveres, despues de haber comido mas de cien caballos se restituyó á Quito. Seguíanle noventa y tres compañeros tan flacos, que apenas podian tenerse en pie, habiendo consumido el hambre á ochenta y siete; y en medio de tanta calamidad y miseria no sacó el menor fruto de esta empresa. Entretanto Jorge Robledo atravesó el celebrado rio de la Magdalena, y edificó la villa de Santa Ana, y la ciudad de Cartago, habiendo sujetado en parte á los bárbaros. Fernando Pizarro navegó á España á responder de la muerte de Almagro, y padeció una larga prision. Don García Arias fue nombrado primer obispo de Quito; y en Honduras sucedió

á Talavera don Christóval Pedraza. A Hernando de Soto se le encargó el sujetar la Florida, empresa que tantas veces habian intentado desgraciadamente los españoles, y á fin de que pudiese disponer desde cerca las cosas necesarias á esta guerra, se le confirió el gobierno de Cuba. Pero mas adelante referiremos todos los sucesos de la expedicion que tuvo principio en este tiempo.

CAPITULO XI.

Sucesos de los portugueses en la India, y en las islas Molucas. Sitio de la fortaleza de Diu.

Habian obligado los portugueses al Zamorin, al Rey de Cambaya, y á los demas príncipes de aquellas pequeñas naciones de la India á que se les sujetasen, intimidándoles con el terror de la guerra. Sobre todo estaban irritados contra el de Cambaya, y no tardó mucho el virrey en tomar venganza, á cuyo fin navegó á Diu con una armada, y executó una maldad indigna y vergonzosa. Habiéndose fingido enfermo, pasó el bárbaro en una barca á visitarle en el navío Almirante, y fue recibido y obsequiado con extraordinaria afabilidad, pero al tiempo que se retiraba le acometieron los portugueses, que se hallaban prevenidos, y le mataron despues de un reñido combate. Para disculpar la perfidia hicieron correr la voz de que el bárbaro habia proyectado asesinar al virrey. Inmediatamente se apoderó éste de la isla, y habiendo dexado á Antonio Silveira para defender la fortaleza, se volvió á Goa. Despues de su partida fue recobrada por los bárbaros la isla, que no podian conservar los portugueses con tan pequeñas fuerzas, y fueron obligados á encerrarse en la fortaleza, provocados por los cambayanos que deseaban vengar la

muerte de su Rey. Por este tiempo Soliman codicioso de las riquezas de la India, disponia una armada para arrojar de alli á los portugueses, movido, segun se decia, por las contínuas instancias que le habia hecho el Rey de Cambaya, lo qual le aceleró la muerte.

Entretanto Antonio Galvan, hombre de gran modestia y probidad, restableció el buen orden en las Molucas, donde los portugueses se hallaban en el mayor conflicto. Al tiempo de su llegada se habian conjurado ocho Reyezuelos para arrojarlos de aquellas islas, y vengar las injurias que habian recibido; y no encontrando Galvan ningun medio de aplacarlos, fue necesario recurrir á la fuerza. Llamó en su auxilio á la prudencia, y acometiendo primero á Tidore, tomó y incendió la ciudad y la fortaleza; quedando muerto Ayalo, que se hallaba alli desterrado, desde que los de Ternate le arrojaron del reyno por sus maldades, habiéndose atrevido á presentar batalla á Galvan con unas tropas muy débiles. Consternados con esta derrota los conjurados, se retiró cada uno á sus propios dominios. Pero este hombre excelente tuvo mucho mas que pelear contra la contumacia de sus soldados, que contra la perfidia de sus enemigos. Llegó á tanto el desorden que habiéndose sublevado muchos de ellos, y sin que los contuviese el pudor, recogieron gran cantidad de clavo de especia, y abandonando á su capitan se embarcaron para la India. Mas no por eso decayó el ánimo de Galvan, pues con su blandura y buenas razones se ganó el afecto de algunos Reyezuelos, y con un corto número de navíos derrotó la armada de los que despreciaban su amistad; y finalmente ya de grado, ya por fuerza todos se le sujetaron.

Tranquilizadas que fueron las cosas, dirigió sus

cuidados á la propagacion del christianismo: y como era un varon exemplar aprovechaba mucho, y hacia gran fruto con sus buenas costumbres, mas poderosas muchas veces para persuadir, que las palabras mas eloqüentes. Bautizóse infinito número de isleños, y procuró reducir al gremio de la iglesia á muchos que por cobardía habian renunciado á Jesu-Christo. Estableció un seminario para enseñar é instruir á los muchachos en la policía civil y christiana, y fue el primero que hubo en estas regiones. Con la grande autoridad que tenia sobre los Reyezuelos, era el árbitro y pacificador de todas sus discordias, y contraxo amistad con muchos de ellos. Trató los negocios de su Rey con admirable pureza: enseñó á los isleños el modo de edificar sus casas, y cultivar sus campos; y habiéndolos civilizado, los colmó de todo género de bienes, de tal suerte que era tenido y venerado de todos como padre. Me causa vergüenza referir el miserable fin que tuvo Galvan, habiendo vuelto á Portugal á recibir el premio de sus muchos trabajos, pues reducido á una extrema pobreza, porque abandonó sus intereses propios, por cuidar de los del Rey, vivió algun tiempo de limosna en un hospital, y murió en él sin habérsele dado la menor recompensa á tantos méritos.

Por estos tiempos mandó el Otomano armar y prevenir en el puerto de Suez, (llamado por los antiguos de los Héroes, ó de Arsinoe) situado en el mar Bermejo, una armada de ochenta navios, los mas de ellos galeras, y nombró por general de ella á Soliman griego renegado natural de la Morea, que era gobernador de Egypto. Este pues recorrió las costas, y dió muchos exemplos de crueldad, habiendo muerto con asechanzas á algunos Reyezuelos, y saqueado sus ciudades. Noticioso Silveira de la venida de los

turcos; como era hombre de grande ánimo y talento, comenzó á prevenir con admirable presteza todas las cosas necesarias á una guerra tan formidable, y por sus cartas pidió al virrey que le socorriese. Habiéndose juntado en el mes de septiembre las tropas de Soliman con las de Cambaya, mandadas por Coge Cofar, hombre de valor intrépido, se dispusieron á acometer por mar y tierra la fortaleza de Diu, defendida solamente por setecientos portugueses. Colocaron en los navíos una máquina de madera para batir los muros, y levantaron en tierra una trinchera tan alta como la fortaleza, segun la costumbre de los turcos. La máquina fue abrasada una noche por un ardid de los portugueses, y las galeras perecieron en diversos tiempos, unas destrozadas por la artillería, y otras barrenadas y echadas á fondo. Tambien los turcos causaron daño á los portugueses, tomándoles el castillo de Rumai, que estaba separado de la fortaleza, entregándole Pacheco con la ignominiosa condicion de su libertad. Despues de esto recayó todo el peso de la guerra sobre la fortaleza, la qual fue acometida con cañones tan enormes, que disparaban balas de noventa libras de peso cada una. Padecieron los muros grande estrago; pero los portugueses repararon y fortificaron sus ruinas y brechas aceleradamente con todo género de materiales. No podia tener entrada en ellos la cobardía ni la pereza: rechazaban á los enemigos que intentaban escalar los parages mas árduos, y peleaban atrozmente con ellos sobre las mismas ruinas; porque los bárbaros, aunque repelidos y arrojados muchas veces, repetian sus asaltos con pertinaz empeño. Mas una vez intentaron en vano escalar los muros desde el mar, y desde la tierra, pero siempre con infeliz suceso: y con muerte de su mas intrépida gente.

Viendo inutilizados todos sus esfuerzos, se dedicaron á minar la fortaleza, pero no tuvieron mejor fortuna; pues aunque no se interrumpian sus trabajos, los inutilizaba á cada paso el valor de los sitiados, y los reducian á la desesperacion. No estaban en mejor situacion las cosas de los portugueses: su número se hallaba tan disminuido, que no eran suficientes para ocurrir á lo mas preciso y urgente de las fatigas, y casi la tercera parte de los soldadós eran voluntarios. Tampoco era grande la cantidad que tenian de víveres, y en breve tiempo les hubieran faltado, si se hubiese prolongado el sitio. En este estado tan crítico llegó de Portugal García de Noroña con una armada para suceder á Nuño en el mando; y habiendo dispuesto llevar socorro á los sitiados, hizo embarcar en diez y seis fragatas doscientos y quarenta soldados veteranos y todas las provisiones necesarias, y mandó que acelerasen su viage á vela y remo. Pero mientras hicieron esta navegacion, llegaron los sitiados á verse en el mas extremo peligro; porque determinados los bárbaros á hacer el último esfuerzo, acometieron una mañana al amanecer por diversas partes del arruinado muro, subiendo intrépidamente por las escalas. Resistieron los portugueses con ánimo superior á sus fuerzas, y arrojaron sobre los que subian bigas, barriles, tinajas, y todo lo demas que tenian á la mano; y con lanzas, alabardas, broqueles, y otras armas derribaban á los que ya habian llegado á lo alto: las voces de los que exhortaban, y los clamores de los que caian, causaban un horrible ruido, y el combate cada vez se hacia mas atroz y sangriento. Por otra parte se acercaron catorce galeras á la fortaleza para molestar con la artillería á sus defensores; pero sus conatos fueron inútiles, y no quedaron sin castigo, pues dos fueron

quasi sumergidas con la fuerza de los tiros que volaban de los muros.

Rechazados los enemigos de la torre casi arruinada, volvieron á renovar el asalto con mucha griteria, y con efecto subieron á los muros habiendo hecho retroceder á treinta portugueses: ya se veian en lo mas elevado quatro banderas de los bárbaros, y ya peleaban á pie firme en la plaza de la fortaleza, quando acompañado Silveira de veinte nobles, acudió al socorro, y habiéndolos exhortado á combatir valerosamente, se arrojó en lo mas espeso de los enemigos. Excitados los soldados con su voz y con su exemplo, recobraron las fuerzas, y combatieron mas atrozmente sin cuidado alguno de la vida. Juan Rodriguez hombre muy robusto, cogió un barril de pólvora, y aplicándole una mecha encendida le arrojó en medio de los enemigos. Fue grande el estrago que hizo en ellos, extendiéndose rápidamente la llama entre su inmensa multitud. Entonces levantando el grito los portugueses, hicieron nuevo esfuerzo, y arrojaron al enemigo, que ya se disponia á la fuga. Al mismo tiempo la artillería disparada oportunamente por el costado, arrebataba compañías enteras: caian las banderas enarboladas con sus alféreces, y los demas se precipitaban unos sobre otros en el foso, confundiéndose los sanos con los heridos, y los vivos con los muertos. Duró la pelea por espacio de cinco horas contínuas con gran mortandad de los enemigos: de los portugueses solos quarenta quedaron sin heridas; y las mugeres mezcladas con los hombres hicieron durante todo el sitio heróycas hazañas, presentándose armadas en las murallas para que el enemigo no cobrase ánimo á vista de los pocos defensores que tenia la fortaleza. La noche siguiente llegaron las fragatas, y dieron fondo en el puerto de Madrefabato:

habian encendido los portugueses en cada una quatro faroles, que aparentaban una numerosa armada, con cuya insigne estratagema engañados los enemigos, que por otra parte estaban llenos de terror y desesperacion, se embarcaron aceleradamente en sus naves, y maldiciendo una guerra tan cruel, navegaron á la Arabia el dia primero de noviembre. No hubo cosa mas agradable para los portugueses que el dia siguiente en que desaparecieron todos sus enemigos. Pasóse al mismo tiempo Cofar á la tierra firme con las tropas de la India, siendo tan grande el temor y espanto que se derramó en su campo, que con el deseo de escapar quanto antes, se dexaron quinientos heridos, y una buena parte de la artillería. El virrey Noroña que navegaba á Diu con una armada de ciento y cincuenta velas, recibió la noticia del feliz suceso de los suyos, y determinó seguir al enemigo fugitivo ácia el mar Bermejo. Pacheco y sus treinta compañeros que entregaron el castillo de Rumai, como ya diximos, recibieron de Soliman el digno premio que merecian, habiéndolos condenado á remar perpétuamente en las galeras.

Despues de haber obtenido Nuño con general aceptacion por espacio de diez años el virreynato de la India, se hizo á la vela para Portugal, y murió de enfermedad en el cabo de Buena Esperanza, con gran dolor de los portugueses, que le amaban verdaderamente; y su cuerpo fue arrojado al mar, como él mismo lo habia mandado. Persiguió Noroña inútilmente á los turcos, por lo qual dirigió sus fuerzas y cuidados á restablecer las cosas de Diu. Hizo paces con Mahamed hijo de una hermana del difunto Badur Rey de Cambaya, á quien habia sucedido en el reyno segun la costumbre de aquella gente. Nombró por gobernador de la fortaleza á Diego de Sousa en lugar

de Silveira (tan celebrado en todo el orbe por la anterior victoria) habiéndole dado quinientos soldados para su defensa. El Zamorin movió guerra al Rey de Ceilan amigo de los portugueses, y le reprimió Miguel Ferreira, derrotándole su armada con muerte de su general. Ocupado Noroña en tan graves negocios, le acometió la última enfermedad, y murió á los ocho meses y diez dias de su gobierno. Abrióse la real cédula enviada á prevencion para este caso, y en ella se declaraba virrey á Esteban de Gama hijo del famoso Vasco; y esclarecido por sus propias hazañas. Estos son los principales sucesos acaecidos en aquellas remotísimas partes del orbe, cuya narracion nos parece ser suficiente para no apartarnos de la brevedad que nos hemos propuesto.

CAPITULO XII.

Dieta de Wormes, y otros sucesos. Viage del César a Italia. Sus preparativos para la guerra de Argel, y éxito desgraciado de esta empresa.

A principios del año de mil quinientos quarenta y uno habiendo el César arreglado las cosas de Flandes, pasó á Wormes para celebrar la dieta que tenia convocada. En ella hubo una acérrima disputa entre Juan Eckio célebre theólogo cathólico, y Melantchon sequaz de la doctrina de Lutero, pero no produxo fruto alguno. Despues por ciertas causas se trasladó la dieta á Ratisbona, y continuaron las disputas sobre muchos dogmas de la religion christiana: cuya relacion escribió con eloqüencia Alberto Pighio, dedicándola al sumo Pontífice Paulo III; y despues se trataron y decidieron las causas y negocios civiles. Habia venido á esta dieta Carlos de Saboya á solicitar

auxilios, y por su mérito se le concedió la proteccion del imperio romano. Por el contrario el duque de Cleves fue declarado enemigo en pública dieta, porque habia hecho alianza con el Frances contra el César; pues habiendo divulgado la voz de que inmediatamente vendria á Wormes, mudó de viage, y marchó con presteza á visitar al Rey Francisco, que se hallaba en Amboysa, y que le prometió en casamiento á Juana hija de Enrique de Navarra en señal de una estrecha alianza. El Rey conciliador de estas bodas, aunque se oponian á ellas los parientes de la esposa, las celebró aquel dia con un espléndido convite; pero no se juntaron los consortes por no tener la doncella edad competente. El César hizo otro tanto, casando á Christina, que habia quedado intacta de Esforcia, con Antonio hijo del duque de Lorena. Despues se decretaron socorros contra Soliman, que con excesiva ambicion amenazaba á la Ungría, y se acordaron otras muchas cosas en esta dieta; reservándose las concernientes á la religion para el concilio que debia congregarse quanto antes: porque no era justo que el César, traspasando los límites de su poder, se intrometiese en estos negocios, aun con pretexto de verdadera piedad. Lo cierto es, que en el año anterior Farnesio legado del Pontífice, se retiró de la corte sin despedirse del César, indignado de que sin contar con él hubiese convocado la dieta para determinar las controversias de religion.

Presentóse á la audiencia del César el embaxador del Rey Francisco, para suplicarle confiriese la Lombardía al duque de Orleans; pero le respondió que le daria á Flandes con María su amada hija como lo habia resuelto; y que en lo demas excusase el Rey de porfiar tantas veces sobre una misma cosa, porque todo seria en vano. Irritado el Frances de la repulsa

del César, determinó hacerle la guerra, y suscitarle enemigos por todo el orbe. Solicitó primeramente á Soliman con grande oprobrio suyo, y obscureciendo con semejante conducta el lustre de las lises francesas. A este fin envió á Constantinopla á los desterrados Antonio Rincon y César Fragoso, el uno español de Medina del Campo, y el otro de Génova, á los quales al tiempo de pasar el Pó les acometieron ciertos hombres enmascarados que se hallaban en emboscada y los asesinaron. El marques del Basto no pudo evitar los rumores que se habian divulgado de ser autor de esta maldad, aunque procuró con todo esfuerzo vindicarse de tan fea nota. Habiendo llegado este suceso á noticia del Rey Francisco, prorumpió exclamando, que se habia quebrantado impiamente el sagrado derecho de los embaxadores, asesinando á unos inocentes, y violando las leyes de las treguas; y que todo esto amenazaba guerras, estragos, ruinas y muertes.

Concluida poco despues la dieta de Ratisbona, marchó el César á Luca, ciudad de la Toscana para conferenciar con el Pontífice, y habiéndoseles presentado el embaxador del Rey Francisco, ponderó la calamidad de Rincon y Fregoso, la injuria que se habia hecho á la magestad real, y la violacion de las treguas. A lo que respondió el César: «Que no habia »quebrantado las treguas, y que serian inviolables »para él. Que el asesinato de los embaxadores se ha»bia cometido sin noticia alguna suya, y que si en »esto habia alguna culpa, estaba pronto á entregar »los malhechores en manos de los franceses." Pero fueron en vano estas razones para aplacar al Rey, que se hallaba con violentos deseos de hacer la guerra. Quejóse el César altamente al Pontífice de la maligna emulacion de Francisco, que arrebatado de esta pa-

sion no desistia de perturbar todo el orbe, llamando á este fin en su auxilio al mas formidable enemigo del nombre christiano, sin miramiento alguno de la verdadera piedad, que debia ser el principal cuidado de un piadoso príncipe; y que era tanto el deseo que tenia de molestarle, que del asesinato de dos hombres de poca importancia, cuyo autor se ignoraba, tomaba pretexto para declararle la guerra. El Pontífice procuró con muchas razones y súplicas templar la cólera del César, que se hallaba en gran manera irritado, pero no sacó fruto alguno. Trataron entonces con mucha unanimidad de congregar el concilio Oecuménico en el año siguiente para remedio de los males que padecia la religion; lo que antes se habia intentado en vano por la resistencia que los luteranos hicieron á concurrir en Mántua donde le convocó el Pontífice. Desaprobaba éste la expedicion de Argel, emprendida en el tiempo mas importuno, y con poderosas razones procuraba disuadir al César su intento. Pero éste firme y constante en su resolucion de que queria de una vez y para siempre extirpar aquella peste del mar, se despidió de su Santidad que le deseaba el mas feliz suceso.

Desde Luca pasó el César con Octavio su yerno al puerto de Luni, y embarcadas en los navíos de carga las compañías italianas, y una brigada de alemanes, se hizo á la vela con una esquadra de treinta y cinco galeras, en que era conducido él mismo y sus cortesanos, con la principal nobleza. Con navegacion trabajosa arribó á Mallorca, donde habia mandado estuviesen prontas las armadas. Hallábase ya Gonzaga en aquel puerto con ciento y cincuenta galeras y navíos de carga sicilianos, muy provistos de víveres y municiones; y habiéndosele juntado levantó velas, y llegó á Argel en dos dias de travesía. Des-

pues que la armada dió fondo el dia veinte y uno de octubre, arribó Mendoza con las galeras españolas, y dió noticia de que los buques de carga quedaban en el promontorio de Apolo, que no estaba muy distante. Concurrieron mas de cien naves de Vizcaya y Flandes, y mucho mayor número de las otras provincias de España, en las que iban las compañías de infantería, la mas escogida caballería, y la nobleza que militaba á sus expensas, yendo por general don Pedro de Toledo. Entretanto que se aplacaba el mar envió el César á don Lorenzo Manuel noble español, para que intimase al renegado Assan Agá, á quien Aradino habia dexado con el mando en Argel, que si no entregaba la ciudad y se retiraba con sus tropas á otra parte, le declaraba la guerra. El renegado recibió con bastante humanidad al rey de armas, y despues de haberle oido, le respondió con sonrisa: «Tambien nosotros tenemos armas, y no nos falta »ánimo para rechazar la fuerza. Acuérdese el César »de que por dos veces se han estrellado en este es»collo las armadas españolas; y espero que con su »propia pérdida llenará el colmo de las anteriores." Juzgaba pues con prudente discurso, que una expedicion tan intempestiva debia tener un éxito muy desgraciado: y á la verdad Doria, hombre muy experimentado en la náutica habia amonestado al César que no se expusiese á un mar tempestuoso en la estacion del otoño, que es la mas peligrosa: que debia esperar tiempo mas benigno; y que con la paciencia y no con la temeridad se vencian semejantes dificultades. Pero arrebatado el príncipe de su fatal destino no quiso dar oidos á ningun consejo prudente. Corrió entonces la voz, y aun se conserva todavia en el vulgo, que una vieja mora suscitó la tempestad con encantos y artes mágicas; lo que to-

dos los hombres juiciosos tienen por una fábula despreciable.

Tenia Assan Agá ochocientos turcos de extraordinario valor, los mas de ellos de á caballo, y cinco mil infantes veteranos; y ademas una gran multitud de moros, á quienes ofreció el sueldo, y la presa que recogiesen fuera de las murallas en las continuas correrias que á todas horas, y en todos los parages hacian contra el enemigo, segun su costumbre. Desembarcó el César con mar tranquilo, y sin tardanza ni confusion dirigió ácia la parte del Oriente sus tropas, en las que se contaban segun algunos treinta mil infantes (aunque otros disminuyen la tercera parte) y tres mil caballos, y marchó con todo el exército junto á la ciudad, mandando fortificar el campo en lugar oportuno, dividiendo las estancias por naciones. Los españoles con su capitan Sande ocuparon los primeros los collados que se levantan á la mano izquierda, y ciñen la ciudad por las espaldas, habiendo arrojado de alli á los bárbaros. Los alemanes se extendieron por la parte de Oriente, rodeando la tienda del César; y los italianos en los parages inmediatos á la costa. Inmediatamente comenzó á desembarcar la artillería, los caballos, víveres y todos los demas preparativos de guerra. Pero mientras tanto que se ocupaban en estas y otras operaciones, se levantó una furiosa tempestad que comenzó á maltratar la armada. Siguiéronse copiosísimas lluvias, que continuando toda la noche sin cesar, molestaron en extremo á los soldados que estaban de centinela. Al amanecer del dia siguiente hizo una salida de la ciudad la caballería turca, mezclada con los moros de infantería, y acometieron con grandes gritos á los tres esquadrones italianos, que se hallaban apostados fuera de las trincheras del campo. Apenas tenian estos

fuerzas para huir, quanto mas para pelear. Gonzaga acudió al tumulto, y los reprehendió porque habian desamparado su puesto: con sus voces, y con la llegada de sus paisanos que vinieron aceleradamente del campo á socorrerlos á las órdenes de Agustin Espínola, recobraron el ánimo, y acometieron á los enemigos que no pudiendo resistir su ímpetu, y habiéndoseles mudado la fortuna, echaron á huir precipitadamente á la ciudad. Los caballeros de Malta, que en este dia hicieron grandes hazañas, llegaron con noble esfuerzo hasta las mismas puertas, y habiéndolas cerrado de improviso, dexaron en ellas clavados sus puñales. Miguel Marcilla, y Rogero Selino aragoneses, y Christóval Pacheco castellano consiguieron con este hecho hacerse memorables en la posteridad.

Entretanto los bárbaros, disparando contínuamente desde los muros, no dexaron de causar algun daño. Despues abriendo de golpe las puertas, y saltando de la ciudad con mayores tropas, renovaron la pelea con notable esfuerzo; pero fue reprimida su audacia por el singular valor de los malteses que cerraban la retaguardia. El tercio de los alemanes que iba á la frente, no habia podido resistir el impulso del enemigo, y en este trance montó á caballo el César con la espada desnuda, y les mandó redoblar el paso, y esforzándolos con pocas palabras, los conduxo contra los bárbaros que estaban orgullosos del anterior suceso. Excitados los soldados á la pelea con la voz y el exemplo del Emperador, se encaminaron al enemigo con las lanzas en ristre, y amenazador murmullo. Aterrados los bárbaros con este espectáculo, y burlándose de la impetuosa fuerza de los alemanes con la velocidad de los pies, en que nadie les aventaja, se refugiaron á la ciudad y á la ribera, mas deseosos de saquear que de pelear. Murieron en este dia mas de

trescientos soldados con algunos valerosos capitanes; y quedaron heridos doscientos, entre los quales se halló Phelipe Lanoy príncipe de Sulmona. Al mismo tiempo las naves, que habian padecido gravemente en su arboladura, eran agitadas de los vientos y de las olas. Estrellábanse con grande ímpetu unas contra otras, y llenándose de agua por las aberturas, se sumergian á vista del exército. En muy pocas horas que duró la tempestad, se tragó el mar ciento y quarenta buques de todos portes, ó porque las áncoras y cables no pudieron resistir, ó porque los marineros y pilotos no eran capaces de contrarestar á la fuerza de la tormenta, y asi arrojados por las ondas á la costa, perecieron con miserable y horroroso espectáculo. Algunos que para evitar la muerte dirigieron las proas á tierra, tuvieron la desgracia de morir á manos de los moros que recorrian la costa para robar. Otros que nadando llegaron á tierra, se vieron forzados á retroceder de unas playas tan peligrosas, y perecieron por la fuerza invencible de las olas. Todo quanto se alcanzaba á registrar en la ribera presentaba el aspecto mas lamentable. A cada paso se veian cadáveres arrojados por el mar, ó traspasados de las lanzas y flechas, estando todo sembrado de los fragmentos y despojos de las naves destrozadas. Habiendo encallado en la costa la galera de Doria, y rotas sus amarras, fue librada por el valor de Antonio de Aragon, que acudió prontamente á su socorro con las compañias italianas.

Tampoco en los reales se mostraba la fortuna con mas favorable semblante, pues el soldado no podia trabajar, ni levantar las tiendas, ni subsistian las levantadas, porque todo lo rompia y arrebataba el viento. Veíanse allí miserablemente postrados en el lodo y á la inclemencia enfermos y heridos, porque no habia tiendas para preservarlos de las copio-

sísimas lluvias que caian. Consumidos los víveres que se habian desembarcado al principio, ó corrompidos con la humedad, no habia esperanza alguna de poder tolerar la necesidad. Todos estaban atónitos esperando la última calamidad, que les parecia mas cruel que la misma muerte. Hallábanse en tierra enemiga, habian perdido la armada, y tenian cerrado el camino para retirarse. Sola la paciencia del César mitigaba tantos males, padeciendo él mismo iguales y aun mayores trabajos que el mas ínfimo soldado, y sin embargo con rostro sereno, indicio de su constancia, recorria todo el campo, vestido con su cota de malla, tolerando con ánimo invencible la inclemencia del cielo, y sufriendo con paciencia la horrible situacion en que se hallaba. Ponia en parages oportunos las centinelas para rechazar á los bárbaros que los amenazaban: consolaba con la esperanza de mejor fortuna los ánimos de los soldados, que se hallaban oprimidos de la tristeza y desesperacion; y finalmente aliviaba la comun calamidad con todo quanto podia. Mitigada la hambre de los soldados con las carnes de los caballos que les habian abandonado, de consejo de los generales levantó el campo al quarto dia, no habiendo dado oidos á Hernan Cortés conquistador de la América, que se ofrecia á penetrar con espada en mano en la ciudad con los españoles y parte de los auxîliares. Nuestros escritores refieren que entre la confusion y la tempestad perdió Cortés imprudentemente algunos vasos de esmeralda de inestimable valor. Doria hombre muy instruido en la astronomía y en la náutica, no cesaba de amonestar que era preciso acelerar la salida; que en el cabo oriental llamado de Matafuz se podria embarcar la tropa; y que la tardanza seria muy funesta, porque amenazaba una tempestad mucho mas

fuerte. Al tercer dia con gran trabajo y peligro de los soldados, que á cada paso eran acometidos por los moros, llegaron al parage donde tenia Doria la armada. Pero como no hubiese suficientes navíos para transportar los soldados, por orden del César fueron arrojados al mar los caballos de mas estima, con gran dolor de sus dueños, para que pudiesen tambien restituirse á su patria hasta los criados de mas baxa esfera. Los primeros que se embarcaron fueron los italianos, despues los alemanes, y los últimos los españoles, y el postrero de todos fue el César en una galera de Doria de quatro órdenes de remos. Luego que estuvieron en las naves les acometió una atroz tormenta, y parte de ellos para no estrellarse en las rocas, sin esperar orden alguna, se dexaron llevar adonde los arrebataba la invencible fuerza de los vientos; y despues de muchos trabajos arribaron á diversas partes de Europa, para anunciar el éxito de la funesta expedicion. Algunos navíos que estaban maltratados de la anterior tormenta, se sumergieron en el mar con los soldados que llevaban á presencia de sus compañeros, sin que pudiesen socorrerlos. Dos naves españolas con la violencia de la tempestad retrocedieron á Argel, y encallaron en su costa. Los que iban en ellas, animados por la misma desesperacion, se pusieron en armas para oponerse á los insultos de los bárbaros; pero acudiendo prontamente Assan Agá, y mandando á su gente que se retirase, preservó á los náufragos con grande humanidad del furor de sus tropas. El resto de la armada consiguió arribar á Bugía por los esfuerzos de Doria, á quien únicamente daba oidos el César. Allí se encalló una fragata cargada de víveres, y fue despedazada por la fuerza de la tempestad; pero habiéndose apoderado de ella á mano ar-

mada la turba de los marineros, socorrièron el bambre que padecian. Alivióse mucho la necesidad con los comestibles que vendian á las tropas los moros de los aduares inmediatos, que tuvieron que sufrir luego la cólera de Assan Agá, el qual para castigarlos de semejante conducta les declaró la guerra. Desde Bugia fueron despachadas las galeras de Malta y de Sicilia baxo el mando de Gonzaga, y con Agustin Palavicino las italianas de carga, cuya pérdida habia sido leve, y finalmente llegaron á Trepani. El conde de Oñate introduxo en Caller las naves españolas que tuvieron mucho que sufrir en el mar de Cerdeña, y á la mitad del invierno se restituyó con ellas á España. El César fue llevado por el viento solano á la isla de Mallorca, y á fines de noviembre arribó lleno de tristeza al puerto de Cartagena con los restos de la armada.

CAPITULO XIII.

Alianza del Rey de Francia y otros príncipes contra el César. Guerra del Piamonte y de Flandes. Sitio de Perpiñan por los franceses.

Entretanto que el César con piadoso y noble ánimo exponia su vida á los peligros, para extender los límites del imperio christiano, no cesaba el Frances de maquinar contra él. Es verdad que mientras estuvo el César en Africa no intentó cosa alguna el Rey Francisco, para no atraerse el odio comun; pero enviando embaxadores á todas partes, no dexaba piedra que no moviese contra él, en venganza de la muerte de Rincon y Fragoso, que era la causa que alegaba para la guerra. Sus proposiciones fueron generalmente desechadas; pero el Rey de Dinamarca

Christierno tercero de este nombre, el duque de Cleves, y algunos príncipes protestantes las admitieron, incitado cada uno de ellos por sus propios fines é intereses. Habiendo intentado en vano atraer á su partido á los venecianos, envió á Polini, hombre muy astuto y diligente para alcanzar de Soliman una armada, con que poder impedir las navegaciones de Doria; y aunque para mover al Otomano le regaló seiscientas libras de plata labrada, y gran cantidad de ricos vestidos de seda, solo consiguió magníficas promesas que no tuvieron efecto alguno. El Rey Francisco mandó á Polini que volviese quanto antes á Venecia, para que junto con Junusbey embaxador otomano, que en breve llegaria á aquella ciudad, inclinase el ánimo del senado á unir con él sus armas; porque esperaba que el bárbaro le ayudaria mucho, y que los padres del senado Veneciano condescenderian con sus deseos, luego que oyesen el nombre de Soliman. Mas no sucedió conforme lo pensaba; pues habiendo llegado el caso de tratar esta materia, exhortó Junusbey al senado con mucha tibieza á que conservase la paz con el Frances. Los venecianos no podian resolverse á quebrantar la paz que el César les habia concedido en Nápoles; porque habiéndose hecho mas cautos con las anteriores calamidades, quisieron mas ser expectadores de la guerra, sin exponerse á peligro, que partícipes de ella. No habiendo adelantado Polini cosa al-
1542. guna, á principios del verano del año de mil quinientos y quarenta y dos volvió á Constantinopla, para concluir á lo menos el negocio de la armada. Pero su pretension fue rechazada por los ministros otomanos, los quales dixeron que no podian enviarla, por haberse pasado ya el tiempo oportuno para navegacion tan larga. A la verdad fundado en esta esperan-

za el Rey Francisco habia declarado la guerra, y el César la habia aceptado: ambos con iguales ánimos, pero con mucha desigualdad en las prevenciones y auxîlios. Habiendo hecho aquel una escogida recluta en todo el imperio frances, y buscado socorros por todas partes, habia levantado tres exércitos, para emprender la guerra por tres distintos parages. Pero éste que perdió en el otoño anterior su armada, y la mayor parte de su exército, apenas tenia fuerzas para defender sus propias fronteras. De este modo el fin de la guerra de África fue el principio de una triple guerra. La furiosa pasion de dominar es ciertamente un gran mal, que nunca dexa descansar á los Reyes. Todos los dias nacen unas de otras nuevas controversias y disputas, enlazadas entre sí de tal modo, que nunca falta justa ó injusta causa de hacer la guerra, y motivos para derramar la sangre humana.

La primera tempestad vino á caer sobre el territorio del Piamonte: aprovechándose Langeo de la desidia y descuido de los imperiales, ponia asechanzas á las ciudades fortificadas; porque en estos tiempos se tiene por cosa mas gloriosa engañar al enemigo que vencerle con el valor, habiéndose convertido el esfuerzo en astucia. Sucedióle felizmente en Chierasco, dando una noche el asalto; y despues derrotó el esquadron de caballería de Zuchero Epirota, mientras que el gobernador se hallaba ausente y descuidado, pasando el verano en una casa de campo. Pero se descubrieron sus fraudes en Alexandría, habiendo sido presos los espías con las cartas que llevaban: y en Alba fueron rechazados los enemigos con daño suyo por el valor y diligencia de Francisco Landriano, y Gerónimo Vida poeta esclarecido. Para pagar al enemigo en la misma moneda, juntó el marques del Basto sus tropas, y su primera idea

fue el darle batalla; pero no presentándose ocasion de hacerlo, porque se mantenia el enemigo dentro de sus reales, hizo la guerra en las cercanías, y recobró muchos lugares fortificados, aunque se abstuvo de invadir á Chierasco, porque para expugnarlo, en caso que fuese defendido por los franceses, necesitaba mayores tropas.

En Flandes desolaban el Brabante las de Dinamarca y de Cleves, unidas con las francesas de Longueval, siendo su general Martin Rossen hombre intrépido y muy versado en el arte de la guerra. Amberes se mantuvo firme por el valor y constancia de Lanceloto Ursulo, y Nicolás Schermer sus magistrados. Rechazados de allí despues de haberle salido vano su intento, acometió á Hogstrat pueblo fortificado, y le obligó á entregarse. Salióle al encuentro Reynero de Nassau príncipe de Orange que iba á socorrer á los de Amberes, y le puso en fuga Rossen con una insigne y nunca vista estratagema, armándole asechanzas en campo raso. Hizo pues apostarse en una extensa llanura quatrocientos caballos dinamarqueses, y mandó que por la espalda se echasen en tierra los de infantería, para que no fuesen vistos por los del de Orange que recorrian aquellos campos, y escondió en Brescot lugar cercano las tropas francesas. Iba delante el Liberto turco con la caballería, y viendo éste el corto esquadron de caballos de los enemigos, envió un mensagero al príncipe de Orange para exhortarle á que acelerase el paso, y sin detenerse corrió al enemigo. Mientras que la caballería de Rossen recibia el primer ataque, hizo la señal, y se levantaron de repente los de infantería en orden de batalla. Parecia que en un momento habia producido la tierra una selva de lanzas y de picas. Tal era el número de las tropas, que ex-

tendiendo inmediatamente sus alas rodearon al de Orange que empeñaba la accion con su infantería. A vista de tan inesperado espectáculo, quedaron los orangianos atónitos é inmobles. El general rompiendo con su caballo por medio de los esquadrones enemigos, se escapó con algunos pocos á Amberes á llevar la noticia de su misma derrota. Tambien se escapó el Turco (aunque Jovio dice que fue hecho prisionero) habiendo sido mal recibido de algunos, pues como era natural de Gueldres, aunque militaba baxo las banderas del César, en la consternacion en que se hallaban era para ellos sospechoso. Quatro compañías que no pudieron sostener el combate, rindieron las armas, y se entregaron á Rossen. Al dia siguiente á esta victoria, que no costó al vencedor sangre alguna, movió Rossen su campo á Amberes, y envió un rey de armas para que intimase á los ciudadanos que abriesen las puertas á los Reyes de Francia y Dinamarca, amenazándoles en caso de resistencia. Despues de haberle respondido con mucha aspereza de palabras, dispararon los ciudadanos una lluvia de balas para alejar á los enemigos, que se habian acercado, y incendiaron los edificios sagrados y profanos que estaban fuera de los muros, á fin de que los enemigos no pudiesen aprovecharse de ellos. Habiendo perdido Rossen la esperanza de tomar la ciudad, levantó el sitio, y saqueó todo aquel territorio. Lovayna se halló mas próxima al peligro, pero se libró de él rescatando á costa de dinero las vidas y haciendas de sus habitantes. Apoderóse á viva fuerza de la fortaleza de Conroy, cuya guarnicion pasó á cuchillo, y causó mucho estrago en los campos de Namur. Entretanto el duque de Orleans, junto con el duque de Guisa su consejero, reduxo de grado ó por fuerza la provincia de Lu-

xemburgo, excepto Tionvila, y compuso la discordia suscitada entre Longueval y Rossen sobre el repartimiento de la presa. Finalmente despidió las tropas auxiliares, y dexando á Guisa con las demas para que cuidase de aquella conquista, marchó en posta á Mompeller donde se hallaba el Rey su padre, y el general Antonio Borbon llevó la guerra á otras partes. Apenas habia partido el duque de Orleans, quando juntando Orange un exército, recobró á Luxêmburgo, y quasi toda la provincia. Para completar la victoria sitió al de Guisa en Ivoz; mas le fue preciso abandonar la empresa por la vigorosa resistencia de los sitiados. Desde allí dirigió sus armas contra el duque de Cleves, para corresponderle como merecia á los daños que habia hecho; y ardiendo en deseos de vengar la afrenta que recibió en Brescot, lo llevó todo á fuego y sangre. Derribó los muros de los pueblos fortificados que habia tomado y saqueado, cegó sus fosos, y aseguró con guarnicion á Ansberg; la que intentó en vano invadir el de Cleves, habiéndose puesto en fuga con la noticia de que venia el príncipe de Orange. No obstante con el auxîlio del duque de Saxonia que estaba casado con su hermana Sibila, y el de otros príncipes de Alemánia, fortificó y llenó de armas, soldados y víveres la ciudad de Duren, situada en los confines de Lieja.

En este estado se hallaban las cosas de Flandes, alternando las fuerzas y los ánimos de los competidores entre el temor y la esperanza; quando amenazaba otra tempestad muy funesta para España, si sus Santos tutelares no hubiesen alejado el torbellino Otomano. Habiendo juntado el delfin muchas tropas en el Ródano, despues de haber esperado en vano mucho tiempo la venida de la armada turca, puso al fin sitio á Perpiñan. Doria habia condu-

cido del Piamonte quatro compañías veteranas de españoles, y una legion de alemanes, para juntarlas con los soldados visoños que se habian congregado aceleradamente, como sucede en un repentino tumulto. Llegaron tambien algunos esquadrones de caballería no despreciables; y fue nombrado general don Alvaro de Toledo duque de Alba, hombre muy valeroso y experimentado en la milicia. Cerbellon y Machicao, que en la guerra de Italia habian adquirido un esclarecido nombre, defendian la ciudad con una guarnicion escogida. Desde Zaragoza vino el César á Monzon para celebrar cortes, y acudir al mismo tiempo desde cerca á lo que exígiese la guerra. Comenzaron los franceses á derribar las almenas de la muralla; y los sitiados disparaban con mucho acierto gruesas balas á las bocas de los cañones del enemigo, no sin algun daño de estos. Hizo Machicao una salida con un pequeño esquadron (tanto era el desprecio que hacia de los enemigos) para quitarles la artillería: y aunque no pudo conseguirlo, porque acudió prontamente Brisac con la mucha infantería que tenia á su mando, á lo menos les clavó y inutilizó los cañones, y se volvió á la ciudad con el mejor orden. Por este tiempo vino el duque de Orleans á juntarse con su hermano á fin de hallarse en la batalla que habia oido decir se debia dar por este magnánimo jóven, que orgulloso con el feliz suceso de Flandes, esperaba conseguir fácilmente la victoria. Pero sucedió muy al contrario de lo que se imaginaba; pues haciéndose cada dia mas árdua la empresa, tuvo que levantar el delfin el sitio, y volverse á la compañía de su padre, sin conseguir fruto alguno de sus esfuerzos. Tal fue hasta fin de este año el curso de los sucesos, que segun la condicion humana alternaban los prósperos con los ad-

versos. En este tiempo murió Jacobo Rey de Escocia quinto de este nombre, habiendo fallecido poco antes su hija María, habida en Margarita hermana del duque de Guisa: y en este año concedió el Pontífice á los religiosos de Santo Domingo de la provincia de Aragon, que celebrasen la memoria del Beato Raymundo de Peñafort varon insigne en santidad y en doctrina canonizado despues solemnemente por el Papa Clemente VIII en el mes de abril del año de mil seiscientos y uno, lo qual solicitaron con grandes instancias el Rey de España, el principado de Cataluña, y la religion Dominicana. La coleccion que este Santo hizo de las Decretales de los Papas con tanta utilidad de la iglesia; es muy digna de alabanza. Habiendo fallecido en este año Calcena obispo de Tortosa, le sucedió don Gerónimo Requesens. Fue afligida España con innumerables enxambres de langostas que oscurecian el sol. En Sicilia hubo un terremoto, que causó grande estrago en el territorio Leontino y Megarense, y especialmente en la ciudad de Siracusa, donde quedaron sepultados muchos hombres en las ruinas de los edificios.

CAPITULO XIV.

Jura del príncipe don Felipe en Aragon y Cataluña. Alianza del César con el Rey de Inglaterra. Pasa el César á Alemania. Toma de la ciudad y fortaleza de Duren.

Crecia el mal cada dia con las mútuas ofensas que irritaban la ira de los dos príncipes, y arrebatados estos del deseo de la venganza, no habia esperanza de reducirlos á mas suaves consejos. Todos los medios que sugiere la fuerza y el fraude se pusieron en prác-

tica para debilitarse el uno al otro, y no hay necesidad de decir los daños que causaron con esto á sus súbditos. El César principalmente ardia en deseos de oprimir al duque de Cleves, que defendia con una maldad lo que habia adquirido con otra, sin respeto alguno, y con intolerable injuria de la magestad imperial. Estaba tambien muy irritado contra algunos príncipes de Alemania, que instigados de Lutero habian abandonado la religion de sus padres, declarándose por enemigos del imperio; y finalmente deseaba reducir al Frances por bien ó por mal á guardar la paz para no ocupar sus piadosas armas en una guerra importuna y contínua, y emplearlas contra el Otomano y los hereges. Asi pues, para atender por todos medios al decoro de su dignidad, de que era muy zeloso, y para reprimir á los luteranos que estaban muy soberbios, y alejar al Frances del deseo de acometerle, comenzó á hacer formidables preparativos para el verano siguiente, á fin de sujetar primero á los alemanes rebeldes, y pasar despues á Francia.

Ante todas cosas, y para asegurar en qualquier acontecimiento la sucesion de tantos reynos en don Felipe su hijo, le hizo venir á Zaragoza en el verano del año de mil quinientos y quarenta y tres, y des- 1543.
pues á Barcelona para que los aragoneses, los catalanes y demas provincias de esta corona le jurasen en su presencia. Habiendo celebrado cortes en aquellas ciudades, le concedieron liberalmente por donativo gratuito, segun la costumbre, quatrocientos mil ducados. Juntóse despues una inmensa cantidad de dinero en toda España, que enriquecida con los tesoros de América era el erario del César: reclutáronse muchas tropas, y se previnieron armas y naves para conducirlas. Don Pedro de Guzman conde de Olivares llevó por el Océano á Flandes un considerable

cuerpo de tropas. Otro fue enviado á Oran al mando de don Martin de Córdova conde de Alcaudete, para sujetar á los de Tremecen que se habian rebelado. El César escogió para sí una brigada, porque para invadir las ciudades confiaba mucho en la tropa española. Habiéndole escrito el Pontífice exhortándole á que dirigiese sus armas contra Soliman, le respondió con mucha aspereza, porque se persuadia de que aquel oficio se encaminaba á alejar la guerra de la Francia. Irritado por otra parte con el Papa porque no le habia podido atraer á su partido, prohibió para siempre que los extrangeros obtuviesen rentas eclesiásticas en España. En las mismas cartas mostraba su ira contra el Rey Francisco, acusándole de que impedia con el mayor esfuerzo que se juntase el concilio solicitado por el César para remediar los males de la religion; y que con igual impiedad habia unido sus armas con Soliman enemigo jurado de los fieles. Llegó á manos del Rey un exemplar de esta carta, y valiéndose del ingenio de Pedro Chatelein, procuró rebatir en un prolixo edicto los crímenes que le atribuia, retorciendo contra el César las mismas objeciones. Vituperaba con la mayor acrimonia, entre otras cosas, la alianza que habia hecho con Enrique Rey de Inglaterra, sin embargo de estar excomulgado, y de haber prometido al Papa que nunca lo haria. De esta suerte se disfamaban mútuamente ambos príncipes con escritos tan picantes, que parecia haberse olvidado uno y otro de su dignidad y decoro.

Hacia ya largo tiempo que se habia suscitado una discordia entre Enrique y Francisco por el deseo que tenia cada uno de aumentar su poder. El Ingles estaba quejoso del Frances porque éste habia sublevado contra él á Jacobo Rey de Escocia, y se habia declarado protector de su hija recien nacida, que Enri-

que destinaba para su hijo Eduardo, á cuyo fin habia enviado á Escocia á Mateo Stuardo conde de Lenox, con una poderosa guarnicion. Lo cierto es que cada uno codiciaba el reyno juntamente con la niña. Esto fue lo que movió á Enrique á renunciar á la alianza de Francia, y ofrecer su amistad al César, el qual para oprimir con mayores fuerzas á su enemigo, disimulando la injuria del repudio de su tia, prefirió la alianza con el Ingles á las razones que se la disuadian; porque los príncipes solo atienden comunmente á sus particulares intereses. De este modo echaban los cimientos de los grandes males que en este año habia de padecer el orbe christiano.

En el anterior, despues de levantado el sitio de Perpiñan, pasó Anebaldo á Italia con parte de las tropas para suceder á Langeo que habia pedido su retiro. Habiendo atravesado lôs Alpes, puso sitio á Coni ciudad situada no lejos de Fossano, en la confluencia del rio Estura; y aunque arruinó el muro por dos partes, fueron inútiles los esfuerzos que hicieron los franceses en dos asaltos. Rechazados de allí con ignominia y pérdida, se apresuraron á tomar quarteles de invierno. Despues de esto intentó César Magi recobrar á Turin con la estratagema de introducir en la ciudad un carro cargado de heno, en que iban ocultos unos soldados armados; pero habiéndose descubierto antes de tiempo, se frustró la empresa, y costó la vida á Lezcano y sus compañeros. Lo demas que acaeció en el Piamonte lo referiremos despues.

Habiendo dispuesto el César todas las cosas para su viage, dexó al príncipe don Felipe por gobernador de estos reynos, nombrando por su secretario á don Francisco de los Covos comendador mayor de Leon, y por general de las armas al duque de Alba

su mayordomo mayor. Al tiempo de embarcarse en el puerto de Palamós el dia quatro de mayo, como escribe Dávila, estableció un consejo permanente para juzgar los negocios y pleytos del reyno de Aragon, que antes se trataban y decidian promiscuamente por el consejo de Castilla; aunque en el año de mil trescientos quarenta y ocho habia formado la idea de semejante tribunal el Rey don Pedro de Aragon quarto de este nombre. Llegó el César á Génova adonde habian concurrido los príncipes de Italia para congratularle de su venida. El Pontífice, que se habia adelantado hasta Bolonia, le convidó á una conferencia; pero se excusó el César por acelerar su partida á Alemania. No obstante se hablaron en Buxeto castillo situado entre Plasencia y Cremona. Corrió la voz de que el Pontífice habia hecho aquel viage tan molesto para un hombre de su edad por la utilidad pública, mas á la verdad se conoció despues por el suceso, que tenia muy arraigado en su ánimo el adquirir la Lombardía para su sobrino Octavio, habiendo ofrecido al César una gran suma de oro, porque preveia que la necesitaba para los gastos de tan costosa guerra. Este pues, se habia propuesto de antemano retener á Milán con algunas otras fortalezas, asegurándolas con guarnicion; pero el Papa, temeroso de sus artificios, rehusaba aprontar el dinero si no le entregaba primero íntegramente todo el principado. Apenas se divulgó esta negociacion en el público, se manifestaron los españoles muy indignados de perder la Lombardía por un convenio tan indecoroso; y á fin de apartar al César de este designio, le presentaron un escrito compuesto por don Diego de Mendoza gobernador de Sena, en el que con poderosas razones se demostraba que no convenia separar la Lombardía del dominio real. Mudando

pues de parecer el César, trató con Cosme de Médicis de venderle las fortalezas de Florencia y Liorna; y se dice que recibió ciento y cincuenta mil escudos, aunque Jovio asegura que fueron mas de doscientos mil. Mas yo sobre esto no disputo porque no escribo controversias sino historia. Todos los esfuerzos del Pontífice para hacer las paces fueron inútiles, porque habiendo el César oido en la congregacion de cardenales discurrir sobre este punto á Máximo Grimani, apoyado en su antiguo propósito expuso con graves palabras las tentativas que habia hecho para establecer la paz, tantas veces quebrantada por el Frances, y las muchas injurias con que le habia provocado: que los robos, incendios y estragos que habian padecido los habitantes de los pueblos de la provincia de Brabante, no podian quedar impunes á no abandonar del todo el decoro imperial: que esta maldad debia reprimirse con penas correspondientes, para impedir que prevaleciendo la audacia, no lo trastornase todo sin respeto ni vergüenza alguna; y que no concederia la paz hasta que sujetados los rebeldes, aprendiesen con su propio mal á no suscitar turbulencias, y á respetar la Magestad Cesárea. Despues que descubrió su ánimo, conmovido con tan justa indignacion, y dispuesto á la venganza, se despidió del Pontífice, que se volvió á Bolonia muy triste de no haber adelantado cosa alguna, prosiguiendo el César su viage de Alemania por los Alpes Tridentinos.

Es indecible la calamidad que atraxo á los campos la multitud infinita de langostas que voló desde la Iliria á Italia, y hasta la extremidad de España. Tanto era el furor que tenian de roer, que en la tierra donde caian se perdia en medio dia la cosecha de un año entero. En la Estremadura se pro pagó tan prodigiosa-

miente, que la asoló por espacio de siete años continuos. En la Toscana hubo un terremoto en que pereció mucha gente; todo lo qual se tuvo por pronóstico y indicio de los males que iban á suceder.

Por este tiempo Aradino hizo vela ácia la Italia con una poderosa armada, en que se contaban ciento y diez galeras y quarenta fragatas de corsarios, con las que invadió las costas de aquel pais. Incendió á Régio en el estrecho de Mesina, y la fortaleza fue en breve entregada por la cobardía de setenta españoles, que prefirieron las ignominiosas cadenas á una muerte honrosa. Diego Gaytan adquirió á mucha costa su libertad, habiéndosele quitado una hija que tenia de singular hermosura, para saciar la brutal pasion del gobernador bárbaro, que despues de haberla hecho abrazar, segun se dixo, la superstícion mahometana, (lo que niegan con fundamento los escritores españoles) la tomó por muger propia. Pasó desde allí Aradino á saquear las costas del dominio español, y llegó á hacer aguada á la embocadura del Tiber; causando la cercanía de tales enemigos gran consternacion á los romanos, aunque Polini que venia en la armada procuraba sosegarlos con sus cartas. A los tres dias levantó anclas y navegó en derechura á Marsella. Luego que Soliman despachó esta armada hizo entrar gran número de tropas en la Hungría, y habiendo tomado á Estrigonia y Belgrado, sujetó á su dominio gran parte de aquel reyno. Pero como el referir las guerras estrañas no es de nuestro propósito, pues solo nos hemos propuesto escribir los sucesos españoles en todo el orbe, vamos á continuarlos.

Por este tiempo se hallaba la Flandes afligida con la funestísima guerra que la hacia el Frances y el duque de Cleves y padecia infinitos daños, no pudiendo los flamencos resistir á tantas fuerzas; pero en

breve tiempo tomaron venganza de sus enemigos. Despues de un largo camino llegó el César á Spira donde se detuvo algun poco tiempo para despachar los negocios, entretanto que llegaban las tropas á Bona ciudad situada sobre el Rhin cerca de Colonia. Desde alli en tres dias de marcha llegó á Duren, que era el principal teatro de la guerra. Defendíala Gerardo Ulatem, hombre de grande ánimo, y muy experto en la milicia: estaba fortificada con muchas tropas, doble foso y trinchera, y rodeada con un muro de ladrillo. Hubo primero algunas escaramuzas con los enemigos que salian de las emboscadas, en que padecieron leve daño los imperiales; y habiéndolos obligado estos á encerrarse dentro de las murallas, rodeó el César la ciudad con su exército, en que se contaban quince mil alemanes, quatro mil españoles, y igual número de italianos. Al dia siguiente llegó Orange con los flamencos, y Gonzaga fue nombrado generalísimo. Dispuesto lo necesario para el asalto, el dia de San Bartolomé antes de amanecer comenzaron á batir las murallas con horrible estruendo. Despues del medio dia incitados los españoles y italianos de una honrosa emulacion, acometieron á porfia sin esperar la señal del asalto, y habiendo atravesado el primer foso con el agua hasta el pecho, se apoderaron de la trinchera. Vencieron despues el segundo, no sin algun daño por los contínuos tiros que les disparaban, y llegaron al fin á la muralla, donde pelearon frente á frente con grande encarnizamiento, exhortándolos Gonzaga y el conde de Feria desde la orilla del foso. Ulatem se defendia valerosamente desde una casa inmediata á la muralla, y detenia la victoria con un escogido esquadron de jóvenes que le cercaban. Pero habiéndolo observado Gonzaga, mandó á los artilleros que dirigiesen sus

tiros á aquella parte, y derribadas al punto las paredes con la lluvia de las balas, pereció oprimido de las ruinas con muchos de sus compañeros. Encendióse luego con mas furor la pelea, que habia cesado por algun tiempo, con los fuegos arrojadizos, y todo género de armas. Veíanse allí los cuerpos quemados y despedazados, el suelo todo cubierto de armas, y la tierra empapada en sangre, todo lo qual presentaba el mas horrible y vario espectáculo. Finalmente acometieron de nuevo con mucha gritería á la brecha del muro, y apoyados en las lanzas y en los hombros de sus compañeros se introduxeron en la ciudad, habiendo muerto ó puesto en fuga á los que la defendian. Ensangrentáronse en todos sin distincion alguna, y pasaron á cuchillo la guarnicion. Los habitantes que habian escapado vivos fueron atormentados de varios modos hasta que descubrieron sus riquezas; y arrebatadas las mugeres de los templos y demas parages donde se habian escondido, sin respeto á la santidad de estos asilos, padecieron las mas ignominiosas violencias. No es posible referir con palabras lo grande de esta calamidad. Finalmente para que no quedase nada que hacer al furor militar, al siguiente dia y antes de haber sacado toda la presa, incendiaron los alemanes la ciudad que fue casi toda reducida á cenizas. Quedaron muertos ochocientos soldados de los mas valerosos entre españoles y italianos.

Con esta sola batalla se concluyó la guerra, porque aterradas las demas ciudades con la ruina de una sola, abrieron sus puertas. El de Cleves no daba todavía señales algunas de temor, confiando que le vendrian socorros del Frances su aliado, y fluctuaba entre el miedo y la esperanza; pero desconfiando ya de este auxilio, para evitar los últimos rigores apeló

á la clemencia del César valiéndose á este fin de la intercesion de los ministros del arzobispo de Colonia, y de Enrique de Brunsvik, á quienes el César estimaba mucho. Imploraron estos su benignidad; pero el César mirando con semblante severo al duque, que se hallaba arrodillado delante de él, mandó á su secretario, intimase al rebelde que le habia perdonado, y inmediatamente se retiró. Levantó del suelo al duque el príncipe de Orange, y éste y el mismo secretario le leyeron las condiciones de la paz, concebidas en estos términos. «Defended la religion católica: »restituidla donde la habeis abolido: renunciad á la »alianza del Rey de Francia, y del Rey de Dinamar»ca: prometed que sereis fiel al imperio del César, »y guardadle lealtad. Renunciad el dominio de Güel»dres y de Zutfen, y por la benignidad imperial lla»maos solamente gobernador, y absteneos del nom»bre de príncipe. Hansberg y Zitard serán retenidas »por el César en prendas de la palabra dada, y lo res»tante del principado de Cleves, que se os habia qui»tado por el derecho de la guerra, lo gozareis por »la benignidad del César." Tales fueron los principales capítulos. Despues de esto se alistó Rossen en la milicia del César, y guardó su palabra con gran fidelidad, habiendo executado grandes hazañas. Los de Güeldres y Zutfen juraron fidelidad al César como á su señor, y prestaron juramento en manos de Prateo y del príncipe de Orange.

CAPITULO XV.

Los franceses hacen la guerra en Flandes. Sucesos del Piamonte, y de Saboya. Casamiento del príncipe don Felipe.

Entretanto los franceses, aprovechándose de la ocupacion del César, llevaron sus armas á diversas partes de Flandes. Tomaron á Landreci, que fue incendiada y desamparada por su guarnicion, y despues á Arlon y otras ciudades. El delfin recorrió la provincia de Hainaul, y el duque de Orleans volvió otra vez á Luxêmburgo con grande exército. Apoderóse en breve de la ciudad por cobardía de la guarnicion, á quien se concedió sacar sus cortos equipages. Gozoso el Rey Francisco, que se hallaba en Reims, del feliz suceso de su hijo, acudió inmediatamente, y á pesar del dictámen de los mas prudentes, mandó fortificar á toda costa aquella extensa ciudad, obligando á sus habitantes á que renunciasen al César, y le hiciesen juramento de fidelidad. Fue aclamado solemnemente por duque de Luxêmburgo, y celebró con gran pompa capítulo del orden de San Miguel, en el qual condecoró con el collar de oro á los principales de la ciudad. Nombró gobernador á Longueval; sujetó á Teonvila, y finalmente todo el territorio, parte con las armas, y parte por voluntaria entrega. Llegaron Reux y Gallop con las tropas flamencas, y inglesas enviadas por Enrique segun la alianza, y juntándoseles Guzman con tres mil españoles, pusieron sitio á Landreci. Casi al mismo tiempo sitiaba Gonzaga á Guisa, despues de la victoria de Gueldres, con tropas no despreciables, y no pudo el César asistir en persona por hallarse enfermo, y acometido de la gota en Quesnoy. El Rey de

Francia, para socorrer á los sitiados de Landreci, que estaban muy faltos de víveres, se puso en marcha á aquella ciudad. Gonzaga á fin de impedírselo levantó el sitio, y puso su campo en un lugar oportuno; y envió mensageros á Reux y Gallop exhortándoles á que atravesasen el rio Sambra, y juntasen con él las tropas, para salir al encuentro al Rey con todas sus fuerzas, y darle batalla, la que juzgaba sería feliz. Pero fueron inútiles sus conatos, porque el Flamenco y el Ingles se resistieron á seguir este consejo, y ni los unos ni los otros hicieron cosa de importancia; viéndose claramente en esta ocasion quán perjudicial es para la guerra el que el mando se halle repartido entre muchos. Asi pues, obligado de la necesidad, pasó Gonzaga el rio y juntó sus tropas á las de sus socios, para que fuesen iguales en fuerzas, si llegase el caso de entrar en batalla. Tuvieron solamente algunas leves escaramuzas, y mientras que el Rey entretenia con ellas á los incautos imperiales, Anebaldo y Belay introduxeron por otra parte en Landreci tropas robustas y descansadas, con víveres y provisiones, y alegres con la feliz empresa, se volvieron al Rey, quien inmediatamente hizo señal para recoger sus tropas, y se retiró con ellas, dexando burlado al enemigo.

Por este tiempo el César, que aun no estaba bien convalecido de su enferdad, sustentando con el vigor del ánimo el cuerpo destituido de fuerzas, se presentó en el exército acompañado de Mauricio de Saxonia, y de Rosem con valerosos esquadrones. Puso su exército en orden de batalla, y habiendo hecho la señal de acometer, esperó en vano la salida de los enemigos; pero el Rey hallándose inferior en fuerzas, se mantuvo encerrado en su campo; y solo hubo algunas ligeras escaramuzas entre la caballería. Al

ponerse el sol mandó el César echar un puente sobre el rio, para que pasando sus tropas impidiesen al enemigo la vuelta, y obligarle por fuerza de este modo á pelear. El Frances, que penetró su designio, levantó su campo á media noche con el mayor silencio, dexando encendidos los fuegos, á fin de ocultar su marcha. Luego que la luz del dia descubrió la fuga del enemigo, le siguió tumultuariamente la caballeria imperial, mas deseosa del saqueo que de la pelea; pero habiendo caido en una emboscada que la tenia puesta el delfin, fue de improviso desbaratada con alguna pérdida. Atribuyóse á Gonzaga la culpa de que se hubiese escapado el enemigo, porque no habia cuidado de explorar sus intentos, quando al Frances no se le ocultaba cosa alguna de lo que pasaba en el exército del César, ya por las noticias que le daban los traidores, y ya tambien por medio de sus propias espías. Fue descubierto Bossio noble flamenco, que corrompido con dinero noticiaba al Rey todas las cosas del César; y por este crímen fue degollado en Gante y desquartizado su cuerpo.

En el otoño pasó el César á Cambray, cuya ciudad estaba sujeta á su obispo; y no fiando mucho en él, ni en el afecto de sus habitantes, dexó de guarnicion á los guardias, y mandó levantar una fortaleza que dominase la ciudad. Luxêmburgo no pudo ser tomada por los alemanes mandados por Fustemberg, porque el Rey, para no perder su trofeo, mandó al duque de Melfi que acudiese aceleradamente con la mayor parte de las tropas; y no habiéndose atrevido el Aleman á esperarle frente á frente, á causa de que se hallaba inferior en fuerzas, levantó el sitio y se retiró. Gonzaga y Castaldo fueron enviados por el César con grandes presentes al Rey Enrique para re-

novar la alianza; y volvieron con magníficas promesas de que en el verano siguiente pasaria á Francia con grandes fuerzas.

Aradino causaba terror y espanto en las costas de Italia, habiéndosele juntado Francisco Borbon duque de Enguien general de la armada francesa. Esta pues se componia de veinte y dos galeras, y otros diez y ocho navíos grandes, en que venian ocho mil soldados. Viéronse en los mares de Francia las armadas confederadas, aumentando la indignacion el haber llamado al comun enemigo de los christianos, con grave infamia del que solicitó semejante auxîlio. Todas estas fuerzas se dirigieron contra Niza, ciudad de los Alpes marítimos, situada en un elevado promontorio que se extiende en el mar. La fortaleza puesta en lo mas alto, solo podia ser expugnada por hambre ó por la cobardía de sus defensores. El César luego que tuvo noticia de la venida de los turcos, amonestó al duque Carlos, que dexando la fortaleza guarnecida lo mejor que fuese posible se retirase de allí con su hijo á Verceli. Teníala á su cuidado Pablo Simeoni caballero de Malta muy práctico en las cosas de la guerra. El pueblo fue batido acérrimamente por mar y por tierra por espacio de veinte dias, y se entregó á Borbon; pero á pesar de los esfuerzos de su artillería no pudo apoderarse de la fortaleza, aunque tambien intentó ganar con dinero á la guarnicion. Llevaba á mal el bárbaro que las armas otomanas, siendo tan formidables, sufriesen la ignominia de no poder conquistar un solo peñasco. Entretanto corrieron voces por el campo de que el marques del Basto llegaba con tropas, lo que en realidad era falso, é inmediatamente se refugiaron á las naves los sitiadores dexando su artillería y bagages; pero como el dia siguiente no se dexase ver el enemigo, volvireron á

recoger aquella y la embarcaron; y juntos los franceses y turcos saquearon é incendiaron la ciudad, poniendo en qnatro navíos la presa que habian hecho, en la qual entraban trescientos muchachos de uno y otro sexô, y muchas monjas; y refieren algunos autores que Aradino los enviaba á Constantinopla, pero que las naves fueron apresadas por don García de Toledo, y Antonio Doria que recorrian los mares con las galeras de Malta y las Pontificias, y que recobraron toda la presa. El bárbaro conduxo la armada á Antibo, y desde allí la llevó á invernar á Tolon, enviando veinte y cinco galeras baxo el mando del capitan Salec para que infestasen las costas de España. Este pues, con designio de saquear, llegó hasta Villa-Joyosa, situada en el golfo de Alicante, y habiendo intentado en vano tomarla, se retiró á invernar á Argel.

A los dos dias despues de la partida de Aradino, vinieron á Niza Basto y el Saboyano, y habiendo elogiado como merecia á Simeoni, y introducido víveres y municiones en la fortaleza, se volvieron prontamente. Cercó Basto con sus tropas bien ordenadas á Mondovi, y la tomó con engaño, ya que no podia con la fuerza y con las armas. Para esto hizo escribir una carta en nombre de Buter, que mandaba en el Piamonte, poniendo en ella el sello que éste usaba, arrancado cuidadosamente de otra carta suya que habia sido interceptada, y se la envió cortesmente á Drosio gobernador de aquella fortaleza, como si hubiera sido aprehendida por él. Contenia la carta que procurase pactar la entrega de dicha plaza con las mas honrosas condiciones que pudiese; y conociendo Drosio el sello sin sospechar ningun fraude, solo trató con demasiada credulidad de entregarse quanto antes: siendo de este modo vencida su constancia con se-

mejante engaño, mas no con el valor. Despues de esta empresa se apoderó Basto de Carmañola y Cariñan; y habiendo peleado su caballería con feliz suceso, conduxo el exército á quarteles de invierno.

A mediados de la primavera habia pasado á Sicilia Muley Assen; pero intentando ir á Génova, para salir al encuentro al César, que se encaminaba á aquella ciudad adonde le llamaban sus negocios, fue arrojado á Nápoles por una tormenta. Recibióle honoríficamente el virrey Toledo; y es digno de admiracion lo que se refiere del luxo de este bárbaro. Era muy apasionado á los aromas, y la fragancia de los manjares compuestos con ellos era tan grande, que se derramaba por todas las calles inmediatas á su casa. Entretanto que se detuvo allí, su hijo Amida, á quien habia dexado para la custodia del reyno, acometió á la ciudad con una repentina invasion, sin que le resistiesen los habitantes, que se hallaban ostigados de la crueldad del padre. Luego que el bárbaro recibió esta noticia, comenzó aceleradamente con permiso del virrey á reclutar tropas y á comprar armas y todo lo demas necesario para la guerra. Acudian al oro de Berbería todos aquellos que por sus delitos eran dignos de muerte, los desterrados, los hombres perdidos, y en suma la sentina del pueblo. Juan Bautista Lofredo noble napolitano fue electo general, y pasó al Africa con el Rey y cerca de dos mil soldados, con los quales y juntándose sin tardanza algunos pocos caballos, que seguian la fortuna de su señor, marchó á Tunez, esperando que se le unirian todos aquellos que estuviesen disgustados del estado presente de las cosas. Procuró en vano Tobar gobernador de la goleta disuadir á Lofredo de esta empresa; pero despreciando el prudente consejo del Español, se acercó á la ciudad, y de repente salió

por las puertas un numeroso esquadron de hombres armados. Al punto que comenzó la pelea, salió de los olivares cercanos otra gran multitud de infantes y caballos en tropel, y rodearon las pocas tropas de Lofredo. Estas al principio, aunque se componian de gente malvada, pelearon con mucho denuedo, y rechazaban á los enemigos con sus arcabuces; pero oprimidos por la ligereza de los bárbaros, no tuvieron tiempo para hacer nueva descarga, y atónitos con el pavor, arrojando las armas, se refugiaron á una laguna inmediata, hiriéndolos el enemigo por las espaldas. Algunos pudieron apoderarse de unos barcos, y se escaparon á la goleta. El general viéndose perdido, metió espuelas al caballo, y sumergiéndose profundamente en el lodo, pereció traspasado de los tiros que le dispararon. Nicolás Tomasio capitan veterano exhortó á los suyos á que resistiesen con valor, y prefirió una honrosa muerte á una ignominiosa fuga. Salváronse apenas quinientos soldados, á quienes Tobar, compadecido de su desgracia, socorrió con vestidos y víveres, y los envió á su patria. Muley Assen fue herido en la frente, y habiendo sido hecho prisionero al tiempo de su fuga, mandó Amida que le privasen de la vista con un hierro ardiendo. Finalmente despues de haber padecido muchas calamidades, pasó otra vez á Europa, y al cabo de algunos años vino á Sicilia, donde le mantuvo la liberalidad del César. Tales son las vicisitudes de la fortuna, que no menos se burla de los grandes que de los pequeños.

Gozaba España entonces de tranquilidad y alegria. El príncipe don Felipe á fines del otoño contraxo matrimonio con doña María hija de don Juan Rey de Portugal, doncella de mucha hermosura y recomendables prendas. Celebráronse en Salamanca los desposorios, conduciendo con gran pompa á la espo-

sa desde la frontera don Juan de Siliceo obispo de Cartagena, y el duque de Medina-Sidonia. Hizo las sagradas ceremonias el arzobispo de Toledo, y fueron padrinos el duque de Alba y su muger, habiendo sido grande el concurso de la nobleza, y la alegria y regocijo de España. El Reyezuelo de Tremecen, despojado del trono y vencido en batalla por el conde de Alcaudete gobernador de Oran, y á quien el Rey de Argel Assan Agá habia obligado á que renunciase la alianza de los christianos, fue acogido y amparado por el de Fez. Su hermano, que le sucedió en el reyno por el favor del mismo gobernador, fue tambien destronado por Assan hijo de Aradino, declarado Rey de Argel, y en el año siguiente vino á implorar el socorro del conde, quien con mano armada le restituyó á su trono, habiéndose escapado su tercer hermano, que con el auxîlio de Assan se habia apoderado de Tremecen; despues de lo qual se retiró á Fez con Muley-Ameth su hermano mayor. De aqui se originó guerra entre el conde y Assan, que duró hasta la muerte de Aradino; pues habiéndose anunciado ésta al tiempo de dar una batalla, oprimido el hijo con la tristeza, desistió de la guerra, y en el campo mismo ajustó la paz con Alcaudete, y el Español le reconoció por Rey en calidad de tributario del César. Pero estos sucesos acaecieron algunos años mas adelante: volvamos á los de los tiempos anteriores.

CAPITULO XVI.

Prosigue la guerra en el Piamonte, y sus varios sucesos. Batalla naval entre la armada española y la francesa en las costas de Galicia.

En lo mas rigoroso del invierno volvió á encenderse el fuego de la guerra en el Piamonte. Habia su-

cedido á Buter el duque de Enguien, quien con un nuevo refuerzo de tropas que llevó consigo, llegó á juntar un poderoso exército, con el que acometió y sujetó algunos pueblos, pero no pudo tomar á Cariñan. El valor y constancia de su gobernador Pyrro Colona excitó la emulacion de los generales Enguien y Basto. Aquel se habia obstinado en expugnar la ciudad por hambre; y éste no podia sufrir semejante pérdida sin menoscabo de su honor. Al mismo tiempo que juntaba socorros, llegaron quatro mil alemanes que le enviaba el César, mandados por Madruci; y gozoso Basto con la esperanza de aliviar la necesidad de los sitiados, mandó disponer las cargas para enviar delante el convoy que tenia prevenido. Levan-
1544. tó su campo, y el dia doce de abril del año de mil quinientos y quarenta y quatro llegó á Cerisola, donde le salió al encuentro el enemigo; y al dia siguiente ordenó éste sus esquadrones, y le provocó á la pelea al son de las trompetas. No la rehusó Basto, y habiéndose acercado uno y otro exército, comenzó el combate con igual esperanza de ambos. Aunque de los españoles y alemanes endurecidos en muchas guerras apenas habia tres mil en el ala derecha, por aquella parte fueron muy superiores, no solo con pérdida, sino con ignominia de los enemigos. Pero mientras los alemanes nuevamente reclutados, que poco antes habian llegado al campo, peleaban valerosamente, en lo mas recio del combate, fueron arrollados por la caballería, y puestos en fuga. Los coraceros franceses recházaron á la caballería ligera imperial, y viendo desbaratado el esquadron aleman, persiguieron y destrozaron á los que ya estaban consternados. Tambien los suizos hicieron en ellos gran carnicería, sin que acudiese alguno á socorrerlos. El príncipe de Salerno con los italianos se retiró sano y salvo á Aste, donde se

habian apostado con el príncipe de Sulmona los que al principio de la batalla derrotaron á los alemanes, siguiéndolos Baste que ignoraba del todo lo que habian hecho los veteranos. Estos que tampoco tenian noticia de la pérdida de sus compañeros, habiendo tomado á los enemigos la artillería, procuraban llevar adelante la victoria, quando rodeados por la caballería francesa, y obligados á hacer frente por todas partes, tuvieron al fin que ceder á la adversa fortuna; y echando á tierra las armas fueron todos hechos prisioneros con su cabo don Ramon de Cardona. Seisnec que mandaba á los alemanes pudo tomar un caballo, y se escapó de en medio de la confusion. Los historiadores dicen que en aquella batalla quedaron muertos ocho mil hombres de uno y otro exército, la mayor parte alemanes. Madruci fue encontrado quasi muerto, y en el mismo parage le hizo Enguien curar con mucha diligencia; y habiendo recobrado la salud, le envió libre en obsequio de su hermano el cardenal de Trento. Un autor español afirma que fueron muertos quatro mil franceses: un italiano los reduce á tres mil: y un frances á solos doscientos y ochenta; pero quién podrá saber de cierto la verdad entre tantas contradicciones? A los españoles y alemanes en consideracion á su valor envió libres el Rey Francisco á su patria, mandando que de pueblo en pueblo se les diesen gratuitamente los víveres necesarios, y una escolta para que ninguno los insultase. Contábanse seiscientos quarenta y tres españoles, y cerca de dos mil alemanes, de los quales la mayor parte se alistaron voluntariamente en las banderas francesas.

Despojado el marques del Basto de sus bagages, conduxo á Aste el resto de las tropas que le dexó la fortuna, y desde allí, baxando por el Pó, pasó á Pa-

via, y despues á Milán. Inmediatamente buscó dinero para reforzar el exército con nuevas tropas. Milán aunque se hallaba afligida con las necesidades públicas, porque los bienes de todos sus ciudadanos se habian disminuido con una guerra tan larga, contribuyó con cien mil ducados, y las demas ciudades siguieron su exemplo. Cosme duque de Toscana le envió dos mil infantes en las galeras de Doria. Los cardenales se hallaban divididos en partidos, y cada uno procuraba ayudar al suyo. Hacíanse reclutas de gente en todos los dominios de la iglesia con consentimiento del Papa, que permaneció neutral en esta guerra. Habiéndose Juan de Vega transformado de embaxador en capitan, se apresuró á venir á Milán con los soldados que habia reclutado. En el camino visitó á doña Margarita hija del César, que estaba irritada con su marido porque dilataba importunamente socorrer á su padre en tan adversa fortuna; y habiendo rehusado Vega admitir una suma de dinero que con ánimo generoso le ofrecia para los gastos de la guerra, le obligó esta princesa á recibirlo.

Entretanto Pedro Estrozzi desterrado de Florencia, juntaba un exército en la Mirándula de orden del Rey Francisco, con la esperanza que tenia de recobrar la Lombardía; pero habiendo por su mucha aceleracion caido en una emboscada con sus tropas y otras reclutadas en Roma, que mandaba el conde de Pitiliano, tuvo que entrar en una tumultuaria accion en que fue vencido y puesto en fuga por el príncipe de Salerno. Al primer choque se desordenaron las tropas imperiales, y á la verdad los estrozianos proclamaron la victoria, y tomaron algunas banderas; pero enviando oportunamente el de Salerno al príncipe de Sulmona con la caballería, los acometió por varios parages llenos de árboles y viñas. Embistié-

ronles desde lejos, y desde cerca los caballos y los infantes, cuyo ímpetu no pudiendo sufrir los enemigos, fueron derrotados y dispersos con mucho estrago. Estrozzi se refugió á Plasencia con las reliquias de su exército, para evitar el peligro; y reclutando á su costa otras compañías, juntó hasta sies mil hombres, los quales conduxo al campo frances, habiendo tomado para su marcha un largo rodeo por los montes de la Liguria.

Permanecian todavia los franceses delante de Cariñan, obstinados en tomar la ciudad por hambre; y este empeño fue provechoso á los españoles, pues tuvieron tiempo para reparar la pérdida que habian padecido. Pero impaciente Estrozzi con la tardanza, puso sus tropas en campaña, y se apoderó entretanto de Alba. Vega hombre intrépido y observador de la severa disciplina, expugnó á Auxiano, habiendo pasado á cuchillo la guarnicion y algunos de los habitantes. Amedrentados con este exemplo los enemigos, entregaron sin resistencia alguna á Andesano quando ya se disponia á combatirla. Despues de esto entregó las tropas á Basto, y se volvió á Roma á continuar las funciones de su embaxada. Ponte Stura fue tomada por los españoles con muerte de todos los que la defendian, y el vencedor recogió un considerable botin con siete piezas de artillería, habiéndose visto obligado á entregarla Pyrro, que habia mantenido la guarnicion por muchos dias con salvado y carne de caballo. Dícese que los soldados se comieron en esta ocasion seiscientos y tres jumentos, tolerando de esta suerte desde la desgraciada batalla de Cerisola, y por espacio de dos meses tan apretado sitio, y privando al enemigo del fruto de la victoria. La ciudad fue entregada á los franceses el dia veinte y dos de junio baxo las condiciones acostumbradas en semejantes casos, y

fueron las de conceder á los sitiados que llevasen consigo sus bienes, pero obligándose con juramento á que no tomarian las armas contra el Rey de Francia en el término de quatro meses. Pyrro marchó á Paris á fin de alcanzar del Rey la libertad segun lo pactado, y habiéndosela concedido con liberalidad, se fue inmediatamente á presentar al César.

Estas y otras cosas sucedian en el Piamonte, quando Aradino, despues de haberle hecho muchos regalos el Rey y los genoveses, á fin de evitar los males que pudiera hacerles, levantó anclas de Tolon, y navegó al Oriente, sin haber hecho daño alguno en las costas de Génova, en lo qual guardó fielmente su palabra. Pero causó muchos y graves males en la Toscana y Nápoles, habiéndolo llevado todo á fuego y sangre, y cautivando infinito número de personas; y hubiera hecho mayores estragos á no impedírselo las guarniciones de caballería é infantería que se hallaban dispuestas por todas partes. Fue saqueando y robando con gran tumulto hasta el Faro de Mesina; pero las calamidades de Lipari excedieron á todas, pues apoderado de la ciudad baxo de buenas condiciones, sacó de allí siete mil cautivos, de los quales solo puso en libertad á un tal Nicolás, por cuya perfidia y maldad se habia hecho la entrega. Llegó Aradino á Constantinopla con sus navíos muy cargados de riquezas; y en breve tiempo pereció de una diarrea.

En este verano hubo en el Océano una batalla naval entre españoles y franceses. Don Alvaro de Bazan recorria las costas de Cantabria con una armada de veinte y cinco navíos, á fin de arrojar de ellas á los franceses que las frequentaban. El dia de Santiago descubrió Bazan la armada enemiga, que se componia de treinta navíos, fondeada en la costa de Galicia. Los franceses corrian por todos aquellos pue-

blos haciendo muchas presas, sin rezelarse del mal que les amenazaba; pero su almirante Saua, viendo que se acercaba la armada española, hizo inmediatamente recoger á los que andaban dispersos, y la acometió á toda vela, disparándola una lluvia de balas. El Español que por su parte no se descuidaba, embistió á la Almiranta francesa con toda la fuerza de su artillería, la echó á fondo con la gente que llevaba, y apresó otro navío que acudió á socorrerla. Duró la pelea por espacio de dos horas contínuas con gran furor y estrago; y finalmente el vencedor español conduxo la armada apresada al puerto de la Coruña; y pasó luego á Santiago á cumplir delante del Santo Apóstol los votos que habia hecho por la victoria. Esta accion la refieren los historiadores españoles; y es digno de admirar que ninguno de los extraños haga la mas mínima mencion de ella.

CAPITULO XVII.

Recobra el César la provincia de Luxémburgo, y otras plazas. Sucesos prósperos de las armas del César en Francia. Ajústase la paz entre los dos príncipes.

Habiendo convocado el César en el invierno de este año una dieta en Spira, acordó en ella muchas 1545.
cosas pertenecientes á los negocios públicos de Alemania. Hizo paces con el Rey de Dinamarca con grande utilidad de los flamencos; pero no dexó piedra por mover contra el Frances, que todo lo revolvia y alteraba. Para hacerle la guerra se le concedió levantar á costa del público quatro mil caballos, y veinte y quatro mil infantes, que habian de servir por espacio de seis meses, segun la antigua costumbre de Alemania. En esta dieta, y á fines del año an-

terior murió don Francisco de Mendoza obispo de Jaen, que habia seguido al César. Fue electo en su lugar don Pedro Pacheco, trasladado de la diócesis de Pamplona; y no residió en su iglesia por hallarse ocupado en Roma en gravísimos negocios. Sucedióle en Pamplona don Antonio de Fonseca segundo de este nombre. Pero volvamos á continuar la narracion comenzada.

A la salida de la primavera cercó Gonzaga con tropas á Luxemburgo, y habiendo impedido que le entrasen víveres algunos, la expugnó al fin con la espada del hambre; y de este modo cayó en tierra aquel vano trofeo de la gloria de Francisco, sin que costase ninguna sangre á los vencedores. El César, despues de concluida la dieta, juntó todas sus tropas, habiéndole enviado algunas el Rey de Dinamarca en virtud de la alianza nuevamente contrahida con él, por la qual se estableció que tendrian unos mismos amigos y enemigos. Se asegura que el César llegó á tener en su campo hasta setenta mil hombres, á los quales seguian infinitos pertrechos y provisiones de guerra. Introducidas estas tropas en el pais enemigo, y habiendo tomado y saqueado algunos pueblos, se detuvo su ímpetu en San Didier; porque el apoderarse de esta plaza era mucho mas dificil de lo que se habia creido. Estaba la ciudad muy fortificada y provista de gente, armas y víveres, y la defendia con el conde de Sancerre, monsieur de la Lande, hombre intrépido y muy célebre por haber defendido á Landreci en el año anterior. Fortificabanse y peleaban unos y otros con sumo esfuerzo, y el príncipe de Orange fue herido en la espalda por una piedra arrancada del muro al impulso de una bala. Llevaronle á su tienda, donde le visitó el César, y le abrazó y consoló con mucha humanidad y amor, y al dia siguien-

le espiró dexando por heredero á Guillelmo de Nassau su tio; y aunque en el mismo dia fue muerto la Lande por otra piedra que le tiraron desde el campo, su muerte fue un vano consuelo de tan considerable pérdida. Peleóse muchas veces sin fruto alguno, y con grave daño, corriendo algunas veces al muro los españoles sin esperar la orden de su general, solo impelidos del temerario exemplo del alferez que llevaba la bandera, y que ardia por adquirir el honor de tomar la ciudad. Por este tiempo disimulaban los capitanes semejantes desórdenes, y lejos de castigarlos, elogiaban la audacia que se adelantaba al mandato, á fin de fomentar por este medio la emulacion entre las naciones, para incitarlas á pelear valerosamente, pero esta perversa opinion corrompia la disciplina militar. Tampoco fue sin sangre la victoria para los franceses, que perdieron doscientos y quarenta de los mas intrépidos. Juntaba el Rey de Francia tropas para socorrer á los sitiados, si se le presentaba ocasion de poder hacerlo con seguridad. En el número varían los autores segun su costumbre; y Ferroni las hace llegar hasta ochenta mil hombres. Entretanto habia algunas escaramuzas de poca consideracion entre los que salian á buscar forrages. El Rey Francisco habia puesto su campo cerca del rio Marne baxo el mando del delfin, y del duque de Orleans, á quienes habia dado por consejero á Anebaldo.

El Ingles pasó por este tiempo con su exército á Francia, y se acampó en las costas de Bretaña. Los condes de Reux, y Bura combatian con el exército flamenco á Montrevil, y habiéndoles enviado el Rey Enrique un refuerzo de sus tropas al mando del duque de Nortfolc, sitió con las demas á Bolonia ciudad marítima de la Picardía; hallándose de este modo combatidas tres ciudades á un mismo tiempo. El César

perseveraba en el sitio de San Didier, estando resuelto á concluir la empresa, mas con el trabajo y paciencia de los soldados, que con su peligro y su sangre. Pero convenia alejar de allí á Brissac que se hallaba en Vitri con un poderoso exército, para que privados los sitiados de la esperanza de este socorro, hiciesen quanto antes la entrega. A este fin envió con escogidas tropas á Mauricio de Saxonia, y Francisco Atestino, á los quales seguia Fustemberg con su legion, y siete cañones; y habiendo salido del campo al ponerse el sol con trescientos caballos, comenzaron la pelea con los que se hallaban de centinela por la ciudad. Excitado Brissac con el estrépito y confusion, ordenó sus tropas segun se lo permitia el tiempo, é hizo frente á los que acometian. Trabóse un cruel combate en las tinieblas de la noche, y habiendo Atestino puesto en fuga á la caballería, dió con su exército sobre el esquadron de infantería, la que fue desbaratada por la imperial. Muchos quedaron muertos, y los demas consiguieron escapar con la obscuridad, y libertarse de su total pérdida. Habíanse encerrado trescientos en una iglesia que estaba en el arrabal, y derribada con la artillería fueron todos muertos por los alemanes, y quemada la ciudad, á pesar de las órdenes de los capitanes que se lo prohibieron. Abatió mucho el ánimo de los sitiados la desgracia de Brissac, hallándose ya no poco consternados con la muerte de la Lande, de tal manera, que viendo no les venia socorro alguno, ni esperanza de él, comenzaron á pensar en la entrega. Enviaron un trompeta, y habiendo obtenido permiso para conferenciar, ajustaron treguas por doce dias, ofreciendo entregar de buena fé la ciudad, si dentro de este término no viniese el Rey con su exército á socorrerlos. Cumplido este tiempo, y no habiendo pa-

recido el Rey, se entregó Sancerre con la honrosa condicion de salir libre con sus soldados armados, llevando dos cañones de artillería.

Apoderóse el César de San Didier, y levantó el campo para dirigirse á Paris, publicando para ocultar su designio que marchaba ácia Chalons. Pero habiendo caminado algun tanto, torció repentinamente ácia Espernay, ciudad situada en el camino, la qual tomó, y mantuvo algunos dias el exército con los muchos víveres que sacó de los almacenes que allí habia. De este modo sucedian todas las cosas prósperamente al César, y adversas á su enemigo. Entretanto se declaró la guerra á los campos, no dexando en ellos fruto alguno. Todo se hallaba lleno de tumulto y confusion con el contínuo incendio de las aldeas, y con la fuga y pavor de sus habitantes. Corrieron los imperiales hasta Meaux, y tomaron algunos pueblos, dividiendo solamente los dos exércitos el rio Marne. Fustemberg se aventuró temerariamente, y sin escolta alguna á explorar sus vados, y fue hecho prisionero con peligro de perder la cabeza; pues militando antes en las banderas del Rey de Francia, se habia pasado al César con una gran suma de dinero destinada á la paga de las tropas. Sin embargo le concedió la libertad aquel Rey benigno, pagando treinta mil escudos. Mientras tanto se apoderó una gran consternacion y terror de la populosa ciudad de París, que viendo tan cerca al enemigo, mudó enteramente de aspecto. Todos recogian sus mas preciosos muebles, y por toda la ciudad se apresuraban á llevarlos de unas partes á otras, para ponerlos en lugar seguro. El rio Sena se hallaba cubierto de barcos, y los caminos de carros, especialmente los de Orleans, y Roan, causando no poco daño los ladrones que por todas partes robaban á los fugitivos: mal inevitable en todo tu-

multo y confusion. Todos procuraban únicamente ponerse en salvo, posponiendo á esto la patria y todas las demas cosas; y aunque el Rey envió al cardenal Mendonio, y al duque de Guisa para que desvaneciesen aquel pánico terror, no consiguieron cosa alguna, porque el miedo los habia ensordecido. Pero con la venida del Rey acompañado de tropas, no solamente cesó la fuga, sino que se restituyeron los demas á la ciudad, habiéndolos amenazado con gravísimas penas. En tan grave peligro, dice Ferroni, que escribió el Rey una carta al delfin, en que le mandaba expresamente que no lo aventurase todo á la fortuna de la guerra: que mirase la conservacion del reyno como cosa propia que habia de entrar luego á poseerle: que aunque el César fuese vencido y derrotado, le quedaban todavia íntegras las tropas inglesas; por lo qual debia adelantarse á París antes que llegase el César á esta ciudad.

En este estado se hallaban las cosas quando comenzó á tratarse de paz. La Reyna doña Leonor, y algunos de los mas poderosos de la corte, dieron los primeros pasos para conseguirla, no sin noticia del Rey. Viendo pues aquella princesa el peligro que corria el reyno, envió al César á fray Gabriel de Guzman del orden de Santo Domingo, su confesor, pidiéndole que se dignase poner fin con una paz honrosa á una guerra tan sangrienta. El César respondió, que en obsequio de su hermana se prestaria á unas justas condiciones; pues se hallaba tan deseoso de la paz, que habia emprendido tan costosa guerra solo con el fin de conciliarla y establecerla. Asi pues, habiendo obtenido permiso los franceses de pasar al campo, marchó Anebaldo con grande acompañamiento de nobles, y fue recibido honorificamente por Gonzaga y Perenoto, los quales le conduxeron á un tem-

plo, que se hallaba á una milla de distancia del campo. Disputaron largamente y sin fruto por mas de seis horas acerca de las condiciones. Volvieron de nuevo á juntarse Anebaldo y Gonzaga con asistencia de otros, y despues de prolixos debates se separaron sin haber convenido en cosa alguna. Aun no se habia perdido del todo la esperanza de ajustar la paz, quando volvieron otra vez á las armas, y á continuar las anteriores hostilidades. Nada quedó intacto del furor de la guerra, ni se perdonaba á cosa alguna humana ni divina, acometiendo los alemanes por todas partes á vista de los franceses. Los luteranos profanaron con sus manos sacrílegas los templos y lugares mas sagrados, lo que causó tan gran dolor al César, que á un cierto Hanceo portero Augustal le hizo ahorcar del mas alto muro de un convento que habia saqueado. Reprehendió severamente á Mauricio, y al príncipe de Brandemburgo porque habian dexado sin castigo tantos delitos; y á fin de aplacar la ira del César registraron los equipages de sus tropas, y extraxeron al punto todas las alhajas sagradas, las que por su orden fueron restituidas á sus lugares por mano de los sacerdotes. Finalmente se ajustó la paz, que puso término á tantos males, el dia diez y ocho de septiembre en el castillo de Crespy en el Valois donde el César estaba acampado, firmando los primeros el tratado Gonzaga, y Anebaldo, los reyes de armas, y despues de estos el César, y el Rey. Fueron entregados en rehenes los cardenales de Lorena y Mendonio, Agnodeo hijo de Anebaldo, y el conde de Valois. Guzman que habia sido el primer móvil para conciliar la paz, fue recompensado liberalmente por el Rey con rentas eclesiásticas en premio de su mérito; pero muy luego le despojó de ellas, y le arrojó de Francia, atribuyéndole el crímen de que en sus cartas des-

cubria al César los secretos de la corte, como lo dice un autor que despues le trató con mucha familiaridad en Venecia.

Antes que se finalizase el tratado envió el César á Antonio obispo de Arras, hijo de Perenoto, para que diese noticia del negocio de la paz á Enrique Rey de Inglaterra, que sitiaba á Bolonia. El Ingles, aunque lo llevó á mal, respondió: «que no envidiaba al »César su fortuna: que se alegraba en gran manera »que la guerra, y la paz se hubiesen hecho conforme »á sus deseos; pero que habia resuelto de antemano »no dexar las armas, hasta que consiguiese las mayo»res y mas completas ventajas." Habiendo recibido el César esta respuesta, se apresuró á concluir la negociacion baxo de estas condiciones: que sepultadas del todo las anteriores discordias, hubiese una paz perpétua entre el César y el Rey: que prometiese el César su hija al duque de Orleans, y que diese á la esposa en dote el dominio de Flandes, con el título de reyno; y que si no tuviese efecto, casase con la hija de su hermano don Fernando, dándole la Lombardía con el mismo nombre. Añadiéronse varias precauciones para el caso de morir uno ú otro de los consortes; pero el César, para deliberar sobre esto, pedia el término de ocho meses, á fin de explorar entretanto las voluntades de los príncipes don Felipe y don Fernando; y que pasado este tiempo se obligaba á que se celebrase el matrimonio con una de las dos princesas en el espacio de quatro meses: que si cediese la Lombardía, retendria para sí las fortalezas de Milán y de Cremona hasta que naciese hijo varon de aquel casamiento: que el Frances restituyese al Saboyano las ciudades que le habia tomado en el Piamonte; y que custodiase con sus tropas las fortalezas que eligiese, interin que el César retuviese otras en Lombardía:

que fuesen restituidas de buena fé las ciudades que recíprocamente se habian tomado despues de las treguas establecidas en Niza: que ademas renunciasen los antiguos derechos y pretensiones, á fin de que no quedase causa alguna para renovar la guerra; y que habian de juntar sus fuerzas contra el Turco y los hereges. Estos fueron los principales artículos del tratado. En el mismo dia en que fue proclamada la paz vino el duque de Orleans á abrazar al César, y fue recibido con muchas muestras de regocijo, y tratado espléndidamente. Bura, y Reux que continuaban todavia en el sitio de Montrevil, tuvieron orden para retirarse. Los españoles y alemanes que estaban discordes entre sí, fueron enviados por diversas partes, para evitar que no tuviesen algun encuentro. Sande con su tropa se encaminó á Ungría, y los demas á España. Pero estos no pudiendo sufrir el ocio, como nacidos para la guerra, luego que llegaron á Inglaterra, se alistaron en las banderas del Rey Enrique, á cuyo servicio pasaron tambien, con permiso del César, el duque de Alburquerque don Beltran de la Cueva, hombre muy experto en la ciencia militar, y su hijo don Gabriel, que tanto contribuyó á la toma de Bolonia. El César, habiendo despedido su exército, se retiró á Flandes con el duque de Orleans su futuro yerno, y los rehenes. Nortfolc se trasladó desde Montrevil al campo del Rey de Inglaterra, para que con la retirada de sus socios no le oprimiesen los franceses, que se encaminaban á aquella ciudad. Despues de un sitio de cincuenta y ocho dias fue entregada Bolonia por su gobernador Verbin; y habiéndola asegurado el Ingles con una buena guarnicion, y todas las provisiones necesarias, se restituyó felizmente á Londres con su exército, y armada en el mejor estado.

LIBRO QUARTO.

CAPITULO PRIMERO.

Sujétanse los rebeldes de la provincia de Xalisco. Viage á la California y á la Florida. Providencias del César en favor de la libertad de los indios.

Por este tiempo era muy vario el aspecto de las cosas de América. Las guerras anteriores habian producido entre otros males, como sucede siempre, un seminario de vicios y maldades. La justicia no tenia fuerza alguna contra unos hombres armados, y solo triunfaba el desorden, sin respeto alguno á la honestidad. En Nueva España se remediaron en parte estos males por el valor y zelo del virrey don Antonio de Mendoza, que se dedicó á reprimir los vicios nacidos con la guerra. Finalmente arreglados los negocios interiores del mejor modo que permitian las circunstancias actuales, salió de México con tropas para apaciguar la dilatada provincia de Xalisco, que estaba inquieta. Contábanse trescientos caballos, la mayor parte de la nobleza, y ciento y cincuenta infantes, á los quales seguian numerosos esquadrones de indios. Entonces se concedió por la primera vez á los caciques, que llevasen caballos y armadura española. Los precipicios y parages ásperos que habian ocupado los enemigos les servian de fortaleza; pero fueron arrojados de ellos con mucho estrago de unos y otros: mas no habiéndolos abatido esta desgracia, se acamparon en otros peñascos altísimos, estando resueltos á hacer los últimos esfuerzos para defenderse. No aterró á los españoles lo fragoso de aquellos para-

ges, sin embargo de que parecían inaccesibles aun para las mismas aves, y habiendo explorado antes las sendas, marcharon al enemigo, y pelearon muchas veces acérrimamente, ayudados de los indios mexicanos con admirable valor y fidelidad. Luego que llegaron á lo mas elevado de los peñascos, combatieron á pie firme con el mayor teson, y al fin quedaron vencidos y derrotados los bárbaros, con muerte de ocho mil de ellos. En medio de la confusion fue hecho prisionero el cacique, y sirvió de mucho para apaciguar aquellas gentes ferocísimas. Dos años empleó Mendoza en subyugarlos, y se restituyó á México con su exército en buen estado, y con muchos despojos.

Despues de esto intentó reconocer el mar del Sur, cuya expedicion encargó á Juan Rodrigez Cabrillo, dándole dos navíos muy bien equipados de todo lo necesario. Con ellos penetró hasta quarenta y quatro grados mas allá del cabo Mendocino, situado casi á la extremidad de la California, navegando muchas millas ácia el Norueste, y entre horribles tormentas reconocieron las islas y el Continente. Regresaron estos navíos al puerto de la Natividad, habiendo muerto en el viage su capitan, y como no se sacó fruto alguno de esta empresa, mandó el mismo virrey á Ruy de Villalobos navegar al Occidente con quatro navíos y una galera, llevando consigo á fray Nicolás Perea del orden de San Agustin. La galera pereció luego en aquel mar tempestuoso, y despues de una larguísima y trabajosa navegacion, arribó á unas islas que estan al Oriente de nuestro hemisferio. Una de ellas, que fue llamada Cesárea en memoria del Emperador, tiene de circuito mas de mil y quatrocientas millas. Los bárbaros que la habitan son de una ferocidad indómita. Con ellos peleó Villalobos muchas ve-

ces prósperamente, y recogió alguna cantidad de oro y aromas, y continuando su viage arribó á Gilolo, una de las islas Molucas, donde hizo muchas cosas buenas y malas, ya declarándose amigo de los isleños, ya de los portugueses, mudando de partido segun se le presentaba la ocasion, hasta que falleció de una enfermedad. Sus compañeros, aunque muy debilitados de salud, navegaron á Malaca, y despues de haber permanecido allí por espacio de cinco meses, vinieron á Goa. Finalmente auxîliados del virrey portugues, se embarcaron para España, y llegaron á estos reynos el año quarenta y siete de este siglo.

En Yucatan no se habia hecho en mucho tiempo cosa alguna digna de memoria, hasta que Francisco Montejo trasladó el gobierno de aquella provincia á su hijo del mismo nombre, jóven de excelente índole, y de grandes esperanzas. Este pues habiendo dado con un pequeño esquadron dos grandes batallas, una en Chibou, y otra en Tibou, ademas de otros ligeros combates, venció á aquellos indios belicosos, y los obligó á sufrir el yugo. Despues fundó á Mérida, Campeche y Valladolid, y finalmente á Salamanca, y estableció colonos para que contuviesen á los bárbaros en su deber, y entretanto vivió su padre en Chiapa, separado del tumulto y fatigas de la guerra.

Por este tiempo se agravaron en la Florida las calamidades padecidas en las anteriores expediciones, porque todos los españoles entraron con desgracia en esta provincia. Hernando de Soto, soldado de Pizarro de esclarecida fama, introduxo con próspero viage en diez navíos por el puerto del Espíritu Santo mas de mil y doscientos hombres armados, de los quales mas de la quarta parte eran de caballería. Salióle al encuentro Juan Ortiz, que habitaba entre los bárba-

ros desde la desgraciada expedicion de Narbaez, y habiéndole servido de intérprete, vino á invernar á Apalache, donde con halagos se concilió la amistad del cacique. Previno Soto todo lo necesario para continuar su viage, y á la entrada de la primavera comenzó á caminar por una dilatadísima region en la que fue recibido de algunos caciques como amigo, y de otros como enemigo. Una jóven doncella que gobernaba una de estas naciones, le obsequió con una gran cantidad de perlas y otros regalos, y despues de haberle provisto de víveres le despidió benignamente. Recogieron los españoles setecientas veinte libras de perlas, entre las quales las habia de gran valor, y del tamaño de un garbanzo, y se repartieron con igualdad entre todos. Juan Terrones, soldado de infantería, cansado de llevar la parte que le habia tocado, la arrojó en un bosque, haciéndose intolerable el peso de las perlas á unos hombres que en su patria no tenian ni aun moneda de plomo. Estas riquezas las produce el rio Ichaha, cuyo nombre toma del pueblo inmediato, y allí se guardaban otras cosas preciosas, que entonces quedaron intactas para no embarazar con ellas á los soldados en su marcha. Habiendo llegado á Movila, pueblo de mucha gente y bien fortificado, recibieron algun daño por las asechanzas del cacique Tascaluca, hombre de una estatura desmesurada con quien tuvieron una pelea atroz, sangrienta y tumultuosa, que duró por espacio de nueve horas. Los bárbaros eran fortísimos, y las mugeres los igualaban en ferocidad, mas no obstante fueron vencidos y derrotados á viva fuerza, quedando muertos once mil de aquella multitud. Con sus flechas, y con las llamas con que incendiaron el pueblo, perecieron ochenta y tres españoles, quarenta y cinco caballos con parte de los bagages, y las albajas sagradas. No

hay necesidad de referir por menor todos los sucesos de esta expedicion. Finalmente vinieron á invernar á Chicoza, provincia muy dilatada; pero desde allí se trasladaron á otra parte, porque los habitantes de aquella region para libertarse de una turba de hombres tan insolentes, les quemaron de noche sus chozas cubiertas de paja, disparando sobre ellas flechas encendidas. En este lance perecieron quarenta españoles, cincuenta caballos, y otras cosas, lo que fue una grave pérdida para tan poca gente. Luego que entró la primavera continuaron su marcha en esquadrones por tierras desiertas, y por bosques intransitables y cerrados. ¿Quién podrá numerar los rios y los montes que tuvieron que atravesar, y las fatigas y peligros que padecieron? De este modo transitaron por muchas provincias en medio de contínuos combates, causándose recíprocamente muchas pérdidas, sin tener todavia asiento fixo en un pais tan pobre y estéril. Soto oprimido de cuidados cayó enfermo en Guachacoya, y aumentándosele poco á poco su dolencia, falleció de ella, habiendo entregado el exército, ó por mejor decir sus reliquias á Luis Moscoso. Su cuerpo fue echado á un rio para que los bárbaros no le insultasen. ¡Miserable condicion la de los mortales, que se ven pobres y necesitados aun en medio de la opulencia! ¿quándo dexarán los hombres de exponer su vida á tan graves y voluntarios peligros? ¿quándo pondrán límites á sus deseos? ¡miserables riquezas con las quales crece, y se fomenta el desordenado deseo de adquirir otras! Las calamidades pasadas habian reducido el exército de Moscoso á solos trescientos y veinte infantes, y sesenta caballos, con los quales anduvo vagueando de unas partes á otras, padeciendo muy graves infortunios hasta que regresó al rio grande. Para invernar allí se fortificó

contra las freqüentes y molestas invasiones de los bárbaros, que no omitieron cosa alguna de las que sugiere la fuerza y la astucia, á fin de arrojar de su territorio á los extrangeros. Finalmente perdiendo toda esperanza, resolvieron aventurarse á hacer su retirada, siguiendo el curso del rio, persuadidos de que este era el único medio que les quedaba de escapar con vida. A últimos de junio comenzaron con gran diligencia á cortar madera, y trabajarla para disponer los barcos, habiendo encontrado algunos caciques que los favorecieron con mucha humanidad, lo que puede mirarse como un prodigio en medio de tan feroz barbárie; y en el dia de San Pedro se embarcaron en siete barcas y tres faluas. Salieron los bárbaros con mil canoas, que cubrian aquel ancho rio á perseguir á los que marchaban, arrojándoles con grande gritería tantas y tan espesas flechas, que parecia caer sobre ellos un nublado de granizo. Muchas veces quando salian á tierra á buscar víveres, y otras navegando, tuvieron que pelear con una inmensa multitud de bárbaros, que se sucedian unos á otros, en cuyos combates perdieron quarenta y ocho compañeros con algunos caballos. Luego que llegaron á parage donde por una y otra parte se perdian de vista las riberas del rio, cesaron los bárbaros de perseguirlos. Siguieron la corriente por espacio de veinte dias, en los quales referian haber navegado mil y seiscientas millas (si no les engañó su cálculo) y desde alli al mar quatrocientas. Dexando á la derecha la Florida arribaron á los cincuenta y tres dias al rio Panuco, de donde se encaminaron por tierra á México á la entrada del invierno del año de mil y quinientos y quarenta y tres.

En este tiempo se hallaba afligida la Nueva España con una peste tan cruel, que se asegura que dexó

solamente con vida á la sexta parte de sus habitantes. En Guatemala, como ya diximos, gobernaba Alvarado, quien sin embargo de haber quedado coxo de una herida, y de estar muy pesado y viejo, no habia renunciado á la milicia; y deseoso de aumentar las riquezas que poseía, equipó una armada muy poderosa para navegar á las islas de la especería, la qual habiendo arribado á las costas de la nueva Galicia, fue implicada en una guerra. Noticioso de esto Alvarado, recogió á la ligera algunas tropas, y se puso en camino para llevar socorro á los suyos, que se hallaban muy maltratados por los bárbaros; pero en su marcha se precipitó con el caballo por un despeñadero, y pereció miserablemente. La armada regresó á Guatemala sin haber hecho cosa alguna memorable. Poco despues su muger, que era de la principal nobleza de España, quedó abogada en una inundacion que arrojó el volcan inmediato á la ciudad, que la dexó quasi arruinada. En la muerte de esta señora se vió la inconstancia de la fortuna, que trastorna á su antojo todas las grandezas humanas.

Belalcazar volvió de España con el gobierno de Popayan en premio de haber apaciguado la provincia. Su teniente Jorge Robledo penetró con un pequeño exército en lo mas interior de la region, descubrió nuevas gentes, y para refrenar á los bárbaros estableció una colonia, que llamó Antioquía. Tuvo por compañero de su viage á Pedro de Zieza, escritor muy diligente de los sucesos acaecidos en aquellas partes. Pero entretanto que disponia volverse á España fue hecho prisionero por Alonso de Heredia, y despojado de la presa que habia adquirido. Despues de esto se suscitó una contienda entre Pedro hermano de Alfonso, y Belalcazar sobre la posesion de Antioquía, la qual se dirimió á costa de alguna sangre, y al fin que-

dó la colonia por Belalcazar. Hallándose Quesada en España, su hermano Fernando descubrió un dilatadísimo pais hasta Pasto, donde poco antes habia establecido una colonia uno de los capitanes de Pizarro. En la silla episcopal de Cartagena sucedió á Loaysa fray Francisco Benavides, del orden de San Gerónimo, varon muy zeloso en apacentar las ovejas de Jesu-Christo, y alejar á los piratas que hacian presas por aquellas costas. Fue trasladado desde alli á la diócesis de Mondoñedo, y despues á la de Siguenza, donde murió el año de mil quinientos y sesenta. En el obispado de Santa Marta sucedió don Martin de Calatayud, y Talavera en el de Tlascala. La ciudad de Popayan pareció á propósito para erigirla en silla episcopal. Fueron establecidas nuevas audiencias reales, y nombrados jueces con autoridad suprema para decidir los pleytos. La multitud de los indios que se convertian á Jesu-Christo era innumerable, dedicándose á instruirlos y doctrinarlos con gran zelo los religiosos de diversas órdenes, que se habian establecido en muchas partes. Pero como desde el descubrimiento de aquel nuevo mundo abusaban los españoles de la paciencia de sus naturales sin derecho alguno, ni aun imaginario, tratando á estos miserables no como á hombres, sino peor que á las bestias, se renovaron las antiguas leyes, y se promulgaron otras de nuevo para cortar estos abusos, y para que con la fuerza de las armas se mantuviesen bien gobernadas las provincias. Trabajó en esto con gran zelo fray Bartholomé de las Casas obispo de Chiapa, y otros varones doctos y piadosos, compadecidos de los males de aquella desgraciada gente. Y á la verdad no era posible que se sostuviese el dominio de la América agitado con tan violentas turbaciones, si no fuesen tratados con igualdad el español y el indio,

siendo cierto que deben tener un mismo derecho todos aquellos que viven sujetos á un mismo Rey, y profesan una misma religion. ¿Qué mayor absurdo puede imaginarse que establecer una república de esclavos? El César pues, cuidadoso de su propia fama, y del bien de aquella pobre gente, mandó en una ley del año de quarenta y uno que se les restituyese la libertad que injustamente se les habia quitado, disponiendo expresamente en uno de sus capítulos: «Que de »ningun modo, ni con pretexto alguno fuese llevado »en adelante ningun indio contra su voluntad al servi»cio del español, y que fuese puesto en libertad el »que hubiese sido forzado á ello, sin oir sobre esto á »sus señores." Estas y otras providencias, cuya execucion procuraba don Francisco Tello, enviado á este fin por el César á la América, causaron infinitas discordias. Conmoviéronse las colonias de tal suerte, que faltó muy poco para que no rompiesen en una sedicion, sin respeto alguno á la magestad real, si el virrey Mendoza con su valor y singular prudencia no hubiera reprimido sus furores. Llevaban muy á mal los españoles que unos bárbaros «mas semejantes á »las bestias que á los hombres, y á quienes habian »sujetado á costa de su sangre y de sus bienes, fuesen »tratados con leyes tan favorables, y ellos oprimidos »con adversas, que era mejor la fortuna de los ven»cidos que la de los vencedores si se les despojaba »del premio de su valor. Que desterrados de su patria, »de sus padres y parientes se veian despreciados de »los mas viles de todos los mortales, y que vivirian »en la miseria y en los trabajos, atenidos precisa»mente á la benignidad de aquellos á quienes vencie»ron en la guerra." Pedian, pues, que se suspendiesen aquellas leyes hasta nueva orden del César, para que oyéndolos á ellos se decretase lo mas convenien-

te al bien público. Pero no pudieron conseguir cosa alguna, y solo se resolvió dar cuenta al César para que mudase á su arbitrio lo que le pareciese, lo que á la verdad fue en vano.

Entretanto incendiaron la ciudad de Santa Marta unos piratas franceses que corrian aquellas costas con cinco navíos: lleváronse quatro piezas de artillería, mas el oro que era lo que ellos codiciaban, le habian sacado de allí los colonos, y puesto en lugar seguro. Fueron castigados los bárbaros, que incitados por la calamidad de sus señores, habian tomado las armas con deseo de recuperar la libertad. Aquellos piratas acometieron á Cartagena con favorable suceso, pues haciendo una repentina irrupcion, robaron quarenta y cinco mil pesos del tesoro real. Finalmente hicieron una tentativa contra la Habana; pero habiendo perdido quince hombres, desapareció de allí aquella peste. Volvió Orellana de España con facultad de establecer colonias en las márgenes del rio á que habia dado su nombre, y al tiempo que exploraba aquellos parages, cayó entre las manos de unos bárbaros muy guerreros, los quales siendo muy superiores en fuerzas, le mataron en un combate diez y siete compañeros. Anduvo Orellana errante largo tiempo por aquellas costas, sin poder jamás encontrar la boca del rio por donde habia salido al mar en su primer viage, por confundirse con las bocas de otros muchos, y habiéndosele destrozado los navíos en una tormenta, cayó enfermo de tristeza, y pereció con muchos de sus compañeros, dispersándose los demas por varias partes.

CAPITULO II.

Discordias del Perú. Viage de Alvar Nuñez al Paraguay. Sucesos de los portugueses en las Indias Orientales.

Levantárouse en el Perú nuevos tumultos, que comenzaron con muertes y estragos, porque muchos hombres perversos instigados por Juan de Rada, se habian conjurado para vengar la muerte de Almagro. Esta es la causa que se pretextaba; pero la verdadera no fue otra que la detestable ambicion de mandar y adquirir riquezas, que es ciertamente la que trastorna y revuelve todas las cosas humanas. Sentian vivamente estos hombres no ser admitidos á ningun oficio público, y entregados al juego, al excesivo luxo, al fausto, y á todo género de vicios, habian consumido todos sus bienes. No podian tolerar la pobreza, faltábanles todos los medios de subsistir, y esperaban hallar su ganancia en una general revolucion. Aunque muchos dieron aviso á Pizarro de lo que se tramaba, se descuidó en poner remedio á los principios, y despues mudando de parecer mandó encarcelar á los conjurados; lo que fue causa de que acelerasen la execucion de su intento. Porque noticiosos del peligro que les amenazaba, fueron veinte de ellos armados en busca de Rada, y excitado éste por el miedo que le inspiraron, marcharon todos juntos contra Pizarro á vista de todos los habitantes del Cuzco. A la verdad es muy digno de admiracion que ninguno se les opusiese, ni previniese á Pizarro que intentaban matarle: tal era el terror que se habia apoderado de los ánimos de todos. Entraron en su casa con las espadas desnudas, y pasaron á cuchillo á sus amigos y domésticos que ha-

llaron los primeros, y encontrando en el último quarto á Pizarro, que con la espada en la mano se habia puesto á la puerta, le mataron el dia de San Juan Bautista del año de mil y quinientos y quarenta y uno á los sesenta y tres años de su edad. Fue varon de ánimo excelso, y habia adquirido mucha fama con sus ilustres hazañas, si no las hubiera obscurecido con la ambicion y la soberbia. Inmediatamente fue saqueada la casa con la de su hermano Martin de Alcántara, y la de Antonio Picado, el qual despues de haber sufrido el tormento, porque se resistió á descubrir el tesoro de su amo, fue degollado. Sin embargo la presa que hicieron ascendió á ciento setenta y cinco mil pesos. Despues de esto, y hasta que vinieron nuevas órdenes del César, fue declarado virrey Diego de Almagro, y fueron perseguidos los que se oponian; y de este modo unos de grado, y otros por fuerza se sujetaron á su gobierno. Valverde obispo del Cuzco, lleno de terror y espanto, se embarcó con un hermano suyo para libertarse del peligro; pero en la isla de Puna fue muerto por los bárbaros con otros diez y seis españoles. El cuerpo de Pizarro envuelto en un tapiz por sus criados, fue llevado secretamente al templo para que no le insultasen sus enemigos.

Muerto Pizarro, Vaca de Castro su cólega, que gobernaba juntamente con él, y con igual potestad, habiendo mostrado la real cédula en que era nombrado por sucesor suyo, se apoderó de todo el mando. Obedeciéronle muchos con gran fidelidad; pero Almagro defendia su derecho con la fuerza de las armas, y comenzó á prepararse una guerra civil, haciendo uno y otro actos de jurisdiccion. Viendo Castro que los contrarios no se avendrian á la razon, puso en marcha sus tropas para conseguir por la fuer-

za lo que no podia por medios suaves; y acercándose ambos exércitos, tardaron poco en venir á las manos unos hombres tan enconados. Pusiéronse unos y otros en orden de batalla, y despues de haber exhortado á sus soldados cada uno de los generales, se trabó la pelea con el mayor furor. Ganó Castro la victoria, y murieron doscientos y quarenta de una y otra parte. Otros muchos quedaron prisioneros, entre los quales treinta fueron condenados por rebeldes al último suplicio. Concluida felizmente esta guerra, envió Castro á Vergara, Porcel y otros capitanes, cada uno con su esquadron para que descubriesen nuevas tierras. Almagro fue aprehendido en su fuga por Rodrigo de Salazar, y le degollaron á los veinte y quatro años de su edad en medio de la plaza del Cuzco, en el mismo lugar donde habian cortado la cabeza á su padre. Su cuerpo fue enterrado en la misma ciudad en el sepulcro paterno.

Esta sola batalla puso fin á todas las turbulencias, y de alli adelante se dedicó el virrey Vaca de Castro á cultivar las artes de la paz, y especialmente á instruir á los indios en la doctrina christiana. Recibió el sagrado bautismo Pablo Inca con parte de su familia, á los quales se encomendó el cuidado de enseñar á los demas, por la facilidad que les daba el uso de una misma lengua. Era Castro muy zeloso en este importante punto, y estableció escuelas donde fuesen educados los hijos de los caciques. Casó con nobles españoles á las hijas de Guaynacapac, y Atahualpa, conservándoles la honra de su antigua dignidad. Finalmente procuró con el mayor desvelo arreglar todas las cosas públicas, que estaban muy perturbadas con las anteriores guerras. Todo estaba ya quieto y tranquilo, quando poco despues causó mayores turbulencias el nuevo virrey Basco Nuñez

Vela. Vinieron con él por oidores para administrar justicia Zepeda, Alvarez, Lison y Ortiz, y habiendo desembarcado en el puerto de Nombre de Dios, pasaron por tierra á Panamá, donde el virrey promulgó las leyes concernientes á la libertad de los indios. Lo mismo hizo en Tumbez, y se irritaron tanto los ánimos, que estuvo á peligro de perderse todo. En la provincia de Popayan fueron recibidas por la autoridad de Belalcazar, aunque envió al César á Francisco Roda para que las reclamase del mismo modo que se habia hecho en Nueva España. Por el contrario en Arequipa las resistieron todos con unánime consentimiento, y de esta suerte fueron á porfia rechazadas por unos, y obedecidas por otros.

Gonzalo Pizarro habia regresado á Quito con su derrotado exército de la desgraciada expedicion del Dorado, y mucho mas sintió que se hubiese preferido á Castro para el mando; que la muerte de su hermano. Desde entonces comenzó á manifestarse desafecto al César, y á murmurar libremente, sin respeto alguno de la magestad imperial, y abusando de la potestad de maestre de campo, que le confirió el gobernador del Cuzco, se opuso á las leyes con su autoridad, y con el terror de las armas, y atraxo á sus perversas ideas gran número de españoles, que se quexaban de que iban á perder sus haciendas. Viendo don Gerónimo de Loaysa, primer arzobispo de Lima, que todo amenazaba una sublevacion popular, exhortó y amonestó á Vela, que acomodándose á las circunstancias del tiempo, allanase algun tanto de su severidad. Pero de ningun modo pudo suavizar á aquel hombre inexôrable, y de aqui provino, que divididos en partidos unos hombres, por otro lado facciosos y acostumbrados á decidir sus disputas con las armas, y el mayor núme-

ro de ellos seguia á Pizarro, y á Vela los demas que permanecieron fieles. Entretanto cinco españoles muy adictos al partido de Almagro, temerosos de Castro, se habian huido á Mango, que se hallaba en un parage muy fortificado, el qual quebrantando los derechos de la hospitalidad, mandó que los asesinasen; pero habiéndolo sabido ellos, les ganaron por la mano, y pasaron á cuchillo á muchos de los bárbaros. Gomez Perez mató con su propia mano al mismo Mango; y finalmente rodeados por una infinidad de indios, perecieron atravesados de flechas. Habiendo Pizarro juntado un exército, puso su campo en Andaguaylas. Loaysa, que era el intérprete y conciliador de la paz, pasó á hablarle para componer las discordias, pero nada pudo conseguir con sus piadosos oficios. Vela no se confiaba de nadie, porque veia que le era contraria la multitud, y aun sus mismos oidores, acomodándose al tiempo, y instigados de sus particulares intereses, habian tomado partido contra él. Estos pues, cometieron el temerario atentado de poner preso al virrey, y embarcándole en un navío, se lo entregaron á Alvarez uno de sus cólegas para que lo conduxese á España. Castro, que corria el mismo peligro, se huyó á Panamá por mar, y para prenderlo envió Pizarro á Machicao con una armada; pero habiéndose escapado con tiempo, llegó á España despues de haber padecido mil peligros. Machicao descargó su ira contra los de Panamá, que estaban sublevados, y castigó rigorosamente á muchos de los dos partidos. El oidor Alvarez compadecido de la calamidad del virrey Vela le permitió su evasion, rogándole que le perdonase el haber sido engañado por la maldad de sus cólegas. Puesto Vela en libertad, vino á Tumbez, estando resuelto á vengar el atroz insulto hecho á su

autoridad, aunque fuese con peligro de su vida. Pizarro vino á Lima con un exército que se componia de seiscientos infantes y caballos; y como tenia mayores fuerzas, anularon los oidores la potestad de Vela, y le confirieron el mando. No hay necesidad de disputar aqui si esto fue bien ó mal hecho; lo cierto es, que por el miedo de mayores males, se cometió tan indigna maldad. Inmediatamente Pizarro comenzó á exercer la usurpada tiranía, haciendo morir á muchos del partido contrario; por cuyo error se pasaron no pocos al virrey Vela, y con ellos se retiró á Quito. Pizarro que se tenia por Rey, procedió en todo con insolente despotismo, robó el tesoro público, y abolió los tributos. Estas y otras cosas semejantes sucedieron en el Perú por espacio de quatro años continuos.

Entretanto sujetaba á los de Chile menos con la fuerza que con la persuasion Pedro de Valdivia, enviado por Francisco Pizarro con ciento y cincuenta españoles. Fundó alli la ciudad de Santiago con su fortaleza. Los bárbaros aprovechándose de una ausencia de Valdivia, tomaron las armas, y la acometieron; pero saliendo los españoles con la caballería, mandados por Alonso Monroy, rechazaron con un terrible combate á la multitud que los atacaba. Al mismo tiempo una muger llamada Ines Suarez, arrebatada de la ira, tomó una hacha, y degolló á los caciques que estaban presos en la fortaleza. ¡Accion cruel y abominable! Con la noticia de esta revolucion habia enviado Castro á Chile sesenta españoles, que ayudaron mucho á Valdivia para refrenar á los bárbaros. Comenzó en Quillota á beneficiar las minas de oro, edificando una fortaleza en aquel parage, de donde se sacaron grandes riquezas. Fundó tambien una colonia, que por el

nombre de su patria la llamó la Serena, con un puerto muy cómodo para recibir las mercadurías del Perú.

Por este tiempo hizo Alonso Camargo una expedicion al estrecho de Magallanes con tres navíos, costeados por don Gutierre de Vargas, obispo de Plasencia, uno de ellos se hizo pedazos al tiempo de salir al mar del Sur, otro le conduxo Camargo al puerto de Arica muy desbaratado, y haciendo mucha agua, y el tercero se vió forzado por las tormentas á invernar en el mismo estrecho; y habiendo intentado en vano pasar mas adelante, regresó á España, confirmando lo dificil y peligrosa que era la navegacion del estrecho: por lo qual todo el comercio del mar del Sur se hacia por Panamá y Nombre de Dios, lugares oportunos para conducir los efectos de Europa.

Alvar Nuñez Cabeza de Baca navegó con tres navíos al rio de la Plata para experimentar mas favorable fortuna en la region Austral, que la que había padecido en la Septentrional en la desgraciada expedicion de Narvaez. Despues de una larga y trabajosa navegacion arribó á las costas del Brasil, y habiendo mandado que entrasen por la boca de un rio muy ancho y tempestuoso, se puso él en camino por tierra con doscientos y cincuenta soldados para explorar lo interior de aquellos paises. Era preciso atravesar montes altísimos, y abrir sendas á fuerza de hacha por medio de espesos bosques. Por todas partes no veian otra cosa que una horrible soledad, y en esta fatiga pasaron veinte dias. Habiendo salido al cabo de ellos á lugares abiertos y cultivados, les fue necesario amansar y domesticar á los bárbaros, porque los espantaba mucho los semblantes de aquellos hombres y sus vestidos, y prin-

cipalmente la carrera de los caballos, no habiendo visto antes en sus tierras extrangero alguno. Pero como el capitan estaba tan práctico en las costumbres de los bárbaros, los pacificó fácilmente, y les quitó el miedo, de tal suerte que le traian todo quanto tenian en sus chozas. De este modo transitó Alvar Nuñez por muchas provincias, y llegó finalmente al Paraguay y á la colonia de la Asuncion situada en sus riberas. Procuró restablecer á Buenos Ayres, abandonado por causa de las discordias y de otras incomodidades, y habiendo llevado á esta ciudad nuevos colonos, trató con mucha suavidad á los naturales del pais; pero sujetó con las armas á los que no podia vencer con halagos. Restauró con paredes de tierra la ciudad de la Asuncion, destruida casi del todo por un casual incendio. Domingo de Irala fue enviado con tres barcas, y habiendo navegado mucho tiempo rio arriba con un viage muy próspero, dió noticia de una region fértil. Siguióle el mismo Alvar Nuñez con quatrocientos infantes y doce caballos; igual número fue conducido por el rio en barcas, y los que caminaron por tierra, despues de haber explorado una grande extension de terreno, les fue preciso volver adonde habian salido, porque la espesura de los montes les impedia pasar adelante. La integridad y providad de Alvar Nuñez fue un prodigio en aquellos tiempos; pues ni fue notado de rapiña alguna, ni de fraude, y en su ánimo jamás tuvo la menor entrada la avaricia. Estos fueron en aquel tiempo los principales sucesos del Occidente.

En el Oriente eran grandes los frutos que se recogian de la predicacion de la divina palabra. Fray Juan Alburquerque, castellano, del orden de San Francisco, fue nombrado por el Rey de Portugal primer obispo de Goa, y tomó posesion de aquella

iglesia. Asi lo trae Faria, aunque no sin indignacion, por el odio que tenia á los castellanos; pero Mafei dice que fray Fernando, religioso del mismo orden, fue el primer pastor de la iglesia de Goa, siendo virrey Nuño de Acuña, y que le sucedió Alburquerque. Dexo á otros el cuidado de decidir esta disputa, para no interrumpir la narracion. Navegó Gama al mar Bermejo con una grande armada; mas habiendo procedido con importuna lentitud, se le escapó de las manos la ocasion de poder derrotar la esquadra turca en el puerto de Suez. Dícese que penetró hasta el monte Sinai, tan célebre en la sagrada Escritura, y que en aquel lugar condecoró á muchos de sus compañeros con la banda militar. Al tiempo que meditaba su regreso, le salieron al encuentro unos embaxadores de Claudio, Rey de la Abysinia, para pedirle socorro contra los turcos; y habiendo mandado á su hermano Christóbal que pasára á dársele con quatrocientos soldados escogidos; despues de ganar dos victorias á los enemigos, vino al fin á ser oprimido de su excesivo número: murieron muchos de los suyos en una batalla, y retirándose los demas con el Abysino á lo mas áspero de los montes, fue el mismo Gama hecho prisionero, y le quitaron la vida los turcos con varios tormentos. El Abysino reparó sus tropas en las que se contaban noventa portugueses, y mandados por el capitan Manuel de Acuña pelearon de nuevo felizmente con los turcos y los moros trogloditas, y con esta batalla, en que quedó muerto Gradaamed, á cuyas manos habia perecido Gama, se concluyó la guerra. Los portugueses despues de haber sido magníficamente regalados, se volvieron á Goa, y algunos se quedaron voluntariamente entre los etiopes.

Martin de Sousa, nombrado virrey de la India,

llevó consigo en la armada al Padre Francisco Xavier, varon esclarecidísimo en todo género de virtudes, y en el don de milagros, para infinito bien de las regiones del Oriente, las quales ilustró con la luz del Evangelio. Habiendo llegado á Goa el año de mil quinientos y quarenta y dos, fue recibido con el mayor regocijo por el obispo Alburquerque. Entregó Gama el mando á Sousa, y se volvió á Portugal con gran sentimiento de aquellas gentes. Por este tiempo se dice que resplandeció en lo interior de la India el valor de Antonio de Faria, cuyas hazañas, que solo pueden compararse con las de los héroes celebrados por los poetas, escribieron Pinto y Faria, á quienes me remito. En este mismo año se atribuyeron algunos la gloria del descubrimiento de las islas del Japon, con agravio de Antonio de Mota, Francisco Zeimoto, y Antonio Peixoto, que navegando á la China, y arrojados por una tormenta, fueron los primeros entre los portugueses que descubrieron aquellas célebres islas, en las que con el trato y comercio de los europeos, se abrió el camino á la propagacion del christianismo. Entretanto provocado Sousa con las injurias de los infieles, pasó con una armada á Baticala, ciudad opulenta en la costa de Malabar. No pudiendo con razones persuadir á los bárbaros á que volviesen á su deber, sacó sus gentes de las naves, y habiéndolos acometido, los venció, y obligó á encerrarse en la ciudad. Renovóse la pelea, y los arrojó de ella, y despues de haberla saqueado, puso fuego á sus edificios. No acaeció por este tiempo otra cosa digna de memoria á excepcion del suceso de Antonio de Payva digno de la mayor alabanza, que convertido repentinamente de mercader en predicador del Evangelio, bautizó á dos Reyezuelos, y á una innumerable multitud de gentes en Macasar,

isla cercana á las Molucas. Pero dexando ahora las cosas de la India, volvamos desde las remotas partes del Asia á las mas conocidas de nuestra Europa.

CAPITULO III.

Dieta de Wormes sobre los asuntos de religion. Comiénzase el concilio de Trento.

Restablecida la paz, como ya diximos, se hallaba todo tranquilo, y solo se disputaba sobre la religion, estando los ánimos muy discordes y acalorados. Nunca se habia visto mayor desenfreno en discurrir de las cosas divinas, y cada qual forjaba á su antojo las opiniones que mas le agradaban. De aquí se originaron enemistades y odios mortales, pronósticos seguros del trastorno que amenazaba al estado. Para componer estas discordias fue convocada una dieta en Wormes, á la qual asistió el cardenal Farnesio, legado del Pontífice. El César que se hallaba impedido de la gota, nombró por presidente á su hermano don Fernando. Congregóse pues la dieta á
1545. principios del año de mil quinientos y quarenta y cinco; y á propuesta de este príncipe, se acordó solicitar la celebracion del concilio, para decidir las controversias de religion. Tratóse despues de conciliar los ánimos, no ya para conservar el antiguo lustre de la nacion, sino para defender las vidas y fortunas de todos contra la invasion del Otomano, que amenazaba con el yugo. Estas y otras cosas semejantes fueron mal recibidas de los hereges, porque rehusaban retractar cosa alguna de sus nuevos dogmas, y no querian sujetarse á los decretos del concilio, como si éste no tuviese suficiente libertad en sus decisiones. En todo lo demas se declararon sujetos

al César, exceptuando lo que se opusiese á su interés y conveniencia, segun lo habian determinado antes en sus conventículos los confederados de Esmalcalda, con injuria y agravio de la magestad imperial. Armaron pues la secta con el favor de la multitud, y con auxilios extraños, estando resueltos con la mayor confianza á aventurarlo todo en su defensa. Tan dificil es abandonar las torcidas opiniones que una vez se han abrazado en materia de religion, y reducir al buen camino á los que ha pervertido una errónea doctrina. Finalmente no pudiendo en esta dieta hacerlos entrar en razon, se trasladó á Ratisbona para el año siguiente, á fin de ver si en este intervalo de tiempo se hallaba medio de conciliar aquella discordia.

Florecia entonces España en una profunda paz, y solo se hacia la guerra á los enemigos de la religion verdadera. Era grande la solicitud y cuidado de la inquisicion en buscar á los reos y en castigar á los rebeldes con el fuego y otras penas, á cuyos espectáculos concurria un inmenso gentío de todas calidades. Por este tiempo la princesa doña María, esposa del príncipe don Felipe, parió en Valladolid un niño el dia ocho de julio, y le pusieron en el bautismo el nombre de su abuelo el César. Asistian á la parida la duquesa de Alba, y doña María de Mendoza, muger de don Francisco de los Cobos, su camarera mayor. Sucedió entonces que los inquisidores celebraron un auto de fé para pronunciar la sentencia de unos reos, de los quales dos fueron quemados, y como las mugeres son tan aficionadas á verlo todo, salieron aquellas señoras dexando sola con las doncellas á la princesa al quarto dia de su parto. Esta pues las dió á entender que comeria de buena gana un limon, y no sospechando las criadas que podria hacerle daño, se le traxeron

al instante para complacerla. Esto fue lo mismo que darla un veneno activo; de tal suerte, que quando volvieron á palacio la duquesa, y la camarera, despues de concluido el auto, hallaron muerta á la princesa, con gran confusion y amargo llanto de toda la corte. Luego que se divulgó el funesto suceso, fue muy grande la tristeza que causó en la ciudad y en toda España, lamentándose todos de la desgracia de la infeliz princesa. Habiéndose celebrado sus exêquias con régia pompa, fue llevado su cuerpo á Granada, y sepultado en un magnífico túmulo. No se puede explicar con palabras la fuerza del dolor que oprimió el corazon de aquel excelso príncipe, y aunque al César afligió en extremo esta noticia, procuró en sus cartas consolar á su hijo, que se hallaba sumergido en una profunda tristeza.

Poco despues en el dia primero de agosto falleció en la misma ciudad el arzobispo de Toledo don Juan de Tavera oprimido, segun corrió la voz, del sentimiento que le causó la temprana muerte de la princesa. Su cuerpo fue llevado á Toledo, y colocado en un suntuoso sepulcro. Sucedióle en el arzobispado don Juan Martinez Siliceo, obispo de Cartagena, nacido de padres humildes, pero premiado tan largamente por haber educado en las letras al príncipe don Felipe, y en el año siguiente fue promovido á la dignidad cardenalicia. Sucedióle en la silla de Cartagena don Estevan de Almeyda, trasladado á ella desde la de Leon. Por este tiempo fallecieron tambien otros obispos, entre los quales se cuenta don Gaspar Dávalos, arzobispo de Santiago, sucesor de don Pedro Sarmiento, que murió quatro años antes en Luca, ciudad de la Toscana, y habia sido trasladado á Granada. En el año anterior de quarenta y quatro falleció en Valladolid fray Antonio de Gue-

vara del orden de San Francisco, obispo de Mondoñedo, célebre por su literatura. No han faltado hombres doctos que han reprehendido y criticado sus escritos. Pero lo cierto es, que en su tiempo fueron muy apreciadas por todos los que cultivaban las buenas letras, sus epístolas y la vida de Marco Aurelio, forxada sin duda de su propio cerebro. Por muerte de don Jorge de Austria fue colocado por singular beneficio de Dios en la silla arzobispal de Valencia el grande exemplar de prelados, Santo Tomás de Villanueva, religioso del orden de San Agustin, y entró en la ciudad el dia primero de enero. Grande fue la alegría de todos los ciudadanos, que por la fama de sus virtudes habian concebido las mas felices esperanzas. En el mes de agosto cesaron las abundantísimas lluvias que afligieron á España por espacio de casi un año entero, las que causaron graves daños especialmente á las ciudades de Andalucía, y á esto se siguió la carestía de pan.

El reyno de Portugal se hallaba tambien en paz, y eran perseguidos los piratas, que sin distincion alguna de naciones, infestaban todos los mares. Juan de Castro, almirante de la armada portuguesa, vino á caer entre siete navíos de un pirata frances que intentaba apresar los baxeles del comercio de la India. Acometió intrépidamente á la Capitana de los piratas, y atracándose á su bordo y asegurándola con garfios de fierro, se apoderó de ella. Destrozó con su artillería otras dos naves, y las demas se escaparon con el auxilio de las tinieblas de la noche. En el último capítulo de la insigne orden del Toyson de Oro que celebró el César, condecoró con el collar á muchos príncipes, y envió uno de gran valor, guarnecido de piedras preciosas al Rey don Juan de Portugal, para que este excelso instituto, que miraba con particular

afecto, fuese honrado por los Reyes. El conde de Benavente rehusó aceptar el collar que tambien le envió el César, afirmando que jamás usaria de otra insignia militar que de la cruz roja y verde, con la qual sus antepasados habian vencido y derrotado á los moros: dexo á otros el juzgar si esto lo hizo por la gloria de España, ó por un espíritu de arrogancia. Los judíos que en otro tiempo habian sido arrojados de Castilla, y que volvieron á su abjurada creencia, eran perseguidos en Portugal por la inquisicion, del mismo modo que los demas enemigos de la religion católica. El cardenal don Alonso, hermano del Rey, arzobispo de Lisboa, falleció con gran sentimiento de todos los buenos, y fue sepultado en el monasterio de Belen, ó en la catedral, porque en esto no concuerdan los autores. Fue varon muy benigno con todos, misericordioso para con los pobres, y muy esclarecido por su piedad y pureza de costumbres.

La Francia se vió tambien envuelta en luto por la temprana muerte del duque de Orleans, tan perjudicial á la execucion del convenio que poco antes habian hecho los príncipes. Acometióle una pestilentísima calentura, que resistiéndose á todos los remedios, quitó la vida á este jóven tan ilustre por su generosa índole y valor. El César afectó gran sentimiento de su muerte; tal vez para evitar las sospechas malignas de los que creian que se alegraba en su interior, porque con este accidente retenia el dominio de Flandes. Lo cierto es que trastornado este apoyo, parecia no quedar segura la alianza de Crespy, y era preciso establecer otra nueva. Para explorar pues el ánimo del César envió el Rey de Francia á Anebaldo y á Oliver secretario de estado, y habiéndole hecho presente su comision respondió: «Que por lo que á él »tocaba mantendria inviolable la alianza, á no ser que

»fuese provocado á quebrantarla." Creyóse entonces que el Rey de Francia se habia ofendido de tan áspera respuesta, y que la paz no duraria mucho tiempo.

El dia trece de diciembre de este año se comenzó el concilio de Trento no sin esperanza de que los protestantes obedecerian á sus decretos, aunque se mostraron tan obstinados, asi en la dieta de Wormes, como en la que se celebró en Ratisbona á principios de mil quinientos y quarenta y seis. Disputóse en ella con extraordinario ardor por una y otra parte. Entre los teólogos católicos tenian el primer lugar Malvenda español, y Cochleo aleman, hombres muy doctos, y entre los hereges Martin Bucero, y Juan Brencio. La dieta fue poco numerosa por no haber querido asistir á ella Federico de Saxonia, Felipe Landgrave de Hesse y otros príncipes, todo lo qual indicaba la guerra que estaba tan próxima. Lutero que la fomentaba, murió de repente en Isleb el dia diez y siete de febrero. Cenó aquella noche mas de lo que acostumbraba, y habiendo declamado furiosamente contra el Papa y el concilio de Trento, le hallaron muerto en la cama, siendo de edad de sesenta y tres años. ¡Quántos males hubiera evitado al orbe christiano si esta muerte hubiese acaecido algunos años antes! Pero Dios por sus inescrutables juicios dispuso otra cosa.

CAPITULO IV.

Conjuracion contra los confederados de Esmalcalda. Declaran la guerra al César.

Por este tiempo comenzó una nueva conjuracion contra la liga de Esmalcalda, para que los que aban-

donaron la verdadera creencia no quedasen sin castigo. La causa que se alegaba era muy plausible ; conviene á saber, el poner en libertad á Enrique de Brunswik y Carlos Victor su hijo , hechos prisioneros por el Landgrave de Hesse en la guerra suscitada con motivo de religion. Despues que el César hizo inútilmente sus oficios para conseguirla , acudió Juan Enrique , nieto del prisionero, á solicitar el auxîlio de Alberto y Juan Joaquin príncipes de Brandemburgo. Estos pues convinieron en que se alistarian con veinte y cinco mil infantes y ocho mil caballos baxo el mando de Alberto. Luego que todo estuvo arreglado pasó éste á ver al César, y le expuso la causa de la guerra. Parecióle ésta muy buena , y que no debia perder la ocasion que se le presentaba , y habiéndose comunicado sus ideas, prometió el mismo César que seria general , y que juntaria tropas de todas partes ; pero que convenia mucho hacerlo todo con secreto para que no sospechasen cosa alguna los enemigos. Inmediatamente que marchó Alberto comenzó á hacer los preparativos de la guerra, ocultando quanto pudo el fin á que se dirigian : descubrió clandestinamente el proyecto á algunos pocos, y encargó á muchos hiciesen correr la voz que la guerra era contra el Turco. Llamó el César á los capitanes veteranos , y los envió sin detencion á que reclutasen tropas, y no faltó en esta ocasion el duque de Alba que acababa de llegar á Flandes. El Pontífice se habia empeñado en enviar quanto antes poderosos auxîlios ; y á fin de estirpar la heregía con dobles armas, decretó castigos y penas, y mandó que marchasen prontamente las tropas que tenia á su sueldo. Juntáronse al César otros príncipes, que por sus particulares injurias estaban irritados contra los confederados ; entre los quales fue uno Mauricio de Saxonia,

que queria hacerse poderoso con la ruina de Juan Federico su pariente.

Los embaxadores de los príncipes habiendo llegado á entender algo de lo que se tramaba, se presentaron al César, y le preguntaron el motivo de aquella guerra que anunciaban los rumores públicos, para que enviasen tropas al campo, segun los antiguos estatutos del imperio germánico. A lo qual les respondió en pocas palabras: «Que queria establecer »la paz en la Alemania, y perseguir á los contuma- »ces y rebeldes." Bien conocieron que esto se dirigia á los que se habian unido en la confederacion de Esmalcalda, con quienes mucho tiempo antes estaba irritado, y tenia causas poderosas de que no podia olvidarse sin decoro é ignominia de la Magestad Cesárea: ni ellos tampoco dexaban de temer el castigo de las ofensas que le habian hecho. Así pues, los embaxadores sin saludar al César se salieron de la ciudad, y avisaron á los príncipes el peligro que les amenazaba. Estos sin demora comienzan á juntar tropas y dinero, y por todas partes resonaba el estruendo de las armas. En esta alianza se asociaron veinte príncipes hereges, y muchas ciudades libres, para defender (segun decian) la religion y la libertad. Los mas poderosos de todos eran el Landgrave de Hesse, y el duque de Saxonia, los quales no omitieron cuidado ni diligencia alguna para prevenir todo lo necesario á la guerra. Otros permanecieron neutrales, sin declararse por una ni otra parte, para determinarse segun viesen corria la fortuna de las armas. Entre estos se hallaban los duques de Baviera y de Cleves, á quienes finalmente ganó el César, habiéndoles dado en casamiento á doña Ana y doña María hijas de don Fernando. El de Cleves casó con doña Ana despues de haber disuelto el Pontífice los

esponsales que tenia contraidos con Juana de Albret, y Alberto hijo del de Baviera con doña María.

Al mismo tiempo el César como era tan activo é incansable, sin perdonar su salud, exponiéndola por la utilidad pública y por el decoro de la Magestad, extendia sus cuidados á todas partes, y trabajaba sin cesar dia y noche, conociendo muy bien la importancia de la guerra que iba á emprender. Hizo venir de Ungría á don Alvaro de Sande, y de Italia á Diego de Arce y Alonso Vivas con las legiones españolas, y mandó sacar de Viena la artillería, y que fuese transportada por el Danubio. En otras muchas partes se juntaron tropas, y se hicieron con gran diligencia los preparativos de víveres y demas pertrechos y municiones. Tenia consigo el César un corto esquadron de gente armada y concluida la dieta permanecia todavia en Ratisbona, ciudad no muy segura, ni suficientemente guarnecida, quando se oyó en Ausburg la trompeta de la guerra. Salió de allí Sebastian Schertel, que por baxos medios habia llegado á ser opulento, y juntando tres legiones de ausburgenses, ulmenses, y de las otras ciudades asociadas, con veinte y ocho cañones de artillería, se puso en marcha á fin de ocupar con ellas el paso de los Alpes, para impedir que viniesen al César socorros de Italia. Esta fue la primer empresa de tan grande guerra. Despues de haber tomado á Fiessen y Clusa, fortaleza muy guarnecida, que entregó cobardemente su gobernador, intentó apoderarse de Inspruk, ciudad principal: pero rechazado de su vano intento por Francisco Castelalto, gobernador de Trento, regresó con sus tropas á Ausburg, y inmediatamente las conduxo á Donawert, donde concurrian todas las de los confederados. Hicieron revista del exército en el rio Lec, y se hallaron en él sesenta mil infantes,

diez mil caballos, ciento y veinte cañones de artillería de todos calibres, y grande número de peones y criados. Tales eran las fuerzas del Landgrave, hombre muy pagado de su mismo dictámen, que habiendo perdido el tiempo en dilaciones inútiles, dexó pasar la ocasion tan oportuna que se le presentó de oprimir al César. Lo cierto es que si inmediatamente se hubiese echado sobre Ratisbona con la fuerza de sus tropas, habria concluido la guerra en un solo dia, y hubiera triunfado completamente del César y de la religion católica; pero no permitió Dios que siguiese esta idea.

Entretanto venian al César tropas de todas partes, y proscribió al Landgrave y al de Saxonia como reos de lesa magestad, y perturbadores de la paz y quietud pública; y sin dilacion alguna envió á don Fernando y al príncipe Mauricio con un poderoso exército al territorio de Saxonia, que se hallaba desguarnecido de soldados. Salió el César de Ratisbona, habiendo dexado para su custodia á Pyrro Colona con quatro mil alemanes y doscientos españoles: ocupó á Lanshut, ciudad de la Baviera, situada en la orilla oriental del rio Iser, y desbarató los esfuerzos de los enemigos, no aterrándole de ningun modo su cercanía, para recibir las tropas que por aquella parte le venian de Italia. Los confederados se acamparon cerca de Ingolstad, ciudad llamada asi por sus fundadores los ingleses, la qual defendia Pedro de Guzman con algunas compañías españolas. Tampoco se atrevieron á provocar alli al César, aunque se hallaba con pocas fuerzas; lo que verdaderamente fue un notable yerro en unos hombres tan expertos en el arte militar. Enviáronle un rey de armas, con un cartel colgado de la punta del baston segun la costumbre; y habiéndole remitido al duque de Alba, á quien te-

nia nombrado por su vicario con potestad suprema, llevó por respuesta el decreto de la proscripcion, y que si volvia, le seria puesto el cordel á la garganta en lugar del collar de oro con que la adornaba. En el campo de los confederados eran diversos los pareceres sobre el modo de hacer la guerra. El de Saxonia creia que lo mas conveniente seria acometer quanto antes al César. Apoyábale en todo Schertel, diciendo que en la tardanza se aventuraba la fortuna de la guerra, si se daba tiempo al César para fortificarse con las nuevas tropas, que de todas partes le acudian; y que de la prontitud dependia la victoria. El de Hesse pensaba de otro modo persuadido de que con aquel hecho excitaria contra sí al duque de Baviera, príncipe poderosísimo, en cuyos dominios se habia refugiado el César como en un asilo; que seria suficiente continuar la guerra, y perseguir al enemigo estrechándole con la necesidad. La discordia de los generales les hizo perder la ocasion oportuna de conseguir la victoria, pues el dia trece de agosto llegaron las tropas del Pontífice, mandadas por Octavio duque de Camerino, á quien acompañaba el cardenal Farnesio. Contábanse en ellas diez mil infantes y seiscientos caballos ligeros, y ademas doscientos del gran duque de Toscana, con su capitan Rodulfo Balleoni, y ciento y quarenta del duque de Ferrara, conducidos por Alfonso su hijo. De Nápoles vinieron por el mar Adriático los españoles, y asimismo otras tropas de la Ungría y Lombardía, y tambien mucha infantería alemana.

Fortificado con estas fuerzas se burló de los confederados con admirable celeridad, primero en Ratisbona, y despues en Ingolstadt, habiendo levantado en el Danubio dos puentes, para que dominando una y otra ribera pudiese por todas partes hacer frente

al enemigo, y tener abundancia de víveres. Finalmente despues de haber movido muchas veces su campo, le estableció en un parage oportuno cerca de Ingolstadt, y no lejos del de los contrarios. La izquierda se hallaba defendida con el Danubio y una laguna: y el duque de Alba mandó fortificar la derecha y el frente con fosos y trincheras para suplir con la fortaleza del puesto la falta de tropas. Mientras tanto se hacian algunas ligeras escaramuzas sin haber ocurrido en ellas cosa digna de memoria.

Luego que estuvo sentado el campo, mandó el César á Sande y Arce que se pusieran en marcha con dos mil españoles de los mas expeditos, y habiendo llegado por sendas ocultas y llenas de bosques á las trincheras de los enemigos, se arrojaron sobre ellos hiriendo y matando; y tomándoles una bandera en señal de su feliz empresa, se volvieron al campo sin daño alguno. Incitados los italianos con este exemplo, marchan del mismo modo á probar fortuna contra el enemigo, que ya estaba prevenido. La pelea fue muy dudosa con muerte de muchos de una y otra parte; pero habiendo sido incendiada la aldea donde se habian acogido, y como su número era tan inferior para resistir á la multitud de los enemigos que acudian al tumulto, se retiraron honrosamente con alguna pérdida. No queria el César dar la batalla, ni tampoco estar ocioso; por lo qual contenia al soldado dentro del campo, para ocurrir á los movimientos del enemigo. Los confederados para excitar al César á la pelea, pusieron su exército muy de mañana en orden de batalla cerca de su campo, pero solo hubo algunos leves combates á campo raso, y el del César fue acometido por quatro partes por la artillería, con mas ruido que daño, y se dice que le dispararon seis mil balas. Despues que unos y otros hicieron muchas es-

caramuzas, salieron ochocientos españoles armados de arcabuces, y habiendo trabado la pelea con igual número de los enemigos, los obligaron á retroceder dentro de sus trincheras. Viendo esto el Landgrave de Hesse que se hallaba presente á la pelea, mandó salir inmediatamente mil caballos, que reprimiesen la audacia de los españoles, y divididos en tres esquadrones, los incitaron á la batalla. Los veteranos acordándose de su antiguo valor, y sin aterrarse con tan desigual número, recibieron con las balas al primer cuerpo de caballería que venia contra ellos, y le pusieron en fuga, y despues al segundo derribando un grande número de hombres y caballos. Finalmente sostuvieron del mismo modo el ímpetu del tercer esquadron, y habiéndole derrotado, le rechazaron á su campo con gran admiracion de los enemigos. En toda aquella noche no cesaron los imperiales de inquietarlos desde las trincheras, y al dia siguiente continuó disparando la artillería, y hubo una ligera escaramuza con algun daño de los imperiales.

Viéndose los confederados fatigados con freqüentes acometidas, y que no podian conseguir que el César les presentase batalla, retiraron de allí sus tropas, enviando parte de ellas al Rhin baxo el mando de Humberto duque de Altemburg, para que impidiesen el paso á los flamencos. Pero el conde de Bura que mandaba á los flamencos, se burló del enemigo con una insigne extratagema: pasó sus tropas junto con las de otros príncipes, y las introduxo sin la menor desgracia en el campo imperial. Componíanse de diez mil infantes, ochocientos españoles, y doscientos italianos, que como ya diximos arriba militaban en las banderas del Rey de Inglaterra; y tres mil y trescientos caballos, á los quales al pasar el Rhin se juntaron quatro mil de Alberto, Juan y otros prínci-

pes que seguian la fortuna del César. Tambien fueron conducidos de Flandes doce cañones de artillería. En el camino pelearon con próspero suceso cerca de Francfort, y habiendo sido vencidos, y derrotados los enemigos, fueron rechazados con estrago y obligados á encerrarse en la ciudad. El campo de los confederados se hallaba cerca de Neoburg, y despues le trasladaron á Donawert, sin que hubiesen hecho cosa alguna memorable. El Landgrave de Hesse, que era hombre muy vano, persuadiéndose de que aterrado el César con el gran número de tropas del exército confederado, se daria por vencido, rehusaba entrar en batalla: pero aquel habiendo aumentado entretanto su exército, pasó el Danubio, y se apoderó de Neoburg, donde despojando de sus armas á la guarnicion, la dexó salir libremente. Aqui pasó el César revista del exército, y se dice que constaba de quarenta y ocho mil infantes, y nueve mil caballos. Confiado pues en el valor de sus soldados, determinó seguir al enemigo, y darle batalla si se presentaba la ocasion, á cuyo fin volvió á pasar el Danubio.

Avistáronse los dos exércitos cerca de Nortlinga. Dispuso el César el suyo en orden de batalla, y aunque era inferior al de los enemigos en casi la mitad de las tropas, los provocó por su turno á la pelea. Hay autor que asegura que esto fue un ardid, no tanto para experimentar la fortuna de la guerra, quanto para excitar el valor de los suyos, pero no fue admitido el combate, y solo hubo una escaramuza entre la caballería de ambos exércitos, que á la verdad fue sangrienta, no habiéndose separado unos de otros hasta que les faltó el dia. En esta accion fue herido Alberto de Brunswik, hijo de Felipe, y murió en Nortlinga. De los imperiales pereció Andres Forliense, y muchos soldados de una y otra parte. Mante-

mianse los confederados en los cerros que dominan á Nortlinga, y su campo estaba bien defendido, y provisto. Por el contrario los imperiales tenian tan escasos los víveres, que los afligia el hambre. Para interceptar al enemigo sus convoyes resolvió el César tomar á Donawert, y encargó esta empresa á Octavio duque de Camerino.

Este pues habiendo caminado aquella misma noche quince millas, comenzó al amanecer á combatir la ciudad con su artillería. Aterrados los habitantes de tan repentina invasion, se vieron obligados á entregarse. La guarnicion enemiga salió de la plaza con sus pequeños bagages, y quedando en ella otra de imperiales, regresó Octavio al campo del César antes que llegase á los confederados noticia alguna de este suceso, con grande alabanza de los alemanes, y italianos, por cuyo valor y actividad fue executada esta ilustre hazaña. Despues pasó allá el César con todas las tropas, y temerosos los pueblos cercanos del peligro que les amenazaba, se sujetaron á su obediencia. Por este tiempo se vió Schertel muy próximo á ser hecho prisionero por los italianos y españoles, quando se retiraba disgustado desde el campo á Ausburg; y pudo al fin escaparse, pero con pérdida de tres piezas de artillería, y de una parte de la infantería.

Hallábanse los dos campos situados á una y otra orilla del rio Brentz: el imperial en Sunthein, y el confederado en Guingua. Acaecian algunos pequeños combates, porque el César jamás descansaba: poníanse emboscadas recíprocamente: interceptábanse á cada paso los víveres; y los enemigos eran incomodados dia y noche con todo género de molestias, de tal suerte que apenas tenian lugar para el preciso descanso. Obligado el César por un necesario acci-

dente, trasladó su campo el dia primero de noviembre á Lawingen donde reposaron los soldados enfermos. Entretanto se apoderó Mauricio de una gran parte de la Saxonia que estaba indefensa, cuya noticia habiéndose divulgado en uno y otro campo, llenó de tristeza al confederado, y de alegria al del César. Para manifestarla, y agravar el dolor de los enemigos, se hizo luego una descarga general de la artillería. El cardenal Farnesio á causa de hallarse enfermo procuró regresar quanto antes á Italia, al mismo tiempo que Castelalto recobró de los enemigos á Clusa, situada en el paso de los Alpes como arriba diximos. Ya las nieves habian cubierto todos los campos, y no era posible permanecer á cielo descubierto. Los generales del César despues de haber conferenciado sobre el partido que debia tomarse, fueron de dictámen que se enviase el exército á quarteles de invierno. Pero el César con ánimo invencible, afirmó que no moveria sus tropas antes de rechazar y derrotar enteramente á las enemigas, las que creia que en breve se dispersarian por la discordia que reynaba entre ellas: que no podian ya resistir en el campo por largo tiempo la inclemencia de la estacion, y el estrago que en ellas causaban las enfermedades, por lo qual solo con la paciencia de los soldados habia de conseguirse la victoria.

Poco despues el Landgrave de Hesse valiéndose de Adan Trot que tenia gran familiaridad con Juan de Brandemburgo, trató con él por cartas de componer sus discordias. El de Brandemburgo comunicó el negocio ocultamente al César, y le respondió que tuviese por cierto que no conseguiria la paz si no pusiese su persona, y su fortuna al arbitrio del César. Rehusó el Landgrave una condicion tan dura, y intentó conferenciar con el César, pero no pudo lo-

grarlo. Desesperando pues de restablecer la concordia, y hallándose los confederados en grandes angustias, y molestados ademas del hambre, y de la peste, comenzaron á retirar el exército el dia veinte y tres de noviembre. El César aunque recibió tarde la noticia de que el enemigo habia levantado el campo, envió la caballería flamenca, junta con los españoles mas intrépidos, para que inquietasen la retaguardia, y aunque trabaron combate para detenerle, no dexó el enemigo de continuar su marcha con la misma celeridad. Al mismo tiempo el duque de Alba sacó del campo lo mas fuerte de las tropas, para perseguirle por su parte, mas no pudo alcanzarle hasta el anochecer, quando colocada ya su artillería en un puesto elevado, habia fortificado el campo. Dilató la accion hasta el otro dia, y no cesaron los imperiales en toda aquella noche de recoger sus tropas, transportar la artillería, y de disponer todo lo demas necesario para el combate. Pero la intencion de los confederados era muy diversa, pues firmes en su propósito de evitar la pelea, y escaparse, se pusieron en marcha con el mayor silencio á media noche, y caminaron aceleradamente, habiendo dexado los fuegos encendidos en el campo, á fin de engañar á los que los espiaban. Quando amaneció ya se hallaban tan lejos, que no pudieron alcanzarlos los imperiales fatigados con la nieve de la noche anterior, y con el hambre y el cansancio.

CAPITULO V.

Ríndense al César algunas ciudades de Alemania. Tumultos de Nápoles y Génova. Muerte de varios príncipes.

Despues de haber dado el César tres dias de descanso á los soldados, y á fin de recoger el fruto de la

victoria que habia alcanzado sin pelear, se dirigió á la Franconia, parte del territorio de los antiguos Cattos, para adelantarse al enemigo, y impedirle que con los socorros de tan opulenta provincia prolongase la guerra por mas tiempo. Envió desde el camino trescientos caballos flamencos contra Bofinguen, y se sujetó á su obediencia. Con la noticia de la venida del César, se escapó de noche la guarnicion de Nortlinga, y al amanecer se entregó la ciudad, habiendo pagado con título de multa, treinta y seis mil escudos de oro. Por todo el camino salian al encuentro del César diputados de las ciudades, vestidos en trage humilde, para pedirle la paz con muchas súplicas. El Landgrave de Hesse, y el duque de Saxonia, no creyéndose seguros en parte alguna, dividieron entre sí las tropas, y cada uno tomó diverso camino. Refugióse el primero á sus mismas fortalezas depositando su artillería gruesa en la de Vitemberg. El de Saxonia, aunque necesitaba acelerarse para arrojar á Mauricio de sus dominios, puso sitio á Guemundia, ciudad de la Suevia, y la expugnó y multó en una gran suma, y habiendo repartido este dinero al soldado, continuó su marcha por montes asperísimos. Exigió gruesas cantidades al arzobispo de Moguncia, y al abad de Fulda, y sin hacer diferencia alguna entre lo justo, y lo injusto, fue robando todo lo sagrado y profano que encontró, hasta llegar á Saxonia.

Entretanto Federico conde Palatino, que se habia unido á los confederados, mas por amor á la secta luterana que por contumacia contra el príncipe, se presentó al César que ya se hallaba en Hall, ciudad de la Saxonia, acompañándole Granvela, y le pidió perdon, ofreciéndole recompensar con su fidelidad y servicios los yerros que habia cometido. Miróle el César con rostro poco alegre, y despues

de haberle reprehendido que hubiese enviado socorros á los rebeldes contra él, que era su amigo y pariente, y amonestándole á que cumpliese con su deber, le abrazó estrechamente, y le recibió en su gracia. Pasados algunos dias llegaron los diputados de Ulma, y por intercesion del conde Palatino, consiguieron el perdon, obligándolos á pagar por via de multa cien mil escudos de oro, y doce cañones. Envió el César á Flandes al conde de Bura con orden de que en el camino hiciese una tentativa contra Francfort, ciudad opulenta, y executase lo que le pareciese mas conveniente. Habiendo llegado Bura con sus tropas á Hesse, expugnó á Darmestadt; la victoria fue benigna, pues perdonó á la ciudad, y á sus habitantes, pero quedó destruida enteramente la fortaleza. Desde alli no teniendo Bura esperanza alguna de poder tomar á Francfort, porque todo estaba cubierto de nieve y yelo, envió delante parte de las tropas ácia Moguncia, y seguia él con las demas, quando impensadamente le salieron al encuentro los diputados de Francfort, ofreciendo sujetarse á la obediencia del César. Alegre y gozoso el Flamenco con esta nueva, entró en la ciudad, y habiendo puesto en ella guarnicion envió los ciudadanos que le parecieron mas á propósito á Alprugne donde estaba el César para que le pidiesen perdon. Recibiólos éste benignamente, y concedió el indulto á los de Francfort, pagando ochenta mil escudos de multa. Al mismo tiempo el duque de Alba habia hecho una vigorosa entrada en territorio del de Vitemberg, que todavia no daba señales algunas de temor, y todo lo asolaba y destruia con sus armas, á fin de vencer con el terror la obstinacion de aquel príncipe.

Tal era el estado en que se hallaban las cosas de
1547 Alemania á principios del año de mil quinientos qua-

renta y siete, quando en Italia que descansaba de las guerras externas, se suscitaron nuevos tumultos interiores. Habia comenzado á perturbarse la tranquilidad de Nápoles á fines del año antecedente por el indiscreto zelo del virrey Toledo. Este pues desde el principio habia procurado obligar á aquella gente tan amante de su libertad, á admitir el tribunal de la inquisicion, que con saludable consejo fue establecido en España setenta años antes por los Reyes don Fernando y doña Isabel, para perseguir á los judíos, herêges, y demas enemigos de la religion católica, siendo el designio del virrey impedir la propagacion del luteranismo que iba extendiéndose demasiado en Italia. Rehusaban los napolitanos que se alterasen sus antiguos estátutos con detrimento de su libertad, y de tal suerte se inflamaron los ánimos, que para defenderla se conjuraron juntos la plebe y los nobles, á pesar de su recíproca oposicion. Llevó esto tan á mal el virrey, que era hombre de carácter muy severo, y por otra parte poco afecto á los nobles, que habiéndose dexado arrebatar de la ira, executó terribles castigos. Irritada con esto la plebe que siempre se mueve mas por la pasion que por la razon, tomó las armas para oponerse al virrey, el qual despues de haber fulminado con gran soberbia muchas amenazas contra los que no le obedeciesen, mandó salir de la fortaleza la guarnicion armada, y al mismo tiempo hizo disparar sobre las casas algunas balas, persuadiéndose en vano que con aquel terror se sujetarian á su voluntad los napolitanos; pero sucedió lo contrario, pues inspiró en la multitud nuevo aliento, y deseo de pelear. Sin embargo, mas pudo llamarse tumulto que pelea, y por la mediacion de algunos nobles dexaron las armas, no sin haber padecido algun daño. Despues enviaron

al César el príncipe de Salerno y Plácido Sangro, á fin de disculpar al pueblo, y acriminar la conducta del virrey. Pero éste envió por su parte á don Pedro Gonzalez de Mendoza, gobernador del Castillo Nuevo para vindicarse con el César, y para que le informase de la atrocidad del delito de los que habian causado el tumulto. Entretanto juntó el virrey tropas, fortificó las entradas y salidas de las calles, y hizo todos los demas preparativos como si hubiese una verdadera guerra, y mientras que llegaban las órdenes del César, se suscita repentinamente otro tumulto sin saberse quién era el autor de él. Corrieron otra vez á las armas, y pelearon acérrimamente por espacio de algunos dias. Quando ya estaba aplacado el ardor de los ánimos, volvió Sangro (porque el César habia retenido al de Salerno por causas justas), y juntamente Mendoza, quien consiguió persuadir al príncipe lo que deseaba. La orden que traian era que el pueblo entregase las armas, y que lo demas lo sabrian por el virrey. Obedecieron puntualmente los napolitanos; y habiendo sido llamados á la fortaleza los magistrados de la ciudad, les declaró el virrey que el César concedia á todos benignamente el indulto. A la verdad venció el partido de la clemencia, porque era de temer que si se les privaba de la esperanza del perdon, se precipitarian en mayores excesos. No ignoraba el César que esta sedicion la habian excitado el Pontífice y los franceses, y sabia muy bien la causa y el fin á que se dirigia; todo lo qual lo omitimos aqui para que lo disputen los historiadores napolitanos. Aunque el virrey juzgaba que debia castigarse á muchos, solo tres (que se habian puesto en salvo por medio de la fuga) fueron proscriptos, y finalmente se apaciguó del todo la sedicion.

Al mismo tiempo que sucedia esto en Nápoles, se vió en igual peligro Génova agitada por diversos partidos. Algunos facciosos mal contentos formaron el designio de entregar la ciudad á los franceses, siendo el principal de todos el conde Luis Fiesco, jóven de orgulloso ánimo, amigo de novedades y muy deseoso de dominar. El Pontífice y su hijo Pedro, que por el favor del padre habia obtenido el principado de Parma y Plasencia, estimulaban los ambiciosos designios de Fiesco, y el César tenia alguna noticia de sus ocultas maquinaciones. Doria fue advertido de todo, pero despreció los avisos; y habiéndolos creido tarde, faltó poco para que los conjurados no le oprimiesen en una sedicion nocturna, en la qual fue asesinado Sentino, y él escapó del peligro huyendo medio desnudo á uña de caballo. Inmediatamente se proclamó por toda la ciudad la libertad, habiéndose apoderado los partidarios de Fiesco de todas las entradas de las calles. Hallábase ya la cosa en el mayor peligro, porque los sediciosos habian acometido á las galeras, y si conseguian tomarlas, no quedaba ya recurso alguno. Pero al tiempo que Fiesco armado como un simple soldado iba de una en otra galera arrojando á los que las defendian, cayó en el mar, y pereció sin ser visto de ninguno de los suyos, porque se lo impedian las tinieblas de la noche. Aterrados con la desgracia de su caudillo los que antes espantaban y atemorizaban á los demas, y no sabiendo qué hacerse, pues el miedo les habia embargado el discurso, se escondió cada uno donde pudo. Al dia siguiente quando todos estaban consternados y llenos de pavor, los desterró el senado de la ciudad por voz de pregonero. Deseoso Doria de la venganza volvió de su fuga, y comenzó á perseguirlos: algunos pudieron

escaparse, pero otros que fueron aprehendidos pagaron en el suplicio la pena que merecian. La opulentísima casa de los Fiescos fue arrasada, y todos sus bienes aplicados al fisco.

Entretanto habiendo llegado á saber el príncipe de Parma Farnesio las voces que de él corrian, y para justificarse con Doria, y disipar las sospechas de que habia tenido parte en aquella maldad, le envió algunos varones nobles, entre los quales era el principal Agustin Lando, conde de Complani. Acometió Doria á éste con muchas promesas, y no le dexó volver hasta que concertó con él la muerte de Farnesio, de lo qual noticioso el César por Doria, mandó á Gonzaga, virrey de Lombardía, que se hallase prevenido para acudir á Plasencia con tropas, y dar socorro á los conjurados. Entretanto el conde disponia la trama, y trataba ocultamente con los nobles, que aborrecian á Farnesio, sobre el modo y tiempo en que habian de executar la accion. Dispuestas ya todas las cosas, tomaron las armas, y á la hora del medio dia, se encaminaron á la fortaleza, mataron las centinelas, y cortando el puente, asesinaron á Farnesio que se hallaba descuidado é indefenso. Al momento colgaron el cadáver de un pie en una ventana, con otras burlas é insultos. Gonzaga que esperaba en Crémona el éxito de este atentado, oyendo el cañonazo que tiraron los conjurados, que era la señal convenida de que ya estaba hecho, acudió apresuradamente con sus tropas, y se apoderó de la ciudad que estaba atónita con el suceso. Uno y otro fue muy grato así al César como á Doria.

Las muertes que acaecieron en este año fueron memorables. Habiéndole acometido una calentura á Enrique Rey de Inglaterra, originada de la inflama-

cion de una llaga que tenia en una pierna, murió el dia primero de febrero, á los cincuenta y siete años. Dexó heredero del reyno y de su impiedad á Eduardo, todavia niño, el que tuvo en Juana Seimer; nombrando á falta de éste á sus hermanas María y Isabel, y encargó el gobierno del reyno á Tomás Seimer abuelo de Eduardo. Si me empeñase en referir por menor las liviandades, la crueldad y la impiedad de este hombre, antes me faltaria el tiempo que la materia. La muerte de Enrique parece que fue una citacion al Rey Francisco de Francia, pues la noticia le conmovió extraordinariamente, y á esto se siguió el agravársele la enfermedad, presagio cierto de su próxima muerte. Habiasele inflamado una maligna llaga que tenia cerca del anus, la que penetró hasta la vexiga, por la cruel indulgencia con que le curaron los médicos. De esto le provino una calentura que le postró en la cama, y habiéndose dispuesto christianamente murió en Rambovillet á últimos de marzo, á los cincuenta y tres años de su edad. Los escritores franceses elevan hasta el cielo sus virtudes con merecidos elogios, aunque nunca la fortuna le favoreció mucho. Dexó apaciguadas todas las cosas de dentro y fuera de su reyno, habiendo hecho paces con el Ingles, y rescatado á Boloña á costa de mucho dinero.

Este año fatal acumulaba los funerales, y la parca hacia sus estragos en las personas mas ilustres. Por este tiempo falleció en Viena doña Ana muger de don Fernando, habiendo dexado quince hijos. El dia dos de diciembre murió Cortés para vivir eternamente por la fama de sus hechos: acaeció su muerte en Castilleja, pueblo inmediato á Sevilla, á los sesenta y tres años de su edad, y su cuerpo fue trasladado á la América. En los últimos tiempos de su

vida derramó mucho oro entre los pobres para purgar sus culpas pasadas. Tambien falleció don Francisco de los Cobos, que fue mucho tiempo secretario del César, y fidelísimo en su ministerio, y de él tienen orígen los marqueses de Camarasa. Don García de Loaysa, arzobispo de Sevilla y inquisidor general, murió en Madrid, y en uno y otro empleo tuvo por sucesor á don Fernando de Valdés, trasladado de la iglesia de Sigüenza. En lugar de don Gaspar Dávalos fue electo para la de Santiago, don Pedro Manuel trasladado de la de Zamora en el año anterior; en el qual falleció tambien el dia primero de febrero don Juan Folch de Cardona, obispo de Barcelona, y su cuerpo fue sepultado en la iglesia mayor. Sucedióle el mismo año en ella don Jayme Cazador. El dia primero de abril del mismo año falleció en Vigevano el marques del Basto, y fue sepultado magníficamente en la catedral de Milán. Sucedióle en el gobierno don Fernando de Gonzaga, virrey de Sicilia. El territorio de Sevilla fue afligido con la terrible plaga de la langosta, cuyos enjambres eran tan espesos, que obscurecian el sol. Es increible el estrago que hicieron en los panes y olivares; pero movido el cielo de las contínuas rogativas, y á costa de mucho trabajo, se consiguió en este año extinguir enteramente aquella peste.

CAPITULO VI.

Derrota de Alberto de Brunswik. Hace el César la guerra con otros príncipes al duque de Saxonia, y queda éste vencido y prisionero.

Entretanto Ulrico de Vitemberg fue despojado por el duque de Alba de quasi todo su dominio, y

exhortado por sus mismos súbditos, imploró por cartas la clemencia del César, no pudiendo hacerlo en persona por estar enfermo de la gota. El conde Palatino favoreció mucho en esta ocasion á su amigo y aliado, y convinieron al fin en que enviaria diputados que pidiesen por él, y que despues se presentaria él mismo al César, lo que executó de alli á poco tiempo. Impusiéronse las condiciones al vencido, el qual llevado en una silla por su dolencia, fue recibido benignamente del César, y le concedió el perdon. Todas las fortalezas de sus dominios habian sido tomadas por el duque, unas por fuerza y otras por voluntaria entrega, y en las tres únicas que quedaron intactas, á saber, Circena, Scorendorf y Ansperg se pusieron guarniciones imperiales; y habiéndole mandado pagar en el término de quince dias trescientos mil escudos para los gastos de la guerra, fue admitido á la gracia del César. Pasó éste á Ulma, donde recibió á los diputados de Ausburg, y despues á los de Strasburgo, y perdonó á una y otra ciudad, baxo la misma condicion que impuso á los de Ulma; pero se mantuvo implacable contra Schertel á pesar de la intercesion y esfuerzos de los de Ausburg: por lo qual salió con sus bienes desterrado á Constanza en castigo de la toma de Clusa.

En los años anteriores se publicó el concilio celebrado en Colonia por el arzobispo Hermanno, prolixo á la verdad, y dividido en catorce partes, escrito con estilo mas propio de declamador que de legislador, y no se sabe si lo hizo con ánimo sincero, ó para desvanecer la sospecha de heregía, y libertarse del peligro de perder su dignidad. Pero lo cierto es que por este tiempo se quitó la máscara, declarándose luterano, y fue depuesto, sucediéndole Adolfo de la casa de los condes de Schavemburg,

el qual restableció en Colonia la religion católica, que se hallaba quasi abolida. Federico hermano de Hermanno, obispo de Munster, y otros prelados fueron tambien heridos del mismo rayo, y por la misma causa á instancia del César, que deseaba sobre todo conservar la pureza de la religion. El duque de Saxonia recobró de Mauricio lo que éste le habia quitado antes, y como es tan inconstante la humana fortuna, despojó de parte de sus dominios al que le habia despojado de los suyos, mas no pudo expugnar á Leypsic aunque la batió con mucho esfuerzo. Despues acometió á la Bohemia (donde en otros tiempos habitaron los hermanduros) para pagar al Rey don Fernando el odio que éste le tenia, y corria gran peligro de perder aquel reyno, porque los naturales le tenian poco afecto, y estaban muy inclinados al de Saxonia. Mandó el César á Alberto de Brunsvick que marchase prontamente con socorros á Bohemia; pero faltó poco para que este príncipe no lo perdiese todo, por un descuido muy pernicioso en la guerra. Detúvose en Roclitz engañado por Binda hermana del Landgrave, la que con banquetes, bayles y todo género de diversiones, á que es tan propensa la nacion alemana, procuraba distraerle de los penosos cuidados de la milicia, y á todas las horas del dia enviaba correos al duque de Saxonia. Este pues creyó que debia aprovechar tan buena ocasion, no ignorando que las mas grandes empresas suelen ganarse ó perderse en un momento, y habiendo caminado toda la noche á largos pasos, acometió al amanecer á los imperiales, que se hallaban muy descuidados, y que en nada pensaban menos que en pelear. Alberto aunque se arrojó intrépidamente al enemigo, no pudo evitar la derrota de su exército, y fue hecho prisionero con Christó-

val de Litemberg. En esta confusion perecieron entre muertos y prisioneros quatrocientos caballos y gran parte de la infantería, y se perdieron doce cañones de artillería.

Penetrado altamente el César con esta triste noticia, y solicitado por las cartas de don Fernando, determinó hacer en persona la guerra. Inmediatamente mandó á Ansualdo de Suevia que reclutase tropas para reforzar la infantería que se hallaba disminuida, por haber despedido poco antes las compañías italianas, y el mismo encargo hizo á Nicolás Madruci substituido á su hermano Alitprando que acababa de fallecer en Ulma. Pero mientras que juntaba las tropas y fortificaba las ciudades con guarniciones, á fin de que en su ausencia no se atreviesen á emprender cosa alguna, envió delante á Norimberga, á Mariñan y Sande con los soldados alemanes y españoles, siguiéndolos el duque de Alba para juntarse con ellos. Hallábase el César en Norlinga oprimido gravemente con la violencia de una enfermedad, que al parecer retardaria mucho tiempo su marcha; pero habiéndole aplicado con oportunidad los remedios, convaleció antes de lo que se esperaba, y siguió á paso lento al duque con el resto de las tropas. Entretanto Mariñan recobró á Pasemburg castillo muy fuerte, situado en la ribera del Mein dentro de los dominios de Alberto, y puso en él una guarnicion de trescientos infantes.

Orgullosos los enemigos con la reciente victoria de Roclitz, causaban tal terror á los confinantes, que Joaquin de Brandemburg, que habia permanecido neutral hasta entonces, ofreció á don Fernando y despues al César juntar con ambos sus armas para reprimir su audacia. No tardó mucho en enviar á don Fernando á Jorge su hijo mayor escoltado de quatro-

cientos caballos en prenda de su palabra; con él y con Mauricio se puso en marcha don Fernando para unirse al César, atravesando con gran trabajo la Bohemia por caminos muy ásperos, á fin de evitar la perfidia de los habitantes que conspiraban contra él. Pero á la verdad aunque los bohemos juntaron un grande exército, mandado por Gaspar Flucio hombre opulento, con la esperanza de sacudir el yugo de la dominacion austriaca, no hicieron cosa alguna de importancia, aguardando el éxito de la guerra del duque de Saxonia. El Rey don Fernando, aunque se le habia desertado gran parte de sus soldados, conduxo al campo del César dos mil y doscientos caballos, y solo trescientos infantes. Juntas en un cuerpo las tropas, llegaron á Egra, ciudad situada en los confines de Bohemia, y despues de la Pascua de Resurreccion, marcharon contra el enemigo. En el camino fueron tomados los pueblos que se hallaban al paso, escapándose ó entregándose voluntariamente las tropas de nueva recluta que los presidiaban, y que en lugar de los veteranos habia puesto el duque de Saxonia en las ciudades fortificadas: estas conquistas se debieron al valor del duque de Alba y de los españoles que iban delante del César para asegurarle los caminos.

En diez dias de marcha llegó al rio Elva, límite en otro tiempo del imperio romano, no habiendo dado oidos al de Cleves, que comenzó á tratar de composicion con ciertas condiciones poco decorosas á la magestad imperial. Los historiadores alemanes creen que este pais es el que en los tiempos antiguos habitaron los ingevones. Acampados á la orilla de este rio los arcabuceros españoles y la artillería, molestaban con una contínua lluvia de tiros á los enemigos, que se hallaban á la otra parte cerca de Mul-

berg, para impedirles el paso, y de tal manera se enardecieron, que arrojándose al agua que les llegaba al pecho y á los hombros, como si intentasen vencer á la naturaleza no menos que al enemigo, pelearon con valerosa intrepidez. Diez de estos soldados acometieron una hazaña verdaderamente grande y memorable; pues habiéndose desnudado, y llevando las espadas en la boca, pasaron á nado, y se arrojaron á los enemigos, que por haber roto el puente conducian unas barquillas rio abaxo, tomaron muchas de ellas, y habiendo muerto á treinta y cinco soldados armados, como refiere un autor italiano, las llevaron á la otra orilla sin recibir herida alguna entre la espesa multitud de balas que caia sobre ellos, admirándose todos de su valor y audacia. El César despues de haberlos elogiado como merecian, mandó darles unos ricos vestidos y una considerable gratificacion. Con las barcas que tomaron al enemigo, y otras que se traxeron para el mismo fin, se hizo un puente para atravesar la infantería con los bagages. Entretanto que se disponia, pasó el César por un vado que le mostró un rústico, irritado contra los saxones porque el dia antes le habian robado unas bestias. Acompañóle la caballería, y muchos de los grandes, escoltados de una compañía de españoles, que continuamente tiraba contra el enemigo, el qual para impedir el paso á la caballería, no cesaba de hacer fuego desde la otra parte del rio. El terror que le causaban los coraceros imperiales, le obligó á alejarse, y la caballería ligera pasó en las ancas á los tiradores españoles, y los conduxo á tierra sin que ninguno se lo estorbase. Entretanto otros soldados de infantería se apresuraron á pasar á la otra orilla en maderos y barcas medio quemadas, haciendo remos de sus picas. Habiendo atravesado el rio el

exército, y gratificado el César al rústico con cien escudos y dos caballos, envió el duque de Alba aceleradamente el primer esquadron contra el enemigo. El de Saxonia luego que oyó que los imperiales habian pasado el rio, levantó su campo para ponerse en lugar mas seguro, y pelear desde él, si fuese necesario. El resto de la infantería que habia pasado el puente, apresuraba ya su marcha para alcanzar al primer esquadron, quando los enemigos que caminaban divididos en dos exércitos, se vieron rodeados de la caballería húngara que habia conducido don Fernando, de los italianos del Pontífice, y del príncipe de Sulmona, los quales á cada paso los molestaban picándoles la retaguardia, estrechándolos en los pasos difíciles, impidiéndoles y perturbándoles la marcha. Estos pues hacian frente, y combatian quando se veian mas estrechados por los imperiales, y procuraban alejarlos con la espada. El de Saxonia intentaba ocupar el bosque de Locana á fin de retirarse desde él sin pérdida á Torgau ó Vitemberg, y dexar burlado al enemigo.

Tenia en sus banderas seis mil infantes veteranos, y dos mil seiscientos y ochenta caballos, y el César tres mil y setecientos caballos, y apenas mil infantes, porque los demas le seguian muy atrás con los bagages. Iba ya á ponerse el sol, y estaba inmediato adonde caminaba el de Saxonia, y por una y otra causa fue preciso á los imperiales acelerar el paso, para que el enemigo no se escapase. Llamó luego el César al duque de Alba, que iba delante, y juntando toda la infantería, dispuso el exército en batalla. El de Saxonia mandó tambien ordenar sus esquadrones en la mejor forma que le fue posible, y despues de exhortar ambos generales á los suyos, se dió la señal de la pelea. Rompió Mauricio el pri-

mero con un esquadron de caballos, en los quales habiendo disparado á un tiempo los saxones, y no dexando á estos lugar para volver á cargar su artillería, los acometieron otros caballos por la frente y por los lados, que los destrozaron sin resistencia. Inmediatamente entró en accion la retaguardia imperial en la que estaban el César, don Fernando y sus dos hijos, y Filiberto de Saboya; y hizo tan grande estrago en los enemigos, que mas parecia carnicería que batalla. Los que dieron el primer choque, penetraron hasta los cuerpos de reserva, y habiéndose apoderado la infantería de la entrada del bosque, hizo una terrible matanza, de tal suerte, que cubiertos los caminos de armas y cadáveres, detenian la marcha del vencedor. Algunos pocos pudieron salvarse arrojando las armas, y ocultándose entre los árboles, favorecidos de las tinieblas de la noche. El duque de Saxonia, que había hecho quanto pudo los oficios de un buen general, viéndose solo por la ignominiosa fuga y destrozo de los suyos, montó á caballo para ponerse en salvo; pero al tiempo que huia velozmente, le salieron al encuentro quatro caballos españoles, otros tantos italianos, y dos húngaros. No por eso se desanimó, estando resuelto á abrirse camino con la espada; mas habiendo recibido una herida en la cara, le hicieron prisionero, y le conduxeron al duque de Alba. Entretanto no cesaba el estrago y carnicería, aunque ya había venido la noche, porque la luna llena descubria á los que huian, y los persiguieron los vencedores obstinadamente por espacio de muchas millas, haciendo en ellos gran mortandad. El duque de Alba llevó luego al prisionero á la presencia del César, quien viéndole tan fatigado por su gordura, y por el peso de las armas, mandó que no se apease del caballo, y permitió que desde él le saludase, lo qual hizo

el duque quitándose el sombrero con estas palabras. «Cautivo tuyo soy, César clementísimo, por el dere»cho de la guerra, y te suplico que me hagas guar»dar y tratar como corresponde á un príncipe." A lo que entonces le respondió el César: «Lleva á bien »que ahora sea para tí César, para que recibas lo que »mereces." Esto aludia á que desde el principio de la guerra solia llamarle el de Saxonia Carlos de Gante; y despues añadió el César: «Mira ahora las mi»serias en que te has precipitado por tu culpa, para »que no evites el castigo que mereces." El de Saxonia no le respondió cosa alguna, y baxó los ojos á tierra de vergüenza. Despues fue entregado con Ernesto de Brunswik su pariente, que tambien habia sido hecho prisionero, á Alfonso Vivas para que los custodiase. Los alemanes se mostraron muy quejosos, y su disgusto dió motivo á una sedicion en Hall de Saxonia, la qual fue apaciguada únicamente por el valor del César. El hijo mayor del duque, despues de haber recibido dos heridas, pudo evitar por la velocidad de su caballo el caer en manos de sus enemigos. Ninguno de los historiadores que he leido refiere quién fue el que hizo prisionero al de Saxonia, y solo un autor italiano lo atribuye á Hipólito de Porto Vicentino. En esta batalla y en la fuga fueron muertos dos mil infantes, y mil y quinientos entre prisioneros y heridos. Perecieron quinientos caballos, y el número de los prisioneros fue mucho mayor. Los alemanes trataron con humanidad á sus compatriotas, que militaban con el de Saxonia; pero los húngaros se ensangrentaron en ellos, incitados del odio feroz que les tenian. De los imperiales se cuenta que solo murieron cincuenta y cinco. Fueron conducidos al campo quince cañones de artillería, y treinta y seis banderas, y todo lo demas de la presa se abandonó al

soldado. Acaeció esta batalla el dia veinte y quatro de abril. Refiérese que en ella se vieron algunos prodigios, y que se observó haber detenido el sol su carrera; pero no me ocuparé en refutar estos delirios de hombres supersticiosos, que muchas veces se inventan para adular á los vencedores.

CAPITULO VII.

Perdona el César la vida al duque de Saxonia. Ríndese el Landgrave y muchas ciudades de Alemania. Casamiento de Maximiliano con doña María hija del César.

Despues de vencido y preso el rebelde duque de Saxonia, continuó el César la guerra, para no perder el fruto de tan ilustre victoria. Desde Mulberg, donde habia dexado descansar dos dias á sus tropas, las conduxo á Torgau, la que habiéndosele entregado, se acampó cerca de Vitemberg, ciudad del dominio electoral de Saxonia, no quedándole esperanza alguna de tomarla por fuerza, á causa de que los habitantes le habian cerrado las puertas, ó confiados en la fortaleza del sitio, y en su poderosa guarnicion. Tentó el César al de Saxonia para que mandase entregar la ciudad, amenazándole que de lo contrario le quitaria la vida; pero lo resistió con invencible constancia, porque el prisionero, aunque habia mudado de fortuna, no se habia abatido su ánimo. Para concluir esta empresa tan dificil, se valió de un medio, que le parecia el mas eficaz y pronto; y fue que habiendo convocado en su tienda á los grandes, pronunció sentencia contra el duque, y le condenó al último suplicio como reo de lesa magestad. Sin embargo mandó suspender la execucion, para que me-

diando algun tiempo, llegase el negocio al estado que deseaba, y no se engañó en su opinion, pues inmediatamente acudiéron los parientes, y algunos de los consejeros del duque, pidiendo al César con humildes ruegos, que no usase de rigor con el prisionero, y con efecto se condonó la pena de muerte. Pero para que la impunidad de uno solo no fomentase la audacia de muchos, juzgó que debia castigarle imponiéndole condiciones algo duras: conviene á saber: que cediese la dignidad y principado electoral al arbitrio del César, para que las confiriese á quien fuera su voluntad, dexando á sus hijos para mantenerse cincuenta mil escudos anuales, y señalándole otros cien mil para pagar sus deudas: que entregase al César las fortalezas de Vitemberg y Gotha, que eran la principal defensa de sus dominios: que restituyese á sus dueños los bienes así sagrados como profanos de que se habia apoderado durante la guerra: que pusiese en libertad gratuitamente á Alberto y Christóval que habia hecho prisioneros en Roclitz, y del mismo modo la dió el César á Ernesto: que renunciase las alianzas que tenia contraidas, y ciertos derechos, y que permaneciese en libre custodia cerca de la persona del César, ó de don Felipe su hijo. Estas fuéron en suma las condiciones, y habiéndolas firmado el de Saxonia, y sus hijos, y despues el César, quedaron absueltos los vecinos de Vitemberg del juramento que tenian hecho á aquel, y despidiendo su guarnicion recibieron la de los imperiales. Vino despues Sybila al campo á visitar á su marido prisionero, y la recibió el César con tanta afabilidad, como si en nada se hubiese disminuido su fortuna. Al dia siguiente pasó á la fortaleza para saludar á la princesa, y fue obsequiado de ésta con un espléndido banquete. Posteriormente permitió el César al duque que

fuese á la ciudad á disponer sus negocios domésticos, acompañándole doscientos españoles á los que regaló trescientos escudos, y á Alfonso Vivas, á quien estaba encargada su custodia, una carroza con quatro caballos blancos, porque era benigno y liberal con todos; Sybila su esposa tuvo orden de trasladarse á Thuringia con sus hijos y con sus bienes propios, y las fortalezas de Gotha fueron arrasadas por mandado del César.

Arregladas las cosas de Saxonia, disponia el César sus armas contra el Landgrave de Hesse, el qual aterrado con esta noticia, y valiéndose de los príncipes Joaquin y Mauricio, que podian mucho con el César, intentó componer la paz con ciertas condiciones que le parecian honrosas. Respondiósele: « Que »por el derecho de la guerra los vencedores debian »dar la ley, y no recibirla. Que si deseaba la paz, pi»diese en persona al César el perdon de sus yerros, »para no verse despues obligado á hacer con mas du»ras condiciones lo que ahora rehusaba." Pero de esto trataremos adelante.

A principios de este año habia enviado el César á Christóbal Fransperg natural de Zelanda, y á Enrique de Brunswik el jóven con tropas escogidas á la baxa Saxonia, donde en otros tiempos habitaron los teutones, que eran parte de los ingevones, para que impidiesen los socorros de las ciudades marítimas, y las tuviesen ocupadas con el temor de la guerra. De esta suerte se conseguia que embarazado el duque de Saxonia con dos guerras á un mismo tiempo, y no pudiendo resistir á tantos esfuerzos, fuese mas facil vencerle. Para hacer pues alguna cosa de importancia, cercaron á Brema ciudad opulenta, situada á las márgenes del rio Veser, y á fin de socorrerla en aquel peligro, marcharon á largas jornadas Guillelmo Ta-

mersen, y Alberto de Mansfeld con las tropas saxonas que ocupaban las fronteras de la Bohemia, y se componian de trece mil infantes y quatro mil caballos. Entretanto que Fransperg con la noticia de que venian los saxones, se disponia á pasar el rio para juntar sus tropas con las de Brunswik, acometieron repentinamente los enemigos el campo de éste, y vencido y derrotado le persiguieron. Habiendo Fransperg atravesado el rio, vino á dar en los bagages de los saxones, y hizo en ellos una gran presa, en cuya parte entró un considerable número de caballos, y cien mil escudos que quitó á Tumersen, y con el auxilio de la noche se puso en acelerada marcha á la Frisia, privando al enemigo de la esperanza de recobrarlos. De aqui se originó una discordia entre los dos generales del César, el uno vencido y el otro vencedor, que se acusaban recíprocamente de perfidia y de ignorancia del arte militar, y se creyó entonces que uno y otro tenian razon. Pero despues que desahogaron su ira con mucho estrépito de palabras inútiles, se compuso esta diferencia por mediacion de los amigos. El César sintió en extremo la victoria de los enemigos, temeroso de que causase alguna mutacion en los ánimos, y de que esta pequeña chispa excitase un grande incendio. Mas en breve tiempo quedó libre de este cuidado, porque noticiosos Tumersen y Mansfeld de la victoria que el César habia ganado al duque de Saxonia, baxo de cuyos auspicios hacian ellos la guerra, despidieron sus tropas retirándose á Brema, y de este modo se desvaneció la tempestad, que al parecer amenazaba.

Despues de esto vino el César á Hall de Saxonia en tres dias de marcha, estando todavia indeciso el Landgrave de Hesse, que segun el aspecto de los sucesos variaba sus resoluciones y fluctuaba entre la es-

peranza y el temor. Pero desconfiando del buen éxito de sus cosas con la cercanía del vencedor á quien respetaba casi toda la Alemania, le pareció lo mejor acogerse al asilo sagrado de la paz. Detúvose no obstante algun tiempo, porque su ánimo no podia acomodarse á admitir algunas de las condiciones que le parecian duras. Finalmente recibió las que concertaron Mauricio y Joaquin, cuyos artículos mas principales eran que derribase sus fortalezas á excepcion de las de Ziengenheim y Cassel en las que el César habia de poner guarniciones: que entregase inmediatamente la artillería y todos los demas pertrechos de guerra: que pusiese en libertad á Brunswik el viejo, á Carlos su hijo, y á los hijos de éste hechos prisioneros por él al principio de la sublevacion de Smalcalda, y que les restituyese los bienes que les habia quitado durante la guerra: que entregase de contado ciento y cincuenta mil escudos para los gastos de la guerra, y que se pusiese él mismo con todos sus bienes al arbitrio del César, quedándole salva la vida, y asegurado de que no perderia para siempre la libertad. Luego que fueron firmadas estas condiciones, se presentó el Landgrave al César, y puesto de rodillas le pidió perdon, el qual obtuvo, y fue entregado á Juan de Guevara capitan de una compañía de españoles para que le custodiase. Mandósele seguir al César, lo que causó al Landgrave extraordinario disgusto, pero mitigado por sus amigos, que le daban esperanzas de que no estaba remota su libertad, y á fin de merecerla quanto antes con buenos oficios, pagó la suma que se le habia impuesto, destruyó las fortalezas inmediatamente, y entregó doscientos cañones. El Emperador concedió privadamente la dignidad electoral al duque Mauricio, y en el año siguiente tomó solemne posesion en la dieta de Alemania, con-

sintiéndolo el despojado Federico con tanta grandeza y constancia de ánimo, que no mostró la menor señal de dolor. De los cañones tomados en esta guerra hizo el César llevar quatrocientos y cincuenta (aunque un autor español aumenta este número) á Norimberga, Milán, Nápoles, Flandes y España como testigos de sus victorias. Por este tiempo acudian á él diputados de muchas ciudades pidiendo perdon de lo pasado: recibíalos con benignidad, y los despedia despues de haberlos amonestado su deber, y de darles ellos palabra de que en adelante serian fieles. Tambien le llegaron embaxadas de las partes mas remotas de Europa que habitan los tártaros para congratularle de la victoria: el Papa le envió el cardenal Sfondrato con cartas en que le llamaba Máximo y Fortísimo Emperador. A principios del año siguiente llegó por la misma causa Rui-Gomez enviado por su hijo don Felipe, y le recibió el César con admirable alegria.

Entretanto don Fernando descargó gravemente su ira contra los bohemos, que le habian provocado con muchas injurias. Tomaron estos las armas con pretexto de sus inmunidades, y padecieron muchas pérdidas; pero perdiendo al fin la esperanza de poder alcanzar cosa alguna por fuerza contra un príncipe tan poderoso con el auxilio de su hermano el César, se le presentaron en la fortaleza los de Praga, que eran los cabezas de la conjuracion, vestidos humildemente, y imploraron su clemencia, asegurándole de su fidelidad en lo venidero. Pero á estos hombres, que tan tarde conocieron sus yerros, se les privó por un edicto de sus inmunidades y magistrados, y de la facultad de elegirlos. Privóseles tambien de las armas y de las rentas públicas, portazgos y contribuciones que antes percibian ellos, y se aplicaron al fisco, y muchos fueron condenados á muerte, ó confiscados

sus bienes. Tales fueron los efectos de la inconstancia de aquella necia gente, que por conseguir una entera libertad, incurrió en una extrema esclavitud.

Amedrantadas con la calamidad de Bohemia las ciudades libres, se apresuraron á enviar diputados para obtener la gracia del César, prometiéndole que harian todo quanto les mandase, y se distinguió entre todas Hamburgo, ciudad opulenta situada en la margen del rio Elva cerca del Océano. Finalmente, salió el César de Hall, y tomando un largo rodeo por la Thuringia y la Selva Negra, con un exército bastante fuerte para evitar qualquiera asechanza, llegó á Ausburg. Despidió alli parte del exército, y el Landgrave de Hesse fue enviado con guarnicion á Donawert, y llevó consigo al duque de Saxonia á quien trataba con mas suavidad. Recibió en su gracia por la mediacion del Rey de Dinamarca á Bernardo y Felipe duques de Pomenaria (que se dice ser la antigua Vandalia) y á Luneburg, Lubec y otras ciudades situadas en la costa del Océano Septentrional. Estas, y todas las demas de Alemania fueron multadas en considerables sumas de dinero, y de las cuentas del erario imperial consta que se exigieron un millon y seiscientos mil escudos.

Concluida esta guerra, que despues de la caida del imperio romano fue la mas memorable que hubo en aquella nacion, y distribuidos á cada uno los premios ó castigos que merecian, dirigió el César algun tiempo sus cuidados á las artes de la paz. A este fin se aprovechó de la quietud en que le dexaba el Turco que se hallaba embarazado con la guerra de Persia, y ajustó treguas con él por tiempo de cinco años por medio de Gerardo Velvic, á quien envió á Constantinopla. Asi pues, para sujetar á la religion católica á los que habia vencido con las armas, pidió al Papa

por el cardenal Tridentino, que restituyese el concilio á Trento, de donde le habia trasladado á Bolonia por causa de las enfermedades: pero no pudo alcanzarlo del Pontífice, que tenia otras miras, lo que desagradó al César; porque las cosas de Alemania no sufrian tardanza alguna, ni podian componerse sin el terror de las armas, y era preciso no dexar tiempo á los sectarios para faltar á la palabra que tenian dada. Por esto pues, y con dictámen de los teólogos, hizo componer una fórmula de doctrina que se publicó el dia quince de marzo del año de mil quinientos
1548. y quarenta y ocho, á la que la dió el nombre de *Interim* para que fuese observada, hasta que se promulgasen los decretos del concilio Ecuménico. El Pontífice aunque lo llevó á mal, porque el César se intrometia en cosas que excedian los límites de su potestad, lo toleró sin embargo, obligándole á ello las circunstancias del tiempo. Esta fórmula fue subscripta por algunos príncipes y ciudades, habiendo jurado que se sujetarian á los decretos del concilio; pero otros lo resistieron con grande obstinacion, y faltó poco para que tomando las armas no se renovasen las anteriores calamidades. Disimuló entonces el César con gran prudencia, repitiendo muchas veces: «que »los alemanes pagarian algun dia con tardío arrepen»timiento la pena de su resistencia." De este modo perturbadas las cosas mas bien que arregladas, se disolvió la dieta el dia treinta y uno de julio.

Para destruir las reliquias de la guerra proscribió entretanto á los de Magdeburg, que tramaban malos intentos. Alfonso Vivas, á quien los de Orihuela hacen su ciudadano, acometió con un pequeño esquadron á Constanza, no ignorándolo algunos de sus habitantes. Pero fue desgraciada esta empresa, pues se defendieron valerosamente desde los muros. Vivas

pereció de un arcabuzazo, y su hijo, despues de recibir una grave herida, retiró de allí su pequeño exército. Irritado el César proscribió á los constancienses, los quales afloxaron mucho de su altivez, temerosos de que padecerian mayor castigo, si fuesen acometidos por un poderoso exército. Hallábase dividida la ciudad en dos partidos, por lo qual algunos plebeyos á quienes aborrecian los nobles, abrieron las puertas á los imperiales, segun lo habian concertado con Perenoto, que salió por fiador de su perdon, habiéndose derramado poca sangre de los del partido contrario, y de esta suerte volvieron á entrar en su deber.

Desde Ausburg pasó el César á Ulma; y en una y otra ciudad, y despues en Spira removió del senado á los luteranos, y puso en su lugar ortodoxôs, persuadido de que convenia mucho á la religion católica hacer esta reforma de los magistrados. Muchos templos que habian quedado enteramente desiertos, comenzaron á ser frequentados, y arrojó de ellos y persiguió de varios modos á los que los habian invadido, y á los sacerdotes que contraxeron detestables matrimonios. Prohibió las frequentas juntas de personas particulares, con las que se habia comenzado á propagar la secta luterana. Desterró tambien á los maestros que inspiraban perversa doctrina en los ánimos de la juventud; y finalmente no omitió cosa alguna para impedir que fuese vulnerada la verdadera religion. Desde Spira se trasladó á Colonia, y despues al Brabante, habiendo despedido antes el resto del exército aleman, al qual pagó su sueldo, recompensando magnificamente á los generales. Llevóse consigo á Bruselas al duque de Saxonia, y envió al Landgrave á Malinas para que fuese custodiado en la fortaleza.

En España el año anterior celebró el príncipe don Felipe cortes en Monzon, y en ellas fue nombrado Gerónimo Zurita por chronista del reyno de Aragon, cuya historia ilustró copiosamente, y con gran diligencia este hombre erudito. Habiendo vuelto á Castilla, y dado audiencia al duque de Alba, á quien el César envió para que entre otras cosas previniese al príncipe que dispusiera su partida á Alemania, congregó cortes en Valladolid, y manifestó en ellas la necesidad que le imponia su padre de ausentarse de España, prometiendo que volveria dentro de breve tiempo, y que en su ausencia gobernaria Maximiliano su primo hermano. En este tiempo hubo una ámplia materia para discurrir y murmurar; porque entre las órdenes que el César habia dado al duque de Alba, fue una que el trage y ceremonial de la corte de Castilla se arreglase á la etiqueta de los duques de Borgoña. Esto se interpretó siniestramente, como siempre sucede, creyéndose que era desprecio de las costumbres de la nacion española: si el César, decian, hace mas aprecio de su Borgoña que de España, ¿por qué no usa el título de duque de Borgoña, y prefiere el de Rey de España? Detestaban ademas la idea de sacar de España al príncipe don Felipe, que tarde ó nunca volveria, si el César tenia proyectado elevarle al imperio, de lo qual habia claros indicios, para componer una formidable potencia, á cuyas leyes obedeciese todo el orbe. Que ademas de quedar huérfana la España, padeceria la ignominia de ser pospuesta á la Alemania con desdoro y mengua de la nacion, que se veria obligada á sustentar con sus riquezas la grandeza y esplendor del imperio germánico. A estos incentivos de dolor se juntaba la ira de los grandes y prelados por verse excluidos de las cortes, pues don Felipe rezeloso de su ex-

cesiva firmeza, mandó que no concurriesen á ellas con los procuradores de las ciudades. Toda la culpa de esto se atribuia al duque de Alba, el qual creian que habia aconsejado al César semejantes novedades, por el deseo de adularle, y de adquirir con él el mas alto grado de favor y autoridad.

No tardó mucho tiempo en llegar á Barcelona en la armada de Doria el príncipe Maximiliano, que se hallaba en la flor de su edad, y era de agradable presencia, acompañado del cardenal de Trento y de una lucida comitiva. Estaba ya concertado su matrimonio con doña María hija del César, habiendo dispensado el Pontífice el impedimento de consanguinidad, y conferídole á este fin su padre el título de Rey de Bohemia. Recibiéronle con extraordinario regocijo los nobles, que don Felipe, y la infanta doña María enviaron delante para congratularle de su venida, y honrado y festejado con todo género de obsequios, fue conducido á Valladolid, donde se celebró el matrimonio con grandes y ostentosas fiestas, haciendo el cardenal las sagradas ceremonias. Despues de concluida la alegria de las bodas se puso en marcha el príncipe don Felipe el dia primero de octubre, con grande acompañamiento de nobleza, entre la qual se distinguian los cardenales, el duque de Alba, el de Sesa, don Antonio de Toledo, y otros grandes de su corte, ilustres por su nacimiento y por sus hazañas, y llegó á Barcelona, donde fue recibido espléndidamente por don Juan Manrique, conde de Aguilar, virrey de Cataluña, y tratado con régia magnificencia todo el tiempo que se detuvo en aquella ciudad por causa de las tempestades. Desde alli pasó por tierra á Rosas, en cuyo puerto se hallaba anclada una armada numerosa, y se embarcó para las costas de Liguria en una galera de Doria muy adornada.

Llegó á Génova con navegacion poco favorable, y allí le festejó extraordinariamente el mismo Doria, y los ciudadanos con banquetes, bayles, comedias, y otros espectáculos por espacio de quince dias, en los quales dió audiencia á los embaxadores y príncipes que habian venido á cumplimentarle. Pareció á los italianos poco agradable el sobrecejo y severidad del príncipe, atribuyéndolo maliciosamente á orgullo y arrogancia, vicio de que culpan á los españoles. Desde Génova fue á Milán y Mántua, y despues á Trento, esforzándose todos á porfia en obsequiarle, hasta que llegó á Flandes á la entrada de la primavera del año siguiente: recibiéronle las dos Reynas doña María y doña Leonor, que poco antes se habia retirado de Francia, y conducido á los brazos de su padre, no es posible explicar el gozo que tuvo el César con la presencia de un hijo único en quien tenia todas sus esperanzas. Pero dexando ahora las cosas de Europa pasemos á referir los sucesos de la América.

CAPITULO VIII.

Continúan las guerras civiles del Perú, batalla de Quito, sublevacion de los indios de Yucatan y otros sucesos.

En el Perú se hallaban las cosas de los españoles en tan mal estado, por sus divisiones, y opuestos partidos, que si Dios no mirára por ellos, hubieran perecido enteramente. Habiéndose puesto en salvo el virrey Basco Nuñez Vela, como ya diximos, y socorriéndole Belalcazar y los de Quito con dinero, comenzó á juntar soldados, y á disponerse para la guerra. Pizarro seguido de muchas tropas salió de Lima, á fin

de arrojarle de toda lo provincia, y luego que estuvieron cerca unos de otros, el virrey que tenia pocas fuerzas, no se atrevió á hacer frente al enemigo, y se huyó á Quito, y desde alli se internó en Popayan, habiendo recibido algun daño en su retaguardia. Por el contrario, Centeno perseguia acérrimamente á los pizarrianos en Charcas, y hizo degollar á Francisco Almendra, gobernador de aquella ciudad, en el mismo lugar en que éste habia muerto á su antecesor Gomez de Luna; pero al fin rechazó á Centeno Alfonso del Toro, gobernador del Cuzco, con un esquadron de doscientos soldados, los quales dexó para la custodia de la ciudad baxo el mando de Alfonso de Mendoza. Pedro de Hinojosa almirante de la armada, que se componia de catorce navíos, se apoderó de Nuño Vela, hermano del virrey, que aceleraba su fuga á España, y le puso en prision. Despues de esto, habiendo intentado entrar en Panamá, le resistieron principalmente los Illanes, y Vendrel temerosos de padecer los males que habian sufrido en el gobierno de Machicao. Desembarcó Hinojosa trescientos hombres armados, y no teniendo los panameños fuerzas iguales, fue recibido por los sacerdotes con mucha sumision, y en hábito de rogativa, y trató á todos con grande humanidad, prohibiendo que á ninguno se hiciese mal.

Por este tiempo fue descubierta por un cazador indio que seguia á un ciervo una inagotable mina de plata en lo alto del cerro de Potosí, region fria y estéril, situada á veinte y un grados y medio sobre el Equador, y la abundancia de esta mina es tan asombrosa, que ha llenado de su metal á todo el universo. Cuéntase que la quinta parte que se saca todos los años, y pertenece al tesoro real, asciende á un millon y quinientos mil pesos de plata pura y líquida, á pesar de

los innumerables fraudes y hurtos que se cometen.

Entretanto habiendo juntado el virrey trescientos soldados armados, volvió á Quito donde Pizarro se habia detenido para recibirle, y apenas avistó al enemigo ordenó su exército, y le presentó batalla estando resuelto á vencer ó morir. Salióle al encuentro Pizarro con mas que doblado número de tropas, y en el primer choque pelearon atrozmente; pero llegando á entibiarse el ardor de los soldados del virrey comenzaron á escaparse de la pelea con vergonzosa cobardía. Cayó el mismo virrey combatiendo valerosamente, y al tiempo de espirar le cortó la cabeza un negro por mandado de Benito Carvajal, y fue clavada en una escarpia en medio de la plaza, y su cuerpo enterrado en la iglesia. Sucedió esta batalla cerca de Quito á principios del año de mil quinientos y quarenta y seis; Belalcazar recibió en ella muchas heridas, y Pizarro le hizo prisionero, pero le admitió á su gracia, y con ciertas condiciones le envió á Popayan. Eligióse entonces por primer obispo de esta provincia á don Juan del Valle, y para la diócesis de la Nueva Galicia á don Pedro Gomez Maraver. Ademas se erigieron en metropolitanas las iglesias de México, Lima y Santo Domingo, y se dispensó á los obispos la visita *ad limina Apostolorum*.

Luego que Baca de Castro se restituyó á España fue puesto en prision, oprimido por las acusaciones de sus enemigos, las que siempre son muy comunes en las discordias civiles; pero habiendo justificado su fidelidad al Rey, y la pureza de su conducta en el gobierno, fue repuesto en la plaza del consejo supremo de que se le habia separado, y á su hijo se le confirió el arzobispado de Sevilla.

El dia nueve de noviembre del mismo año se descubrió una nueva conjuracion de los pueblos orienta-

les de la península de Yucatan para arrojar de allí á los españoles. Acometieron repentinamente los indios contra los patronos á quienes estaban entregados en encomiendas, y los dos hermanos Juan y Diego Cansino fueron crucificados, y muertos á flechazos: perecieron con diversos suplicios otros diez y seis españoles, que se habian tenido por muy seguros entre unos bárbaros tan feroces, y solos dos pudieron escaparse. Despues cobrando nueva audacia invadieron la ciudad de Valladolid; pero haciendo una salida veinte españoles con las tropas mexicanas, que habia llevado Montejo en su auxilio, mataron á muchos de los enemigos, sin que en esta pelea hubiese muerto español alguno. Sin embargo de esta derrota, no pudieron arrojar de allí á los indios, y fue preciso que viniesen quarenta soldados armados de Mérida, á quienes siguió otro esquadron; y tuvieron muchos encuentros con los bárbaros que tenian tomados los caminos. Pareció conveniente intentar antes el reducirlos á la paz; mas conociendo que era inexcusable recurrir á la fuerza, se renovó el combate con grande ardor, y aunque murieron muchos, no se declaró la victoria por una ni otra parte. Finalmente cansados los españoles de pelear se retiraron á la ciudad, y habiendo curado á los heridos, volvieron á la batalla derramando mucha sangre de los bárbaros. No daban estos señal alguna de temor, y continuaron del mismo modo las peleas por espacio de algunos dias, con admirable obstinacion de los indios. Pero venció al fin la constancia de los pocos; pues viendo los bárbaros que no habian podido vencerlos en tan repetidos combates, y que su multitud se habia disminuido mucho, comenzaron á dispersarse por varias partes. Murieron veinte españoles de los mas intrépidos, y mas de quinientos mexicanos y escla-

vos armados, que pelearon con tanto ardor como los hombres mas fuertes. Despues de este suceso, los capitanes dividieron sus pequeñas tropas para perseguir, y subyugar á los indios, y padecieron varios infortunios. Juan de Aguilar que fue el mas desgraciado, se apoderó de un pueblo á fuerza de armas, y sujetó á sus habitantes. Montejo dió libertad á los que habian sido hechos prisioneros en la batalla, y los reduxo con su benignidad. Mientras tanto se levantó en Salamanca otro tumulto en el que fue muerto Martin Rodriguez encomendero de este pueblo, y se hallaba en gran peligro de perderse, si Aguilar no hubiera acudido con prontos socorros. No es posible referir lo mucho que padecieron en el camino con el hambre, la sed, y el cansancio. Pelearon muchas veces con los bárbaros, que les salian al encuentro. Finalmente habiendo sido presa la muger del cacique, se la restituyeron con algunos regalos, lo que ablandó al bárbaro, que se habia encerrado con gente armada en un pueblo muy fuerte situado entre unas lagunas; y volvió á su deber. Duró esta guerra quatro meses, y produxo una paz sólida. De aqui adelante trataron los españoles á los indios con mas blandura, lo qual fue la verdadera causa de que depusiesen su ferocidad. Mandóse despues á los caciques que enviasen sus hijos á Mérida, para que fuesen instruidos en la religion christiana, y sirviendo estos de rehenes, se proveyó suficientemente á la seguridad de sus señores.

Antes de la batalla de Quito, habia enviado Pizarro á Francisco Carvajal con parte de las tropas contra Centeno, que intentaba renovar la guerra. Pero viéndose éste con fuerzas muy desiguales, y escapándosele sus soldados por el miedo, no pudo sostener la presencia de Carvajal, por lo que se retiró

á los bosques con solos quarenta compañeros, que quisieron seguir su fortuna. Poseido de igual terror otro capitan llamado Rivadeneyra, se apoderó de un navío en el puerto de Arica, y sin tener en él aguja de marear ni velas, se huyó en él con catorce soldados hasta las costas de Guatemala. De esta suerte apenas se hallaba un hombre en todo el Perú, que se atreviese á levantar la cabeza contra los pizarrianos: pues Lope de Mendoza, y Nicolás de Heredia que regresaban de una larga peregrinacion, en la que habian penetrado hasta el rio de la Plata, cayeron por su desgracia en manos de Carvajal. Este los venció y derrotó de noche en un combate, y aunque se pusieron en fuga, fueron cogidos y pasados á cuchillo. Habiendo llegado á Charcas el vencedor Carvajal, sacó de allí una inmensa cantidad de plata. Jorge Robledo porque se habia substraido de la autoridad de Belalcazar, fue preso con tres compañeros, y pereció en una horca, siendo esta muerte ignominiosa el premio que recibió de sus grandes hazañas. Por este tiempo fundó Francisco Mercadillo por mandado de Pizarro la ciudad de Loja entre Quito, y el Cuzco.

La llama de esta funestísima guerra penetró hasta el puerto de Nombre de Dios, y apoyado Fernando Mexía en el favor de Hinojosa, arrojó del continente á Melchor Verdugo, y sin permitirle detenerse en parte alguna, le obligó á retirarse á los navíos. En todas partes fueron perseguidos cruelmente los que seguian el partido de los magistrados legítimos, con muertes, robos, y todo género de injurias, en lo qual se distinguió principalmente Francisco de Carvajal hombre envejecido en la milicia, de carácter perverso, y siempre dispuesto á cometer qualquiera maldad. Quando caian en su poder algunos de los

enemigos, despues de llenarlos de oprobrios, inmediatamente los mandaba quitar la vida, prohibiéndoles con suma impiedad que se confesasen, y dispusiesen como christianos, y que hiciesen testamento, y los hacia ahorcar precipitadamente de las ramas de los árboles para deleytarse con la prolixa agonía de los que tardaban mucho tiempo en espirar.

En otras partes se suscitaron tambien discordias, especialmente en el rio de la Plata. Alvar Nuñez, defensor heróyco de la libertad de los indios, no podia tolerar con paciencia las injurias que les hacian los soldados. Seguian estos el rumbo contrario, y despreciaban con insolencia y dicterios la ley, que en favor de los indios habia mandado el César observar en todo aquel nuevo mundo. No eran mas moderados los ministros reales en el uso de su autoridad, y tenian por lícito todo quanto lisonjeaban sus apetitos. Irritados los bárbaros de sus vexaciones, se arrojaban á las armas, y habia frequentes combates, no sin daño de los españoles, que por su corto número era mucho mas sensible. Juntábanse á esto las muchas enfermedades que les causaba el clima, y el hambre que padecian, porque los indios les rehusaban los víveres. Para colmo de todos los males conspiraron contra Alvar Nuñez, y habiéndole despojado de sus bienes, y cargado de calumnias, le enviaron preso á España, y fue nombrado en su lugar por voto de los soldados Domingo de Irala, autor de la sedicion. Exâminada la causa de Nuñez en el consejo de Indias; fue absuelto, y dado por libre, aunque no se le restituyó en el gobierno, para evitar la ocasion de que no se renovasen las anteriores discordias.

Tampoco se hallaron los españoles quietos ni seguros de enemigos externos, porque corriendo los franceses las costas de América, que frequentaban

mucho, saquearon por este tiempo á Santa Marta; pero se pusieron antes en lugar seguro cien mil pesos que habia en la caxa real, y se consiguió de los piratas, á costa de algun dinero, que no incendiasen la ciudad. Otros muchos daños padecieron aquellas costas, por lo qual se internaron los colonos tierra adentro con sus bienes. Habiéndose introducido una cruelísima epidemia, pereció un infinito número de gentes, y era tanta la violencia del mal, que espiraban al dia tercero los que se hallaban acometidos de ella.

CAPITULO IX.

Pasa al Perú don Pedro de la Gasca á pacificar las discordias civiles. Sucesos entre las tropas reales y las de Pizarro. Ríndese, y es condenado á muerte.

Tal era el estado del Perú, quando el sacerdote don Pedro de la Gasca fue nombrado presidente de la audiencia de Lima, con amplísimos poderes para apaciguar las turbulencias, y llegó al puerto de Nombre de Dios el dia diez y siete de julio: seguíanle Iñigo de Rentería, y Andres Cianca jurisconsultos, y los capitanes Alonso de Alvarado, y Pasqual Andegoya con algunos pocos nobles, y con tan pequeños auxilios emprendió este hombre magnánimo cosas, que parecian superiores á las fuerzas humanas. Valióse primero del arte, y adelantó tanto con sus oficios suaves, que atraxo á sí en breve tiempo aun á los hombres mas adictos á los otros partidos. Juntósele desde luego Mexía; y habiendo pasado á Panamá, se le sujetó Hinojosa con su armada, con gran complacencia de los capitanes de los navíos. Los obispos de Lima, y de Santa Fé de Bogotá, y otros eclesiás-

ticos que pensaban con rectitud y deseaban lo justo, pasaron á él para ofrecerle sus facultades. Finalmente hicieron lo mismo todos los que permanecian fieles, y muchos de los rebeldes, entre los quales fue uno Lorenzo Aldana, teniente de Pizarro. Habia hecho Gasca divulgar por medio de hombres idóneos, que traia órdenes para mitigar las leyes, y conceder indulto á todos los que volviesen á la obediencia del Rey, y escribió á los magistrados de las ciudades amonestándoles de su deber. Dirigió á Pizarro una carta que le escribia el César, á la que añadió una exhortacion suya muy larga, y otra á Zepeda; pero representándole los obispos, y los principales capitanes que le acompañaban, que no esperase conseguir por suaves medios cosa alguna de Pizarro, pues estaba resuelto á sostenerse con la fuerza de las armas, determinó Gasca hacerle la guerra.

A principios del año de mil quinientos y quarenta y siete envió á Truxillo quatro navíos mandados por Aldana, Palomino, Illan y Mexía, á los quales se juntaron de su propia voluntad otros buques de Pizarro. Comenzó Aldana á esparcir por todas partes copias de las cartas del Rey con gran fruto, pues se pasaban á él muchos, que agitados de diversas pasiones, tenian sus intereses en trastornar las cosas de arriba abaxo. Viendo Pizarro que le iban abandonando los suyos, convocó de todas partes á sus mas fieles amigos, y acudió el primero de todos Carvajal con una muy escogida compañía y gran cantidad de dinero, y con su consejo comenzó á disponer la guerra con increible profusion, para arrojar de allí al presidente. Pero éste se habia dado tan buena maña, que antes de entrar en el Perú, tenia ya una buena parte de él levantada contra Pizarro: tanto es lo que importa en las guerras civiles la opinion y

fama de los hombres. Para detener Pizarro la total ruina que le amenazaba, descargó su ira contra aquellos de quien sospechaba estaban inclinados al presidente. Nuñez Vela fue degollado en Lima: otros á quienes trató con mas blandura fueron transportados por Antonio Ulloa á la extremidad de las costas de Chile; pero habiendo roto las cadenas, volvieron la proa y se huyeron á Nueva España. Temeroso Centeno de la crueldad de sus adversarios, se escondió con Luis de Rivera en una cueva cerca de Arequipa, donde permaneció un año, sin saberlo mas que un amigo, que le llevaba lo necesario para sustentar la vida. Salió de alli al fin, y juntando quarenta soldados, acometió una noche de improviso á la ciudad del Cuzco, y puso en fuga al partido contrario, que se halló atónito y consternado. Hizo prisionero al gobernador, y le mandó degollar en medio de la plaza, y habiéndose apoderado de cien mil pesos pertenecientes á los pizarrianos, los repartió entre los soldados, con cuya liberalidad se aumentó en breve tiempo el número de sus tropas, que acudian adonde se les presentaba mayor lucro y ganancia, y desde alli partió á Charcas, á fin de reducir á su partido esta ciudad con su gobernador Mendoza.

A este tiempo llamó Pizarro á Lucas Martinez que estaba en Arequipa, y habiéndose puesto en marcha con los soldados, que tenia á su mando, le prendieron estos, y le entregaron á Centeno. Finalmente unióse á éste Mendoza, y juntó un cuerpo de mil hombres armados, que causó tanto terror á Pizarro, que para derrotarle antes que se juntase con Gasca, salió de Lima con novecientos soldados. Envió delante á Juan de Acosta con el primer esquadron, y se detuvo algunos dias en el campo, entretanto que hacia los demas preparativos necesarios.

Eran muchos los que le abandonaban, y entre ellos fue Benito Carvajal, y Gabriel Roxo, con otros de los principales, y para impedir estas deserciones, se apresuró á seguir á Acosta, persuadido de que quanto mas se alejase de los del partido del Rey, tendria mas seguros á los suyos. Pero mientras procuraba retener al soldado, perdió la ciudad, porque habiendo llegado Aldana por este tiempo al puerto del Callao, los limeños ostigados de la dominacion de Pizarro tremolaron las banderas por el Rey en señal de su fidelidad. Saltó Aldana en tierra, y entró en la ciudad con una guarnicion de soldados, con gran gozo y complacencia de todos los ciudadanos.

El presidente, á quien sucedian las cosas mucho mejor de lo que podia desear, supo aprovecharse de su fortuna. Vino á Tumbe con una armada, y fue grande el concurso de gentes que acudió á él; y otros que no podian salir con seguridad de sus casas, le manifestaron por cartas su obediencia y sumision al Rey. Por este tiempo habia juntado quinientos soldados armados, cuyo mando dió á Hinojosa: nombró por su teniente á Alfonso de Alvarado, y por alferez á Benito Carvajal, y se puso en camino para Truxillo. Entretanto los de Quito, habiendo tomado las armas, degollaron á Pedro Puelles su gobernador, y proclamaron el nombre del Rey, siendo el autor de este hecho Fernando de Salazar, hombre valeroso, á quien en premio se le concedió el gobierno de la ciudad.

Pizarro aunque tenia fuerzas desiguales, por haberse disminuido sus tropas con la desercion, marchó contra Centeno, estando resuelto á perderle, ó perecer. Presentóle batalla en el campo de Guarina el dia veinte de octubre, y quedó Pizarro victorioso. De los del partido del Rey fueron muertos mas de

trescientos y cincuenta, y Carvajal ahorcó á treinta. Pizarro perdió cerca de cien hombres, y recogió un gran botin de oro, plata y armas, que de lo demas no hacia aprecio alguno. Despojado Centeno de su exército, y hallándose enfermo, se retiró fugitivo á Lima. Los enemigos quedaron muy orgullosos con esta victoria, y convertido el temor en audacia, son casi increibles las crueldades que cometieron para satisfacer su venganza, hiriendo, matando y robando. Dos españoles de Arequipa se quitaron á sí mismos la vida, para no padecer los insultos de los enemigos en la muerte que no podian evitar. En este tiempo perecieron trescientos y ochenta á manos de los verdugos, y setecientos peleando valerosamente en las batallas, habiendo degenerado en crueldad la avaricia de estos hombres, que poseian montes de oro, descubiertos para daño de la vida humana. El obispo del Cuzco, que se halló en la batalla, se escapó con acelerada fuga de las manos de Carvajal, y vino á Xauja, donde tenia su residencia el presidente, cuya grandeza de ánimo era tal, que no mostró turbacion alguna con la noticia de la desgracia del exército de Centeno.

A principios del año siguiente de mil quinientos quarenta y ocho se puso en marcha á Guamanga, donde recibió á Belalcazar con mas de trescientos soldados: despues á Valdivia, que habia vuelto de Chile, con grande alegria y regocijo de todo el exército, por la fama de su valor y experiencia militar; y finalmente á Centeno á quien seguia una tropa de caballos, y á otros capitanes cada uno con sus tropas, dinero y vestuario. Desde Guamanga trasladó su campo á Andaguaylas, donde pasó el resto del invierno. Tenia ya mil y nuevecientos soldados muy bien equipados, y endurecidos en contínuas batallas.

Pero muchos cayeron enfermos por el uso del trigo sin madurar, á los quales socorrió el padre fray Francisco Roca del órden de la Santísima Trinidad, zeloso observador de su instituto, y con su cuidado y asistencia convalecieron prontamente. A la entrada de la primavera llegaron al rio Apurima, y tardaron algun tiempo en pasarle, por haber sido quemado el puente, y hallarse apostado el enemigo en la ribera opuesta. Una y otra dificultad la superaron los realistas con su valor y actividad, aunque con pérdida de sesenta caballos, que arrebató la corriente del rio, y marcharon intrépidos contra el enemigo. Pizarro se habia acampado cerca de Saguisaguana, distante quince millas del Cuzco, en un lugar seguro, y estaba bien provisto de todo. Los realistas se pusieron á la vista, aunque en parage incómodo, y hubo algunos ligeros combates, que mas bien fueron escaramuzas, que peleas; pero habiendo comenzado despues á disparar la artillería, desertaron muchos del campo de Pizarro: con quánto dolor de éste no es necesario decirlo. Su designio era presentar batalla, porque la victoria ganada á Centeno le habia inspirado audacia. El presidente por el contrario, queria mas vencer con el arte que con la espada, y puso en órden de batalla sus tropas, no para darla, sino para ostentarla, conociendo la desconfianza de los enemigos, que á cada paso abandonaban á su general. Entre estos le desamparó Zepeda, causa principal de tantos males; y otros al mismo tiempo se refugiaron al Cuzco, y arrojando las armas, se escondieron en los parages mas ocultos. Habiéndosele disminuido y desordenado sus tropas tan notablemente, rodearon á su general, pues no tenian ánimo para pelear, ni para huir. Atónito Pizarro con este espectáculo, y exhortándole Acosta á que acometiesen al enemigo, para

perder gloriosamente la vida á exemplo de los romanos, se asegura le respondió con semblante sereno, que mejor seria morir como christianos, y en señal de que se rendia, entregó su espada con Villavicencio.

Gozoso el presidente con la victoria, que habia ganado sin derramar sangre, entregó á Pizarro en manos de Centeno para que le custodiase; fueron tambien presos otros muchos, que habian quedado inmobles con el terror de un suceso tan inesperado, y al dia siguiente murieron en la horca nueve capitanes. Pizarro fue degollado, confiscados sus bienes, y su casa arrasada hasta los cimientos. Carvajal, que era el mas perverso de todos, cayó del caballo al tiempo de su fuga; prendiéronle sus mismos soldados, y conducido al presidente, fue entregado luego al verdugo para desquartizarle, á fin de que con esta prolongada pena, pagase sus muchos delitos, y pereció á los ochenta y quatro años de su edad. Despues de esto se hicieron pesquisas de los reos, y en diversos tiempos fueron muchos condenados al último suplicio. Zepeda fue enviado á España cargado de cadenas, y acabó su vida en la cárcel. Es indecible la presa que se repartió al soldado en pago de su estipendio, cuya mayor parte fue en oro puro. Ganóse esta victoria el dia nueve de abril, y con grande exemplo de la inconstancia de la fortuna, los hermanos Pizarros perecieron del todo en aquellas mismas regiones, que habian descubierto para el reyno de España. Concediéronse pensiones y tierras á los capitanes en premio de sus hazañas, y el presidente encargó á otros el cuidado de repartirlas, para evitar resentimientos contra su persona, y finalmente salió del Cuzco dexando á Cianca por gobernador de la ciudad, y pasó á Lima para arreglar lo que faltaba.

Despues de su partida, comenzaron las quejas de los soldados, que no se creian suficientemente recompensados segun sus méritos, ni se les resarcia la utilidad que antes les producian los esclavos del Perú; y que solo se trataba de aumentar mas y mas el erario real, despojándolos á ellos. Estas y otras cosas semejantes vociferaban los que creian que con la victoria habian adquirido mayor libertad, y al fin comenzó á tramarse una conjuracion, que amenazaba renovar los anteriores males, si Cianca no la hubiese reprimido oportunamente executando un severo castigo en los principales motores. Entonces fue quando despues de tan contínuas calamidades comenzaron á respirar, y á gozar de quietud y alegria los miserables peruanos, habiendo sido puestos en libertad los esclavos, y concedídose permiso á todos por el presidente para restituirse á su patria: comenzó á recogerse en pueblos la multitud derramada por los campos, para que suavizado con la civilidad el carácter de estos hombres, fuesen instruidos mas fácilmente en la religion christiana. Señaláronse los tributos que habian de pagar, y todas las cosas quedaron arregladas por el trabajo y diligencia admirable de Gasca. Nombró quatro oidores para que administrasen justicia, y gobernasen ínterin que el César disponia otra cosa. Estos fueron Melchor Bravo, Fernando de Santillana, Pedro Maldonado, y Andres Cianca llamado del Cuzco, en cuyo gobierno le sucedió Benito Carvajal. Por este tiempo fundó Mendoza una nueva colonia á seiscientas millas de la Plata ácia Arequipa en un parage oportuno señalado por el presidente, y como se estableció luego que se concluyó la guerra de Pizarro, la intitularon nuestra Señora de la Paz.

El nuevo reyno de Granada, en que gobernaba Lugo sucesor de su padre, se hallaba muy floreciea-

te, y las colonias en él fundadas contenian muchos habitantes especialmente la llamada Trinidad, á causa del gran comercio que se hacia de unas á otras partes por los rios Pate y Magdalena. En Santa Fé de Bogotá se estableció una real audiencia, cuya presidencia fue conferida á Quesada en premio de sus señalados méritos, y otra igual se fundó en la Nueva Galicia. De este modo se reprimia la licencia de aquellos tiempos, tenian su debido vigor la justicia y las leyes, y se ponia orden en las cosas públicas. La silla episcopal de Tlascala fue trasladada á la Puebla de los Angeles fundada por Ramirez. Extendiase de una manera admirable la religion christiana, en cuya propagacion trabajó con heróyco zelo don Francisco Marroquin obispo de Guatemala. Este pues, en los años anteriores con el auxilio de los religiosos Dominicos, reduxo al Evangelio á los bárbaros esparcidos en Chiapa y Tabasco, y á los que no pudo quebrantar la fuerza de las armas, los obligó con sus palabras á sujetarse, y los hizo tributarios. De aquí nació el nombre de Verapaz que el César dió á aquella provincia, noticioso del modo con que se habia pacificado. Debemos hacer aqui especial memoria de fray Luis Cancer del orden de Santo Domingo, cuya doctrina y suavidad de carácter para atraer á los bárbaros al christianismo, produxeron copiosos frutos. Desde allí navegó á la Florida ardiendo en deseos de propagar el Evangelio, y mientras se ocupaba con gran zelo en esta santa obra, le mataron los bárbaros con dos compañeros en el año quarenta y nueve de este siglo.

Nuño de Chaves fue enviado por Irala para sujetar á los indios del rio de la Plata, que se habian sublevado, y para apaciguar con medios suaves á otros que estaban próximos á rebelarse. Tambien descu-

brió nuevas regiones con un pequeño esquadron que le acompañaba; pero las ventajas que de esto podian sacarse, se inutilizaban en parte por el excesivo desenfreno de Irala y sus soldados. Despues de esto, dividiéndose en opuestas parcialidades, pelearon con ánimos feroces por la ambicion del mando, y volvieron á renovarse las muertes, suplicios, y todos los otros males de la guerra civil. Continuó Chaves su viage tierra adentro, y penetró hasta el Perú, visitó al presidente, el qual elogió su intrepidez, y le socorrió con dinero, y se restituyó adonde habia salido. Entretanto Centeno se disponia de orden del presidente á marchar con tropas contra Irala; pero le sobrevino la muerte, lo que dió motivo á que continuase la sedicion. En San Pedro de Honduras se sublevaron los negros contra sus señores, pero sufrieron el merecido castigo; pues habiendo sido vencidos y derrotados en batalla perecieron casi todos, y su capitan fue muerto en el suplicio. Estos son los sucesos mas principales que por estos tiempos acaecieron en la América.

CAPITULO X.

Guerra de los portugueses en la India con el Rey de Cambaya, y entre el Turco y el Rey de Persia.

Sucedió á Sousa en el gobierno de la India don Juan de Castro, hombre recomendable por su prudencia y valor, á tiempo que Mahamet proclamado Rey de Cambaya despues de la muerte de Badur, comenzó á poner asechanzas á la fortaleza de Diu, irritado contra los portugueses, con el especioso pretexto de que habian faltado á su palabra. Habianse convenido en que entre la ciudad, que habitaban los bárbaros y la fortaleza se levantase un muro, y viendo

los portugueses que subia mas alto de lo que era justo, impidieron que continuase la obra. Sintiólo mucho el bárbaro, porque veia frustrados sus designios, y de aqui se originó inmediatamente una discordia entre los que se hallaban deseosos de venir á las manos. Intentó desde luego Mahamet sorprehender á los portugueses con ocultas zeladas; pero no habiéndole producido efecto, se declaró abiertamente, y comenzó á hacer grandes preparativos. Juan de Mascareñas gobernador de la fortaleza, hombre intrépido y de mucha experiencia, luego que tuvo noticia de esto, envió mensageros á las colonias inmediatas, y aun hasta Goa, para anunciarlas que amenazaba una guerra, que en breve vendria á recaer contra la fortaleza. No tardaron los enemigos en levantar trincheras, y conducir artillería, y tenian mucha esperanza en una grande máquina, que colocada en un navío de extraordinaria magnitud, arrojase llamas á larga distancia, entretanto que los soldados subian por las escalas al muro. Pero habiendo sido incendiada esta máquina en una noche, por el valor y diligencia de Santiago Leitao, se desvanecieron como el humo los esfuerzos de Coje Cofar su artífice, y autor de la guerra. Era éste, segun corria la fama, natural de Otranto, y habiendo sido hecho çautivo por lós turcos, abjuró la verdadera religion para abrazar la supersticion mahometana, y se distinguió entre los bárbaros por sus riquezas y valor. Haciase la guerra por su direccion, con tanta esperanza de vencer, que inflamado el Rey de Cambaya con sus magníficas promesas, vino á los reales para recoger el fruto de la victoria. Mas este príncipe, que no estaba acostumbrado á peligros, viendo que uno de los amigos que le acompañaban fue arrebatado por una bala de cañon, se apresuró á retirarse lleno de terror.

Estrechaba Cofar á los sitiados con minas subterráneas, y con el contínuo fuego de su artillería, y estando en lo mas fervoroso de la accion, vino una bala perdida que le llevó la cabeza y la mano derecha en que tenia apoyada la barba. En su lugar fue nombrado general su hijo Rumecan, el qual para vengar la muerte de su padre, continuó con mas vigor la empresa. Pelearon muchas veces en la brecha del muro con increible ardor, y en uno de estos combates subieron los bárbaros con escalas á la parte opuesta, sin que los sitiados lo advirtiesen, porque todos se hallaban juntos para pelear con los que tenian delante. Pero rechazaron su esfuerzo las mugeres, tomando las armas con varonil constancia y denuedo, acudiendo tambien al tumulto el gobernador con algunos pocos armados. Habiendo peleado tan felizmente en una y otra parte, creció el ánimo de los portugueses con el exemplo de la audacia mugeril; aunque en breve los abatió una desgracia que sobrevino, tanto mas sensible, quanto era tan corto su número. Incendiaron los enemigos la mina de un baluarte, que defendian setenta hombres, y aunque se les advirtió el peligro que corrian, rehusaron con arrogancia abandonar su puesto, y perecieron todos en las ruinas del baluarte. Entre los muertos fue uno el hijo del virrey, jóven de grandes esperanzas, y que poco antes habia venido con un esquadron auxiliar de nobles. Entretanto llegó Alvaro su hermano con quinientos soldados, socorro muy oportuno y necesario para los que se hallaban en tanta fatiga, reducidos á un pequeño número: su obstinacion en pelear á campo descubierto, donde vence el verdadero valor, y no dentro de obscuras cuevas, obligó á hacer una salida, con desprecio de la disciplina militar, á pesar de la oposicion de Mascareñas. La batalla fue

desgraciada, y habiendo sido rechazados los atrevidos portugueses hasta la misma fortaleza, con ignominia y pérdida, aprendieron á costa suya á obedecer.

Despues de ocho meses de un apretado y cruel sitio, llegó al fin el virrey al puerto con una grande armada, cuya venida habian impedido hasta entonces las tempestades. Desembarcadas las tropas el dia siguiente, que era el once de noviembre, hicieron todas una salida, quedando solo trescientos hombres en la fortaleza á las órdenes de Antonio Correa. Iban repartidos en tres cuerpos dos mil y quinientos portugueses con los indios auxîliares. El primero le mandaba Mascareñas, el segundo Alvaro, y el tercero el virrey. Al primer ataque dado al amanecer, superaron las fortificaciones de los enemigos, y mataron á las centinelas, y despues se trabó una atroz pelea á pie firme dentro del mismo campo. Fue tentada con varios ardides la constancia y actividad de los soldados; pero ninguno mostró la menor señal de temor. Los bárbaros, rehaciendo sus compañías, renovaron muchas veces el combate, obstinados en vencer ó morir, y aunque los portugueses eran oprimidos por el excesivo número de los enemigos, arrollaban y destrozaban quanto se les ponia delante. Cayó muerto Rumecan, y los principales de sus capitanes. Castro inflamaba el valor de los suyos con la voz y con el exemplo, y finalmente con sus heróycos esfuerzos fueron rechazados los enemigos, haciendo en ellos grande estrago, y en la misma accion se apoderó de la ciudad con muerte de sus habitantes. Esta victoria tan célebre costó á los portugueses ciento y cincuenta hombres, y algunos pocos auxîliares, y de los bárbaros se asegura que perecieron cinco mil. El botin que recogieron fue inmenso, y todo se repartió á los soldados en premio de su valor. Lleváronse doscientos

cañones de artillería á la fortaleza, la que fue reparada, y limpiados los fosos, y quedando en ella de guarnicion quinientos soldados de los mas intrépidos, se hizo á la vela el vencedor Castro con su armada el dia once de abril del año siguiente de mil quinientos y quarenta y cinco, y entró en Goa con una pompa muy semejante á un triunfo romano. Disponiéndose Mascareñas para restituirse á Portugal, le envió el virrey por sucesor á Luis Falcaon, hombre valeroso, y muy experto en la milicia. Despues de esta victoria, hicieron los portugueses muchos daños al Rey de Cambaya, en castigo de haberles movido la guerra, habiéndole destruido las ciudades marítimas, incendiándole sus navíos, y causándole todo género de molestias.

Por este tiempo intentó el Rey de Achem invadir á Malaca, pero con desgracia, pues los portugueses con muy pequeñas fuerzas se apoderaron de su armada. Habia infundido San Francisco Xavier mucho ánimo al pueblo en sus sermones, dándole esperanza de vencer; y habiendo profetizado la victoria, marcharon alegres contra el enemigo, y pelearon felizmente. El sucesor de Galvan en el gobierno de las Molucas habia trastornado el buen orden que aquel dexó establecido, y envió preso á la India al Reyezuelo Cacil. Pero el virrey Castro se instruyó de la causa, y hallándole inocente, le envió libre á las Molucas, con cuya ofensa, y con el dolor que le causó la muerte de su madre, vivió siempre enemigo de los portugueses, y les hizo todos los daños posibles. Su hijo que le sucedió en el reyno, heredó tambien el odio paterno, y aun se mostró mucho mas implacable con ellos.

En Aden ciudad de la Arabia tuvieron los portugueses un desgraciado suceso, mas por la cobardía

de su capitan Payo de Noroña, que por lo adverso de la fortuna. Acudió allí prontamente Alvaro de Castro para borrar esta ignominia; pero mientras se esforzaba á lavar con poca sangre la anterior mancha, se precipitó con temeridad juvenil en una calamidad mucho mas grande. Tenian el castillo de Xael treinta turcos, y determinó tomarle por fuerza, sin haberles querido admitir ninguna de las condiciones que le proponian, y experimentó muy á costa suya, que aquellos á quienes despreció con arrogancia quando se le entregaban voluntariamente, eran hombres muy valerosos; pues peleando como desesperados, le mataron muchos de los suyos con increible dolor del Virrey su padre. Este pues, cayó enfermo de allí á poco, y habiéndose dispuesto christianamente con el socorro de San Francisco Xavier, que le asistió en su última hora, falleció el año de mil quinientos quarenta y ocho. Su cuerpo fue depositado en San Francisco, y llevado á Portugal en los años siguientes. No me ha parecido referir aquí todas sus heróycas hazañas, porque pueden leerse en la vida de este varon insigne publicada por Jacinto Freire. Abrióse la cédula real, y se halló declarado sucesor García de Salas, hombre de mucha edad, el qual tomó luego posesion del mando.

En este año consiguieron victorias los portugueses en el remoto imperio de la Persia, y con grande gloria de la nacion española, enarbolaron en todo el orbe sus triunfantes banderas. Thamas Rey poderosísimo de los persas venció y derrotó en batalla á Eleas su hermano, que intentaba quitarle el reyno. Soliman, á quien se habia refugiado el vencido para pedirle socorros, no queriendo perder la buena ocasion que se le presentaba de extender su imperio, comenzó á disponer la guerra contra el Rey de Persia, con

el designio de adquirir por premio de la victoria el reyno de que se disputaba, segun la máxima de aquellos príncipes, que en la defensa de las causas agenas solo buscan su interés propio. Juntó pues un grande exército, que se componia de sesenta mil caballos, y ciento y veinte y seis mil infantes, y se puso en marcha al Oriente con su hijo Selim. El Rey de Persia para resistir á tantas fuerzas, pidió socorro á los portugueses, con cuyo valor y pericia militar, y con el auxilio de su artillería, en cuyo manejo estaban poco diestros los persas, confiaba poder hacer frente al Otomano. Pasaron de la India á la Persia tres mil portugueses endurecidos en muchas batallas, llevando consigo veinte cañones de artillería, para confirmar en los ánimos de aquella gente la fama que habian adquirido con tantas victorias. Hallábanse acampados en las márgenes del Euphrates en un parage elevado, y su número llegaba á cien mil, la mayor parte de caballería segun la costumbre de la nacion, y la infantería portuguesa ocupó otro lugar separado. Los otomanos fueron acercándose, sin pensar en otra cosa que en la victoria y en la presa: era imposible mantener la tropa, porque todos los contornos por espacio de muchas millas estaban arrasados, y era necesario abrirse camino con la espada, y aventurarse á la fortuna de la batalla. Los portugueses hicieron muchas minas en todo su campo, y las llenaron de gran cantidad de pólvora para vencer con este ardid á unos enemigos, cuya multitud los hacia tan superiores. Tuvieron algunos pequeños combates con favorable suceso, lo qual les infundia esperanza de conseguir la principal victoria. y indignados de esto los turcos, los acometen en gran número con feroz ímpetu. Los portugueses por el contrario fingiendo haber cobrado miedo, ceden su

puesto, para que atraido el enemigo, pudiesen hacer en él el premeditado estrago. Inmediatamente pusieron fuego á las minas, y rompiendo las llamas por baxo de los pies, disiparon los esquadrones enemigos con horrendo estrago. Acometieron los portugueses á los que estaban atónitos, y llenos de temor con tan inesperado suceso, mientras que por otra parte sostenian los persas la batalla, haciendo gran mortandad en los turcos, que ni podian retirarse, ni ponerse en orden para pelear; pero habiendo sobrevenido la noche, cesaron los persas de herir y matar. Fueron muertos mas de cien mil del exército de Soliman, y se dice que él mismo escapó herido con Selim su hijo. El resto de las tropas pereció con las enfermedades, el hambre, y lo largo del camino, y muy pocos volvieron á Constantinopla con su general. Con esta victoria adquirió gran lustre el nombre portugues en todos los pueblos situados entre el Ganges y el Indo. Los pequeños esquadrones portugueses eran tan apreciados de los príncipes de aquellas naciones, que hacen la guerra con infinita multitud de hombres y elefantes, que el que conseguia su auxîlio, estaba seguro de que no le abandonaria la victoria.

CAPITULO XI.

El príncipe don Felipe es jurado sucesor de los estados de Flandes. Muerte de Paulo III, y eleccion de Julio III. Expedicion de los imperiales á la ciudad de Africa.

Prevenidas todas las cosas para la inauguracion del príncipe don Felipe, fue proclamado sucesor de su padre en los estados de Flandes. Despues de lo qual, comenzando por Lovayna, visitó las principa-

les ciudades, las quales le prestaron el juramento de fidelidad con admirable gozo y complacencia de todos sus habitantes. Pasó á la Zelandia, que en otro tiempo ocuparon los pueblos Toxandros, sujetados por Lavino teniente del César, y los vecinos de su distrito le reconocieron del mismo modo, siéndoles confirmadas sus inmunidades. Empleó el príncipe un mes entero en visitar las provincias, para atraerse y conciliarse el amor y benevolencia de los flamencos, y habiéndole obsequiado los pueblos con un considerable donativo, cuya mayor parte expendió liberalmente entre pobres y necesitados, se restituyó á Bruselas á gozar de los espectáculos que le tenian prevenidos en señal de su amor y respeto. Pero la alegria de estas fiestas fue turbada con una nueva calamidad por la inconstante condicion de la humana fortuna; pues ademas de la enfermedad del César, que le tenia postrado en la cama, la noticia que por este tiempo vino de la muerte del Pontífice, lo trastornó todo. Habia fallecido el dia diez de noviembre á la edad de ochenta y un años, no tanto de enfermedad, quanto de tristeza y afliccion por sus desgracias domésticas. Fue muy amante de la justicia, y muy zeloso en mantener la paz de la Italia. Tenia al parecer mas inclinacion al Frances, pero en público era mas obsequioso del César, aunque no era adicto ni á uno ni á otro. Entre las demas virtudes que le adornaban, no le faltaron las que requiere el arte de reynar. Favoreció mucho las letras, y sobre todo el estudio de las matemáticas; por lo qual Nicolás Copérnico le dedicó sus libros de las revoluciones de los orbes celestes, condenados despues por su absurda doctrina del triple movimiento de la tierra, repugnante á las sagradas escrituras. Su muerte hubiera causado mayor sentimiento, si hubiese tenido menos codicia de engran-

decer al hijo y al sobrino, separando á este fin del dominio pontificio el principado de Parma y Plasencia. El dia siete de febrero del año siguiente de mil 1550.
quinientos cincuenta fue electo en su lugar el cardenal Juan María del Monte, que tomó el nombre de Julio III. Celebróse en Roma el jubileo con extraordinaria concurrencia de gentes, la que produxo escasez, y despues hambre; y en el mismo año fue afligida la Italia con la falta de lluvias.

Deseoso el César de restablecer la tranquilidad de Alemania, que aun estaba alterada, se puso en marcha para Ausbourg, donde habia convocado la dieta, acompañándole su hijo don Felipe, sus hermanos, y el de Saxonia. Antes de su partida publicó un severísimo edicto contra los hereges, que se introducian en Flandes, porque ocupaba principalmente su ánimo el negocio de la religion. Los príncipes protestantes se negaban temerariamente á cumplir la palabra que habian dado en la dieta anterior, y sobre todo Mauricio, el que despues de haberle colmado el César de tantos beneficios, y casádole con la hija de su hermano, declaró estar resuelto á no asistir á la dieta, ni obedecer los decretos del concilio de Trento, si no se daba libre potestad á los teólogos protestantes para decidir en él con los obispos, cediendo el Papa el derecho de la suprema presidencia, que creian injustamente usurpada. Tampoco les agradaba mucho la fórmula de doctrina llamada Interim en que habian convenido, y que habia sido compuesta por los teólogos Fulgio, Helding y Agrícola, la que tambien disgustaba á los católicos, por lo qual fue abandonada y despreciada enteramente. Ademas, no podian convenir entre sí los hereges por sus opuestas opiniones, sin que hubiese esperanza de reducirlos á concordia; pues sus áni-

mos se hallaban muy irritados con los escritos injuriosos con que mútuamente se hacian la guerra. Por estos y otros motivos semejantes no produxeron efecto los grandes esfuerzos que hizo el César para componer estas discordias. Sin embargo no fueron del todo inútiles, pues arrojó de allí y de toda la Suevia á los predicantes y maestros, que inficionados del veneno de la heregía procuraban propagarla. Decretóse en esta dieta que se diesen socorros á don Fernando contra los turcos: que se declarase guerra á los proscriptos que persistiesen en su contumacia, y que el César fuese árbitro para componer las disputas acerca de la religion. Hízose la guerra por largo tiempo contra los de Magdeburgo, la qual duró todo el año siguiente, baxo el mando de los electores Mauricio y Joaquin. Por este tiempo murió en Ausbourg Perenoto Granvela, que despues de Gatinara obtuvo en la corte por espacio de veinte años la dignidad de primer secretario de estado, y confidente del César. Sucedióle en el ministerio Antonio su hijo obispo de Arras, y despues cardenal, que desde la edad juvenil, y en vida de su padre se hizo muy recomendable por su consumada prudencia.

Revolvia el César en su ánimo el proyecto de trasladar en don Felipe su hijo el imperio germánico con todos los demas reynos, porque preveia que una nacion tan fuerte como la Alemana solo podia contenerla en su deber un príncipe poderosísimo, por lo qual convenia al bien público señalar sucesor á don Fernando, y habia descubierto su pensamiento á algunos pocos de sus parientes, á fin de explorar sus intenciones. Doña María muger de talento varonil, y enseñada por la experiencia, que es la mejor maestra de las cosas, era del mismo dictámen. No faltaban otros, que favorecian á don Felipe, y

á la verdad todos los hombres que conocian los intereses sólidos del estado, deseaban que se formase un grande imperio. Para esto alegaban muchas causas, ademas de la contumacia de Alemania, conviene á saber, la emulacion de la Francia contra el poder Austriaco, la necesidad de resistir al Turco, tan formidable al orbe christiano, y finalmente las discordias de religion, que por todas partes hacian mucho estrago, y no podian reprimirse sin grandes fuerzas. Aunque todo esto se trataba con mucho secreto, llegó no obstante á oidos de don Fernando, y es indecible la indignacion que causó en su ánimo. Porque no podia tolerar que fuese despojado su hijo de la esperanza del imperio, en la que habia sido educado, y la que no habia desmerecido. Por esto pues llamó á Maximiliano, que desde lo interior de España llegó hasta el centro de Alemania en quarenta dias de viage. Con su venida mudaron de aspecto las cosas, y se opuso con fuertes razones á los intentos de don Felipe, que todo lo queria atraher á sí, no sin agravio de don Fernando y de su hijo, que por el comun vicio de los mortales, deseaban mucho mas quanto mas tenian. Pero el César para no alejar de sí á una parte de la familia austriaca, si se obstinase en llevar adelante un negocio implicado en tantas dificultades, desistió de su intento, y todo se quedó en palabras.

Habia llevado consigo Maximiliano á Buazon, que despojado de su reyno por el Xerife tirano de Fez, imploraba los socorros del César para recuperarlo. Pero habiéndole hallado algo duro en concedérselos, se volvió á España para pedirlos al Portugues, con grave daño suyo. En este año habia perecido en Constantinopla de una disenteria Aradino Barbarroxa en edad muy avanzada. Despues de él se propuso infes-

tar los mares el pirata Dragut, natural de una pequeña aldea de la isla de Rodas, con mucho terror y estrago del pueblo christiano, al que tenia un odio inmortal, sin embargo de que Juanetin Doria le habia dado libertad á costa de una corta suma. Para tener un refugio oportuno en los lances adversos, se habia apoderado de la ciudad de Africa cerca de Meninge, situada sobre un escollo en la costa de Africa en forma de península, y la habia fortificado con una guarnicion, dexando en ella por gobernador al hijo de su hermano Isa. Mandó el César que Doria fuese á arrojar á los piratas de aquella guarida, y éste con las galeras de Toscana, del Pontífice y de Nápoles vino á Sicilia, donde se le juntaron las de Malta. Desde allí pasó Doria á las costas de Africa, donde hizo muchos daños, tomando y saqueando varios pueblos como preludio de otra mayor empresa. Prevenidas ya todas las cosas, se embarcó don Juan de Vega virrey de Sicilia en la armada que tenia junta en Trepani, llevando consigo á Muley Asen, y su hijo Bucar, que podian ser útiles en aquella expedicion. Esta armada llegó á la costa de Africa, y en una noche que hacia luna clara, desembarcaron con mucho orden los soldados, mandados por el general don Juan Osorio, y rechazando á los bárbaros que les salian al encuentro, fortificaron su campo.

Excitados los alárabes con la fama de la llegada de Muley Asen, acudieron al momento, y habiendo hablado con él, le ofreciéron víveres, y guardarle las espaldas, dando á Bucar por fiador de su palabra, la que cumplieron fielmente por el odio que tenian á los piratas. Despues de haber derribado una parte del muro, se disponia Vega á dar el asalto, que sin duda hubiera sido muy funesto, si un cautivo que se escapó por la noche, no le hubiese prevenido que

el foso estaba guarnecido por dentro de estacas puntiagudas, y cubierto de céspedes para engañar á los que lo miraban. Por tanto mandó trasladar la artillería á distinto parage, para disponer nuevo asalto, y envió parte de la armada para conducir otras tropas, y todo lo demas necesario á la empresa. Entretanto acometió á Muley Asen una calentura mortal, y estando para morir, dixo á los que le asistian. «Alegre y contento salgo de esta vida, porque muero en »mi patria y en mi reyno, y porque veo que mis súbditos rebeldes pagan la pena merecida á manos de »sus enemigos." Dicho esto espiró, y su cuerpo colocado en una arca fue llevado por orden de su hijo á Curubi, donde se le dió sepultura.

Entretanto Dragut, habiendo causado y padecido muchos daños en otros lugares, y penetrado extraordinariamente con la triste nueva que recibió de que se hallaba combatida la ciudad de Africa, voló prontamente á socorrer á los suyos. Desembarcó en la costa, y al momento marchó contra los españoles, para acometerlos descuidados, los quales estaban haciendo leña, y con efecto trabó pelea con ellos el dia del apóstol Santiago; pero intentó en vano socorrer á los sitiados, y perdida esta esperanza, se volvió por donde habia venido á sus naves. Debióse á la fidelidad de los alárabes el no haber recibido daño alguno, pues avisaron con anticipacion la llegada de los enemigos. Al mismo tiempo fue conducido en las galeras un fuerte esquadron de soldados españoles, y por mar y tierra se batieron con mayor ímpetu las murallas, y esperaban destruirlas con el auxilio de una máquina que inventó García, y se manejaba desde los navíos. Dióse el asalto por una parte y otra el dia diez de septiembre. Los españoles y los malteses, á quienes mandaban Fernando Lobo

y Bernardo Guimerá, acometieron los primeros por medio del agua, que les llegaba hasta la cintura, habiendo perdido mas de cien compañeros, y fue herido Lobo antes que llegasen á la brecha del muro, y superada ésta por encima de los cadáveres de los suyos, y de los enemigos, se suscitó una atroz pelea en las calles y las plazas. Rompiendo despues por tierra don Fernando de Toledo con un valeroso esquadron, penetró hasta la plaza principal, donde recibiendo una herida, le sacaron de entre los enemigos, y espiró inmediatamente. Conduxo don García el tercer esquadron, y Doria acudió tambien con los marineros, para socorrer á los que estaban tan apurados en la plaza, donde se peleaba con el mayor encarnizamiento. No se veia otra cosa que muertes y estragos, y solo se oia el ruido de las armas, las voces de los que exhortaban, y los gemidos de los que caian. Al mismo tiempo las mugeres procuraban con igual esfuerzo detener la victoria, tirando desde lo alto de las casas piedras, maderos, y todo lo que les suministraba la ira y el furor. Cerca de la mezquita les salió al encuentro inesperadamente otro esquadron mezclado de caballería: levantaron el grito los españoles, y reuniendo todas sus fuerzas, le acometieron y pusieron en fuga, no pudiendo ya los bárbaros resistir por mas tiempo el terror que les infundia el soldado español. Finalmente se tomó la ciudad, y se recogió un botin muy considerable, que fue repartido entre las tropas. Perecieron mil y doscientos de los enemigos, y nueve mil quedaron cautivos. De los christianos murieron quatrocientos, y fue algo mayor el número de los heridos. Despues de lo qual rompieron las puertas de las mazmorras, y fueron puestos en libertad los cautivos, disponiendo el virrey que todos se restituyesen á su patria. La

mezquita de Mahoma fue purificada y dedicada á San Juan. En la ciudad quedó una guarnicion de mil y quinientos soldados, baxo el mando de don Alvaro, hijo del virrey, y despues de haber recogido la presa, se retiraron de alli los vencedores á diversas partes. Consternado Dragut con tan grave pérdida, dió noticia de todo á Soliman, y imploró su auxilio. Inmediatamente dirigió este príncipe cartas al César, y á don Fernando, en que se quejaba de que habian quebrantado las treguas, amenazándoles que les haria la guerra, si no restituian fielmente todo lo que habian tomado á Dragut. A lo qual respondió el César: «Que los piratas no estaban comprendidos en »las treguas de los Reyes. Que ademas la guerra se »habia hecho en Africa, donde Soliman no tenia de»recho alguno, y que por esto no debia restituir la »ciudad, que habia conquistado en la guerra." Irritado el Otomano con esta respuesta, rompió las treguas, y puso en movimiento sus armas por mar y tierra en el año siguiente.

En este año acaeció en Granada la feliz muerte de San Juan de Dios el dia ocho de marzo, á los cincuenta y cinco años de su edad, habiéndose extendido por muchas partes del orbe christiano el caritativo instituto de hospitalidad que habia fundado con gran beneficio de las almas y de los cuerpos. Nació en Portugal, y habiendo oido en Andalucía los sermones del venerable padre Juan de Avila, insigne predicador de aquellos tiempos se convirtió á mejor vida, y aprovechó tanto en todo género de virtudes, que el Papa Alexandro VIII le colocó en el número de los Santos. El dia veinte y cinco de octubre falleció en Valencia el virrey don Fernando de Aragon, hijo del Rey Fadrique de Nápoles, sin haber tenido sucesion alguna en Ursula Germana, la

qual habia fallecido catorce años antes el dia diez y siete de octubre en Liria, pueblo célebre del territorio de Valencia, en un colegio, ó recogimiento de mugeres nobles, que se dedican á obras de piedad. Ambos cuerpos fueron sepultados baxo del altar mayor del magnífico templo del monasterio de religiosos Gerónimos, que quatro años antes habia empezado á edificar don Fernando, extramuros de Valencia, con el título de San Miguel de los Reyes, el que procuró enriquecer, instituyéndole su heredero aun de las cosas que habian quedado en Nápoles. En este año concedió perpétuamente el Papa Julio III al Rey don Juan de Portugal y sus sucesores el maestrazgo de las Ordenes Militares, que el Papa Adriano le habia concedido por tiempo limitado.

CAPITULO XII.

Guerra de Italia entre el César y el Rey de Francia. Hácenla al César los príncipes confederados de Flandes.

Concluida la guerra de Ausburg el dia trece de
1551. febrero de este año de mil quinientos y cincuenta y uno, comenzó á tranquilizarse en apariencia la Alemania, disimulando el César todo lo posible, para que no volviesen á las armas en un tiempo tan importuno en que se hallaba amenazado por el Frances y por el Turco. Unos y otros se temian recíprocamente. A los protestantes que acababan de salir de una guerra tan infausta, les aterraban las vencedoras armas del César, y éste no queria embarazarse en muchas guerras á un mismo tiempo, hallándose ya en edad avanzada, falto de salud, y con poca esperanza de reducir los ánimos á su deber por la fuer-

za. Y aunque á la verdad tenia justas causas de enojo, le pareció conveniente al bien comun abstenerse por ahora de la guerra, para que tomándose tiempo hubiese lugar á nuevas reflexiones.

En este año acaecieron algunas pérdidas. Al principio de la primavera partió Doria con una armada para llevar víveres á la ciudad de Africa, y noticioso de que Dragut tenia fondeada su armada entre la isla de Gelves y el continente de Africa, se puso inmediatamente á la vela para acometerle, y ocupó la embocadura del Golfo. Pero entretanto que el genoves hacia varias maniobras, para que no se le escapase el pirata, abrió éste en el espacio de diez dias un canal entre el continente y la isla (tanto pudo el contínuo trabajo de dos mil esclavos) y trasladó á otra parte sus naves. Habiéndose escapado de esta suerte, le salió al encuentro la nave Vice-Almiranta de Sicilia, de la qual se apoderó, y á Bucar que iba en ella le puso al remo. Y para que en lo sucesivo no pudiese suscitar ninguna inquietud en Africa, por el deseo de recuperar el reyno de su padre, le envió á Constantinopla, donde acabó su vida miserable en una prision. Viéndose Doria burlado por el bárbaro, se volvió á Génova muy triste, y habiendo recibido en sus galeras á los príncipes don Felipe y Maximiliano para conducirlos á España, acompañados del duque de Alba, arribó á Barcelona con felicísima navegacion. Antonio Doria salió temerariamente al mar con su armada, en tiempo muy revuelto, y naufragó en Lampadusa. Perecieron ocho galeras con mil y quinientos hombres, y consiguió salvar su vida con mucho trabajo. Procuró Vega, á costa de grandes esfuerzos, sacar del mar quarenta cañones de artillería de bronce.

Entretanto Octavio Farnesio, temeroso de los es-

pañoles que estaban de guarnicion en Plasencia, y desconfiando de la buena voluntad del César, suplicó al Pontífice que le socorriera, si queria que permaneciese su feudatario. Pero le respondió que su pobreza no se lo permitia, concediéndole solo que cuidase de sus cosas como mejor le pareciese. Frustrado Farnesio de esta esperanza, dirigió sus miras al Frances, valiéndose para esto de Horacio su hermano, que era muy favorecido suyo. El Rey Enrique que deseaba fixar el pie en Italia, escuchó con mucho agrado las súplicas de Farnesio, á quien él hubiera rogado, si antes no le hubiese ganado por la mano. Inmediatamente fue introducida en Parma una guarnicion francesa, y llevándolo á mal el Pontífice, persuadido de que no debia hacerse sin su noticia, llamó á Octavio á Roma como su feudatario, para que respondiese de este cargo. Negóse á obedecerle, por lo qual le proscribió el Papa, y trató con el César de recuperar á Parma, á fin de darle satisfaccion, pues le tenia por cómplice de esta culpa. Para disculparse Farnesio con el Pontífice, que se hallaba tan irritado, le fatigó en vano con embaxadas. Tambien Enrique procuró con suaves consejos disuadirle de la guerra, pero todo fue inútil, y de este modo se encendió en Italia una nueva guerra, al mismo tiempo que el Frances disponia otra mucho mas formidable contra Flandes y Alemania. Apresuróse Enrique á hacer alianza con Mauricio y otros príncipes, la que ellos por su parte le habian ofrecido antes, á fin de obtener por fuerza la libertad del Landgrave de Hesse, ya que con súplicas y ruegos no habian podido alcanzarla del César. Para molestar mas gravemente á éste, renovó con Soliman la amistad que con él habia tenido su padre, y con su armada infestó el mar, y llenó de terror las cos-

tas de Italia, no dexando sin mover cosa alguna, que conduxese á la ruina de su enemigo; y para dilatar sus propios dominios, tomó el especioso título de vengador de la libertad Germánica. Como se habia criado desde la cuna en las guerras, y en el odio contra el César, de ningun modo podia sufrir el ocio. Añadíase á esto el ardor juvenil, y el deseo de adquirir gloria, cuyos incentivos, aun quando no hubiese causa alguna para la guerra, eran suficientes para moverle á tomar las armas con qualquier leve pretexto, como se vió en la guerra de Parma, la que se dice suscitó en obsequio de Diana su hija bastarda, que mucho tiempo antes habia casado con Horacio. Y como ordinariamente las guerras estan unidas y enlazadas unas con otras, y movidas una vez las cosas, no pueden permanecer en un mismo punto, se siguieron tiempos mucho mas belicosos y revueltos que los anteriores. Dióse desde luego orden á Therme general de los franceses, para juntar un exército en la Mirándula: Gonzaga con las tropas que pudo recoger en la Lombardía, acudió al tumulto, y tomando á Verceli, sitió á Parma, y Vitelio con las del Pontífice á la Mirándula. Entretanto envió el Frances á Carlos Brisac, hombre no menos prudente que valeroso, para que cuidase del Piamonte, y habiendo juntado secretamente un poderoso exército, acometió á las ciudades que se hallaban desguarnecidas, y tomó en un momento á Quierasco, despues á San Damian, y finalmente á Chieri; dexando en libertad á un corto número de italianos, que se entregaron con vergonzosas condiciones. Acudió alli prontamente Gonzaga para oponerse al ímpetu de los franceses, dexando en el campo á Mariñan. Mientras tanto se abstuvo éste de acometer á una ciudad tan fortificada, porque sus fuerzas eran

muy desiguales, á causa de haberse llevado consigo Gonzaga las mejores tropas, pero impedia la entrada de víveres, á fin de obligar á Octavio á entregarse por la necesidad, y por la molestia de tan prolixo encierro. En la Mirándula no hubo cosa memorable, á excepcion de algunos ligeros combates, en que vencieron las tropas del Pontífice. En el Piamonte se tomaron algunos pueblos fortificados, por el valor y diligencia de Magi y Sande, los quales resarcieron los daños que habian hecho los franceses. De este modo una centella de guerra arrojada en Italia, vino á suscitar un formidable incendio.

No tardó mucho tiempo en comunicarse á Flandes, habiendo tenido principio por la presa de nueve buques mercantes, que con vergonzoso fraude tomaron los franceses á los flamencos, que se hallaban seguros de la paz. Irritada de este agravio la gobernadora doña María, mandó al punto confiscar todas las mercaderías de aquella nacion, en recompensa del daño, y la declaró la guerra. Pidió inmediatamente dinero á las ciudades, y envió con tropas á Reux y Rosen al territorio enemigo. Estos pues, executaron puntualmente sus órdenes, y asolaron con los estragos de la guerra todos aquellos contornos. Trabaron combate con el duque de Nevers, que quedó derrotado, y no atreviéndose el de Vandoma, que recorria la provincia de Hainault, á hacer frente á un enemigo tan fuerte, con la noticia que tuvo de su venida, se retiró á los puestos fortificados. Finalmente despues de haberse hecho unos y otros muchos daños, cesó la guerra, y se retiraron las tropas á quarteles de invierno.

Luego que entró el estío llegó al Faro de Mecina Sinan, uno de los grandes de Constantinopla, con una poderosa armada; y habiendo enviado á Vega un

rey de armas, se quejó del rompimiento de las treguas, y pidió le restituyera la ciudad de Africa, y todo lo demas que habia tomado en aquella expedicion; y como aquel se resistiese á ello, le declaró la guerra, y al momento comenzó á hacérsela. Pasó el Turco á Siracusa, donde causó mas terror que daño; expugnó y saqueó la fortaleza de Gozo, y se llevó cautivos á todos sus habitantes. Tomó despues á Trípoli, menos por su esfuerzo que por la cobardía de Gaspar Valiere, gobernador frances, y fueron muertos, y hechos prisioneros muchos de los que se entregaron, faltándoles á la palabra que se les habia dado, y quedando únicamente libres doscientos hombres, la mayor parte franceses, y algunos nobles españoles. Otro frances que defendia la torre que domina al puerto, no fiándose en el infiel bárbaro, se embarcó en un pequeño navío con sus compañeros; y fue á ponerse baxo la proteccion de Gabriel Aramont, embaxador del Rey Enrique, que se hallaba en la esquadra de Sinan. Perdióse Trípoli despues de quarenta y un años que Pedro Navarro, baxo los auspicios del Rey católico don Fernando, la habia tomado á los alárabes. Esta desgracia atraxo grande odio al nombre frances, á causa de que el embaxador del Rey de Francia se halló en la expedicion, y el gobernador frances se habia apresurado á hacer una vergonzosa entrega, á pesar de la oposicion de los españoles; y porque el Rey christianísimo habia juntado sus armas con las del Turco, contra la milicia de Malta, tan benemérita de todos los fieles. Pero Augusto Tuano refuta sólidamente estas acusaciones con documentos, y razones poderosas.

La guerra de Magdeburgo la continuaba Mauricio, hombre astuto y artificioso, que se hallaba muy irritado contra el César, por no haber dado libertad

al Landgrave de Hesse. Mas de una vez se concedieron treguas á los sitiados, y señaladas y rechazadas las condiciones de la paz, se sujetaron al fin á la entrega, la que hicieron el dia diez y siete de diciembre, habiendo sido multados en ciento y cincuenta mil escudos, y doce cañones de grueso calibre, si damos crédito á Sandoval que es el mas liberal entre todos los historiadores, pues los demas solo dicen habérseles exigido cincuenta mil escudos con título de multa.

Por este tiempo infestaba los mares Leon Strozi con la armada francesa, mientras que Doria se disponia para conducir de España al príncipe Maximiliano; y habiendo embarcado el duque de Alba, á quien mandó el César que marchase prontamente para reclutar tropas, se hizo á la vela sin llevar en sus galeras mas gente que la necesaria á la navegacion, á fin de que hubiese mayor buque para transportar la régia comitiva, ademas de que aun no habia dado el Frances señal alguna de enemistad con el César. Arribó Doria á Villafranca, obligado de los vientos contrarios, y tuvo aviso de que le habian armado una emboscada, y asegurado de ser cierto, juntó á su armada tres galeras de la Toscana, y llenó las suyas de soldados para ocurrir á qualquiera encuentro. Pero viendo Strozi frustrados sus deseos, se retiró á la parte opuesta del cabo de Circelo, donde se habia escondido para interceptar la armada genovesa, y navegó á las costas de España, con la esperanza de hacer prisionero á Maximiliano, si por ventura, impaciente de la tardanza del Genovés, no quisiese aguardarle, y se embarcase para Italia en las galeras españolas, que eran pocas. Con la codicia de una presa tan importante, llegó hasta Barcelona, y no habiendo encontrado cosa alguna, llenó de un vano ter-

ror con el ruido de su artillería á la multitud que habia salido de la ciudad. Apoderóse Strozi de dos galeras, que fue todo el fruto de su expedicion, y se volvió á Francia. Despues de esto llegó Doria, y habiendo recibido á Maximiliano con su esposa, y sus dos hijas doña Ana y doña María, los conduxo á Génova. Desde allí partieron á Trento, y fueron recibidos honoríficamente por los embaxadores de los príncipes, y por los Padres del concilio, que á peticion del César habia vuelto á congregarse. El cardenal Madruci, y los magistrados los obsequiaron con dones y regalos, y finalmente llegaron á Inspruk, donde los recibió el César con muchas muestras de amor.

Concluida la guerra de Magdeburgo, despidió Mauricio sus tropas, las quales recogió Augusto su hermano, para poner en libertad al Landgrave, y se les juntaron otras de los príncipes confederados. Estando determinados sus hijos, y Mauricio su yerno, á sacarle de la prision, ya fuese por medios suaves ó violentos, enviaron embaxadores al César, suplicándole que le pusiese en libertad. Pero el César se negó á estas súplicas, dándoles por respuesta. «Que »solo en la dieta de los príncipes debia tratarse de la »libertad de los prisioneros: y que para lo sucesivo »debia mirarse por la seguridad de Alemania, para »que no se renovasen otra vez las anteriores turbu»lencias." No es posible ponderar lo mucho que irritó esta respuesta del César á Mauricio, que miraba comprometido su honor; porque deseoso de reconciliar al Landgrave con el César, le habia ofrecido privadamente que no seria muy larga su prision, con tal que quisiese mas bien experimentar la clemencia, que la fuerza del vencedor. Así pues, para cumplir la palabra que le tenia dada, se apresuró á tentar la

fortuna de la guerra, prefiriendo el mandar al pedir. El César, aunque acostumbrado á descubrir con gran sagacidad los mas secretos arcanos, no habia penetrado hasta entonces los ocultos designios de Mauricio; ó si algo se habia divulgado, tal vez no le dió crédito; pero quando llegó á sus oidos el rumor y estruendo de las armas, para que no creciese el mal con el descuido, hizo llamar á Mauricio. Este á fin de engañar al César, envió delante algunos criados que le previniesen casa en Inspruk, y mudando de camino pasó á Linz, donde se hallaba don Fernando, que se habia ofrecido por medianero para componer este negocio. Mas como pedia otras muchas cosas, ademas de la libertad del Landgrave, las que el César no podia conceder sin menoscabo de la magestad imperial, se reservó la decision á la dieta de los príncipes, que debia tenerse el dia veinte y seis de mayo
1552. del año de mil quinientos cincuenta y dos. Pero no pudiendo los confederados sufrir esta dilacion, acometieron inmediatamente á la Suevia, exigieron por fuerza dinero á las ciudades, se apoderaron de la artillería, y trastornaron todo lo que habia establecido el César. Resistióles Ulma, habiéndoles cerrado las puertas: pero despues de sacar á sus habitantes una suma de diez y ocho mil escudos, se retiraron de allí, y marcharon á grandes jornadas para oprimir en los Alpes al César, que se hallaba muy descuidado. Vencieron las angosturas de la entrada con la muerte y fuga de los que las defendian: y sitiando con parte de sus tropas á Ereberg, que era el único que los detenia, se aceleró el César á llegar á Inspruk, con el resto de las tropas.

Enseñado éste por la experiencia de que todas las desgracias se remedian con el tiempo, viendo tan cerca á los enemigos, se puso en camino acelera-

damente y como fugitivo, con don Fernando, que habia venido á tratar con él sobre este negocio, y con todos sus cortesanos, en lo mas profundo de la noche, con tiempo muy crudo, y hallándose enfermo, lo qual fue una gran victoria que consiguió de su ánimo invicto. En la misma priesa de su marcha dió libertad al duque de Saxonia, al quinto año de su prision, á fin de precaver que no consiguiese esta gracia de la mano de sus enemigos. Pero éste que tenia un ánimo generoso, siguió al César en su partida, para que no pareciese que le abandonaba en tan grande calamidad. Otros interpretan que le obligó á esto el miedo, para no caer en manos de Mauricio, aprovechándose de esta ocasion, que le presentaba la fortuna para ponerse en salvo. Llegaron los enemigos á Inspruk, y desesperando de alcanzar en el camino al César, que con tanta celeridad se les habia escapado, y que hizo romper los puentes de los rios despues de haberlos pasado, regresaron á la ciudad, y se apoderaron de sus equipages; pero cuidaron los príncipes de que no se tocase á los bienes de don Fernando, y de los ciudadanos. Continuó el César su marcha, y luego que llegó á Villak, ciudad del dominio austriaco, situada cerca del rio Drava, en los confines de Austria, le salió al encuentro un embaxador de Venecia con víveres y municiones, y una escolta de caballos, y aunque al principio, viendo aquella tropa armada, temió alguna invasion enemiga, manifestó despues al embaxador, que le ofrecia todo género de auxilios, su agradecimiento á la buena voluntad del senado. Los príncipes conjurados se volvieron por el mismo camino que habian venido, y finalmente se juntaron en Passau para tratar del negocio de la paz, que se habia interrumpido, y en él trabajó mucho don Fernando, pero

sus tropas rodearon á Francfort, que estaba defendida con una fuerte guarnicion.

Al mismo tiempo resonaba el ruido de las armas en diversos parages de la Alemania, siguiendo unos la fortuna del César, y otros el partido de los conjurados; quando Enrique para colmo de los males, puso en marcha sus tropas, como estaba convenido, enviando delante al condestable Monmorenci, que despues de la muerte del Rey Francisco habia vuelto á la corte. Este pues, habiéndose apoderado de Toul, ciudad imperial, ocupó fácilmente á Metz en la Lorena, con el favor de la plebe, siempre deseosa de novedades, y despues á Nanci, con quasi toda la provincia. Y habiéndole seguido Enrique con las demas tropas, arrancó al jóven Carlos de los brazos de su madre Christina, hija de una hermana del César, que antes estuvo casada con Esforcia, y mandó que fuese llevado á Francia para educarle en compañía del delfin, confiriendo el gobierno del principado al conde de Vademont su tio, porque desconfiaba de Christina, que tenia mucha inclinacion al César.

Por este tiempo, cansado ya el Pontífice de la guerra de Parma, volvió á hacer la paz con Enrique por mediacion de los cardenales, habiendo recibido á Octavio en su gracia, sin contar en nada con el César, quien ademas de los socorros, le habia prestado doscientos mil escudos. Sin embargo no quedó sin castigo el haber levantado aquel incendio, pues en un combate cerca de la Mirándula, fue muerto Juan del Monte, hijo de su hermano, en el mismo dia en que se concertó la paz. Añadíase á los cuidados del César la precipitada resolucion del príncipe de Salerno, que irritado de las injurias del virrey de Nápoles Toledo, y deseoso de novedades, se habia pasado al Frances. Entre las muchas molestias que le rodea-

ban, le dolia sobre todo el ver las armas francesas introducidas en el centro de Alemania. Habíanse apoderado de Haguenau y Wessemburgo, aunque intentaron en vano tomar á Treveris y Strasburgo, á cuyo tiempo los embaxadores de los príncipes confederados se presentaron al Rey que meditaba mayores empresas, suplicándole se abstuviese de hacer daño alguno, y perdonase á la inocente multitud, pues ya se hallaban las cosas muy próximas á componerse, estando el César inclinado á admitir los partidos mas suaves. El Rey, aunque gravemente conmovido con esta nueva, disimuló los sentimientos de su ánimo, y se congratuló con los príncipes, ofreciéndoles benignamente su auxîlio, quando le necesitasen para defender la libertad de Alemania. Despues de esto, habiéndole llegado cartas de Mauricio, en que le significaba haberse concluido enteramente la paz, frustrado de sus esperanzas, se restituyó á Francia con sus tropas divididas en tres cuerpos, y los soldados que se derramaban á robar, ó se detenian, padecieron muchas molestias de los labradores, que los acometian en venganza de los daños que habian causado en sus campos, y de la escasez y carestía de víveres.

Entretanto Ernesto conde de Mansfeld, Reux, y Rossen, habiendo hecho nueva invasion por órden de doña María en las fronteras de la Francia, lo llevaron todo á sangre y fuego, y tomaron á Esteing, Hesdin con su fortaleza, Noyon, y otras ciudades. Un autor frances refiere que incendiaron tambien setecientas aldeas con la amenísima quinta de Folembre, obra del Rey Francisco. La Fera no pudo ser tomada, porque la defendia Anebaldo, el qual falleció en breve de una enfermedad; y la dignidad de almirante que obtenia, se confirió á Gaspar Coligni.

El Flamenco regresó á su territorio con un rico botin, y el Rey despues que dió á los soldados algunos dias de descanso en el Luxêmburgo, recobró á Esteing, y llegó hasta Verdun, de cuya ciudad se apoderó con auxilio del obispo, y á persuasion del cardenal Carlos de Lorena, hermano del duque de Guisa, mientras que Monmorenci despues de haber batido las murallas de Yvoy, obligaba á Mansfeld, que se habia encerrado allí, á que se entregase. No pudo éste resistirlo, porque los alemanes se sublevaron sin respeto alguno á su general, y le amenazaron si no entregaba quanto antes la ciudad, esforzándose él inútilmente en manifestarles la ignominia que le resultaba de su cobardía. Y al fin fue entregado y saqueado el pueblo, y quedó Mansfeld prisionero. Los soldados en castigo de su delito, fueron despojados de sus armas. Roberto Markan, con la tercera parte de las tropas tomó á Bullon, castillo muy fuerte por la naturaleza y por las obras del arte, habiendo expugnado con dinero la fidelidad del gobernador Altovit. Los escritores franceses solo le acusan de cobardía, pero fuese lo uno, ó lo otro, pagó con la cabeza la pena de su perfidia, ó de su cobardía, por mandado de doña María. Luego que se apoderó de Bullon, reduxo en breve tiempo á su dominio todo el principado, del qual tomó el nombre de príncipe despues de treinta y un años que se le habia quitado el César, adjudicándolo al obispo de Lieja.

CAPITULO XIII.

Hácese la paz en Alemania. Sitio de Metz por el César, estragos de la armada otomana en las costas de Italia. Sedicion en Sena.

En este intervalo de tiempo sostenia el César la dignidad de su augusto carácter, y sin afloxar en esto cosa alguna, rechazaba todas las iniquas peticiones de los príncipes, las quales le comunicaba su hermano don Fernando desde Passau por medio de las postas, que tenia dispuestas á este fin. Mientras tanto, se juntaban tropas para tomar venganza de la perfidia, y para que la audacia no creciese con la impunidad. Inquietaba esto á Mauricio, temiendo que descargase sobre él aquella tempestad, y que armado el de Saxonia con el favor del César, por las vicisitudes de la fortuna, y excitado de su propio dolor, y del deseo de venganza, castigase en él el mismo delito que le habia condenado á perder la dignidad electoral, y el principado. Por otra parte Guillelmo hijo del Landgrave de Hesse, rezelaba que el César tratase á su padre con severidad, asi por las antiguas ofensas, como por la reciente fuga que habia intentado desgraciadamente; por lo qual deseaba que este negocio se transigiese á gusto del César. De esta suerte deponiendo su pertinacia con saludable consejo, y por la interposicion de don Fernando, del cardenal de Trento, y de los principales amigos, se les concedió la paz con equitativas condiciones, sin hacer en ellas mencion alguna del Frances. Arregladas de este modo las cosas, fue puesto en libertad el de Saxonia, á quien amonestó el César su deber, y le dió muchas señales de benevolencia. Mandó al Landgrave que diese caucion de cumplir las condiciones que

se le habian propuesto en Hall de Saxonia, y habiendo salido por fiadores los otros príncipes, consiguió su libertad. Mauricio introduxo en Hungría quince mil hombres armados contra el Turco, segun lo pactado, aunque con poco fruto.

Establecida la paz, y levantado el sitio de Francfort, se tranquilizó toda la Alemania y volvió á su deber, á excepcion de Alberto de Brunswik, que no podia estar quieto. Este pues atraxo á su partido á Binfeberg con su legion, y habiendo molestado á varios obispos y ciudades, vino finalmente con un poderoso exército á las fronteras de Francia, para explorar el ánimo del Rey, y ofrecerle su servicio si queria hacer guerra. Entretanto el César pasó de Villac á Inspruk, y desde allí á Ausburg, donde recibia las tropas que de todas partes se le juntaban. El duque de Alba traxo de España una gran suma de dinero, y siete mil soldados. De la Italia vinieron quatro legiones compuestas de veteranos españoles y naturales, con la caballería ligera, ayudando al César el Pontífice, y el duque de Florencia; y el duque de Mariñan acudió en persona con otro esquadron que él mismo habia reclutado. Hallándose pronta la caballería, y la infantería alemana, y juntando tan poderoso exército, se puso el César en marcha para Strasburgo, nombrando por su teniente al duque de Alba, y rompió los tratados que Alberto habia exîgido por fuerza á los obispos y ciudades libres.

Desde allí pasó á Lorena, y sitió á Metz el dia veinte y dos de octubre en un tiempo verdaderamente importuno, contra el dictámen de Alba y Mariñan, que lo resistieron. Habiendo mandado el Rey de Francia por medio de su general Monmorenci que Alberto se retirase de sus fronteras, se presentó al César, y le ofreció sus servicios con la mayor fide-

lidad y zelo. Acudieron en breve los flamencos con Barbanson, Egmont, Nasau y otros hombres principales, y se dice que el César tenia en su campo cien mil infantes, diez mil caballos, y ciento y veinte cañones. El duque de Guisa, que por su nacimiento y grandes hazañas habia adquirido el nombre de gran Capitan, tuvo orden de defender á Metz, y no omitió el menor trabajo ni diligencia para fortificarla, habiéndose encerrado en ella con la mas esclarecida nobleza, deseosa de adquirir gloria. La guarnicion consistia en diez mil infantes, y casi mil caballos. Mientras que Aumale hermano de Guisa seguia con un fuerte esquadron de caballería á Alberto, que se encaminaba al César, sin saber quáles eran sus intentos, pues no habia dado indicio de si era socio ó enemigo, volvió Alberto la cara de repente, y acometió con grande ímpetu al Frances. La pelea aunque sangrienta, fue solo entre la caballeria, porque no quiso combatir la infantería alemana. Vencidos y derrotados los franceses se pusieron en fuga, llevando en sus espaldas las heridas, y en sus ánimos el miedo y ignominia. Aumale fue arrojado del caballo con tres heridas, y hecho prisionero, á tiempo que todavia peleaba con mucho valor; y á los dos años consiguió libertad á costa de sesenta mil escudos. Perecieron ochocientos de los enemigos con quatro de los principales capitanes, y ciento y cincuenta nobles. Despues que ganó Alberto una victoria tan señalada, se presentó en triunfo al César con el botin y los prisioneros: recibióle con mucha humanidad, y le mandó ir á apostarse al rio Mosela, haciendo cara á los franceses que tenian cerca su campo, para impedirles que llevasen socorro alguno á los sitiados. Peleó muchas veces con los enemigos prósperamente, pero en una escaramuza perdió á su teniente Jorge

Liechtemberg. Mientras tanto, fueron combatidos los muros de la ciudad con tanto estruendo de la artilleria, que se oia el ruido mas allá de Strasburgo, distante cien millas. En lugar del destrozado muro levantaron tumultuariamente los franceses uno nuevo, con las piedras y ruinas del otro, guarneciendo sus costados con la artillería, y con un esquadron escogido. Viendo el César la poca actividad de sus soldados, que se excusaban con la dificultad de superar la brecha, y que no adelantaba cosa alguna con las exhortaciones que les hacia para inspirarles ánimo, corriendo á caballo por medio de las filas, se retiró de alli melancólico, dilatando para otro dia el asalto. Intentó despues derribar con minas subterráneas la parte del muro que habia quedado íntegra, y las nuevas obras que aceleradamente habian hecho; pero tambien fue inútil este trabajo por las contraminas con que se le oponia el enemigo, ó porque los peñascos que se encontraban impedian llegar al muro. Entretanto que esto pasaba en los reales, Egmont con parte de los flamencos se apoderó de Pont-Mouson. Tambien pudo ser tomada Toul, si la peste que cundia dentro de la ciudad, no hubiese retrahido de esta empresa á los alemanes, temerosos de una victoria que pudiera serles funesta.

La situacion de los guerreros no podia ser mas incómoda y trabajosa, asi por la estacion del invierno, como por hallarse en un pais helado, y todo cubierto de nieve. El frio era tan intenso en el campo, que se entorpecian los cuerpos de manera, que apenas les dexaba fuerzas á los soldados para tener las armas en las manos. Añadíase á esto la falta de víveres necesarios para tolerar tantas fatigas, porque los interceptaba la caballería enemiga. Siguiéronse

las enfermedades y una extrema debilidad, y no quedándoles fuerzas para morir honrosamente, perecian helados de frio en las tiendas, con el mas triste género de muerte. Los que tenian vigor para ponerse en fuga, desamparaban las banderas, y se escapaban á centenares sin rubor alguno. Por el contrario los sitiados calentándose dentro de sus casas, y bien alimentados con los víveres que anticipadamente habian juntado, estaban prontos y alegres para tomar las armas, y pelear con esfuerzo. Los italianos, como poco acostumbrados al frio, fueron los que mas padecieron con esta calamidad. El cielo y la tierra con las contínuas lluvias, y con el cierzo que soplaba, quitaban toda esperanza de poder resistir mas tiempo al descubierto; y sin embargo el César, que se hallaba gravemente enfermo, y no menos afligido en el ánimo que en el cuerpo, no podia resolverse á levantar aquel sitio, que tan desgraciadamente habia emprendido. Ni acometia al enemigo, ni queria retirarse, hasta que conmovido de las exhortaciones de los cabos españoles, y de la infinita mortandad que padecian los soldados, mandó levantar el sitio, gimiendo y clamando que la fortuna le habia desamparado. Finalmente el dia primero de enero fue llevado en una litera á Thionvilla, y mandó á los capitanes que le siguiesen, y que distribuyesen los soldados en las plazas y guarniciones. El duque de Alba se puso en marcha de noche con los españoles y flamencos, enviando delante la artilleria y equipages. Quedaron en el campo muchas municiones de guerra, asi por el gran número de enfermos, como por la falta de caballerías, de las que tambien habian perecido muchas. Alberto siguió algun tiempo á los que marchaban, y se habia detenido en su puesto hasta el quinto dia, colocando la caballería en la retaguardia, para

que sirviese de escolta á la infantería, que caminaba con mucho trabajo. El duque de Nevers, que durante el sitio había interceptado con sus correrías los víveres y provisiones del campo imperial, luego que fue levantado, los persiguió en su retirada, siéndole muy fácil derrotarlos; pero convirtiéndose su ira en compasion, se abstuvo de matar á unos hombres, que apenas podian tenerse en pie. El de Guisa envió su caballería, y á todos los imperiales que encontró en el campo y en el camino enfermos y moribundos los hizo llevar á la ciudad, y mandó curarlos con todo cuidado, cuya humanidad y su constancia en defender la ciudad, le adquirió la gloria de excelente general.

En el verano anterior habia llegado á la extremidad de las costas de Italia la armada otomana, que Aramon habia solicitado con mucha instancia. Desembarcadas sus tropas, incendiaron á Régio, y luego que entraron en el Faro hicieron lo mismo con Policastro. Pasaron despues á Prochita, donde cometieron todo género de crueldades, y habiendo asolado el territorio de Enaria, intentaron en vano tomar la fortaleza, que estaba muy guarnecida. Fue grande el miedo y consternacion que causó en Nápoles la cercanía de tán formidables enemigos. La imprudente audacia de Doria perdió en la isla Poncia siete galeras, que le tomaron los bárbaros al tiempo que navegaba á Nápoles, sin haber explorado antes el mar, o despreciando á un enemigo mas fuerte que él. Los alemanes, que conducia á aquellas costas para aumentar su guarnicion, fueron puestos al remo, y despues consiguió Madruci su rescate á costa de mucho dinero. Sigonio procura disculpar el hecho, pero este es un vano consuelo de la calamidad padecida. Entretanto que esperaban en el Promontorio Miseno al

príncipe de Salerno con la armada francesa, para que juntando las fuerzas hiciesen un ataque por aquella parte, fue enviado delante á Italia por el Rey de Francia César Mermile napolitano desterrado, para que pidiese á Sinan almirante de la armada turca, que esperase algun tiempo, pues en breve se le juntaria el príncipe de Salerno. Pero éste mudando de consejo, se presentó al virey Toledo, y le dió cuenta de todo, ofreciéndole que el bárbaro se retiraria sin hacer daño alguno. El virey á quien entre el miedo y confusion en que se hallaba no podia sucederle cosa mas favorable, ni mas deseada, habiendo juntado al momento doscientos mil ducados, los entregó á Mermile para que el Turco le diese crédito, pues no hay cosa que tanto pueda con los bárbaros. Presentóse á Sinan sin dilacion, y habiéndole entregado el dinero con las cartas credenciales, le expuso todo lo contrario de lo que le habia encargado el Rey de Francia, diciéndole que por este año no se valdria de su auxilio, y que podia desde luego volverse á Constantinopla: oido esto por el bárbaro, que por otra parte deseaba retirarse, levantó las áncoras, y voló con la presa al Oriente. De este modo se disipó la tempestad que amenazaba á Nápoles por la astucia ingeniosa de un hombre perdido, que amaba á su patria.

Muy al contrario sucedió en Sena, donde con el pretexto de la armada otomana se aceleró la sedicion que sus habitantes tenian proyectada, incitados del deseo de recobrar la libertad, que imprudentemente habian perdido, pidiendo al César una guarnicion de españoles, para reprimir las turbulencias que causaban en la ciudad los opuestos partidos. El gobernador don Diego de Mendoza á fin de contener á los ciudadanos en su deber, los despojó de

las armas, y levantó una fortaleza. Uno y otro era muy molesto á los seneses, por lo qual enviaron secretamente algunos hombres de confianza para implorar el socorro del Frances, que fue lo mismo que soltar la rienda al caballo en campo llano. Entretanto aprovechándose de la ocasion que les presentaba la llegada de la armada turca, y con pretexto de defender la costa marítima, encargaron á Nicolás Ursino conde de Pitillano, en quien se fiaba mucho Mendoza, que juntase tropas. Este pues marchó á la ciudad con las que habia reclutado; pero conociendo el fraude don Francisco de Alba, teniente de Mendoza, que entonces se hallaba en Roma, envió inmediatamente á pedir auxilios á Cosme duque de Florencia. Concedióselos con efecto, y vino sin dilacion Monteagudo con tropas, adelantándose á Pitillano, al qual, habiendo tomado el pueblo las armas que tenia escondidas para qualquier lance fortuito de guerra, le recibió aquella noche dentro de las murallas con tres mil hombres armados que le acompañaban, proclamando á gritos la libertad. Al dia siguiente introduxeron tambien en Sena á los dos hermanos Santa Flor, que militaban baxo las banderas del Frances con dos mil soldados, los que habiendo trabado combate con los españoles y sus auxiliares, y oprimidos estos por la multitud de los enemigos, fueron rechazados dentro de la fortaleza, que aun no se hallaba bien guarnecida. Por este tiempo habian acudido á Roma, que por la nimia indulgencia del Papa era la oficina de las conspiraciones, un gran número de franceses, enviados por el Rey para socorrer prontamente á los seneses en caso de necesidad. Noticiosos estos de lo que pasaba, volaron á Sena, y habiendo levantado una trinchera al rededor de la fortaleza, la impedia que recibiese algun auxilio. Disponia Cosme

sus tropas para socorrer á los sitiados, quando los seneses le enviaron inmediatamente embaxadores, para exponerle que no habian tomado las armas contra la magestad imperial, sino para recobrar la libertad oprimida por Mendoza. Hallábase Cosme sin fuerzas suficientes para sostener la guerra que amenazaba por la Francia, y fortificar al mismo tiempo á Ilvata y los pueblos de la costa de Toscana (que poco antes le habia cedido el César) contra las incursiones de los bárbaros, y para acomodarse á las circunstancias del tiempo, procuró extinguir anticipadamente la llama de la guerra baxo de estas condiciones: que despidiesen los seneses á Othon de Monteagudo con la guarnicion: que á los españoles se les permitiese retirarse donde quisiesen, llevando sus bienes: que perseverasen fieles al imperio de Alemania, y que despidiendo á todo soldado extrangero, destruyesen la fortaleza. Despues que Mendoza hizo vanos esfuerzos para recobrar la ciudad, llamó á Alba con los españoles, y embarcándolos en las galeras de Doria, que por este tiempo regresaba de Nápoles, los llevó consigo á Orbitelo, fortaleza situada en una laguna, para defender desde aquel ángulo el dominio del territorio de Sena. Pero de alli á poco tiempo el César, que estaba irritado con Mendoza, por creer que se habia portado con negligencia en este negocio, le mandó volver á España. Los seneses arrasaron inmediatamente la fortaleza en virtud de lo pactado, mas habiendo introducido en la ciudad una guarnicion francesa, les vino á costar despues muy caro.

Por este tiempo se hallaba molestado el Piamonte con una guerra mas importuna que grande. Gonzaga se apoderó de algunos pueblos y castillos de poco nombre; pero no pudo tomar á Ceva defendida por Brisac, ni éste á Volpiano; y habiendo llegado

despues un socorro de imperiales, recobraron á Ceva, San Martin y Ponci. Mientras tanto se hicieron los franceses dueños de Veruc ciudad del Monferrato, y de Alba por traicion del capitan Rossini. Acometió Gonzaga á San Damian, y se peleó por una y otra parte con grande esfuerzo y teson: hicieron minas y contraminas, repararon los sitiados con presteza las brechas del muro, y se rechazaron recíprocamente con mucho denuedo. Finalmente fueron inútiles todos los esfuerzos del sitiador, pues no permitiendo lo rigoroso de la estacion permanecer por mas tiempo en las tiendas de campaña, levantó el sitio emprendido con mas ardor que fuerzas, y envió las tropas á quarteles de invierno.

CAPITULO XIV.

Hazañas de los españoles en Hungría. Acometen los piratas á la isla de Mallorca. Pacificacion del Perú, y otros sucesos de las Indias.

Por este tiempo adquirieron los españoles mucha celebridad en la Hungría y Transilvania con las heróycas hazañas que obraron en la guerra otomana. Habiendo pedido el Rey don Fernando un fiel y valeroso general á su hermano el César, en cuyos exércitos educaban muchos como en una escuela de Marte, le envió á Juan Bautista Castaldo, natural de Lombardía, el qual ganó á don Fernando la Transilvania, y le conservó el reyno de Hungría. Militaba alli la legion veterana española, ó por mejor decir emerita, con tanta fama de valor, que los cabos de las otras naciones deseaban siempre llevar en sus expediciones alguna compañía de españoles, como si con ellos estuviesen seguros de conseguir la victoria.

Distinguiéronse sobre todos en esta guerra Julian de Carvajal, que habiendo tomado la ciudad de Lipa á los turcos, obtuvo la corona mural, siguiéndole en aquel asalto Juan Ulloa, y el alferez Francisco Salcedo. Gaspar Castelvi fue muerto combatiendo valerosamente en defensa de Temesvar, y causó mucho sentimiento su pérdida. Tambien adquirieron fama Villandrado, Perez, Avila, Enriquez y otros, cuyo catálogo no hay necesidad de hacer aqui, pues son tan esclarecidos sus hechos. Con su valor y esfuerzos recogió aquel último ángulo del orbe christiano muchos laureles, regados copiosamente con la sangre española. Pero no debemos pasar en silencio una accion de Bernardo Aldana á la verdad reprehensible. Este pues habiendo perdido la esperanza de defender á Lipa contra el poder de los turcos, mandó ponerla fuego á pesar de los clamores de sus habitantes, que se quejaban de la ignominia que recaeria sobre la nacion española por la culpa de un solo hombre. Por esta causa fue Aldana puesto en prision, y en vista de sus débiles descargos fue condenado á muerte; pero por el favor de la Reyna de Bohemia doña María, y en consideracion á sus anteriores hazañas, se le indultó de esta pena.

El príncipe don Felipe luego que llegó á España marchó á Tudela, donde recibió en las cortes el juramento de fidelidad, que le hicieron los pueblos de Navarra. Despues de esto celebró cortes del reyno de Aragon en Monzon; pero no pudo sacar otra cosa de aquella nacion que lo establecido antiguamente, defendiendo con invencible constancia sus inmunidades y privilegios. En estas cortes se concedió cierta distincion honorífica á los abogados, y se promulgó una ley sumptuaria, prohibiendo el uso de algunos vestidos. A este mismo tiempo falleció don Alonso de

Aragon hermano del arzobispo don Fernando, á los treinta y seis años de su edad. El príncipe don Felipe casó entonces á su hermana doña Juana con don Juan príncipe de Portugal. Conduxéronla con gran pompa hasta la raya de aquel reyno el duque de Escalona, el marques de Villena, don Pedro Costa obispo de Osma, y otros hombres ilustres, y con el mismo aparato fue recibida en el rio Caya, que divide los dos reynos por el duque de Aveyro, el obispo de Coimbra, y mucha nobleza.

Fernando Nuñez, oriundo de la familia de Guzman, de quien se refiere haber sido el primero que traxo de Italia á España el estudio del griego, falleció en Salamanca, donde enseñó esta lengua y la latina. Publicó muchas obras, que son muy estimadas de los hombres doctos; pero se aventajó mas en la pureza y austeridad de sus costumbres. Vivió siempre en el estado del celibato: mandó que le enterrasen sin pompa: distribuyó sus bienes á los pobres, y dexó á la universidad su biblioteca, que era muy copiosa. Falleció tambien Pedro del Campo, primer rector de la universidad de Alcalá, que sobresalió en la eloqüencia sagrada, y fue condecorado con la dignidad de obispo in partibus de Biserta en el reyno de Tunez. Don Francisco de Borja duque de Gandía renunció en su hijo Carlos sus opulentos estados, y abandonando enteramente todas las cosas mortales, abrazó el instituto de la Compañía de Jesus, donde vivió con extraordinaria fama de santidad. Don Antonio de Fonseca dió el raro exemplo de renunciar el obispado de Pamplona, y le sucedió don Alvaro Moscoso.

Los piratas argelinos acometieron á la isla de Mallorca, donde causaron algun daño, y le recibieron por el valor con que los rechazó don Ramon Gual-

demir y sus treinta compañeros. Dragut hizo algun estrago en Cullera, pueblo grande situado á la embocadura del rio Xucar. Pero no pudo el pirata apoderarse del templo adonde se habia refugiado la gente armada, y aterrado de la gran multitud, que de todas partes acudia al socorro de la villa, desistió de su empresa al rayar el dia. Retiróse el pirata con sus navios, y desde alta mar hizo señal de treguas, y declaró que podian rescatar los cautivos, los quales fueron puestos en libertad por la liberalidad del santísimo arzobispo Thomás, y de otros hombres piadosos, y en breve se restituyeron á sus casas. Despues de esto guarnecieron la villa con artillería, y nuevas fortificaciones, con lo qual se burló en adelante con mucha facilidad de semejantes invasiones de los piratas. Tambien fue fortificada con mayor cuidado la isla de Iviza, para precaverla de estos infieles, que incesantemente corrian aquellas costas.

En el Perú empleaba todos sus desvelos el presidente Gasca en restablecer y consolidar la paz pública, y porque era temible que fuese turbada de nuevo por la insolencia de los soldados, cuyo perverso carácter no les permite por lo comun estar quietos, los dispersó por varias provincias para sujetar á los bárbaros, y establecer colonias, encargando este negocio á Diego de los Reyes y á otros capitanes. Envió ademas á todas partes jueces comisionados que se informasen del modo con que los españoles trataban á los indios, y si los instruian en la doctrina christiana, y para que impidiesen que abusasen de ellos, ni les hiciesen trabajar sin la debida recompensa, y que no se les aplicase á la labor de las minas, aun á los que quisiesen voluntariamente, fuera de los necesarios, y conforme á las leyes de la razon y de la justicia, ó finalmente les mandó que procurasen reducir á su de-

ber á los que estaban exásperados con las guerras civiles, y que se abstuviesen de cometer muertes y estragos. Establecidas estas y otras cosas semejantes, segun lo exigia el tiempo, se embarcó Gasca en la armada á principios de febrero de mil quinientos y cincuenta con el tesoro y la guarnicion, y arribó felizmente á Panamá. Pero como no hubiese suficientes caballerías para conducir de una vez tanta carga, trazo consigo la mayor parte, y dexó allí en la caxa real seiscientos mil pesos para llevarlos despues; y entretanto que caminaba al puerto de Nombre de Dios, acometieron de improviso á la ciudad los hermanos Contreras con un esquadron de doscientos setenta y cinco hombres desterrados y perdidos, y robaron en un momento la caxa real, y se escaparon con la presa. Estos eran Fernando y Pedro, hijos de Rodrigo, y nietos de Pedro Arias por parte de María su hija los mas facinerosos de todos los mortales. Fernando habia cometido el horrendo delito de matar á fray Antonio Valdivieso del orden de Santo Domingo, obispo de Nicaragua. Habia encargado el Rey á los obispos que tomasen á su cuidado la proteccion de los indios, y que impidiesen que los españoles les hicieran agravios, y cumpliendo este varon santo con tan piadoso ministerio, perdió en él gloriosamente la vida. Recobrados del terror los vecinos de Panamá, corrieron á las armas para vengar la injuria, y habiendo trabado combate con parte de los ladrones, los mataron ó hicieron prisioneros á todos con su capitan Juan Bermejo. En esta ocasion sirvieron de grande auxilio cincuenta negros, que acometiendo valerosamente á los enemigos por las espaldas, les cortaron la fuga. Al mismo tiempo los Contreras seguian al presidente para robarle lo demas del tesoro; pero habiendo tenido noticia de la derrota de los suyos, se embarca-

ron con la presa en sus navíos, y intentaron huir por el Océano. Nicolás Zamorano determinó seguirlos con quatro navíos, y temerosos de caer en sus manos, desembarcaron en las costas inmediatas con el oro. Tambien Zamorano sacó á tierra su gente armada, y pelearon unos y otros con grande esfuerzo. Finalmente fueron vencidos y derrotados los ladrones, y se pusieron en fuga. Quedaron presos treinta de ellos, á los quales se les impuso la pena de horca y se recobró la presa con leve pérdida. Un autor refiere de otro modo este suceso, pero damos mas crédito á la narracion de Herrera, quien añade que los hermanos Contreras perecieron acaso á manos de los negros, ó indios en lugares desiertos, aunque esto no se sabe con certeza, ni tampoco el género de su muerte. El presidente transportó el tesoro al Isthmo, y embarcándole en los navíos, se hizo á la vela para España. Parecen ciertamente fabulosas las cosas que hizo este hombre desarmado en medio de hombres armados y rebeldes á su Rey. Pero aunque se hallaba ausente la persona del César, le asistia su fortuna y su nombre para llenar con sus victorias este nuevo mundo. Llegó el presidente á España á tiempo que el César estaba en Alemania, y marchó prontamente á darle noticia del buen estado en que habia puesto las cosas del Perú. Recibióle con mucha benignidad, y en premio de sus méritos le confirió el obispado de Palencia, y poco despues fue trasladado al de Segovia. Una de las pruebas de la integridad y pureza de Gasca es, que en medio de tantas riquezas, y de millon y medio de pesos que traxo á España para el César, vivió siempre tan pobre, que jamás alteró cosa alguna en el trato frugal de su persona, y volvió del Perú con la misma capa que habia sacado de su casa. Llegó á una edad muy avanzada, con mayor fama de

probidad que de riquezas, para que España no tenga que envidiar á Roma sus Curios. Despues de su partida del Perú, pasó de orden del César á gobernar aquel reyno don Antonio de Mendoza, que por espacio de diez y siete años habia gobernado la Nueva España con mucha prudencia y moderacion; pero murió en breve tiempo sin haber hecho en el Perú cosa alguna memorable. En su lugar fue nombrado virrey de México don Luis de Velasco, que desde luego comenzó á dar muestras de buen carácter. Falleció don fray Juan de Zumarraga arzobispo de México, despues que gobernó aquella iglesia veinte y un años: varon esclarecido en santidad especialmente por su zelo apostólico, y le sucedió don fray Alonso de Montufar del orden de Santo Domingo. Estableciéronse universidades en México y Lima, y se abrieron escuelas públicas en la provincia de Yucatan, para que los muchachos fuesen instruidos en las letras, y en la doctrina christiana. Lo mismo se executó en otras partes con grande utilidad, y de este modo se iba extirpando la idolatría. Prohibióse á los indios con varias penas que usasen sus antiguos nombres, y las insignias que tenian alusion al culto gentílico, porque estos bárbaros á exemplo de los samaritanos adoraban á un mismo tiempo á Christo, y á los ídolos de su antiguo paganismo. Parecian temer á Dios quando los obligaba el miedo; pero su conversion no era interior ni verdadera, mas con el transcurso del tiempo y la cultura racional, fueron mejorando de costumbres y de creencia.

En la India Oriental habia comenzado á florecer la religion christiana. A los antiguos propagadores de la palabra divina se juntaron por este tiempo seis religiosos del orden de Santo Domingo, de los quales era superior fray Diego Bermudez natural de Castilla.

Los Reyecillos, los nobles, y la plebe acudian en gran número á recibir el sagrado bautismo con muchas medras del campo del Señor. Faria, escritor diligente de las cosas de la India, dice mas de una vez que fray Pedro Covillan del orden de la Santísima Trinidad, y confesor de Vasco de Gama, fue el primero que anunció el Evangelio en aquellas partes; lo que de paso advertimos aquí para que ninguno quite á los nuestros esta gloria. Pero volviendo á la narracion de los sucesos civiles, falleció García Sala despues de haber dado la paz al Rey de Cambaya, que se la pidió con mucha instancia, y de haber reparado la armada. Abrióse la real cédula, y fue declarado virrey Jorge Cabral gobernador de Bazain, hombre no menos piadoso que intrépido. Juntó inmediatamente un exército, y refrenó en sus principios la audacia del Zamorin, que con gran perfidia tramaba hostilidades contra los portugueses. Recorrió talando y saqueando el territorio de Calecut, y procuró perseguir á los piratas malabares, encargando esta empresa á hombres escogidos y valerosos. Entretanto Diego de Castro habiendo tenido un combate con Madunio, que se habia rebelado en Ceylan, le puso en libertad despues de haberle vencido. Peleó desgraciadamente con el Reyezuelo de Candi con pérdida de ochocientos hombres, la mitad de ellos portugueses. El virreynato de Cabral fue muy breve, pues el año siguiente llegó de Portugal Alonso de Noroña su sucesor.

Bernardino de Sousa tuvo en las islas Molucas muchas peleas con los bárbaros en que salió victorioso: arrasó la fortaleza de Giloló, y habiendo sido hecho prisionero su Reyezuelo, se quitó la vida con un veneno. Padeció mucho la christiandad en estas islas por el furor de los rebeldes, que se encarnizaron con-

tra los fieles; pero cesó esta persecucion, y los que obligados de la violencia habian renunciado á Christo, volvieron al gremio de la iglesia. Pelearon los portugueses en diversas partes con los turcos y los naturales asi por mar como por tierra, con variedad de sucesos, ya prósperos ya adversos. Los judíos que habian pasado á la India por el deseo de las riquezas fueron conducidos á Portugal. Malaca se vió expuesta á un gran peligro por la conspiracion de los Reyezuelos, que la sitiaron con tropas marítimas y terrestres. Gil Carvallo atacó al amanecer, con doscientos soldados armados, los puestos de los enemigos, y mató á mas de mil de ellos, pero salió herido del combate. Aterrados con esta pérdida levantaron el sitio, y se retiró cada uno por donde pudo. Volvió á encenderse la guerra en Ceilan entre dos hermanos por la ambicion de reynar, y habiendo llamado uno de ellos á Noroña, la concluyó en breve tiempo, y no sin fruto, pues se apoderó del tesoro real. Madunio, que era el incitador de la discordia, y contra quien el virrey habia tomado las armas, quedó derrotado, y Ceitavaca ciudad capital, fue saqueada y quemada. Concluida esta empresa molestó en gran manera á los malabares, á quienes Cabral no pudo sujetar. Despues de la muerte del virrey Castro, marchó San Francisco Xavier á las extremidades del Oriente, deseoso de predicar el Evangelio á los chinos tan celebrados por la grandeza de su imperio, por sus riquezas, y por su ingenio que nada tenia de bárbaro. Pero Dios dispuso otra cosa; pues habiendo arribado á la isla de Sancian, le acometió una calentura, y entretanto que esperaba allí á un barquero chino con quien habia ajustado que le pasaria á la opulenta ciudad de Canton, se le agravó la enfermedad y abrazado de un crucifixo, espiró con mucha tranquilidad el

dia tres de diciembre del año de mil quinientos y cincuenta y uno. Su cuerpo fue llevado á Malaca por los portugueses, y despues á Goa donde fue recibido con extraordinaria alegria, y concurso de gentes, y colocado con suma veneracion en la iglesia de San Pablo. Las maravillosas obras y virtudes con que Xavier iluminó á todo el orbe movieron al Papa Gregorio XV, que amaba mucho á la religion de la compañía, á ponerle en el catálogo de los Santos.

CAPITULO XV.

Continúa la guerra en los confines de Flandes. Sitio y toma de Teruana por el César. Guerra de Italia.

Viendo el Rey Enrique la poca actividad con que el César continuaba el sitio de Metz, sacó de alli sus tropas para enviarlas contra Flandes, á fin de recobrar las ciudades, que algun tiempo antes habia perdido. En la estacion mas rigorosa del invierno, esto es, á principios del año de mil quinientos y cincuen- 1553.
ta y tres, conduxo el duque de Vandoma la artillería por caminos pantanosos con las contínuas lluvias, y comenzó á combatir á Hesdin con feliz suceso. Porque el hijo del conde de Reux, olvidándose de que su padre le habia mandado defender valerosamente la ciudad, á la primera brecha que hizo el enemigo en el muro, y mas codicioso de la vida que del honor, pactó la libertad de su persona y bienes, con igual cobardía, que lo habia hecho San Simon, de quien su padre habia tomado esta ciudad en el año anterior, y la entregó al Frances con la fortaleza. Para resarcir este daño causado por el ánimo bastardo del hijo, marchó el padre de orden del César contra la ciudad

de Teruana, habiéndosele juntado Beunicur con otras tropas. Habia introducido en ella Esse, hombre de talento, y experimentado valor, la juventud de la nobleza con el hijo mayor de Monmorenci, á fin de que la victoria fuese muy costosa á los enemigos, en caso que se inclinase á ellos la fortuna. Habiendo sido combatida por espacio de diez dias, cayeron á tierra sus muros por dos partes. Entretanto Adriano Croy, conde de Reux cayó enfermo, y falleció en el mismo campo, con un género de muerte muy propio de un varon, que habia adquirido tantos laureles. Beunicur su cólega, introduxo sus tropas en la ciudad por las ruinas de los muros, pero no correspondió el efecto á los esfuerzos, aunque pelearon sin cesar con el mayor denuedo por espacio de diez horas. Esse quedó muerto de un balazo, peleando fuerte y valerosamente; y desesperando el Flamenco de conseguir su empresa, mandó tocar la retirada, y se volvió á su campo con los soldados, oprimidos del trabajo, y de las heridas. Despues de esto, habiéndose hecho nuevas ruinas en el muro, dispuso el asalto por dos partes, y pegó fuego á las minas; con cuyo estruendo y estrago, amedrentados los franceses, perdieron el ánimo, y enarbolaron por una parte la señal de la entrega. Entretanto que conferenciaban sobre ella, los españoles que no tenian noticia de esto, aplicaron por otra parte las escalas, y se introduxeron en la ciudad. Inmediatamente gritaron al arma, y que los enemigos estaban ya dentro, y habiendo oido el ruido y confusion los que disputaban de las condiciones, se entregaron salva la vida. Pero los que habian caido en manos de los españoles, como no tuviesen noticia alguna de lo que trataban sus compatriotas, y se viesen estrechados de aquellos por una parte, y rodeados por otra de los flamencos, echaron armas á tier-

ra, y se entregaron á la voluntad de los vencedores sin excepcion alguna. Los flamencos y alemanes se ensangrentaron cruelmente en todos los que encontraban; pero los españoles los trataron con humanidad acordándose de la que usó con ellos el duque de Guisa el año anterior en el sitio de Metz. Monmorenci que despues de la muerte del gobernador habia tomado el mando, fue hecho prisionero con muchos nobles. Otros que se escaparon, ó se rescataron con dinero de contado, se refugiaron á Hesdin para padecer otra nueva calamidad. Despues que los vencedores sacaron de la ciudad todo el botin, fue arruinada hasta los cimientos, corriendo á porfia á arrasarla todos los circunvecinos por las injurias que de ella habian recibido, y en un breve espacio de tiempo no quedó vestigio alguno de una ciudad tan grande. La silla episcopal fue trasladada á otra parte á peticion del César, y de este modo se borró del mundo la memoria de Teruana.

Despues de este suceso envió el César al campo á Filiberto, á causa de que los demas capitanes no obedecian con gusto á Beunicur, y habiendo recibido el exército, le conduxo á Montrevil. Pero noticioso de que Vandoma habia introducido en la ciudad una fuerte guarnicion, torció repentinamente su camino, y rodeó á Hesdin con sus tropas. Hallábase encargado de la defensa de esta plaza Roberto de la Marka, llamado de Bullon, por haber tomado el castillo de este nombre. Apoderóse Philiberto de la ciudad, y mientras la artillería combatia la fortaleza, fue muerto Horacio Farnesio de un balazo. Luego que estuvo arruinada parte de la muralla, y abiertas ya las minas, declararon que se entregarian; pero mientras ajustaban las condiciones, se encendió la pólvora de una de las minas, y arrancó un baluarte

con horrible estruendo y muerte de muchos. Persuadidos los imperiales de que esto habia sucedido por malicia de los enemigos, apenas se desvaneció la humareda, se arrojaron á la fortaleza por la puerta que se habian abierto, mataron á algunos, y hicieron prisioneros á los demas con los capitanes Bukoni, Villers, Rion y otros. La fortaleza fue arrasada hasta el suelo por mandado del César, que impedido contínuamente de la gota, se hallaba en cama en Bruselas, y despues fue edificada otra fortaleza en parage mas cómodo, á la que se dió el nombre de nuevo Hesdin. Para detener el ímpetu de los imperiales, juntó el Rey Enrique un grande exército, y marchó á Corbia, y desde allí á Bapaume, y habiéndola acometido en vano, taló el territorio de San Pol; mas no contento con estas incursiones, envió un mensagero á Cambray para intimar á sus ciudadanos que recibiesen dentro de sus murallas una guarnicion francesa, si no querian exponerse á padecer hostilidades. La respuesta no fue conforme á los deseos de Enrique, y tomó venganza de esta resistencia, talándoles sus campos. Entretanto se acamparon los imperiales á las márgenes del rio Escalda cerca de Valencienes, y el Rey les salió al encuentro con todas sus fuerzas. Hubo varios combates mas tumultuosos que grandes, entre la caballería mezclada con la infantería, y casi siempre fueron favorables á los imperiales. Pero habiendo corrido la voz de que el César se apresuraba á venir al campo con nuevas fuerzas, levantaron el suyo los franceses á media noche, y se retiraron á sus fronteras, sin haber hecho cosa alguna digna de tan gran general, y de tan poderoso exército.

Por este tiempo se suscitó en Alemania la guerra de los confederados, de orden del senado de Espira para rechazar las injurias que con grande insolencia

hacia Alberto de Brunswik á las ciudades y á los obispos. Porque despues de la guerra de Metz, volvió á su natural ingenio, y no cesaba de exigirles dinero amenazándoles con la fuerza de las armas. Conjuráronse contra él, como contra un comun enemigo muchos príncipes juntos con don Fernando, y para decirlo en pocas palabras se avistaron los dos exércitos cerca del Veser: detuviéronse algun tiempo en recíprocos mensages; pero siendo inútiles todas las palabras, vinieron al fin á las manos. Trabóse la pelea, y fue Alberto derrotado y puesto en fuga. Mauricio, que mandaba las tropas de los confederados fue herido mortalmente, y llevado al campo; y se le presentaron sesenta y quatro banderas que habian tomado á la infantería, y catorce á la caballería, que fue no leve consuelo de su cercana muerte. Alberto huyó á Brunswik, y desde allí á Turingia, y habiendo reparado sus tropas, comenzó de nuevo á turbarlo todo, por lo qual le declaró el senado enemigo del imperio germánico, y fue proscripto por el César. Finalmente siendo vencido en batalla, y despojado de sus dominios, y no hallando quien quisiese darle acogida, se refugió primero á Lorena, y despues se presentó al Rey de Francia. Pero tampoco pudo fixar el pie en este reyno, y pasó al territorio del príncipe de Baden, donde vivió casi de limosna, y falleció de allí á poco tiempo.

En el Piamonte se hallaban las cosas de los franceses casi en igual estado que las de los españoles. Tomáronse recíprocamente algunos pueblos de poca importancia, ajustaron treguas, y quebrantándolas inmediatamente, parecian estar mas dispuestos á entretener la guerra que á concluirla. Acometió Brissac una noche á Vercelli, y se apoderó de ella por la perfidia de sus habitantes, que le dieron auxilio. El es-

pañol Sebastian de San Miguel, gobernador de esta plaza, no pudiendo resistir á los dos enemigos, se retiró á la fortaleza con un pequeño esquadrón de la gente del pueblo. Entretanto que el Frances discurria el medio mas expedito de tomarla, oyó decir que se acercaba Gonzaga con tropas para socorrerla, y no atreviéndose á esperarle, saqueó todo quanto pudo encontrar de los españoles, y las alhajas del duque Carlos, que estaban custodiadas en otra iglesia, y se retiró prontamente de la ciudad. Pero habiéndole salido al encuentro César Magi con la caballería, recobró la mayor parte de la presa. Poco tiempo antes Carlos duque de Saboya, príncipe de un carácter suave y sencillo, falleció de enfermedad, despues de haber combatido muchos años con su adversa fortuna. Sucedióle en el principado Philiberto Manuel su hijo, muy diverso en índole y suerte. Habiendo guarnecido Gonzaga á Valfanera, y tomado á Vaudiquir ciudad inmediata, conduxo sus tropas á quarteles de invierno á mediados del mes de diciembre.

Encargó el César á don Pedro de Toledo, virrey de Nápoles, la guerra de Sena, y habiéndose embarcado en las galeras de Doria con su muger, y la nobleza que le acompañaba, llegó á Liorna, enviando delante el exército por los dominios del Papa. Cayó enfermo en el viage, y le llevaron á Florencia al palacio de su hija, que estaba casada con Cosme de Médicis, y agravándosele el mal, falleció dentro de pocos dias. Divulgóse entonces la fama de que el César le habia enviado á esta guerra para sacarle con un pretexto honroso de Nápoles, donde era aborrecido de la nobleza. Gobernó este reyno por espacio de veinte y un años con grande acrecentamiento de aquella dilatadísima ciudad, cuya principal parte fue edificada por él, y dexó eternizado su nombre en la

posteridad. Su hijo don García, juntándose con Ascanio de la Corne, y las tropas enviadas de la Lombardía, entró en el pais enemigo, y se apoderó de algunos pueblos y castillos, y puso sitio á Montalcino, que era el mas fortificado de todos. Defendióle Jordan Ursino, y don García permaneció allí inútilmente, hasta que fue llamado por el cardenal don Pedro Pacheco, sucesor de su padre en el virreynato, para que defendiese las costas del reyno, á las que habia arribado la armada otomana. Al tiempo que Sinan se restituyó á Constantinopla el año anterior, le siguió el príncipe de Salerno, burlado por la astucia de Mermile, y invernó allí con la armada francesa, á fin de obtener otra vez el auxilio de Soliman, y volver quanto antes á Italia. Su llegada causó mas terror que daño en las costas de Sicilia, y del Abruzo, porque los napolitanos estaban muy fortificados con poderosas guarniciones. No pudiendo adelantar cosa alguna pasó á Elva, pero viéndose impedido con las mismas dificultades, se abstuvo de emplear la fuerza.

El cardenal de Este, y Mr. de Therme, que se hallaban en Sena, formaron el nuevo proyecto de apoderarse de la isla de Córcega, que ocupaban los genoveses, pareciéndoles que sería muy útil á los franceses, asi para navegar á las costas de Toscana, como para debilitar las fuerzas de los españoles y genoveses. Por esto pues, habiéndose quedado el cardenal en Sena, se embarcó Mr. de Therme en la armada con parte de las tropas, y se dirigió á Córcega, la qual fue acometida por dos partes. Los franceses tomaron la Bastida, desamparada por la cobarde fuga de los genoveses, á San Florencio y Ayazo. Dragut almirante de la armada otomana, sitió por largo tiempo á San Bonifacio en la parte me-

ridional de la isla, y desesperando de poder tomarla por fuerza, lo consiguió al fin por engaño, como escribe Sigonio, y otros, y la saqueó faltando á la palabra que tenia dada, segun la costumbre comun de los bárbaros. Calvi ciudad fortificada en la costa Occidental se burló de los esfuerzos de los franceses, con una guarnicion de trescientos españoles, que habiendo llegado allí casualmente, la defendieron con heróyco valor. Reducida en breve tiempo al dominio de los franceses la mayor parte de la isla, dispuso Dragut inmediatamente su partida, con pretexto de evitar las tempestades del invierno que se acercaba, y á pesar de las súplicas de los franceses, recogió su presa, y se restituyó á Constantinopla. Despues de la marcha del bárbaro, recibió Doria los auxilios que le enviaba el príncipe don Felipe con el capitan Alfonso de Lugo, y otros que pidió al César, y navegó á la isla de Cerdeña, la que gobernaba Ursino, que habia adquirido tanta fama en la defensa de Montalcino, habiendo regresado á Francia Therme y el príncipe de Salerno. Apoderóse el Genoves de la Bastida apenas la atacó con su artillería; pero despues de un largo sitio recobró de los franceses á San Florencio á la entrada del año siguiente. A este mismo tiempo,
1554. esto es, el dia dos de enero del año de mil quinientos cincuenta y quatro, se hallaba afligida la corte de Portugal con la temprana muerte del príncipe don Juan. Falleció en la flor de su edad, pues tenia diez y seis años, y apenas habia pasado la alegría de sus bodas, dexando en cinta á la princesa doña Juana, de la que nació el Rey don Sebastian, único consuelo del desolado reyno en tan numerosa descendencia del abuelo.

CAPITULO XVI.

Muerte de Eduardo Rey de Inglaterra. Es proclamada doña María hija de Enrique VIII. Su casamiento con el príncipe don Felipe. Guerra en Flandes y en Italia.

Al mismo tiempo hubo en Inglaterra grandes turbulencias con motivo de la muerte del niño Rey Eduardo hijo de Enrique. Divididos los ingleses en partidos, querian unos conferir la corona á Juana Sufolk, y otros á María hija de Enrique y de doña Catalina su primera esposa. Esta contienda amenazaba una guerra civil, y faltó muy poco para que no viniesen á las manos. El autor de estas inquietudes fue el duque de Northumberland presidente del parlamento, por la ambicion de colocar en el trono á su nuera. Comenzó pues á tramar el negocio en Londres con admirable artificio; y habiéndola hecho conducir á la fortaleza, la hizo proclamar Reyna, con consentimiento y aplauso de algunos consejeros. Los magistrados y nobles del partido contrario, entre los quales se distinguia el conde de Arundel, se declararon por María, que tenia mucho mejor derecho. Entretanto que Northumberland disponia la guerra por mar y tierra, para oprimir á sus adversarios, lo desampararon sus socios, que esperaban á que se declarase la fortuna, y fue preso y degollado. El mismo suplicio padeció Juana con Sufolk su padre, y Gilfort su marido, para escarmiento de los ambiciosos, que nunca estan contentos con su suerte. Proclamada María por Reyna con grande alegria y aplauso de todas las clases del estado, entró en Londres con magnífica pompa. Pero el César que no perdia ocasion alguna de engrandecer la casa de Austria, dispuso enviar

una embaxada á Inglaterra siendo el principal ministro de ella el conde de Egmont, á fin de solicitar el casamiento de la Reyna con su hijo don Felipe. No les desagradó la proposicion á los grandes de esta isla, persuadidos de que habia necesidad de un príncipe poderoso para consolidar aquel reyno, que aun no estaba suficientemente cimentado. Inclinóse la Reyna al mismo dictámen, y en breve se concluyó el negocio. En las capitulaciones matrimoniales se establecieron varias condiciones, para evitar discordias en lo venidero. Habiendo dispensado el Papa el impedimento del parentesco que habia entre los contrayentes, Egmont fiador del futuro matrimonio, hizo la ceremonia de recostarse armado en la cama de la Reyna, segun era costumbre de los príncipes de aquel tiempo.

Entretanto se dispuso en el puerto de la Coruña una armada de ciento y veinte navíos, y se embarcó en ella don Felipe con el almirante de Castilla y el duque de Alba, mayordomo mayor, á quien el César habia enviado á España despues de la desgraciada expedicion de Metz, con la principal nobleza, dexando por gobernadora del reyno á la princesa doña Juana su hermana, que algun tiempo antes habia vuelto de Portugal. Navegó felizmente, y llegó al puerto de Northampton, acompañándole las armadas inglesa y flamenca con grande estruendo de la artillería. Desde allí envió á Ruy-Gomez de Silva, de quien hacia mucho aprecio por sus excelentes prendas, con unas joyas de inestimable valor para la Reyna, en señal de su amor, declarándola que sabia muy bien que esto era mucho menos de lo que ella merecia; y la Reyna en prueba de su gratitud, le envió doce hermosísimos caballos enjaezados con régia opulencia. Llevó don Felipe en la armada

quatro mil españoles, y mandó que sin tocar en tierra fuesen transportados á Flandes, para suplemento de las tropas. Despues que desembarcó su familia y equipage, y ochenta caballos que traia de una generosa casta; el príncipe don Felipe, acompañado de una lucida y numerosa comitiva de quatrocientos nobles, y de muchos grandes ingleses magníficamente adornados, que habian venido á obsequiarle, se puso en camino con tiempo lluvioso á Vinchester, donde le esperaba la Reyna, de la qual fue recibido con muchas muestras de amor y benevolencia. Despues de las recíprocas salutaciones, don Juan de Figueroa declaró en nombre del César á don Felipe Rey de Nápoles, trasladando en él todos los derechos del reyno, y de los demas dominios de Italia, para que una Reyna tan opulenta diese la mano á un Rey poderosísimo. Finalmente, el dia del apóstol Santiago los desposó el obispo de Vinchester, y el Rey y la Reyna comieron en público con los grandes de España y de Inglaterra. El resto del dia se empleó en saraos y otras diversiones con extraordinaria alegria. Presentóse despues á los nuevos Reyes el cardenal Reginaldo Polo, que descendia de la familia real de Inglaterra, y á quien el sumo Pontífice habia dado ámplias facultades para absolver y reconciliar con la iglesia á los que habian caido en la heregía. Recibiéronle honoríficamente, anulando la pena de destierro que padecia, y se dedicó con el mayor conato á restablecer el verdadero culto combatido por el Rey Enrique. Finalmente, despues de muchas conferencias, asegurado de que habia conocido sus errores la nacion, que con facilidad se vuelve adonde los Reyes se inclinan, y de que estaba dispuesta á abjurarlos, la absolvió solemnemente en Londres de la excomunion pontificia, y restableció

la religion cathólica, segun lo permitian los tiempos. Mientras que estas cosas sucedian en Inglaterra, entraron los franceses en Flandes por tres partes. Algunos pueblos fueron entregados ó desamparados por la cobardía de los gobernadores, entre los quales Mariemburgo, edificado y guarnecido por la gobernadora doña María, le entregó por dinero Martigni noble flamenco. El Rey que habia venido á su campo, tomó á Bovines, y le saqueó con muerte de sus habitantes, y habiendo juntado todas las tropas, sucedió la misma desgracia á Dinant. Despues de esto acometió á las arruinadas murallas de la fortaleza, pero le rechazó valerosamente la guarnicion, cuya tercera parte se componia de españoles al mando del capitan Julian Romero, el que habiendo sido hecho prisionero por engaño, fue entregada la fortaleza baxo la condicion de salir libres con sus armas, y inmediatamente la arrasaron los franceses. Luego que supo el César la venida del Rey, puso en marcha las tropas que tenia consigo, y aunque era inferior en fuerzas estaba resuelto á pelear donde quiera que le hallase. Pero rehusando el Frances entrar en batalla, se fue á talar la provincia de Hainault. Entre los incendios en que ardia toda aquella region fue consumida por el fuego la amenísima quinta de Mariamont, que era las delicias de la Reyna de Hungría, y se apoderó de Vence, ciudad inmediata. Aumentó su exército con nuevas tropas, y se encaminó á la provincia de Artois, siguiéndole Philiberto proclamado duque de Saboya, despues de la muerte de su padre, que buscaba la ocasion de dar un golpe al Frances. Favoreció á éste la fortuna á medida de sus deseos, pues habiendo alcanzado á los enemigos cerca de Quesnoy á tiempo que atravesaban un rio, les causó mucho daño en la retaguardia, tomándoles gran parte de los ba-

gages. El Rey despues de haber incendiado muchos pueblos á vista del César que habia venido al campo para que fuese mayor la ignominia, determinó tomar á Rentin, y habiendo rodeado esta ciudad con sus tropas, intimó á la guarnicion que se entregase. Quando vió que era preciso usar de la fuerza, la acometió con su artillería, que hizo grande estrago en las fortificaciones. Habia acampado el César cerca de los reales de los enemigos con un poderoso esquadron, á fin de socorrer á los sitiados, aunque para esto fuese necesario aventurar una batalla; pero habiendo peleado tumultuariamente parte de las tropas de uno y otro exército por apoderarse de un bosque, que con prudente consejo habian ocupado los franceses, fue la ocasion muy poco favorable para unos y para otros, segun se colige de los historiadores que refieren este suceso. Finalmente, habiendo perdido el Rey la esperanza de tomar la ciudad, levantó el sitio, y conduxo sus tropas á lugar seguro, despues de haber tenido alguna pérdida en la retaguardia, que fue acometida de noche por los imperiales.

Luego que el César arrojó al enemigo de sus fronteras, agravándosele la enfermedad que continuamente le molestaba, se retiró á Bruselas, entregando el exército al Saboyano, para que hiciera al Frances todos los daños que pudiese: executólo asi el de Saboya con mucha diligencia, asolando su territorio con todo género de estragos. Detúvose en Menil, pueblo de poco nombre, donde en lugar de la ciudad de Hesdin, arrasada el año anterior, edificó otra en un parage pantanoso, y casi inaccesible. Entretanto que se levantaban quatro grandes fortificaciones para su defensa, sirvió el exército de guarnicion á los que trabajaban, á fin de que no los molestasen, ni impidiesen las tropas francesas que estaban cerca. Levan-

tó despues su campo el Saboyano, y penetró talando con el exército hasta Amiens, y aunque lo seguia Vandoma con tropas no despreciables, fue mas bien testigo, que vengador de los males que hacia su contrario.

Los sucesos del Piamonte eran de poco momento. El César habia llamado á sí á Gonzaga para valerse de sus consejos, lo qual fue solo pretexto, que ocultaba otro designio, de que despues hablaremos. Fue nombrado en su lugar don Gomez de Figueroa, mas ilustre por su nacimiento, que por sus hazañas militares, el que obligó á Brissac á levantar el sitio de Valfanera. Hubo algunos pequeños combates, y se tomaron algunos pueblos, y castillos no muy importantes. El Frances se apoderó de Ivrea, ciudad situada en el rio Duranza. Por entrega del español Morales, gobernador descuidado ó cobarde. En este año se volvió á encender la guerra de Sena, habiendo juntado sus armas el César, y Cosme, para arrojar á los franceses de la Toscana: temia Cosme mucho á Pedro Estrozi, á quien poco antes envió el Rey á Italia para hacer la guerra, y era muy enemigo del nombre de Médicis, asi por las antiguas discordias, como por el destierro que acababa de sufrir. Persuadido Cosme de que en esta empresa ninguno aventuraba mas que él, puso el mayor conato en precaver el peligro que tenia tan cercano, y para adelantarse y ganar por la mano al enemigo, que se hallaba ocupado del todo en los preparativos, acometió á Sena á fin del mes de enero. Mariñan enviado por el César, era el que mandaba esta expedicion. Este pues, llegó á media noche con quatro mil españoles y italianos, y trescientos caballos á la puerta llamada Camolla, con grande esperanza de vencer por la negligencia y corto número de solda-

dos, que se hallaban de guarnicion. Dado el asalto por doscientos españoles, que iban en la vanguardia, no pudieron los seneses sostener su ímpetu, y fueron rechazados fácilmente de un baluarte, que Thermes habia levantado en aquella puerta, para impedir la entrada á los enemigos. Luego que se apoderaron de él los españoles, y ayudados con la venida de sus compañeros, se fortificaron allí contra la fuerza de los enemigos, que estaban de centinela en las cercanías, para lo qual contribuyó mucho la astucia ingeniosa de Gabriel Cerbellon, á quien Mariñan habia llevado consigo de la Lombardía, para dirigir la artillería. No se dió asalto alguno contra la ciudad, ó el suceso no correspondió á la esperanza, porque uno y otro lo hallo escrito en los historiadores de aquel tiempo. Incitado Estrozi con la nueva del peligro que corria Sena, acudió á toda prisa, y no pudiendo de ninguna manera arrojar al enemigo del puesto que habia ocupado, levantó por la parte opuesta nuevas fortificaciones, y le excluyó enteramente de la ciudad.

Entretanto Ascanio de la Corne que defendia las fronteras de Toscana, con tropas nuevamente reclutadas, al tiempo que proyectaba apoderarse de Chiusi por traicion, fue él mismo vencido y hecho prisionero por Santaci de Pistoya, despues de haber perdido un ojo en la pelea, y á muchos de sus compañeros. Los puestos y lugares fortificados del territorio de Sena fueron tomados unos por fuerza, y otros por voluntaria entrega, habiéndose dividido la gente en muchos esquadrones, y combatido en pequeñas escaramuzas. Los generales aseguraban sus conquistas con guarniciones, y reparaban las tropas, que se hallaban disminuidas con las contínuas peleas. Por mar y por tierra esperaban socorros unos y otros. Estro-

zi se encaminó á Luca, para recibir los que habian salido de la Mirándula; y Mariñan habiendo dexado una guarnicion al rededor de la ciudad, puso en marcha sus pocas tropas, y se acampó cerca de Pisa, á fin de impedir al enemigo la entrada de la Toscana, á la que amenazaba con los auxîlios que le habian venido. En este parage hubo diversos encuentros sobre los bagages al tiempo que Mariñan que tenia desiguales fuerzas, se retiraba á Pistoya. Entretanto, habiendo atravesado los montes á largas jornadas don Juan de Luna gobernador de la fortaleza de Milán con las tropas españolas, italianas y alemanas, se juntó en Sarrabal con Mariñan, y con estas nuevas fuerzas determinó seguir á Estrozi, que marchaba á Sena, habiéndole causado un ligero daño en la retaguardia de su exército. Hallábase la ciudad estrechada fuertemente de todas partes por los imperiales, quando llegó de Malta con sus galeras Leon Estrozi, hermano de Pedro llamado con cartas muy halagueñas del Rey de Francia, cuya milicia habia renunciado dos años antes, y á fin de no estarse ocioso mientras esperaba la armada de Francia, salió á hacer alguna presa en Escarlino, y murió de un balazo que le tiró un labrador. La armada francesa que arribó á aquellas costas, desembarcó seis mil soldados. En lugar del cardenal de Esse que se habia retirado de Sena, fue nombrado Blas Monluc, hombre de mucho talento, y experiencia en las cosas de la guerra. Pelearon desgraciadamente los franceses debaxo de los muros, aunque el dia antes les favoreció la fortuna, habiendo arrojado á los imperiales del baluarte. Los combates fueron muchos, pero los refieren con tanta variedad los historiadores que es casi imposible averiguar lo cierto. Fortificado Mariñan con tres mil infantes, que conduxo de Nápoles el

capitan don Juan Manrique, y exhortándole éste, puso en marcha su exército para concluir la guerra en una sola batalla, habiendo dexado una guarnicion en el campo al rededor de la ciudad. Combatieron obstinadamente por espacio de diez horas cerca de Marciano, y quedaron muertos de una y otra parte mil y doscientos hombres, cuya tercera parte fueron imperiales.

El dia siguiente padeció mas grave daño la retaguardia de los enemigos, de tal manera que los imperiales llegaron á despreciarlos como lo asegura un historiador, que dice se halló presente á la accion. Sin embargo no rehusó Estrozi la pelea, habiendo hecho frente á los que le perseguian. Pusiéronse los dos exércitos en orden de batalla, y agitado Mariñan de diversos pensamientos, comenzó á dudar si se aventuraria á la fortuna de un combate. Pero habiéndole rodeado los cabos españoles, que en aquel dia hicieron heróycas hazañas, le amonestaron, le exhortaron, y finalmente le obligaron con poderosas razones á acometer al enemigo. Dióse la señal para la pelea, y embisten con grande ánimo: en el principio se mantuvo dudosa la batalla por un breve tiempo; mas como los franceses no pudiesen resistir el ímpetu del exército imperial, comenzó á ponerse en fuga la caballería, y destituida la infantería de este auxilio, aunque habia acometido intrépidamente á los imperiales, venciendo la dificultad del terreno, arrojó al fin las armas para huir con menos estorbo. En este último esfuerzo murieron tres mil y quinientos de los enemigos, y quedaron dos mil prisioneros, con muy poca pérdida de los imperiales. Cerca de cien banderas fueron remitidas á Cosme, con los prisioneros mas nobles. Sucedió esta batalla el dia dos de agosto. Despues de tan gran

derrota, se huyeron muchos de los franceses con Estrozi y Fregoso, que habian salido heridos, á Luciniano ciudad inmediata; pero al dia siguiente la abandonaron, apoderándose los imperiales de la artillería y bagages que allí tenian. El vulgo de los prisioneros fue puesto en libertad, haciendo juramento de no tomar las armas contra el César en todo el año, y se les dió una escolta para que nadie los molestase, y al cabo de tres dias se restituyó á su campo el exército vencedor cargado de despojos. Estrozi aunque se hallaba en Montalcino gravemente enfermo de la herida, no omitió cuidado alguno, ni diligencia para reparar la pérdida padecida, y habiendo recogido las reliquias del derrotado exército, y suplido la gente que faltaba con nuevas reclutas, no desistió de socorrer á la afligida ciudad de Sena por medio de mil peligros, hasta que cerrando Mariñan con nuevas obras todas las entradas, le privó de toda esperanza de introducir víveres en ella.

Por este tiempo fue arrasada la ciudad de Africa por orden del César, y vino al campo su guarnicion, que estaba muy endurecida en las fatigas de la guerra, y acostumbrada á vencer. Con el auxilio de la armada de Doria fue tomada á los franceses Telamon, y introduxo víveres en Orbitelo, causando terror y espanto en todas las cercanías. Deseaba Cosme concluir esta guerra, y á su instancia intentaron los imperiales en la Vigilia de Navidad escalar los muros por diversas partes, pero fueron rechazados con pérdida por la guarnicion y los habitantes, que pelearon con extraordinario esfuerzo. Fue pues necesario continuar el sitio á pesar de Cosme, que sentia mucho los gastos, y rendir la constancia de Sena con el hambre, que es el arma mas poderosa. Habiendo sido llamada tambien en este año la ar-

mada otomana, hizo mucho estrago en las costas del Albruzo, y despues de saquear á Pesth, ciudad célebre por su amenidad, se retiró inmediatamente á Durazo, sin haber dado crédito el almirante Dragut á las magníficas promesas del príncipe de Salerno, de que sublevaria al pueblo de Nápoles. Termes combatió en Córcega la fortaleza de Cauria, situada en medio de la isla, auxîliado de los habitantes, que aborrecian el nombre Genovés, y despues de haber derrotado en el camino las tropas que venian á socorrerla, y perdiendo la guarnicion toda esperanza de poder mantenerse, se entregó baxo la condicion de salir libre con sus cortos equipages.

LIBRO QUINTO.

CAPITULO PRIMERO.

Muerte de la Reyna doña Juana, madre del Emperador, y de los Papas Julio III y Marcelo II, y eleccion de Paulo IV. Continúa la guerra en Flandes, en el Piamonte y en Córcega. Toma de Sena por los imperiales.

Siguióse el año de mil quinientos cincuenta y cin- 1555.
co, que fue muy memorable por las muertes de algunos príncipes. El dia tres de abril falleció en Tordesillas doña Juana de Aragon, madre del César, y aunque habia estado muchos años demente, recobró el juicio quando se hallaba cercana á la muerte, y acabó su vida con muchas muestras de piedad á la edad de setenta y tres años. En muchas partes del orbe christiano se hicieron magníficas exêquias á esta fecunda madre de tantos Reyes. Dentro de pocos dias

falleció tambien el Papa Julio III, entregado al ocio, y á la piedad. Manifestóse afecto á las cosas del César en todo lo que era justo, y fue liberal con sus parientes. Canonizó solemnemente á San Julian obispo de Cuenca. Edificó una magnífica y suntuosa casa de campo en la via Flaminia, segun refiere Onufrio Panvinio. Pocos dias despues de su muerte, fue elevado á la dignidad pontificia Marcelo Corvino, natural de Monte Policiano, habiendo retenido el nombre de Marcelo en su exâltacion; pero la muerte le arrebató á los veinte y un dias de su coronacion, sin haberle dexado tiempo para dar alguna muestra de su mucha santidad y doctrina. Despues de acérrimos debates entre los cardenales, que duraron pocos dias, le sucedió en el pontificado Juan Pedro Carrafa, de una nobilísima familia napolitana, y el qual en su exâltacion tomó el nombre de Paulo IV. En este año murió Enrique de Labrit (hijo de Juan, el que fue despojado del reyno de Navarra) dexando á Juana hija única, la que casó con Antonio de Borbon duque de Vandoma, y trasladó los derechos de aquel reyno á la familia de Borbon, que en breve habia de ser muy célebre, y poseer el imperio de toda la Francia. Tambien fallecieron en el mismo año Juan Federico de Saxonia, y su muger Sibila, tan perseguidos por su adversa fortuna.

Hallándose el César gravemente enfermo, encargó á su hermano don Fernando, que presidiese en su nombre la dieta de Ausburg, en que se habia de tratar sobre las materias de religion, y que pusiese todo su cuidado, zelo y diligencia en conservarla, lo que seria muy grato á Dios, y muy necesario para la paz y tranquilidad de Alemania. Abrióse el dia cinco de febrero, y fueron pocos los príncipes que concurrieron. Los mas de ellos se excusaron con va-

rios pretextos, pero en realidad por su grande oposicion á las ideas del César, y enviaron embaxadores. Exhortólos don Fernando, á que de comun acuerdo mirasen por el bien público, y refirió los males que habia causado la diversidad de opiniones religiosas. «No tengo necesidad, dixo, de recordaros aqui las calamidades de Alemania, que vosotros »habeis padecido juntamente conmigo; porque esto »pareceria mas bien renovar las heridas, que buscar »su remedio. Ciertamente hemos llorado mucho las »disensiones, que poco tiempo há se suscitaron acer»ca de la religion, y aun no cesamos de llorarlas; y »si estos males no nos costasen mas que lágrimas, no »seria tan grande nuestro dolor; quando ademas de »la pérdida de todas las cosas que son mas amadas »de los mortales, esta cruel obstinacion ha costado á »muchos su propia sangre, que á cada paso ha inun»dado los campos de Alemania, destruido sus ciu»dades, asolado sus tierras con todo género de es»tragos, y las que antes eran tan florecientes, han »quedado por la mayor parte reducidas á un triste »desierto. Verdaderamente nuestras miserias han lle»gado á tal extremo, que las enfermedades son mas »poderosas que los remedios, y parece que la felici»dad se ha retirado lejos de Alemania. Para curar »los males de la religion, y corregir las perversas »costumbres de los hombres, instituyeron nuestros »mayores los concilios, tomando el exemplo de los »apóstoles, y en ellos se exâmina y decide lo que »debemos creer, y lo que debemos obrar. Nadie ig»nora la gran veneracion con que hasta nuestros tiem»pos han sido recibidas por todos los hombres piado»sos las disposiciones conciliares, ni el sumo despre»cio con que los impios se oponen á los decretos del »concilio Ecuménico de Trento, congregado tiempo

»hace, y rehusando entrar por el camino estrecho, »se abrieron para sí, y para sus sequaces otro muy »ancho que los conduce á la perdicion. ¿Qué espe»ranza nos queda de reducir á sano juicio á unos »hombres, que de tal modo desechan las medicinas »que se les aplican, y se enfurecen contra su mis»mo médico? Muchas veces han sido convidados con »singular benevolencia por los Padres del concilio »para que asistan á él, propongan y disputen, y se »han negado á ello con la mayor pertinacia. Esto á »mi entender no es buscar la verdad de la doctrina, »sino huir de ella con subterfugios engañosos, para »que no se descubra la falsedad y vanidad de sus »opiniones: por lo qual, no quieren sujetarse al jui»cio de la iglesia, para que hallándose fuera de ella, »y fuera del rebaño de Jesu-Christo, cometan im»punemente sus crueldades como lobos sangrientos. »¡Quán grande perversidad es mudar la antigua y »heredada doctrina de la religion como si fuera un »vestido! ¡y lo que es todavia mas intolerable saltar »con inconstante juicio de una doctrina á otra, y no »fixarse en ninguna! Creo que tienen por misera»bles á sus padres, abuelos y antepasados, que por »espacio de mas de mil y quinientos años observaron »y veneraron la doctrina enseñada por Jesu-Christo, »y declarada por los Padres; ó por mejor decir, ellos »son los miserables, y lo serán perpétuamente por»que con tanta temeridad se apartaron de lo que po»dia hacerlos bienaventurados en la eternidad, por »defender sus propios sueños y delirios. De esto pues, »se han originado entre una nacion esclarecida, y no »menos valerosa, odios, discordias, enemistades y »guerras que no tendrán fin, si no se procura reunir »los ánimos en la verdadera piedad, y se restablece »la antigua doctrina. Por lo qual me parece que ante

»todo se deben extirpar los diversos monstruos de »la heregía, que impunemente pervierten al pueblo; »y como una Hidra pestilentísima produce tantas ca»bezas, quantos son los impostores que de la noche »á la mañana se erigen en doctores, entregados á su »vientre y á sus torpes pasiones; que quieren sujetar »á Dios á sus deseos, y no sujetarse ellos á Dios, »para que desterrando del orbe christiano tan feas »tinieblas, resplandezca nuevamente aquella luz ver»dadera que alumbra á todos los hombres." Concluido este discurso, pasaron á la votacion, y despues de largas y inútiles alteraciones se resolvió por la dieta: «Que en lo sucesivo no se molestase por »causa de religion á ninguno que profesase la con»fesion de Ausburg, ni por este motivo se declarase »guerra á ninguno de los príncipes ni ciudades. Que »reteniéndose únicamente la fé católica, y la doctri»na de Ausburg, se aboliesen del todo las demas »sectas que despues habian nacido. Que no se per»mitiese á los sacerdotes abandonar la antigua reli»gion (porque eran muchos los que se desertaban de »ella para no observar el voto de continencia), y »abrazar la nueva; y que el que lo hiciera perdiese »su beneficio y prerogativas, y fuese nombrado otro »en su lugar." De este modo, y á tanta costa de la verdadera piedad consiguieron alguna paz los alemanes, hallándose presente el cardenal Moron legado pontificio, y no se puede ponderar el daño que de aquí se siguió á la posteridad, el qual será irremediable, si Dios no mira por su causa.

En las fronteras de Flandes continuaba la guerra en medio del invierno, quando se comenzó á tratar de paces, habiendo sido enviado el cardenal Polo por la Reyna María de Inglaterra al Rey de Francia, deseosa de reconciliarle con el César. Juntáron

se á este fin los plenipotenciarios de Arras y de Lorena en una casa de madera, que se fabricó con este objeto cerca de Calés. Disputaron por largo espacio acerca de las condiciones, mas no pudiendo convenirse, se retiraron de alli en el mismo dia sin haber concluido cosa alguna, siendo inútiles los esfuerzos de los ingleses para terminar la guerra. El duque de Saboya edificó en el rio Mosa á Charleroy, para reprimir las incursiones de los franceses, y Guillelmo de Nassau, que habia sucedido á Rosen, muerto de una peste, levantó en obsequio del Rey don Felipe la célebre fortaleza llamada Philisburgo. Entretanto mil y seiscientos franceses, la mayor parte de caballería, á quienes mandaba Mr. Jaylli, noble angevino, impedidos con la carga de la presa que habian hecho en toda la provincia de Artois, cayeron en una emboscada que les armó Alsimont gobernador de Bapaume. Perturbados con este repentino lance, pues caminaban descuidados y dispersos sin formacion alguna, comenzaron una pelea tumultuaria. Los labradores que Alsimont habia juntado, deseosos á un mismo tiempo de la venganza y del saqueo, insultaron intrépidamente con sus tiros á los que se hallaban cogidos en la emboscada; y como no podian ordenarse en batalla, porque la caballería los estrechaba por la frente y por la espalda, tampoco les era posible ponerse en fuga, y fueron todos con su capitan pasados á cuchillo como un rebaño de ovejas. Despues que se aplacó la ira de los imperiales, fueron conservados algunos pocos franceses, y recobrada toda la presa.

Tambien el Océano se ensangrentó por este tiempo con una cruelísima batalla acaecida no lejos de Dieppa, entre los normandos y flamencos. Veinte y quatro navios cargados de mercaderías, que venian

de España, fueron acometidos por veinte y cinco navíos franceses bien armados. Viéndose los flamencos en la necesidad de pelear, hacen frente al enemigo, y se trabó un combate atrocísimo, con horrible estruendo de la artillería. Finalmente llegaron al abordage, y duró la pelea quatro horas, sin que la victoria se declarase por una ni otra parte. Pero los flamencos suplieron la falta de fuerzas con los fuegos artificiales, que arrojaron sobre la armada francesa, y comenzó á arder una de sus naves. De ésta pasó á otras la llama, y se excitó un horroroso incendio, con cuyo terror y la llegada de la noche se dirimió la batalla. El fuego consumió seis navíos flamencos, y otros tantos franceses. Una y otra capitana fueron abrasadas, y despues sumergidas en las olas con toda su gente. Los franceses traxeron á remolque al puerto de Dieppa cinco navíos muy destruidos con las balas y el fuego, los que les sirvieron mas para ostentar su costosa victoria, que para otro uso alguno.

En el Piamonte se hallaban en mejor estado los franceses que los españoles, por la gran diferencia que habia entre los generales. El uno era muy intrépido y activo, y habia ganado muchas victorias, y el otro era mas propio para tratar los negocios civiles, que para las armas. De esto se originó la pérdida de Casal del Monferrato, tomado por los franceses mientras Figueroa se divertia en las bodas de un hombre poderoso. Conocian muy bien que en medio de estas alegrias se relaxa y descuida la disciplina militar, y habiendo aplicado las escalas al muro, entraron de noche en la ciudad, que estaba sepultada en sueño y vino. Fueron muertos todos los alemanes con Juan Bautista Londronio su capitan, aunque no sin pérdida de los enemigos. El dia

siguiente Figueroa que se habia refugiado á la fortaleza desproveida de guarnicion, y de víveres y municiones, fue enviado libre junto con los bagages. Animado Brisac de este feliz suceso, se apoderó de Pomario, castillo inmediato, y corrió hasta las puertas de Valencia, inspirando terror á sus habitantes, y allí acaeció una tumultuaria pelea con la caballería española, en la que se portó valerosamente Lope de Acuña, cuyo denuedo y pericia militar impidió que la Lombardía recibiese un grave daño. Habiendo tomado el Frances muchos castillos, arrasó sus murallas para que no le sirviesen de carga, y de utilidad al enemigo. Finalmente rodeó con sus tropas á Volpiano, que por estar falto de víveres no era dificil expugnarlo. Con tan descuidado general se hallaban las cosas de España muy expuestas á una ruina; pero le sucedió el duque de Alba, á quien don Felipe habia dado amplísimos poderes en toda la Italia. Este pues llevó de socorro cinco mil alemanes, y mil caballos, y con su venida fue levantado el sitio de Volpiano, y recobrado Pomario con muerte de su guarnicion. Tomó tambien otros castillos, y los fortificó para refrenar al enemigo, que hacia excursiones por todas partes. Despues puso sitio á Sancia con mayor ánimo que prudencia, faltándole dinero para la paga de los soldados, pues ni se lo enviaba el César, ni tenia de donde sacarlo; por lo qual se dispersó gran parte del exército, y desistió de la empresa comenzada, no sin alguna pérdida, habiendo muerto de un balazo don Ramon de Cardona, valeroso capitan. Hay quien dice que el dinero fue detenido por astucia de Ruy Gomez, émulo del duque de Alba. No cesaba éste de amonestar que no convenia agotar el erario en una guerra inútil, que en breve habia de componerse. Entretanto llegó

Aumale, á quien el Rey de Francia envió á toda prisa con un socorro de tropas, para que hiciese frente á un general tan esclarecido como el duque de Alba. Acometió á Volpiano con todas sus fuerzas, á fin de borrar la anterior mancha. Fueron continuas las peleas en la brecha del muro, en las quales quedaron muertos Garcilaso de la Vega, hermano del conde de Palma, y Pedro de Silva, jóvenes intrépidos con una buena parte de la guarnicion. La restante fue enviada libre con todos sus bagages, habiendo entregado la ciudad don Manuel de Luna, que por medio del campo enemigo habia introducido en ella socorros. Despues de esto escalaron los franceses una noche á Moncalvi, y la tomaron. Retiróse la guarnicion á la fortaleza, en ademan de dar alguna prueba de valor; pero apenas fue batido ligeramente el muro, se escaparon de alli con vergonzosa cobardía, antes que viesen al enemigo. El gobernador Christóbal Diaz se presentó con doscientos españoles á don Alvaro de Sande, que defendia á Ponte-Stura de orden del duque de Alba, y procuró disculparse del hecho; pero habiéndole reprehendido con palabras muy ásperas, le hizo ahorcar al instante, y despojó de sus armas á los soldados, arrojándolos del campo como á gente deshonrada, y oprobrio de la milicia española.

Partió despues el duque de Alba á Nápoles por mandado de don Felipe, sin que hubiese adquirido mucha fama en esta guerra, y le substituyó en el gobierno de la Lombardía el cardenal de Trento. El mando de las tropas fue encargado á Castaldo y á Pescara general de la caballería. Orgullosos los franceses con tan prósperos sucesos, intentaron tomar por un ardid á Ancisa, pero los vendió una espía doble, y un gran número de ellos fueron muertos en

una emboscada. Por este tiempo fue acusado Gonzaga de grandes crímenes, los quales disimuló el César en consideracion á sus extraordinarios méritos; pero le separó de los negocios públicos, y le mandó retirarse á Nápoles, dándole á San Severino y otros pueblos para sustentar su vejez con dignidad y descanso. Exâminada la causa no quedó sin castigo la malicia de sus acusadores, y Juan de Luna, que era uno de ellos, se pasó á los franceses antes de pronunciarse la sentencia. Don Alonso Peixoto noble valenciano, fue nombrado gobernador de la fortaleza de Milán en lugar de Gonzaga.

Al mismo tiempo se hallaban los seneses gravemente estrechados por la falta de víveres; pero sin embargo resistian á los sitiadores, y aun les hicieron algunos daños. Mas como el hambre se aumentase cada dia, salieron de la ciudad una noche los alemanes con parte de los habitantes, caminando con gran silencio. Los imperiales excitados por los clamores de sus centinelas, los acometieron á obscuras, y pelearon unos y otros á la manera de los andabatas. Para escapar los seneses de las manos de sus enemigos con la menor pérdida posible, abandonaron sus bagages, segun lo afirma Natal Comite, á quien se debe mayor crédito, porque en aquel tiempo se hallaba en el campo. Fue arrojada tambien de la ciudad la turba inútil para la guerra, y rechazada por el enemigo dentro del foso, causó un lastimoso espectáculo. Por último, fue vencida Sena por el hambre, que es la mas poderosa arma, habiéndola faltado el socorro y la esperanza de tenerle, y despues de haber apurado hasta las yerbas que nacian dentro de los muros, capituló la entrega el dia veinte y uno de abril. Busieres, autor muy franco en las alabanzas de su nacion, afirma, que el

capitan Monluc y los franceses se abrieron camino con la espada por medio de los reales enemigos, cuyo hecho no hay ninguno que le apoye. Lo cierto es que Monluc salió con muy honrosas condiciones, y Mariñan le dió cincuenta mulas para trasportar los bagages de su gente. Seguianle ochocientos seneses, dexando casi desiertas las casas, y una turba de mugeres, muchachos y niños con algunos cortos muebles. En las condiciones se concedió indulto á los habitantes, sin exceptuar los proscriptos, y se estipuló que no se tocaria á sus bienes y haciendas, quedando todo lo demas al arbitrio del César. Entró en la ciudad una guarnicion imperial, y se conduxo á ella gran cantidad de víveres, y de este modo fueron conservados, por la clemencia de los vencedores, aquellos á quienes su obstinacion habia reducido á tal extremo, que se caian muertos por las calles y caminos.

Inmediatamente recayó todo el peso de la guerra sobre Puerto Hércules, de donde se escapó Estrozi en una galera, con el auxilio de las tinieblas de la noche. Despues de tres asaltos penetraron en la ciudad los imperiales con espada en mano, haciendo grande estrago en la guarnicion que la defendia, y quedaron prisioneros algunos desterrados, entre los quales Alexandro Salviati fue degollado por orden de Cosme. Contribuyó mucho Doria al feliz éxito de esta empresa, y hizo degollar en la proa de una galera á Gerónimo Fiesco por el antiguo odio que tenia á su familia. El Tuano dice, que habiéndole cosido en un saco, fue sumergido en el mar. Entretanto llegó á aquellas costas la armada otomana, y desembarcó en ellas un poderoso esquadron, que la mayor parte se componia de genízaros, hombres robustos y endurecidos en los trabajos de la guerra; pero habiendo sido

rechazados á las galeras por el valor de Leon Santí, navegaron á Córcega. En esta isla se hallaba Calvi sitiada por las armas francesas, y habiendo llegado Doria con su armada, la libertó del peligro, y puso en fuga á la armada francesa mandada por Polini. Mandó arrasar las murallas de San Florencio que servian mas de gasto que de utilidad; pero con la llegada de la armada otomana recobraron el ánimo los franceses, y sitiaron á Calvi por dos partes, y la combatieron con mejor esperanza. Acometieron la ciudad con gran gritería por la brecha que habian abierto en el muro, y fueron recibidos por los imperiales con invencible constancia y denuedo. Los mas audaces fueron derribados con la lluvia de balas que caian sobre ellos, y con los golpes de las picas, y los demas fueron rechazados: volvieron á renovar la pelea por dos y tres veces, con grande obstinacion, pero siempre en vano. Finalmente vencídos, y puestos en fuga los franceses y los turcos con mucha ignominia y pérdida, levantaron el sitio, y se volvieron poco alegres los otomanos á Constantinopla, y los franceses á Marsella. Despues que Mariñan fue recompensado por el duque Cosme con grandes regalos en premio de las heróycas hazañas que habia hecho en Toscana, se volvió á Milán, y murió en breve repentinamente. Su cuerpo fue sepultado con gran pompa en la catedral en un túmulo de mármol.

Luego que se concluyó la guerra de Toscana, se empezó á sembrar la semilla da una nueva guerra que meditaba el Pontífice para satisfacer su antiguo odio contra los españoles y contra los Colonas; y al mismo tiempo para ensalzar la familia de los Carrafas con opulentos principados, sacando utilidad del daño ageno. Por esto dice ingeniosamente un escritor frances, que dió muestras no de padre pacífico, si no de in-

dulgentísimo tio para con los suyos. El primer impulso de su ira recayó sobre el cardenal de Santa Flor, á quien encerró en el castillo de San Angel, con el pretexto de que su hermano Carlos Sforcia, que servia al Rey de Francia con dos galeras, las habia sacado de Civita-Vechia, para pasarse con ellas al partido del César, y no le puso en libertad hasta que las galeras fueron restituidas al puerto. Todavia no habia intentado cosa alguna contra los Colonas, pero daba claros indicios de las ideas que revolvia en su ánimo.

CAPITULO II.

Renuncia el César los estados de España y de Flandes en don Felipe su hijo; y el imperio en su hermano don Fernando. Declárase el Pontífice contra la España y sus aliados.

El César que por la grandeza de su imperio, y por sus esclarecidas hazañas, se veia elevado á una fortuna superior á la naturaleza humana, tocó la retirada en medio de la carrera de sus victorias, como lo tenia pensado mucho tiempo antes. Asi pues, habiendo llamado de Inglaterra á su hijo don Felipe, convocó en Bruselas una junta de todos los estados para el dia veinte y cinco de octubre, á fin de despojarse de la mayor parte del orbe, y vivir de alli adelante para sí mismo, y para Dios. Concurrieron en este dia muchos caballeros del Toyson de Oro, de cuya orden creó solemnemente por maestre á don Felipe. Despues de comer, pasó á una gran sala de palacio, acompañado de todo el senado, y de un extraordinario concurso de embaxadores, grandes y nobles, y se sentó en medio de los Reyes don Felipe, y Maximiliano. A los lados de estos se hallaban las

tres Reynas, doña María de Hungría, doña Leonor, y doña María de Bohemia, y en el último asiento Christina de Lorena, y Filiberto de Saboya. Callaban todos, quando el César mandó á su consejero Filiberto de Bruselas, que leyese en alta voz una cédula escrita en lengua latina que le entregó, pues en ella descubria sus intenciones, y el propósito que habia hecho de retirarse, añadiendo las razones que le movian á ello, y juntamente trasladó en don Felipe su hijo todo el dominio de Borgoña y Flandes, y mandó que sus habitantes le prestasen juramento de fidelidad, absolviéndolos del que le tenian hecho á él. Levantóse despues apoyando su mano derecha sobre el hombro de Scipion, y la izquierda sobre el del príncipe de Orange, y leyó un papel, que llevaba escrito para aliviar la memoria, en que referia todas las cosas que habia hecho desde la edad de diez y siete años; y que no siendo suficientes sus fuerzas, quebrantadas ya con las enfermedades y trabajos para sostener el peso de tan grande imperio, habia determinado en beneficio público renunciar los reynos, y en lugar de un viejo cercano al sepulcro, substituir un jóven robusto, y exercitado en regir y gobernar los pueblos desde la edad mas tierna, para que separado él de los negocios del siglo, se dedicase lo que le restaba de vida á los exercicios de la piedad, y á disponerse con tiempo á la muerte que no podia estar muy lejos. Exhortó á todos á que guardasen á su hijo la fidelidad, y amor que á él le habian tenido hasta entonces: que defendiesen constantemente la religion católica, mirando siempre por la conservacion de la iglesia, y finalmente les rogó les perdonasen con benignidad las faltas y errores que habia cometido en el gobierno. Volviéndose despues á su hijo, le encargó encarecidamente, como

uno de sus principales cuidados, el patrocinio y defensa de la religion católica, la observancia de las leyes y de la justicia, y el amor á sus pueblos, con lo qual seria feliz en todas sus empresas. Entonces don Felipe descubierta la cabeza, y poniéndose de rodillas á sus pies, con mucho respeto, dixo, que confiado en el auxilio divino, y instruido con los consejos de su querido padre, procuraria corresponder á las esperanzas que de él habia formado. Despues de esto, habiendo besado la mano derecha á su padre, y abrazádole éste, le puso la mano en la cabeza, y fue proclamado por príncipe de Flandes con la fórmula acostumbrada, haciendo la señal de la cruz en nombre de la Santísima Trinidad. No pudo el César contener las lágrimas en este lance, y prorrumpiendo en llanto todos los que estaban presentes, les dixo que se compadecia de la suerte de su hijo amado, que se echaba sobre sus hombros un peso tan enorme. Dicho esto, y hallándose en pie don Felipe, habló á la junta algunas pocas palabras en frances, y mandó al obispo de Arras que hablase por él, y que asegurase de su buena voluntad á los fidelísimos flamencos, á los que apreciaba mucho como que eran cabeza de su patrimonio. El obispo en una elegante oracion manifestó la gratitud y reconocimiento de don Felipe á su buen padre, y su grande amor á los flamencos; y concluyó deseándoles todo género de prosperidades en el gobierno de un príncipe de tan singular prudencia. Tomó la palabra Jacobo Massio, consejero real, y respondió en nombre de los estados de Flandes, que los flamencos se dolian mucho de verse privados del patrocinio del César; pero que habiendo sido trasladado en don Felipe, redundaba en gran beneficio de la nacion flamenca, tan benemérita de la casa de Aus-

tria, y que sería inalterable su obsequio, y su amor á tan buen príncipe. Tambien renunció doña María de Hungría el gobierno de Flandes, que habia obtenido por espacio de veinte y cinco años; asegurando que habia gobernado aquellos estados del modo que le habia parecido mas conveniente al bien de su hermano y del público en unos tiempos tan calamitosos; pero que si por la humana flaqueza no habia podido conseguirlo, les pedia encarecidamente el perdon de las faltas; el qual esperaba le concederian benignamente los flamencos, por cuyo bien y utilidad, se habia desvelado tanto. Respondióla el mismo Massio alabando su prudencia, su vigilancia, su fortaleza, y las demas virtudes de su gobierno; y finalmente en nombre de todos los estados la dió muchas gracias por los beneficios, que habia hecho al público, los que nunca podrian borrarse de la memoria de los flamencos. Concluido este acto, se disolvió la junta; y apoyándose el César en el hombro del príncipe de Orange, se retiró de la sala. Al dia siguiente los diputados de las provincias hicieron el juramento de fidelidad á don Felipe, y le besaron la mano en señal de obsequio y obediencia. El dia diez y seis de enero del año siguiente de mil y quinientos y cincuenta
1556. y seis convocó el César en la misma sala á todos los grandes de España, y con igual solemnidad renunció en don Felipe los reynos de España, sus islas y provincias de nuestro orbe, y del nuevo; asi las que poseia por derecho hereditario, como las que habia conquistado, y dirigió cartas á las principales ciudades, dándoles noticia de esta renuncia. Finalmente para emprender su viage á España, envió por medio del príncipe de Orange el cetro y corona imperial á su hermano don Fernando, habiendo antes dado noticia de su abdicacion á los estados del imperio germá-

nico. De este modo aquel ínclito César, tan grande por sus esclarecidas hazañas, despojándose del mas elevado fausto de la grandeza humana, comenzó á ser mucho mas excelso, y adquirir mayor nombre con haber renunciado el imperio, que con haberlo adquirido.

Al mismo tiempo volvió doña María Reyna de Inglaterra á tratar de la concordia de los príncipes; y no fueron del todo inútiles sus esfuerzos, por los eficaces oficios del cardenal Polo. Juntáronse en un monasterio cerca de Cambray los ministros, con ámplios poderes para concluir la guerra. Pero no siendo facil establecer una paz sólida y permanente, porque cada uno creia que su causa era mas justa que la de su adversario, convinieron únicamente en que se hiciesen treguas por cinco años, en cuyo tiempo cesarian las hostilidades por mar y por tierra: que cada uno retuviese lo que habia ganado en la guerra anterior, y que fuesen puestos en libertad los prisioneros, mediante la suma que se estipulase. Ajustóse este tratado el dia cinco de febrero, y de alli á poco tiempo fue ratificado con juramento por los príncipes, y publicado en diversas partes.

El Pontífice se hallaba dudoso entre la guerra y la paz, y no acertaba á resolverse. La falta de fuerzas y el miedo le retenian de la guerra; pero las instigaciones de los Carrafas le inclinaban á aborrecer la paz. Entre estos sobresalia Carlos, que trasladado desde la milicia de Malta á la dignidad cardenalicia, se habia hecho dueño de la voluntad de su tio; disponia de los negocios á su antojo, y inclinaba el ánimo inconstante del Papa á la parte que mas le acomodaba. Aborrecia Carlos en extremo á los españoles, y fácilmente atraxo á su parecer al viejo Pontífice, que se acordaba todavia de las injurias que en otros tiempos le habian hecho. Asi pues, para

irritarlos, comenzó á perseguir á los Colonas sus amigos y clientes, despues que hizo otro tanto con la familia del cardenal de Santa Flor. Excomulgó á Antonio Colona, y le despojó de sus estados, porque habiéndole mandado comparecer en Roma á responder á los cargos que le hacia, rehusó obedecerle. Prohibió tambien á doña Juana de Aragon su madre, que saliese de su palacio, pero esta muger de ánimo varonil, despreciando el mandato de aquel viejo irritado, se escapó y fue á juntarse con su hijo. El Pontífice trasladó inmediatamente en Juan hijo mayor de su hermano, el principado que habia quitado á Antonio Colona, y le dió el título de duque de Paliano. Este pueblo que los Colonas habian comenzado á fortificar, le aseguró el Papa con nuevas obras, y le proveyó de víveres y de todo género de municiones de guerra, olvidándose enteramente de su fama y buen nombre. Entretanto envió el cardenal Carlos á Anibal Rucilli con cartas para el Rey de Francia, en las que procuraba atraerle al partido de la guerra que meditaba; y aunque sobre admitir esta propuesta fueron diversos los pareceres del consejo real, venció al fin el cardenal de Lorena; que se dexó arrastrar de sus particulares afectos, con el especioso pretexto de defender al vicario de Christo iniquamente oprimido. Decretóse que el mismo cardenal de Lorena, y el de Tournon, (aunque éste ciertamente contra su voluntad, pronosticando tal vez los males que de ello amenazaban á Francia) marchasen con presteza á visitar al Pontífice, que estaba inclinado á la guerra, habiendo hecho con él una secreta alianza de armas, y se retiraron á Francia aparentando que no habian convenido en cosa alguna. En el camino ganaron á su partido al duque de Ferrara, ofreciéndole el mando de las armas.

Orgulloso el Pontífice con la esperanza de estos socorros, comenzó á interceptar los correos públicos, y á poner en prision á los Colonas, á los imperiales, y promiscuamente á los que se hallaban favorecidos del Rey de España, y á juntar tropas, y hacer otros preparativos. Encerró tambien en la cárcel á Garci-Laso de la Vega hijo de don Pedro, enviado por don Felipe, para que procurase desvanecer la guerra, y que aplacando el Papa su ira dexase de perseguir á los vasallos de España. La causa de esta prision fue una carta escrita por el mismo Garci-Laso, con caractéres desconocidos, interceptada por el cardenal Carlos, y en la que se hacia mencion de Ascanio de la Corne, que despues de una breve prision habia sido puesto en libertad por el Rey de Francia á instancia de su tio, y por este tiempo militaba baxo las banderas del Pontífice. Para evadirse de su ira (porque habia dado orden de que le llevasen preso á Roma) se huyó al duque de Alba, quien le recibió honoríficamente, aunque para mal del cardenal Fulvio su hermano, que como si fuese autor de la fuga, fue preso en el castillo de San Angel, y pagó la pena de la agena culpa. El marques de Sarria embaxador de España cerca del Pontífice, hubiera tenido la misma suerte, si no se hubiese escapado de Roma, y pasado á Flandes, para dar cuenta á don Felipe de tan extraña conducta. Finalmente ningun español, ni ninguno que en otros tiempos hubiese sido afecto á los españoles, se hallaba seguro en Roma.

El duque de Alba juntaba tropas en Nápoles de orden del Rey don Felipe, para hacer la guerra al Pontífice, que tenia desiguales fuerzas, en caso que no desistiese de sus intentos; y á fin de emplear todos los medios suaves antes de ponerse en marcha

contra Roma, envió al Pontífice á Pirrho Lofredo, noble napolitano, para ver si era posible componer aquella discordia. Habiéndole dado audiencia, se leyeron en ella las cartas que escribia el duque de Alba al Papa y los cardenales; y luego que las oyó aquel hombre poseido en extremo de la ira, insultó al enviado con palabras muy picantes, y aun le amenazó que le haria ahorcar. Pero no olvidándose Lofredo de su carácter, le respondió con suma entereza, que estaba dispuesto á dar la vida por el Rey don Felipe, la que perderia de buena gana en aquella embaxada, antes que tolerar cosa alguna que fuese contraria á su dignidad. Pusiéronse en medio algunos cardenales, á fin de que con el ardor no se le escapase alguna palabra, que irritase mas el ánimo del Pontífice; el qual aplacado algun tanto por sus ruegos, se contentó con ponerle en prision, sin respeto alguno al derecho de las gentes, y no le sacó de allí hasta que se ajustó la paz en el año siguiente. Para dar la última mano á la alianza francesa, pasó el cardenal Carlos á visitar al Rey Enrique que todavia estaba dudoso, y fluctuante sobre el partido que debia tomar, pero le atraxo al suyo con un estudiado discurso, en el qual mostrándose liberal con lo ageno, le confirmó en la esperanza que tenia de apoderarse del reyno de Nápoles. Ofrecíale tambien en prendas algunas ciudades fortificadas del dominio pontificio, y aun el castillo de San Angel, con tal que se apresurase á hacer la guerra para arrojar á los españoles de Italia. Ultimamente para quitarle todo escrúpulo acerca de la obligacion de observar las treguas, que poco tiempo antes habia pactado, le absolvió del juramento este hombre perverso, y aprobó el perjurio. Los mismos escritores franceses no dexaron de censurar la iniquidad con que el Rey juró esta nueva alianza, atribuyendo la

culpa á los Guisas, y á Diana de Poitiers, aquella Medea de la corte.

Concluida esta navegacion, volvió á Roma Carlos, llevando consigo á Pedro Estrozi para servirse de él en la guerra. Entretanto ponia el Pontífice todo su cuidado en sublevar á los príncipes de Italia contra los españoles, enviando á este fin legados á diversas partes, quando llegó á su noticia que los Farnesios habian vuelto á la gracia de don Felipe, y que habia restituido á Octavio la ciudad de Plasencia, y los demas bienes que antes se le quitaron. Sintiólo esto altamente, y para desahogar su ira contra ellos, envió al momento á Antonio Tolentino, con un esquadron de gente armada para que se apoderase de Castro; pero no pudo conseguirlo, y se vió obligado á retirarse con ignominia. En vano solicitó el Pontífice á los venecianos á que entrasen en la alianza de sus armas, ofreciéndoles que no quedaria sin premio el auxîlio que le diesen, y sus fútiles promesas no pudieron retraer á aquellos varones prudentísimos del deseo de conservar la paz.

La tranquilidad de Sena, que parecia estar en próxîmo peligro, fue asegurada por la prudencia del cardenal de Burgos don Francisco de Mendoza. Consiguió con sus exhortaciones que los ciudadanos reedificasen de nuevo la fortaleza, á fin de evitar los gastos que cada dia eran necesarios para mantener una numerosa guarnicion; y porque padecian escasez de trigo, hizo conducir de Sicilia y de la Pulla una inmensa cantidad de granos, y de este modo retuvo en la debida obediencia á una ciudad que estaba muy próxîma á padecer los anteriores males. El duque Cosme creyó que no debia dormirse en la tormenta que amenazaba, y que corria sobre su cabeza, sino que debia precaverse con tiempo, para lo qual tomó

á su sueldo una legion de alemanes: fortificó á Pisa y otras ciudades con mas poderosas guarniciones, y hizo todos los demas preparativos convenientes, á fin de precaver qualquiera invasion. Tambien se procuró asegurar la Lombardía contra la fuerza declarada, y las ocultas asechanzas de los franceses, que á toda prisa caminaban á Italia.

El duque de Alba, para conseguir con la espada la paz que habia intentado en vano por otros medios, sacó sus tropas de Nápoles el dia primero de septiembre. Componíanse de nueve mil infantes y dos mil caballos: mucha parte de la nobleza se alistó para militar á sus expensas, y Bernardo de Aldana dirigia la artillería. Luego que entró este exército en los dominios pontificios, se apoderó al instante de Prusinon, situado en una altura que habia sido abandonada por su guarnicion, y recobró alguno de los pueblos de Antonio Colona. Envió con parte de las tropas á Vespasiano Gonzaga, y á don García de Toledo para que hiciesen la guerra por diversos parages, y tomaron unas por fuerza y otras por voluntaria entrega muchas ciudades y pueblos, cuyos nombres no permite referir la brevedad que nos hemos propuesto. Anagni, capital de los antiguos hérnicos, por la cobardía de su guarnicion que se escapó una noche, fue hecha presa del soldado vencedor contra la voluntad del general. Causó esto en Roma un gran terror y consternacion, porque aun no se les habia olvidado el asalto de Borbon. Acudieron los cardenales al Pontífice, le rogaron, suplicaron y amonestaron que deponiendo su ira, se dignase dar oidos á los españoles que pedian la paz, la qual de otro modo se veria forzado á hacer con ignominia y pérdida. Ofreciéronle sus auxilios, y aun le prometieron que veria al mismo duque de Alba, que le in-

sultaba impunemente, postrarse á sus pies, y pedirle no solo la paz sino el perdon. Conmovido el Pontífice con estas razones, y aterrado del peligro que veia tan cercano, envió á fray Thomás Manrique del orden de Santo Domingo, ilustre por su nacimiento y opinion de santidad, á fin de que tratase de la paz con el duque de Alba con las mas honrosas condiciones que pudiese. Este religioso despues de haber conferenciado con don Francisco Pacheco, hermano del marques de Cerralvo, volvió á Roma con grandes esperanzas de que se compondria la discordia, viendo que el duque de Alba estaba verdaderamente inclinado á la paz. Acordóse que se juntasen en Frascati el cardenal Carlos, y el duque de Alba, pareciendo que este era el medio mas expedito de ajustar la paz. Acudió el Español al lugar señalado, pero no el cardenal, porque se habia mudado la voluntad del Pontífice, y con esta astucia solo intentaba ganar tiempo para recibir los socorros de Francia, y sacar despues sus tropas á campaña.

Habiendo quedado burlado el duque de Alba, y mofado en Roma Pacheco, continuó la guerra con mucho mas vigor que se habia hecho hasta entonces. Tomaron los españoles á Palestina, Tívoli y otras ciudades, y los de Ancio arrojando la guarnicion pontificia, se entregaron á los Colonas. La proximidad de los enemigos hizo emplear todos los cuidados en fortificar la ciudad. Arruináronse con grande estrago todas las casas de campo y demas edificios que habia en las cercanías, y los ciudadanos fluctuando entre la esperanza y el temor, se lamentaban de la pérdida de sus bienes. Guarnecian á Roma dos mil franceses, que habian venido á las órdenes de Montluc, el qual se hizo célebre en la guerra de Sena. Mandaba el esquadron de la caballe-

ria Baltasar Rangoni, á quien sorprendió en una emboscada Josef Cantelmo, y le hizo prisionero con muchos de sus compañeros. Entretanto se acercaron las tropas á la ciudad, y se fortificaron los puestos oportunos; porque la intencion del duque de Alba era impedir que entrasen en ella víveres algunos, y obligarla á la paz con el hambre, y no con la espada. Con este designio sitió á Ostia, y se apoderó de ella, aunque no sin trabajo, y á costa de alguna sangre. En la boca opuesta del rio levantó un castillo, para que no recibiese socorro alguno por el mar. Al mismo tiempo Antonio Carrafa habiendo reclutado tropas en la Marca de Ancona, molestaba las fronteras del reyno de Nápoles para alejar de Roma al duque de Alba. Pero le arrojó de allí Fernando Lofredo marques de Trevici, que gobernaba la Basilicata, y se retiró prontamente á Ascoli, sin que acaeciese cosa alguna de importancia en aquellas partes. Por la mediacion del cardenal de Santa Flor se pactaron treguas por algunos dias, las que se prorrogaron hasta quarenta, con utilidad de ambas partes, habiendo solicitado el cardenal Carlos tener una conferencia con el duque de Alba, el qual despues de haber guarnecido las ciudades fortificadas, regresó con sus tropas á Nápoles á principios de diciembre.

CAPITULO III.

Viage de Carlos V á España y se retira al monasterio de Yuste. Muerte de Santo Tomás de Villanueva. De San Ignacio de Loyola y de otros varones ilustres. Sitio de Oran por los turcos.

Mientras que acaecian estas cosas en la Italia el magnánimo Carlos, despues de haber renunciado to-

dos sus reynos y dominios, pasó á Sudeburg para embarcarse á España, acompañándole el Rey don Felipe su hijo, y el duque de Saboya. Despidióse de ellos con muchas lágrimas, y se hizo á la vela en la armada con las Reynas doña Leonor y doña María el dia diez y siete de septiembre, siguiéndole por obsequio algunas naves inglesas. Arribó felizmente, y con favorable navegacion al puerto de Laredo, y luego que puso el pie en tierra la besó, diciendo: «Salve, ma»dre comun de todos los mortales, á tí vuelvo des»nudo y pobre del mismo modo que salí del vientre »de mi madre. Ruégote que recibas este mortal des»pojo que te dedico para siempre, y permite que des»canse en tu seno hasta aquel dia que pondrá fin á »todas las cosas humanas." Despues de esto, besando un Crucifixo, que acostumbraba llevar en el pecho, dió gracias á Jesu-Christo de que le habia concedido llegar con felicidad al colmo de sus deseos. Concurrió á esperarle la principal nobleza y los diputados de las ciudades, y fue recibido de todos con extraordinaria alegria; y habiéndolos tratado con grande humanidad, les dió muchas gracias por sus obsequios. Desde alli acompañado de sus hermanas, vino á Valladolid, donde se educaba don Carlos su nieto al cuidado de Honorato Juan noble valenciano, y le abrazó con mucha ternura, exhortándole á la virtud y á la piedad. Pasados algunos dias, se despidió de sus hermanas, y de su hija doña Juana, á quien amaba en extremo, y marchó al monasterio de Yuste del orden de San Gerónimo, distante ocho millas de Plasencia, donde se encerró en una celda, que antes habia mandado edificar, para vivir entre los espíritus celestiales antes de dexar la compañía de los hombres. De todos los criados que tenia se quedó únicamente con doce para las cosas mas indispensables, y

un solo caballo con algunas pocas albajas, y de este modo llenó Dios enteramente el corazon de aquel hombre, que parecia no caber en todo el mundo.

En España todo se hallaba quieto y tranquilo. Solo los piratas moros infestaban de contínuo las costas marítimas con mayor estrépito que daño. El estrago que habian hecho en la isla de Mallorca, le vengaron los isleños en el año anterior, habiendo recobrado la presa. En este año acaecieron muertes ilustres y dignas de memoria. El dia ocho de septiembre pasó á la bienaventuranza Santo Thomás de Villanueva arzobispo de Valencia. Asistió á su entierro con verdaderas lágrimas toda la ciudad, que se veia huérfana de tan caritativo padre. No hay necesidad de referir aquí las heróycas virtudes con que exerció su ministerio, quando el Papa Alexandro VIII le canonizó solemnemente. Resplandeció sobre todo este varon santísimo en el zelo por la defensa de la libertad eclesiástica, y restablecimiento de su disciplina, y en la caridad con los pobres y afligidos, de tal manera que despues de haberles repartido hasta sus cortos muebles, hallándose próximo á morir, mandó á un padre de familias necesitado, que se llevase su cama, que era lo que únicamente le habia quedado, y que le pusiesen en el suelo sobre una estera. Rehusaron sus domésticos hacerlo, y entonces le pidió á aquel hombre con humildes ruegos que le dexase descansar un rato en la cama hasta que espirase; y de este modo murió en cama agena aquel que mientras vivió no tuvo cosa alguna propia. Mandó que le enterrasen en la iglesia de nuestra Señora del Socorro de religiosos Agustinos, extramuros de Valencia. Entre otros monumentos de su piedad edificó y dotó algunos colegios, siendo el principal de todos el de la Presentacion de María

Santísima, que vulgarmente se llama de Santo Thomás, del qual han salido varones insignes en piedad y sabiduría. Todavia se conserva en el palacio arzobispal su pequeña biblioteca, y los hombres doctos hacen grande aprecio de los sermones latinos de este Santo, verdaderamente piadosos y de una sólida eloqüencia. Sucedióle don Francisco de Navarra obispo de Badajoz. En este mismo año pasó de esta vida á la eterna San Ignacio de Loyola, despues de haber fundado la Compañía de Jesus para ganar almas á Dios, cuya mayor gloria habia buscado siempre. Sus socios continuaron con gran zelo en tan loable ministerio, y es muy digna de admiracion la rapidez con que se propagó su instituto, para infinito bien de todos los fieles. Pocos años despues fue canonizado solemnemente por el Papa Gregorio XV. Sucedióle en el generalato el padre Diego Laynez español, ilustre por la fama de su sabiduría y santidad. En Madrid falleció don fray Bartholomé de las Casas, natural de Sevilla, del orden de Santo Domingo, á los noventa años de su edad. Trabajó infatigablemente en libertar de la servidumbre á los indios oprimidos contra toda justicia, y consiguió con sus representaciones y zelosos discursos que el César declarase la libertad de aquellos hombres miserables, ó por mejor decir, que ratificase la que les habia declarado don Fernando el Católico. Fue electo obispo de Chiapa; pero permaneció poco tiempo en su diócesis, porque no podia tolerar que los naturales fuesen tratados tan indignamente por los españoles corrompidos de la avaricia. Habiendo renunciado el obispado, se volvió á España, donde en algunos escritos que publicó no cesó de reprehender la crueldad de los españoles, con mas vehemencia y ardor de lo que convenia, incitado sin duda por el amor que tenia á aquella gente

desgraciada, como se colige claramente de otros escritores, que fueron testigos oculares de las cosas de América. Murió tambien por este tiempo don Gutierre de Carvajal obispo de Plasencia, y fue sepultado en Madrid en la capilla pública que él mismo habia edificado, donde se ve su sepulcro de mármol con un epitafio en lengua vulgar. Fray Juan de Muñatones del orden de San Agustin, y familiarísimo amigo de Santo Thomás, sucedió en la diócesis de Segorve á don Gaspar Borja. Dos años antes habia fallecido don Martin Gurrea obispo de Huesca, y fue electo en su lugar don Pedro Agustin, hermano del Grande Antonio. Por muerte de don Pedro Manuel arzobispo de Santiago, sucedió en esta iglesia don Juan de Toledo, trasladado de la de Burgos.

En el año anterior se perdió en Africa la ciudad de Bugía, habiéndola tomado Salac gobernador de Argel á los quarenta y cinco años que fue conquistada de los moros por Pedro Navarro en tiempo del Rey don Fernando. El gobernador Alonso de Peralta pactó su libertad y la de doce compañeros, y los demas habitantes de la ciudad fueron hechos cautivos. Pero inmediatamente que el autor de esta maldad llegó á Valladolid para disculparse del hecho, fue degradado en medio de la plaza, y despues le cortaron la cabeza. Al mismo tiempo perseguia á los piratas moros Pedro de Acuña portugues, que corria las costas con quatro galeras para alejar de ellas aquella peste. Salióles una vez al encuentro, aunque navegaban con doble número de buques; pero sin que le aterrase la multitud de los enemigos, exhortó á sus soldados á que peleasen con denuedo. Y habiéndose trabado una sangrienta pelea, quedó la victoria por el valor, y no por el número. Perecieron muchos de los enemigos, á quienes se les tomaron

tres galeras con su capitan Xaramed, y de los portugueses solo murieron quarenta, cuya pérdida se recompensó con la libertad de doscientos y treinta christianos, que estaban condenados al remo.

Habiendo regresado de Alemania Buhaz, le socorrió el Rey de Portugal con dinero y cinco navíos bien equipados, y llegando con estos cerca del Peñon de Velez en la costa de Africa, apenas habia tocado en tierra, quando arribó Salac con la armada, y trabaron combate. Apresó el pirata los navíos portugueses, y los conduxo á Argel, sin hacer aprecio alguno de los ruegos y súplicas de Buhaz, que habia corrido á él aceleradamente en una chalupa para dirimir la batalla. No atreviéndose pues á permanecer en aquel parage por temor del Xerife, marchó por bosques y caminos extraviados á presentarse á Salac. Este pirata, que aun no se habia declarado, se dexó ablandar con dones y promesas, y restituyendo á Buhaz la presa, le acompañó con tropas para recuperar á Fez. Conduxo Salac de Argel seis mil turcos y doce cañones de artillería, y en el camino se le juntó un valeroso esquadron, por odio que tenia al Xerife. Este pues, les salió al encuentro con un exército bien ordenado de ochenta mil hombres entre infantes y caballos, y luego que estuvieron á la vista unos de otros, se pasaron á Salac algunas tropas de turcos, con lo qual habiéndose trabado la pelea, quedó Salac victorioso. El Xerife se puso en fuga, y inmediatamente se apoderó Buhaz de la ciudad; pero el Argelino faltando á su palabra, hizo proclamar por Rey de Fez á Muley-Bucar hijo de Merino Oatar, á quien se decia le tocaba el reyno. Lleváronlo á mal los habitantes, que estaban inclinados á Buhaz, y fue causa de que tomasen las armas, y se sublevasen contra los turcos. Consternado con esta novedad el

nuevo Rey, sacó de la cárcel á Buhaz, y le entregó á los sublevados, y habiendo robado el tesoro real, partió aceleradamente á Argel.

Proyectaba Salac acometer á Oran, á cuyo fin consiguió de Soliman quarenta galeras; pero mientras disponia lo necesario para la empresa, murió de peste. Sucedióle en el gobierno por eleccion de los soldados de la guardia el renegado Assan, natural de Córcega, que llevó adelante con mucha diligencia el intento de su sucesor. Habia comenzado ya á batir la ciudad por mar y tierra, quando de improviso se retiró sin saberse con certeza la causa. Unos dicen que le obligó el valor del conde de Alcaudete, que defendia á Oran; y otros que se lo mandó Soliman, habiendo enviado á este fin al pirata Uluc-Ali para que levantase el sitio de una ciudad tan fuerte, y no se aventurase la reputacion de las armas otomanas. Finalmente habiendo sido asesinados Assan el Corso, y su sucesor natural de Constantinopla, confirió Soliman el gobierno de Argel á Hassen hijo de Barbaroxa para daño del Xerife, con quien tenia una enemistad capital. Este pues ardiendo en ira, no podia estar quieto en Marruecos, y juntando un exército, peleó muchas veces con Buhaz con varia fortuna. Por último en una batalla que tuvieron cerca de la misma ciudad sobre que disputaban, fue muerto Buhaz atravesado de una pica; y luego que el exército perdió á su Rey se puso en fuga, siguiéndole el enemigo hasta las puertas de la ciudad, y volvió esta otra vez á poder del vencedor. Pero viendo Hassen que con la fuerza no podia contrarrestar á un hombre tan poderoso, procuró hacerle matar á traicion. Tomó á su cargo esta empresa dificil y peligrosa un turco muy atrevido llamado Hasceu, el qual con doce compañeros se fue al Xerife, y sentó plaza en su guardia pre-

toriana, esperando la ocasion oportuna para executar su intento. Suscitóse un tumulto entre las compañías, porque no se les pagaba su estipendio, y Hascen con sus cómplices acometió al Xerife, que se hallaba sentado á la puerta de su tienda, y asesinó á este viejo guerrero, que tenia ochenta y cinco años. Pasemos ahora desde las costas de Africa al continente de la América.

CAPITULO IV.

Renueva en el Perú Francisco Giron la guerra civil. Es derrotado y degollado en Lima. Sublevaciones y guerra de los indios de Chile. Descubrimiento de la Nueva Vizcaya.

Continuaban todavía en el Perú las sediciones con grande insolencia, pues los del Cuzco libres del temor que les causaba el presidente Gasca, volvieron á su natural inclinacion; y no pudiendo sufrir la severidad con que habian sido refrenados los desórdenes de los anteriores tiempos, tenian freqüentes conferencias para suscitar nuevas inquietudes. Las emulaciones y las antiguas enemistades mal reconciliadas, volvian á encenderse con mayor fuerza, y los adversarios de Hinojosa habian resuelto matarle, y solo esperaban la ocasion de poderlo executar sin peligro. Entretanto amonestado éste por sus amigos para que se guardase, despreció sus avisos con una estúpida negligencia, lo que no tardó mucho en costarle muy caro. A mediados de la primavera del año de mil quinientos cincuenta y tres acometió á su 1553.
casa la multitud armada y le asesinó, habiéndole saqueado sus grandes riquezas. De aqui comenzaron los robos, muertes, y todo género de excesos con

desenfrenada licencia: unos fueron puestos en prisiones, á otros les quitaron las armas, y todo era confusion y desorden. Para vengar tantas maldades se conjuraron Vasco Godinez, y Baltasar Velazquez, hombres principales; mataron á Sebastian de Castilla, hijo del conde de la Gomera, cabeza de la sedicion, y aprisionaron á muchos de sus partidarios. Algunos de ellos perecieron en la horca, y á otros les cortaron la mano izquierda. Guzman de Ega fue desquartizado, y el Cuzco parecia mas bien una carnicería que una ciudad, en la qual entraron los españoles con funesto principio. La audiencia de Lima mandó á Alvarado gobernador de la plaza, que pasase al Cuzco á sosegar aquellas turbulencias, y á su llegada hizo poner en prision á muchos de los mas culpados, y aceleró sus causas y sus suplicios. De este modo se castigaron los delitos, y no se veia el fin de derramar sangre; mas no por esto se aquietaban los revoltosos acostumbrados á la maldad, y volvió al fin á encenderse la guerra civil, con facil principio y con éxito lamentable. Su autor Francisco Giron arrebatado de la ambicion y de la codicia, que son pésimos consejeros, y olvidado enteramente de su ilustre nacimiento, hizo prender á Gil Dávila en medio de la alegria de un convite, porque con la autoridad que exercia se opuso á que exigiese algun servicio forzado de los indios. Despues de esto distribuyó dinero á los soldados, deseosos de turbulencias, que hallaban su ganancia en las discordias civiles; con cuya liberalidad fue increible el número de hombres venales que atraxo á su partido, dispuestos á todo género de atentados.

En esta vil turba se hallaban algunos sacerdotes sumamente sediciosos, tanto mas detestables quanto mas olvidados estaban de la dignidad de sus personas,

y de las obligaciones de su ministerio. Pero noticiosa la audiencia de Lima de esta sublevacion, y de que ya amenazaba una guerra civil, para ocurrir con tiempo á tan grave mal, comenzó con grande actividad á juntar soldados, buscar caballos, prevenir armas y todo lo demas necesario para la guerra. Estaba Giron resuelto á acometer antes de ser acometido, y sacando sus tropas del Cuzco en la estacion del invierno, se puso en marcha á Lima. Los realistas le salieron al encuentro, y se acamparon en lugar oportuno para esperarle, y derrotarle en una sola batalla. Mas penetrando Giron su intento, y viendo que si pasaba adelante le era preciso pelear con un enemigo superior á él en fuerzas, regresó al Cuzco aceleradamente desde la mitad del camino. Siguióle Meneses á largas jornadas con un expedito esquadron destacado del exército real, y le tomó parte de sus bagages, y una grande cantidad de oro. Avisado Giron por un desertor del corto número de enemigos que le perseguia, les hizo frente y derrotó á Meneses en un combate. Este pues habiendo perdido cincuenta soldados entre muertos y prisioneros, se volvió al campo con su esquadron muy debilitado por las heridas.

Los que mandaban en el exército real estaban discordes en sus pareceres y no resolvian de comun acuerdo cosa alguna. Unos creian que se debia usar de la fuerza, y otros de medios suaves. El arzobispo de Lima, y Santillana presidente de la audiencia, tenian opuestas ideas. Los capitanes y los soldados á su exemplo, como si estuviesen inspirados de un maligno espíritu, estaban tambien encontrados y dispuestos á fomentar la discordia con increible pertinacia. Pero entretanto que estos procedian con tanta lentitud, juntó Alvarado un exército, y marchó al Cuzco contra Giron. Luego que se avistaron, hubo

algunos ligeros combates, y muchas deserciones de una y otra parte, sin respeto alguno al juramento militar. Alvarado, contra el dictamen de los otros cabos, se habia obstinado en dar una batalla decisiva. Quán aventurado sea esto lo confirma con muchos exemplos la experiencia, pues los hombres caprichosos suelen obrar con mucha negligencia, si no se sigue su parecer, sin hacer aprecio alguno de la utilidad pública. Con efecto, habiendo dado la batalla al paso de un rio peleó desgraciadamente, y mientras estaban en lo mas fuerte del combate, se apoderaron los indios de los bagages de uno y otro exército. No obstante fue benigna la victoria y para atraer con la clemencia á los contrarios á su partido, hizo enterrar á los muertos, y curar cuidadosamente á los enfermos y heridos, y finalmente trató á todos con mucha humanidad.

A este tiempo mudaron de semblante las cosas con la llegada á los reales de los quatro oidores de Lima, pues habiéndose puesto en marcha las tropas, obligaron á Giron, que se habia detenido en Andaguailas, á ponerse en fuga. Siguiéronle con mucho teson, y sin detenerse en el Cuzco, le alcanzaron cerca de Puchara. Luego que estuvieron á la vista hubo algunos ligeros combates de poca importancia; pero avisados los oidores por un desertor de que serian acometidos de noche, sacaron del campo el exército con gran silencio, y se encaminaron al lugar señalado, para rechazar á Giron que estaba muy ageno de esto. El suceso fue conforme á la esperanza, y pelearon en las tinieblas y obscuridad de la noche con mayor confusion que daño. Quedó Giron muy consternado y se retiró, ó mas bien huyó á su campo habiendo perdido ciento y cincuenta soldados. Durante la pelea, fue saqueado el campo de los realistas por

los negros; pero acudió prontamente la caballería que los auyentó y pasó á cuchillo á muchos, y se recobró la presa. Apenas amaneció, desampararon á Giron sus principales capitanes, y se pasaron al exército del Rey. Para impedir estas deserciones se puso de noche en marcha con silencio, y mientras se recogian los bagages, le abandonaron tambien un gran número de soldados. A vista de esta perfidia de los suyos, aceleró Giron su fuga, y Meneses le seguia muy de cerca para extinguir de una vez las reliquias de la guerra, habiéndose vuelto á Lima los sacerdotes y oidores. Despues de un largo camino, hizo prisionero á Diego de Alvarado, teniente de Giron, y á cien soldados y negros, los quales perecieron en la horca con los principales partidarios. Giron intentó huirse á Quito por caminos extraviados y largos á fin de engañar al que le perseguia. Escapáronse los mas de los suyos, y eran muy pocos los que seguian su fortuna, de los que finalmente se halló desamparado, y peleando solo cerca del Tambo de Atunsaupa (así llaman en el Perú los mesones) fue hecho prisionero por Gomez Arias. Conduxéronle á Lima, y el dia seis de diciembre de mil quinientos cincuenta y quatro le cortaron la cabeza. Su casa fue arrasada, y en su lugar se puso una columna con una inscripcion, para que pasase á la posteridad la noticia de este infeliz suceso.

La tranquilidad de Chile se turbó en la ausencia de Valdivia por la contumacia de los soldados y la insolencia de los indios, y fue preciso ocurrir con la fuerza á uno y otro mal. Luego que regresó Valdivia, peleó prósperamente con los bárbaros que aun se hallaban enfurecidos. Descubrió despues algunas regiones opulentas en hombres, armas y metales, y estableció colonias en ellas. Fortificó con mayor cuidado la ciudad que llamó Imperial en ob-

sequio del César, y la guarneció tambien con una fortaleza. Pero como quisiese obligar á aquellos hombres libres, y belicosos á padecer una total servidumbre, se levantaron contra él los habitantes del valle de Tucapel, y mostraron en esta ocasion lo mucho que se aventajaban á los demas indios en valor y en talento. Reflexionando estos con racional discurso sobre la mortalidad y flaqueza humana, hallaron que podian vencer á los caballos y sus ginetes, si no les dexasen en el combate tiempo alguno para respirar. Asi pues, habiendo trabado la pelea, no acometieron con todas sus fuerzas con estólida audacia, como acostumbran los bárbaros, sino que dividiendo su exército en esquadrones, se sucedian en la batalla los unos á los otros. Quebrantadas las fuerzas de los españoles con este género de combate, quedó al fin vencido y prisionero Valdivia, sin que se escapase de aquella calamidad ninguno de los suyos, á excepcion de un muchacho de Chile, que refirió puntualmente todo el suceso á Diego Maldonado gobernador del valle de Arauco. El general bárbaro Caupolican que tenia sentimientos de humanidad, creyó que convenia guardar al cautivo Valdivia; pero habiéndose sublevado sus soldados, le arrebataron al suplicio, que fue correspondiente á su culpa, pues le derramaron en la boca oro derretido, para que asi como su ánimo se habia abrasado con la codicia del oro, fuese tambien con el oro quemado su cuerpo.

Luego que los españoles tuvieron noticia de la desgracia de su general, se retiraron á la Concepcion, que estaba bien fortificada, sin atreverse á hacer frente á los vencedores. Atrevióse Villagran á acometerles; pero le costó caro, porque habiendo peleado con teson la mayor parte del dia, no pudo

jamás romper el esquadron de los indios, que combatiendo con gran denuedo y muy apiñados, rechazaban con sus picas á los caballos, que eran la principal fuerza de los españoles. No pudo Villagran retirar de allí á su gente, que fatigada y llena de heridas apenas podia tener las armas en la mano, persiguiéndole los bárbaros con mucho estrago. De este modo habiendo perdido la mayor parte de sus soldados, se retiraron los demas con ignominia á la Imperial, que despues tuvieron que abandonar, por las contínuas incursiones de los indios. Estos no podian permanecer quietos porque indignados de que se detuviesen tanto tiempo aquellos huéspedes en su provincia, procuraron arrojarlos de ella por medio de mil peligros, llevando por general á Lautor valeroso araucano. A estos males se juntaba la discordia de los capitanes españoles, que arrebatados de la ciega ambicion de mandar, pusieron aquellas colonias en próxîmo peligro de su total ruina. En esta situacion tan crítica, sirvió de grande auxîlio Villagran, que no se habia olvidado del honor español. Resuelto pues á borrar la anterior mancha con su sangre ó la de los enemigos, acometió á los bárbaros con un pequeño esquadron antes de amanecer, y mató un gran número de ellos junto con su capitan, y quebrantados con esta pérdida, desistieron del deseo de pelear. Por este tiempo habian sido descubiertas por las armas de los españoles mil y doscientas millas en aquella region por la parte que se extiende desde el Septentrion al Austro hasta cincuenta y un grados sobre el Equador, y ciento y veinte millas entre el Océano y los montes. Todo este territorio abunda en extremo de metales, frutos y ganados, y sus valles son de una fertilidad admirable. En el temple del clima, en la calidad

de su suelo, y en el carácter belicoso de sus habitantes es muy semejante á España el reyno de Chile. Solórzano le hace nuestro antípoda, no sé si con razon. Los naturales tienen la frente llena de cabello, en lo qual se distinguen de todos los demas hombres, y son muy feroces y amantes de su libertad. En la paz y en la guerra se gobiernan por los consejos de los ancianos: nunca han tenido Reyes, y á costa de muchas pérdidas hemos experimentado quán indóciles son en sufrir el yugo de la sujecion. Pero basta lo que llevamos dicho de la América Meridional, en cuyos sucesos, sin faltar á la brevedad que nos hemos propuesto, no hemos omitido cosa alguna de importancia.

Por la parte opuesta Francisco Ibarra introduxo con favorables auspicios el nombre Español en lo mas remoto de la América Septentrional. Habiendo resuelto el virrey de México don Luis de Velasco sujetar á los chichimecas y zacatecas (nombres desagradables) que habitan en los confines de la Nueva España, y la molestaban de continuo con sus latrocinios, estableció presidios en los parages oportunos de las fronteras, para que no quedase sin castigo la inclinacion que aquellos bárbaros tenian al robo. Uno de estos presidios fue el de San Miguel á ciento y sesenta millas de México, en una tierra pingüe, y muy abundante de pastos para el ganado vacuno. Desde alli envió á Ibarra, hombre industrioso y activo con un exército y mucho ganado, para explorar lo interior de aquella region, á fin de que no quedase parte alguna que no fuese descubierta por las armas españolas. Habiendo llegado á la dilatadísima provincia de Sinaloa, reparó la colonia de San Juan, que se hallaba casi desierta, estableciendo nuevos moradores con grande provision de víveres;

y fundó otros pueblos en lugares convenientes, para que sirviesen de fortalezas en aquella region. Pasó despues á otra provincia llena de ásperos montes, á la que no sin razon llamó Nueva Vizcaya, y habiendo trabajado las minas de plata que hay en ella, recompensó los gastos y los trabajos del viage. Los bárbaros que la habitan son de un feroz carácter, y en todo semejante á su clima. El frio es lo que principalmente molesta aquellas tierras. Envió Ibarra á su teniente Alfonso Durango, con un esquadron expedito, para explorar los parages mas lejanos, y en un valle, que llamó Guadiana, establecio una colonia, á la qual dió el nombre de Durango. Finalmente habiendo atravesado unos montes altisimos con un trabajo imponderable, llegó á una provincia la mas distante de todas las que se pueden descubrir con las armas. Los bárbaros la llaman Topia, y el frio es tan intenso, que mataba á los caballos, por lo qual sus habitantes recibieron muy gustosos el uso de los vestidos. Establecióse alli una colonia con mucha utilidad por la abundancia que hay de minas de plata. Los religiosos Franciscanos tomaron á su cargo la predicacion del Evangelio en aquellas partes, y poco á poco se civilizaron, y se bautizó un gran número de indios. Las cosas de México se hallaban en estado floreciente, y no se oia ruido de armas, ni sedicion alguna, y todo el cuidado se dirigia á la propagacion del christianismo, á cuyo fin se celebró un sínodo por estos tiempos. Los franceses habian fixado el pie en el Brasil baxo la conducta de Nicolás Durando señor de Villagan, caballero de Malta. Llegaron al rio Janeyro con tres navíos muy bien equipados, y ocuparon en él una pequeña isla, en la qual levantaron á la ligera una fortaleza, dándola el nombre de Colinia en obsequio del almirante de Fran-

cia Coligni, y la proveyeron de todo lo necesario para la guerra. Despues fueron enviados algunos ministros calvinistas, para que propagasen la secta; pero no duró mucho tiempo esta Antártica Francia tan decantada, habiendo destruido los portugueses á los franceses, y á los bárbaros que los auxiliaban.

CAPITULO V.

El Turco hace la guerra á los portugueses en la India y es derrotado. Horroroso naufragio de Manuel de Sousa en la costa de Africa, y otros sucesos del Oriente.

En la India Oriental, ademas de los naturales que no podian acostumbrarse á sufrir el yugo, molestaban tambien á los portugueses los turcos, irritados de las anteriores pérdidas. Para este efecto salió Peribec por mandado de Soliman del mar Bermejo al Océano con una armada de veinte y cinco galeras, y algunas naos de carga. Su primera empresa fue la toma de la fortaleza de Mascate, situada en las costas de la Arabia, y quebrantando la palabra que habia dado á los soldados de la guarnicion, puso al remo á sesenta que se le entregaron, digno castigo de su cobardía. Despues saqueó con mucha codicia á Ormuz, que halló desierta por la ignominiosa fuga de sus habitantes; pero sin embargo no pudo expugnar la fortaleza que defendia Alvaro de Noroña. Finalmente, habiendo embarcado la presa que hizo allí, y en otros parages, condujo su armada á Bassora, ciudad situada en el centro del golfo Pérsico. Mas al tiempo de regresar al mar Bermejo de donde habia salido, acometió á Peribec Fernando de Noroña, hijo del virrey, y le puso en fuga, y dis-

persándose su armada, que pereció casi toda con varias desgracias, escapó él con solas dos galeras. Noticioso Soliman de este mal suceso le hizo cortar la cabeza. Tambien se refieren otras batallas navales tenidas por este tiempo con los turcos, las que paso aqui en silencio, porque en su narracion se hallan discordes los historiadores, y no sé quál de ellos merece mayor crédito.

Solicitaron los paravas el auxilio del gobernador de Cochin contra los malabares y turcos, y los socorrió Gil Carballo, armando á sus expensas cinco galeras, por no haber caudales en el tesoro público para costearlas. Los enemigos habian tomado poco antes á los portugueses la ciudad de Punicala, y obligaban con el terror á los nuevos convertidos á abjurar la religion christiana. Acometiólos Carballo quando estaban descuidados, y con tan pequeña esquadra derrotó su grande armada, y se hizo terrible á los que poco antes eran tan formidables, quemándoles los edificios y todo quanto podia servirles de algun uso. Alabó el virrey la piedad y valor de Carballo, y le satisfizo benignamente del tesoro real todo lo que habia gastado en la expedicion.

Siguióse á ésta el horrendo y memorable naufragio de Manuel de Sousa en las costas de Africa. Este pues habia navegado con felicidad hasta el cabo de Buena Esperanza; pero levantándose una cruelísima tormenta por la parte del Occidente, despues de haber fluctuado algunos dias al arbitrio de las olas desenfrenadas, volvió la proa ácia las costas del Africa. Echadas las áncoras, se apresuraron á saltar en tierra en las chalupas; pero éstas se hicieron pedazos en breve tiempo, y los demas pasageros para no perecer juntamente con el navío, que ya comenzaba á anegarse, sugiriéndoles la desesperacion otro ma-

yor peligro, se arrojaron al agua en las tablas y caxas que hallaron á la mano. Mas de cien personas se abogaron, y los demas salieron á tierra muy maltratados y heridos. Sumergido el navío con las mercadurías de todos, se pusieron en camino los náufragos ácia el Oriente, y despues de haber andado errantes largo tiempo, llegaron al quarto mes cerca del rio del Espíritu Santo, donde un Reyecillo, de carácter humano para con los extrangeros, recibió benignamente á aquel esquadron de miserables, y los socorrió segun sus facultades. Exhortó á Sousa que no pasase adelante; pero éste, que parecia estar resuelto á perecer, no quiso seguir su consejo, por lo qual atravesó el rio en unas barcas, y continuó su marcha. Habíase disminuido notablemente el número de sus compañeros, porque en el camino perecieron doscientos y sesenta, y despues de haber andado no muchas millas, llegaron á una region estéril, en la qual para colmo de las miserias no hallaron ninguna agua dulce. Desesperado Sousa, siguió con los suyos á unos cafres que le salieron al encuentro, ofreciéndole por señas el hospedage y alimento necesario. Al acercarse al pueblo, se vieron obligados á dexar las armas por mandado del Reyecillo, rehusándolo mucho Leonor, muger de Sousa, como si adivinase lo que iba á suceder. Inmediatamente que estuvieron todos desarmados, fueron presa de los bárbaros, que los despojaron de quanto tenian, sin perdonar á los vestidos, excepto algunos pocos. Al dia siguiente, arrojados de allí á palos, y caminando á la ventura por el reyno de Vomo, que toma el nombre de un rio, casi consumidos ya con el hambre y la miseria cayeron entre las manos de otros cafres armados, y de horroroso aspecto, que acabaron de robarles lo que les habia

quedado de los vestidos. Resistióse Leonor hasta el extremo, sin olvidarse en aquella calamidad de su nobleza, y del pudor de su sexô, pero todo fue en vano. El dolor y sentimiento de esta ignominia la dexó quasi muerta, y no quedándola otro medio de cubrir sus honestísimos miembros, enterró su cuerpo en la arena hasta la mitad, y lo restante lo cubrió con el cabello. Despues volviéndose ácia sus compañeros, les dice con moribundas voces: «Id, »y buscad, si es que os ha quedado algun camino ó »medio para salvar la vida; que á mí me servirá de »consuelo una muerte funesta. Lo único que os rue»go es, que si alguno de vosotros tuviese la felicidad »de volver á nuestra patria, diga el estado misera»ble á que me han reducido mis pecados, y los de »mi marido." Queria continuar, pero se le pegó la lengua al paladar, y suplieron las lágrimas y gemidos, aunque el cielo se hacia sordo á sus lamentos. Baxó Sousa los ojos, y fixándolos en la tierra, se quedó atónito, y como fuera de sí, sin poder hablar ni una sola palabra, porque el dolor le habia cerrado la boca, y enagenado el juicio. Al otro dia despues de haber enterrado á su muger, y dos hijos, ayudándole las criadas, se desapareció de aquel lugar, y no volvió á verle jamás ninguno de sus compañeros. De cerca de seiscientas personas que iban embarcadas en el navío, solo veinte y seis volvieron á Portugal, con increibles calamidades y trabajos.

Fue nombrado sucesor del virrey Noroña Pedro Mascareñas, varon de gran piedad, el qual se dedicó con el mayor desvelo á extirpar en Goa las reliquias de la antigua supersticion, y en favorecer con todo género de beneficios á los nuevamente convertidos. Algunos autores afirman que fray Gaspar de la Cruz, portugues de nacion, y religioso del or-

den de Santo Domingo, inflamado del deseo de pro-
1556. pagar el Evangelio, habia penetrado en el imperio de la China, en el año de mil y quinientos cincuenta y seis. En estos tiempos fue introducido el nombre de Christo en muchas regiones del Oriente por el zelo de los misioneros; cuyos frutos hubieran sido mucho mas abundantes, si no los hubiese inutilizado el perverso exemplo que daban los portugueses, porque posponian el cuidado de propagar la religion, y la verdadera piedad, á la detestable ambicion de adquirir riquezas. Estos desórdenes no los oculta Faria, y aun se lamenta de ellos mas de una vez, aunque tan apasionado de la gloria de sus compatriotas. Ademas del naufragio de Sousa se refieren otros muy lastimosos de aquel mismo tiempo. De cinco navíos que volvian á Portugal baxo del mando de Fernando Cabral, solo uno entró en el puerto de Lisboa. Habiéndose hecho pedazos la capitana en el cabo de Buena Esperanza, se salvaron únicamente veinte y tres pasageros, los quales fueron rescatados con dinero por algunos mercaderes que llegaron á aquellas partes, y consiguieron restituirse á Portugal. Los demas navíos perecieron, sin que se pudiese saber su paradero. La misma desgracia acometió á Noroña en su navegacion á Portugal. Perdió un navío con todas sus mercaderías y pasageros, entre los quales pereció Carballo, hombre ciertamente digno de mejor suerte; pero los juicios de Dios son impenetrables, y ningun mortal puede escudriñar sus arcanos. Mascareñas murió á los diez meses de su gobierno, y habiéndose abierto la real cédula, fue declarado por su sucesor Francisco Barreto, el qual arrojó á los mahometanos, que con varios cuerpos de tropas intentaban impedir la entrada de víveres en Goa. La isla de Ceylan se hallaba todavia algo inquieta por

no haberse extinguido del todo la llama de la guerra anterior. El padre Juan Barreto, de la Compañía de Jesus, pasó á la Abisinia con el carácter de patriarca; pero no pudo reducir á la verdadera creencia al Rey Claudio, obstinado en su antigua superstición por los cismáticos de Alexandría, y viendo que eran inútiles sus conatos con un hombre que á cada momento le engañaba, se partió de allí á la India con sus compañeros, para ganar almas á Dios, y no perder el tiempo en vanas demoras. Luego que el Rey de Portugal tuvo noticia de la muerte de Mascareñas, confirió el virreynato de la India, con amplísimas facultades, á Constantino hijo de Santiago, duque de Berganza. Pero despues de tan larga peregrinacion volvamos ahora á la Europa.

CAPITULO VI.

Contínúa la guerra entre los españoles y el Papa, y sus varios sucesos hasta que se ajustó la paz. Cede el Rey don Felipe el dominio de Sena al duque de Florencia.

Habiendo regresado á Nápoles el duque de Alba, puso todo su cuidado y atencion en fortificar sus fronteras, encargando su defensa á los principales del exército; y aumentándose mas y mas la fama de los preparativos del Frances, sacó las guarniciones españolas que habia en la campaña de Roma, á las quales juntó dos mil alemanes que habia conducido por mar Gaspar Felsio, para que se hallasen mas seguros todos los puestos que corrian mayor peligro. Entretanto se concluyeron las treguas, y volvió á comenzar la guerra con mas furor que antes. Estrozi puso sitio á Ostia antes que hubiera sido fortificada;

y mientras que Antonio Monluc, hijo de Blas, exploraba si podria con ardid ó con la fuerza invadirla, fue atravesado de una bala, y habiendo sido llevado al campo, espiró al instante. Siguióse inmediatamente la entrega que hizo Juan Dávila, ganado con dinero; y de allí á dos años pagó en Bruselas con la cabeza la pena de su perfidia.

El Rey Enrique envió á Italia al duque de Guisa con un poderoso exército, con el pretexto de socorrer al Pontífice, y dando por nulas las treguas, descubrió que su ánimo estaba muy distante del deseo de guardar la paz. Mandó tambien marchar á las fronteras de Flandes con tropas á Coligni, hombre inquieto y belicoso, para que emprendiese alguna hazaña digna de su persona, y que no fuese inútil el haber suscitado de nuevo la guerra. Este pues asaltó con escalas á Douay en la noche siguiente á la fiesta
1557. de los Reyes de este año de mil quinientos cincuenta y siete, como si se avergonzase de la luz, creyendo que la guarnicion se hallaria sumergida en el vino y en el sueño, por haber tenido grandes banquetes el dia anterior, y como otro Pandaro, quebrantó el tratado de las treguas que él mismo habia pactado y jurado en nombre del Rey. Pero le sucedió muy al contrario de lo que se habia imaginado; porque habiendo gritado las centinelas, acudieron á las armas las tropas, y arrojaron á los que intentaban escalar el muro. Habiéndosele desgraciado esta empresa acomete á viva fuerza á Lens, la que tomó, y despues de sacar el botin, la pegó fuego. Clamaban los españoles que se habia quebrantado el derecho de las gentes, haciendo la guerra á los que se creian seguros con el tratado de las treguas, y sin que se hubiese anunciado con declaracion alguna; y que los franceses no tenian respeto al juramento, y robaban por todas partes co-

mo piratas. A esto respondieron los franceses, que ademas de la guerra que los españoles habian declarado al Papa, intentaron matarle con veneno; que se le habian dado á Roberto de la Marka, proyectando en secreto apoderarse de Metz, quebrantando el juramento de las treguas, y otras acusaciones semejantes, forjadas con intento de hacer odiosos á los españoles. Pero todo esto fue en vano; porque es cosa muy comun que no se guarda fé ni palabra alguna quando se trata de extender ó conservar el imperio; lo que es ciertamente una gran perversidad.

Entretanto introduxo el duque de Guisa tropas en Italia, y tomó á Valenti, pueblo situado no lejos del confluente de los rios Tánaro y Pó, por la traycion y avaricia del gobernador Spolverini, el qual padeció la pena de muerte en Pavía en castigo de su maldad, y fue diezmada la guarnicion que se componia de alemanes, italianos y algunos pocos españoles. Desde allí marchó Guisa á tratar con Hércules de Ferrara su suegro sobre el modo de hacer la guerra, y no les pareció innovar cosa alguna en las condiciones de la alianza contrahida; porque Brisac queria acometer á la Lombardía y Stroci á Sena, incitado cada uno por sus particulares esperanzas. Convinieron pues, en que el de Ferrara sacase sus tropas para intimidar al de Parma y al de Toscana, á fin de que no pudieran moverse, y que Brisac marchase contra la Lombardía. Hecho este convenio partió Guisa á Bolonia, y despues á Rimini por la Marca de Ancona, habiéndole socorrido el de Ferrara con artillería; y mientras tanto el duque de Alba juntaba tropas en Tiano, y enviaba guarniciones numerosas y víveres á los lugares fortificados. Encargó al conde de Santa Flor la defensa de Civitela, que se hallaba en peligro como situada en las fronteras; y él mismo puso su campo en

las riberas del rio Fuman, á fin de ocurrir adonde le llamase la necesidad. Orgulloso el de Guisa con sus fuerzas, y con la esperanza de la victoria, dió muestras al principio de querer dar batalla; pero la rehusó el de Alba con prudente consejo, no ignorando la desigualdad del peligro, si se expusiese á la fortuna. No consiguiendo el Frances sus deseos, acometió y tomó á Campoli, y despues de haber entrado con espada en mano, la entregó al saqueo, que fue muy considerable. Despues fue sitiada con todas las tropas Civitela, porque Estrozi y Antonio Carrafa habian juntado las del Pontífice, y la batieron inútilmente por espacio de veinte y dos dias. Atribuyóse la culpa á los pontificios, que por avaricia no habian hecho todas las prevenciones necesarias para la empresa; por lo qual habiendo recogido el Frances sus equipages, se retiró de allí no sin mengua de su fama. Originóse de esto la discordia entre los capitanes, y irritado Antonio Carrafa, partió á Roma para hacer la guerra segun su propio dictámen. Pero Colona con tres mil españoles y alemanes que le entregó el duque de Alba (pues por este tiempo habian llegado á Nápoles seis mil alemanes mandados por Waltero) impedia la entrada de víveres en Paliano pueblo de la campiña de Roma, habiendo tomado los caminos. Para socorrer su necesidad, conducian Julio Ursino y Antonio un gran número de carros cargados de trigo, y se vieron obligados á disponer su gente en orden de batalla. Trabado el combate, los españoles rechazaron á los italianos, y los alemanes á los suizos: Antonio se escapó con la caballería, y Ursino fue herido, y hecho prisionero por los enemigos. Es cosa admirable, si es cierto lo que dice un autor español, que entre tanto estrago no murió ninguno de los vencedores, y fue muy corto el número de los heridos.

Recogiéronse los despojos, y Felsio con un admirable ardid se apoderó de la fortaleza de Máximo, situada en un elevado cerro, por entrega de Juan Ursino.

Juntáronse las tropas españolas, y Colona las conduxo contra Segni, ciudad bien guarnecida. Mientras que la artillería batia las murallas, los sitiados llenaron de materias combustibles el foso que entraba en la ciudad; colocaron á sus costados seis piezas de artillería, y por la parte interior cien hombres armados, para que rechazasen con las picas á los que intentasen la entrada. Pero no pudiendo tolerar los españoles que se les dilatase la victoria, al caer la tarde, y sin orden alguna de sus capitanes se acercan con silencio á la brecha del muro, y de improviso levantaron el grito en ademan de dar el asalto. Los enemigos consternados al oir este clamor, pusieron fuego á la artillería, y á los demas combustibles que tenian dispuestos, y habiéndose desvanecido en el ayre todo aquel aparato, saltaron los españoles sin peligro el foso, arrojaron de allí á los cien armados, y se hicieron dueños de la ciudad, siguiéndolos de cerca los alemanes. Entraron en ella á fuego y sangre, hiriendo y robando sin distincion alguna entre lo sagrado y lo profano, y cometiendo todo género de excesos, á pesar de las órdenes de Colona, y finalmente pusieron fuego á las casas.

Habiéndose aumentado el exército del duque de Alba con quatro mil españoles mandados por don Fernando de Toledo, y don Sancho Londoño, atravesó el rio Tronto, y expugnó, saqueó y incendió á Ancarano, sin que el duque de Guisa hiciese el menor movimiento. Hizo varias correrías en los dominios pontificios, y inspiró terror á Ascoli, ciudad principal de la Marca de Ancona, habiendo trabado

combate con la guarnicion, que hizo una salida, y fue tanta la consternacion de la ciudad, que sacaron fuera de ella por una puerta secreta á los niños, viejos y mugeres, para enviarlos á otro parage mas seguro.

En este tiempo abrasaba al duque de Alba el cuidado de defender las costas de Nápoles, por haberse divulgado que dentro de pocos dias llegaria á ellas la armada otomana; pero este miedo se desvaneció, habiéndosela negado Soliman á los embaxadores franceses, á los quales manifestó su disgusto por la desverguenza con que le importunaban. Tampoco se hallaba quieta la Toscana: los franceses tenian á Montealcino, y los españoles á Sena, y habia entre ellos algunos leves encuentros, segun las fuerzas de cada uno. No hay necesidad de referirlos en particular, ni tampoco la guerra suscitada en la Romanía entre los fronterizos, que duró poco tiempo. Apoyado el de Ferrara en el auxîlio de los franceses, sitió con mayor ánimo que fuerzas á Guastala defendida por el Español aunque con mucha desgracia, pues ademas de haber sido arrojado de alli con ignominia, entró el duque de Parma en sus dominios con las tropas conducidas de la Lombardía y Toscana. Taló los campos de Módena y de Regio en venganza de haber movido la guerra; pero Cosme que favorecia ocultamente al de Ferrara, dispuso las cosas de manera que no fuese despojado de la mayor parte de su territorio; y finalmente consiguió reconciliarle con el Rey don Felipe.

En el Piamonte sostenian los españoles la guerra con mucha fatiga, hallándose sus fuerzas divididas en tantas partes, por lo qual tomó Brisac á Valfanera, y la destruyó, y despues á Quierasco, baxo de ciertas condiciones, y la conservó, y en fin acometió á Cu-

ni, pero desgraciadamente, y con gran estrago de los suyos, y la socorrió Pescara con víveres, abriéndose camino por medio del campo enemigo. Levantó el Frances el sitio, y conduxo las tropas en muy mal estado á sus propias plazas. De esta suerte, casi toda Italia se hallaba en armas, y la guerra se hacia en muchos lugares á un mismo tiempo, alternando las pérdidas de una parte y otra. Consternado el Papa con la cercanía de los Colonas, que iban arrasando todo quanto encontraban, llamó al duque de Guisa para mudar el plan de la guerra, pues habia sido tan desgraciado en la Marca de Ancona. Despues de un largo rodeo llegó Guisa á Tiboli, y distribuyendo sus tropas por los pueblos inmediatos, se encaminó á Roma á conferenciar con el Pontífice. Entretanto el duque de Alba dexó á Trevisano con un poderoso esquadron en las fronteras del reyno, y conduxo su exército á la campiña de Roma, acercándose á la ciudad, para ver si de aquel modo podia atraer al Pontífice á unas justas condiciones de paz; y se valió tambien de la astucia para inspirarle mas terror. Levantaba con freqüencia su campo, disponia la artillería y demas instrumentos de batir, mandaba hacer marchas, y aun envió delante á Ascanio de la Corne con escalas, como si tuviese premeditado dar un asalto de noche. Pero despues de haber intimidado á los romanos, conduxo las tropas á Colona, pueblo grande y principal. De este modo variaban las cosas prósperas con las adversas, quando entre otras tentativas se divulgó la pérdida de San Quintin. Con esta noticia quedaron en extremo consternados los franceses, y los pontificios, sin saber qué partido abrazarian, y hallándose todos faltos de consejo, llegaron á Guisa órdenes del Rey Enrique para que dexándolo todo se volviese prontamente con las tropas á Francia,

á fin de socorrerla en tan grave calamidad, y que ademas amonestase al Pontífice que ajustase la paz con el Español del mejor modo que pudiese.

El Rey don Felipe habia intentado muchas veces por medio de los venecianos mover su ánimo para que desistiese de una guerra que él seguia contra su voluntad, cuidadoso de lo que podria juzgar la fama. Mas nunca pudo reducir á aquel feroz viejo á dexar las armas, alegando para ello varios pretextos, aunque la congregacion de cardenales, en el tiempo de las desgracias de la guerra, le habia exhortado sériamente á la paz. Pero perdida la esperanza de los socorros del Frances, y no pudiendo soportar los gastos porque tenia agotado el erario, se inclinó finalmente á la paz por la mediacion de los embaxadores de Venecia y Toscana, y de algunos cardenales. Ajustóse ésta con honrosas condiciones, las que firmaron Carrafa y el duque de Alba en el campo de Palestina. El contenido de ellas fue: que el de Alba pidiese primeramente perdon al Pontífice de la guerra que le habia hecho: que le restituyese mas de cien castillos y pueblos tomados en la guerra, destruyendo las fortificaciones: que Paliano se entregase en depósito al noble napolitano Juan Carboni baxo de ciertas condiciones: que renunciase el Pontífice á la alianza con el Frances: que fuesen restituidos reciprocamente los bienes, que segun la costumbre de la guerra se hubiesen aplicado al fisco; y que el Pontífice dispusiese de Colona y Corne que perseveraban contumaces. En la noche en que fue concluida la paz creció extraordinariamente el Tiber, y causó grandes estragos en Roma; pero en aquella inundacion acaeció una cosa feliz, pues habiéndose arruinado el templo de San Bartholomé con otros edificios, se encontró el cuerpo de este glorioso Apóstol, y fue conducido

con gran pompa á la iglesia de San Pedro. El duque de Alba entró en Roma con extraordinaria alegria y regocijo de todo el pueblo, besó el pie al Pontífice, y le pidió la paz y el perdon, y su Santidad le absolvió y abrazó con muchas señales de benevolencia y amor. Los prisioneros fueron puestos en libertad gratuitamente, y para aumentar la alegria se hizo lo mismo con todos los encarcelados. Pero esta se disminuyó mucho con los estragos que hizo el Tiber en todos los campos de la Romanía. Igual calamidad afligió gravemente á otras provincias, porque la continuacion de las lluvias hizo salir de madre todos los rios.

Habiendo concluido el duque de Alba tan felizmente esta guerra con el ajuste de la paz, conduxo su exército sano y salvo á Nápoles, y á la mitad del otoño se restituyó á España, encargando el gobierno del reyno á su hijo don Fadrique. Luego que el duque de Guisa recibió la noticia de la pérdida de San Quintin, embarcó su exército con la celeridad posible en la armada francesa, que poco tiempo antes habia llegado al puerto de Civita-Vechia. Entregó el duque de Ferrara algunas compañías, y Aumale con la caballería atravesó la Romanía para llegar quanto antes á Francia con los grisones y los suizos; pero se adelantó Guisa, mudando frequentemente los caballos en su viage. Entretanto el Rey don Felipe para satisfacer á Cosme las cantidades que á él y á su padre el César habia prestado, y le pedia en esta ocasion tan importuna, y deseoso de no alejarle de sí, quando su amistad le era mas necesaria, trató con los de su consejo de entregarle el dominio de Sena. Y aunque algunos fueron de dictámen que debian buscarse otros medios de pagar aquellas deudas, perseveró el Rey en su propósito, y de este modo adquirió Cosme el dominio Senense, baxo de ciertas

condiciones, y le hizo su entrega don Juan de Figueroa con la potestad de transferirlo á sus hijos, exceptuando las ciudades marítimas, que por justas causas se reservó el Rey don Felipe.

CAPITULO VII.

El Rey don Felipe declara la guerra al Frances. Sitio de San Quintin, y batalla memorable ganada por los españoles. Determina el Rey la fundacion del monasterio del Escorial. Muerte del Rey don Juan de Portugal.

Habiendo quebrantado los franceses la paz, volvió á encenderse la guerra con mas furor en las fronteras de Flandes, como si las treguas se hubiesen pactado únicamente para disponer con mas tiempo los preparativos. El Rey don Felipe deseoso de vengar esta injuria, entregó un exército muy poderoso á Philiberto de Saboya, que sucedió á doña María en el gobierno de Flandes, para que executando alguna empresa memorable, adquiriese la fama que tanto contribuye al buen éxito de las guerras; pues sabia muy bien que los primeros sucesos suelen inspirar el terror ó la confianza, que decide de lo principal. Ademas de los príncipes confederados de Alemania se habia conciliado tambien la alianza de los ingleses por medio de su esposa, la qual despues de haber prevenido la armada y las tropas, declaró la guerra al Frances con universal beneplácito de los estados del reyno. Los franceses guarnecian en su frontera con el mayor cuidado y diligencia la plaza de San Quintin, situada en un parage muy pantanoso cerca del rio Somma, donde estuvo en otros tiempos Augusta de los Veromanduos. Deseaba Filiberto apo-

derarse de ella, á fin de abrirse la entrada por aquella parte á lo interior de la Francia, y fingiendo unas veces acometer á Mariemburgo, y otras á Guisa, la cercó de repente por todas partes con sus tropas, para que por ningun lado pudiesen los franceses socorrerla. Venia ya cerca Monmorenci para observar los movimientos de Filiberto, y habiendo recibido la noticia de lo que pasaba, aceleró su marcha con grande inquietud de ánimo, para socorrer á la ciudad en tan inminente peligro. Luego que Llegó á Fera castillo muy fortificado cercano á San Quintin, se adelantó Coligni con un valeroso esquadron, y acometiendo por la parte que tenian menos guardada los sitiadores, rompió al fin por medio de ellos, y llegó salvo á la ciudad. Intentaron despues hacer lo mismo otros capitanes, pero fueron rechazados con pérdida suya por el español Navarrete, que estaba encargado de defender aquella entrada.

Entretanto el Saboyano estrechaba mas y mas el sitio, auxiliado de las tropas inglesas, que habia conducido el conde de Pembrok, las que se componian de nueve mil hombres. Sin embargo sostenia Coligni las esperanzas de la guarnicion, habiéndole ofrecido Monmorenci por medio de algunos mensageros, que le enviaria á toda costa socorros, aunque fuese aventurando una batalla. Para cumplir pues su palabra, y hacer levantar el sitio si se le presentase ocasion, puso en movimiento su exército, que constaba de veinte y tres mil hombres, el dia de San Lorenzo, y habiendo explorado todos los parages, mandó poner la artillería en una altura, para que tirase continuamente sobre el campo enemigo, que estaba situado de la otra parte del rio. Al mismo tiempo Andelot, hermano de Coligni, intentaba con barcas introducir socorros por la laguna, pero no tuvo efecto

alguno este ardid, y acarreó el lance de la batalla, pues Andelot escapó herido con muy pocos á la ciudad, y los demas se dispersaron en la fuga. Noticioso Filiberto por sus espias, de las fuerzas que tenia el enemigo, determinó dar una batalla decisiva, aprovechándose con mucha prudencia de una ocasion tan oportuna. Egmont con dos mil caballos ligeros acomete por una parte á los franceses: Ernesto y Enrique de Brunswik por otra con otros tantos corazas embistieron á los coraceros franceses, y con el ímpetu desbarataron sus esquadrones: por el frente con el resto de la caballería los condes de Mansfeld, Villani, Holstein y otros capitanes con igual ardor y ánimo. La batalla fue sumamente reñida, no habiéndose olvidado los franceses de su antiguo valor: pero al fin no pudieron sostener el furor de los que los acometian, y se pusieron en tan precipitada fuga que habiendo venido á dar temerariamente en su misma infantería, causaron en ella un horrible estrago. Amedrentados los infantes con esta pérdida, y viéndose despojados del auxilio de los caballos, se entregaron unos echando armas á tierra, y otros huyendo á los bosques y demas parages donde podian esconderse, siguiéndoles el alcance la caballería victoriosa. Por todos aquellos campos no se veia otra cosa que soldados fugitivos, muertos y heridos que formaban un lastimoso y miserable espectáculo. El duque de Nevers, el príncipe de Condé, Sanserre, Villars y otros hombres principales se refugiaron en la Fera, y los demas se derramaron por otras partes, como sucede en una general derrota. Algunos historiadores dicen que murieron cerca de diez mil franceses, entre los quales cuentan al vizconde de Torena, de Monmorenci, el hijo del conde de Pompigran, Claudio de la Rochechovard, y otros

muchos. Juan Duque de Enguien, hermano del príncipe de Condé, despues de haber dado ilustres pruebas de su valor, fue atravesado de un balazo, y habiéndole llevado al campo victorioso, espiró mientras le hacian la primera cura. Quedaron prisioneros el condestable Monmorenci general del exército, que fue herido en un muslo, su hijo menor Mompensier, Longueville, Luis Gonzaga hermano del duque de Mántua, el mariscal de San Andres, Rochemeu, y el Ringrave coronel de los alemanes. Natal Comite asegura que fueron hechos prisioneros dos mil nobles, y quatro mil soldados, y que se tomaron veinte cañones de todos tamaños, noventa banderas, y trescientos carros cargados de víveres, municiones y bagages. Esta victoria costó muy poco á los españoles á excepcion de la muerte de Beunieur. Los heridos fueron Mansfeld, Enrique de Brunswik, Mombré, y algunos pocos, quedando en la memoria de todos los siglos los nombres de los que se hallaron en esta batalla, unos por la grandeza de la victoria y otros por la de la derrota. La infantería llegó despues de haberse concluido el combate para tener parte en la presa, ya que no habia participado de la gloria. Este dia fue muy gozoso para el Rey don Felipe, y á fin de que quedase un eterno trofeo, edificó en el Escorial un magnífico templo con la advocacion de San Lorenzo, y un monasterio para los religiosos de San Gerónimo.

A pesar de la pérdida de los franceses permanecia Coligni en la defensa de la ciudad, sin dar señal alguna de temor. Su designio era entretener á los sitiadores, para que el Rey tuviese tiempo de reparar sus tropas, con las quales se opusiese á los progresos del enemigo, y evitar que la Francia consternada padeciese otra nueva calamidad. Tenia su principal

esperanza en un esquadron de nobles, que habia introducido consigo en la plaza, tan amantes y adictos á su Rey, que estaban resueltos á pelear por él hasta la muerte. Entretanto que unos se fortificaban, y otros peleaban con sumo esfuerzo, llegó á su campo el Rey don Felipe con Gonzaga, que mucho tiempo antes habia sido llamado de Italia. Este pues era de dictámen que se persiguiese á los vencidos; que todo sucederia felizmente á los vencedores, y que debian encaminarse á la capital del reyno, alegando el exemplo de los ingleses, que en otro tiempo se apoderaron de ella: que de ningun modo convenia dar tiempo á los vencidos para que se rehiciesen, sino aprovecharse de la fortuna, que se mostraba propicia, y coger el fruto de tan ilustre victoria. Otros capitanes decian que era opuesto á la disciplina militar introducirse en lo interior del reyno, lo que tantas veces se habia intentado infelizmente, y dexarse á la espalda tantas plazas fortificadas: que lo que convenia era expugnar esta plaza para abrirse un camino seguro, pues si se exponia incautamente, era muy temible que perderian el fruto de la victoria, y la obscurecerian con una torpe retirada. Noticioso el César en Yuste del suceso de San Quintin, se dice que preguntó si el Rey don Felipe estaba ya en Paris; pero creo que esto sea una ficcion vulgar. Lo que se sabe con certeza es, que habiendo consultado á su padre le respondió éste: Que dexase de pedir consejo á un hombre retirado del mundo, quando tenia consigo tantos varones fuertes, cuyo dictámen debia tomar en las cosas mas dificiles. Pero el Rey don Felipe, á quien agradaban mas los consejos seguros que los precipitados, mandó estrechar mas fuertemente á los sitiados con la artillería y con las minas. Habiendo arruinado el muro por tres partes, embistieron los

soldados por las brechas distribuidos por naciones, á fin de que el deseo de la honra diese nuevo fomento á su emulacion. Los franceses no pudieron resistir su ímpetu, y al momento fue tomada la ciudad. Coligni que se vió perdido, procuró caer entre los españoles, temeroso de la crueldad de los alemanes. Los españoles que custodiaban á su hermano Andelot, se dispersaron para saquear, y dexándole solo, pudo escaparse por la laguna con increible trabajo. Los habitantes quedaron únicamente con vida, y todos los que se hallaban armados fueron muertos ó prisioneros. Al saqueo de la ciudad se siguió el cuidado de fortificarla, y sin dilacion comenzaron las obras con grande actividad. Recibió el Rey Enrique en Compiegne la noticia de una y otra desgracia, y sin decaer de ánimo, hizo juntar tropas de todas partes, convocó á los nobles, y mandó que los que rehusasen acudir fuesen reducidos al estado plebeyo como oprobrio de su clase: reclutó á toda costa un gran número de esguízaros y alemanes, y habiendo congregado los estados generales del reyno, impuso una contribucion para los gastos de la guerra, disponiendo con gran diligencia todos los preparativos necesarios.

El Rey don Felipe despues que hubo fortificado á San Quintin, entregó parte de las tropas al conde de Aremberg, y le mandó fuese con ellas contra Castelet, que se halla situado entre las lagunas inmediatas. Executó el Flamenco intrépidamente esta empresa, y se apoderó del pueblo, mas pronto de lo que se había creido, entregándole Solignac su gobernador. Al mismo tiempo fueron despedidas las tropas inglesas, despues de haberlas pagado su sueldo y gratificado con ricos dones al conde de Pembrok. Talaron los españoles los campos, tomaron muchos

pueblos y castillos, entre los quales se cuenta á Noyon, Caune y Han, muy guarnecida, y despues de tan felices sucesos, fueron enviadas las tropas á quarteles de invierno. Pasó Gonzaga de esta vida á la otra á mediados de diciembre: fue varon invencible en la guerra, y muy amado del César; pero habiendo sido acusado de avaricia, y perseguido con el odio de los españoles, fue separado del gobierno, y desde entonces solo asistia á los consejos. En este año tuvieron tambien los franceses un desgraciado combate en el Océano, pues unas naves suyas que volvian de la Francia Antártica ricamente cargadas, cayeron entre los españoles é ingleses. La pelea fue cruel, y la victoria costosa á los vencedores; pero fue grande la presa.

A principios del otoño murió en Roma don Juan de Toledo, hijo de don Fadrique, y creado cardenal por Julio III. Su cuerpo fue conducido á España, y sepultado en el sepulcro de sus padres. Tuvo por sucesor en el arzobispado de Santiago á don Gaspar de Zúñiga, que vivió poco tiempo: y despues á don Francisco Blanco, prelado de excelentes virtudes, que le adquirieron una inmortal memoria. Ácia fines del año murió Bona Esforcia de Aragon, muger que fue de Sigismundo Rey de Polonia, la qual dexó obscurecida su fama por su poca honestidad, como lo afirman los historiadores italianos. Nombró por heredero de los principados de Rosano y Bari á don Felipe, á quien habia ayudado con dinero en la guerra con el Pontífice, y dexó á otras personas los demas bienes. En este mismo año, y en el dia de su nacimiento falleció de una apoplegía el Rey don Juan de Portugal á los cincuenta y cinco de su edad, con gran sentimiento de todo el reyno, pues faltó quando su vida era mas necesaria á la felicidad de Por-

tugal, así por su moderado gobierno y buenas costumbres, como por la tierna edad con que dexaba á su nieto y heredero don Sebastian, que solo tenia tres años. Fue sepultado con régia pompa y aparato magnífico en la capilla mayor del monasterio de Belen: príncipe verdaderamente piadoso y liberal. Solicitó la ereccion de los obispados de Portalegre, Leyria y Miranda, con beneplácito del Pontífice. Edificó muchos hospitales y conventos de uno y otro sexô en Portugal y en las provincias, y les dió copiosas rentas. Fundó la universidad de Coimbra, dotándola con treinta mil escudos como afirma Vasconcelos, y procuró atraer á ella con ventajosos partidos á los profesores mas célebres; y finalmente no omitió gasto ni cuidado alguno en beneficio de la religion, y de las letras.

CAPITULO VIII.

Recuperan los franceses el puerto de Calais. Célebre derrota que padecieron en Gravelinas. Guerra del Piamonte. El Emperador don Fernando es coronado en Aquisgran.

En tiempo del Rey Eduardo III tomaron los ingleses á los franceses la ciudad y puerto de Calais, situada en la costa de Francia, en la parte mas cercana á la Inglaterra, y la poseyeron por espacio de doscientos años, sin mas derecho que el de la fuerza. Deseaban todos los franceses recobrar esta importante plaza; pero era mas facil empresa desearlo que esperarlo, quando se hallaban tan disminuidas las fuerzas de la Francia con tantas guerras. Mas habiendo vuelto de Italia el duque de Guisa, y nombrádole el Rey por su lugar teniente con amplísimas facultades, sacó las tropas á campaña en el mas

riguroso tiempo del año, y quando menos se pensaba, ganó la ciudad y los castillos con increible presteza y con igual valor el dia ocho de enero del año mil quinientos cincuenta y ocho. Tan caro costó á la
1558. suspicaz nacion inglesa el haber rehusado el auxilio que el Rey don Felipe la ofreció en tiempo oportuno. Tambien se apoderó entonces de Guins con su fortaleza, la que despues arrasaron los franceses, por no considerarla útil á sus designios, y pusieron todo su conato en fortificar á Calais y asegurarla con una poderosa guarnicion. El duque de Nevers recobró al mismo tiempo con mucha intrepidez algunas ciudades de poca importancia, que antes habian tomado los españoles. Habiendo juntado las tropas los dos generales franceses, acometieron á Thionvila, levantando una trinchera desde la laguna hasta el foso, y consiguieron expugnarla á costa de mucho trabajo. Pero Estrozi que se halló en esta empresa, cayó muerto de un balazo, al tiempo que reconocia desde cerca la abertura del muro: fue varon no menos grande que desgraciado en las cosas de la guerra. Combatia Monluc el castillo de Arlon que estaba inmediato; pero su guarnicion le pegó fuego, escapándose por una puerta excusada. Mientras tanto el mariscal de Thermes gobernador de Calais, penetró con un fuerte esquadron en Flandes por la parte marítima. Los historiadores varían en el número de las tropas, en cuyo vicio cayeron tambien los antiguos mas célebres, refiriendo diverso número de soldados en una expedicion. El que menos dice que se contaban baxo de sus banderas seis mil infantes, y mil y quinientos caballos. Con estas tropas tomó y incendió á Bergopzon y Dunkerque, y llegó hasta Nieuport con mas audacia que prudencia, entre tantos presidios de enemigos. Taló, destruyó, y robó sin distincion al-

guna todo quanto encontraba en su marcha, y nada quedó libre del estrago de la guerra.

El Rey don Felipe para no dexar impune esta audacia, mandó al Saboyano que marchase prontamente con tropas á Namur, á fin de entretener á Guisa, y impedirle que juntase sus tropas con las de Thermes, y ademas hizo que saliese al encuentro del mismo Thermes el conde de Egmont, célebre por sus anteriores hazañas, y por la victoria que recientemente habia ganado. Este pues, juntando prontamente un cuerpo que se componia de diez mil infantes y caballos, le conduxo contra los franceses, embarazados con el botin, y que se retiraban á lugares seguros. Thermes se apresuraba quanto le era posible para llegar á Calais, temiendo verse en la indispensable necesidad de pelear; pero el Flamenco echando por un atajo con su exército, y habiéndose dexado la artillería para acelerar la marcha, le salió al encuentro en el camino, cerca de Gravelinas, y le provocó con las trompetas á la batalla. No decayó de ánimo el Frances, aunque se veia sorprehendido, y ordenó sus tropas en la misma costa, defendiendo el ala derecha con el mar, la izquierda con los carros de los bagages, y las espaldas con el rio Aa. Colocó la artillería en la frente; y como el Flamenco carecia de ella, para recompensar esta falta mandó á la caballería acometer por medio de sus fuegos, sin que la aterrase el estrago. Los franceses no tuvieron tiempo para hacer segunda descarga, por la necesidad de rechazar á los flamencos. Iba por cabo de estos Beunicur, de los españoles Garvajal, y de los alemanes Hildemaro, cuyo ímpetu sostuvieron los franceses con igual ardor y ánimo, y les forzaba á pelear intrépidamente el verse privados de la esperanza de ponerse en fuga. No se presentaba á la vista,

ni á los oidos cosa alguna que no fuese horrible y espantosa, mezclándose los clamores con las exhortaciones, el ruido de las armas, las muertes, las heridas; y los generales no solo aconsejaban y mandaban, sino que peleaban tambien, y se exponian á los peligros. Mataron á Egmont su caballo, pero habiendo montado prontamente en otro, exhortaba con la voz y con el exemplo á los suyos á la victoria. Entretanto que peleaban con gran ferocidad, llegaron á la costa diez navios ingleses, y oyendo el ruido de la batalla, se acercaron á la boca del rio, y dispararon de improviso su artillería sobre los franceses por las espaldas, haciendo en ellos horrible estrago. Finalmente rechazada la caballería con su comandante Villabon, acometieron los egmoncianos á la infantería, destituida de aquel auxilio, y mas bien fue una carnicería que una pelea. En esta batalla se dice que murieron cerca de dos mil de los enemigos, y con la restante multitud de ellos, se enfurecieron cruelmente los labradores que acudieron al campo español, y estaban muy irritados por las calamidades que les habian hecho padecer los franceses. Otros muchos de ellos fueron sumergidos en las aguas del mar, y en el rio, de los quales libertaron doscientos los ingleses, que tanto ayudaron á la victoria, y los conduxeron á Londres como en triunfo. Quedó prisionero Thermes herido en la cabeza, y tambien Villabon que mandaba la caballería, Anebaldo, Senarpont, Monvillers y otros nobles, y tres mil soldados. Los pocos que se habian escapado de allí, cayeron en las manos de las mugeres, que entre las injurias y maldiciones, les hacian pagar con el hierro la pena de sus rapiñas, y de este modo, de tantos millares de hombres, apenas quedó uno solo que llevase la nueva de la derrota. De los vencedores murieron qui-

nientos, entre los que fue contado Pele flamenco, y otros nobles en corto número. La artillería, las banderas y los bagages, todo fue tomado y hecho presa del vencedor.

Esta batalla acaecida el dia trece de julio, afligió otra vez á la Francia que ya se habia reparado algun tanto, y cansado el Rey de la guerra, se inclinó á admitir qualesquiera condiciones de paz. Comenzó á tratar de ella Christierna madre de Carlos duque de Lorena, que habia venido á Perona, con deseo de ver á su hijo, acompañándola el obispo de Arras. Para explorar sus disposiciones, envió al cardenal de Lorena, con el pretexto de obsequiar á aquella princesa. Despues de cumplir unos y otros con las recíprocas atenciones de respeto, entraron en conferencia, y entre otras cosas dixo el obispo de Arras, que se dolia mucho de la suerte de la Francia, no tanto por verla acometida de las armas extrangeras, quanto por las discordias de religion, pues la heregía de Calvino iba cundiendo entre los hombres mas ilustres, y que si no se acudia á este mal con prontos y eficaces remedios, se arrepentiria el Rey de su negligencia quando ya todo estuviese perdido. El cardenal de Lorena, que no perdia la menor ocasion de oprimir á los principales del partido contrario, se retiró de Perona, y dió cuenta al Rey muy por menor de todo, previniéndole que Andelot era el caudillo de los sectarios. No es posible referir la ira que se encendió en el ánimo del Rey, que era muy amante y zeloso de la verdadera religion. Hizo llamar á Andelot, y confesando éste intrépidamente su creencia, mandó luego ponerle en prision, y descubrió que habia otros muchos inficionados de la misma peste. De aqui comenzó á fortificarse y crecer cada dia mas el poder de los Guisas,

á quienes el Rey amaba mucho, viéndose libres de sus émulos Monmorenci y Coligni, que estaban prisioneros, y Andelot procesado. Finalmente dividida en partidos la corte, y tomando nuevo fomento sus recíprocas enemistades, prôduxeron éstas la centella, que por tan largo tiempo abrasó á toda la Francia con sangrientas guerras.

Entretanto que los magnates peleaban interiormente con sus manejos para arrojarse unos á otros de la autoridad y del favor, continuaba la guerra en diversos parages, aunque con languidez y tibieza, por la falta de fuerzas, especialmente en Córcega, donde no sucedió cosa alguna de importancia; pues ni los franceses enviaban socorros algunos, por la reciente calamidad que padecian, ni los genoveses podian soportar los gastos. No obstante para alexar quanto fuera posible la guerra que les amenazaba con las correrías que por el mar hacian los franceses, enviaron á Córcega á Gerónimo Londronio con media legion de alemanes. Pero Jordán Ursino general de los franceses, aunque no se atrevia á emprender cosa alguna á campo descubierto, porque se lo impedia la falta de fuerzas, con todo eso procuraba conservar á San Bonifacio donde se habia retirado, y mantenerse en la defensiva, para no recibir daño alguno.

En el Piamonte se reducia la guerra á talar y saquear pueblos, estando muy amortiguada por la misma causa, y por la debilidad ó desidia de los españoles; pero con la llegada del duque de Sesa, volvió á encenderse. Este pues, habiendo juntado un poderoso exército, acometió y expugnó á Cental, ciudad bien guarnecida al pie de los Alpes, y destruyó sus fortificaciones, y con gran cantidad de trigo que sacó de allí, socorrió la necesidad de Fossano y Cuni. Despues de esto se apoderó fá-

cilmente de Moncalvi, y Pescara de Rupivion, que tiempo antes habian fortificado los franceses. Desde allí marchó con todas las tropas al territorio de Casal, y fue asolado con todos los estragos de la guerra. Como no era facil tomar la ciudad, que se hallaba guarnecida con mucha tropa y fuertes murallas, fortificó á San Martin, y poniendo en él una guarnicion, consiguió que los casalenses no pudieran moverse; y para estrecharlos mas, tomó finalmente á Pomero en el mismo territorio. Pero como apretasen los frios y hielos, y no fuese posible permanecer mas tiempo á campo descubierto, se retiró con sus tropas á quarteles de invierno. En la Romanía hubo tambien aparatos de guerra, y todos los movimientos se reduxeron á guarnecer las plazas, prevenir las armas, y hacer algunas presas: esta discordia se compuso en breve tiempo por la mediacion de Cosme, en cuyo obsequio concedió el Rey don Felipe la paz al duque de Ferrara, baxo de ciertas condiciones, siendo la principal el renunciar á la alianza del Pontífice, y del Frances. En el mismo estado se hallaban las cosas de Toscana. Telamon y Castillon fueron tomadas á los franceses por las fuerzas españolas y florentinas, al mando de los generales Vitelio y Leiva.

Entretanto don Fernando hermano de don Carlos, fué declarado Emperador César Augusto por los electores, congregados en la iglesia de San Bartolomé de la ciudad de Francfort, con grande aplauso y regocijo de los que se hallaban presentes. Partió desde allí á Aquisgran, acompañándole los príncipes de toda la Alemania, y recibió en aquella ciudad solemnemente la diadema del imperio, con increible alegria, y gozo de toda la nacion. Solo el Pontífice lo llevó á mal, como si en este hecho se hubiesen vio-

lado los antiguos derechos de la Santa Sede, y mientras vivió, no cesó de reclamar contra esta inauguracion como viciosa; pero no se hizo aprecio de sus quejas, y los demas Césares siguiendo el exemplo de don Fernando, se apartaron en esto de las ideas de los Papas.

Por este tiempo causó terror y daño en las costas de Italia la armada othomana, mandada por Cara-Mustafá, que se componia de ciento y veinte galeras. Los que gobernaban á Nápoles despues que el Rey don Felipe llamó al duque de Alba, no habian proveido suficientemente á la seguridad de los pueblos, aunque cada dia crecian los rumores de la venida del Turco. Ocho dias antes que estos bárbaros arribasen á aquellas costas, entró en la ciudad el nuevo virrey Manrique, y los naturales intimidados de la insolencia militar, habian rehusado admitir la guarnicion española. En medio de tan vergonzoso descuido, doblaban los turcos el cabo de Minerva, y navegando á la derecha, acometen al amanecer á Massa, y oprimen á sus habitantes, que se hallaban sumergidos en el sueño. Pasan desde allí á Sorrento, habiendo muerto á unos pocos que habian tomado las armas, y uno y otro pueblo fueron saqueados á vista de los napolitanos, quedando cautivas quatro mil personas. Atravesaron despues el golfo de Nápoles, y echando las áncoras en Elva, permanecieron allí una noche entera: mas no se atrevieron á emprender cosa alguna contra aquel pueblo, que estaba defendido con una poderosa guarnicion: tampoco hicieron daño alguno en las costas de la Liguria, porque los genoveses los aplacaron con una gran cantidad de dinero. Sintiéronlo esto mucho los franceses, pues ya que no pudiesen recobrar á Génova á costa de los turcos, deseaban á lo menos que moviesen guerra

en aquellas costas, para alexar del Piamonte las armas españolas. Pero Mustafá habiendo reparado su armada en la costa de Provenza, corrió á la isla de Menorca, y aunque intentó en vano tomar á Puerto-Mahon, se apoderó á viva fuerza de la ciudadela de Jamna, á pesar de la valerosa resistencia de los habitantes, que le mataron quatrocientos hombres. Concluida esta expedicion, dió la vela ácia el Oriente con los cautivos, y la presa que habia hecho á principios del mes de julio, sin que fuesen capaces para detenerle los halagos y promesas del embaxador frances.

Tambien causó temor y miedo en este año á la provincia de Bretaña la llegada de las armadas enemigas, inglesa y flamenca. Derramáronse al saqueo las tropas navales, y lo llenaron todo de terror y confusion; pero habiéndolos acometido repentinamente Kersimont noble breton, con un pequeño cuerpo de gente, quando mas descuidados estaban, mató á algunos de ellos, y obligó á los demas á retirarse á las naves, abandonando la presa.

En el Africa se hizo la guerra desgraciadamente en este año por la temeridad del conde de Alcaudete. Habia pasado á Oran el exército reclutado en Andalucía, para tomar venganza de los moros, que antes acometieron á aquella plaza. El conde invadió con grande esfuerzo á Quiza Xenitana, ciudad de la Mauritania Cesariense, que en los tiempos posteriores se llamó Mostagan, situada en la ribera oriental del rio Maluc, y estando ya muy próxima á ser tomada, acudió Assan de Argel, con muchas tropas para socorrer á los sitiados. Viendo don Martin hijo de Alcaudete el peligro, que les amenazaba si insistian en la empresa, aconsejó á su padre, que se retirase á Oran honrosamente. Pero el viejo, arrebatado de la

ira le respondió. «No hemos venido aqui para volver »las espaldas, como hacen los cobardes apenas han »visto el enemigo. Por lo que á mí toca, estoy firme»mente resuelto ó á ganar una ilustre victoria del »enemigo, ó á morir en la pelea, concluyendo con »un honroso fin los últimos dias de la vida. Acuérda»te tú del valor de nuestros antepasados, y procu»ra morir gloriosamente, tomando venganza del ene»migo." Animado de esta suerte aquel fortísimo capitan, mas deseoso de una muerte honrosa que de la vida, ordenó sus tropas en batalla, y haciendo luego la señal, se trabó la pelea, que verdaderamente fue atroz y sangrienta. Los españoles fueron al fin oprimidos por la multitud de los enemigos, la mayor parte quedó muerta en el mismo sitio donde pelearon, y casi todos los demas fueron hechos prisioneros. El gobernador Alcaudete no menos fuerte en las palabras que en las obras, murió en la batalla, y su hijo quedó prisionero con la artillería y bagages.

Falleció en este año don Juan Giron, hermano y sucesor de don Pedro, el dia de la Ascension del Señor, que segun el cálculo cronológico (porque en él varían los autores) cayó el dia diez y nueve de mayo; varon ciertamente admirable por su piedad é inocencia de costumbres. Edificó un grandioso templo en Osuna, fundó su universidad y la dotó con rentas suficientes, habiendo obtenido para ello bula del Papa Paulo III. Tambien edificó un hospital y quatro monasterios, dos de los quales dice un autor, que fueron fundados por doña María su muger, hija del duque de Alburquerque. Dexó muchos hijos, y fue heredero de sus estados don Pedro, á quien en los años siguientes honró el Rey don Felipe con el título de duque. En el año anterior murió tambien

don Antonio de Fonseca, que habiendo renunciado el obispado de Pamplona, se retiró á Toro llevado del amor de la vida solitaria; pero por su probidad le sacó de allí el Rey don Felipe, y le nombró presidente del consejo de Castilla, en cuya dignidad le sucedió don Juan de Vega virrey de Sicilia. Murió tambien el mismo año don Juan Siliceo, arzobispo de Toledo, y mandó le enterrasen en la iglesia del colegio de Doncellas, que él mismo habia edificado. Sucedióle en la silla arzobispal fray Bartolomé de Carranza, del orden de Santo Domingo varon de gran doctrina. Por este tiempo se descubrió peste en Murcia, despues en Valencia, y finalmente en Burgos, la que por espacio de algunos años causó grandes estragos.

CAPITULO IX.

Preparativos de guerra de los Reyes de España y de Francia. Comiénzase á tratar de la paz. Muerte del Emperador Carlos V, y de sus dos hermanas doña María y doña Leonor.

Por este tiempo se ocupaban los Reyes en juntar tropas, como si en una sola batalla hubiesen de decidir todas sus discordias. Por todas partes hacian grandes reclutas, y los demas preparativos de los dos exércitos eran tan extraordinarios, que parece increible lo que sobre esto refieren los autores. El Frances puso cerca de Amiens su campo, á donde acudieron muchos grandes y nobles. El Español habia puesto el suyo en Dulens, que estaba cercano, y vino con el duque de Alba la principal nobleza de España é Italia; de Alemania los príncipes de Brunswik, Enrique y Ernesto, el teniente del elector de

Brandemburgo, y otros ilustres varones, acompañados de muchas tropas, finalmente Egmont y el príncipe de Orange con el exército flamenco y algunos grandes de Inglaterra. Eran generalísimos el duque de Guisa y Filiberto de Saboya. Uno y otro fortificaban su campo con mucho cuidado, y acaecian algunos pequeños choques, que iban haciendo concebir esperanza de la principal victoria, pero sin intencion de venir á una formal batalla entre los dos exércitos; porque esto solo era un artificio con que los príncipes, amenazando una grande guerra, suelen conseguir las ventajas de una paz cierta. En este estado de cosas volvió otra vez Christierno á hacer mencion de ella, porque conocia muy bien que los príncipes estaban inclinados á abrazarla, cada uno por su propio interés. El Saboyano intentaba por medio de las condiciones de la paz recuperar sus dominios, de que le habian despojado los franceses, ya que no tenia esperanza de conseguirlo por las armas. El Rey Enrique debilitado con las anteriores pérdidas, aborrecia la guerra, y juzgaba útil concluirla, aunque fuese con alguna condicion gravosa, y por otra parte deseaba mucho reprimir en sus principios las discordias de religion, que se habian suscitado en Francia. El Rey don Felipe por su carácter era inclinado á la paz, y temia que si se aventuraba muchas veces á la inconstancia de la fortuna, perderia los dones que antes habia recibido de ella. De este modo aunque cada uno tenia distintas miras, conspiraban todos al negocio de la paz. Finalmente, por medio de los plenipotenciarios resolvieron ajustarla, y renunciar sériamente á sus disensiones cansados ya de una guerra tan larga, y que parecia haberse hecho hereditaria.

Por esta causa se procuró quanto antes poner en

libertad á Monmorenci y su hijo, á quienes algunos autores afirman que el Rey don Felipe se la concedió gratuitamente, y despues fueron tambien puestos en libertad los demas prisioneros. El Rey de Francia nombró por sus ministros para las conferencias de la paz á Monmorenci, al cardenal de Lorena, al mariscal de San Andres, á Morvillers, al obispo de Orleans, y á Aubespine su secretario; y por parte del Rey de España concurrieron el duque de Alba, Ruy-Gomez, el príncipe de Orange, Perenoto obispo de Arras, y Vigli jurisconsulto célebre, todos hombres de experiencia y maduro consejo. Estos pues, se juntaron en un castillo del territorio de Cambray, y comenzaron á tratar de las condiciones con intervencion de los embaxadores de la Reyna de Inglaterra y del Saboyano. Parecióles conveniente disolver los exércitos que estaban cercanos, para evitar toda ocasion de pelea, y para que por la temeridad de los soldados, á quienes desagradaba la conclusion de la guerra, y el verse despedidos, no se descompusiese la paz á que todos aspiraban; porque no hay cosa alguna por pequeña que sea, que muchas veces no pueda causar un gran trastorno en los negocios mas importantes, aun contra toda esperanza. Trabajaban todos en este asunto con mucho gusto y satisfaccion de los Reyes, quando por la pertinacia de los ingleses en reclamar el puerto de Calais, faltó poco para que se desvaneciese todo. Pero á los Reyes, que tanto deseaban concluir la paz, no les pareció detenerse en este escollo, sino dexar este incidente para mas adelante.

Habiendo resuelto dilatar este punto hasta principios del año siguiente, llegó mientras tanto la triste nueva de la muerte del Emperador don Carlos en España, y se turbó con el llanto la alegría de la paz

que estaba tan próxîma á establecerse. De esta suerte suelen mezclarse en la condicion humana las cosas tristes con las alegres, alternando la fortuna con las prosperidades y desgracias. Los dos años que precedieron á su muerte, se habia dedicado enteramente á aplacar la Divina Magestad, y quiso que en vida se le hiciese el funeral, á que asistió él mismo, vestido de luto. Mezclado con los monges que cantaban el oficio de difuntos, rogó por su eterno descanso, como si ya hubiese salido de esta vida, acompañándole los circunstantes, mas con sus lágrimas que con sus voces, y puesto de rodillas encomendó humildemente su alma al supremo Criador de todas las cosas. Llevado desde la iglesia á la celda entre las manos de sus criados llorosos y afligidos, comenzó al dia siguiente á sentirse muy decaido. Habíanle cesado los dolores de la gota, pero retrocediendo al vientre este cruel humor, vino á parar en tercianas. Procuraron los médicos cortárselas con dos sangrias, mas todos sus cuidados fueron inútiles, y la calentura se hizo quotidiana, acometiéndole con mayor violencia. Iban poco á poco faltándole las fuerzas hasta que al fin se perdió toda esperanza de su vida. No se turbó con esta noticia, y habiendo limpiado las manchas de su alma con la confesion, y alimentándola con la divina víctima, prorrumpió en estas palabras: «Habitad en mí, dulcísimo Je»sus, para que yo permanezca en vos" despues recibió la sagrada Extrema-Uncion para el último combate, y quando conoció que estaba próxîma su muerte, tomando en una mano un Crucifixo que tenia siempre en su pecho, y en la otra una vela encendida, pidió con lágrimas perdon á todos los que estaban presentes, y con oracion fervorosa imploraba la misericordia divina. Los religiosos le ayudaban á

bien morir con sus continuas preces, y en la noche que antecede á la festividad del apóstol San Mateo, invocando en sus últimas palabras el nombre de Jesus, espiró tranquilamente aquel príncipe de ánimo y cuerpo invencible, y no inferior á ninguno en virtud y piedad. No hubo en él cosa alguna que no fuese admirable; su aspecto era agradable y magestuoso, y á la blancura de su color agraciaba mucho lo encarnado de sus mexillas: su cabello rubio en la juventud, y cortado segun la costumbre de los antiguos, se llenó despues de venerables canas. En su rostro largo sobresalía algun tanto el labio inferior inverso, carácter de los austriacos que le sucedieron: sus ojos eran azules y alegres, sus palabras pocas y modestas, aunque sazonadas con gracia, su andar lento, y tan compuesto en su trage y acciones exteriores, que se acercaba á la severidad y gravedad. Las prendas de su ánimo eran excelentes. Fue pues clementísimo y de una fortaleza y constancia invencibles. Amó extremadamente la justicia y la equidad, y fue tan liberal que no bastaban tesoros algunos á su beneficencia. Tenia gran perspicacia, actividad y inteligencia en los negocios de la guerra y de la paz, á que se dedicó enteramente, y fue tan sencillo observador de la religion católica, como vengador de ella. No siempre le favoreció la fortuna, y las veces que le fue contraria, la toleró con paciencia, ó la superó con ánimo excelso y fuerte. No solo venció á quasi todos los que le movieron guerra, sino lo que es mas admirable, que á todos los vió prisioneros. Hizo grandes cosas, y dió muchas batallas en el dia de su cumple años. Fue principalmente parco en los deleytes, y si cayó algunas veces, ocultó su culpa con sumo pudor. Príncipe ciertamente digno de mejor siglo: y aunque contraxo algunos defectos

por la infelicidad de los tiempos en que vivió, se dedicó á hacer severa penitencia de ellos en los últimos años de su vida. Doña María de Hungría su hermana, y émula de su virtud, sobrevivió al César veinte dias solamente. Doña Leonor la otra hermana, Reyna de Portugal y de Francia, matrona respetable por la gravedad de sus costumbres, habia fallecido en el mes de enero anterior, y el Rey Enrique su hijastro mandó hacerla en Paris magníficas exêquias. El cadáver de don Carlos fue encerrado en una caxa de plomo, y depositado baxo del altar mayor del templo de San Gerónimo de Yuste, y despues de algunos años le trasladaron al panteon del monasterio del Escorial. El Rey don Felipe le hizo en Bruselas los funerales con exquisito y extraordinario aparato, adornando el túmulo magníficamente con las inscripciones de sus hazañas. Dexó cinco hijos, á saber, don Felipe heredero de sus reynos, doña Maria muger de Maxîmiliano, y doña Juana madre del Rey de Portugal don Sebastian. Quatro años antes de su matrimonio, habia tenido á doña Margarita en una noble flamenca del mismo nombre. Hallándose en Oudenarda, la vió en un sarao de mugeres principales, y alabando casualmente y sin ninguna intencion lasciva la hermosura de esta doncella á presencia de sus cortesanos, la robó uno de ellos por la noche y se la conduxo á su palacio. La niña que nació de estos amores fue criada con el mayor secreto por su tia doña Margarita, gobernadora de Flandes, hasta que se descubrió por la imprudencia de una criada, lo que causó al César mucho disgusto. Despues de la muerte de la Emperatriz doña Isabel, tuvo á don Juan de Austria en una muger noble de Ratisbona. Encargó su educacion á Luis Quixada, y jamás hizo mencion de este

hijo hasta poco tiempo antes de su muerte, quando por medio de sus amigos le recomendó al Rey don Felipe. Verdaderamente fue don Carlos un grande exemplar de príncipes en todo género de virtudes, y aun en sus mismos pecados les dexó á todos ellos una saludable enseñanza; pues aquellos cuya vida debe servir de exemplo á los demas, si alguna vez llegan á caer por la flaqueza humana, á lo menos deben procurar que la culpa quede sepultada y oculta. Pero no debemos admirarnos de que una fortuna tan grande y digna de la inmortalidad haya contraido algunas manchas de la flaca y mortal naturaleza, no habiendo en la tierra cosa alguna que sea enteramente perfecta.

CAPITULO X.

Muerte de doña María Reyna de Inglaterra. Paz general de la Europa, y condiciones de ella. Muerte desgraciada del Rey Enrique de Francia. Sucede en el reyno su hijo Francisco II.

El comun deseo de todos era la paz, de que se estaba tratando tanto tiempo antes. Los príncipes la solicitaban con ardor, fatigados ya de la guerra, que suele ser la principal causa que los reduce á concordia. Ademas los inclinaban vivamente á ella los males que se habian originado de sus antiguas discordias, y los que amenazaba la heregía; pues no ignoraban que todo se trastorna quando comienza á conmoverse la religion, que es el vínculo de los imperios. Impedian la conclusion de este negocio doña María, y los ingleses empeñados en que se les restituyese á Calais, que antes les habian quitado los franceses, y el Rey don Felipe se creia obligado á

no oponerse en esta parte á su muger. Hallábase ya ésta enferma gravemente de hidropesía, y á los principios de su mal se persuadió que estaba preñada, dexándose engañar de sus deseos con excesiva credulidad, por lo qual no se la aplicaron los oportunos remedios, y despues fueron inútiles. Consternado el Rey don Felipe del peligro de su esposa, envió al conde de Feria para que la visitase. Pero habiéndola acometido una ligera calentura la consumió en breve tiempo á mediados de noviembre, con gran pesar y llanto de todos los buenos; y en el mismo dia murió tambien el cardenal Polo, para que los que habian vivido tan unánimes y concordes en sus deseos, y habian padecido igual fortuna, no se separasen ni aun en la muerte. Mientras que el Rey don Felipe se hallaba ocupado en disponer los funerales de su padre, se le agravó el dolor con la noticia de la muerte de su piadosísima esposa. Sufrió no obstante con igualdad de ánimo los reveses de la fortuna, que muchas veces trastornan la constancia de los mas fuertes. Perdia con su muger para siempre la dignidad y apoyo del nombre Ingles, no habiéndole quedado de ella sucesion alguna, y no era para él menos desgracia el que recayese el reyno en Isabel hija de Ana Bolena, muger de un carácter lleno de astucia y crueldad. Habia sido educada en la heregía, por lo qual preveia don Felipe que en breve se destruiria en Inglaterra la verdadera piedad, que á costa de tantos desvelos habia restablecido.

Con efecto, no pasó mucho tiempo sin que el parlamento de Londres anulase los actos de religion del reynado de doña María, renovase los de su hermano Eduardo, y mandase que no se obedeciera al romano Pontífice. Despues de esto siguiendo la Reyna el exemplo de su padre y de su hermano, comen-

zó á llamarse cabeza de la iglesia Anglicana, habiéndose hecho administradora de las cosas sagradas, con desprecio del mandato del apóstol San Pablo, que prohibe á las mugeres hablar en la iglesia. Entretanto con el consentimiento del pueblo fueron quitadas de los templos las imágenes de los Santos, y cometieron otras maldades los hereges, aboliendo enteramente el antiguo culto. Aplicáronse al fisco las rentas eclesiásticas con detestable avaricia, y despues fueron concedidas á los seculares en premio de haber abjurado la religion orthodoxá. Al mismo tiempo comenzó á tratar en secreto con el Rey Enrique para que no la excluyese de la proyectada alianza, y convino con él baxo de ciertas condiciones, y entre ellas que Calais quedaria para siempre unido al dominio de Francia. Vencido este estorbo, trabajaron eficazmente los embaxadores en establecer la alianza, mientras que en Francia se celebraba con mucha alegria y regocijo público el casamiento de Carlos duque de Lorena con Claudia hija segunda de Enrique. Despues de lo qual fueron renovadas las fiestas, por haberse concluido la paz entre los Reyes el dia tres de abril de mil quinientos cincuenta y nueve, como consta de una carta del Rey don Felipe, 1559.
siendo las condiciones: que hubiese paz sincera y perpétua, renunciando las partes sus antiguas pretensiones, y confirmando las alianzas: que procurasen con todas fuerzas mantener la religion católica: que se restituyesen mútuamente todas las ciudades y pueblos, tomados en los ocho años anteriores, y los bienes á los proscriptos, cortándose las causas sobre los excesos pasados de los respectivos vasallos, de cuya gracia fueron exceptuados los lombardos, napolitanos y sicilianos: que se devolviese á Guillelmo, duque de Mántua todo lo que se le habia qui-

tádo en el Monferrato, y del mismo modo á los genoveses lo que se les habia tomado en Córcega, y otras pequeñas posesiones á otros: que se restituyesen al Saboyano las ciudades y fortalezas situadas á una parte y otra de los Alpes, reteniendo el Frances á Turin y otras quatro ciudades, hasta que por los árbitros que se eligiesen, fuese decidido el derecho de Valentina, y que en poder del Español quedasen Vercelli y Aste en prendas de la palabra francesa; y para que la contraida amistad se asegurase mas con los estrechos lazos del amor, casase el Rey don Felipe con madama Isabel, hija mayor de Enrique Rey de Francia, y el Saboyano con madama Margarita, hermana del mismo Enrique, obteniendo del Pontífice la dispensa del parentesco. A la primera se le señaló por dote quatrocientos mil florines, y á la segunda trescientos mil con el usufructo del principado de Beciers. De los prisioneros no se hace mencion alguna en los autores que escribieron mas menudamente estas cosas, y solo Mariana afirma en sus apuntamientos, que fueron puestos en libertad todos los que lo habian sido despues de diez y seis años. En esta alianza se hallaron comprehendidos el Pontífice, el César y los príncipes, y ciudades libres de casi toda la Europa.

En medio de la universal alegria que produxo la paz tan deseada, los senenses eran los únicos que se hallaban tristes, habiendo intentado en vano libertarse de la servidumbre. Despues que salieron de la ciudad, mantenian pertinazmente una sombra de gobierno libre en los pueblos fortificados de su territorio, que ocupaban los franceses; pero estos en virtud del convenio los entregaron á don Juan de Guevara comisionado á este fin por el Rey don Felipe, y se embarcaron á Francia con sus propios bienes,

y Guevara á nombre de su amo adjudicó perpétuamente los mismos pueblos á Cosme duque de Florencia. Fueron dados en rehenes (segun se convino en la alianza) el duque de Alba, el de Arcos, Egmont, y el príncipe de Orange; porque Enrique debia cumplir el primero lo pactado dentro de los tres meses próximos, y despues don Felipe en el término de un mes. Este tratado se ajustó y firmó por los plenipotenciarios en Sercamp, cerca de Cambray, y le ratificaron y confirmaron con juramento los Reyes, y sus hijos el delfin, y Carlos príncipe de Asturias.

Entretanto celebró el Emperador don Fernando las exéquias de su hermano en Wormes, donde habia convocado la dieta, y en ella se trató del negocio de la religion, con el mismo éxito que otras muchas veces. La heregía de Lutero tomaba cada dia nuevas fuerzas, adornada y interpolada con nuevas doctrinas que manifestaban con mas evidencia su falsedad; pero el César á pesar de todos sus conatos para que los protestantes recibiesen los decretos del concilio Tridentino, no pudo alcanzar de ellos cosa alguna. Pareció el mas pequeño de todos los males, confirmar el último decreto de la dieta de Ausburg, en la que acomodándose el César don Carlos á las circunstancias del tiempo, les habia permitido muchas cosas, á fin de que no se alterase la tranquilidad pública con nuevas turbulencias, ya que en todo lo demas se mantenian obedientes, posponiendo la religion á los intereses del estado.

El Español y el Frances, en virtud de su alianza tenian otras ideas acerca de la religion. La llama de la heregía se habia propagado de tal modo entre el ruido de las armas, como sucede comunmente, que habia penetrado hasta España. Para cortar sus progre-

sos en todas partes, dió el Rey don Felipe las mas eficaces providencias; y como la Flandes estaba mas próxima al peligro, procuró preservarla del contagio con ereccion de nuevas sillas episcopales, lo qual se intentó antes muchas veces, y nunca pudo conseguirse hasta estos tiempos, por las graves dificultades que fue preciso vencer; pero se originaron otras muchas, pues los ánimos de los flamencos estaban muy dispuestos á sediciones. En España comenzaron los inquisidores á proceder contra los hereges, y á la verdad con mas rigor que la junta establecida á este fin en Francia. En una y otra nacion se descubrieron hombres célebres tocados de aquella peste, y muchos sacerdotes que habian abandonado el celibato, por seguir con libertad sus desordenadas pasiones. Pero un mismo remedio produxo efectos muy distintos: en Francia se agravó el mal, y en España se consiguió extirpar del todo la heregía.

Mientras pasaban estas y otras cosas semejantes, se ratificaron las pactadas nupcias de don Felipe con madama Isabel el dia veinte y tres de julio en la corte de Paris, adonde habia ido el Saboyano con un grande y brillante acompañamiento. El duque de Alba firmó á nombre del Rey de España, y el conde de Egmont se recostó armado con la esposa segun la costumbre de aquellos tiempos, haciéndose todo con la magnificencia y esplendor propio de tan grandes Reyes, y disputándose una y otra nacion la ventaja en los vestidos y adornos. Los dias siguientes se emplearon en regocijos y juegos, con extraordinario aparato y sumptuosidad, y se hicieron torneos, género de diversion que se acerca á una verdadera pelea. Habia corrido el Rey por espacio de dos dias con alabanza y regocijo de los circunstantes; pero al fin del dia tercero, habiendo quebrado con admirable

arte, y no menos valor muchas lanzas sin hierro, provocó á Gabriel conde de Mongomeri, que rehusaba el combate, y con fatal pertinacia (¡ó ciega mortalidad ignorante de lo futuro!) le obligó á correr por fuerza. Excitaron á los caballos en la carrera, y habiéndose acometido con las lanzas, y quebrádolas valerosamente en los pechos, vino á dar Enrique en el tronco de la de Mongomeri, sin que uno ni otro refrenase su ímpetu, y al segundo encuentro tuvo el Rey la desgracia de abrírsele la zelada, y fue herido en el ojo derecho, y arrojado del caballo. Levantáronle inmediatamente los suyos, y habiéndole quitado la zelada, se halló que la herida era mortal. Corrió la voz de esta desgracia, y se llenaron de consternacion todos los expectadores, convirtiéndose en llanto la alegria. Los médicos que acudieron al instante, no acertaban á disponer cosa alguna, fluctuando entre el miedo y la esperanza, y habiendo recibido el Rey don Felipe esta lastimosa noticia, mandó á Andres Vesalio príncipe de los médicos de aquel tiempo, que marchase á Paris con la celeridad posible, pero llegó ya tarde, y mas sirvió de consuelo que de remedio, pues se le formó á Enrique una apostema en el cerebro, que le quitó la vida al entrar en los quarenta y un años de su edad. De esta suerte en medio de tan grande alegria nacieron unas lágrimas muy verdaderas; y en un momento se mudó en tristeza el regocijo, por la suerte de la humana condicion, en la qual no hay cosa alguna constante, y que no esté mezclada de males, y donde antes resonaban los aplausos y el contento, solo se oyeron luego los tristes suspiros y lamentos, que despues se extendieron por toda la Francia en los años siguientes. No obstante, el dia antes que el Rey falleciese, mandó celebrar en su capilla las nupcias del Saboyano y

madama Margarita, para que la dilacion no impidiese con algun impensado accidente un enlace tan útil. Sucedióle en el reyno el delfin Francisco II de este nombre, que el año anterior habia casado con María Estuarda Reyna de Escocia, hija de Jacobo V, y ni su edad ni su talento eran capaces para tan grande carga, lo qual fue causa de las muchas calamidades que padeció la Francia.

CAPITULO XI.

Muerte de Paulo IV. Eleccion de Pio IV. Castigos executados por la inquisicion de España contra los hereges. Restitúyese á España el Rey don Felipe. Celebra en Guadalaxara su casamiento con madama Isabel de Francia.

El Pontífice, que por este tiempo se hallaba irritado con el César don Fernando, no quiso dar audiencia á su embaxador don Martin de Guzman, que habia ido á Roma á cumplimentarle en nombre de su príncipe. La causa de esta repulsa era que el César se habia hecho proclamar ilegalmente en Francfort, quando sin la aprobacion de la Santa Sede no le era lícito llamarse Augusto. Mostróse ahora inexôrable contra sus parientes, á quienes al principio de su pontificado habia favorecido mas de lo justo; porque como llegase á entender sus maldades, amonestado de Jeremías varon de exemplar probidad, y religioso del orden de los Teatinos, que el mismo Papa habia fundado en otro tiempo, despojó de sus dignidades á los hijos de su hermano, y lleno de indignacion los mandó salir de Roma, y apartarse de su presencia, amenazándoles con gravísimas penas. Despues de esto se dedicó enteramente á

arreglar las cosas de Roma, á expurgar á Italia de la heregía, valiéndose para esto de hombres de conocida virtud, entre los quales sobresalía Miguel Ghislerio, cardenal Alexandrino, que despues fue Pontífice, con el nombre de Pio V, y mereció ser colocado en el número de los Santos. Mientras que se ocupaba con el mayor conato en estos y otros negocios semejantes, y hallándose agravado de la hidropesía y vejez, y de sus muchos cuidados, falleció el dia diez y ocho de agosto á la entrada de los ochenta y quatro años de su edad. Su cuerpo fue sepultado interinamente en San Pedro, y trasladado despues á la iglesia de Santa María supra Minervam, donde Pio V le erigió un magnífico sepulcro de mármol. El dia siguiente á su muerte se sublevó el pueblo romano para saciar el odio que tenia á los Carrafas. Su estátua fue arrojada del capitolio, y arrastrada al Tiber con vergonzosa ignominia del nombre christiano. Las armas de la familia fueron arrancadas y borradas de todos los parages: pusieron en libertad á todos los presos que habia en las cárceles, incendiaron las casas de los inquisidores, y no cesaban los robos y excesos, hasta que por la mediacion de Marco Antonio Colona, y Juliano Cesarino se apaciguó la desordenada multitud, que á no ser por ellos hubiera hecho mayores estragos. Estuvo vacante la silla de San Pedro por espacio de quatro meses y siete dias, en cuyo tiempo falleció Hércules duque de Ferrara; y le sucedió en el principado Alfonso su hijo. Finalmente el dia del Proto mártir San Esteban fue declarado Pontífice Juan Angel de Médicis, hermano de Mariñan, que tomó el nombre de Pio IV y se coronó el dia seis de enero del año siguiente, con grande alegria del pueblo romano.

Entretanto perseguia en España á los hereges el

inquisidor general don Fernando de Valdés arzobispo de Sevilla. En la primavera antecedente fueron condenados Agustin Cazalla, que desde Alemania habia traido á España la impiedad de Lutero, habiéndose convertido de pastor en lobo: dos hermanos suyos; un cierto Perez y otros perversos sectarios, todos los quales perecieron en el suplicio. Cazalla con diez y nueve compañeros, entre los quales se hallaban algunas monjas, habiendo conocido y condenado su error, padecieron la pena de garrote, y despues fueron arrojados sus cuerpos á las llamas, y junto con los huesos de Leonor Vivero, madre del mismo Cazalla, que habia muerto poco antes. Herreruelo Leguleyo de obscuro nombre, permaneció en su falsa creencia con invencible pertinacia, á pesar de las exhortaciones de Cazalla para que se arrepintiese, y volviese al gremio de la iglesia católica, y fue entregado vivo á las llamas, asistiendo á este triste espectáculo doña Juana gobernadora de España, y el príncipe don Carlos. Otros muchos fueron castigados con diversas penas, y con perpétua ignominia de sus familias, y vestidos con un saco amarillo que tenia una cruz roxa, servian de insigne escarmiento, y atemorizaban á los demas, no tanto por el rigor de los castigos como por la infamia. En Sevilla á principio del otoño una gran multitud de hombres, mugeres, monjas y frayles salieron en público auto para sufrir la pena que merecian. Los huesos de Constantino Ponce, hombre perversísimo, de quien se dice que se habia muerto á puñaladas en la cárcel, y los de Juan Gil canónigo de Sevilla, con quatro personas vivas, y otros qnarenta que acabaron su vida en la horca, fueron arrojados á las llamas, siendo primer inquisidor de aquella ciudad don Juan Gonzalez, natural

de Aragon, que despues fue obispo de Tarazona.

Por este tiempo se disponia el Rey don Felipe para navegar á España, y envió á Ruigomez para que saludase en su nombre á madama Isabel su esposa, que despues se llamó Isabel de la Paz, en memoria de haberse establecido ésta con aquel matrimonio, y le regaló un diamante engastado en un anillo, que segun afirman valia ochenta mil escudos. Llamó de Italia á su hermana Margarita muger del duque de Parma para que gobernase á Flandes, dándola por su consejero á Perenoto obispo de Arras. Encomendó á los principales de la nacion el gobierno de las provincias, y los demas empleos públicos, y atendió al bien de los pueblos, confirmando sus inmunidades en la junta que celebró de todos los estados, á los quales por medio del obispo de Arras encargó encarecidamente que conservase la religion católica, y el amor y respeto á su hermana. Tambien celebró en Gante capítulo del orden del Toyson de Oro, y le confirió entre otros á los duques de Mántua y Urbino, con quienes habia formado una amistad estrecha, para conservar la paz de la Italia. Envió al nuevo Rey de Francia el collar de la misma orden guarnecido de piedras preciosas, y recibió de él el collar del orden de San Miguel, en señal de mútuo amor y benevolencia. A peticion de los flamencos, y con deseo de complacerles, mandó que volviesen á España tres mil y quinientos españoles de las legiones de Pedro de Mendoza y Julian Romero, que se hallaban aquartelados en las fronteras. Finalmente habiéndose juntado la armada, y hechos todos los demas preparativos para el viage, se hizo á la vela en Flesinga el dia veinte y siete de agosto, y con viento norte, y á los doce dias arribó al puerto de Laredo. Recibiéronle los españoles con extraordinaria alegria, porque ar-

dian en deseos de verle, y vino á Valladolid para fixar un domicilio cierto y permanente en España, donde habia sido nacido y criado. Como era tan zeloso en la extirpacion de la heregía, uno de sus primeros cuidados fue el castigo de los luteranos; y á presencia suya se executó en Valladolid el dia ocho de octubre el suplicio de muchos reos de este delito. Fueron quemados vivos Carlos Sesé, de una familia noble de Logroño, y Juan Sanchez, y ahorcados veinte y seis, entre los quales murió un hermano de Cazalla, cura de Pedroso cerca de Toro, obligado á detestar la heregía, mas por el temor de las llamas, que por verdadera penitencia, como lo afirma un autor que se halló presente; y los demas en número de doce fueron castigados con otras penas mas ligeras. Predicó en este dia al pueblo don Juan Manuel obispo de Zamora, no menos esclarecido por su doctrina y piedad, que por su nacimiento. En Valladolid fue demolida la casa de Cazalla, y se puso en el solar una columna con una inscripcion, que declaraba todo el suceso, para perpétua ignominia. En el año siguiente se impuso en la misma ciudad igual castigo á algunos pocos sectarios, porque los demas que se hallaban inficionados de aquella peste, se pusieron en salvo huyendo del reyno. Finalmente despues de siete años, Leonor Cisneros muger de Herreruelo, obstinada en el error con el exemplo de su marido, fue arrojada tambien á las llamas. De este modo se cortaron los progresos de la heregía luterana que iba cundiendo por España; y si no se hubiera reprimido en sus principios, sin duda habria hecho grandes estragos en todas las provincias. A la verdad esta mala semilla se propagaba por todas partes, y aun se introduxo en algunas personas muy elevadas. Sospechóse no sin fundamento, que estaba infecto del error

don fray Bartolomé de Carranza, arzobispo de Toledo, por el trato que habia tenido con los hereges en Alemania y Inglaterra, donde acompañó al César, y á su hijo don Felipe. Procedieron los inquisidores á hacer sus secretas pesquisas, y protegidos con el favor del Rey, que acababa de llegar á España, prendieron al arzobispo en Torrelaguna, con grande admiracion, y no menos compasion de todos. Este hecho fue muy censurado, y dió materia en el vulgo á muchas murmuraciones. En los años siguientes fue llevado Carranza á Roma, y se exâminó su causa con gran diligencia.

Caminando á Toledo don Beltran de la Cueva, murió en el viage, y dexó mucha fama por las ilustres hazañas que habia hecho. Fue virrey de Aragon y de Navarra, y le sucedió en sus estados don Francisco su hijo, y muerto éste, recayeron en don Gabriel, que gobernó con gran prudencia la Lombardía. Por este tiempo el Rey don Felipe, para despachar con mayor acierto los negocios de tan vasto imperio, y siguiendo el exemplo de su padre y de sus antepasados, llamó cerca de su persona algunos varones ilustres por su nobleza, sabiduría y experiencia, y los destinó para que cuidasen de las cosas de la Italia, habiendo eregido á este fin un consejó permanente en la corte, nombrando por su primer presidente á don Diego de Mendoza principe de Melito. Fue muy admirable el cuidado de este prudentísimo Rey en la eleccion de consejeros, como se colige de sus apuntamientos secretos, donde tenia notadas las virtudes y vicios de los pretendientes. En este año nombró por virrey de Cataluña á don García de Toledo, y desde alli trasladó á Nápoles para suceder al cardenal de la Cueva, á don Perafan de Ribera, condecorado con el título de duque de Alcalá

de los Gazules, uno y otro hombres ciertamente valerosos, y de mucha prudencia en el gobierno de los pueblos.

A principios de diciembre fue enviada á España madama Isabel, en medio de los abrazos y lágrimas de su madre y hermanos, acompañándola el cardenal Carlos, y el príncipe de Rochechovard, los hermanos Borbones, y la principal nobleza, á quienes se juntó en la frontera el duque de Vandoma, que se habia apropiado el título de Rey de Navarra, habiéndole mandado la corte con astucia que hiciese esto viage aceleradamente, para que los españoles le entretuviesen en la esperanza de recobrar el reyno, y para que apartándole del partido de los Borbones, se juntase al de los Guisas. La esposa fue recibida con magnífica pompa en Roncesvalles, que confina con ambos reynos, por don Iñigo de Mendoza quarto duque del Infantado, por su hermano el cardenal de Burgos, y por una espléndida comitiva de los Mendozas, y de la principal nobleza. Despues que se hicieron allí las acostumbradas ceremonias, se retiró Vandoma con el cardenal Carlos y la comitiva francesa, y Rochechovard acompañó á la régia doncella á lo interior del reyno. No es posible explicar la alegria con que los pueblos recibieron y obsequiaron á aquella princesa, que traia la deseada paz. En Guadalaxara ciudad principal del duque del Infantado la festejó éste con todo género de regalos y diversiones, y el Rey don Felipe que se habia trasladado desde Valladolid á Toledo, donde celebraba cortes de Castilla, pasó inmediatamente á Guadalaxara, y se celebraron las nupcias con aparato y suntuosidad verda-
1560. deramente régia á fines de enero del año de mil quinientos y sesenta. Fueron padrinos el duque de Alba, que habia acompañado á la esposa desde Paris, y la

duquesa su muger señora de excelentes prendas. Dióles la bendicion nupcial el cardenal de Burgos, y concluida esta funcion fue conducida la novia á Toledo con magnífica pompa, y en aquella ciudad se celebraron fiestas con extraordinario concurso de gentes, concurriendo de todas partes la nobleza con los mas exquisitos adornos.

CAPITULO XII.

Expedicion del virrey de Sicilia contra los piratas de Africa. Toma de la isla de Gelves y su fortaleza. Viene la armada turca al socorro del pirata Dragut, y derrota de la armada christiana.

Entretanto que España estaba entregada á todo género de regocijos, pasó á las costas de Africa don Juan de la Cerda duque de Medinaceli con una grande armada, para arrojar de ellas á los piratas. El Rey don Felipe se habia inclinado á esta expedicion, incitado por los ruegos de Juan de la Valeta gran maestre de Malta, que deseaba vivamente recobrar á Trípoli. Antes de esto atraxo á su dictámen á Cerda virrey de Sicilia, el que en sus cartas no cesaba de aconsejar y exhortar al Rey lo mucho que convenia al estado apoderarse de las cercanas guaridas de los piratas, enemigos cotidianos del nombre christiano, y cuya crueldad tenia cerrado el mar á los españoles, causándoles los gravísimos daños que era facil conocer: que no habia otro medio de evitarlos, sino el de hacer la guerra á los bárbaros, para arrojarlos de sus asientos, y que en aquellos lugares se estableciesen colonias, que sirvieran como de freno á unos hombres tan inquietos. Persuadido el Rey con estas y otras semejantes razones, ordenó la guerra, y confirió á

Cerda la potestad de executarla. Este pues, habiendo juntado en el año precedente una armada de ciento y trece navíos de todas clases, entre los quales se contaban las galeras del Pontífice, las de Toscana, y las de Malta, y embarcado en ellos un exército de catorce mil hombres, y los víveres y municiones necesarias, se hizo á la vela en Mecina, y navegó á Siracusa para atravesar desde allí al Africa. Mientras que se aplacaban las tempestades y la crueldad del invierno, le fue preciso detenerse en aquel puerto con la armada y el exército; pero comenzando á sentirse enfermedades por la demasiada estancia en el mar, pasó á Malta en los dias mas cortos del invierno, y lejos de minorarse hacian cada vez mas estrago, de tal suerte que se asegura haber perecido tres mil hombres antes que llegasen á vista de los enemigos.

Conmovidos de esta pérdida los capitanes tuvieron consejo, y determinaron navegar á los Gelves, para que subyugando esta isla, que era otra guarida de piratas, expugnasen á Trípoli con mas facilidad. Hállase situada aquella en un golfo peligroso por los dos mares que le rodean, y casi inaccesible en el invierno, mas no obstante fueron vencidos los defensores, y tomada la isla tan funesta á los españoles. Luego que desembarcaron las tropas, pelearon con los bárbaros, no sin alguna pérdida. Apoderáronse de algunas naves enemigas; pero los que fueron tan activos en apresarlas, tuvieron el descuido de abandonar en lo interior del golfo dos galeras, que causaron un gravísimo daño; pues en ellas envió Dragut á Uluc-Ali pirata intrépido á Constantinopla, para implorar el socorro de Soliman contra las fuerzas de los christianos. Incitado el mismo Dragut del peligro que corria Trípoli, se escapó velozmente por el puente que

une la isla con la tierra firme. Para socorrer la falta de agua abrieron algunos pozos, pero la de estos era tan mal sana, y el clima tan contrario, que á cada paso morian infinitos; por lo qual pareció conveniente trasladarse al golfo menor, para ver si mudando de lugares se aplacaba la fuerza de las enfermedades, y sucedió todo lo contrario, porque el suelo era muy pantanoso y el ayre pestilente. Por esto resolvieron otra vez tomar quanto antes á Trípoli, pero levantadas las anclas para dirigirse á aquella ciudad, fueron rechazados á la isla por los vientos contrarios. Convirtieron el acaso en consejo, y volvieron á desembarcar las tropas con la artillería, y entretanto que limpiaban los pozos que habian cegado los moros, dieron estos principio á la pelea, en la qual quedando ellos vencidos y derrotados, se pusieron en fuga, y pidieron la paz y el perdon, á cuyo fin enviaron un trompeta. Inmediatamente fue entregada la fortaleza por su gobernador, y quedó hecho tributario, obligándose á guardar fidelidad con su acostumbrado juramento, que se reduce á poner la mano sobre el Alcoran. Quiso el virrey rodear la fortaleza con nuevas y mas firmes murallas, aunque los otros capitanes con mas saludable consejo eran de parecer que se demoliese, y se dió principio á la obra con mucha actividad.

Entretanto fueron completadas con reclutas de Sicilia y otras partes las compañías, que se hallaban disminuidas con tantas muertes. El Reyecillo de Calipia incitado por el odio que tenia á Dragut, vino al campo, y contrató alianza y amistad con los nuestros. Tambien el de Tunez, y por igual motivo les ofreció sus auxîlios contra el pirata, en caso que los necesitasen. Los isleños tributarios se mantenian en su deber con su gobernador, pero parte de ellos por el contrario

comenzaron á tramar hostilidades, matando y robando de tal suerte, que no habia cosa alguna segura fuera del campo. Las fortificaciones estaban ya tan adelantadas, que con facilidad se podian rechazar los esfuerzos de los enemigos; por lo qual, y porque corria la voz comunicada por la Valeta de que la armada otomana habia salido ya del estrecho de los Dardanelos, amonestaban los cabos á Cerda que se apresurase á retirarse de alli, quando podia hacerlo honrosamente, para no exponerse al encuentro de los turcos, que navegaban con muy superiores fuerzas. Pero al paso que era mucha la necesidad de acelerar la salida, era mayor la tardanza del virrey y la pereza de los soldados; y mientras que perdian inútilmente el tiempo despreciando el rumor de la armada enemiga, llegó la noticia de que ya se acercaba. Entonces, como suele suceder á los que se hallan sorprehendidos, comenzaron precipitadamente á disponer las cosas con increible terror y consternacion. Scipion Doria, que fue enviado á explorar el mar, apenas pudo escaparse, disparando un cañonazo en señal de haber visto la armada enemiga, y oido esto cortaron los cables de las anclas, y á vela y remo se pusieron en ignominiosa fuga cada uno por donde pudo. Mandaba las galeras de Malta el español Maldonado, cuya presencia salvó á muchos, pues como era tan práctico en aquellos parages, se escapó por rumbos que le eran conocidos, y enseñó á otros el mismo camino. Muchos navios que no pudieron huir por impedírselo los vientos contrarios, y la llegada de los enemigos, fueron estrellados en la costa, y perecieron cerca de mil hombres unos ahogados y otros á manos de los turcos. Juan Andres Doria hijo de Juanetin, despues de habérsele hecho pedazos su galera, se escapó á la fortaleza de Bembo, adonde

con otros se habia refugiado el virrey, atónito de la derrota.

Los otomanos, cuya armada se componia de ochenta galeras mandadas por Piali, la dividieron en dos partes, y perseguian con la una á los navíos que huian, y con la otra acometieron, incendiaron y tomaron á los que estaban detenidos, y no habian podido evadirse. En esta confusion perecieron diez y nueve galeras y catorce navíos, y quedaron cautivos cinco mil hombres. Los mas ilustres fueron don Diego Harnedo natural de Aragon, obispo de Mallorca, que cuidaba del hospital; Gaston hijo del virrey, que con tan funesto principio entró en la carrera de la milicia, Sancho de Leyva, y Berenguer Requesens, comandantes de las galeras napolitanas y sicilianas; y Flaminio Anquilara que mandaba las pontificias, el qual falleció luego de sus heridas, Bernardino Aldana comandante de la artillería, don Juan y don Fadrique de Cardona, y finalmente un gran número de nobles y capitanes de las compañías. Quedaron en el puerto siete galeras por haberlas cerrado la salida el enemigo. Don Alvaro de Sande hombre de extraordinario valor, y muy perito en el arte de la guerra, defendia la fortaleza con dos mil y quinientos soldados escogidos, cuyo número se duplicó con la turba de los náufragos. Indeciso el virrey sobre el partido que debia tomar en tan grande conflicto, juntó á los cabos para deliberar con ellos. Sus dictámenes eran varios, porque no era facil hallar medio de superar los muchos peligros que los rodeaban. Finalmente habiendo aconsejado muchos al virrey que se retirase por donde pudiese, se hizo una noche á la vela con siete galeras acompañado de Doria y de los principales del exército que habian quedado, y llegó á Malta desde donde navegó á Sicilia. Esta calamidad acaeció

á principios del mes de mayo con gran daño y mayor ignominia del nombre christiano. Entretanto el magnánimo Sande comenzó á fortificar con mayor cuidado la fortaleza contra la tempestad que le amenazaba, aprovechándose de las tablas de los navíos despedazados y de las ruinas de los edificios, porque en aquel suelo arenoso no habia tierra á propósito para ladrillos. La provision que tenia de víveres era escasa, y para depurar el agua del salitre fue preciso alambicarla todos los dias, cuya operacion hacia un siciliano llamado Sebastian, aunque la cantidad siempre era menos de la que necesitaba la guarnicion. La artillería se componia de quarenta piezas con todos sus afustes. En los moros no habia que esperar socorro alguno, pues con su acostumbrada infidelidad seguian el partido de la fortuna, y unos se juntaban al vencedor, y otros huian y se derramaban por lo interior del Africa. Presentóse Dragut con nueve galeras, y desembarcó las tropas y artillería, habiendo enviado delante por tierra un fuerte trozo de caballería é infantería, y en breve comenzó á poner en movimiento todo género de máquinas.

Al principio parecia ostentar clemencia el Turco, ofreciendo á los españoles honrosas condiciones si se entregaban; pero despues manifestaron sus feroces palabras y el fuego de su artillería, que solo pensaba en vencer con las armas. Parecen increibles los esfuerzos de valor que hicieron los sitiados, peleando no solo contra un enemigo tan poderoso, sino tambien contra la misma naturaleza. Hicieron repetidas salidas de la plaza: pelearon muchas veces, y causaron y recibieron muchos daños, y era tal el ardor que tenian los nuestros en pelear, que no reposaban quando eran vencidos, ni quando eran vencedores, de tal suerte que los enemigos cansados ya de recibir heri-

das, habian resuelto concluir el sitio con la paciencia, á no ser que se viesen en la necesidad de combatir. Los socorros prometidos por el virrey Cerda y Lavaleta jamás vinieron, por lo qual, y por la escasez que padecian de agua, llegaron á tal extremo de desesperacion, que ni la crueldad de los bárbaros ni la severidad de Sande podian contener las deserciones, porque todo lo posponian al deseo de mitigar la sed, que los atormentaba en un clima tan ardiente y en medio del estío. De la indefensa multitud que se habia libertado del naufragio, se escapaban muchos de noche con feliz audacia en buques ligeros, atravesando por medio de las galeras enemigas. Consumida la mayor parte de la gente con las heridas, el hambre, la sed, el calor, y las demas fatigas, apenas quedaron mil hombres armados, y habiéndolos juntado Sande les hizo este discurso: «Compañeros valerosí»simos, ya veis que nos hallamos reducidos á tales an»gustias, que ni nos quedan fuerzas para defender la »fortaleza, ni para sufrir el hambre, pues apenas te»nemos víveres para tres dias. Perdida ya la esperan»za de la vida y de mantener este puesto, debemos á »lo menos conservar la honra, tomando á este fin con»sejo de la audacia, que en nuestro actual estado será »el mejor, porque es el mas fuerte, y por consiguien»te el que debe ser aprobado por vosotros. A la ver»dad despues que he reflexionado atentamente sobre »lo que conviene al bien comun de todos, me he »determinado á exponer mi cabeza á una muerte cier»ta por el nombre christiano y por la gloria de la »guerra, y caer en medio de los enemigos peleando »intrépidamente, antes que pronunciar aquellas pala»bras, que despues de tantas y tan heróycas hazañas, »nos reduzcan á una triste esclavitud. Yo ciertamen»te estoy persuadido que no hay cosa mas ignominiosa

»ni mas cruel que dexarnos atar las manos con las »cadenas de los bárbaros, á quienes hemos derrota»do en tantas peleas: estas manos que aun encade»nadas son para ellos formidables, y que aunque las »aten con dobles cadenas no podrán entregarse á ellas »con seguridad. Por ventura, ¿no seria mejor antes »que padecer tales cosas, degollarnos como ovejas, »y acabar con qualquiera género de muerte nuestras »miserias, mas bien que tolerar una vida tan calami»tosa? Animo pues compañeros mios, y en esta úl»tima prueba de vuestro valor, coronad vuestras an»teriores victorias, y aprobad mi consejo tan honroso »como necesario á unos varones fuertes." Inmediatamente clamaron á grandes voces los soldados que los conduxese adonde quisiese, pues se hallaban dispuestos á perderse y perecer; y que no moririan sin tomar venganza, porque estaban tan sedientos de la sangre enemiga, como pródigos de la suya. Inflamados de esta suerte los ánimos, les mandó tomar algun descanso, y disponer todas las cosas para la última pelea. Saca el exército con silencio á media noche por la puerta contraria que mira al mar, y habiendo atravesado los tres valles en que se habian encerrado los bárbaros, con muerte de muchos de estos, llegó cerca de la tienda del general. Acuden los turcos excitados por el ruido y voces de las centinelas que gritaban al arma por todo el campo, y se traba una pelea ciega y sangrienta; pero habiéndolos cercado por todas partes una inmensa multitud de turcos, se ven obligados á pelear en círculo, y como cayesen unos sobre otros, fueron muy pocos los que se retiraron á la fortaleza, los quales con algunos cobardes que se habian quedado escondidos en ella hicieron la entrega baxo de ciertas condiciones, las que violaron los turcos, y se encarnizaron contra los rendidos, ha-

ciendo esclavos á los unos y á los otros. Don Alvaro de Sande, que andaba errante entre las tinieblas de la noche, pudo escapar al mar con dos capitanes españoles, y se apoderó de una galera construida á la manera de una fortaleza, para pelear desde ella á pie firme. Púsose de pie en la proa con su escudo en la mano izquierda, y vibrando con la derecha la espada contra los bárbaros que le injuriaban con palabras, y admirados de su valor los capitanes otomanos mandaron á los suyos que no le tirasen. Un genoves renegado le exhortó á una honrosa entrega, para que no viniese á ser el escarnio y burla de los hombres mas viles, que desde lejos le matarian con sus tiros. Respondió Sande que no se entregaria á hombre alguno si no fuese al general, y que se le permitiera presentarse á él sin peligro. Ofrecióselo el genoves, y acompañándole para que no cayese en manos de la turba militar, y cubierto como estaba de su sangre y de la agena, se presentó al general, que le recibió y trató con bastante humanidad, compadecido de la suerte de aquel hombre tan valeroso, y le envió á la galera capitana donde eran custodiados los principales cautivos. Despues de haber arrasado Piali la fortaleza, y recogido en sus naves toda la presa, se hizo á la vela. En las costas de Sicilia causó en su tránsito algunos daños, incendió á Syracusa, que sus habitantes habian abandonado, y regresó á Constantinopla victorioso, por el reprehensible descuido de los nuestros.

CAPITULO XIII.

Persecucion de Inglaterra contra los eclesiásticos. Discordias civiles de Francia. Conjuracion de Amboisa. Muere el Rey Francisco II, y le sucede Carlos IX.

Empleaban por este tiempo los ingleses todos sus conatos en extinguir el culto de la antigua religion. Los obispos, sacerdotes y religiosos de unó y otro sexô que la defendian con zelo, eran puestos en estrechas cárceles, ó desterrados y molestados con todo género de vexaciones. Resplandeció entonces mucho la admirable caridad del duque de Feria embaxador de España, en proteger á estos miserables; y habiendo alcanzado permiso de la Reyna, envió á muchos á las costas de Flandes y Francia, y á otros los mantuvo en su casa, y finalmente se los llevó consigo á España. En Escocia se hallaba todo perturbado por la misma causa, y aun llegaron á tomar las armas con pretexto de religion. Los ingleses y franceses fomentaban diversos partidos, y los auxiliaban con tropas, que peleaban entre sí con varia fortuna. Finalmente se compuso la guerra con la muerte de Margarita gobernadora del reyno, que en medio de aquellas turbulencias, no dexó de defender en quanto pudo la religion católica. Falleció el dia diez de junio, y á solicitud de su hermano el cardenal de Lorena, fue llevado su cuerpo á Francia, y sepultado honoríficamente. Ajustada que fue la paz, dexaron unos y otros las armas con grave detrimento de la verdadera piedad, que destituida del apoyo de los franceses, quedó enteramente arruinada. Tomó las riendas del gobierno de este reyno María su hija casada con

el Rey de Francia, muger desgraciada, que tuvo un fin muy lastimoso.

Al mismo tiempo comenzó tambien la Francia á ser agitada con civiles discordias, cuya furiosa violencia la puso muy á pique de un total naufragio. Las causas de este mal eran muchas. La edad del Rey Francisco, poco idónea para los negocios, y la cortedad natural de su talento, mas propio para ser gobernado que para gobernar. La cruel ansia de dominar de Catalina su madre, que entre todas las artes palaciegas que poseia, se aventajaba en una astucia engañosa, de la qual nacia la inconstancia, con que acomodándose al tiempo, favorecia ya á los de un partido, ya á los de otro sin fiarse de ninguno. La desmedida ambicion de los Guisas, que querian mandarlo todo, excluyendo absolutamente á los Borbones de los empleos públicos. Antonio cabeza de la familia, como inficionado de la heregía de Calvino, era justamente repelido de la corte con su hermano Luis, que aun le excedia en su fanatismo. A estos pues, que se hallaban irritados por el dolor de la repulsa, se juntaron los hermanos Colignis, tocados de la misma peste, Monmorenci, que fue desterrado entonces de la corte, y otros de la principal nobleza, algunos de los quales estaban imbuidos de las perversas opiniones, y todos aborrecian en extremo á los Guisas. Los sectarios llamados vulgarmente Hugonotes, indignados de los castigos que se hacian en los suyos, solo deseaban tener una cabeza para sublevarse, habiendo ya crecido tanto su número, que causaban terror, y despreciaban la corta edad del Rey Francisco. Los Borbones se determinaron á armarse con el favor de estos, para disponer sus asechanzas contra los Guisas, y Luis príncipe de Condé, hombre de carácter inquieto, les ofreció ser su gene-

ral en esta empresa, lo qual fue aprobado unánimemente por los teólogos de la secta, dando potestad á Condé para perseguir con sus armas á los Guisas. Esta tempestad, dispuesta en el conciliábulo de Nantes, rompió dentro de breve tiempo en Amboisa, no sin daño de muchos, que se atribuyeron la gloria de ser los primeros. Tomóla á su cargo Mr. de la Renaudiere, hombre perverso y malvado, y corriendo inmediatamente por todas partes, excitó los ánimos de los sectarios á tomar las armas, ocultando el nombre del general baxo de cuyos auspicios se tramaba tan grande empresa. Habiendo pues juntado muchas tropas, partió á largas jornadas á Amboisa ciudad fuerte, situada sobre el rio Loira, y guarnecida con una fortaleza, en donde se habia introducido el príncipe de Condé (como si tratase de otra cosa) para que executada la accion por los conjurados, manifestase á cara descubierta lo demas que tenian proyectado.

El Rey se hallaba entonces en Blois; pero avisado del peligro por los Guisas, se habia trasladado á Amboisa, y entretanto que se juntaban los sectarios armados, no faltó quien descubriese al cardenal toda la conjuracion, que ya se sospechaba antes. Este pues la notició inmediatamente á su hermano, el qual sin detencion alguna dió noticia al Rey que venia gente armada, y le exâgeró la gravedad del peligro que corria. El Rey, cuya edad ni talento no eran suficientes para resistir á esta tormenta, despues de una tumultuaria consulta, nombró por su teniente al duque de Guisa, con potestad suprema para que dispusiese todo quanto convenia al bien, y seguridad pública, lo qual executó con prévio beneplácito de su madre la Reyna. Aunque ésta daba á los Guisas muchas muestras de inclinacion y amor, aborrecia

interiormente su ambicion, y temia su excesivo poder; mas para no alejarlos del Rey en unas circunstancias tan críticas, manifestó aprobar la eleccion, quedándola el consuelo de que aunque ellos adquiriesen mucho crédito y aplauso por conservar el reyno, se harian al mismo tiempo mucho mas odiosos en aquellas turbulencias, lo que ella y su hijo procuraban evitar á toda costa. De esta suerte se hizo el duque árbitro de todo el poder, y habiendo prevenido todas las cosas necesarias para la defensa, rodeó á Condé con guardias armadas para que no pudiera moverse; repartió esquadrones de caballería por todas las inmediaciones, á fin de que desde las emboscadas acometiesen á los conjurados, y puso guarniciones en los parages oportunos, para evitar qualquier sorpresa. Caminaban los conjurados con la intencion de suplicar al Rey, que permitiese á los de la nueva secta observar públicamente su religion, sin temor de ser perseguidos por los jueces, y si no lo conseguian, apoderarse de la persona del Rey y de su madre, condenar á los Guisas, formándoles causa, y disponer de todo el gobierno á su voluntad. Pero habiendo caido en las emboscadas, que les armaron las tropas reales, pereció un gran número de caballos y infantes junto con la Renaudiere, fomentador y director de esta maldad. Los que por otra parte habian llegado á la ciudad, fueron derrotados y muertos por la caballería, que cargó sobre ellos oportunamente: muchos quedaron prisioneros, y los demas huyeron cada uno por donde pudo. Muchos de los presos murieron en la horca, y en otros suplicios, y á los restantes se les puso en libertad, como inducidos en el error sin culpa suya propia, por la malicia de sus compañeros. Mientras tanto estaban quietos en sus casas otros de los principales sectarios,

esperando el éxito de aquella empresa, para declararse inmediatamente si sucedia con felicidad, y si por el contrario era desgraciada, no querian acompañar en el peligro á los que se habian adelantado á intentarla.

Apaciguado el tumulto, fue puesto en libertad el príncipe de Condé con muchos halagos, á fin de ablandar aquel ánimo irritado con la prision, como si no se conociesen sus ocultas ideas: este recíproco disimulo era indispensable, para no verse el Rey obligado á proceder con mas severidad contra aquel príncipe, cuyos amigos y cómplices podian trastornar el reyno, suscitando una guerra civil. Finalmente despues que se disculpó con el Rey del mejor modo que le fue posible, y habiendo escapado de tan gran peligro, marchó en posta á la Guyena donde se hallaba su hermano. Esta desgracia no aterró á los hombres perversos, que cargados de deudas y delitos, les incitaba la desesperacion á fomentar novedades, para lo qual se valieron de otros medios, despreciando el edicto en que se concedió el perdon á los conjurados, con tal que se aquietasen, y observasen la religion católica. Entre otros proyectos que formaron entonces, contrarios á la tranquilidad pública, fue uno de ellos el apoderarse de Leon ciudad muy grande, situada en el confluente de los rios Ródano y Saona; pero no pudieron conseguir su intento, y fueron arrojados de allí dos mil hombres armados con su capitan Malini, los quales se refugiaron en Ginebra por el temor del castigo, habiéndose formado causa á los ciudadanos cómplices del hecho. Conmovidos los Guisas con estos rumores, comenzaron á juntar tropas, y á fortificarse y prepararse contra la tempestad que les amenazaba, no ignorando que todo esto se hacia por consejo de los Borbo-

nes, y que llegaria la discordia á una guerra abierta, si no se precavia con tiempo, y si no hacian causa comun de su peligro con el del público.

Entretanto habia juntado el Rey en Orleans la asamblea de los estados generales para tratar del remedio de los males del reyno, á la qual concurrieron los príncipes Borbones, por haberlos llamado el Rey con cartas muy cariñosas, y llenas de disimulo. Recibiólos con semblante poco alegre, en señal de la ira que tenia escondida en su ánimo, y habiendo reprehendido con mucha aspereza á Condé, de que hubiese conspirado contra él, le mandó poner en una estrecha prision, y en otra mas cómoda á su hermano Antonio, que era menos culpado. Los jueces nombrados para exâminar la causa de Condé, le condenaron como reo de lesa magestad, á cuyo tiempo atormentado el Rey con dolores gravísimos de cabeza se le pudrió un oido, por donde le supuraba una apostema, que le habia nacido en el cerebro, y murió el dia quatro de diciembre, quando apenas cumplia año y medio de su reynado. Inmediatamente fue proclamado Rey Carlos su hermano, el nono de este nombre, no con mejores esperanzas, por su corta edad, que no pasaba de diez años y medio. Siguióse una gran mudanza de cosas, porque Monmorenci, que temeroso de las asechanzas de sus émulos, se mantenia en la obscuridad, fue llamado aceleradamente por la Reyna, la que le recibió con muchos halagos, y le atraxo á su partido. Antonio de Borbon no solo consiguió la libertad, sino que fue declarado gobernador del reyno, por el derecho de parentesco, y aunque la Reyna fue intimidada para que le confiriese esta potestad, era ella en realidad la que disponia de todo. El príncipe de Condé fue conducido á la Fera, fortaleza muy guarnecida en las fronte-

ras de Flandes, y de allí á poco se le puso en libertad. El cuerpo del difunto Rey fue llevado con poca pompa á San Dionisio, y colocado en el sepulcro de sus mayores. De este modo se iba preparando la semilla de los males, que por tantos años afligieron miserablemente á la Francia, dividida en opuestos partidos.

El Pontífice no omitia medio alguno para condecorar y elevar á Cosme de Médicis con motivo de su parentesco. A peticion suya instituyó el orden de San Esteban Papa, en memoria de la victoria que habia ganado cerca de Sena el dia dos de agosto, siendo general Mariñan hermano del mismo Pontífice. El instituto de estos caballeros, que deben ser nobles, es pelear contra los enemigos de la religion christiana, y sus insignias son un manto blanco con una cruz roxa. Fue nombrado Cosme gran maestre, y sus sucesores perpétuamente, y ademas de las rentas que concedió el Papa para manutencion de esta orden, la dió aquel príncipe ricas posesiones, y la edificó templo y casa en Pisa. Juan de Médicis su hijo fue elevado en edad muy tierna á la dignidad cardenalicia, y declarado arzobispo de Pisa; pero no obstante todas estas gracias, fueron inútiles los esfuerzos de Cosme para obtener las insignias que deseaba, y el título de Rey. Don Felipe, que tenia resuelto no salir de España, procuraba enviar á las provincias hombres idóneos y expertos que las gobernasen. Por este tiempo, habiendo llegado á su noticia que los ministros de la real hacienda que habia enviado á Milán excedian los límites de su potestad, y que por un falso zelo habian despojado de sus bienes á muchos ciudadanos, los removió inmediatamente de sus empleos, y á la verdad es máxima muy cierta y digna de un oráculo, que muchas veces daña la de-

masiada diligencia y cuidado. El nuevo virrey de Nápoles don Gaspar de Quiroga comenzó con mucho estrépito á residenciar á los jueces y magistrados, pero ninguno fue removido de su empleo, y todas sus amenazas se convirtieron en humo. A fines del otoño falleció Juan Andrea Doria, de edad de noventa y tres años, cuyas alabanzas escribieron muchos autores ilustres. Los genoveses celebraron sus exêquias en la iglesia catedral con régia suntuosidad y aparato. No hay necesidad de que repitamos aqui sus grandes hazañas: fue varon muy piadoso, magnánimo y prudente, y en la ciencia naval sobrepujó á todos los de su tiempo. Sepultáronle provisionalmente, como él mismo lo dexó dispuesto, en una capilla que habia hecho reedificar á sus expensas en la iglesia de San Mateo. Cedió á su hijastro el principado de Melfi, y dexó en su testamento á Juan Andres la ciudad de Tursi, y las galeras, mandándole que siguiese los auspicios del Rey don Felipe. El dia quatro de febrero falleció en Roma el cardenal Pacheco obispo de Sigüenza, y le sucedió en la diócesis don Francisco de Lara, que murió tambien el mismo año: con tan precipitada carrera desampara la fortuna á los mortales. Fue electo en su lugar don Pedro de la Gasca, trasladado de la iglesia de Palencia. Dos años antes habia fallecido en Génova don Gerónimo Doria, arzobispo de Tarragona, con cuyo nombre se publicaron las constituciones de aquella iglesia, divididas en títulos y libros. Sucedióle don Fernando Loaces natural de Orihuela, obispo de Tortosa, en el que le habia precedido Requesens, y hallándose ausente, tomó posesion el dia cinco de agosto. Tambien fallecieron dos grandes lumbreras de la literatura, fray Domingo de Soto, y fray Melchor Cano, ambos del orden de Santo Domingo, aquel en Salamanca, y

éste en Toledo, donde fueron sepultados con célebre pompa. Uno y otro adquirieron gran fama con sus escritos. Pero Cano en su tratado de los lugares Teológicos se aventajó mucho á todos los de su profesion, en la erudicion, ingenio, brevedad y elegancia. Habia sido electo para el obispado de Canarias, cuya dignidad renunció: tuvo contra sí á Paulo IV á causa de haber dado dictámen al Rey don Felipe de que podia hacerle la guerra, cuyo parecer aprobó la respetable universidad de Salamanca. Aquel siglo de oro de nuestra literatura no solo produxo hombres ilustres por su sabiduría, sino tambien mugeres de admirable ingenio; y omitiendo por la brevedad formar aqui un catálogo de ellas, solo haremos mencion de Luisa Sigea, que entre otras dotes con que se hallaba adornada, mereció gran fama por su instruccion en las lenguas. Nació en Toledo, siendo su padre Diego hombre erudito, y despues de haber vivido mucho tiempo en la corte de Portugal, volvió á Castilla con su marido Alonso de la Cueva noble burgales, con quien se habia casado, y falleció en su juventud, como otros muchos grandes ingenios, el dia quince de octubre, habiendo dexado un hijo. Paulo III hizo extraordinarios elogios de las cartas que le escribió en latin, griego, hebreo, siriaco y árabe, como lo refiere Juan Vaseo escritor fidedigno de su tiempo: y lo que mas digno de admiracion es, que á los veinte y un años de su edad habia ya adquirido tan grande erudicion y doctrina, como lo atestiguan Andres Resende, y Fernando Ruiz de Villegas poeta elegantísimo, en su epitafio. Escribió muchas obras doctas y piadosas en prosa y verso. Un herege holandes publicó á nombre de Luisa un libelo infame con el título de sátira sotádica lleno de las mas detestables obscenidades; pero esta

ficcion no perjudicó á la buena fama de aquella casta matrona: pues su autor era un impío sectario muy desemejante á ella, no menos en las costumbres que en la doctrina.

CAPITULO XIV.

Envia el marques de Cañete virrey del Perú, á su hijo don García con tropas para sujetar á los indios de Chile. Sucesos de esta guerra.

Los portugueses tenian puestas todas sus esperanzas en el jóven don Sebastian, que se educaba baxo de la tutela de doña Catalina su abuela gobernadora del reyno, y entretanto no acaeció turbacion alguna, ni los hereges que volaban por todas partes, podian propagar su doctrina; pues la sagacidad y vigilancia de los inquisidores los descubria en sus mas ocultas guaridas, y les imponia el merecido castigo. Tampoco se hizo entonces cosa alguna memorable en el Africa, hallándose ocupados los Xerifes en otros cuidados. En el nuevo mundo apenas ocurrió por este tiempo suceso alguno digno de referirse. Administrábase la justicia con vigor en Nueva España, y los bárbaros fueron reducidos de grado ó por fuerza á la obediencia del Rey en todas las regiones donde habia penetrado el nombre Español. Todos los cuidados se dirigieron á instruir sólidamente en la religion christiana á los indios, que con facilidad la abandonaban, por no estar enteramente libres de sus antiguas supersticiones. En el mismo estado se hallaba el Perú despues que cesaron las sediciones, que por tan largo tiempo le habian agitado. El año de mil quinientos cincuenta y seis pasó á gobernar este reyno don Andres de Mendoza marques de Cañete, lle-

vando solo de su numerosa familia á don García jóven de excelsa índole, y á Felipe habido fuera de matrimonio. Todas las provincias descansaban de la guerra, á excepcion del reyno de Chile, donde las cosas de los españoles se hallaban en mayor peligro que nunca se habian visto, no atreviéndose á emprender cosa alguna contra los bárbaros, que estaban muy feroces con las anteriores victorias. Movido el virrey de las súplicas de los españoles, envió á su hijo don García con un exército en quatro navíos, mandados por Juan Ladrillero. La caballería se puso en marcha por los desiertos que se extienden entre el mar y los Andes, siendo su capitan Luis de Toledo. Luego que llegó García á la Serena, incendiada por los indios, y juzgando que convenia remover de allí á Villagran y Aguirre, por las antiguas discordias que entre sí tenian, los embarcó en un navío y los remitió á Lima con segura custodia. Despues de lo qual continuó su navegacion ácia el Austro; pero habiéndose levantado una tormenta, estuvo muy próximo á padecer naufragio. Finalmente arribó á la Concepcion, colonia desierta por el miedo de los bárbaros, y desembarcando sus tropas y artillería, puso su campo en un parage elevado, y le fortificó quanto le fue posible. Tenia solamente doscientos soldados, porque aun no habia llegado la caballería, que era la que causaba gran terror á los indios. Noticiosos de esto los araucanos, que entre todos los chilenos son los mas belicosos, acometieron en gran número al campo. La artillería hizo en ellos mucho estrago, pero irritados mas bien que escarmentados, redoblaron sus esfuerzos, vencieron el foso y la trinchera, y pelearon acérrimamente á pie firme. Felipe de Mendoza despues de haber herido en un brazo á Tucapel, araucano valeroso, le

abrazó por medio del cuerpo y intentó en vano derribarle á tierra. Su hermano don García cayó aturdido de una pedrada que recibió en la cabeza; pero volviendo luego en sí, peleó heróycamente. Los marineros salieron á tierra para participar del peligro, y fueron acometidos por Feniston intrépido araucano, con un fuerte destacamento sacado del exército. En el primer ímpetu pelearon atrozmente, y Valenzuela capitan de un navío, atravesó con su espada al general bárbaro; pero siendo tan pocos los españoles para resistir á la multitud de los enemigos, fueron rechazados á las lanchas, despues de haber recibido muchas heridas. Tres veces acometieron al campo con inútil esfuerzo, y duró la pelea por seis horas, sucediéndose los bárbaros unos á otros, y murieron dos mil de los mas audaces. No obstante velaron los nuestros aquella noche con mucho cuidado, haciendo la ronda el mismo don García.

El dia siguiente exhortó á sus soldados (de los quales muchos habian sido heridos, y ninguno muerto) á pelear valerosamente, previniéndoles que no estarian mucho tiempo ociosos, pues el enemigo deseaba vengar su derrota. No se engañó en su conjetura el general, quien noticioso de los intentos de los araucanos por un indio fiel á los españoles, envió á Ladrillero al rio Maule, para que mandase acelerar el paso á los mas expeditos de la caballería. Su comandante Toledo luego que recibió este aviso, envió delante cien caballos que atravesaron el rio, y habiendo caminado cien millas en tres dias, llegaron felizmente al campo. Los araucanos que habian juntado todas las fuerzas de la provincia, y estaban resueltos á acabar con los españoles en una sola batalla, noticiosos de la llegada de los caballos, quando se disponian á dar nuevo asalto al campo, se re-

tiraron dispersos en pequeños esquadrones. Salió don García de sus trincheras á campo descubierto, y á los cinco dias llegó Toledo con los otros doscientos caballos y los bagages, á los que se juntaron cincuenta que habia mandado venir de la Imperial. Reunidas en un campo todas las tropas, marchó al enemigo, y habiendo pasado el rio Biobio, descubrió las emboscadas que le tenian puestas, y peleó con los que le salieron al encuentro. Para socorrer los araucanos á los suyos, iban á la batalla con todas sus fuerzas, obstinados en vencer ó morir. Combatieron por espacio de cinco horas continuas, y todo el campo se veia cubierto de cadáveres. Pocos de los españoles fueron heridos, y solo se perdieron algunos caballos, que fue una especie de prodigio en una pelea tan sangrienta. En ella quedó prisionero Galvarino bárbaro de conocida perfidia, y en pena de su rebelion le cortaron las manos; pero con esta severidad estimuló el Español, y no reprimió el furor de los araucanos. Talaron tambien los campos, aunque sin tocar á sus casas, para que la desesperacion no los encendiese mas el deseo de pelear. Despues de esto, penetraron los españoles en lo interior del valle de Arauco, siguiendo las naves la costa con los víveres y provisiones. Los batidores encontraron en una tierra abandonada de sus habitantes un cañon, que habia perdido Villagran en un combate desgraciado, y fue conducido al campo.

Los bárbaros que desde los campos se habian refugiado á lugares seguros con sus hijos y mugeres, se juntaron en gran número, y para oprimir repentinamente á los españoles, se acercaron una noche á su campo con el mayor silencio, y como al rayar el alba oyesen la señal que los españoles acostumbran hacer á tal hora, persuadiéndose los indios que

habian sido descubiertas sus asechanzas, y que aquello era llamar al soldado á tomar las armas, ellos tambien con trompetas, caracoles, y grande estrépito, dieron la señal para la batalla, con la qual excitados tambien los españoles, corrieron prontamente á las armas y marcharon contra el enemigo. Hallábanse ordenados los bárbaros en tres esquadrones, y el primero de ellos acometió al ala derecha de los españoles, y recibido por estos con la artillería y todo género de tiros, se abatió mucho su ferocidad. La caballería embistió contra otro esquadron armado de picas, el qual no pudo ser derrotado ni abierto, y viendo García que por ninguna parte se movia de su puesto, mandó dispararle por el costado la artillería, con lo qual fue desordenado el esquadron, y los caballos hicieron en él grande estrago. Mientras tanto se peleaba atrozmente en la ala derecha, y unos y otros tenian esperanza de vencer, hasta que decayendo las fuerzas de los araucanos, y muertos los mas intrépidos de los suyos, retrocedieron en buen orden para juntarse con el tercer esquadron, que no habia entrado en la batalla. Prohibió García á los suyos que los persiguiesen, pues la desesperacion podia excitarlos á perecer con daño ageno; ni tampoco tenia muchas fuerzas para seguirlos, despues de haber sostenido tan terrible combate por espacio de ocho horas. Quedaron muertos quatro mil de los enemigos, y ochocientos prisioneros. De los españoles hubo muchos heridos, y perecieron algunos caballos; y á fin de causar terror y miedo á los demas, fueron ahorcados de los árboles algunos de los cautivos, entre los quales Galvarin, levantando sus cortados brazos, exhortaba á los suyos á la venganza con atrocísimas palabras. Aconteció la batalla anterior el dia diez de octubre,

y ésta á fin de noviembre. Habiendo levantado García sus reales, llegó al campo donde fue hecho prisionero, y muerto Valdivia; en cuyo lugar mandó se reedificase el castillo que edificó el mismo Valdivia, y habia sido destruido por los bárbaros, y el año siguiente de mil quinientos cincuenta y ocho fundó allí una ciudad, á la que dió el nombre de Cañete. Combatió otras veces con aquellos obstinadísimos enemigos, y derrotó á una inmensa multitud de ellos, aventajándose mucho el valor de los capitanes Remon y Quiroga. En la angostura de Puren pelearon esforzadamente Velasco y Reynoso, cuya intrepidez reprimió la astucia y ferocidad de los enemigos, y fueron conducidos al campo muchos víveres que se les tomaron.

Quebrantados los bárbaros con tantas derrotas, no se atrevian ya á hacer frente á los españoles en batalla, y solo acometian con asechanzas á los que se alejaban de los reales. Los principales de los araucanos conspiraron contra García, y le enviaron un indio famoso por su audacia llamado Metical, con un canastillo de fruta, para asesinarle al tiempo de presentársela. Pero habiéndole dado aviso de esta trama Colocolo hombre de esclarecida fidelidad entre aquella gente, y que aborrecia las traiciones, se libertó del peligro. Hizo prender al bárbaro, á quien se le encontró un puñal, y confesó fácilmente los autores del atentado, y habiéndolos hecho llamar García, los reprehendió ásperamente por medio de un intérprete, y los despidió sin imponerles castigo alguno, con cuya benignidad adquirió gran fama entre los bárbaros. Para perpetuar la memoria de su abuelo materno, dió principio el dia veinte y siete de marzo á la ciudad de Osorno, situada á los quarenta grados sobre el Equador. Su terreno es fértil

en todo género de frutos, especialmente en exquisita miel, y abunda de minas de oro y plata. Envió cincuenta caballos á la ciudad de la Concepcion, y extendió su poblacion con nuevos habitantes. Los de Villa-Rica que se habian dispersado por la guerra, volvieron á ocuparla luego que cesó el peligro de los bárbaros, para no perder el derecho á sus tierras.

A fines de julio se hizo Ladrillero á la vela de la Concepcion con dos navíos de orden del Rey, para explorar por aquella parte el mar del Sur. Despues de una larga navegacion, llegó á la extremidad de las costas del nuevo mundo, y comenzaron á faltarle los víveres. No hallaban socorro alguno en los bárbaros derramados por aquellas partes, que mas parecian fieras que hombres, y para colmo de los males, se juntó al hambre una horrible tempestad, en la que estuvieron muy próximos á sumergirse los navíos. Finalmente al cabo de diez meses llegó uno de ellos muy maltratado á Valdivia, con solos tres marineros y el capitan: otro en que iba Ladrillero arribó á las costas de Chile, y habiendo desembarcado á tierra los soldados marineros, y los negros, perecieron todos dentro de pocos dias, y de este modo no correspondió el fruto de aquella navegacion á la pérdida de sesenta hombres que costó. Entretanto recorria García las provincias, visitaba las colonias, y arreglaba todas las cosas públicas. Pero Reynoso que gobernaba en Cañete excitaba á los bárbaros con engaño á la guerra, y los derrotó en una gran batalla. Despues Pedro Avendaño con cincuenta españoles venció á Caupolican, le hizo prisionero. y le sacó de los montes adonde se habia refugiado con sus compañeros despues de su derrota. Este hombre valeroso fue general de los araucanos en toda la guerra en que quedaron vencidos Valdivia y Villa-

gran; pero desamparándole la fortuna, le derrotó García muchas veces, y finalmente le condenó al último suplicio, y recibió antes de morir el sagrado bautismo. Los araucanos no podian tolerar que los españoles se detuviesen tan largo tiempo en su valle, y levantasen en él un castillo, por lo qual volvieron á tomar las armas para sacudir el yugo, y fortificaron su campo en parage oportuno, segun la disciplina militar. Juntáronse catorce mil hombres armados, á los que procuró García arrojar de aquel puesto, disparando contra ellos la artillería y otros fuegos arrojadizos. Parte de ellos aterrados con el estruendo de los cañones, y con los fuegos que les disparaban los españoles, se escaparon por la espalda de su campo aquella noche, retirándose á los montes y bosques, y con los demas que quedaron hubo muchos pequeños combates. Finalmente sacaron á campo raso todas sus tropas en orden de batalla, estando resueltos á hacer el último esfuerzo. Trabóse con efecto la pelea, y fueron rechazados á su campo, en el qual se introduxeron los españoles mezclados con ellos, y como se viesen estrechados por todas partes, volvieron con mucha intrepidez á renovar el combate, para no morir sin tomar venganza de sus enemigos; pero al fin fueron vencidos y arrojados de sus trincheras, y se dispersaron en la fuga. Duró la batalla quatro horas seguidas, y acaeció dia de Santa Lucía, habiendo muerto dos mil de los enemigos, y quedando gravemente heridos treinta de los españoles. Recobráronse cinco cañones de bronce y muchos arcabuces, que se habian perdido en la derrota de Villagran. Hallóse tambien en el campo enemigo gran cantidad de víveres, que tenian recogidos para largo tiempo.

Despues de estos sucesos, se ajustó la paz con

los araucanos por la mediacion de Colocolo, hombre de carácter muy ageno de la barbarie, y se edificó un castillo para defensa de ellos mismos. El gobernador García, libre de los cuidados de la guerra, se dedicó enteramente á los de la paz: reedificó los templos que habian sido destruidos en las anteriores calamidades, y con el dinero que pudo recoger, levantó uno muy magnífico desde los cimientos en la ciudad de Santiago, poniendo en él algunos sacerdotes de los que había llevado consigo del Perú. Fundó la colonia llamada de los Infantes, y procuró establecer otras por medio de capitanes valerosos, entre las quales fue una la ciudad de Mendoza edificada por Pedro Castillo á la otra parte de los montes, distante treinta y tres grados del Equador, en cuya situacion se halla tambien la de Santiago. Fue Castillo recibido beniguamente por aquellos bárbaros, que son de un natural pusilánime, entregados al ocio, de voz muy débil, y flacos de cuerpo, lo que no es de admirar pues se alimentan de yerbas, y raices. Produce aquella tierra admirablemente los frutos españoles, y los ganados se multiplican sin término. Tambien se descubrieron en varias partes minas de oro, y una muy opulenta cerca de Valdivia en el rio de la Madre de Dios, de donde se han sacado dos millones de pesos de oro puro.

Arregladas las cosas de Chile, y quando García se disponia para restituirse á Lima, le llegó la triste noticia de la muerte de su padre, de quien se refiere que gobernó el Perú con mucha equidad, y justicia. Edificó la iglesia y convento de los religiosos de San Francisco, y un magnífico hospital, y levantó un puente de piedra en el rio de Lima. Tuvo por sucesor en el virreynato á don Diego de Zúñiga

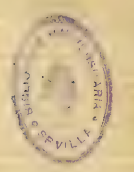
conde de Nieva. Despues que García satisfizo por algunos dias su dolor, se embarcó con su familia en
1560. un navío, y pasó á Lima en el año de mil quinientos y sesenta. En esta guerra de Chile militó Alonso de Ercilla, caballero del orden de Santiago, que en su edad juvenil adquirió la gloria de las armas, y de la poesía. Su poema intitulado la Araucana, que anda en manos de todos, refiere con verdad los hechos de aquella guerra, y es muy apreciado, asi por lo extraordinario de los sucesos, como por la sublimidad de sus versos. En él se manifiesta poco afecto á García, de cuya severidad estaba ofendido, pues le condenó á muerte por haber excitado una sedicion, aunque le perdonó á ruegos de sus amigos. Sucedió Villagran en el gobierno de Chile en virtud de real decreto.

La cruel ambicion de dominar y enriquecerse, que reynaba en la India Oriental, era causa de que se suscitasen guerras con frequencia entre unas gentes, que se aborrecian con odio inveterado. El nuevo virrey Constantino se apoderó de la ciudad de Daman, abandonada por sus habitantes, á quienes el terror de una armada de cien navíos habia puesto en fuga, y la fortificó con una guarnicion al mando de Diego de Noroña. Luis de Melo peleó prósperamente con la armada de Calicut cerca de la costa de Malabar, y habiendo tomado seis navíos, huyeron los demas ignominiosamente. Los bárbaros afeminados y floxos no podian competir en el valor ni en la pericia militar con los portugueses, pero no les fue tan facil vencer á los turcos, con quienes pelearon con varia fortuna en la isla de Baharen. Finalmente fueron derrotados mas por el hambre, y las enfermedades que por la espada, y á los que quedaron vivos, se

les dió libertad baxo de ciertas condiciones, y se concluyó la guerra. En otras partes hubo algunos pequeños combates: una multitud inmemorable de bárbaros acometió á Cananor, y faltó poco para que no la tomasen; pero habiendo sido rechazados y derrotados valerosamente por Melo y Noroña, pagaron la pena de su audacia. Eduardo Deza hombre cruel y avaro gobernaba tiránicamente las Molucas: puso en prision al Régulo con toda su familia, y faltó poco para quitarle la vida con un veneno, de lo qual noticiosos los isleños, corrieron inmediatamente á las armas. No venció la causa justa, aunque muchas veces la favorece el cielo, pues fueron vencidos y derrotados los bárbaros con gran pérdida por unos pocos portugueses. Pero estos avergonzados despues de las maldades de Deza, le metieron en una prision sin respeto alguno al juramento militar, y le pusieron las cadenas que quitaron al Régulo. Estas discordias fueron muy largas, y produxeron muchos males que jamás se remediaron. Por este tiempo fue introducido el Evangelio por los Jesuitas en las extremidades del Oriente á costa de mucha sangre y fatigas, y recogieron copiosos frutos, habiendo hecho Dios grandes milagros en apoyo de su doctrina, como se refiere en las cartas que dirigieron á la Europa. Los portugueses que habian quedado en la Abisinia con motivo de la guerra, se pasaron al Turco contra quien habian peleado tantas veces, con la ignominia y oprobrio que se dexa considerar y no es necesario decir. Vencido el Abisinio en una batalla por los turcos, no quiso nunca de alli adelante valerse del socorro de los portugueses. El virrey Barreto, despues de cumplido el tiempo de su gobierno, se embarcó en la armada para restituirse á

Portugal, pero obligado por la violencia de las tempestades, retrocedió á Goa desde la mitad del viage. Salió segunda vez, pero con la misma adversa fortuna, y quiso mas ceder al enfurecido Océano que pelear con él. Finalmente se hizo á la vela por tercera vez, y arribó con felicidad á Portugal, habiendo libertado su armada de tantos peligros.

FIN DEL TOMO SÉPTIMO.




252
MARIANA
HISTORIA
DE ESPAÑA
7
7


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm